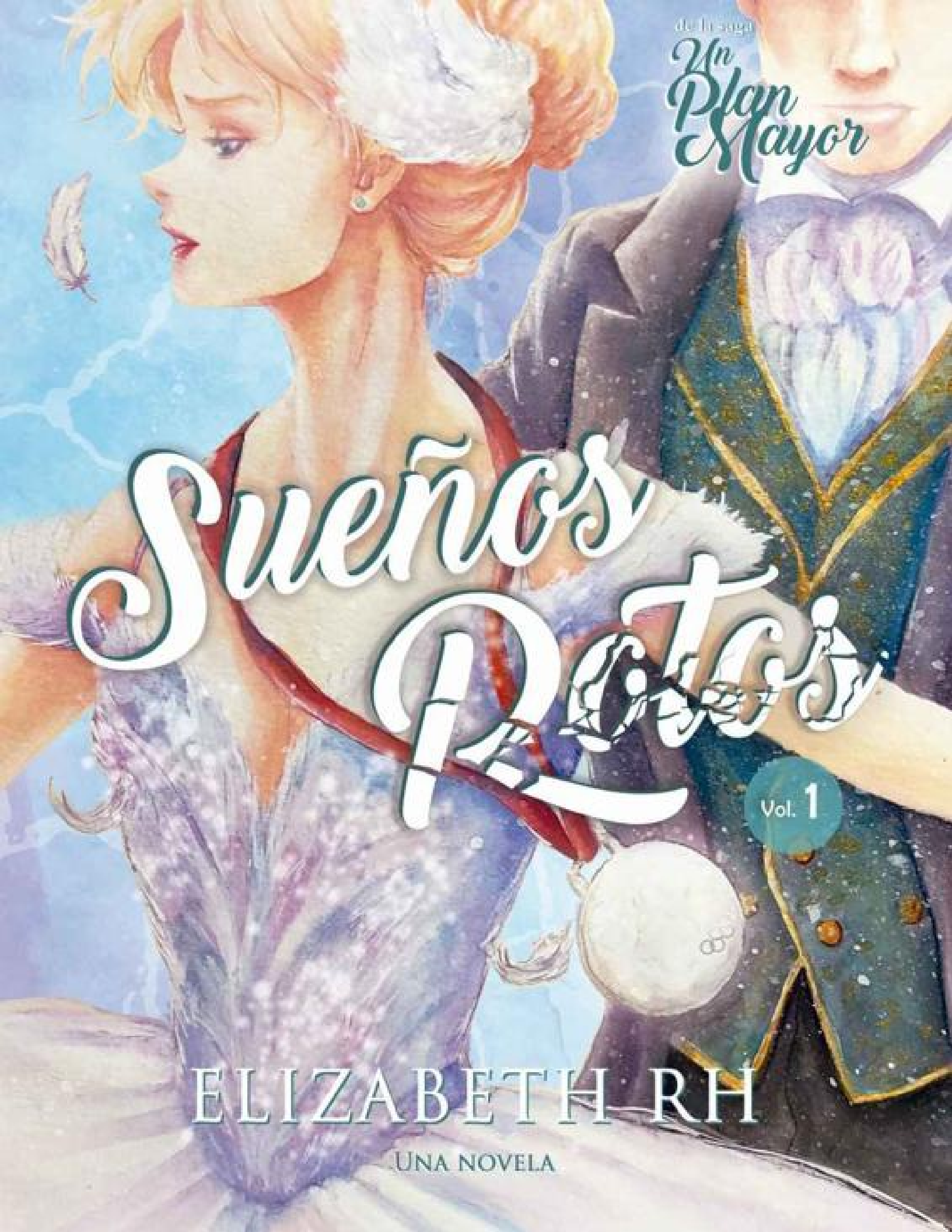
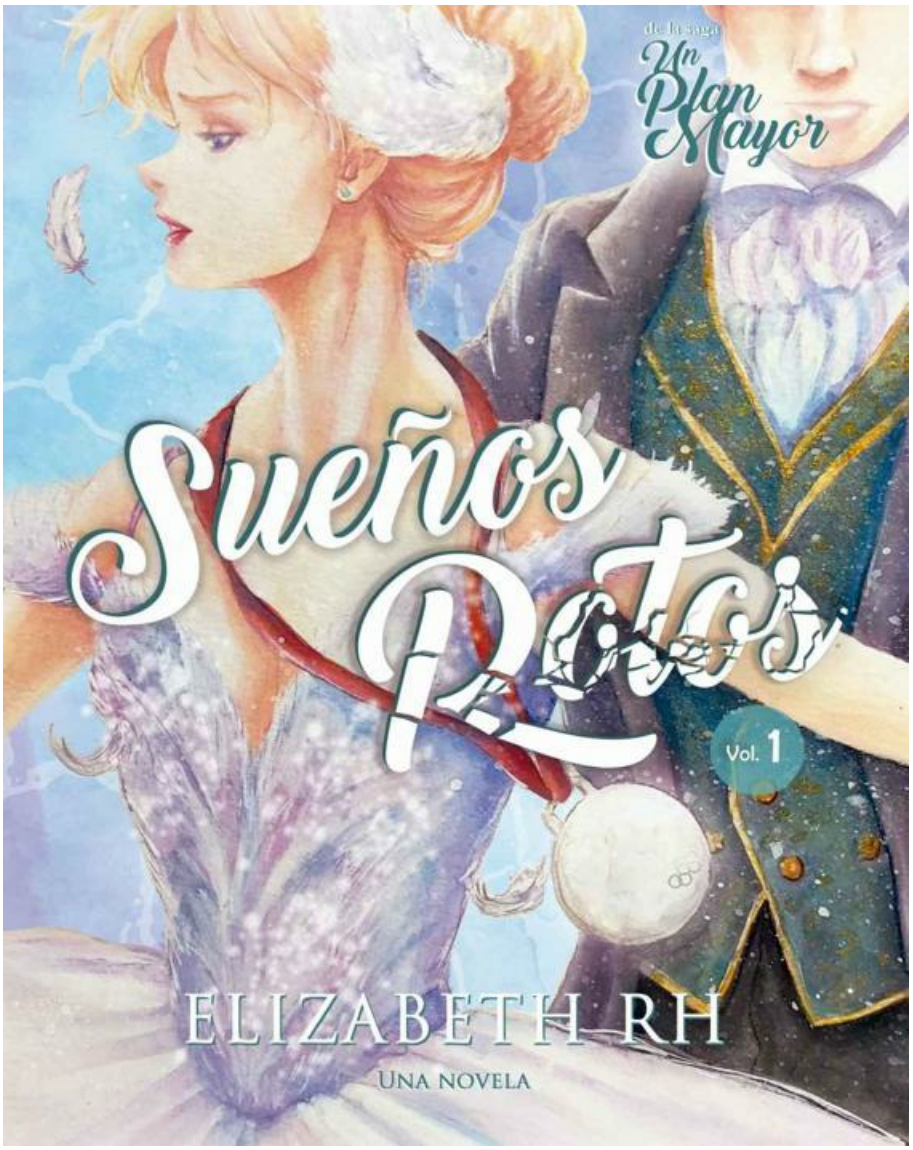

de la saga
Un Plan Mayor
Sueños Rotos
Vol. 1
ELIZABETH RH
UNA NOVELA


de la saga
Un Plan Mayor
Sueños Rotos
Vol. 1
ELIZABETH RH
UNA NOVELA

Sueños Rotos, Vol.1

Saga: Un Plan Mayor

Elizabeth RH

Copyright © 2024 Elizabeth RH

Ilustración de portada y diseño de contraportada © 2024 por Carolina RH

ISBN de la Obra Completa: 978-607-29-5477-9
ISBN del volumen 1: 978-607-29-5478-6

Impreso y editado en México

Sueños Rotos y toda la Serie Un Plan Mayor, es una novela de ficción cuyos personajes, escenarios y hechos están basados en la pura inspiración de su autora. Cualquier parecido a circunstancias reales o verídicas sólo es coincidencia.
Queda prohíbida la distribución parcial o entera de esta obra, así como del resto de partes o volúmenes que conforman la serie.

Cualquier distribución, impresa, digital u otra, deberá constar de la previa autorización escrita de la autora, sin excepción.

Para Gabriela Anaya

Colega de letras y charlas filosóficas,
hermana en la fe, oveja del mismo Pastor,
querida amiga como pocas... después de los años, seguimos dejando huellas en senderos compartidos.

Porque Yo sé
los planes que tengo
para ustedes...

Jeremías 29:11

Si quieres comprender el pasado,
entonces mira tu presente que es el resultado. Si quieres conocer tu futuro,
mira tu presente que es la causa.

Anónimo

Aférrate a los sueños,
porque si los sueños mueren, la vida es
un pájaro de alas rotas que no puede volar.

Langston Hughes

¡Haz tu Quiniela!

¡No olvides escribir tu"quiniela" de
medallas antes de adentrarte en la lectura!

¿Acertarás en tus predicciones para cada equipo?
Búscala en las últimas páginas o en el índice:



Contents

Title Page
Copyright
Dedication
Epigraph
Epigraph
Epigraph
¡Haz tu Quiniela!
Preludio
Los años sin retorno I
Equipo Alemania
Capítulo 1
Los años sin retorno II
Equipo Alemania
Capítulo 2
Los años sin retorno III
Equipo Alemania
Capítulo 3
Los años sin retorno IV
Equipo Rusia
Capítulo 4
Equipo Alemania
Capítulo 5
Equipo Rusia
Capítulo 6
Equipo Alemania
Capítulo 7
Equipo Rusia
Capítulo 8
Capítulo 9
Equipo Alemania
Capítulo 10
Equipo Rusia
Capítulo 11
Agradecimientos
Sobre la autora
¡Arma tu QUINIELA! Equipo Alemania
¡Arma tu QUINIELA! Equipo Rusia
Promoción Boxset

Preludio

Campeonato de Europa | Austria, 2020

Erwin los miró, detrás de la barra de contención. Las personas estaban aplaudiendo; los últimos competidores hacían las venias de despedida. Era su turno. De nuevo.

Otra competencia. Después de tantas, las de ellos y las suyas… Erwin sintió una rara sensación de película recorriéndole la mente. Los triunfos, los fracasos, las batallas dentro o fuera del hielo de este último año. Se concentró en sus competidores.

—No olviden los cambios. Traten de concentrarse en la música igual que siempre, y dejen lo demás a un lado… —los dos asintieron.

Erwin escuchó los breves consejos señalados a ellos por OIive. El tiempo del *Kiss and Cry* de la última pareja estaba por terminar… Y el suyo. Erwin sintió el nudo en el pecho, la misma actitud cerrándolo… Los ojos azules al frente lo motivaron a soltarlo.

—Han pasado por mucho… Ambos —encontró sus miradas—. No importa lo que la crítica haya dicho hasta ahora, o lo que nosotros hayamos pensado de nuestra "incompetencia". Llegaron hasta este punto, porque cuentan con la capacidad y el talento para hacerlo. Las competencias pasadas sólo fueron un preámbulo… Sé que aún pueden sorprenderlos. Mucho más. "Vetados" o "inexpertos", estoy orgulloso de ser su coach.

Las miradas se abrieron sorprendidas. Olive sonrió, con el mismo sentimiento.

—Wouh, coach… ¿Tanto sentimentalismo por un Campeonato Europeo? Ya quiero llegar al Mundial para oír tu discurso…

Jael le dio un golpecito con el codo. El brillo de las lágrimas hizo refulgir sus ojos.

—Daremos lo mejor —le sonrió, amable y cercana. Erwin tuvo en su mente las últimas semanas y sólo pudo sonreírle igual de seguro, como respuesta.

—Ánimo —susurró Olive.

La gente aplaudió cuando la cámara apuntó a la nueva pareja. Erwin los vio ejercer la entrada, bien dominada, a la par de la voz que los presentaba.

»Damas y CaballeroS«

Las ropas de nebulosas de su *Rythem Dance* hondearon con elegancia.

»Representando AlemaniA«

Los aplausos que los habían celebrado a ambos en esta temporada…

»Jael Keller y Stephen Bookham«

Para reconocerlos mucho mejor de lo que hubieran reconocido a un patinador individual con un *quad axel* en su repertorio.

Los vio posicionarse, en el medio de la pista.

La emoción corriendo frenética mientras el público guardó silencio…

Erwin recordaba los últimos meses, pero todo se nubló ante estee recuadro:

Un par de chicos que no tenían por qué patinar juntos, pero ahí estaban.

Las ropas de folk irlandés con estampados de universo le trajeron otra imagen.

Estrellas. Errantes y pérdidas…

Se había sentido así por tanto tiempo que no había podido entender de lleno lo que ella le dijo esa tarde, en una banca de la Unter den Linden.

“Pero, ¿sabía que los astrónomos dicen que los objetos perdidos en el cielo son lo que nosotros vemos aquí como estrellas fugaces?”.

A Erwin le pareció tonto pensarlo, justo ahora. Pero lo entendió mejor que nunca.

Quizás jamás dejaría de ser un objeto que divagaba en el universo sin destino… Pero al parecer, alguien lo había convertido en algo más que sólo un guijarro perdido. La estrella fugaz que pasaba por el cielo nocturno y así el azul océano pudiera ver arriba, pedir un deseo y hacer realidad los sueños por vivir.

Para eso estaba allí.

No era una cabaña. No era un escape. Era un deseo.

Erwin esperaba culminarlo, incluso si no había suficiente en él para conseguirlo.

La música comenzó, con algo agitándolo hondo. Igual que la última vez que estuvo en una pista, consciente de que su padre lo vería. Erwin reconoció la vieja emoción y se dejó llevar, como si estuviera allí dentro. Parte de ellos.

Esa temporada, quizás, también había aprendido a volver a soñar.

Solo esperaba, después de todo lo que aún ocultaba, después de todo lo que aún lo perseguía, que fuera suficiente...

Los años sin retorno I

Wengen, Suiza | 1994

El pequeño Erwin levantó la cabeza de la almohada cuando un tordo gris de pico naranja picoteó su ventana. Otra vez ese tordo. Mami decía que esas aves regresaban de sus vacaciones en los Trópicos para así hacer su nido en los pinos arriba en el bosque. Que así era el verano, que regresarían al calor cuando llegara el invierno. Erwin iba a regresar la cabeza a su almohada, demasiado modorro como para pensar si Tordito quería entrar a su cuarto o solo le gustaba molestarlo.

Mami entró y él medio escuchó sus pasos en la oscuridad.

—Despierta, pedacito de mantequilla.

Erwin se encogió mucho más debajo de la manta, incluso si Mami le hizo cosquillas en la barriga. ¿Por qué quería levantarlo tan temprano hoy?

—Hoy es tu primer día —su voz canturreó.

Y entonces, Erwin abrió los ojos bien grande y entendió.

¡Hoy era su primer día de clases!

Mamá le hizo de desayunar huevos, müsli y pan de chocolate, después de ayudarlo a secarse fuera de la ducha. Erwin degustó su desayuno, mirándola ir y venir en la cocina. ¿Cómo sería la escuela? Erwin había pensado mucho en eso desde que Mamá y Papá le dijeron que comenzaría a asistir muy pronto. Parecía una eternidad desde que lo escuchó. Pero ya era hora de ir. Mamá y Papá le habían dicho que era un lugar con muchos niños, con una maestra que le enseñaría muchas cosas nuevas, con un lugar para aprender y divertirse.

“Pero todo eso ya lo hago aquí”, les había dicho él. Su casa tenía muchos libros, y Papá y Mamá le enseñaban cosas diferentes cada día. Sólo faltaban los otros niños, aunque Erwin no se sentía muy seguro de querer compartir a Mami con otros.

—Te divertirás mucho, Sohn —fue lo último que le dijo Papá antes de acariciarle la cabeza y darle un sonoro beso que lo despeinó.

—¡Friedrich!

Mami frunció poquito su ojos, igual a cuando simulaba estar muy enojada pero contenía sus ganas de reír. Papá se fue, riendo por el pasillo, con su taza de café. Directo a su estudio. Mami decía que así era cuando Papá tenía ideas nuevas, ideas que se transformaban en libros. Erwin no tenía idea de cómo eso podía ser posible.

Mami le arregló el cabello otra vez con sus manos. Rellenó la taza de Erwin con chocolate caliente.

—¿Y si los niños son malos conmigo, Mami?

Se lo dijo muy bajito, con el miedo que ya le estaba estrujando el estómago. Mami se sentó en el banco alto, junto a él. Su cabello rubio estaba amarrado en una trenza, que le colgaba suavemente desde un hombro. Mami le acarició las mejillas, Erwin sintió que le limpiaba chocolate de la barbilla.

—No existen los “niños malos”, panecito. Pero a veces no todos son tan buenos como Dios quisiera… Tú sé el niño lindo que eres aquí con Papi y conmigo. Lo que quieras que ellos sean contigo, tú puedes serlo con ellos. Como un ejemplo.

Erwin agachó su cabecita, mirándose el shortcito azul de su nuevo uniforme. Era raro sentir tantas ganas de ir y a la vez tanto miedo por hacerlo. ¿Qué tal si la maestra no era tan amable y bonita como Mami? ¿Y qué tal si las cosas que le enseñaría no eran tan interesantes como las que Papá le decía en las tardes, durante la merienda? Mami había dicho que estaría en

la escuela hasta las 12. ¿Eso era mucho tiempo? ¿Y si no lo soportaba? ¿Y si no era suficiente con ser “bueno” con los otros niños?

El brazo de Mami le rodeó la espalda.

—¿Quieres saber que hago yo cuando tengo mucho miedo, terroncito?

Mami lo sujeto de repente, y lo subió sobre la mesa del desayunador. Erwin creyó que ya sabía la respuesta. Aunque jamás pensó que Mami pudiera tener miedo. Las personas tan bonitas como ella no debería tenerlo. Mami entrecerró sus manos, alrededor de las suyas. Sus ojos azules se cerraron. Cuando ella acercó su frente, Erwin pegó la suya. Oyó sus suaves palabras, igual a otras veces.

—Señor… Qué bonito día preparaste para hoy. ¿Nos ayudarías a verlo? Es un día maravilloso para empezar la escuela, ¿verdad? Por favor, no permitas que nada de este día se arruine para mi pequeño Wilhelm. Déjale disfrutar todo lo que tienes para él. Dale buenos amigos y muchos momentos para agradecerte. Y si hay momentos donde sienta miedo, abrázalo por mí. Gracias porque nos escuchas.

Besó sus mejillas y lo bajó de ahí. Papá se les unió antes de que salieran. Mami le puso otro abrigo a Erwin, incluso si haría calor más tarde. “No quiero que te enfermes, ardillita”. Erwin caminó con ellos por todo el sendero descendente, una mano agarrada a cada uno.

El trayecto con casas empezó. Erwin vio a otros niños, desfilando con sus propios papás. Iba a sentir otro nudo en la barriga, pero la mano de Mami apretó fuerte. Siempre que Mami hablaba con Dios cosas mágicas pasaban. ¿Dios era un mago? Mami siempre decía que lo mejor que tenía descendía de él, del Cielo. “Especialmente tú, terroncito”. Erwin trataba de recordar cómo había sido ese viaje desde el cielo, porque, por más que intentaba, no podía acordarse. Pero había dejado de sentir el manojo apretado en su barriga.

Papá le dio otro beso. “Buena suerte, sohn. Confía en ti”.

Mami también lo besó. Acomodó su bufanda, sus guantes y le entregó su mochila y su caja de almuerzo.

—Te amamos, panecito. Dios está contigo —susurró para que él lo oyera nada más.

Erwin los vio ir hacia una mujer en la puerta. “La directora”, había dicho Papá. Erwin tuvo que seguir a otros niños y a la mujer robusta, con gafas largas y cara sonrosada que los dirigió. Fraülein Gertrude se presentó. “Seré su maestra este año”. Aunque no tenía una voz dulce como Mami, no lucía aterradora como Erwin temió.

Les enseñó sobre las letras. “Primero las vocales”. Erwin ya había aprendido de letras con Papá. Pero fingió que no sabía mucho, porque Mami le dijo que presumir no era bueno. Erwin vio que otros niños se hablaban entre ellos mientras la Señorita Gertrude no miraba. Cuando llegó la hora del almuerzo, muchos niños salieron al patio. Erwin se quedó en su lugar.

Sacó el emparedado de jamón que Mami le había hecho y su cantimplora con jugo de manzana. Tenía imágenes de El Rey León, igual que su lonchera.

—¿Tú eres el niño que vive en la montaña?

Erwin levantó la cabeza. El par de niños que se distrajeron en la lección, lo miraban. El niño más alto tenía cabello muy castaño y pecas en las mejillas. El otro tenía la piel más bronceada, el pelo ralo y rubio como los bucles de la princesa o los caballeros de un cuento.

—Mi papá dice que tú y tus papás viven allá, ¿es cierto? Y que por eso no van ni a la iglesia ni a muchos lugares normales.

“Normales”. ¿Entonces, ellos eran anormales?

Erwin tragó. Se acordó de Mamá. “Lo que tú quieras que ellos sean contigo…”

—Papá construyó la cabaña para mi Mamá.

Se atrevió a decirlo, demasiado bajo como para que alguien lo oyera. Los segundos siguientes fueron casi tan eternos como el día que Mami lo llevó a buscar piñitas en medio de la nieve, por primera vez. Pero de pronto, la cara de los dos niños se iluminó.

—¡Chispas! ¡En serio vives allá!

—¿Y cómo es? ¿Puedes ver osos? Yo una vez vi uno… O bueno, creí que vi uno. Le dije a mi hermano que vi como uno caminaba por la ladera. Pero estaba muy lejos. Los vi con mis binoculares. Me los regalaron en mi cumpleaños. ¿A ti te gustan los binoculares?

—También dice que cuando hay tormenta todo se agita mucho allá. ¿Es verdad?

—¿Puedes contarnos?

—Déjalo hablar, Ingo. ¿Cómo te llamas?

Erwin tuvo que esforzarse por despegar la lengua del paladar.

—Erwin.

—Yo soy August. Él es Ingo —dijo el chico de pecas y pelo castaño. Los dos se sentaron en las sillas de otros compañeros—. ¿También has visto a Pie Grande? ¿O al Gigante Gruñón?

—El Gigante Gruñón no existe, Gus.

—¿Cómo sabes? Las montañas son muy grandes… Mi Papá dice que si vas más arriba puedes ver sus pisadas. Que por eso nadie quiere subir las montañas. Sólo los alpinistas locos o los esquiadores. Pero ni ellos se atreverían a topárselo de frente… —regresó su atención a él—. ¿Y? ¿Tú ya lo viste?

Erwin tuvo que contarles cómo era vivir en una de las casitas más alejadas del resto del pueblo. Hasta ahora, no había visto gigantes ni osos, admitió. Pero las tormentas siempre eran muy fuertes. Tan fuertes que hacían crujir a la cabaña como si fuera a romperse en cualquier momento. Mami decía que nunca sucedería. Porque el mismo que agitaba la casa, era quien la sostenía. A veces Erwin no entendía de quién hablaba, pero a él sí que le daba miedo.

—Más que Pie Grande, creo… —se terminó su emparedado.

August e Ingo se quedaron callados un momento. Erwin creyó que había dicho suficiente para aburrirlos. Tal vez sí era anormal por temer a cosas que otros veían con normalidad, o por nunca haberse preguntado si su vecino era el Gigante Gruñón.

Ingo se levantó y fue a su pupitre. Tenía una bolsa extra y redonda junto a su mochilita. Sacó un balón de futbol.

—Vamos a jugar antes de que se terminé el descanso.

Invitaron a Erwin también. August le contó que él e Ingo se conocían desde que tenían 4 años. “Una eternidad, como dice mi hermana”. A diferencia de Erwin, que había hecho sus estudios preescolares con Papá, ellos habían cursado juntos el jardín de niños. Otros niños tenían historias similares. Erwin tuvo miedo otra vez de no agradarles. Cuando llamaron a otros niños para jugar, Erwin estuvo seguro de que ya no sería necesario. Iba a regresar al salón para terminar de comer lo que Mami le dio.

—¡Erwin, no te vayas! —le gritó August—. Estás en nuestro equipo.

Siguieron jugando hasta que sonó la campanilla. Erwin se despidió de ellos cuando Mami vino a recogerlo. Lo invitaron a jugar otra vez al día siguiente, y todos los días después de ese. Erwin descubrió que no era tan bueno como ellos corriendo detrás del balón. Pero nunca lo sacaron del equipo. A veces, en vez de jugar, los otros niños y él se quedaban en el patio, Erwin siempre oía sus preguntas sobre la cabaña, y siempre trataba de contarles cosas más interesantes. A diferencia del fútbol, era bueno para eso. Para charlar. Tal vez no era tan interesante como oír a Papá o a Mami, pero ellos lo escuchaban.

A la hora de la merienda, Erwin hablaba sobre sus clases y sus amigos. Mami dijo que

quería conocerlos, también Papá. Al día siguiente, Erwin les contó la idea a Ingo y a August. La invitación sería quedarse todo el fin de semana.

Erwin fue con Papá a recogerlos hasta el borde del camino. Subieron corriendo y persiguiéndose entre la hierba seca. Mamá cocinó emparedados con pan recién horneado, galletas y avena. Erwin les mostró los alrededores. Papá y Mamá lo dejaron ir solo por primera vez. "Pero no se alejen mucho, Sohn". Los chicos estaban encantados. Durmieron en la sala, pegados a la chimenea; el cuarto de Erwin no era tan grande como para contenerlos a todos. Eran casi las 12 cuando ellos seguían cuchicheando de lo que harían todo el sábado y el domingo.

El lunes, Ingo les contó a todos en su salón lo súper increíble que había sido visitar a Erwin en su casa. Pronto, los grados más altos conocían al niño de la montaña. No era el primero ni el último en Wengen, pero nunca habían tenido la oportunidad de conocer a uno tan de cerca. Erwin también les contaba a ellos sobre lo que era vivir allá arriba, dramatizando historias con ciertos toques de fantasía que Papá ponía en los cuentos que le leía.

Cuando pasó el invierno y vinieron los temas más difíciles que las vocales y los números, Erwin contaba con ayuda en casa. Papá siempre sería su instructor favorito. Si había días en los que estaba muy ocupado con "sus ideas", Erwin trataba por su cuenta. Pidió permiso para ir con August a estudiar. Si no estaban jugando uno de los nuevos juegos de video que August tenía, hacían los ejercicios que la Señorita Gertrude y las siguientes maestras les entregaban en clase. A parte de exámenes y tareas, Erwin ya no tuvo que preocuparse por la escuela.

Al empezar el tercer grado, comenzó a levantarse por su cuenta. Lustraba sus zapatos, le ayudaba a Mamá a lavar su propia ropa y acomodaba sus artículos de escuela en su habitación. Después de la escuela, hacía la lectura de repaso y al acabar iba con August o Ingo a jugar. Mamá siempre tomaba la merienda con él, especialmente si Papá no estaba. Ese otoño, Papá había tenido que irse a América, para promocionar una novela. Erwin al fin había entendido que sus ideas eran los escritos previos para escribirlas. "¿Y puedo leerlas?". Papá le dijo que tendría que esperar un poco más, cuando pudiera entender mejor de qué hablaban. A Erwin le gustaba más cuando él se quedaba en casa, y podían merendar los tres juntos.

Una noche de vacaciones, Mamá fue a su habitación para arroparlo y darle un beso. Erwin se alegraba de que faltara poco para que terminara el verano y así poder regresar a la escuela para tener más tiempo con sus amigos. Mamá tomó su mano e inclinó la cabeza. Oraban siempre en la noche, en voz baja. Solo cuando Papá no estaba en casa, Mamá podía hablar más alto, con la puerta abierta.

Después de que ella habló con Dios, le dio otro beso y se levantó.

—¿Por qué no vamos a la iglesia, Mami?

Mamá se quedó junto a la puerta, mirándolo con sorpresa. Erwin no supo por qué se sintió incómodo, de repente. Mami siempre hablaba de Dios. Pero Papá nunca lo mencionaba. ¿Era normal? En casa de August sólo vivían su mamá, su hermana mayor y él. Pero los tres parecían entender quién era Dios y por qué había que hablarle. Aquí en la cabaña, sólo Mami tenía interés de mencionarlo. Erwin oraba con ella porque sentía que si no lo hacía, ella se pondría triste. Pero no entendía por qué ella sí oraba mientras que Papá ni siquiera lo mencionaba, ¿o por qué Mami sentía que podía ver a Dios en todas las cosas pero él no? Le preguntó a August. Su amigo le dijo que en la iglesia explicaban muchas cosas. "Yo a veces no entiendo nada, pero mi hermana dice que es mejor seguir yendo para no enfurecer a Dios y hacer que se aleje de nosotros". Tal vez Dios se alejaría de Mamá si ella no asistía a una.

—¿Quieres ir a la iglesia, Will? —Mamá se sentó otra vez en la cama.

—Es que Gus siempre va… Sólo se me hacía raro que tú no fueras.

La miró. Mamá inclinó suavemente el rostro.

—Antes iba… Cuando era niña. En Zermatt.

—¿Y ya no te gusta ir?

Mamá agitó la cabeza, rápido, como si esa idea fuera horrible.

—Siempre me gustará, panecito.

—¿Y por qué ya no vas?

Mamá se tomó otro momento. Sus ojos azules brillaron con lágrimas. Erwin tuvo deseos de disculparse por cuestionarla. ¿Mami tenía miedo de estar enfureciendo a Dios por no ir a la iglesia? Pero sus oraciones eran tan mágicas, Dios había hecho que dejara de tener miedo en la escuela, ¿verdad? No podía estar enfurecido con Mamá.

Mamá suspiró. Tomó su mano entre las suyas.

—Hay tiempo para todo, Wilhelm. Fui muchos años a la iglesia… Y, aunque ahora no puedo ir, el Señor lo entiende. Volverá el tiempo en el que vaya otra vez, contigo, quizás —la idea sonaba rara, pero ella sonreía.

—¿También con Papá?

Mamá volvió a inclinar la cara. —Sí, terroncito. Yo espero que sí… —tras un momento silencioso, le sonrió otra vez—. Pero, si por alguna razón tú quisieras ir o, si tuvieras la oportunidad de hacerlo… Hazlo.

Erwin asintió, aunque no le animaba mucho ir sólo a un sitio nuevo, otra vez. Ya había sido suficiente con la escuela. No podría tener la misma suerte dos veces. Mamá le dio otro beso. Después de desearle buenas noches, apagó las luces. Erwin tardó un poquito más de lo usual en dormir. Pensar en los ojos tristes de Mamá le había encogido el corazón. Pero pensar en Dios enojado le puso heladas las manos.

Por primera vez, pensó con mejor nitidez sobre él. ¿Cómo debía ser? ¿Qué cara tendría? ¿Cómo sería su voz? Mamá le hablaba, pero Erwin nunca lo había escuchado responder. Tenía que ser alguien enorme, con voz de trueno y oscura presencia. Alguien que fuera capaz de provocar las ventiscas del otoño y las avalanchas del invierno. A Erwin siempre le daba miedo cuando había tormenta. A sus amigos y los otros chicos de la escuela les fascinaban sus historias, pero a él lo aterraba la idea de quedar sepultado bajo la cabaña y una capa enorme de nieve. En noches así, sentía ganas de llorar hasta que Mamá llegaba con una taza de heißen schokolade.

Si Dios era capaz de hacer llorar a Mamá, debía ser alguien malo, tan malo como una tormenta. Pero, por otro lado, Dios la escuchaba, le había ayudado a Erwin a pasar el primer grado sin muchas complicaciones. Ahora tenía amigos y muchos niños lo admiraban, incluso los de grados superiores. Dios era extraño.

Sintió que el sueño lo vencía. Hoy no había ventisca, era lo mejor del verano. Tenía a Papá, tenía a Mami y a sus amigos. Era suficiente.

◆◆◆

El otoño comenzó y dio paso al invierno. Erwin estaba emocionado. August le dijo que se quedaría en Wengen todas las vacaciones de invierno. “¿Podemos ir a tu cabaña para ver la nevada?”. Erwin le preguntó a Mamá. Ella dijo que sería una buena idea. Además, Papá regresaría antes de terminar noviembre. Estarían juntos. Sería un bonito invierno.

Erwin se despertó para ir a la escuela. Sintió un raro dolor en su cabeza, pero se quitó en cuanto tomó otro desayuno de Mamá. Llegó a la escuela temprano, ya no necesitaba que lo

acompañaran hasta la entrada. Ese día terminaron de aprender quebrados, tuvieron clase de Historia Nacional y tiempo extra en deportes. La escuela había abierto una pequeña pista para juegos de hockey para los alumnos del Décimo grado. Pero durante los descansos estaba abierta por turnos para el resto de estudiantes.

A Erwin no le gustaba mucho el hockey. Pero le había pedido a Papá unos patines porque August e Ingo querían hacer competencias de velocidad de vez en cuando. Lo habían intentado, una vez, pero luego descubrieron que caerse de bruces en el hielo dolía más a una patada en la espinilla cuando jugaban fútbol. Dejaron de patinar casi desde que empezaron a intentarlo.

Mientras veían a los otros alumnos en la pista, August y él hablaban de lo que podrían hacer en el invierno. Erwin le había contado que más arriba de la montaña había un manantial y que, si caminaban lo suficiente, podrían llegar a una cascada. “La he visto en primavera, pero congelada debe verse genial”. También podrían buscar huellas de Pie Grande, o hacer el juego de piñas que Papá y Mamá hacían con él. Tomarían el chocolate caliente de Mamá y sus panecillos, estarían mirando los álbumes de estampas de August frente a la chimenea, o podrían leer alguno de los cientos de libros que Papá tenía en su biblioteca. August ya ni siquiera se preocupaba de que no tuvieran juegos de video ni de que tuvieran que calentar agua en una tinaja para ducharse. Le parecía cool.

—Pero, por si acaso, puedo llevarme esto —le mostró su gameboy. Erwin se rio, animado. Un estornudo lo hizo callar. August continuó—. Qué mal que Ingo no pueda quedarse.

Ingo les había dicho que su papá había conseguido trabajo en Zúrich y que era probable que tuvieran que mudarse. Esas vacaciones irían a la ciudad para concretar detalles. Erwin lo sentía mucho. Sus amigos no habían durado ni dos años. No quería verlos ir.

—Espero que se queden… —comentó.

—Lo de su papá era muy seguro. Ingo dijo que esta era una oportunidad única. Ojalá le dieran trabajo aquí…

Se desanimaron un poco. No dijeron nada en un rato. Otro fuerte estornudo hizo a August voltear. Erwin sopló fuerte en una servilleta de su almuerzo.

August preguntó si estaba enfermo. Aunque Erwin respondió que no, un escalofrío lo recorrió.

—Creo que me dio frío por estar aquí sin suéter.

Dejaron la pista y fueron al patio. A la hora de salir de la escuela, Erwin volvió a casa con dolor de cabeza y las mejillas constipadas. Fue a su habitación para descansar, se sentía muy agotado por alguna razón.

Mamá llamó a su puerta, un rato después. Le pareció raro verlo acostado. Cuando palpó su frente, se llenó de preocupación. Tenía fiebre.

—¿Te resfriaste, panecito?

Erwin sentía la frente muy pesada. No pudo responder.

Mamá regresó con una bandeja. Leche caliente, sopa de guisantes, panes. Le ayudó a comer. Le dio té de hojas de naranjo y miel, al final. Desde siempre, Mami prefería usar remedios naturales en lugar de medicina. Eran consejos de una amiga lejana de la zona de Zermatt, su tierra natal. Lo besó y lo arropó. Erwin pensó que se sentiría mejor.

Al día siguiente, despertó acalambrado y con más fiebre. Mamá le dio otro té, sopa y panecillos. Pero al final de la tarde, llamó al doctor. Erwin no supo por qué no podía escucharlos, los oídos le zumbaban, la cabeza le ardía y era difícil prestar atención. Tuvo los ojos cerrados por mucho tiempo, sólo sintiendo ese mal, y a Mamá acariciando con su mano o la compresa fría que ponía en su cabeza. De pronto vio a Papá, sentado ahí también.

“¿Cuánto tiempo lleva así?”. “¿Cuánto tiempo durará?” “¿Es tan serio?” “Entiendo…”.

Erwin pudo abrir los ojos y sentirse más despierto un día. Mamá entraba, con otros paños húmedos, y un manto cubriéndole la boca. Sus ojos se llenaron de alegría al verlo despierto. Por alguna razón, no lo abrazó ni lo beso. Le dijo que había caído enfermo, que había sido más grave de lo que pensó. El doctor diagnosticó un tipo de fiebre tuberculina, y que gracias a Dios nadie en su salón se había contagiado, aún seguían sin saber quién habría podido contagiarlo a él. Tendría que reposar, que sus maestros entenderían. Cuando Erwin preguntó cuándo estaría bien, Mamá dijo que llevaría algunos meses. Erwin se sintió más enfermo. ¡Adiós a sus vacaciones con August!

Mamá dijo que sus amigos habían llamado y que August le enviaba saludos y buenos deseos. Por lo grave de su enfermedad, nadie podría visitarlo hasta que lo peor pasara. La única buena noticia fue que Papá adelantara su regreso. Entró a la recámara, con máscara de tela médica. Le apretó la mano. “Mejórate, Sohn. Si lo haces, te hablaré de mis novelas… Prometo darte el primer manuscrito a ti para que lo leas, incluso antes que a mi editor”.

Erwin tuvo que pasar su invierno en cama. A veces veía la nieve caer afuera u oyendo las ramas de los pinos que crujían arriba del techo o contra las ventanas. El mismo temor regresaba, si estaba demasiado enfermo no sentiría si les cayera una avalancha. Los ataques de tos y el dolor de cabeza lo distraían. Pero era la presencia de Mamá lo que siempre mejoraba su ánimo. Erwin podía escucharla moverse en el resto de la casa, tarareando tonaditas que luego le cantaba a él en voz baja. “Son himnos, panecito”. Hablaban sobre Dios, la Creación y su inmensidad. Erwin recordaba la inmensidad de Dios. ¿Era la avalancha o la idea majestuosa de Mamá? Le gustaba más cuando ella lo dejaba salir de su habitación y lo dejaba entrar a la cocina, siempre bien abrigado, con doble calcetín, cubrebocas médico y abrigo. Mamá se preparaba para la Navidad. Era su fecha favorita, y siempre era ella quien mejor se preparaba para recibirla.

August lo llamó para avisarle que ya habían terminado las clases. Mencionó que Ingo había vuelto por un tiempo. “¿Podríamos hacer una acampada en tu cabaña?”. Erwin respondió que aún estaba enfermo. August no lo recriminó. Su amigo le deseó felices fiestas y colgó. Erwin regresó a su habitación. Se sentó en su cama, débilmente, temblando. Un ataque de tos lo doblegó, y le sacó lágrimas de ira. ¡¿Por qué tuvo que enfermarse?! Quizá era su última oportunidad para estar con sus dos amigos pero debía pasarlo en cama.

Mamá entró al oír sus esfuerzos por parar de toser. Le ayudó a respirar hondo, hasta que la tos se calmó. “¡Odio estar enfermo!”. Se sintió mal por quejarse. No era culpa de Mamá… Pero ella lo abrazó. Su brazo le hizo sentir mucho más abrigado que la ropa y el fuego de la chimenea. Erwin se limpió la nariz y las lágrimas.

—¿Puedes decirle a Dios que me cure, Mami?

Mamá le dijo que confiara. Su vida estaba fuera de peligro, sólo sería un tiempo de recuperación. “Y tal vez algo pase, liebling… Algo bello que tú no sabes”. Le tomó su mano pálida y cerró los ojos. “Dale paz a su corazón, como le estás dando salud a su cuerpo… Dale paz…”. Erwin sintió el calor de su aliento y de sus dedos acariciando su cabeza. Estaba casi adormilado cuando vio la figura de Papá en la puerta. De pronto, Mamá se enderezó al encontrarlo, Erwin notó que la cara de Papá estaba muy seria.

—Voy al pueblo a comprar víveres. ¿Quieres que traiga algo para los dos?

Sonaba bajo y grave. Mamá se puso de pie, después de dejar a Erwin en su cama. También habló muy bajo, pero nerviosa, antes de cerrar la puerta. “Volveré en un rato, tesoro”.

Erwin terminó de dormirse. Un toque contra su ventana le hizo despertar. Erwin vio las ramas, otra vez rascando el vidrio. Afuera estaba oscuro, sólo el alfeizar exterior lleno de nieve.

Iba a cerrar los ojos otra vez cuando oyó a Mamá levantar la voz. Erwin se levantó de inmediato y abrió la puerta. La luz de la recámara principal estaba encendida y la puerta entrecerrada. Se acercó, con pasitos débiles, oyendo su propia respiración.

—¿Qué se supone que haga? ¿Prohibirle tener fe?

Erwin se detuvo en seco. Mamá estaba llorando.

—No quiero que crezca pensando en una fantasía. Quiero que sea capaz de decidir, cuando sea mayor…

—¿Cómo elegirá a alguien que no conoce?

—Conoce a alguien que tú quieres imponer sobre él…

—Un niño sin esperanza, no puede ser feliz.

—¡Es mi hijo, Sabine!

—¡También es mi hijo!

El corazón de Erwin se aturdió. Quería abrir de golpe y decirles que pararan. Jamás los había oído gritarse. Mamá lloró con mayor fuerza. La cama rechinó, Papá sonaba más calmo.

—Tienes que entender… No discuto tu fe. Es ese acto de influenciar a un niño lo que me molesta. Déjalo que crezca, después puede decidir su camino.

—El camino de una persona empieza desde niño, después ya no hay retorno…

—Tu Dios es débil si sólo puede convencer a niños, cariño…

Lo había dicho como un susurro, pero incluso Erwin sintió el dolor de Mamá.

—No sé cómo pudimos casarnos —ahora fue la voz dura de Mamá.

Los ojos de Erwin picotearon.

—Te casaste conmigo porque yo sí soy real y no una fantasía, Sabine —, Papá sonaba herido. Mamá lloró otra vez. Le susurró a Papá en francés, suficiente para que él no la siguiera cuando dejó la habitación.

Erwin pudo esconderse tras el recodo de las escaleritas que llevaban al ático. Vislumbró la figura veloz de Mamá que atravesó el pasillo, y se perdió en las escaleras hacia la planta baja. Erwin volvió a seguirla. Apenas bajó unos peldaños y la encontró, metida en la cocina, llorando aferrada a las alacenas.

—Señor, ¿por qué…? Él no es una mala persona… ¿por qué no puede ablandar su corazón para ti como para mí?

Su cuerpo temblaba. Erwin contuvo sus ganas de ir con ella y abrazarla. Un ataque de tos lo amenazó; tuvo que regresar a su habitación. Bebió del agua sobre su buró, y pudo contener los espasmos. Pero por dentro todo se había agitado. Dios era la avalancha, capaz de amenazarlos, de robarse la armonía entre ellos. Con tal de ver a Mamá feliz junto a Papá, Erwin prometió no preguntar nada sobre Dios.

Su sola mención, podría traer muchos problemas.

◆◆◆

Su infección estaba amainando. Erwin podía dejar su cama más tiempo, ducharse más de dos veces por semana y comer menos guisados calientes. Sus ataques de tos disminuyeron, igual que la fiebre. De haber tenido menos nieve alrededor, habría dado un paseo con Mamá. Aún no podría recibir visitas.

Celebraron Nochebuena y Navidad juntos. Mamá y Papá parecían más tranquilos. Después de aquella noche, ya no discutieron. Mamá seguía orando en su habitación, aunque

siempre en susurros. Erwin la dejaba hacerlo, pero ya no le pedía que hablara con Dios sobre algo en especial, con tal de no enojar a Papá. Complacería a ambos.

De navidad, Papá le dio un par de botas nuevas, rompevientos de piel de venado y pantalones de doble forro. “Para que vayan a explorar la montaña tú y tus amigos, Sohn”. A Erwin le entraron mayores ganas de llamar a August e Ingo para ir juntos a aventurarse a los picos cercanos. Mamá le dio un ajedrez, cortado en madera de abeto por ella misma. “Podríamos jugar de vez en cuando”. Mamá era buena labrando en madera. Había aprendido cosas de cómo ser una xilo-artesana antes de casarse con Papá. Muchas molduras de la cabaña tenían grabados que ella había tallado. Ese ajedrez formaría parte de los muchos juguetes y figuras que Mamá le había hecho, especialmente para él. Erwin se sintió encantado, viendo las figuritas, los caballos tenían detalles en sus crines, igual que las coronas del rey y la reina. Le pidió a Papá que le enseñara a jugar esa noche.

Recibieron el nuevo año, frente a la chimenea, leyendo o jugando ajedrez, acurrucados entre los tres para guardar calor. Erwin disfrutó quedarse en medio de los dos, sosteniendo su chocolate caliente, oyéndolos susurrarse. Papá besó a Mamá de pronto. Erwin la vio sonrojarse.

—Tu cara está roja, Mamá.

Las mejillas de Mamá se colorearon mucho más: —¡Wilhelm Schmidt! ¡Pensé que estabas dormido!

Papá rio. Abrió la manta para arroparlos mucho mejor a los dos en su interior. Sus brazos fuertes rodearon a Mamá, mientras ella rodeaba a Erwin. Menos enfermo, Erwin disfrutó de su tibieza y el olor de su hogar.

Papá tuvo que regresar a trabajar con la llegada del nuevo año. Pasó más horas encerrado en el estudio. Erwin jugaba al ajedrez con Mamá, pero ella no era tan buena como Papá. La sexta vez que le ganó, Erwin le dijo que hicieran otra cosa. Mamá le pidió ayuda con un pudín. Erwin regresó al sillón, después de dejarlo en el horno y sentirse fatigado.

Sus compañeros habían regresado a la escuela. Erwin tendría que esperar al menos, otro mes. El doctor les dijo a sus padres que necesitaba recuperar fuerzas, Mamá le daba más tés y preparados de jalea con vitaminas caseras para ayudarlo. Pero a pesar de todo, serían muchas semanas fatigantes. August le había llamado también. Ingo se había mudado a Zúrich poco antes de Navidad. Como había estado muy enfermo todavía, Ingo no pudo despedirse. “Pero dice que nos escribirá o que tratara de llamarnos”. Erwin se sintió más triste esta vez.

Se sentó a la orilla de la cama, viendo hacia su ventana. Tordito estaba allí, piando y rascando su ventana. Se había adelantado mucho este año. Parecía muy feliz por disfrutar el día allá afuera. Erwin resopló, frustrado. ¿Cuándo iba a salir de aquí? Mamá llegó con su bandeja de comida y lo encontró así. Erwin supo el remedio perfecto que ella tendría para su desánimo. ¿Le pediría que oraran otra vez? ¿Cuántas probabilidades había de que Papá los oyera de nuevo? Erwin se esforzó por verse más entusiasmado esa tarde y así evitar problemas.

Mamá lo sacó de la cama, temprano, a la mañana siguiente. Erwin la había visto rebuscar cosas en el desván inferior. Al verla allí, con sus viejos patines, tampoco pudo entender.

—¡Levántate, tesoro! Es un día hermoso.

Erwin estaba demasiado adormilado como para reaccionar. Mamá le ayudó a vestirse de ropa más cubierta y con sus nuevas botas. Lo haló, tomando sus propios patines, para salir de la casa. Después de casi dos meses sin respirar el aire de afuera, Erwin se despabiló por completo. Siguió a Mamá, más consciente de su alrededor. Había nieve espesa en el piso y en las copas de los pinos, pero el cielo estaba despejado. Mamá los llevó por debajo de la sombra de los árboles para evitar el rayo del sol contra la nieve. Erwin se detuvo un par de veces, tosiendo débilmente;

nada que pudiera preocuparlos.

Después de varios minutos, vieron el arroyo congelado que Erwin conocía. Mamá le ayudó para que siguiera caminando. Llegaron a un área mucho menos empinada, en donde el bracito congelado del rio se pegaba a una superficie plana, mucho más extensa. Mamá soltó su mano.

—Ponte tus patines, terroncito —ella se puso los suyos. Erwin iba a decirle que no le gustaba patinar en la escuela.

Pero Mamá se movió en el hielo, emocionada, con una pequeña vuelta bamboleante. Abrió sus brazos.

—¡Este es el día que nos ha dado el Señor! Ya fueron suficientes días de encierro. Ven a disfrutar, del frío y del sol, tesoro.

Mamá se deslizaba, como si lo hubiera hecho por muchos años. No era tan audaz como Erwin había visto a los jugadores de hockey, ni tan rápida como él y sus amigos al tratar de hacer carreras. Pero sonreía como si fuese algo muy emocionante. Erwin se calzó sus patines. Mamá le ayudó a entrar al hielo. Avanzaron, varias vueltas, tomados de la mano. Cuando había la amenaza de caer debido a los bordes del manantial, Mamá se reía. Erwin disfrutó oírla. Mamá se veía muy bonita siempre que reía. Incluso hoy, con su cabello sujeto en una bola, y los mechones de la frente desprendidos en todas direcciones, se veía rebosante.

Los días siguientes, Erwin y Mamá subieron hasta el manantial congelado. Mamá le enseñaba trucos que había aprendido a hacer cuando era niña. Pequeños saltitos, moverse en un solo pie, encorvarse sin caerse. Lo que Erwin más disfrutó fueron los juegos de atrapadas. Mamá siempre podía capturarlo, sin importar qué tan fuerte él se moviera. Erwin sólo pudo alcanzarla unas cuantas veces. Regresaban a casa, buscando piñas marrones, con la promesa de volver a la mañana siguiente. No era como sus juegos en la escuela, no había nadie a quién impresionar o ganarle. Sólo era divertido.

Mamá y él se echaron al hielo, después de jugar. Mañana, Erwin regresaría a la escuela. No tenía riesgo de recaer, y podía disfrutar el frío que traspasaba su chaqueta abrigada. Erwin vio las sombras que creaban los pinos sobre su piel y la de Mamá. Pronto llegaría primavera y el lago se descongelaría.

—Pero podemos ir a las pistas de la villa —le dijo Mamá. Erwin dijo que sí.

El lunes regresó a sus clases. Fue bueno volver, pero estar allí sin Ingo le recordó todo. Trató de no desanimarse mucho. August le habló de sus días libres de invierno, de cuánto esperaba que llegaran las vacaciones de verano para pasarlo juntos en su cabaña.

—Vamos a pedir la revancha de estas vacaciones, Will. ¡Será genial! Tal vez Ingo venga en vacaciones o algo… —Erwin estuvo de acuerdo—. Espero que lo de tu enfermedad no haya sido tan aburrido como me contaste.

Erwin le dijo que lo fue, en parte. Pero que el final fue lo mejor.

—Ya sé por qué no soy muy bueno en el futbol ni el en hockey…

August lo miró, expectante. Había descubierto otro deporte, más interesante y divertido.

◆◆◆

Erwin terminó su último examen. Había sido un año difícil, con mucho estudio y pocos días de jugar videojuegos en casa de August. El siguiente año pasarían a Séptimo grado y con eso iniciarían los preparativos para elegir una Secundaria. August le dijo que su mamá lo metería a la escuela al norte del pueblo, en el área de Grindelwald. Quedaba hasta el otro extremo del valle.

Erwin no había pensado todavía. Le preguntaría a Papá si podía ir.

Llegó a casa, cansado. Dejó su suéter junto al perchero. Se quitó los zapatos para usar calcetines nada más. En temporadas de calor era más cómodo. Miró sus patines un momento, últimamente ya no tenía que llevarlos a su habitación. Mamá y él solían ir en la tarde a patinar a la pista de la villa. Erwin ansiaba que llegara el invierno, para ir arriba a la pista privada que Mamá y él tenían. Sus estudios habían postergado mucho patinaje los últimos meses.

Se metió a la cocina a beber jugo de manzana. Erwin notó el silencio al fin. Mamá no estaba preparando la cena, ni se oían los pasos de Papá en el estudio. Erwin los llamó, sin respuesta. Los buscó arriba, luego afuera. Mamá también pasaba tiempo cuidando las hortalizas en el patio. Pero tampoco estaba allí. Erwin consideró que habían ido al pueblo para buscar víveres. Fue a su habitación y se concentró en hacer la tarea de la siguiente semana.

Oyó que la puerta delantera se abría. Se asomó por las escaleras, agachando la cabeza para ver hacia el recibidor. Papá entró primero, hizo espacio en el sillón de la sala y regresó. Dos hombres ayudaron a cargar a Mamá, con ayuda de Papá. Erwin terminó lo que le faltaba de escalones. Su cara preocupada se fijó en Mamá.

—¿Qué sucede? —rodeó los sillones.

Papá se concentró en los otros hombres, vecinos del pueblo. Les agradeció y los despidió. Erwin estudió su semblante cansado, luego a Mamá. Su rostro decaído hacia un lado del sillón.

—¿Papá?

—Ve a tu recámara, Erwin…

—Pero, ¿qué pasó con…?

—*Ahora.*

Erwin se quedó como una piedra. Papá nunca hablaba con tanta severidad. Estuvo a punto de obedecer. Mamá alzó un brazo, tembloroso.

—Deja que se quede, Friedrich. Sólo dile lo que pasa…

Papá se viró, negando. Erwin tuvo ganas de gritar. Algo le quemó en los ojos, sintió el corazón acelerado. ¿Qué estaba pasando? Se acuclilló cuando Mamá le dedicó una mirada.

—No tengas miedo, panecito… —acarició su mejilla. Miedo fue lo que más sintió. Erwin tragó.

—¿Qué te pasa, Mamá?

—Sólo estoy enferma, Sohn. Nada más —sonreía. Pero Erwin pudo ver algo oculto en sus ojos.

—¿Enferma? ¿Es como mi tuberculosis, hace años? —nadie respondió—. Te vas a curar, igual que yo… ¿verdad, Mamá?

Papá exhaló hondo, detrás de ellos. Un escalofrío recorrió a Erwin. Mamá no quitó la sonrisa en su rostro débil. ¿Había tenido un semblante tan desgastado todo este tiempo sin que Erwin lo notara?

—Todo estará bien, tesoro. Dios tiene el control…

Papá resopló; agitado huyó a la cocina. Mamá acarició las mejillas de Erwin, limpiandolas. Él ni siquiera se había dado cuenta que lloraba.

Mamá estuvo en su recámara la mayor parte del tiempo. Papá y ella iban al hospital en Berna cada semana, siempre regresaban con dos hombres que ayudaban a cargarla. Mamá decía que era efecto de algo llamado quimioterapia, que trataría de destruir lo que se había albergado en su interior para hacerle daño. Se veía más exhausta cada vez que regresaban de sus sesiones. Pero su gesto nunca decaía del todo. Cuando se sentía lo suficientemente fuerte para cocinar,

Erwin la escuchaba cantar, reír y agradecer por poder hacer sus deberes. Papá en cambio se mantenía callado, observándola con un dejo doloroso en su expresión, con algo apretándose entre su quijada tensa. No hablaba con nadie salvo con ella.

En varias ocasiones, Erwin los oyó discutir otra vez, dentro de su habitación. Mamá ya no pudo salir a cocinar, su cabello rubio y hermoso estaba opacándose. Papá gritó que era injusto, con tanta rudeza que Erwin pudo oírlo desde abajo de la sala. Entró corriendo hasta ellos. Mamá tenía calma en su rostro que casi olvidó su temor.

—Todo está bien, tesoro. Ve a hacer tu tarea…

Su voz sonaba apagada, como si pudiera romperse. Pero era Papá el que lucía más vulnerable. Erwin miró su postura encorvada, al borde de la cama. Se estaba limpiando los ojos.

—¿Papá?

—¿No oíste a tu madre, Erwin? —un tono profundo, airado.

Mamá capturó sus ojos.

—Ve, cariño. Déjanos solos.

Erwin apenas pudo despegar los pies del piso. Se quedó del otro lado de la puerta, seguro de que no notarían su presencia. Mamá siguió hablando suave, llena de amor.

—No puedes dejarte vencer por el dolor, cariño… Nuestro hijo va a necesitarte…

—No puedo seguir haciendo esto. Seguir con la farsa de que todo está bien cuando falta tan poco tiempo para...

Su voz se quebró. Silencio. Mamá hizo más tierno su tono.

—Entonces llévame a otro lado… Esta casa fue construida con amor, no dejes que él lo olvide… Por favor…

—No soy tan fuerte… Te equivocaste de hombre… Al aceptarme, tú... Tu Dios se equivocó con ambos...

Erwin se estremeció. Mamá susurró algo que él no escuchó. Una última frase se escabulló hasta la puerta.

—Él te hará mirar un nuevo paisaje…

Días después, Papá llevó a Erwin a casa de August. Había hablado con su madre y su hermana mayor para pedirles que él se quedara en casa unos días. August estaba emocionadísimo. Su mamá le había comprado otra consola y tenía un par de juegos nuevos para usar. “Nos dormiremos hasta después de la media noche jugando”. Erwin no la pasó mal. Era divertido llegar de la escuela y comer con August, luego ir con otros amigos a jugar por ahí. Los juegos de video nuevos eran interesantes, llenos de retos. Incluso fue a la iglesia los domingos. No era el lugar extraño, lleno de voces profundas que él imaginó. En más de una ocasión, Erwin sentía algo tibio en su interior, oyendo el sonido del piano cuando tocaban una canción como las que Mamá cantaba.

Podría decirle que vinieran la próxima vez. Podría armarse de un poco de valor y ver qué pasaba si le decía a Mamá que volvieran a orar o a hablar de Dios. Erwin pensó en ella, cada noche, recostado en la bolsa de dormir que August le prestó. Papá lo había dejado entrar a su recámara antes de traerlo a casa de su amigo.

Mamá había apretado sus mejillas, con algo agitando sus ojos.

—Eres precioso, Erwin Wilhelm Schmidt. El más precioso niño de todos, con buen corazón y bellos sueños… Y lo serás siempre. Créelo.

—¿Vas a regresar pronto, Mamá?

Papá le había dicho que irían a otro hospital, ahora en otra ciudad, para tratar con su enfermedad. Mamá sonrió.

—No sé cuánto durará la espera, tesoro… Pero tengo fe en que nos veremos otra vez. Tarde o temprano.

—¿Y si no soporto la espera con August? No me gustan tanto los videojuegos como a él…

Sintió sus lágrimas caer. Mamá soltó una risita, consolándolo.

—Él tratará de distraerte. Y sé que lo hará con la mejor intención. Y habrá otras distracciones después… No las ignores todas. Algunas pueden ser buenas y sanas. Pero si llegas a un punto donde ninguna de esas distracciones pueda tranquilizarte, no te preocupes. Dios nos permite desilusionarnos de todo para poder entender algo: Él es suficiente. Él es lo que más necesitamos. Y su amor es tan inmenso, que ni siquiera Papá y yo podríamos abarcarlo.

Erwin la abrazó. —A mí me gusta el amor de Papá y el tuyo.

Mamá lo apretó todo lo fuerte que sus brazos endebles le permitieron.

—Gracias, panecito. Yo siempre estaré feliz de amarte… Nunca lo olvidaría, ni lo lamentaría. Oraré para que un amor más hermoso los cubra a Papá y a ti. Hasta el día en que volvamos a vernos.

—¿Será pronto, Mamá?

Mamá le acarició el cabello y lo besó en la frente. Erwin no supo si ella pudo oír su pregunta, pues no la contestó. Papá se la llevó, un mes atrás. Erwin intentaba distraerse, tal como Mamá lo había dicho. Las vacaciones habían comenzado. Si Mamá regresaba y se recuperaba como él lo había hecho, podría patinar en la pista común, jugar ajedrez, o cocinar. Erwin se prometió hacer cada tarea que le dijera, sin rechistar.

La mamá de August contestó el teléfono una tarde.

—Es tu padre, cielo…

Erwin dejó el control del juego de video. Se acercó al teléfono de cordel. Papá se oía serio, pero sin el resentimiento de sus últimas charlas. “Mañana volveré, Sohn”. Erwin no pudo preguntarle cómo estaba mamá. Se alegró de que regresarían, por fin. Un mal presentimiento se mezcló contra su alegría, pero él lo ignoró. Tal como ignoró todo preámbulo, toda advertencia y mal indicio: Las miradas compasivas de la mamá de August y su hermana mayor, los cuchicheos de su amigo con ellas. Erwin pretendió que no veía a su amigo sonreír con lástima, que él no estaba más callado esta noche. “Es porque Papá y Mamá regresan y ya no estaré más en su casa…”. Trató de convencerse.

El timbre de la casa repiqueteó antes del desayuno. Erwin estaba seguro de que serían ellos. Corrió a la entrada y abrió. En cuanto encontró a Papá, embarbecido y con la misma ropa de la última vez, Erwin entendió.

Papá había vuelto pero Mamá no venía con él.

Equipo Alemania

Capítulo 1

La primera competencia

Berlín | Septiembre, 2019

Olive regresó a la barra, justo cerca del primer banquillo desocupado. No se sentó. Soltó el vaso de cerveza vacío y se aferró a la tabla de madera lisa con las dos manos, temblando. Inhaló hondo, las lágrimas amanazaban con salir si no se controlaba.

Sintió la presencia de Melek a su lado, en un parpadeo.

—¿Qué está pasando, Olive Gomer?

No estaba preocupado. Estaba enojado. Olive sintió más ganas de llorar, llena de ira. ¡Su hermano estaba enojado con ella por culpa de ese inglés!

—Olive —deslizó el nombre con exigencia.

Se giró a verlo. Se limpió la única lágrima que escapó. Movió la cabeza con rudeza.

—Nada.

Los ojos de su hermano la analizaron. Él no iba a creer un "nada", después de lo que ese sujeto había dicho, justo a unos pasos de su hermano.

"Si no puedo llevarte a bailar, una estúpida película de jazz podría servir…"

—¿El patinador de Erwin Schmidt te está molestando?

Su hermano apretó las cejas. Liv negó otra vez. Dijo no contundente.

Antes de que su hermano preguntara más, una de sus meseras se acercó.

—Señor Melek, el señor Rosko dice que su acto va a comenzar…

No se veía feliz de apurarlos. A ellos tampoco les alegraba que alguien más tuviera que recordarles sus entradas en el show. Su hermano se molestó aún más. "Vamos enseguida". La miró otra vez.

—Vamos, Olive. Ve a lavarte la cara y regresemos al escenario —Melek se encaminó al centro del salón, rumbo al punto de actuación que Liv ya conocía.

Sería su última presentación de aniversario. La interpretaría con su hermano.

No podía dejar que nada lo arruinara. Menos la presencia de alguien como Stephen Bookham. Después de hacer lo que su hermano le dijo, Olive subió las escaleritas rumbo al escenario.

"No vales la pena…".

¿Iba a dejar que le molestara? Incluso si venía de alguien así…

Nunca. Aunque fuera otra decepción y el recuerdo de todo lo peor que había vivido, no le molestaría. Era lo bastante madura, era lo bastante fuerte. Como para hacer otra grandiosa presentación en *The Good Times* y convencer a su hermano de que todo había sido un malentendido.

Tan fuerte como para acompañar a su equipo de patinaje y no sentir nada, nada por

Stephen Bookham.

◆◆◆

Erwin salió de la ducha. Su maleta estaba lista, a un lado de su cama, junto a su valija de equipo deportivo, suplementos y sus propios patines. Faltaban dos días para el Campeonato de Hamburgo. Debido a que había completado su inscripción con antelación, solicitó la oportunidad de hacer el entrenamiento de rigor en Berlín y llegar directamente a competencia. Katia Kepler firmó la autorización con gusto. Ese año habría más de una veintena de participantes para el campeonato; una cantidad mucho mayor a la docena que nunca solía superar.

Erwin comenzó a abrocharse los puños de la camisa. El saco gris y la corbata se quedarían en el portatrajes hasta llegar a Hamburgo. Apenas sería una hora y media de vuelo. Pero quería llegar presentable. Sus patinadores podrían ir a instalarse al hotel pagado por la asociación deportiva alemana; él tendría que ir a confirmar su asistencia a las instalaciones oficiales, saludar a directivos. Ya no podía darse el lujo de llegar y simplemente ir a descansar hasta que la competencia iniciara. Ya no.

Arrugó el gesto, sintiendo el mismo malestar. Miró su reflejó en el espejo largo. Había dejado de usar un parche sobre la nariz, pero aún tenía el puente enrojecido. Repasó la historia que le había dicho a los pocos que habían preguntado, la misma historia que trataba de decirse a sí mismo para no convencerse de que esto era una muy mala idea. Tendría que seguir adelante…

Regresar al patinaje… Como un entrenador.

Dejó de pelear con los botones cerca del pecho. Inhaló hondo y soltó el aire lentamente. Había despertado con menos dolor en las rodillas, pero el calambre estaba allí, taciturno, a la espera de una fuerte contorsión. Y su rostro golpeado era otra advertencia.

No era un patinador ya, menos un entrenador. Pero allá iba, rumbo a una nueva temporada, con dos chicos a su cargo. Era ridículo. El único vaticinio para su futuro y el de ellos era el mismo que sentía bajo sus tendones. El mismo que le habían apodado en la prensa luego de su retiro forzado.

«Fracasado sin futuro».

Habían podido ensayar dos noches más. Pero incluso con las evidentes mejoras, y la integración de sus competidores, Erwin sabía que no sería suficiente. Había visto los nombres de las otras parejas, los encuentros que tendrían. No estaban a su nivel, habría patinadores de danza junior mucho más preparados, y había coaches mucho mejor informados, sin dolores abrumándoles y el miedo absurdo de querer huir al refugio de una cabaña conocida.

Habría personas allá, a las que Erwin ya no quería ver, y que no podría evitar. La gente de un pasado que quería enterrar porque traían más agonía que una doble lesión.

Se recorrió, directo a su silla de escritorio. Dejó la frente sobre una mano, un largo rato. Su cabello mojado soltó gotas que repiquetearon sobre los papeles del escritorio. Viejas hojas de planeación, borradores de programas, documentos firmados. Erwin trató de hacer memoria, encontrar la antigua emoción por la temporada que comenzaba. Apenas podía pensar en la pista sin asociarlo con lo que ahora sentía.

Oyó el suspiró que vino de su pecho. ¿Sería así para siempre?

Un fuerte toque de nudillos le hizo levantar la cara. Erwin dijo “adelante”. Stephen abrió de un tajo, seguido de su competidora.

—Erwin… ¿quieres decirle a *weirdo* que no podemos saturarnos de carbohidratos cuando tenemos la competencia a menos de dos días?

Sostenía la pala de voltear en una mano. La muchacha pudo quitársela.

—¡No es tu turno de hacer el desayuno, Steph! Quien cocina, decide qué cocinar. Y los carbohidratos no son tan malos. Dan energía.

Stephen soltó una risa seca: —Tengo suficiente energía, *weirdo*. ¡No quiero acumular más grasas como a ti y a la gente de este país les gusta!

—¿Quieres decir "igual que a los alemanes… como yo" —sonrió, animada. Stephen iba a echársele encima.

—Stephen —Erwin se levantó. Se apretó el entrecejo—. Sólo come un plato de avena. Podremos comer de nuevo en Hamburgo.

—Sí, eso haré. No más estúpido *rösti* y todas esas… malas comidas alemanas —estuvo a punto de salir, se detuvo, echándole una mirada a su cara. Enarcó la ceja—. Qué bien, coach. Estaba a punto de creer que la UIP me echaría por haberle pegado a mi entrenador… Suerte que tu cara sana más rápido que tus piernas.

No sonaba tan deleznable como de costumbre. En cambio, su competidora soltó un golpe con la espátula, primero en su cabeza, luego en su brazo. Lo echó de la habitación.

—¡Ve a comer avena, Stephen!

Steph desapareció por el pasillo. "Como digas, madre", luego echó una palabrota en alemán. Al menos no regresó. Erwin se dejó caer en la silla otra vez. Habría podido imponer un correctivo, pero apenas eran las 8. Evitar arruinar el día cuando apenas empezaba, era parte de sus nuevos propósitos. Su otra competidora se quedó en la puerta, la pala de voltear en ambas manos, cerca del pecho.

—Lo siento, coach —susurró, avergonzada por ambos—. Le dije que no viniera a molestarlo por esto.

Erwin negó, con media sonrisa.

—Está bien… No quiso golpearme, esta vez —su broma sonó demasiado ácida. Su competidora siguió mirándolo con disculpa. Erwin trató de sonreír un poco más—. ¿Preparaste tus maletas?

Ella asintió, nerviosa ahora. Erwin comprendió.

—Bien. Iremos a recoger a Olive después de desayunar. Ella tiene sus trajes de programa… Luego iremos al aeropuerto y… Empezaremos la temporada.

Su voz se contrajo, necesitó aclararse la garganta. Los ojos de su competidora estaban más apurados que antes. Erwin le sonrió, con más calma.

—Será emocionante. Haremos un buen trabajo.

—Sí —agachó suavemente la cara. Erwin la vio apretar un poco más la espátula—. ¿Puedo…? ¿Puedo preguntarle algo, coach?

Alzó sus ojos a él de nuevo. Erwin tuvo deseos de recurrir a la vieja indiferencia. Se recordó noches atrás, derribado junto al sillón, con la nariz inflamada gracias a Steph y una mano alargándose a su favor.

—Claro.

—Cuando usted competía… ¿Se sentía nervioso?

El desánimo amenazó. ¿Cómo decirle que ya no recordaba mucho de todo eso? Pero asintió. —En muchas ocasiones.

—¿Y… Y qué hacía? ¿Cómo podía olvidarse de eso y…?

Lo miró con mayor interés. Erwin fingió que se concentraba en su pregunta. En poco tiempo, pensó verdaderamente en ello. Sus primeras competencias. No aquellas batiendo records o robándose el podio por veintena de puntos. Sino las primeras. Sus favoritas, en realidad. Las competencias que hizo en honor a padre y en memoria de su madre.

Se levantó y se sentó al filo de la mesa, pensativo. Jael lo vio sonreír, mirando a la alfombra.

—Me recordaba a mí mismo la razón por la que estaba allí, Jael. No por la competencia, sino en el hielo… La razón por la que quise patinar. Está bien si tenemos miedo a hacerlo mal. Pero no permitas que eso sea mayor a tus deseos de estar allí.

Su competidora asintió otra vez, amainado su nerviosismo. Ella había entendido, Erwin supo que también había pensado en sus propias razones para ir al hielo. Razones tan nítidas y puras como sus ojos, Erwin sintió que incluso le daban razones a él. Trató de cerrar la puerta de sus miedos.

—Gracias, coach. Eeh… Iré a hacer el desayuno. Creo que ya le quité mucho tiempo —sonrió tímida esta vez—. ¿Está bien si hago rösti con salchichas?

—Suena bien… Iré a ayudar en un minuto.

—Oh, no, descuide. Sé que usted debe prepararse más que nosotros. Le llamaré cuando esté listo o si Steph me quita la pala otra vez…

Salió de allí, con una última risita. Con su puerta entreabierta, Erwin oyó más claro el sonido de trastos, televisión y voces. Inglés mezclado al alemán. Stephen jamás iba a hablarlo por completo, pero su otra competidora le seguía el paso. Siempre paciente, a pesar de todo.

Erwin soslayó a su escritorio. Los papeles de pago de los últimos honorarios habían quedado encima, luego de que abrió los sobres. Habían llegado muy temprano. Austin Howard seguiría empeñado en efectuar pagos en cheque en lugar de la transacción directa, al igual que de dejarlo a él como albacea de todos. Erwin había decidido hacer las cuentas antes de ir a desayunar.

La misma idea que había estado parpadeando desde que encontró a su patinadora en la Inter Den Linden, vendiendo panecillos, se movió en su cabeza.

Terminó de arreglarse, camisa y cabello, luego los zapatos. Guardó en su carpeta de piel los cheques sin firmar ni aprobar ninguno. Luego dejó cada valija cerca de la cama, regresaría después por ellas. Primero, iría a desayunar, luego, empezaría lo inevitable.

◆◆◆

Jael bajó del avión, siguiendo a Stephen. No había dejado de quejarse en todo el trayecto de lo simple que era ese vuelo de clase turista. “Günt nos llevaba en primera clase”. Refunfuñaba y refunfuñaba. Ya no era tan cruento como antes, pero era fastidioso. Su coach tuvo que decirle más de una vez que guardara silencio. Jael incluso olvidó que esta era su primera vez en un avión. El trayecto se sintió demasiado rápido.

Esperaron sus maletas junto a otros pasajeros. Jael miraba a todas partes. Aunque era un aeropuerto alemán, todo llamaba la atención. La gente iba y venía, mucho más apurada que en las estaciones de tren, mucho más apretujada también. ¡Era demasiada gente! Era bueno que se oyera mucho alemán y algo de inglés. Jael le tenía miedo a la idea de viajar a un lugar muy alejado de casa y de todo lo que conocía. Sabía que lo harían, tarde o temprano. Pero no quería pensar en eso.

Su maestra Olive se quedó junto a ella mientras aguardaban. Jael se encontró con sus ojos, más taciturnos hoy.

—¿Habías venido a Hamburgo? —preguntó Olive. Jael negó.

—Nunca… ¿Y tú? —ella respondió lo mismo. Jamás había salido de Berlín.

—Pero, creí que habías dicho que fuiste a Irlanda, ¿o Escocia? Para aprender folk.

Su maestra titubeó de pronto: —Es cierto. Quiero decir que nunca había ido a una ciudad

alemana fuera de Berlín.

Jael se concentró en Hamburgo.

—Es una lástima que no vayamos a estar mucho por aquí.

—Podríamos volver después. Cuando terminen la temporada.

—¿De verdad? —Olive asintió—. Sería muy bonito venir juntas. Y hasta podrías venir tú, Steph…

Sabía que él estaba cerca como para escuchar. Stephen enarcó la ceja.

—¿Gastar mi dinero para ver otra aburrida ciudad de Alemania? ¿Con quién? ¿Con ustedes? Prefiero comer tu pan grasiento, *weirdo*…

Se agachó por su valija. Los demás tuvieron que hacer lo mismo. Jael le dedicó un gesto de disculpa a su maestra, pero ella ni siquiera hizo ademán de haber oído. Su coach pidió un taxi. Una pequeña Suburban los llevaría hasta su hotel. Su entrenador subió en el asiento del copiloto y ellas en el primer asiento largo de pasajeros. Por alguna razón, Stephen fue al de atrás, aunque tuvieran espacio en el suyo.

Jael trató de ver algo por la ventana. El camino no era muy largo. En algún momento, los edificios dejaron entrever el brazo ancho de un rio. Su agua lucía oscura, como si fuera muy profundo. Contrastaba bien con el día soleado que tenían hoy. El conductor dijo que ese era el río Elba, y que más allá estaban los famosos almacenes rojos de la ciudad de Speicherstadt. Jael vio otros edificios de acabados antiguos, y algunas torres muy largas de iglesia. Su maestra Olive apuntó a una. Se adelantó para preguntarle algo al chofer.

—¿Esa es la Torre de San Nicolás?

El taxista asintió. Jael miró con mayor atención a lo lejos. La larga torre puntiaguada se veía muy negra. Su maestra Olive se viró a ella.

—Leí de ella en un libro de historia. Dicen que es muy famosa porque sirvió de refugió para los Aliados. Sobrevivió incendios y bombardeos.

Jael siguió escuchando los pocos datos que le dio sobre ese y otros lugares. Su maestra conocía mucho de Alemania. Tuvo mayores deseos de volver.

Se le ocurrió mirar al asiento del copiloto. Su coach hablaba con el conductor sobre las calles que iban pasando. ¿Le gustaría a él conocer la ciudad?

—Si Stephen no quiere venir, podríamos invitarlo… —le susurró a Olive.

—Sí. Tal vez él conoce mejores detalles, y es una compañía más agradable.

Jael se preguntó por qué lo habría dicho de esa manera. La camioneta se estacionó en una calle llena de gente y autos. Bajaron sus maletas, directo al lobby. Su coach fue a la recepción. Jael sintió un tirón en el estomago cuando vio el logo de la UIP en una enorme lona.

BIENVENIDOS, PATINADORES

Caminó hacia el primer taburete libre. Intentó frenar la ola de nerviosismo, mirando a su alrededor. Los pisos y el techo eran de madera mate, y las alfombras parecían tapetes de pasto podado. Su maestra Olive tomó un folleto. El hotel era conocido por su estilo ecológico. Jael miraba una y otra vez al letrero de la Unión de Patinaje como si pudiera caerse sobre todos en cualquier momento. Un grupo de personas caminó hacia las escaleras que dirigían a las habitaciones, portaban chaquetas de colores, rojo, azul, blanco. Definitivamente de Francia, Rusia u otro país europeo. Definitivamente patinadores.

El corazón de Jael se aceleró. Soslayó a su compañero. Stephen se había quedado al otro extremo de la mesa de centro, apoyado sobre su maleta, atento a su Iphone. No se veía nervioso,

sólo enojado. Jael quiso preguntarle cómo hacía para parecer tan tranquilo.

—¡Stephen!

El grito hizo girar rostros. Jael encontró a la chica en el recodo de los escalones que debían llevar a las habitaciones. Su alta estatura se disimulaba un poco con la falda de pliegues, la blusa entallada y su gorro. Pero era definitivamente Heidi Hooligan, con sus largos y bien definidos rizos rojos.

—¿Qué está haciendo aquí? —musitó para Stephen.

La cara adusta cambió a una refunfuñante.

—Maldición, lo olvidé…

—¿Olvidaste qué?

Pero él no le dijo más. La chica ya había bajado los escalones que faltaban. Llena de entusiasmo. Los miró, primero a él, luego a ellas, luego otra vez a él, acalorada por correr.

—No puedo creerlo, ¡ya están aquí! ¡Ya están aquí! —se aferraba las mejillas—. Qué alegría. Ay, querido, Stephen. Llegué ayer y te juro que estuve toda la mañana esperando aquí para recibirte… Recibirlos. Apenas me despegué un momento del lobby para retocarme el maquillaje, lo siento. ¡Qué maravilloso tenerlos aquí! ¡Qué emoción! Ya pude ver a tantos patinadores, a tantos. Y sólo pensaba más en ti y en tu compañera. ¡Serán fabulosos! Esta temporada, este viaje, todo será fabuloso.

Echó otro gritito. Jael no pudo entender. Oyó una risa burlona junto a ella. Su maestra Olive se fue a otro sillón y continuó leyendo el folleto del hotel. Jael miró otra vez hacia Stephen. Sonreía, con esa misma cara tonta que siempre tenía con sus fans. Jael oyó a Heidi Hooligan decir que gracias al cielo había podido conseguir una habitación en el mismo hotel que ellos, que había sido más caro, pero que valía toda la pena. “Estaremos aquí, podré cubrir todos tus momentos de esta competencia… Ya estoy peleando por conseguir cuarto en sus otros hoteles. Ay, Dios mío, espero conseguirlos”.

Jael miró con horror a Stephen. ¿Todos sus hoteles? Heidi lo tomó de la mano. Suspiró.

—¿Podríamos…? Oh, no sé, sería hermoso… Pude ver unos lugares muy llamativos ayer que llegué. ¿Crees que podría fotografiarte para avisarles a todos que ya estás aquí? ¿O tienen algo que hacer?

Sus ojos parpadearon, con verdadero deseo por estar a solas con él. Stephen no tardó en decir que sí.

—Espérame afuera, le diré a mi coach que me iré un momento.

Heidi obedeció como un perrito. Stephen acercó su maleta a Jael.

—Cuida mis cosas, *weirdo.*

Jael frunció las cejas. —¿Por qué está Heidi aquí? No me digas que está tan loca como para seguirte…

Lo dijo como una broma, pero Stephen la interrumpió.

—No fue mi idea.

—Pero estará detrás de nosotros —ya era suficiente con soportarla en Berlín.

Stephen sonrió. —Detrás de mí, quieres decir. ¿Y? Qué carajo importa… Es mi mejor fanática. Y me gusta.

Jael hizo un mohín, sin poder creérselo.

—No creo que al coach le guste mucho la idea.

—El coach puede tomar sus quejas y ponérselas en donde mejor le parezca. Esto no es una competencia privada. Me haré cargo de decírselo… Métete en tus problemas, *weirdo.*

Se alejó. Jael se sentó de nuevo, con una exhalación. Era desesperante pelear con

Stephen, pero pensar que Heidi Hooligan estaría allí todo el tiempo era peor a tener un nudo de nervios. Se viró a su maestra. Tenía una sonrisa plana cuando la vio.

—Encantadores… —musitó. Jael resopló. Creyó que Stephen no demoraría.

Vio a su coach que regresaba. Jael le dedicó miradas a la entrada. Cuando su entrenador vino, anunciando que sus registros estaban listos, detectó la ausencia de inmediato.

—¿Dónde está Stephen?

Jael trató de encontrarlo, pero no había rastro de ninguno. Antes de hacer realidad su miedo al decir algo que haría enojar a su coach, Olive se levantó.

—Salió —y ella misma contó las cosas.

◆◆◆

La competencia sería en la Volskbank Club Arena. Jael leyó de ella en el folletín inaugural de la Unión de Patinaje. Era uno de los complejos deportivos más grandes de Hamburgo. Contaba con un centro de entrenamiento para deportes de invierno y de verano, canchas de futbol y basquetbol, además de un estadio para soccer con capacidad de 10 mil personas. La pista de hielo tenía las proporciones comunes para una arena de entrenamiento; solo tenía graderías de un lado, su uso común era para el hockey.

Jael leyó la información en la primera noche. Olive se había ido a dormir, igual que la otra chica con la que compartirían habitación. Era una patinadora individual, austriaca. Se llamaba Frederika Osdorf. Había hablado con ellas desde que llegaron. Les contó que era su primera competencia fuera de Austria. “Mi entrenadora y yo nunca creímos llegar tan lejos”. Era muy joven, tenía apenas 16 años. En el momento en el que Jael le contó su propia historia de patinaje, Frederika abrió mucho sus ojos marrones.

—¡Tú te quedaste con el lugar de la audición de Erwin Schmidt!

Ella también había ido, con sus padres, hasta Berlín. “Al final no fui muy buena. Pero está bien, no me daba mucha confianza ser compañera de Stephen Bookham”. Jael podía entenderla, a veces se preguntaba si ella se habría quedado de saber con antelación todo el embrollo de Steph. Frederika la miró sin resentimiento.

—Qué bien que tú te hayas quedado. Debes ser muy buena en el hielo si pasaste la audición con Erwin Schmidt. Él es tan talentoso.

Jael negó a la idea de sus propias habilidades pero aceptó por completo la afirmación sobre su coach. Él era realmente talentoso.

—Y muy guapo —agregó Frederika.

—Sí… —musitó, entendiendo muy tarde que había pensado en voz alta. Su maestra Olive echó una risa cuando las vio sonrojarse a las dos.

Jael se despertó temprano. Dedicó una pequeña oración de gratitud, con los nervios cosquilleándole en lo dedos. La competencia era hoy. Jael trató de remontarse a los meses, el esfuerzo y todas las pruebas superadas. No pudo pensar en tanto. Porque no sólo eran los últimos meses entrenando, eran todos lo años sin Papá, su caída y creer que jamás patinaría como tanto le había gustado. Levantarse, confiar, ver a otros moviéndose en el hielo, pedirle a Dios algún día poder hacerlo también.

¿Para qué, Señor? La pregunta dio vueltas en su cabeza mientras Olive le trenzaba el cabello frente al espejo de los baños de mujeres.

Otras patinadoras también se concentraban en su arreglo, un grupo ya estaba compitiendo. Olive terminó de arreglar su peinado, luego continuó con su maquillaje. La dejó verse al espejo. Jael admiró su atuendo. Mirarse de nuevo con el traje de corte folk celta, con

nebulosas impresas, le cortó el aliento. Entre su traje de vestido del siglo XVIII de su Danza libre y este bello vestido, no estaba segura cuál era su favorito.

—Te dije que aprendería a hacer trenza francesa —le dijo su maestra, señalando su cabello—. Cuando tenía el pelo largo, siempre quise hacerme una. Pero yo nunca tuve el cabello tan bonito como el tuyo. Te ves perfecta.

—Gracias, Olive —se secó una lágrima antes de arruinar su trabajo de maquillaje.

Tomó una foto para enviarla a Mamá y salió de allí con su maestra. Encontraron a Stephen cerca de la salida hacia la pista. En lugar de tener su fajilla negra en la cintura, se la había dejado colgada en el hombro. En cuanto las vio, se la tendió a su maestra, sin mirarla.

—Dásela a Erwin o quédatela…

—¿No vas a ponértela? —Jael frunció los ojos, dolida.

Stephen subió los hombros, se recargó en la pared, oteando a su alrededor como si fuera más interesante.

—Steph, se te veía muy bien...

—Esa maldita cinta es más difícil de poner que los zapatos de tap que me hicieron comprar.

—Pero, Steph...

Lo vio alzar los hombros otra vez. Jael soslayó a su maestra, suplicante. Olive suspiró.

—Date la vuelta, Stephen. Este es un traje estilo Riverdance y requiere de una cinta campera para lucir como se debe.

Steph no objetó ni las miró mientras su profesora de danza acomodaba el cinto grueso. Jael se alegró de ver el atuendo elegante de camisa holgada bien fajada. Su maestra se alejó cuando su entrenador vino a ellos. Les entregó sus respectivas chaquetas de equipo nacional. El olor a nuevo inundó la nariz de Jael, mientras miraba los colores de la bandera alemana. Se la puso con cuidado.

—Es muy bonita —acarició la tela—. Y abrigadora.

Stephen refunfuñó. —Sí, qué emoción, *weirdo.*

Una mirada dura de su entrenador lo hizo callar y mirar a otro lado. Su coach había amenazado con no darle más prórrogas después de que no le dio aviso de la llegada de Heidi. Caminaron hacia la salida, desfilando detrás de otros competidores. Era el turno de su grupo para calentar.

Seis minutos. Igual que en las competencias que Jael miraba por internet.

Entró al hielo junto a Stephen. Hizo los movimientos previos para preparar a sus músculos, igual que en el Mitte Ice. Pero su corazón estaba agitado otra vez. Jael dio otro vistazo a su alrededor. No había tantas personas, en realidad. Las gradas albergaban menos de su capacidad promedio. Pero las pocas pancartas, los anuncios publicitarios alrededor, el logo otra vez de la UIP. Todo gritaba “¡competencia!”.

El calentamiento terminó. Salieron, para aguardar su turno. Jael no quiso mirar a los otros competidores de Danza sobre hielo, si lo hacía, no tendría el valor de entrar a la pista. Su coach les anunció que era hora. No agregó nada a sus deseos de buena suerte. Jael se concentró en su maestra, sus palabras de ánimo, los nuevos consejos, siempre mirándola a ella. “Las otras parejas no fueron tan buenas”. No pudo oírla bien. Quiso mirar a su coach, pero no tuvo tiempo.

Stephen la haló. —Deja de temblar, *weirdo.* Con tu sudor y el mío, vas a hacer que se nos quede pegada la mano.

Jael le dedicó una mirada. ¿Estaría nervioso? No lo aparentaba.

—Lo siento.

Stephen la miró un segundo, resopló. La afianzó otra vez y pasaron a la pista. Jael no sintió la emoción de su entrada, pero pasó al centro. Creyó que el corazón se escaparía del pecho o que iba a desmayarse en cualquier momento. Recordó a Mamá, a Jerry y Jossy. Recordó a Papá. Algo más fuerte que sus nervios le agitó.

"Tú puedes ser lo que quieras…"

Jael se agachó un momento, mientras Steph terminaba de posicionarse. Acarició el trébol serigrafiado en su talón. *Por favor, Señor… Hazme olvidar que es una competencia. Regrésame al lago de Zermatt.*

Tenía un vestido hermoso y mucha más preparación. Quizás un día la gente podría llamarla "talentosa" o "profesional", pero por ahora, quería patinar. Y nada más. Cuando se puso en su sitio, Jael Keller dejó el miedo. Realizó su rutina, pensando en lo bueno que era estar allí, en cuanto disfrutaba del baile irlandés, lo mucho que Papá lo disfrutaría si estuviese danzando también.

Terminó, con una sonrisa genuina. Las personas aplaudían y ella despertó. Su maestra Olive la abrazó al salir y su coach los felicitó. Jael vio que había honestidad en sus ojos cuando le sonrió. La pequeña zona de Kiss and Cry no era tan grande como las que ella había visto en otras competencias. Aun así, Jael no podía creerse que estuviera en un banco de espera por calificación.

El marcador anunció un puntaje de 42.6.

Primer lugar en la Danza corta.

¡Primer lugar! Jael se giró a sus mentores. Olive estaba riendo, emocionada. Su coach se veía sorprendido. Jael miró a Stephen, se estaba poniendo la chaqueta otra vez, en lo absoluto alegre por el resultado.

—Como si tuviera razón para alegrarme…

Jael no entendió su mal humor. Pero nada pudo menguar su felicidad. Primer lugar, en su primera competencia oficial. ¡Tenía que ser un sueño!

Y el sueño se hizo aún más grande, al día siguiente: Su Danza libre sumó el puntaje más alto de todos.

La medalla de oro en Danza sobre hielo del Campeonato de Hamburgo fue para Jael Keller y Stephen Bookham.

◆◆◆

Stephen hizo su mayor esfuerzo por no volver a golpear a nadie. La temporada lo arruinaba. Steph había leído los últimos reportes de la prensa, los anuncios de las siguientes sedes y su participación en ellos. A Stephen no le gustó saber que irían a dos competencias previas al *Grand Prix.* Él jamás había tenido que ir a una. Tenía la suficiente categoría y el buen renombre de ir directamente a un certamen mayor.

La realidad lo aplastaba. *Tu maldita verdad, vetado.*

Se demandó ser cauto. Pero a cada paso, todo era más ridículo.

Campeonato de Hamburgo.

Viajar en clase turista.

Portar el uniforme nacional de un país que siempre le caería en la punta del hígado.

Las habladurías a favor o en contra de su nueva categoría…

"Stephen Bookham debutará como un bailarín del hielo en su nueva tierra… Alemania". La tierra de Erwin Schmidt e Igor Günt.

¡Púdranse!

Las ganas de romper algo crecían.

Tenía suerte de que esta fuera una competencia mediocre, sin participantes de categoría internacional. Nadie a quien realmente quisiera golpear vendría.

Su compañera suiza revoloteaba de ánimo, igual que siempre. Más nerviosa que de costumbre, pero sin nada de la queja que a él le desbordaba. Stephen la veía y pensaba en ese puente en Köpenick, en medio de la noche. Ni su coach ni ella lo echarían, como la UIP y su viejo equipo lo hicieron, incluso si había cometido el mismo crimen de aquella vez.

"Faltarle el respeto a un superior", recordaba la voz fatua y grave del Comité. Idiotas.

En cambio, su compañera le había dicho que eran amigos y que le ayudaría a devolverle todo lo que ellos habían provocado. Aunque no tuviera ni una indea de quién era, lo qué hacía, lo que le quitaba…

Sólo serían 3 años. Se lo repitió, en el trayecto fastidioso.

Tres años de vetaje. Después les patearé el trasero con otro quad.

Podía con esto. Su equipo germano –*maldición*– iba a ayudarle.

Bien.

Las cosas empeoraron en el avión. Stephen no había olvidado que tendría que toparse otra vez con su maestra de baile. La nula humillación que recabó en esos días sin verla, se terminó en cuanto la reencontró. Olive Bariut no le dedicó el menor saludo, ni un vistazo. Habló con Erwin, habló con su compañera, mencionó el paisaje, sus vuelos, lo mucho que le gustaba Hamburgo, siempre para ellos. Stephen le devolvió el favor. Comentarios ácidos, indirectos para no causar estragos en la paciencia de su entrenador. Cuando Olive dijo algo sobre la "buena compañía" que sería su coach, Stephen comprendió.

¿Así iban a ser las cosas? *Vamos a responderle a esa música.…*

La presencia de Heidi ya no iba a ser tan pesada, al parecer. Heidi no era tan enigmática como el Señor Perfecto, pero tenía buenas cualidades. Cualidades físicas. Y ella no dejaba de adularlo, siempre fiel, dispuesta a seguirlo hasta la Luna si se lo pedía. Qué suerte que pudiera tenerlas a ambas en el mismo viaje. Stephen ansiaba cobrar ese vaso de cerveza en su cabeza y cada estúpido intento por salir con ella.

Pasó su primer día en Hamburgo con Heidi, maquinando sus posibilidades. Casi sintió que lo pasaba bien. Los nervios se le pusieron de punta otra vez cuando su coach lo llamó en la noche. Adiós al flexible entrenador del fin de semana. Stephen tuvo que pasar 20 aburridos minutos oyéndolo, primero su reprimenda por no mencionar a Heidi, segundo sus advertencias por mantenerla al margen de los entrenamientos y asunto oficiales. "No quiero que me importunes, tampoco a tu compañera". Nada sobre su maestra de baile. Perfecto, porque a ella sí que quería importunarla. Stephen se fue a dormir, malhumorado.

Vino la primera competencia y con ella más ganas de estar enojado.

Stephen le echó un vistazo a la pista. Sólo un lado de gradas, vidrios alrededor para proteger las fichas disparadas de los juegos de hockey, escaso público, nada de prensa. Era como volver en el tiempo.

Bienvenido al junior, otra vez, estúpido Steph.

Por si fuera poco, su traje de Danza corta se decidió a traicionarlo. No sólo le pareció fatal frente al espejo, afeminado y de mal gusto, la batalla contra los accesorios estuvo cerca de quitarle la paciencia. Tener que depender de su maestra fue peor. Stephen pudo mirarla de cerca apenas un segundo, antes de que ella terminara de apretar la cinta gruesa y se alejara.

Se metió al hielo, el sello familiar que había visto desde fuera se hizo más claro. La marca *James-Howard Company* en los muros de contención. ¿El viejo Howard había extendido

su territorio ahora como patrocinador de competencias? Steph contuvo una palabra que le daría miedo a su compañera.

Heidi gritaba en las gradas. Había mandado a imprimir una lona de 3 metros con sus nombres. Stephen la escuchó, ignorándola. No quería adulaciones por bailar, menos aún por bailar algo que había aprendido en un salón de baile que le daba ganas de gritar una maldición.

Pero patinó, con la precisión que merecía un patinador como él. Ninguna emoción ni el menor sentimiento. Al final, fue suficiente. Aunque, con la poca rivalidad que enfrentaban, no era nada sorprendente. Stephen le dio crédito a su coach; inscribirlos a una competencia en la que no habría rivales dignos, había sido inteligente. Deshonroso, en su caso, pero hábil para el equipo.

—¡Ganamos, Stephen! —su compañera suiza se limpiaba las lágrimas. Stephen no tenía ganas de joder su esperanzada situación con su mal ánimo.

Heidi fue mucho más molesta. Les tomó fotografías después de su Danza Larga, les hizo una breve entrevista para el club de fans. Stephen tuvo que recordarse las muchas aportaciones que sus fanáticos daban a sus ganancias y a las de Howard. Así que asintió, feliz de ganar. Una entrevista más empezó, esta vez de parte del comité organizador. La UIP la transmitiría por sus redes sociales. Stephen sabía que eso significaba el inicio oficial de su vergüenza como vetado.

“Hey, mírenme… Bailo como un mono, en honor a esta Unión de porquería…”

—¿Qué se siente patinar junto a un patinador de la altura de Stephen Bookham?

El entrevistador de bigotes de morza y cara boba se dirigió de nuevo a su compañera. Ella lo miró, sin la estúpida ingenuidad de Heidi, con la sinceridad de Hope y la de alguien que ya no lo veía siquiera.

—Es un grandioso patinador y un buen amigo… Ha tenido que soportar mucho de mi condición como novata suiza —se rio, enredándose los dedos en uno de sus bucles de su peinado para la Danza libre—. Y otras cosas.

—¿Como tu pan y tus pijamitas de conejo?

No se dio cuenta de que bromeaba hasta que ella giró deprisa, con la cara enrojecida. “¡Stephen!”. El entrevistador se rio, continuó otra pregunta sobre sus gustos personales. Su compañera tuvo que admitir que sí, le gustaban cosas tan infantiles como conejos y panes de chocolate, además de otras cosas que a Stephen le remontaban a sus hermanastras, niñas de menos de 10 años a las que no veía desde que dejó Londres.

Recibieron sus medallas en una ceremonia abierta al público local. Nuevas lágrimas, más bitores. Stephen estuvo cerca de sentir algo de la emoción de los demás. Sostuvo el circulo de acrílico con las letras de primer lugar talladas en esmalte dorado, leyendo el nombre del campeonato y la categoría. Se miró otra vez la chaqueta que debían vestir por protocolo. Rojo, negro, amarillo. No más cruz doble, rojo, blanco y azul. No más Stephen Bookham, patinador senior, categoría individual varonil, representante del Reino Unido.

El comité organizó un almuerzo de clausura. Canapés, snacks y vino como entrada, en una terraza con jardín. En cuanto terminaran el plato principal, se irían. El coach les había dicho que su siguiente competencia empezaría al día siguiente, con los trámites y días de entrenamiento de rigor. Tendrían que salir en unas horas. Stephen interceptó a lo lejos a su compañera suiza. Un grupo de personas a su alrededor. No sólo se había ganado los ojos de la prensa local, también de los otros patinadores amateur.

Sólo ellos dos habían venido. Stephen habría querido quedarse en el hotel y descansar. Heidi le sugirió que fueran. “Sería encantador tomarte unas cuantas fotos, para las chicas del club…”. Pensó en lo bien que se vería junto a Heidi frente a su maestra de danza y aceptó. Su

plan se arruinó cuando su compañera le dijo que la profesora no iría. “Quiere tomarse unas horas”.

Heidi hablaba y hablaba mientras comían. Otros chicos de la pequeña mesa la miraban, especialmente al cuello y los hombros expuestos por su vestido sin mangas. Una serie de canciones de jazz comenzó, típica música de cócteles. Si acaso supieran el valor social que conllevaba, Stephen recordó a Abel Zinven, hablando como un profesor embelesado de esa música, y a él tratando de bailarla como un idiota por su maestra.

—¿Quieres bailar, querido Stephen?

Stephen resopló. Intentó sonar cortés: —Hoy no, Heidi.

Ella hundió los ojos, con pesar. —Pensé que te gustaba esta música. Me llevaste varias veces a ese club…

Otro befido. —La detesto.

Heidi se pasó una mano por el cabello alaciado

—Oh, ya veo. A mí tampoco me parece tan interesante. Aunque, si te soy honesta, creo que tú lo bailas muy bien… —Stephen se viró al instante, Heidi se dio cuenta de que había dicho demasiado—. Es que… Una vez, te seguí… Después de tu entrenamiento y… Te vi… En ese salón, con otros chicos. Bailabas muy bien. Todo lo que haces es perfecto.

Sintió sus dedos acariciando su mano. Algo inflamó su pecho, con ganas de gritarle. Steph tuvo que tragar hasta el fondo de su copa de vino.

—¿Te enfadaste, Steph? —se oía dolorosa y sumisa, por un tipo que quería golpearla. ¡¿Cómo podía ser tan estúpida?!

Se entornó, suavemente, le sonrió: —No, Heidi… Pero no volveré a bailar jazz, ¿oíste? Es una música barata y estúpida, que sólo la bailan las personas igual de baratas y estúpidas. Nada más.

Apretó los dientes. ¿Por qué no estaba esa maestra aquí para oírlo?

Heidi no replicó más. Ella aceptó su silencio y él aceptó su cercanía, la caricia cerca de sus labios. Heidi se sintió motivada por eso, lo sujetó del rostro con sus dedos de uñas retocadas y lo besó. Qué mejor momento de ensayar lo que debería hacer muy pronto, en honor a su profesora.

Su coach llamó por teléfono. Los recogieron a la entrada del salón de gala donde estaban. Heidi se despidió de él, su vuelo saldría mañana. “Pero estaré allí a tiempo, lo juro…” Suspiró, y le dio otro beso. Stephen deseó que todos adentro estuvieran viendo… O no. Entró a la Suburban, pasando hasta el asiento trasero otra vez. Evadió el rostro de su compañera y el de la persona pegada a la ventanilla.

Llegaron al aeropuerto. Mientras documentaban su equipaje, Steph sintió una mirada insistente.

—¿Tengo algo en la cara, *weirdo*?

—De hecho, sí. Te dejó algo de labial, aquí… —se apuntó el mentón. Stephen se borró la marca, la miró con rudeza—. Ya entendí, “me meto en mis problemas”.

Se alejó, a donde esperaba su profesora. Stephen decidió concentrarse en su Iphone. La información de su participación ya estaba mezclándose con las nuevas noticias que la UIP filtró sobre el inicio de la temporada. Recibió un mensaje de Hope. “Peter y yo esperamos saber cómo le fue, joven Alexander”. Hope le había pedido las fechas de todas sus competencias. Al menos, por una vez, alguien conocido lo vería patinar.

No tuvo la emoción que esperó. Se sentó en una de las bancas junto a los demás. Aguardó, pretendiendo que ignoraba a las personas al otro lado, igual que a eso que otra vez lo

hacía sentir miserable. Oyó que su compañera suiza se levantaba junto a su profesora.

—Olive dice que no pudo desayunar en el hotel, coach. ¿Podemos buscar algo?

Y la respuesta: —No se alejen mucho. Tomaremos el avión en hora y media.

Ellas se fueron. Stephen tuvo ganas de seguirlas, para gritarle a esa maestra que no había sido su culpa. Lo que hizo en el club, sus celos por el Sirio Maravilla, traer a Heidi…

—Stephen.

Se habían quedado solos, él y el coach. No se veía alegre por tenerlo como compañía. Stephen pensó en ir por ahí también. Pero su coach abrió su carpeta de cada día, y le entregó un sobre, seguido del documento largo de siempre.

—Pude cobrar el dinero esta mañana —fue lo único que dijo, a la espera.

Stephen firmó la hoja, sin pensar. Su coach no dejó de mirarlo, luego al sobre. Parecía muy serio hoy.

—Cuéntalo por favor.

—Descuida, coach… Confío seriamente en…

—Cuéntalo.

¿Qué demonios…? ¿Ahora su coach iba a decirle cómo organizar su dinero? Bien.

Stephen abrió el sobre, desdeñoso. Pero al terminar la cuenta mental de billetes ahí dentro, algo peor que besar a Heidi le retorció las entrañas.

◆◆◆

Erwin estaba sin habla. ¿Verdaderamente habían ganado? ¿Primer lugar? Danza corta y Danza libre.

No observó la participación de los otros competidores. Se había paseado en el pasillo lateral, donde los miembros de STAFF se movían para hacer su trabajo. Oía el aplauso tenue de la pequeña multitud allá afuera, la voz de presentación. Un organizador de logística lo llamó. “Es el turno de su pareja, Herr”.

Sus patinadores lo hicieron bien. En realidad, lo hicieron sumamente bien. Erwin vio un atisbo diferente mientras ellos patinaban su Danza corta. Incluso en Stephen, otra vez de gesto ofuscado e interpretación menos comprometida a la de su compañera. Sin embargo, algo era distinto. ¿Serían los trajes? ¿La formalidad de la competencia? ¿El brillo más nítido de su competidora femenina?

Erwin nunca supo lo que era ver una competencia en vivo, desde esa posición. No un espectador, ni un compañero. Un coach. Eso lo turbaba. Pero le permitió ver mucho que antes no. Con todo, no creyó que pudiera haber algo más que una buena calificación. ¿Un bronce, quizás? Ver el número 1 repetido al otro día le conmocionó.

Se obligó a sí mismo a pretender seguridad. ¿Qué iba a decirles a sus patinadores? “¿Felicidades, estaba seguro de que perderíamos?”. Se limitó a dar apretones, a sonreír. Los instó a prepararse para la siguiente competencia. No habría descansos. Irían directamente al *Autumn Classic Canada*, a los protocolos de entrenamiento y entrevistas. Erwin comenzó a dudar otra vez, mientras analizaba la agenda en su cuarto de hotel. Se había quedado en una habitación compartida, con Steph y otro miembro del comité.

Erwin vio a ambos recibir sus medallas, tratando de decirse que eso no había sido un mero golpe de suerte sino el fruto del esfuerzo. El *Autumn Classic* sería mucho más complejo, más internacional y la antesala definitiva al *Skate America*, sede del *Grand Prix*. ¿Tendrían el mismo resultado? Erwin quiso confiar en ellos. Miró la atención que sus patinadores se ganaron con rapidez. Todos querían conocer con mejor detalle si ese era realmente el patinador vetado de

la UIP, patinando junto a una muchacha desconocida. ¿Se habrían equivocado los medios y la prensa? Todos tenían preguntas para ellos.

Olive le dijo que no le gustaba mucho tener miradas sobre ella si no estaba en una pista de baile. “Y no quiero quitarles la atención que ellos merecen”, afirmó. Le preguntó si podía ausentarse del almuerzo de clausura. Él dijo que sí. Tampoco quería ir. Tenía algo que hacer, antes de empezar el largo viaje hasta el Nuevo Continente.

Salió al banco más cercano. Debido a la hora, fue el primer cliente cuando las puertas se abrieron al público. Cobró el dinero entero y lo guardó. Estaba caminando por la calle del hotel cuando encontró el taxi que llevaría a varios patinadores a la terraza del evento. Reconoció a la muchacha que hablaba con otras chicas de la categoría individual. Reconoció la misma ropa de aquella fiesta en un pub de estilo irlandés. Camisa de cuadros, pantalón de mezclilla. Las otras chicas llevaban vestidos o conjuntos dignos de un evento. Debían ser demasiado costosos como para adquirir uno con tan solo la venta de panecillos.

Su patinadora lo descubrió y sonrió. Ella hizo un pequeño gesto con la mano, Erwin lo respondió. Stephen subió a otro auto particular, junto con la misma muchacha pelirroja. Ambos con el atuendo prolijo, cuantioso.

Tras recogerlos fueron al aeropuerto. Cuando Olive y su competidora se marcharon para buscar un almuerzo extra, Erwin vio su oportunidad para lo que planeaba. Stephen miró largamente el sobre y levantó la cara, Erwin se dio cuenta de que estaba entendiendo. Lo vio crispar el ceño.

Del bolsillo interno de su saco, tomó otro sobre más delgado.

—Los otros 3,000, de tu compañera, están aquí, Steph.

Aguardó. Stephen enarcó una ceja.

—¿Y esperas a que me arroje contra ti para quitártelos?

—Espero que tú mismo me digas que ya no los quieres.

Otro silencio se interpuso entre los dos. Steph bajó un momento los ojos.

—¿*Weirdo* te descubrió o qué rayos, coach?

—Ella no sabe nada —atajó.

—¿Comienzas a tener carga de conciencia otra vez, entrenador? —su burla se apagó al ver su gesto serio—. Vamos, coach… Ya le dimos un primer lugar… Y en su primer campeonato.

—Eso no justifica nada. Y ese primer lugar lo ganaron, juntos.

Stephen se metió las manos a los bolsillos. Erwin vio que se mordía las mejillas, luego lo enfrentó, con nueva fuerza en sus ojos. Pero en vez de gritar o soltar una línea de improperios, se limitó al tono usual.

—Necesito ese dinero, coach.

Erwin inhaló hondo, conteniéndose.

—Austin Howard te dará más.

Stephen rodó los ojos.

—¿En serio crees todo lo que te dijo Günt?

—El mismo Howard me lo dijo. Me aseguró que con una llamada puede subir tus honorarios…

La exclamación ácida lo detuvo: —Ah, perfecto… Mi vida quedó resuelta con sus malditas promesas.

Erwin sintió la mandíbula rígida. ¿Cómo era posible enfadarse tan pronto con este tipo?

—Ella vende panecillos, Stephen.

—¿Y eso que demonios significa?

—Tu compañera. Estuvo vendiendo panecillos, para conseguir el dinero que siempre ha tenido —agitó el sobre—. En lugar de disfrutar sus horas libres, con la tranquilidad de recibir la paga por su trabajo, pasaba la tarde preparando postres que luego iba a vender por Berlín. Mientras tú y yo estábamos distraídos, en nuestros asuntos, entretenidos con fanáticas o con lo miserable de nuestras vidas… Ella trabajaba: más que tú y yo. ¿Todavía piensas que nosotros le hemos dado el triunfo del Primer lugar?

Stephen no le respondió. Su gesto endurecido se había aflojado, mirándolo a él, luego al sobre.

—¿Crees que voy a creer esa mentira? —apartó la vista.

—La encontré yo mismo, Steph. No es una mentira. Y Olive podría confirmarlo. La petición es simple: Deja de pensar en ti.

—¿Y qué harás, coach? ¿Le darás el dinero después de todo este tiempo? Dudo que *weirdo* sea tan ingenua como para creerse que apenas hoy *James-Howard Company* le dará una paga. Va a hacer preguntas. ¿Se las contestarás? ¿Le dirás a dónde va la otra mitad de su dinero?

—Ese será asunto mío, Stephen. No es nada que tu falta de escrúpulos no pueda tolerar. Admitir lo que haces parece no costarte ningún trabajo.

Otra risa seca. —Sí… No lo niego: Nunca le tendrás miedo a que te acusen de ser una porquería si tú mismo lo sabes desde el principio. Y eso me pone pensar… ¿Cómo sé que no vas a quedarte con todo el dinero? Conociendo a *weirdo*, no sería difícil convencerla de dejártelo y fingir que ya estás dándoselo.

—¿Así es como actúan entre tu padrastro y tú? —contraatacó.

La mirada de Steph se endureció. Erwin notó que estaba rebajándose a su nivel de saña. Resopló. Tenía que controlarse. Olive y su otra patinadora podrían volver pronto. Retomó la dirección original de su plan:

—En realidad, no es una exigencia tajante, Stephen. Me gustaría probar cuánto vale para ti una promesa. No por mí, sino por ella. Si estás dispuesto a dar lo mismo que ella da por ti…

—Por nosotros, quieres decir —ironizó. Erwin recibió el ataque y no lo rehuyó. Respiró hondo otra vez, continuó.

Stephen lució sorprendido cuando lo vio alargar el sobre con el resto del dinero.

—Pensé que no ibas a darme eso, coach…

—Te daré una semana. Esta semana, en realidad. La otra mitad está intacta, no pienso tocar un solo billete. Cuando acabe el *Autumn Classic*, espero que tú me regreses esto. Y veré si seremos el equipo que ella mencionó, en el puente, después de que me atacaras.

Apenas terminó, Stephen no observó el sobre otro instante. Alargó la mano, y lo guardó. Sus ojos crispados se viraron, concentrados en otra cosa.

—Eres peor que Günt, Erwin… —masculló, sin la vieja hostilidad.

Erwin lo tomó como una buena señal.

Había conocido a un hombre que ponía a prueba a los otros antes de meramente exigir. Había ignorado sus métodos por mucho tiempo. Quería confiar en que podía hacer caso ahora, creer que funcionaría. Incluso para alguien como él… Incluso para alguien como Stephen.

“Mejores son dos que uno…”.

Recordaba la voz segura y la confianza de su competidora. ¿Podría tener razón? ¿Serían un equipo? No sólo ganar una competencia, sino… Erwin no encontraba pistas de qué más podrían llegar a ser.

Pero se aferró a la idea. Como un ingenuo, se aferró.

Los años sin retorno II

Wengen | Agosto, 1998

Erwin se quedó dormido en el camino. Papá lo había sacado de casa de August para llevarlo a la cabaña. Hizo una pequeña maleta para Erwin y luego partieron. Fue la primera vez que Erwin viajó más allá de la estación de Grindelwald para atravesar los alrededores de Lauterbrunnen. Subieron al tren. Papá estaba tan callado que Erwin no se atrevió a preguntar las razones por las que Mamá no había regresado con él. Tampoco pudo preguntar a dónde iba, y una parte de él no quería saber.

El viaje en tren duró más de una hora. Papá lo tomó de la mano, junto a su valija. Bajaron a una estación desconocida. Erwin vio casitas similares a las que había bajo el valle en Wengen. Casitas más continuas y pegaditas, con más de dos pisos y grandes tejados. Algunas tenían terrazas, incluso vio una piscina dentro de una de ellas. Un río largo atravesaba este nuevo valle, surcado de montes mucho más sinuosos que los suyos en el Jungfrau. A lo lejos, el Alpe más enorme que hubiera visto se erigía como un gigante tolkeniano. Erwin supo por sus libros de Geografía que ese era el famoso Cervino. Por primera vez ante él, frente a frente.

Después de subir una larga cuesta, Papá y él salieron a un área más despejada. Erwin vio una extensión de campo que le recordó mucho a casa, todo verde, llenó de la vida que le gustaba a Mamá. Erwin se giró a Papá, al fin. "¿Dónde está Mamá?", la pregunta se formó en sus ojos más pequeños. Papá apartó la vista, apretó su mano.

—Vamos a esperar un poco aquí, Sohn.

Erwin no pudo responder. El sonido de los cascos de un caballo le hizo levantar la vista, luego de una larga espera. Viniendo desde otro largo camino que se unía al suyo, una carreta de carga se detuvo frente a ellos. Papá saludó al hombre en el asiento del conductor. Se oía tenso y disgustado, como la mirada que el hombre apenas les dedicó a los dos. Alto y de hombros gruesos, con una camisa desgastada y pantalones oscuros. Tenía el color de cabello de Mamá, con un rastro débil en sus ojos azules que recordaba el cielo nublado. El hombre dijo algo en el tono del francés que Mamá usaba de vez en cuando con Papá, les hizo una seña para subir a la parte trasera. Papá cargó a Erwin, luego dio un salto para treparse. Nadie habló en el camino.

De vez en cuando, Erwin echaba miradas atrás. A diferencia de Wengen, la vista allá abajo era mucho más amplia. Casas y casas llenaban el paisaje cada vez más lejano, y no sólo una línea de tejados como en Wengen, sobre una línea rodeada de montes gigantes. Erwin miraba al frente; más llano, más pastos, muchas flores. ¿Por qué todo le recordaba a Mamá? ¿Era porque había pasado más de un mes sin verla?

¿O era por qué algo le decía que jamás lo volvería a hacer?

El viaje en carreta fue largo. Aunque trató de evitarlo, Erwin se adormiló al cabo de una hora. Sintió el brazo de Papá rodeándolo para apoyarlo a su costado. Erwin oyó sus latidos, entre sus sueños, el suspiro triste dentro de su pecho.

—Sohn —Papá lo llamó. Erwin levantó la cabeza.

La carreta se había estacionado al fin. Casitas mucho más pequeñas que cualquier otra que hubiera visto, los rodeaban. No eran muchas, pero estaban juntas, en direcciones desordenadas, creando caminos engañosos. Erwin caminó tomado de la mano de Papá, oteando hacia las esquinas. Encontró el porche más amplio de una casa, asomado sobre las otras.

Papá siguió al hombre de la carreta, justo en esa dirección. La casa grande quedó ante la vista de Erwin, tenía dos plantas, ventanas grandes y flores en los alfeizares. Erwin vio los grabados de madera en los dinteles. Guirnaldas de flores, uvas y avecitas. Justo como las que

Mamá hizo muchas veces en la cabaña. El hombre los dejó entrar. Erwin vio a muchas personas en la primera sala, llena de mesitas con manteles. Parecía más un restaurante que una casa común. Pero Erwin no tuvo tiempo de fijarse en eso. Las personas ahí los miraron, con sus ojos tristes y sus rostros cabizbajos. Ninguno dio una cálida bienvenida como la del letrero allá afuera.

"Bienvenidos a Zmutt"

Papá saludó a todos, usando la lengua de Mamá. Por sus movimientos, Erwin supo que estaba hablando acerca de él, porque Papá lo apuntó y todos centraron sus ojos sobre su cabeza. Otro hombre de facciones similares al de la carrera, pero mucho más viejo, endureció la mirada. La mujer robusta a su lado, con peinado echo a las prisas, fue menos severa. Ninguno le dirigió una palabra, ni siquiera una sonrisa. La mujer se echó a llorar de pronto, y otros en la sala tuvieron que calmarla.

Erwin quería irse. ¿Por qué Papá lo trajo a este lugar extraño en lugar de decirle qué había ocurrido con Mamá? Una mujer más joven, sin los rasgos de los otros, se les acercó. Les señaló una mesa y los hizo sentarse. Trajo leche caliente y panecillos desde otro cuarto que, Erwin pensó, debía ser la cocina del lugar. Erwin no tenía hambre, pero comió porque Papá se lo dijo. Observó su rostro mucho mejor, al otro lado de la mesa. Se veía cansado. Su barba había crecido igual que sus ojeras. Se miraba las manos, como si no quisiera encontrarse por error con ninguno de los ojos que seguían en la habitación. Cuando su mirada se encontró con él, Erwin le sonrió débilmente. Papá le acarició el cabello, su gesto no se mejoró aunque Erwin vio las esquinas de su boca tratando de sonreir también.

Pasaron minutos u horas que Erwin no supo. Papá le dijo que podía recostar su cabeza en la mesa si quería. Erwin obedeció. Se despabiló de nuevo cuando Papá lo llamó. Salieron a la calle otra vez y fueron en caravana tras los demás. Erwin vio las cabezas gachas de la misma mujer y hombre viejo, el velo negro cubriéndola a ella.

—¿Quiénes son esas personas, Papá? —se aseguró de que nadie más lo oyera.

Papá le dirigió una mirada.

—Son tus abuelos, Sohn. La abuela Vera y el abuelo Hill.

—¿Son los papás de Mamá? —Erwin siempre quiso conocerlos. Mamá solía mencionarlos y cuánto los extrañaba. Pero eran muy diferentes a como lo soñó—. ¿Siempre se han visto tan triste y enojados, Papá?

Papá siguió caminando, los pasos pesados.

—No siempre. Eran felices, hasta que algo muy malo ocurrió.

—¿Y qué fue?

Papá sonrió con pesar:

—Su única hija dejó su hogar para casarse con un hombre horrible…

Erwin percibió una amarga sensación en el estómago, no se atrevió a preguntar otra cosa. Entraron al único edificio de color blanco. No estaba construido de madera, sino de pared de cemento. Tenía una pequeña torrecita, sin ninguna campana. Sólo hasta que entraron y vieron las bancas de madera gruesa, acomodadas en fila una tras otra, Erwin terminó de entender que era una iglesia. Sólo era un cuarto pequeño, con un altar al ras del suelo. No tenía los pequeños candelabros ni retablos de la iglesia a la que August asistía, y se sentía más fría también.

Los abuelos y los otros ocuparon las dos primeras bancas. Había otras personas, ancianos y más jóvenes. Papá lo llevó a las últimas bancas. Permaneció con la cabeza gacha todo el

tiempo, mirándose las manos y los pies. Un hombre con ropas largas habló al frente, parado junto a una caja larga, llena de los mismos grabados que Erwin había visto en la casa grande y en su cabaña.

—Que tu alma descanse en paz, Sabine y que el Todopoderoso le conceda calma y resignación a los que te amamos.

Erwin sintió que un pico se clavaba en su corazón. Aun si no era un idioma familiar, comprendió la expresión en ese hombre. Y el nombre de Mamá... Dejó de negarse a las señales. Las personas se levantaron para mirar al interior de la caja y entonces regresar. Cuando la abuela pasó y lloró otra vez, sacaron la caja y fueron en procesión tras él. Nadie preguntó a Papá ni a Erwin si querían un momento para mirar y despedirse.

Enterraron a Mamá en un cementerio fuera del pequeño pueblo. Las casas estaban lo bastante lejos para que todo lo que rodeara a las lápidas y cruces sólo fuera campo verde y montes. Cuando la tierra cubrió por completo el agujero, las personas comenzaron a alejarse. Algunas vinieron a ellos y dedicaron palabras a Papá. Erwin esperó a que los abuelos se acercaran y entonces pudiera conocerlos como lo hubiera querido Mamá.

El abuelo y el hombre de la carreta ayudaron a la abuela a levantarse de la tierra donde se arrodilló para llorar a Mamá. Caminaron hacia el sendero de regreso. Al pasar cerca de ellos continuaron de largo. La última mirada que el abuelo clavó en Papá hizo que Erwin comprendiera mucho. Las razones para nunca haber venido. Y las razones por las que nunca volverían.

Papá se acercó a la tumba de Mamá, seguía apretando la mano de Erwin y se quedó así, un largo rato, sólo viendo a la lápida que habían llenado de flores. Erwin escuchó que Papá suspiraba. Antes de que pudiera verlo llorar, Papá se limpió las lágrimas.

—Mamá te amaba, Sohn… —movió su mano, con una sonrisa herida—. Ella me dijo que te dijera… “Dile a mi panecito que lo amaré siempre y que un día los volveré a ver…”

Su voz se quebró. Papá se enjugó otra línea de lágrimas. Erwin no pudo contener más su llanto. ¿Por qué Papá no le dejó despedirse de Mamá? ¿Por qué no podían reunirse con ella ahora mismo?

Abrazó fuerte a Papá.

—No quiero decirle “adiós”, Papá. Quiero que se quede con nosotros…

El hombre de la iglesia allá abajo había dicho que morir era esperanzador para los que tenían fe. Pero Dios era quien causaba tormentas y asustaba a Erwin por hacer que sus padres pelearan. No entendía qué era la fe, ni qué era morir. Sólo entendía que Mamá estaba debajo de la Tierra y ellos muy lejos de ella. ¿Eso era la esperanza? Papá se acuclilló para sujetarlo. Erwin sollozó fuerte, recargado en su hombro. “Quiero que se quede, quiero que se quede…”.

Que no exista la muerte y ese cuchillo machacando su corazón.

—Estoy aquí, sohn. Papá está aquí… También la quiero de vuelta. Pero la vida y la muerte están juntas… No me gusta tampoco, pero así es —quitó las lágrimas en sus ojos, acarició su espalda pequeña—. No tengas miedo, Will. Yo me quedaré aquí, ¿entiendes? Papá se quedará contigo, Sohn.

Tenía la voz firme que usaba cuando lo instruía con un nuevo libro. Pero no lucía con la esperanza que el hombre de la iglesia había mencionado. Erwin prefirió confiar en Papá. Lo abrazó de nuevo, y lo sujetó de la mano cuando se levantó para marcharse. Erwin volteó atrás varias veces, esperando. Mamá no apareció, sólo la lápida grisácea y las flores a su alrededor.

Pidieron otra carreta y se hospedaron en un chalet del pueblo mayor. Llegaron a casa al día siguiente. La cabaña estaba cálida, las flores de las macetas y el jardín estaban llenas de

color. Erwin creyó que era Mamá dándoles la bienvenida. Se aferró a esa idea, con todo lo que pudo.

◆◆◆

August vino a visitarlos, junto a su mamá y su hermana mayor. Otros en el pueblo de Wengen hicieron lo mismo. Todos fueron más calurosos que la gente en Zmutt. Ingo le escribió una carta, con las mismas palabras de la mayoría en el pueblo. “Lamento la muerte de tu mamá, Erwin”. Las primeras semanas, Erwin despertaba muy temprano, seguro de que Mamá estaría allá abajo, con su desayuno listo y una sonrisa para invitarlo a comenzar su día. Tuvo que hacerse entender que de ahora en adelante debería entrar a la cocina sin esperar que nadie estuviera allí.

Sus clases ayudaron a distraerlo. August y él estudiaban muy duro para sus exámenes de último año. Hacían acampadas los fines de semana con la casa de campaña que August había recibido la última navidad. Erwin y él la abrían, cerca del perímetro de la casa. Invitaban a otros chicos del pueblo, comían guzgueras y comida chatarra, leían revistas de ciencia e historia que Erwin tenía en casa, o los cómics que August compraba. Era divertido y reparador, hasta que regresaba a casa.

Papá había contratado a una mujer que pudiera hacer la limpieza y cocinar. Cuidaba las hortalizas que Mamá había sembrado y preparaba comida muy deliciosa. Pero, aunque era una mujer amable, Frau Marye se iba cada noche y hablaba poco con los dos. Nadie estaba en las noches de tormenta ni en los días nevados, cuando a Erwin se le estrujaba el estómago pensando en la avalancha que les caería encima. A veces, Papá lo escuchaba, pero Erwin lo había visto muy concentrado en su trabajo, siempre dentro de su estudio. Erwin lloraba por Mamá algunas noches, acordándose del beso y su oración. Papá sólo le decía “Descansa”, antes de apagar la luz y regresar a su trabajo.

Papá también lloraba por Mamá. Nunca frente a él, pero Erwin lo había visto varias veces salir antes del anochecer. Papá le decía que iría a estirar las piernas un poco y que dejaba a Frau Marye a cargo. Erwin lo siguió una tarde. Se ocultó tras un montículo de nieve al escuchar su voz. Papá estaba hablando, firme y claro. Le gritaba a alguien con tanta rudeza que Erwin pensó que estaba peleando con una persona. Se asomó un poco más y encontró su figura, de espaldas, golpeando un tronco con un puño. Su último grito fue un sollozo contundente.

“¡Jamás me pondré de rodillas! ¡Jamás me verás suplicar! ¡Jamás voy a necesitarte!”.

Erwin regresó a la cabaña antes de que Papá lo descubriera. Papá solía verse fuerte siempre, pero ese día se veía más agotado que el día en que enterraron a Mamá. Erwin se acordó de ella también. Aunque Mamá había sido más menuda y bajita que Papá, su fuerza había sido evidente cada día. Incluso los últimos días. Erwin podía olvidar que alguna vez estuvo muy enferma con sólo recordar el resto de su vida. Quizás esa era la razón por la que era tan difícil asimilar que ella se había ido. Papá necesitaba a Mamá, tanto como él. Erwin se propuso recordarla justo así, a partir de ese día. Fuerte, gentil, bonita. Papá lloraba a Mamá; Erwin la elogiaría con buenos recuerdos.

Un día que volvía de la escuela, Erwin se detuvo en el umbral. Había pasado meses sin prestarles atención pero el brillo de la navaja de esos botines lo atrajo de nuevo. Eran los patines de Mamá. Erwin se sentó contra el muro del recibidor y acarició la tela. Los suyos estaban ahí dentro también. Estaban limpios gracias a que Frau Marye sacudía cada espacio y objeto, así fueran usados o no. Erwin fue a la pista comunitaria al otro día. Siguió yendo cada día. Cuando llegó el invierno y la primera quincena de nieve, Erwin subió a la montaña. El lago congelado estaba allí, esperándolo.

“Ven a disfrutar de este día, tesoro…”.

Erwin se metió al hielo, todo el invierno.

Con el tiempo, el dolor parecía amainar. Estar en casa dejó de traer el vacío de Mamá, y fue más bien la evidencia de que ella había estado aquí, que ella los había amado y siempre lo haría. ¿Cómo? En sus vivencias presentes, se dijo Erwin. Quizá a eso se había referido Papá. La muerte era inevitable, pero otros permanecían vivos si cada uno los sujetaba fuerte en sus memorias. Erwin se aferraba a eso. ¿Por qué Papá no podía verse feliz, entonces? Aunque él mismo lo había afirmado, nada en él mejoraba. Las horas dentro de su estudio se prolongaban, Frau Marye se quejaba de que cocinaba para que sólo Erwin quisiera comer.

Frau Marye llevó al Pastor Knudseen. Dirigía la iglesia a la que iban August y su familia. Había venido una vez, después de lo ocurrido con Mamá, pero no había regresado. Papá no se puso feliz de verlo allí. Erwin tampoco lo estuvo; tras su visita, Papá se veía más enojado que antes. Erwin lo vio salir las tardes siguientes para ir al mismo sendero y golpear el mismo árbol. Papá despidió a Frau Marye poco después. Afortunadamente, eran vacaciones; Erwin podía quedarse en casa de August y comer ahí.

Una tarde, llegó a casa después de almorzar con su amigo. Papá no estaba. Erwin lo buscó en su estudio, sin encontrarlo. Había entrado algunas veces, antes. Siempre era un lugar ordenado, con todos sus libros y muebles bien distribuidos. No era este lugar de papeles desperdigados en el escritorio, ropa sucia en el piso, y pizarrón de corcho tapizado de documentos. Erwin entendió pocos titulares. Papá hablaba varios idiomas, pero la letra estilizada que Erwin tanto admiraba, parecían garabatos en cada apunte. Leyó los títulos de los libros aún abiertos sobre el escritorio.

¿Por qué no soy cristiano? de Bertrand Russel; *El problema del dolor* de C.S. Lewis. *¿Y qué si Jesús no hubiera nacido?* de otro más llamado James Kennedy.

Erwin dejó su estudio. Papá regresó hasta muy tarde. Erwin aún no terminaba la cena; Papá se acercó a ayudarlo. Estaba callado y así permaneció. Sus ojos se encontraron con los suyos. De pronto, Papá frunció las cejas, como si Erwin le hubiera dicho algo horrible.

—¿Papá?

Papá no respondió. Su boca se abrió como si quisiera decir algo, sus ojos se llenaron de lágrimas y se cubrió los labios. Algo picoteó en Erwin para moverse e ir hacia él. Algo más fuerte lo obligó a quedarse en su asiento. Papá bajó la cabeza, meneándola mientras susurraba. Erwin no alcanzó a escuchar. Se asustó cuando Papá se levantó de forma repentina, sacudiendo la mesa sin querer. Corrió a la salida.

—¿A dónde vas? —Erwin lo siguió. Papá le dijo que volviera adentro, que iría a hacer algo importante. —¡Papá es casi media noche!

Lo vio desaparecer en medio de los árboles y la oscuridad, cuesta arriba. Iba a ir por él. El silbido agudo del viento le erizó por dentro, prefirió regresar. Se sentó en la sala, esperando. El sonido del aire se hizo más amenazante. Apenas había iniciado el verano, las peores tormentas eran hasta mediados de Julio. Pero Erwin no se sintió tranquilo. Se quedó dormido, al calor del fuego de la chimenea.

Despertó en la mañana con una frazada encima. Los pasos en la cocina lo despertaron tal como el aroma a panecillos. Erwin sintió un recuerdo contundente de Mamá, tan nítido, que incluso sintió deseos de llamarla. El dolor que sintió al no encontrarla desapareció al ver a Papá moviéndose en la cocina.

—Buenos días, Sohn. Pasan de las 9, no quise levantarte.

Le sirvió café y le dio un plato de müsli. —El desayuno estará listo pronto. Siéntate aquí,

mientras esperas.

Erwin lo vio, como si fuera una ilusión. Papá estaba completamente afeitado, el cabello peinado como acostumbraba, su ropa limpia, bien planchada. Papá miró por la ventana un momento, con un brillo nuevo en su cara.

—Qué buen día… —inhaló hondo. La brisa fresca entró por la persiana abierta como dándole la razón.

Mientras desayunaban, Papá le arrojó una mirada cómplice.

—Se apagó el fuego, Erwin… Creo que podríamos ir a buscar algo de combustible extra allá arriba.

Erwin entendió su idea. Sonrió, nostálgico.

—No creo que haya muchas piñas ahora, Papá. Siempre esperamos al otoño.

Papá soltó una pequeña risa. —No lo sabremos, si no lo buscamos hijo. Hay que buscar si se quiere encontrar… —bebió de su café con una pequeña sonrisa de enigma.

Erwin no lo contradijo. Cumplieron su amenaza después del desayuno. Ese día, Papá no se enclaustró en su estudio, ni en ningún otro en adelante.

Las razones de su cambio inusitado no serían claras para Erwin sino hasta muchos, muchos años después...

◆◆◆

2000, Julio

La voz de la bocina anunció el arribo del tren. Erwin tomó su maleta y se puso de pie. August le ayudó con otra. Se detuvieron a unos pasos del límite de abordaje, mientras el tren terminaba de detenerse.

Erwin le dio una palmada doble, su saludo personal. August le pasó la otra maleta.

—Suerte en Berna, Will. No te olvides de escribir, no importa si es a mano.

Erwin le prometió que sí, sonriendo. Habían aprendido a usar correo electrónico, aunque seguían recibiendo cartas de otros amigos o familiares lejanos.

Aún faltaban dos años más antes de elegir un colegio. Pero a Papá le habían ofrecido la oportunidad de escribir para un diario local en Berna. Por varios meses, Papá había tenido que ir y venir desde Wengen hasta Berna cada vez que había que esclarecer alguno de sus artículos. En ese tiempo, Papá había reunido ideas para una nueva novela, pero había cancelado sus relaciones con su antiguo editor. Su tiempo en el Berner Zeitung le había ayudado a conocer nuevas referencias. La probabilidad de tener un agente y una editorial nuevos eran muy grandes.

Erwin había visto cuán entusiasmado estaba. Papá le propuso estudiar lo que le faltaba de la escuela básica en Berna y continuar ahí sus estudios. Significaba dejar de ver a sus amigos un tiempo, pero podía sacrificarse. Su papá lo valía. Y Mamá hubiera estado dispuesta a lo mismo.

—Pero nos veremos en la secundaria —le dijo otra vez. August asintió, aún faltaba convencer a su mamá de dejarlo estudiar en Berna.

—Extrañaré las acampadas.

—Y yo los videojuegos.

—Tal vez te visite en vacaciones… O tú puedes volver.

Era una gran posibilidad.

El tren abrió sus puertas. Papá terminó de hablar con las personas que habían ido a despedirlos. Le dio un apretón de manos al Pastor Körner de la iglesia en el valle, luego se despidió de August. Erwin y él echaron saludos por la ventanilla.

Erwin se apoyó en su asiento, varios minutos después. La comezón de ir lejos de casa le atacó otra vez, con el miedo de no volver a ver a August. Pero al mismo tiempo, era emocionante. Papá terminó de escribir algo en su libreta de ideas y la guardó en su valija de mano. Lo miró.

—¿Nervioso?

—Algo.

Papá asintió. —La primera vez que me mudé era más joven que tú. Me daba miedo no encajar o encontrar cosas que no me gustaran.

—¿A dónde te mudaste?

—A Italia… Era uno de los pocos países donde no se discriminaba tajantemente a los alemanes, en ese tiempo. Mi madre extrañaba mucho Berlín, igual que yo. Mi padre se acostumbró un poco mejor. Con el tiempo, supimos adaptarnos y ver Varese como nuestro hogar, al menos hasta que mi padre tuvo que viajar otra vez.

—¿Fue el tiempo en el que decidiste ser novelista?

—Por una parte, sí… Conocí otras provincias italianas, viajando con mi padre. Llegamos a Trento, a Roma, Milán… Vi muchos museos y edificios que databan de siglos y siglos detrás. Era impresionante verlos con mis propios ojos después de estudiarlos en la escuela. La prueba clara de que lo que leía en la Historia era verdad. *Res non verba*. Puedo decir que en ese periodo se sembró el interés por la Historia, mucho después germinaría. Mucho después…

Erwin escuchaba atentamente. Conocía un poco de lo que había sucedido después. Papá le había contado que se había enlistado en el ejército para frenar los estragos que la Segunda Guerra había dejado, otros países querían aprovecharse de los daños sufridos en Alemania y él fue parte de los que estuvo allí para evitarlo. Dejó Italia, defendió la frontera entre Berlín y Rusia. Había huecos que aún no conocía. Sabía que sus dos padres habían muerto en ese tiempo y que él hizo una carrera en Leyes en Austria. Después se convirtió en novelista, había viajado por el mundo, hasta llegar a Zermatt para tomar unas vacaciones y hacer crecer ideas para otra novela.

Unas partes se las había contado Mamá, otras las había conocido poco a poco, el último año, cuando Papá y él se sentaban a tomar la merienda, solos, en el porche. Cuánto iban a extrañar la cabaña. Papá le aseguró que regresarían. Había dejado contratado un cuidador general con el concejal del terreno. Su casa estaría aguardándolos cada vez que quisieran regresar.

—Lo que quiero señalar con mi historia, es que, siempre podemos obtener nuevos conocimientos y nuevas aventuras a donde vayamos. Podría ser un viaje muy placentero y algo que labre más tu camino, sohn. Confío en que el mismo que me dirigió a mí, incluso sin darme cuenta de su presencia, te dirigirá a ti.

Erwin no lo negó. Últimamente, Papá hablaba como Mamá. Y eso le hacía sentir extraño, tranquilo también, pero extraño.

Guardaron silencio una parte del trayecto. Erwin acomodó un cojín de pasajeros tras su cabeza. Papá había sacado un libro, Erwin sabía que estaría leyendo todo el camino. Visualizó la ventanilla medio adormilado. Los campos se extendían, con un cielo nítido y brazos de ríos que aparecían de vez en vez, siempre rodeados de montañas y la aparición de algún poderoso alpe erguido en la lejanía. Erwin no había viajado tanto como Papá; pero podía decir que Suiza era un país increíble sin dudarlo.

El tren hizo una parada en Interlaken. Papá se bajó un momento a estirar las piernas. Regresó con emparedados y jugo. Erwin le hizo preguntas el resto del trayecto, quería saber cómo era Berna, qué sitios interesantes podría tener, cómo sería la escuela en donde Papá ya lo

había inscrito. Papá contestó cuanto pudo, le aseguró que el departamento que había rentado para los dos estaba muy cerca de su escuela y a poca distancia del centro de la Ciudad. “Es mucho más variado y grande que Wengen, sohn. Hay autos. Muchos autos, pero también hay muchos museos y lugares interesantes”. Entre más hablaba, más atractivo lo hacía parecer. Erwin dejó de sentir la comezón de incertidumbre. La idea de una aventura lo cubrió.

—¿Y hay pistas de hielo, Papá? —no soportaba la idea de no patinar más en memoria de Mamá.

Papá lo analizó, con enigma.

—Ya pagué la inscripción para ti en un club, Sohn.

Equipo Alemania

Capítulo 2

Victoria y fracaso

Hamburgo, 2019

—¡Fue increíble, Mamá!

Jael se rio, secándose las lágrimas que se habían escapado de sus ojos. Oyó a Mamá reír otra vez, mientras le contaba detalladamente sobre la competencia. Desde sus nervios y la emoción de su atuendo, hasta el nuevo miedo ante la pista y la manera en la que Dios le había dado paz.

—Sólo tuve que recordar lo que hacía en el lago, y lo mucho que me divertía… ¡Y fue igual de divertido!

—Cuánto me hubiera gustado verlo, liebling.

Por asuntos de trabajo, Mamá se había perdido la competencia en vivo. Josías le había buscado la grabación en YouTube.

—No te preocupes, Mamá…

—El próximo lo veremos en vivo. Y ahorraré para ir a una de esas competencias.

—Ya te dije que no hay problema —se rio—. Ay, Mamá, es que… Siento que pedirte más a ti o a Dios, a cualquiera, sería tonto. ¡Ya soy tan feliz! Ya quiero que veas mis medallas… —contuvo un gritito—. Ganamos el primer lugar, ¡no puedo creerlo!

Mamá se rio con ella. *—Yo sí puedo, liebling. Sólo lamentaré que tardara tanto en entender que…*

Se quedó callada. Jael apretó el teléfono.

—¿Qué, mamá? —se preocupó. Oyó que Mamá se aclaraba la voz.

—Realmente estás en donde tienes que estar, hijita. Esto era lo que Dios quería y tú también. Lamento haber puesto tanta atención en otras cosas, presionarte con la escuela. Y no pensar en cuánto te gustaba patinar.

Podría haber buscado una escuela de patinaje para ti, un entrenador, antes, y ayudarte a ser tan feliz sin tantos problemas.

Jael negó quedo, como si la tuviese allí. —Debe haber una razón para que esté aquí hasta ahora, mamá. ¡Y soy feliz por eso! —pensó un momento en los patinadores que acababa de conocer, en el desayuno, la ceremonia de medallas, en cada día. Se echó a reír. Mamá pudo oírla bien. Sabía cuán feliz era.

—Te amo, hija. Llama cuando lleguen a Canadá. ¡Jael Jazmín Keller en el continente americano para patinar! Veré esa competencia, así tenga que poner la alarma a las 3 de la madrugada.

—Dile a Jossy que te despierte. Ama desvelarse.

—Sin duda…

—Y dile que le deseo suerte en su competencia también —su hermanito estaba listo para

la temporada de hockey local. También esperaba ansioso la apertura de los campos de esquí—. Te quiero, mamá.

—*Yo mucho más, mi trébol saltarín. ¡Da lo mejor y gana otra vez!*

—¡Lo haremos! —lo dijo bien confiada.

Terminó la llamada. Jael dejó el pasillo lleno de personas y entró al establecimiento de comida rápida del aeropuerto. Su maestra Olive estaba cerca de terminar su emparedado. Jael se disculpó por dejarla tanto tiempo, Mamá había llamado justo cuando entraban.

—Lo siento…

—Está bien. ¿Cómo está tu familia? —Jael le contó la emoción de Mamá por verla ganar.

—Creo que tener éxito tan rápido es demasiado raro —se burló.

Olive le echó una mirada. —¿Tan rápido? Llevamos más de 6 meses entrenando, ustedes en especial. No soy una experta, porque todavía tengo mucho que aprender del patinaje artístico. Pero tengo entendido que la mayoría de los patinadores comienzan su práctica con menos de 3 meses de anticipación. Ustedes hicieron mucho más. No es un éxito tan apresurado, si lo piensas.

—Es que yo apenas iniciaba… Tal vez, el coach y Steph tuvieron que practicar mucho más debido a mí —agachó la cara. Olive tomó su mano sobre la mesa.

—Y mira los resultados… Ganaron el primer lugar. En su primera competencia.

La emoción cosquilleó en su estómago de nuevo.

—Ganamos, juntos, Olive. Si no fuera por ti y por tus coreografías, y tus consejos… No sería igual. ¿Y cómo habría ganado un poco de dinero sin ti?

—Lo hiciste por tu cuenta y tu esfuerzo…

—Pero tú fuiste quien me escucho aquella vez, y me dejaste ir a tu casa a cocinar los postres para que no se dieran cuenta Steph ni el coach. Y tú fuiste quien me ayudó a venderlos… —también tomó su mano—. No sólo eres una grandiosa maestra, eres mi mejor amiga…

Su maestra se conmovió. Puso su segunda mano sobre la suya, la apretó suavemente. Aunque no dijo nada al respecto, Jael lo entendió. Olive era un poco más reservada que ella con sus sentimientos. Aunque habían hablado de cosas tristes o difíciles en el pasado, Olive nunca lloraba. Pero siempre se mostraba cercana cuando ella lo necesitaba. Era suficiente para Jael.

Su maestra le preguntó sobre el dinero reunido por sus postres. Jael le dijo que tenía lo necesario para pasear un poco a los lugares a donde irían a competir. “No cómo para despilfarrar, pero al menos me puedo llevar un suvenir”. Era una lástima que no pudieran quedarse mucho en cada sitio. Ocultó que no había reunido suficiente como para hacerse de un bonito vestido; tendría que pensar en las excusas que diría para no asistir a los banquetes de clausura en las próximas competencias.

Olive terminó su almuerzo y fueron de regreso a la zona de espera. Jael le enseñó las fotos que se había tomado con sus atuendos de patinaje; su maestra le mostró las que ella había tomado mientras ellos competían.

—Ail-Zahyr Bariut se sintió muy complacido cuando se las mostré —le dijo.

Jael se emocionó, recordándolo. —Él es tu hermano, ¿verdad?

Olive giró a verla.

—¿Cómo lo supiste?

—Es que tú siempre hablabas de él y del club que pusieron. Un día me dijiste que se mudó a Rusia para ser coach… No me dijiste mucho de eso, pero me di cuenta de que cuando nos lo presentaste, estabas muy entusiasmada. Hiciste que me acordara de mí. Cuando mi hermano Jeremhya se fue para hacer su servicio y luego a la universidad, todo cambiaba en casa

si él regresaba. Me emociono con sólo escucharlo hablar por teléfono —se rio, su maestra lucía avergonzada.

—Pensé que no se notaría tanto.

—Se ve que lo admiras mucho —Jael la vio asentir, débil.

—Ojalá pueda llegar a ser como él… —musitó, sin explicar a qué se refería.

Su coach era el único en los asientos de espera. Jael y Olive pudieron sentarse.

—¿Dónde está Steph?

—Fue a caminar… —su coach sonó serio, atento a sus documentos.

Jael tuvo un mal presentimiento. Buscó a Stephen, mirando a los lados. Después de un rato, lo halló en otra sección de asientos, encorvado, con el Iphone pegado al costado de la cara. Se veía desesperado.

—¿Está bien? —se atrevió a preguntar. Su coach levantó la vista, a la misma dirección. Jael notó que ocultaba un suspiro.

—Estaremos bien —la miró un momento, sus ojos más tranquilos.

Jael iba a preguntar más. Una voz monótona llegó a sus oídos.

“Pasajeros con destino a Amsterdam, Favor de ir a la zona de abordaje”.

Era su vuelo… Irían a Canadá.

◆◆◆

—¡Canadá!

Jael se aferró al asiento. ¿Cómo había olvidado eso? Iba a viajar, en avión, a un país lejano. Muy lejano. La primera escala no fue tan difícil. Llegaron a Ámsterdam en menos de 4 horas que pasaron desapercibidas por su charla en WhatsApp con su hermano Jeremhya. Aguardaron en el aeropuerto, menos de una hora, para el siguiente transbordo. Jael incluso se concentró en Steph.

—¿Estás bien? —le susurró bajito, luego de ir por un café.

Steph dejó de intentar de hablar por teléfono.

—¿Por qué no habría de estarlo, *weirdo*? —la soslayó, tajante, como el viejo Steph.

—Estás muy serio y con cara de que te van a obligar a hablar en alemán todo el día… —sonrió, a la espera de que Steph se enfurruñara. Pero él siguió mirando a su teléfono—. Si es por lo que dije sobre Heidi… Eso de que nos estaría siguiendo y sería molesto. Lo siento.

Steph resopló. —Maldición, no tiene que ver con Heidi, ni contigo… —sonó más ácido de lo necesario. Resopló otra vez—. No soy buena compañía ahora, *weirdo*. Mejor ve con el coach… o con la maestra. Al menos a ti te habla.

Regresó hasta que fue tiempo de su segundo vuelo. Jael olvidó su apuro al recordarse de nuevo que esta vez sería uno sin escala. Directos a Toronto. Jael se aferró a los brazos del asiento, más grande que el de los dos aviones anteriores. Era una fortuna que Olive y su coach quedaran junto a ella esta vez, si acaso gritaba o vomitaba, no la verían extraños. Miró su boleto. ¿Cuánto duraría el vuelo? Diez horas. *Ay.*…

Diez horas, sobre el océano.

Aguardó, fingiendo todo lo posible su mareo. Se recordó sus días en el Matterhorn. No le daban miedo las alturas, en lo absoluto. Pero… Esto no era un alpe gigante al aire libre. Era una cabinita, con personas a todos lados, y la nada sujetándolos. *Doble ay.*

Vio que Steph acomodaba su valija pequeña en el portaequipajes superior; él se quedaría en la fila de asientos del lado este. Estaría él solo, al parecer. Sin entusiasmo ni miedo en su cara. Jael quería preguntarle cómo podía conseguir no sentir nada. Recordó que Stephen no quería que

lo molestaran ahora. Su maestra se sentó a su lado derecho, el coach a su otro costado. La voz del piloto dio la bienvenida y anunció el despegue en 5 minutos. Jael se sintió mareada.

¡Todo está bien! Ay, Dios, todo estará bien, ¿verdad? Oró por calma. Vomitar junto a su coach ya no era tan tranquilizante.

Su entrenador notó sus dedos afianzados a su reposabrazos. Olive fue más rápida. Preguntó qué pasaba. Jael se sintió torpe, la torpe pueblerina de la que Stephen se burlaba los primeros días. Admitirlo fue muy vergonzoso.

—Con todo lo emocionante que ha sido, es como si este fuera mi primer vuelo… Me siento un poco tonta, perdón. No debería darme miedo, los aviones son seguros… Tampoco es como si me diera miedo que pasara algo… Espero no pase nada, claro, pero… Y luego pensar en Canadá. Ay, yo nunca salí de Zermatt… Bueno, fui a Zúrich, dos veces, pero lo más lejos que iba en general, era a los Alpes… ¿No sienten que está haciendo algo de calor? ¿Por qué el piso se mueve? ¿Ya estamos despegando?

Su maestra Olive soltó una risita. Se viró suavemente, para darle un poco de aire con su libreta de notas...

—Tranquila. Todavía no. Respira… Son los nervios de la competencia y la emoción de ir a otro lugar, supongo.

—¿Quieres una pastilla para relajarte? —su coach.

Ay, su coach estaba allí. Jael trató de pegarse al respaldo, con toda la calma que pudo fingir. Soslayó a su entrenador. No era una niña para molestar a otros con sus torpezas. Negó.

—Perdón, estaré bien.

En el despegue, Jael sintió que la comida del almuerzo de despedida se le subía al pecho. Apretó los dientes. Pensó en la distancia, del piso al avión, de Canadá a Zermatt. Berlín pareció una casa vecina ahora. Mamá, Jossy, Jerry. Era tonta tanta nostalgia. Las luces de los otros pasajeros fueron apagándose, poco a poco. Su maestra dejó de mirar una película. La miró, compasiva.

—¿Todavía estás agitada?

—Poquito —susurró, para no interrumpir el sueño de los demás y no seguir siendo una tonta cerca de su coach—. ¿Así te sentiste cuando volaste a Escocia para aprender folk?

Su maestra abrió los ojos, luego los entrecerró, mirando a otro lado. Negó.

—No... Pero, así me sentí cuando fui a California... Cuando mi hermano tuvo un accidente. ¿Te acuerdas que te conté?

Jael lo recordaba. —Pero tú sí que tenías razones para sentirte nerviosa.

Gracias a Dios su hermano se había recuperado.

—Tú también las tienes. Aunque sé que todo va a salir tan bien como la última vez. Trata de ver una película y dormir. Eso puede ayudarte.

—Lo haré... Descansa.

Su maestra se acomodó mejor en su asiento, Jael hizo lo mismo. Trató de ver una película pero la luz fija la aturdía. Notó a su maestra dormitar luego de un rato, casi la envidió. ¿Estaría su coach dormido también? Jael no tuvo el valor de ladear el rostro para comprobarlo, aunque ardiera de ansias por verlo. Cerró los ojos e intentó dormir, sin resultado. Las imágenes del océano profundo aparecían.

El avión se sacudió de pronto. Jael jadeó, apretándose otra vez al asiento.

Ay, Dios mío... Todo está bien.

¿Cuánto más duraría el vuelo? Miró el reloj en su celular. Seis horas más. Y ya era noche para llamar a casa por un consejo que la relajara.

Otra pequeña sacudida la dejó sin aliento. Cerró los labios con fuerza para no gritar. Oyó de lejos los movimientos en el asiento a la izquierda, las palabras bajas a la asistente de vuelo. Pero no miró. Un temblor más fuerte hizo a los asientos cimbrar y a las luces parpadear. Alguien se quejó en otro asiento, pero nada demasiado grave. Jael pensó en Papá. ¿Habría sentido una turbulencia como esa en el teleférico antes de...?

No podía pensar en Papá. No de esa forma. Lo había prometido. Dios le había ayudado. Señor, ayúdame... No quiero tener miedo. Soy feliz. Sólo es un avión.

Sintió un toque suave sobre su mano. Jael abrió los ojos hasta el segundo intento que se sintió más firme. Encontró la luz baja sobre su coach, su cuerpo ligeramente ladeado para darle agua y una tableta para el sueño. Jael tardó un poco en soltarse del descansabrazos; tenía los dedos acalambrados.

—Gracias... —musitó. Bebió la pastilla. Su coach regresó el vaso vacío a la asistente de vuelo.

—No hay de qué —susurró también—. Las tormentas pueden ser aterradoras, sobre todo en un avión.

—Yo no sabía que me daban tanto miedo hasta este momento...

Aunque quiso sonar divertida, se le redujo la voz ante la nueva ráfaga de viento. Se preguntó si Papá o Mamá habrían tenido vuelos así. ¿Y su coach?

Como si él hubiera leído su mente, volvió a susurrar.

—Una vez estuve en un avión con turbulencia grave. El vuelo duraba 13 horas, había huracán en la zona donde íbamos a aterrizar. Nuestro piloto tuvo que hacer una parada de emergencia en otro aeropuerto... No fue oficial para no provocar demandas pero, un pasajero corrió el rumor de que estuvimos cerca de desplomarnos.

—Santos conejos, qué horrible... Igual a la película de El Vuelo, con Denzel Washington...

Su coach sonrió, curioso por su expresión y el hecho de recordar que habían visto esa película un día.

—Sólo que nuestro piloto no estaba alcoholizado.

—Gracias a Dios —musitó, realmente agradecida—. ¿Cómo pudo regresar a un avión después de eso, coach?

Su coach hizo una mueca: —Para un patinador, es el medio de viaje más sencillo. No me quedaba mucha opción.

Jael asintió, medio sonriendo. De pronto, el miedo de estar suspendidos en el aire quedó debajo de la emoción que había sentido desde que vio su primer lugar en el *Kiss and Cry*. Jael se armó de valor para decirle algo que no había podido debido al tiempo.

—Quería agradecerle, coach —su entrenador la observó, consternado—. Su consejo: “Recuerda las razones que te trajeron hasta aquí”. Estuve muy nerviosa en la pista, ¿sabe? Pero usted me ayudó a recordar lo que era patinar cuando estaba en Zermatt. Dios trajo sus palabras justo en ese momento... Y... Todo se hizo más divertido y ya no me sentí asustada.

Justo como ahora. Se contuvo de decirlo.

Su coach la miró fijo, con las cejas inclinadas. ¿Por qué siempre se ponía tan triste cuando le agradecía por algo? Jael había descubierto que así era. Una simple gratitud y él ponía esa expresión, como si estuviera diciendo algo horrible. Fingió un pequeño bostezo, aunque todavía no sentía el efecto de la pastilla.

—Ay, creo que comienzo a adormilarme... Disculpe, coach. Ya hice que se mantuviera despierto, lo dejaré dormir —pegó la cabeza al respaldo—. Me quedaré calladita hasta dormirme,

lo prometo. Si de casualidad llegamos a Canadá cuando amanezca, ¿podría levantarme? Sería bonito ver el amanecer.

Oyó a su coach responder que “sí” muy bajo. Añadió un “descansa” poco después. Jael lo intentó, pero fue difícil. De nuevo, el mal presentimiento le subió al pecho, con el temor a las sacudidas y a lo que pronto vendría. Recordó que aún no había agradecido a Dios por ese día, quizá eso haría falta. Dio gracias mentalmente y pidió por el resto del vuelo. *Por favor, Señor, que el avión no se caiga ni tengamos un aterrizaje forzoso como el de Denzel Washington.*

No supo cuánto tiempo pasó hasta quedarse dormida. La luz y el ruido de las personas moviéndose hicieron que despertara. Olive sacudió suavemente su hombro para ayudarle a despabilarse un poco más.

—Ya llegamos, Jael... —le ayudó a cargar su valija hasta que ella se sintiera más firme.

Stephen le arrojó una miradita. —¿Pastillas para dormir, *weirdo?*

Jael hizo un puchero. Sentía la cabeza embotada y los parpados pesados. Caminó cerca de su equipo, halando su valija de llantitas y el resto de sus mochilas deportivas. Una enorme pared de vidrio se abrió de pronto a su costado, con la pista llena de aviones, un conjunto de montañas y el paisaje de un amanecer completado. Jael oteó a su coach.

—¿Por qué no me despertó...? —sonó amodorrada, sin notarlo.

Su coach le dedicó un gesto curioso. —Me distraje, perdona.

Jael estaba demasiado adormilada como para entender qué significaba su expresión. Subió al taxi con los demás. Su primer día no había itinerario para ellos. Y en cuanto llegó al hotel canadiense, se echó a dormir.

◆◆◆

Su agenda en Toronto fue mucho más completa que en Hamburgo. Después de pasar el lunes entero en el hotel, tratando de descansar por el viaje, comenzarían sus actividades oficiales desde el martes. Los competidores entrenarían en la misma pista donde se llevaría a cabo la competencia.

Jael despertó al mediodía, cuando alguien llamó fuerte a su puerta. Tenía la cabeza adolorida igual que los músculos. Al principio, le impresionó ver una habitación de cama individual, silloncitos de lectura, cortinas y alfombras de tonos beige, en lugar de la recámara gris y de piso blanco de Köpenick. Otro fuerte llamado la sacudió.

Jael fue a la puerta, dando trompicones. Olive la miró con apuro.

—Por fin... Estaba preocupándome mucho.

Jael se talló un ojo. —¿Por qué...? —ocultó un bostezo.

Olive entendió entonces. Ni siquiera se había dado cuenta de la hora.

—Llegamos ayer en la mañana, Jael.

—¿Ayer? —Jael se recuperó por completo. ¿Había dormido más de 16 horas?

Olive le explicó que no había querido despertarla para cenar juntas. No dijo nada de Stephen ni del coach. Jael estaba azorada. La cabeza la dolió más y su estómago echó un crujido. Olive fue indulgente.

—Vamos a que almuerces, pero muy rápido... Erwin me pidió que llegáramos juntas a la pista para su entrenamiento.

Desayunaron en la cafetería del hotel. Jael apenas pudo fijarse en el estilo elegante del lobby, con pisos de mármol brillante y un techo altísimo. Su habitación no se había quedado atrás. El comité del Autum Classic Canada no había reparado en gastos al hospedar a sus patinadores en uno de los mejores hoteles de Toronto, cerca del puerto al mar de Ontario, y en

uno de los distritos más importantes del condado. Sus habitaciones eran individuales además. Los carteles de la competencia colgaban en varias paredes, aunque los atuendos deportivos eran una mejor señal de que algo se estaría celebrando.

Jael no sintió el mismo miedo que en Hamburgo. Le emocionó ver el ruido del hotel y saborear esa comida. Sándwich de pameal bacon y un postre de raspberry. ¡Realmente estaba en Canadá!

—¿Steph ya se fue a la pista? —comenzó con su pastelito, feliz. Se había olvidado por completo de su dolor de cabeza.

Pero Olive tuvo algo rígido en su boca al dar su sorbo de té.

—No lo sé, Jael...

Jael frunció las cejas, confundida. Recordó que Stephen había estado de muy mal humor en el avión. Quizás había hecho algo grosero con su maestra.

—Espero que no se meta en problemas —musitó. Olive pudo oírla.

—Para nada. Debe estar muy feliz con su amigable fanática...

Apretó los labios como ofuscada por hablar de más. Jael hizo una mueca.

—Ay, ¿Heidi está en este hotel también?

Olive se subió de hombros. —No lo sé.

Jael casi estaba segura de que así era. ¿Estaría en una habitación cercana a la de Stephen? ¿Habría sido capaz de buscar en donde lo hospedaría el comité de Toronto? Jael sintió pena por Stephen otra vez.

—¿Y el coach?

—Dijo que estaría ocupado en una actividad para entrenadores. Ayer también estuvimos en una comida que organizaron para los líderes de equipo... Me impresionó, no sabía que eran tan detallistas con sus participantes. Él siguió ocupado el resto del día. Tiene mucho trabajo —Jael sabía que sí. Olive miró a su reloj—. Ya es tarde. Vamos.

Jael se echó a la boca lo que le quedaba de pastelito de frambuesa. Salieron a la avenida. Jael cargó cuidadosa su valija con patines. La correa estaba suelta otra vez, aunque la había cosido antes de salir de Berlín. La vista de edificios largos y autos le sorprendió más de lo que esperó. Olive le hizo doblar a la derecha, como si supiera bien adonde ir. ¿Habría tenido tiempo de conocer un poco la ciudad ayer? Jael le preguntó. Pero Olive negó.

—Sólo vi algunas cosas. Erwin me dijo que era mejor caminar hasta la avenida Yonge para tomar un taxi más directo a la pista. Dijo que era en esta dirección...

—¿Él conoce Canadá así de bien?

—Me dio la impresión que sí...

Jael se lo preguntó. Siguieron caminando. Entre más lo hacían, el ruido de bocinas y máquinas de trabajo crecía. Jael oyó una locomotora y creyó que estaba loca. Al cruzar otra avenida, un largo tren de vagones pasó, calles más abajo, sobre su riel. Más allá de la avenida que cruzaban, estaba la vista de edificios, puentes, y el reflejo del mar de Toronto. Y la gente seguía moviéndose, casi con locura. Jael regresó su atención a Olive, azorada. Su maestra echó miradas a los alrededores, cautelosa. Tardaron varios minutos en solicitar la atención de algún taxi. No era como en Berlín, fáciles de ubicar y de pedir que pararan. Aquí los autos iban de continuo, echando pitidos a sus intentos por acercarse.

Olive le sugirió que avanzaran un poco. “Tal vez nos hagan caso en otra sección menos concurrida”. El resultado fue el mismo. Jael miró su teléfono, lo mismo que su maestra. Eran las 2:45. El entrenamiento sería a las 3. Olive golpeteó la punta de su zapato en el suelo. Jael le sugirió que fueran caminando, similar a lo que hacía en Zermatt para llegar a donde quisiera.

Buscaron en su celular qué tan lejos estaría la pista desde su posición.

Muy lejos.

—Erwin me advirtió que llegáramos temprano —farfulló.

—Lo siento, Olive... Si no me hubiera quedado dormida todo el día...

Bajó la cara, reprochándose ser tan irresponsable. Olive no la increpó. “Llamaré a Erwin y le diré que tardaremos...”

Ay, no...

Jael suspiró. Decepcionaría a su coach.

De pronto, encontró el naranja chillante de un taxi, doblando la esquina. Jael se adelantó, subiendo su valija para capturar mejor su atención. Un autobús de pasajeros surgió por la avenida lateral, de pronto. Sonó el claxon con rudeza, Jael echó un grito apenas con tiempo para echarse atrás. Su mochila no corrió con tanta suerte. La correa remendada se estiró con fuerza y se rompió por la mitad. Se le soltó de la mano y voló a un lado. Jael pudo recogerla, antes de que un auto le pasara encima. Olive se acercó de inmediato. “¡¿Estás bien?!”.

Jael dijo que sí, jadeando. Inspeccionó su valijita. El cierre principal se había roto y podía ver sus patines y su ropa deportiva desde la raspadura a un lado. Pero todo ahí dentro estaba intacto. Suspiró aliviada. Ver que su mochila ya no tendría reparación le apuntilló. ¿Se habría visto como una tonta pueblerina? Pensó en el improperio que un automovilista soltó al verla adelantarse así.

Olive dijo que le pediría a Erwin que solicitara a un UBER para ellas. “Es mi culpa, tendría que haber aprendido algo de la ciudad o el sistema de transporte como me aconsejó mi hermano...”. Se oía molesta. Jael no se sentía mejor.

Un taxi frenó delante de ellas, con las direccionales encendidas. Jael se dio cuenta de que era el mismo que había tratado de llamar. Una cara de pecas, cabello y cejas rubias se asomó desde el asiento de atrás. Una enorme sonrisa, las manos pegadas a la ventanilla baja.

—¡Eso fue de locos! ¿Estás bien? —miró directamente a Jael. Con un asentimiento torpe, ella dijo que sí. La sonrisita creció, con hoyuelos—. Bueno, súbanse. Soy su ángel de la guarda hoy.

Antes de correrse al otro lado del asiento, se aseguró de abrir la puerta para las dos. Jael y Olive se miraron confundidas. La misma muchacha se asomó, apenas un poco, halando intencionalmente el cuello de su chaqueta. Ambas miraron los colores rojo, negro y amarillo.

—¿Qué esperan, compatriotas? ¡Vamos, vamos!

Su alemán las impulsó. Las dos se apearon al asiento trasero, cabían perfectamente. La muchachita le pidió al conductor que siguiera. Y luego las miró de nuevo.

—Uuy, qué suerte que me tardé buscando mis medias hoy. Las dejé en la lavandería pero alguien las agarró con su ropa limpia por error... Me tomó una media hora encontrarlas. Miren —sacó las medias de su valija deportiva. Moradas con franjas verdes, el logotipo de una empresa deportiva—. Me gustaban más las rosas del año pasado. Las cambiaron porque estás son más unisex. Mi hermano dice que se ven raras, pero a mí se me figuran muy cómodas. ¿Tú qué opinas? ¿Tienes una marca de medias favorita?

Jael sintió su mirada, ávida de curiosidad. Negó, sin saber qué decir. La chica dobló los labios de forma graciosa.

—Aah, eres de esas que no les gustan mucho las marcas... No te preocupes. Mi hermano y yo somos así. Pero uno se tiene que hacer a la idea... El entrenador dice que es mejor tener dos o tres patrocinadores, aunque no te gusten mucho. Yo prefiero las empresas de lugares recreativos. Estuvimos en la publicidad de todos los parques de diversiones de Canadá... Es más

divertido que tener el logo de una marca deportiva en la ropa —se rio—. No sé por qué, pero tú pareces igual. Divertida, animada. Todos los que saben bailar folk lo son.

—¿Cómo sabes que sé bailar folk?

—Leí tus entrevistas y tienes tréboles en tus patines...

—¿Leíste mis entrevistas? —Jael sintió calor—. ¿Y cuándo viste mis patines?

Quizá su mochila deshilachada estaba mostrando mucho. Pero la muchacha hizo un gesto con la mano.

—Te vi en la competencia, en televisión. Ya queríamos conocerlos, pero el entrenador no nos llevó a Hamburgo porque quería que entrenáramos para esta competencia. Tus patines son la onda. Le dije a mi hermano que nos pusiéramos algo así, pero no me hizo caso... Típico en los chicos, no pueden ser buenos patinadores y tener estilo al mismo tiempo —sacó la lengua. Esta vez, Olive incluso se rio. Jael se sintió orgullosa de repente. Reparó en que aún no se había presentado.

—Soy Jael Keller... Gracias por recogernos...

—Ah, ya sé quién eres, chica trébol. Te gustan los conejitos, ¡yo amo a los cuyos! —su sonrisa se abrió con otros hoyuelos—. Ah, y yo soy Gracie. Grace Amanda O'Neill.

Olive también pudo presentarse.

—Tú también eres representante de Alemania en Danza sobre hielo, ¿verdad?

El corazón de Jael casi detuvo. Gracie dejó de parecerle esa bonita chica de bucles rubios. Había oído y estudiado bastante de los hermanos O'Neill y de toda su experiencia.

Pero Gracie agitó su rostro, juguetona. —Esa soy yo. Mi hermano y yo llevamos representando a Alemania desde hace unos años —se acercó a Jael, en susurro—. La verdad es que somos de Dublín, pero el entrenador tiene raíces alemanas y nos convenció de cambiarnos de país para juntar un poquito más de dinero. Pero somos más irlandeses que el Día de San Patricio.

Jael no pudo contener una risita. El humor de Gracie O'Neill le recordó a Papá.

El taxi se detuvo frente a Maple Leaf Gardens.

—¡Una súper pista! —declaró Gracie. Jael y Olive bajaron tras ella. Insistieron en ayudar con el pago del taxi, pero Gracie pagó por su cuenta—. Cortesía de la casa —bromeó. Les había contado que ella y su hermano vivían aquí en Ontario para entrenar.

Cuanto más la oía, Jael sentía que le agradaba más. La miró mejor una vez fuera. Grace era casi tan bajita como ella, pero mucho más menuda. Eso era increíble de imaginar. Jael no podía pensar que otra chica fuera más delgada que su cuerpo que siempre le había parecido igual que un fideo sin gracia. Aunque Gracie carecía de todo menos de gracia. No tenía una elegancia o cuadratura de bailarina como la que notaba en Olive, pero había algo peculiar en su forma de moverse. Era graciosa, como un hada en medio del bosque. Y siempre que se reía, se le marcaban bien sus hoyuelos y su mentón ligeramente dividido. Sus ojos eran suaves, como el color de un prado recién nacido en el verano.

—¡Collie! —agitó la mano, yendo hacia la entrada.

Olive y Jael miraron también al muchacho que aguardaba, sentado sobre una maleta de llantitas. Sus cejas tan rubias como las de Gracie se encresparon.

—¿En dónde estabas, Gracie Amanda? ¡Nos van a descalificar!

—Mis medias se perdieron.

—Otra vez —masculló. Reparó en las otras dos. Gracie lo apuntó.

—Él es mi hermano. Collin. Yo le digo Collie en honor a nuestro primer perro. Se quedó en Dublín. Adivinen que raza era... —echó una risa, divertida por la cara enrojecida de su hermano.

—Sigue así y voy a contarles tu apodo antes de que te mejoraran tu endodoncia —Gracie se calló, pero no dejó de sonreír. Collin O'Neill se presentó. Su expresión se llenó de interés—. Qué bueno conocer ya a los nuevos alemanes de la Danza. Mi entrenador se va a poner feliz, no dejaba de hablar de ustedes. Pero vamos ya adentro. Si nos echan a todos, papá y mamá nos prohibirán regresar a Irlanda por tu culpa, Grace.

Grace se fue atrás de él, trotando con entusiasmo. —Dilo por ti, Collie. Mamá me ama más que a ti...

Jael y Olive se metieron al complejo, siguiéndolos. El coach estaba en el pasillo que llevaba a la sección de la arena. En cuanto las vio, se acercó. Olive explicó rápidamente, sin que dejaran de avanzar. Su coach no dio espacio para quejas, le pidió a Jael que precalentara, luego la pasó a la pista. Una pista inmensa. Jael recordó el Mitte Ice. La arena redonda, las gradas rodeando la pista, las luces de plafones gigantes en el domo sobre ellos. Pero esta pista estaba pintada con colores neutros, los asientos del público completamente negros. Se veía más profunda, especialmente ahora que no había personas. ¿Cómo se vería el día de la competencia? ¿Se llenaría?

Ay... Jael no tuvo tiempo de pensar. Se metió al hielo. Stephen estaba allí, haciendo calentamiento. Se le acercó, serio, frotándose las manos con guantes.

—¿Fueron a dar un tour o qué demonios, *weirdo?* Ni siquiera yo con mi estupidez he llegado tarde a una práctica.

—Lo siento... Me quedé dormida y fue mi culpa que Olive y yo tardáramos más en encontrar transporte. Y mi mochila se rompió por culpa de un autobús... Voy a tener que comprar otra... —era obvio, pero se sentía más culpable que triste por perder su mochila.

Stephen resopló: —Somos los terceros del tercer grupo. Vete a dar la vuelta de calentamiento.

Jael lo hizo. El gritito agudo de Heidi Hooligan llegó a sus oídos en algún momento. Jael la encontró entre los pocos que habían adquirido boleto para ver la práctica. Sostenía la misma lona con sus nombres y no dejaba de tomar fotografías. Jael también puso atención en el resto de competidores. Había más que en Hamburgo, la mayoría con sus atuendos deportivos de color oscuro. Gracie O'Neill era la única en destacar con esas medias moradas. Cuando sintió mucho frío en los hombros, Jael fue a tomar su suéter de franjas coloridas. Había decidió llevarlo para no ensuciar demasiado pronto su bonita chaqueta de equipo alemán. Gracie la llamó desde una esquina, subiendo los pulgares.

—¡Hacemos buen equipo!

Jael le sonrió de la misma forma. Stephen se burló. "¿Ya hiciste nuevos amigos?". Jael esperaba que sí. Los hermanos O'Neill resultaron muy distintos a lo que había esperado. Su trabajo en la pista era impecable. Incluso sin necesidad de verlos hacer su rutina entera, o con sus vestuarios, Jael podía decir que eran mucho mejores a su patinaje amateur. Cuando fue el turno de ambos hermanos, Jael vio un par de sus elevaciones. La elevación en rotación, en la que Collin levantaba a su hermana sobre su cabeza mientras giraban sin dejar de moverse a través de la pista, hizo a Jael jadear.

—¡Increíble! Eso estuvo fenomenal.

Los dos se acercaron a ellos. Collin sacudía la mano igual de curioso que su hermana.

—Ah, no es nada... Apuesto a que tú lo harías más rápido. Sus elevaciones en línea recta son muy *cool* también.

—¿"Cool"? —Steph enarcó la ceja.

—Sí, se ven bien... Tienen onda y ritmo. Nos gusta su programa celta. Se ve tan irlandés

como uno de verdad.

Eso era un halago, pero Jael notó que Stephen no lo vería de esa forma.

—¡A nosotros también nos encanta el suyo! Sería lindo aprender de ustedes. Gracie dijo que son irlandeses... Mi papá era irlandés también. El folk es muy valioso para mí. Me encantaría mejorar mis pasos con su ayuda.

—Pero tus pasos ya son muy buenos —Gracie la miró—. Y los tuyos, a veces se le acercan —contempló a Steph. Jael no podía creer que se atreviera a decir eso. Stephen frunció el ceño. Collin puso el brazo encima de la cabeza de su hermana.

—Gracie Amanda, qué bocona eres. Lo que quiso decir es que los dos se conectan.

Antes de que Stephen respondiera, el encargado de logística los llamó. Jael y él hicieron su práctica, por elementos, tal como se los indicó su coach. No era realizar toda la rutina de forma continua, sino sólo las partes técnicas que ellos eligieran. Jael volvió a sentir el entusiasmo de la pista, oyendo a Heidi gritar, unida a las vocecitas más tenues de Gracie. Aun así, pudo percibir la desconcentración de su compañero. El rostro perdido de Steph, su desbalance al hacer la elevación en línea recta. Jael tuvo que tener cuidado al descender. Prefirió no decir nada.

Los hermanos O'Neill se acercaron a ellos de nuevo. Jael se sintió abochornada, deseando que ninguno hubiera notado sus errores. Pero en realidad, sí los notaron.

—Si terminas la elevación sin bajar la cara, es más fácil mantener el equilibrio —Gracie le dijo sin más, en lo absoluto insidiosa—. Esa elevación es más fácil si "la base" espera a que tú bajes —giró a Stephen—. Tú eres "la base": podrías esperar un poco más, no creo que viole los segundos reglamentarios, ¿o sí, Collie?

—Nah, tienen buen tiempo —se concentró en Steph—. También puedes llevar tu peso para atrás. Eso ayuda a que el peso de tu compañera se equilibre con el tuyo y ya no se siente la misma tensión por el filo interno. Inténtalo.

Stephen arrugó el ceño.

—¿Acaso hice o dije algo para que creas que necesito un consejo?

—¡Stephen! —Jael lo atravesó con los ojos.

Los hermanos O'Neill no se amedrentaron. Collin agitó la mano.

—Ah, descuida, los consejos son gratis, viejo. No tienes que pedirlos ni avergonzarte por hacerlo... Y amamos la bella Inglaterra...

La boca de Steph se frunció. —Ya no soy inglés...

Collin se talló la nariz, luego se puso las manos en la cintura. Lucía amigable a pesar de llevarle unos 15 centímetros a Steph.

—En teoría ya no somos irlandeses tampoco, ¿no? —miró a su hermana—. Pero seguimos hablando gaélico, celebramos el Día de San Patricio así estemos en Dublín o no, y preferimos la cerveza guiness que la alemana. Así que... ¿quieren ir a cenar con nosotros? Conocemos un buen pub escoces en la zona.

—¡Sí, vamos! —Gracie se le unió—. Invitaremos a otros patinadores. Conocemos a todos aquí. Los van a amar —sujetó a Jael.

Jael no podía creer que pudieran olvidar el mal humor de Stephen tan fácilmente. Asintió, decidida a enmendarlo. Steph la fulminó con la mirada. Gracie y su hermano fueron a invitar a otros patinadores. La práctica había terminado.

—La competencia es mañana, *weirdo* —Stephen se desajustó las cintas, con movimientos bruscos. Jael lo miró con tranquilidad.

—Fuiste muy grosero, Steph. Y ellos han sido muy amables.

—Oh, ¿se hicieron tus mejores amigos con tan solo dos horas? ¿O es porque son

irlandeses?

Jael apretó las cejas.

—¿Viste lo buenos que son patinando, Steph? Su rutina debe ser fabulosa completa. Pero ninguno de ellos estuvo presumiendo o recalcando que, en comparación, somos unos novatos...

—Habla por ti —masculló. Jael lo ignoró.

—Conocer a personas amables es algo bueno.

—¿Personas amables? Competiremos contra ellos, mañana. No hay amabilidad en el patinaje, *weirdo.* Si crees esa tontería, es la prueba de que eres una novata...

Jael tuvo ganas de sacudirlo. ¿Siempre iba a ser el malhumorado Steph? Olive se acercó, con su mochila, cuidadosa ahora que no tenía correa para sujetarla.

—¿Lista? —la miró solo a ella. Jael sonrió. Le avisó de la invitación de los hermanos O'Neill.

—¿Te gustaría venir? —bailar folk en otro pub con Olive sería divertido.

Olive no dijo que sí inmediatamente, como esperó. Oteó a Steph.

—No puedo, lo lamento. Disfrútalo tú, Jael... Procura no llegar tarde, tienes que descansar para la competencia de mañana. Regresaré al hotel con Erwin —se alejó. Jael no pudo insistir.

Oyó la risa ácida de Steph a su espalda y la palabra que escuchaba de él desde que lo conocía. Terminó de sacarse los patines y estuvo a punto de dirigirse a las duchas. Heidi Hooligan llegó rodeando el perímetro de las gradas, gritó, justo sobre ellos.

—Querido Steph, adivina qué...

Al parecer había escuchado a Gracie y a su hermano invitando a otros. Y al parecer, también pensaba ir.

◆◆◆

Stephen estaba sentado en la cama del hotel, mirando el sobre blanco entre sus manos. Había tratado de hablar con Hope. Sin ningún condenado resultado, otra vez. O Hope había entrado en razón al fin y había decidido no dirigirle una palabra más, o algo estaba pasando. Stephen se sonrió, llamándose idiota.

Era estúpido pensar así. Hope no tenía por qué contestarle una llamada, en primer lugar. Tal vez seguía haciéndolo por pura diplomacia. Contestarle al pobre niño rico que veía vagando solo en la mansión... Por lástima. ¿Interés? Una buena suma de dinero no era tan buena razón para tolerarlo, desde luego. Stephen tenía suficiente como para pagar toda clase de compañía, luego pensaba en que no valía un solo penique y que odiaba la amistad forzada.

No, Hope no hablaba con él por ninguna de las razones que otros habían tenido. Hope lo conocía demasiado bien como para dejarse llevar por una cantidad de libras al mes. A veces Stephen pensaba que él era quien en realidad estaba pagándole a ella para convencerla de no dejarlo. Pensaba en Peter y su salud, pero no era tan idiota. O quizá sí... Ya no sabía.

Lo único que sabía era que tenía que hablar con Hope. Tenía que verla a los ojos y ver la manera de hacer una pregunta que le repugnaba cada vez que la oía de labios de Howard o su secretaria. "¿Necesitas más dinero?". Al menos Hope no era una ingrata infeliz que sería capaz de pedirle un jugoso cheque por el mero hecho de exprimirlo. Hope no era como él. Y si acaso Peter estaba mejor, y si acaso Hope no requería más libras extra por el momento, entonces, por una vez, Stephen podría hacer algo mejor a todas las porquerías que llevaba haciendo desde que tenía memoria...

Dejar de pensar en él.

“Ser el equipo que tu compañera quiere”.

Ser lo que Hope esperaba de él.

“Mejores son dos que uno, Steph. Tú eres mi amigo...”

¿Podría ser él amigo de alguien? Stephen se reía. Los únicos amigos que había tenido, antes de llegar a América y al odioso equipo de Günt, se habían quedado con él por su apellido patronímico. Y la única persona que quería llamarlo “amigo” ahora, era la persona por la que tenía que devanarse los sesos para dar el próximo paso, justo en este instante.

Stephen estaba cerca, a solo una llamada para aceptar la nueva tregua que se le proponía. Pretender que era un buen tipo no podía ser tan difícil como jugar a ser un bastardo al que no le dolía ni la peor indiferencia o las palabras crudas sobre su aspecto físico.

¿Pero eso quería decir que la novata suiza los perdonaría así de fácil? Era demasiado bueno para ser verdad.

Stephen veía otro futuro: Que incluso la suiza-lo-veo-todo-hermoso concluyera lo mismo que esa maestra.

“Nunca cambiaste, Steph. Sigues siendo la misma escoria inglesa”.

Aunque hubiera dejado Inglaterra, al grupo de Günt, su categoría como individual y su reputación... Aunque se convirtiera en alemán, patinador de Danza, aunque tuviera otro aspecto... Jamás cambiaría.

Ridículo. Jodidamente ridículo y sentimental...

¿A quién rayos le importaba si cambiaba o no? Él era Stephen Bookham, no tenía por qué cambiar. Regresaría a su vieja vida. Sería el patinador victorioso que siempre quiso. Su madre lo apreciaría. Y él mismo dejaría de despreciarse.

Escoria inglesa. Escoria inglesa. Escoria inglesa.

La vocecita no lo abandonaba. Pero era una patraña. No le importaba la opinión de otros. Menos aún la opinión de una mujer irrelevante.

Marcó el número de Hope. El sonido del buzón de espera contestó, como las últimas llamadas. Stephen no colgó esta vez. Se raspó la garganta.

—Hola, Hope... Creo que... Debes estar ocupada. Quería hablar contigo. Es, importante... Lamento quitarte el tiempo. No tardaré mucho, si no quieres... —aguardó, ladeando el sobre un par de veces. Pensó en la mochila rota que había visto junto a su valija deportiva—. En fin... Déjame un mensaje y yo te llamaré. Saludos a Pete.

Estaba terminando la llamada cuando escuchó los nudillos contra su puerta: —Querido Steph...

Maldición.

Heidi debía ser la mujer con mayor suerte del mundo por encontrar una habitación en el mismo hotel, justo en el piso inferior, en temporada media. Stephen no había tenido más de 30 minutos a solas desde que llegaron a Toronto. Heidi había llegado más rápido que ellos. “¡Mis papás me consiguieron un vuelo sin escalas!”. Stephen no dejó de maldecir su mala suerte.

Había estado tan metido en lo que el coach le obligaría a hacer, que no pudo llevar a cabo su revancha contra su maestra de danza. Las horas con Heidi no habían servido más que para probarle que odiaba tener demasiado cerca a una mujer que quería tocarlo tanto como él quería enviarla lejos. Debía sentirse orgulloso; las fotos en instagram y las contribuciones tendrían su mejor venta desde antes de su incidente golpeando a ese juez.

Heidi lo saludó, vestida en otro conjunto de buenos jeans, blusa de chiffon translucido, joyería y zapatos altos. Otros jodidos zapatos altos. ¿Cuál era el afán de parecer una tubería vertical y dejarlo a él como un corcho?

—Qué emocionante, Steph... Iremos juntos a pasear por Toronto. ¿Sería como nuestra primera cita? Ooh, lo ocultaré de las chicas. No quiero que se sientan "robadas". Todas te quieren igual que yo... —lo tomó del brazo y lo besó.

Stephen quería desistir otra vez. Ir a un pub irlandés de Canadá era más tonto que ir a un pub irlandés de Alemania. Pero Heidi había aceptado igual que su compañera suiza, en su nombre. Para colmo, el coach no se había negado. "Cuida de tu compañera...". Oh. Stephen entendía la treta. Más tiempo con la buena suiza, más razones para actuar como el coach quería. ¿De verdad lo creía un tipo tan sensible?

Fueron rumbo al ascensor. Heidi seguía canturreando su emoción, lo bien que patinaban, lo atractivo que era él en su ropa deportiva. Las puertas del elevador se abrieron, con sólo un pasajero. Stephen retrocedió sin notarlo. Su maestra de baile apenas pareció sorprendida y en cuanto se topó con sus ojos, miró a otro lado con desdén.

Dio un paso largo para dejarlos, sin decir nada. Stephen recordó su misión.

—¿Te vas a perder el show de danza irlandesa con los rivales, profesora?

Su maestra se detuvo. —No es una competencia esta noche. Grace O'Neill y su hermano son buenos chicos. Sólo es una velada por diversión.

—Adorable, maestra... Igual a *weirdo.*

Sonrió al ver el efecto que consiguió en sus ojos. Su mirada jade resplandeció, pero se apagó de nuevo. Esbozó una sonrisa protocolaria.

—Disfruten la velada. ¿Por qué no tratas de no arruinarla para los demás? Sé que eres muy bueno en eso... Buenas noches.

Se marchó. Steph tuvo que sostener el improperio entre sus dientes. Oyó a Heidi susurrar. "Qué mujer tan desagradable...". Stephen quiso gritarle a ella también. Se contuvo, caminando con la cabeza agachada y las cejas unidas. Tomaron un auto privado para llegar al bar-pub en un área del Centro de Toronto. La ciudad bullía de gente y luz, incluso si no era fin de semana. Su compañera suiza estaba allí, hablando amenamente con los mismos chicos irlandeses. A ella no le costaba trabajo encajar, pero su círculo era la clase de personas que nunca querrían pasarlo con alguien como él.

La música folk le revolvió las entrañas. Dejó que los otros chicos se acercaran a Heidi para hacer propuestas de baile. Odió que no se marchara con ninguno. ¿Qué esperaba? ¿Su mano para llevarla e ir a mover los pies como un gnomo? Heidi ni siquiera sabía una nota de folk celta.

—¡Steph, ven a bailar! —su compañera suiza agitó la mano, dentro del pequeño espacio de baile. Los hermanos de cara pecosa también daban pasos, junto a otros patinadores a los que Steph no había saludado. Muy buenos pasos.

Este no era su ambiente. Estos no eran los patinadores que debería frecuentar... Oteó el lugar entero. Un pub de dos plantas, con terraza, escenario en el medio, barra circular al frente y mesas largas en lugar de redondas. Stephen oía el ritmo de tambores y flautines, golpeándole el pecho. Algo cosquilleaba en sus piernas, repulsivo.

"Respóndele a la música".

Soltó un gruñidito. ¿A quién iba a responderle? Sólo estaba él, una mujer que lo adoraba como si fuera oro, y su compañera suiza, brincoteando como un conejo, sin nada de qué preocuparse. Su felicidad era ridícula. Usaba los mismos vaqueros de todas sus salidas. Stephen ya conocía todo su armario, porque repetía su ropa como si fuera un retrato. Para los eventos especiales este era su conjunto. Las manchas en los jeans se estaban fijando y no tenía nada especialmente particular en su blusa de cuadros rojos y oscuros. Pero encajaba. Con toda esa música alegre. Era feliz. Aunque sólo tuviera este momento y a ellos.

“El equipo que ella quiere, Stephen”.

Jódete, coach... Jódete por proponer esto.

La ronda de música terminó. Los bailarines fueron a sus mesas. Su compañera vino a sentarse. Stephen oyó su suspiro, ella se quitó el sudor de la frente.

—Te vas a joder las piernas como el coach si sigues así, *weirdo...*

Su compañera entrecerró los ojos, bebiendo de su jugo con hielo. Compartió unas palabras con la chica O’Neill, en alemán fluido. Después de reír, su compañera lo miró.

—Deberías bailar... O tú, Heidi.

Heidi se enderezó, estaba aburrida desde que llegaron.

—Yo sólo bailo lo que Steph baila.

—Pues a Steph comenzaba a gustarle el folk irlandés. O eso pensé... —lo miró, analítica —. Yo te vi bailando muy animado el día de mi fiesta.

—Te hacía un favor, *weirdo.* Pero hoy no cumples años...

Su compañera hizo una mueca.

—Como si creyera que Stephen Bookham me va a hacer un favor a mí.

Steph hizo un ademán burlón.

—Ya estás aprendiendo a conocerme, *weirdo.* Arruínate las piernas tú sola, con todos tus amiguitos.

—Tú eres mi “amiguito” —le sonrió.

Él alejó los ojos hacia su cerveza. Fue todo. Stephen esperó que entendiera el mensaje y se marchara. La escuchó suspirar otra vez. La chica-ricitos-de-oro regresó por ella.

—Qué mal que no vino el coach ni Olive... —susurró su compañera antes de irse—. Creo que ella es la única que puede hacerte bailar, Steph.

Se fue brincoteando desde que salió de la banca. Steph no alcanzó a exigir que se explicara. ¡Nadie lo obligaba a hacer nada! Ni siquiera Olive Bariut.

Alguien sugirió que sería mejor regresar al hotel. Su compañera entró en una pieza al elevador, riendo con los otros como si ya fueran un grupo de amigos cercanos. Le hablaban de Irlanda y el patinaje de Danza sobre hielo; nada que él quisiera escuchar. Oyó su despedida, luego la de Heidi. Cuatro cervezas le habían dado el valor de ir un poco más lejos que un beso cargado. Conoció una nueva clase de auto desprecio cuando Heidi se fue, de puntillas, hacia su habitación.

Stephen se recargó sobre sus manos, sentado en el sillón de lectura de la esquina. Se apretó el cabello de la frente, luego la cara. El sobre blanco titiló ante sus ojos, como toda la velada, los últimos días, su noche en el club de jazz.

¿Por qué estaba pensando en esto justo hoy? ¿Por qué estaba quemándole por dentro...?

¿Por qué estaba viendo a su madre y a cada uno de esos sujetos, desfilando hasta su habitación, todos obteniendo su atención para no dejar ningún llamado para él? Nada, nunca, para él.

Y ahora sólo era...

Una escoria inglesa.

—Mierda.

Sujetó el Iphone. Buscó el número del coach en su pantalla. Eran casi las 2 am. Daba igual.

—¿Quieres el sobre de *weirdo,* coach? —masculló para sí mismo—. Voy a dártelo ahora... Acabemos con esto.

Una llamada interrumpió su dedo antes de acceder al número de su entrenador. Stephen

sintió una agitación.

Hope.

Su esperanza. Con sólo oírla sabría si hacía lo correcto. Aunque ese concepto fuera tan escaso en su vocabulario, tan ambiguo en su vida...

—Hola, Ho... —inhaló, aliviado. Pero todo volvió a revolverse al escucharla llorar—. ¿Hope?

La voz sencilla y maternal era una contundente nota aguda.

—*Joven Alexander... Siento mucho llamar así...* —trató de controlarse—. *Pero... ocurrió algo terrible...*

◆◆◆

Olive se quedó sobre el alfeizar acolchado de su ventana, mirando el paisaje nocturno. Podía imaginar los ruidos de la ciudad, con todas sus risas y tristezas. Esperaba que Jael y sus amigos estuvieran llegando ya, que su desvelo no los afectara mucho. La nueva competencia no podía ser tan difícil. Y después de su primer lugar en Hamburgo Olive se sentía confiada.

Eran un buen equipo. Al menos, en parte. Olive también había visto a Erwin más confiado. Lo recordaba un tanto más ofuscado al inicio del mes, por todos esos asuntos de cambiar de pista en Berlín y los detalles del vestuario. Aunque no era un hombre muy conversador, parecía más tranquilo. Jael también parecía mejor. No había dejado de sonreír desde Hamburgo. Le agradecía a su dios por todos sus triunfos y amaba a su equipo como su fueran su familia. La había llamado su mejor amiga. Olive sentía lo mismo. Nunca había tenido hermanas. Jael le hacía pensar en lo que hubiera sido tener una. Una hermana pequeña a la que cuidar, capaz de llenarla de su alegría pura.

Y Stephen...

Stephen Bookham podía irse al hondo abismo londinense de donde no debió salir nunca. Qué difícil se hacía el viaje. Y qué contradictorio. Por un lado, la felicidad de ver a sus estudiantes competir y ganar, contagiarse de sus esfuerzos y ser parte de sus logros. Pero por otro, el deseo de que fracasaran, que sólo uno de ellos fuera derribado y no se levantara más. Una sola mirada a la expresión veleidosa de Stephen Bookham y Olive sentía la misma añoranza: que cayera en su propia arrogancia.

Pero era imposible esperar que eso se cumpliera. El fracaso de Steph era el fracaso de todo el equipo. Olive tendría que soportar el triunfo de sus patinadores, y soportar que Stephen se regodeara de ello. Tendría que tolerar sus pavoneos con su novia pelirroja mientras oía la misma frase. *No vales la pena.*

Olive se sintió como una tonta por llorar otra vez, por recordar los días de escuela, las burlas, el miedo al día de molestar a los migrantes, las comidas dentro del cubículo de baño. Todo lo que tuvo que hacer y callar para pasar otro día de escuela, rumbo a la universidad.

Necesitaba música, una dosis concentrada de melodías suaves para estirar hasta el último sentimiento y entonces otra porción de ritmos potentes que le ayudaran a aplastar hasta el último gramo de ellos. Pero estaba aquí, sola, frente a la ventana y la noche oscura invadida de la luz artificial de Canadá.

Su voz surgió desde alguna parte. Antes de percibirlo, estaba cantando suavemente una de sus piezas favoritas de Chaplin. *Smile*.

"Aunque te duela el corazón,
aunque se te esté rompiendo en dos,

aun así haya nubes en el cielo,
no importa, tú sólo sonríe..."

Su voz se apagó, con los últimos versos, y ella se quedó allí, con la sien apoyada en el cristal. Pudo dormir, mucho mejor, recordándose el camino que la música había labrado para ella. Seguiría allí por el mismo sonido que se mantenía guiándola e ignoraría las voces ajenas, el rencor que tenía que aprender a dejar.

Cuando se levantó, sentía sus oídos abiertos otra vez. Tarareó varias canciones mientras acababa de arreglarse. Desayunó con Jael, tan despierta y animada como ella. Olive no percibió nerviosismo, sólo convicción. Qué bello tener amigos que podían propiciar a pensar lo mejor. Erwin se unió a ellas al mediodía. Todo estaba listo. La competencia empezaría a las 4. Primero parejas de Danza, luego los individuales femeninos. Se decidirían quienes irían al programa largo.

—Sólo hay 15 lugares. Son 19 parejas en total —les comentó. Incluso si Stephen no había llegado aún, Olive no sintió apuró alguno.

—Calificarán. Estoy segura...

Erwin esbozó la misma confianza. Aguardaron, listos en la recepción. Erwin recibió una llamada. Regresó con ellas, serio.

—Stephen nos verá en el Maple Leaf.

Jael preguntó por qué. Erwin no explicó, podría ser que tampoco lo supiera.

La pista estaba atiborrada. Había sonido de micrófono en las gradas, público a la espera. Las mismas parejas de Danza preparándose, desfilando para calentar o para ir a ponerse sus atuendos. Olive ayudó a Jael con su vestuario. Siempre disfrutaría peinar su largo cabello del color de la aceituna oscura. La maquilló y arregló los detalles de su atuendo.

Fue tras ella, hasta el mismo salón de espera. Stephen estaba encorvado, sujetándose los patines. Jael se acercó a saludarlo.

—¡Steph, qué bueno que llegaste! —su voz animada se redujo. Ambas lo miraron bien.

Stephen desdeñó el saludo, alzándose de hombros.

—Es obvio que iba a venir, *weirdo*...

Siguió con lo suyo.

Olive iba a hacer caso al mismo sentimiento de desprecio, pero no pudo apartar la vista. Algo en el tono más débil la consternó, la cara gacha que no se levantó a enfrentarlas.

Olive sintió que regresaban a Berlín, a su salón de STEPS. Su salón de baile al que ya no volvería... Ese salón. Y los ojos huyendo de su inspección, la coraza negándose a la música. El miedo. Stephen Bookham ante ella. El verdadero Stephen.

Escucha...

No. No iba a escuchar. Se juró no escucharlo más. Pero sus oídos estaban abiertos hoy, como pocas veces, y a cada movimiento, a cada mínimo vistazo a sus ojos oscuros demasiado hundidos, Olive oía. Algo malo pasaba. Algo que los otros sólo iban a ver como un momento de mala actitud. La horrenda personalidad del patinador inglés. Pero ella podía ver más...

Escucha.

¡No, ya no quiero!

Miró a otro lado, atenta a los demás. Ese era su trabajo. Dirigir. A todo el equipo. No había acepciones, ni consideraciones por quienes no lo merecían. Sus patinadores pasaron a la fila de su grupo. Olive tomó las chaquetas deportivas, Erwin las guardas de patines.

La vocecita de Jael llegó a sus oídos. “¿Steph, te sientes mal?”.

Ya no pudo evitar mirar. El gesto ensombrecido fue más claro y todo lo demás que había querido ignorar. *No es nada.* Se convenció. *No es mi asunto, sólo deben presentarse.* Profesionalismo. Agilidad. Talento. Contaban con todo eso. Pero...

Fueron presentados. Erwin y ella los miraron, desde su posición al otro lado del muro de contención. La multitud canadiense aplaudió ante sus nombres. Jael era una linda bailarina, el sujeto detrás era un mero acompañante. Los ojos de Olive se clavaron en él. Stephen no miraba, no oía, se estaba escondiendo. Olive tuvo pánico. ¿Tenía que decirle a Erwin que ese era el Stephen Bookham de su clase de baile particular, que no estaba prestando atención a su rutina? La música comenzó. Era tarde. Debía esperar, podría ser sólo su imaginación.

La música alegre fluyó, con nadie más que Jael siguiendo el paso. Entonces vinieron los molinetes, lentos, más lentos que cualquier práctica. Erwin miró a su cronometro.

—Están atrasados...

Olive se sujetó el pecho. La parte cúspide de la rutina folk: una elevación en línea recta. Jael hizo el movimiento, sus rodillas sobre los muslos masculinos para que ella alzara las manos apoyada por la fuerza de la melodía.

Un trompicón. El filo interno de Stephen perdiéndose. Las manos soltando las piernas de Jael. El cuerpecillo cayendo, seguido por otro. De cara contra el hielo.

La multitud emitiendo una exhalación de miedo.

El silencio llenó el auditorio. Aunque la música continuara corriendo, sus bailarines habían caído.

Los años sin retorno III

Berna | Febrero, 2002

Erwin salió de la escuela, despidiéndose con la mano de sus compañeros y el prefecto de la entrada. Comió en el departamento y pudo tomarse 20 minutos de descanso, antes de cambiarse el uniforme del colegio por ropa más deportiva. Tomó el metro para ir al Centro bernés.

Papá lo llamó por teléfono antes de que entrara al complejo de hockey. Le preguntó por su mañana, Erwin resumió: Nada muy interesante, los avisos de los exámenes finales, la preparación previa para postularse a secundarias según sus aptitudes. Papá y él habían hablado de eso un par de veces.

—¿Y tú?

En América sería de madrugada, seguramente. Papá no dejaba de llamarlo a pesar de todo.

—Bien. Llegamos a DC en la noche. Tendremos la presentación, después iremos a San Francisco. Brian es un agente muy activo… —se rio.

Erwin había podido conocer al nuevo agente literario de Papá. Era mucho más conversador que el anterior. De hecho, Erwin no había conocido al otro siquiera. Brian Weslen se interesaba de forma más personal por sus autores. Y hablaba mucho de Dios. Su editorial principal había iniciado una nueva línea de libros de corte espiritual y litúrgico en Canadá y Estados Unidos, pero habían extendido el mercado a Europa y a nuevos idiomas. Papá fue uno de sus primeros candidatos. Su última novela había tenido buena aceptación en Berna, luego en otras áreas de Suiza. Lo curioso era que Brian había optado por traducir la obra al inglés y hacer promoción en Estados Unidos, antes de continuar con la promoción en el idioma original. La publicidad en Alemania vendría después, les prometió.

Al principio, Papá no quería irse, especialmente porque no deseaba dejarlo solo. Pero Erwin había visto su entusiasmado ante su última historia. “La más personal que he tenido”. Sería más que una novela histórica, sería un postulado de su nueva perspectiva, del cambio que Erwin veía en él desde que Mamá se había ido. Al final, fue Erwin quien lo convenció de que estaría bien. Conocía suficiente Berna para estar por su cuenta quince días.

—¿Algo nuevo con el patinaje?

Erwin se detuvo el celular con el hombro, abrochándose las cintas.

—No desde ayer, Papá. Aunque Herr Dalh me dijo otra vez que pensara eso de representar Berna en los nacionales…

—Él ve tu talento, hijo.

—No tengo ningún talento… Sólo me lo dice porque soy el único patinador que no ha renunciado del club en un año —resopló—. Prefiero concentrarme en la escuela. Decidir a qué área ir a la universidad y todo eso…

—Todavía hay tiempo. Te gusta el patinaje, ¿verdad? No está mal intentar algo nuevo…

Erwin hizo una mueca. Sabía que Papá lo alentaría a hacer cualquier cosa que él quisiera. Incluso si no tenía mucho sentido. Seguir pagando una cuota en un club de hockey donde él era el único patinador individual constante, lo demostraba. Pero a Erwin le gustaba patinar por Mamá; Papá conocía sus razones y quizá por eso lo apoyaba.

—Sólo es una idea esporádica, Papá… Se le va a pasar, si llega otro patinador. No quiero cambiar las razones por las que hago esto.

Papá no lo recriminó. Le dijo que tuviera cuidado en los entrenamientos. *“Siempre me alegra escucharte, hijo”.* Se despidieron. Erwin se metió al hielo. La pista estaba acondicionada

para los juegos o entrenamientos de hockey, pero era amplia y mucho mejor que la pista recreativa de Wengen. Por supuesto que, nunca sería tan especial como la del pequeño manantial sobre la montaña.

Hizo su entrenamiento. Herr Dahl llegaba hasta las 5, su horario oficial en realidad. Erwin solía llegar más temprano para estar por su cuenta al menos una hora. Hoy era uno de la triste docena de patinadores que rentaban la pista. No muchos querían meterse al hielo justo en el invierno. Erwin llevaba un pulover y chaqueta, guantes y pantalones deportivos gruesos; pero no se acobardaba.

Se dejó llevar por los movimientos que su entrenador le había enseñado, más prolijos después de los meses. Siempre pensaba en Mamá. Ella no tenía ninguna de estas patinadas experimentadas, pero andaba por el hielo como si el lago congelado y toda la natura alrededor fueran sus amigos. Cuando patinaba, Erwin creía que podía entender un poco de ese sentimiento, que cuanto más aprendía del hielo, más la entendía a ella.

Herr Dahl llegó y tuvo que hacer ejercicios básicos. Con menos de dos años aquí, Erwin ya sabía movimientos en reversa, cuclillas y de perfil, además de filo interno en cualquier posición. Herr Dahl le había enseñado a hacer saltos en tierra firme. Erwin los había aprendido solo para poder presumirle a August por teléfono. Eso había implicado el incremento de sus horas de entrenamiento. Del patinaje recreativo, pasó a uno mucho más comprometido, sin preveerlo. Ahora pasaba al menos 4 horas entrenando, cada tarde después de la escuela. El beneficio era que su colegio apoyaba al deporte amateur, por lo que sus cuotas se redujeron. La oportunidad de quedar en una buena secundaria también crecería.

—Practica tus triples, Erwin.

Había aprendido a agregar un giro a sus saltos. No había sido tan duro. Sólo tenía que incrementar la potencia de su salida. Después de conseguirlo en tierra firme, seguía perfeccionándolo en el hielo. Erwin ya podía ejercer triples en todos los saltos con asistencia de un pie: *salchow, toe-loop, flip*. Seguía tratando con los *loop* y los *axel*. Los lutz nunca serían su fuerte.

Cayó otro doble axel en un pie fijo, dio un pequeño euler para equilibrar, luego repitió un *triple salchow* y un *doble toe-loop*. Era divertido ver hasta dónde podría seguir sin sentir el aliento demasiado cortado. Iba a intentar uno más, pero su pie izquierdo de desequilibró. Herr Dahl lo llamó. Ambos inspeccionaron su patín.

—Tus patines se ven bastante desgastados, Erwin.

Erwin sabía qué significaba.

—Es la cuchilla, señor. La llevaré a afilar.

—Ya la llevaste. Dos veces, en un mes. Necesitarás nuevos… Es lo que necesita un profesional si quiere ser mejor.

Allá iba… Erwin contuvo un suspiro.

—Sólo entreno por diversión, señor.

—Podrías ser mejor que eso. Ya hay otro suizo haciendo historia en el patinaje… Pero sólo es uno. Este país necesita más patinadores. Tú podrías llegar lejos.

—No es lo que quiero.

—¿Cómo estás seguro? Deberías intentar. Si te decidieras a ir a los nacionales...

—Debo concentrarme en la escuela. Quiero estudiar, señor. Ir a la universidad.

—Nadie dice que dejarás de hacerlo si te conviertes en patinador.

Erwin suspiro esta vez. Sonrió, ocultando su fastidio.

—Agradezco su interés, señor. También mi papá. Pero, tenemos otros planes…

Herr Dahl no persistió, esta tarde. Erwin encontró un folleto de las Olimpiadas que serían este año en Lillehammer. Era ridículo pensar en olímpicos sin ninguna trayectoria previa, pero Erwin entendía el mensaje. “Hasta este punto podrías llegar”. No objetó con su entrenador por eso, pero tampoco pudo sacarse la idea de la cabeza. No era que creyera en el argumento de contar con “talento”. Sin nadie como compañero, Erwin no tenía con quién comparar lo que hacía. Para él solo eran formas de disfrutar el tiempo y recordar a Mamá, no tenía nada de extraordinario.

Por otra parte, estaba la idea de poder hacer esto, disfrutar del hielo a otros niveles. Hasta ahora, Erwin no iba más lejos de los entrenamientos y movimientos técnicos, cuando estaba solo era el único momento en el que podía hacer algo más improvisado. ¿Podría combinar ambas cosas en una sola? Había visto las rutinas de los patinadores profesionales que su entrenador mencionaba, a veces con bastante insistencia. Era técnica y coreografía a la vez. Deporte y arte en un solo escenario. Era llamativo, similar a lo que Mamá representaba para él. Fuerza y belleza.

Pero no significaba que él podría hacer algo como eso. ¿O sí? Erwin imaginaba las canciones que podría representar. Algo de música francesa de los 80’s que a Mamá y Papá les gustaba oír. Tal vez, *La Bohemme* de Françoise Hardy… O algo de Bach que Papá oía cuando escribía. ¿Se podía representar una canción simplemente o podía actuarse con una historia, igual que la danza o el ballet? Erwin no tenía idea.

Quiso averiguarlo una tarde. Los celulares más novedosos contaban con reproductor de música. Erwin podía escuchar canciones mientras hacía calentamiento general, antes de pasar a los giros más complejos. Sólo debía tener cuidado con los audífonos para que no salieran disparados en medio de algún movimiento. Se deslizó, solo en la pista. Afuera había nevado y el único usuario sería él, antes de la llegada del equipo de hockey local. Erwin se dejó llevar por la canción de Paul Van Dyk en su celular.

Una nota más aguda entró en medio de la melodía y él saltó. Hizo la misma combinación de axel-salchow-toe que había tratado antes. Cuando aterrizó, sin caerse, sonrió, emocionado. Hizo un filo interno, a la espera de otro aumento en la canción electrónica. Buscó la mejor posición y saltó. Aumentó un giro para su *axel*. Triple. Tres y media vueltas. Cayó con el filo equivocado del patín, y se tambaleó. Atinó el otro pie antes de caerse, la música cesó de pronto. Sus audífonos habían volado. Suerte que no lo golpearon ni se llevaron su celular con ellos.

Un golpe de palmas lo interrumpió. Erwin giró hacia la entrada de la barra de contención. El mismo hombre siguió su aplauso, se acercó, sin patines, hacia él.

—Tienes una cuchilla floja, hijo —apuntó a su pie izquierdo. Erwin dijo que lo sabía—. Deberías cambiar tus patines.

Erwin suspiró: —Me gustan estos patines.

—No me digas… Son tus primeros patines.

Su acento rudo no era de ninguna parte de Suiza que él hubiera visitado con su padre. Asintió.

—Así es, señor.

—Eres emocional. Como muchos de los mejores patinadores… —Erwin se preguntó si estaba burlándose. El hombre lo analizó con mejor detalle. Erwin iba a sentirse cohibido, pero se atrevió a regresarle el gesto.

Fue más curiosidad que otra cosa. El aspecto del hombre tampoco era el de un germanohablante común. Era muy alto, de piel bronceada, cabello oscuro y enroscado, pegado a su cráneo casi resurado. Sus ojos eran tan marrones como la madera de la cabaña en Wengen.

—¿Te han dicho que eres bueno patinando?

Erwin apretó los labios. Pero negó. —No, señor.

—Pues lo eres. Bastante bueno.

Erwin no contestó. Se disculpó para ir en búsqueda de sus audífonos. El hombre lo siguió. Erwin fingió que se concentraba exclusivamente en los auriculares. Farfulló; los cables se habían roto.

—¿Desde cuándo patinas?

—Sólo llevo dos años aquí, señor.

—¿Y nada más? —Erwin se encogió de hombros. El hombre se apretó el mentón—. Curioso, hijo… Acabas de hacerme considerar un viejo tabú que jamás he creído: El talento innato. Siempre he creido que el éxito se consigue por el trabajo arduo, sin considerar los dones naturales. Pero te veo y algo me dice que tú tienes más del segundo y nada del primero.

—Entreno 4 horas, señor.

—Lo mismo que entrena un junior que no se toma en serio su trabajo.

Erwin no respondió. Guardó sus audífonos rotos en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué aspiraciones tienes, hijo? —Erwin lo soslayó—. Sí, ya sabes… Carrera, tu futuro, familia, etcétera, etcétera…

—Quiero ir a la universidad.

—¿Carrera?

—Ciencias exactas… Comunicación… No me he decidido.

—Excelente… ¿Y luego?

Erwin se quedó callado, mirándolo sin entender.

—Pues, luego seré profesionista en lo que estudie, señor.

El hombre asentía. Pero entonces lo miró, retadoramente.

—¿Y luego?

¿Era una broma? Erwin nunca se había sentido tan atemorizado por una persona. ¿O era la pregunta la razón para estar asustado? ¿Era tan poca cosa el plan de graduarse de la universidad y dedicarse a trabajar? Por primera vez, Erwin vio su propósito ante él. Había sido atractivo cuando llegó a Berna y lo único que debía hacer era adaptarse a la nueva ciudad y su rutina, sin causarle muchos problemas a Papá. Ahora estaba asentado, terminaría pronto la escuela básica, pero el futuro era más amplio de lo que él se había planteado.

El hombre esbozó una mueca burlona, como si hubiera descubierto sus pensamientos.

—¿No te gustaría hacer algo que muy pocos pueden hacer, especialmente en este país?

—Patino por diversión, señor. No quiero que nada en eso cambie.

Fue tan tajante como no lo había sido con Herr Dahl.

—Eso es perfecto, hijo… Y es lo que más necesita todo aquel que se dedica a este deporte. Vas a necesitarlo cuando pasen las horas amenas y comiencen los estragos de los entrenamientos de 6 horas en hielo puro y otras 3 en plataforma fija.

—¿Está dando por hecho que seré patinador?

No le gustó su arrogancia. El hombre puso una mano en su hombro.

—Estoy dando por hecho que ese granuja de Domsonh Dahl tuvo razón…

—¿Conoce a mi entrenador?

—Más que eso, hijo. Fuimos compañeros un tiempo, un tiempo muy lejano si soy honesto. Puedo hablarte un poco de eso y de otras importantes ideas que tengo, en unas horas, después de que termines tu entrenamiento con él.

Erwin no estaba muy seguro de aceptar o no. ¿Qué podía perder? Le informó de su

horario de salida. El hombre prometió esperar en las gradas del público.

—Me servirá estudiar más de tu habilidad innata, como lo llamó Domsonh por teléfono…

—No creo contar con algo así —se subió de hombros, incómodo.

—Yo decidiré eso, hijo —se despidió. Herr Dahl estaba por entrar. Erwin los vio hablarse, mirarlo de vez en vez.

Herr Dahl estaba realmente feliz cuando se acercó a Erwin.

—Me alegra que conocieras a mi viejo amigo. Lo invité a pasar una semana en Berna. Su agenda de trabajo se cruzó por Suiza, fue algo muy afortunado.

Erwin ya no se molestó por las artimañas de su entrenador.

—¿A qué se dedica?

—Era patinador… Pero se retiró, hace unos 10 años. Inició un nuevo proyecto. Es entrenador de nuevas figuras del patinaje, jóvenes talentos que él quiere pulir con el estilo y la técnica de sus viejos años. Ganó unos Juegos de Invierno, representando a Alemania.

Erwin no ocultó su sorpresa. No esperaba esa clase de personas en su propio círculo. Se sintió avergonzado por no haber reconocido a una figura tan importante.

—¿Cómo se llama, señor? Olvidé preguntarle.

Buscaría sobre él en la computadora de Papá o en algún archivo de la Biblioteca. Su entrenador sonrió con mayor petulancia.

—Se llama Igor Günt, Erwin.

Equipo Alemania

Capítulo 3

Caer y...

Canadá, 2019 | *Autumn Classic Skating*

Entró a la habitación tras llamar a la puerta y oír que él aceptaba en respuesta. Stephen le dedicó una mirada rápida al cuarto, la maleta lista junto a los sillones de lectura, la cama amplia, los arreglos de alfombras, lámparas y cortinas bien elegantes como el suyo en este hotel.

Se dio cuenta cuándo el coach miró al reloj del buró de cama; faltaba poco para irse. Debían terminar esto ahora. Se mordió las mejillas. El labio y mentón inflamados le ardieron, todavía punzaba el golpe en sus rodillas. Metió las manos a los bolsillos de su chaqueta, el sobre blanco se arrugó entre sus dedos.

—Tomé una decisión, coach...

Lo vio subir la cabeza, como preparándose.

—Supongo que lo que pasó en la pista te ayudó a decidirte —atajó.

Stephen casi saboreó la sangre otra vez en su lengua. Dejó de apretar la quijada para hablar.

—Sí, algo así...

◆◆◆

Días antes...

Erwin se dejó llevar.

Soportó las miradas fisgonas que de vez en vez iban hacia donde Olive y él decidieron sentarse, durante la comida para líderes de coaching del *Autum Classic Skating*. Podía intuir lo que estarían pensando.

“Miren, el patinador retirado regresó...”. Después de jurar que jamás volvería. Por un diagnóstico fatal.

“¿Dónde dejaste la silla de ruedas...?”. Adam Azwhole le había enviado tantos correos electrónicos en aquellos días, hasta obligarlo a no revisar más su bandeja de entrada. “¿Se está recuperando bien, señor Schmidt?”. Erwin no había necesitado preguntar de dónde habían surgido los jugosos reportajes de su tiempo fuera. La Unión de Patinaje tampoco estaba libre de responsabilidad. Pero ahora estaba aquí, sentado, degustando la comida que la UIP y el Comité canadiense le regalaban.

Al Fracasado sin futuro...

Las miradas continuaron entre saludos corteses o preguntas protocolarias sobre su nuevo equipo. A diferencia de Hamburgo, aquí había coaches con trayectoria superior a los 10 años, algunos portaban medallas de sus propias carreras como patinadores. Sin embargo, ninguno

ostentaba dos récords mundiales continuos, ni el salto más complejo del patinaje... Ni una placa en la rodilla y otros títulos peores.

Erwin sintió que le sudaban los dedos. Bajó las manos de la mesa. La entrenadora de dos chicos de categoría individual preguntó algo a Olive y ella contestó con simpleza. Erwin dio otro vistazo general a las otras mesas. La comida se había servido dentro de uno de los salones de eventos del Royal Palace Hotel de Toronto. El banquete de clausura estaba pensado para organizarse aquí mismo también. Se vería mejor bajo un ambiente de luces y música más juvenil, quizás. Ya no lo sabía. Su último banquete había sido mucho tiempo atrás. Y no se sentía con ánimo de repetirlo ahora.

—Coach Erwin...

Volvió su atención a la mesa. Olive señaló a la mujer al otro lado. “La señorita Marina estaba felicitándonos por el primer lugar de Hamburgo”.

Erwin aceptó las felicitaciones, igual a las del resto. No estaba seguro de tener algún mérito en todo esto. Alguien mencionó que su experiencia pasada se connotaría en su nuevo equipo. Erwin no quiso decir que eso era lo que menos quería: sus experiencias en ellos.

El almuerzo terminó. Seguiría una conferencia para oficializar el evento ante la prensa y dar los detalles nimios para la competencia. Erwin tenía que quedarse. Olive se despidió; no hacía falta que todos los lideres de equipo permanecieran allí.

—Veré si Jael está mejor —indicó. Erwin agradeció. No había sido una buena idea ceder una de sus pastillas para el sueño a una muchacha de menor altura y condición. Esperaba que el efecto no permaneciera por más de 24 horas. Lo había ayudado a descubrir algo, al menos...

—Gracias. Estaré ocupado. Probablemente los vea hasta mañana en el Maple Leaf, ¿de acuerdo?

Olive se marchó y él continuó con el programa.

Erwin tomó una silla en una de las filas alejadas del presídium y de la fila de periodistas. Vislumbró chalecos de prensa local y algunos medios americanos; nadie conocido, hasta el momento. Repasó los rostros que no había visto bien durante el almuerzo. Aunque conocía la lista de participantes de este campeonato, se negaba a confiarse demasiado. Pero todos eran las mismas personas, ajenas a su círculo. Erwin sabía que sus verdaderos problemas comenzarían sólo hasta el *Skate America*, la siguiente semana.

La conferencia de prensa iba a terminar. El secretario del Comité canadiense de patinaje dedicó unas últimas palabras de esmero a todos, enseguida ofreció a dar la bienvenida a los representantes de los equipos que apenas iniciaban en el medio. Erwin tuvo que soportar otra serie de miradas cuando le pidieron ponerse en pie.

—Bienvenido, Coach Schmidt. A usted y a su equipo.

Saludó en silencio. Expusieron a otros dos coaches nuevos en el giro. Luego se sentaron. Las personas desfilaron a la salida. Erwin caminó lento, evitando la aglomeración en el pasillo. La punzada en sus rodillas que le anunciaba un dolor más conciso estaba comenzando. Tenía que descansar.

Un rostro conocido se atravesó en su camino hacia los ascensores. Stephan Jodorowski.

—Qué placer encontrarlo aquí, coach Erwin —apretó fuerte su mano. Erwin ocultó el desconsuelo.

—Lo mismo digo, Stephan.

—¿Qué le pareció el almuerzo?

Erwin hizo un pequeño gesto. Stephan sonrió, socarrón.

—¿Ostentoso? La verdad es que el Comité pidió mi ayuda esta vez para la logística.

Como saben que somos algo así como anfitriones de la competencia, se aprovecharon —se rio—. No les diga que lo admití. Me acostumbré a venir a este hotel cuando era patinador con mi esposa y se lo sugerí al Comité por eso. Así que, disculpe si es algo elegante.

—Lo encuentro perfecto, en realidad. Tiene buena vista al mar, hay mucho acceso a las avenidas... Había visitado otros hoteles por esta zona, pero este resulta muy agradable.

—¿En serio? Me alegra saberlo... Insisto mucho al Comité ampliar los condados para las sedes del *Skate Canada* y el *Autumn Classic Skating*, salir de Québec y Vancover, usted me entiende. Pero siempre hemos de llegar a los mismos puntos. Canadá es mucho más grande que unos estados, y muy variado.

—Lo sé. He tenido oportunidad de conocerlo un poco más a fondo —terminó, sin decir más. Stephan no preguntó.

Caminaron hacia los ascensores, Erwin agradeció que no lo desviara de su camino. Stephan pulsó el botón de subida.

—Me dará gusto ver a sus chicos, Erwin. Los vi competir en Hamburgo. Qué buenos son... Y buenos temas. Tienen un aire juvenil y encantador, la chica principalmente. Debió elegirla por eso, me atrevo a decirlo —hizo un gesto de complicidad—. Oí a muchos colegas decir que sería imposible que Stephen Bookham hiciera lo que la UIP estaba solicitando... Un buen baile irlandés. Pero obviamente ellos desconocen algo que los entrenadores de Danza sí sabemos: Beneficiarnos de las debilidades.

Las puertas del ascensor se abrieron. Erwin entró, con pasos lentos. No tuvo en su rostro la misma expresión segura de su acompañante. Stephan le preguntó el piso de su habitación, luego presionó el suyo. El elevador se detuvo para dejarlo salir.

—¿A qué se refiere con debilidades? — Erwin tuvo que preguntar. Sintía que, si no lo hacía, la duda no lo abandonaría.

Stephan puso una mano en la rendija por donde saldría la puerta.

—Oh, perdone, pensé que me explicaba correctamente... No soy muy atento, olvidaba que usted tiene poco en esto... Quiero decir que, un coach de Danza sobre hielo pone atención a los menores detalles. Usted por ejemplo: es claro que estuvo consciente desde el inicio que Stephen Bookham carece de un gramo de interpretación, con todo respeto. Fue parte de las razones por las que yo no acepté la oferta de Igor cuando me pidió quedarme en su coacheo. Pero usted fue más sensato... Le consiguió una compañera perfecta. ¿Quién notará que ella es completamente amateur si hace lucir a Stephen con cuadratura de bailarín experto? Los dos son brillantes juntos, nadie percibiría sus debilidades individuales sino lo bien que lucen como pareja. Lo felicito por eso. Una decisión sabia, de profesional, que debió costarles poco a los contribuyentes, usted me entiende.

Se alejó de la puerta tras desearle buenas noches.

Erwin llegó a su habitación, adolorido. Tomó un analgésico y se duchó. Después de acomodarse la media ortopédica en su pierna, solicitó servicio a su habitación. Tomó una cena simple, luego usó el ancho de su cama para extender los documentos de la competencia. Los horarios del entrenamiento, la hora de la Danza corta y libre, la cantidad de parejas que podrían calificar al programa largo. Erwin pensó en Hamburgo. ¿Sólo un golpe de suerte o el trabajo en equipo?

“Una decisión sabía...”.

¿Cuánto sabría Stephan Jodorowski de todo esto? Era la primera vez que Erwin escuchaba que él había sido parte de los candidatos de coacheo para Stephen. Y era la primera vez que consideraba, realmente, que había otros detrás de su puesto. Sólo él había aceptado por

razones que no lo enorgullecían.

"Le consiguió una compañera perfecta...".

Sus razones para esa decisión se habían disipado, tiempo atrás. Pero parecían más vívidas ahora.

"Usted me ayudó a recordar, coach... Quería agradecerle".

Aquella mirada pesada le cosquilleó en la nuca, otra vez. Erwin miró inevitablemente a la carpeta de piel, los papeles apilados sin gran orden justo encima de un sobre blanco. Pudo ver la esquina, la tentación y el reto.

Somos un equipo.

Se lo repitió.

Seremos un equipo... Incluso en su pensamiento oía su voz dudar.

A pesar de todo, mantuvo la idea en su cabeza, seguro de que no sería el único en sentir la obligación de persistir y dejar atrás el paso mal dado.

Llegó a la arena, oyendo al calor de la competencia. Sus patinadores estaban listos, preparándose como verdaderos profesionales. Erwin había visto el resto de programas, mucho más prolijos que aquellos en el Encuentro de Hamburgo. Pero Olive lucía confiada, igual que su patinadora femenina. Erwin tomó el par de guardas de plástico suave, les deseó éxito, breve, igual que Günt lo había hecho con él.

La gente aplaudió. Los errores de coordinación, la falta de compromiso en uno de ellos y una elevación.

Pero, Erwin no entendió por qué...

Sus huesos se cimbraron muy dentro, justo como aquel día, viéndolos caer...

Como si él cayera con ellos.

◆◆◆

El dolor de caer contra el hielo recorrió a Jael. Fue más fuerte entender que sí, Stephen se había desequilibrado y que sí, se habían caído, desde una elevación, en plena competencia.

Su cuerpo estaba en el hielo, sus brazos apenas levantándola. Jael pudo oír bien que la música seguía, pero la gente había dejado de aplaudir. ¿Esto era lo que los patinadores sentían cuando caían? ¿Este golpe, apretando más fuerte? Sintió ganas de llorar, avergonzada y adolorida.

Las manos de Stephen vinieron cuando estaba decidiendo si podía levantarse. Su ayuda la motivó a hacerlo. Jael miró su cara y entendió. Steph estaba pálido, con las orejas y las mejillas coloreadas. Airado. Pero era un profesional. Jael lo recordó en un instante. Los patinadores caían, sí... Y se levantaban. Jael lo siguió, haciendo todo su esfuerzo por ignorar cómo se sentía.

Tardaron varios segundos en retomar el hilo de la coreografía. Jael tuvo que concentrarse en los elementos, los *chasses* continuos, la ronda de *twicels*. ¿Estaba haciéndolos bien? ¿Iba al paso de Stephen? El corazón le azotaba las entrañas. Quería salir de allí. Quería llorar y disculparse, pedirles permiso de recomenzar. *Mamá... Papá... Jerry, Jossy...*

Siguió el resto de la canción sin mucha consciencia. Titubeó en sus pasos de folk varias veces y prefirió deslizarse en continuo, sin marcar ningún paso, para no caer. Oyó que la música acababa, pero Steph y ella terminaron un par de segundos después. Las personas aplaudieron. Jael no pudo contener las lágrimas. Se agachó para tomar aire y apretarse el antebrazo derecho. Le dolía terrible. Steph golpeteó su espalda para enderezarla, trató de hacer las venias de protocolo con él.

Olive la abrazó en cuanto salieron. Jael no pudo contener otra oleada de lágrimas, se las lavó rápidamente con la mano. “Lo siento, lo siento...”. Su maestra la apaciguó. Oyeron la voz contundente de Stephen cuando un equipo de servicio médico se acercó.

—¡Estoy bien, maldita sea! —fue rumbo al *Kiss and Cry*.

Jael pudo ver mejor la herida en su barbilla, la sangre escurriéndole desde la esquina de la boca. Había notado sus intentos por cubrirse la herida para evitar el sangrado, por lo que apenas notó que era más grande de lo esperado. Steph sacó una serie de kleenex de su caja personal para estregarse la herida con fuerza. Se sentó en el lugar de espera. Los demás lo siguieron. Jael no quiso ver la repetición de su programa. Pero mirar a su equipo tampoco fue reparador.

La puntuación surgió. Jael sentía que se desmoronaba. El -2 de su caída era más grande que nada. En total, sólo obtuvieron 29 puntos. *¡Veintinueve!* Terminaron en la 9na posición. Faltaban siete parejas.

Stephen sacudió la cara, mascullando la misma palabra una y otra vez. Un paramédico los detuvo después de que salieron del *Kiss and Cry*. Steph dijo que no quería ayuda. Una fuerte orden del coach lo obligó a ir a la sala que el STAFF había improvisado para emergencias. Le lavaron la herida con agua y yodo, no necesitaría puntadas.

—Qué buena suerte que te golpeaste con el hielo y no con el patín de tu compañera —comentó el doctor. Jael había visto que, en efecto, había estado cerca de que fuera así.

Olive sugirió que también la atendieran a ella. Jael se sacó la manga de morados espaciales del brazo derecho. Cuando el doctor estiró y dobló la extremidad, Jael gimió. Las lágrimas se le escaparon, por todo el dolor emocional. Vendaron su brazo; el doctor advirtió de una pequeña torcedura. “Nada que te deje fuera del hielo, pequeña”. Le palpó la cabeza, como un abuelito. Jael hipeó, tratando de calmarse.

El doctor se marchó. El silencio llenó la pequeña sala, con sólo el susurro de la competencia allá afuera. Jael clavó los ojos al suelo de tarimas, apretando el vinil de la camilla oscura. Olive estaba sentada a su lado, tan callada como ella. Steph estaba al otro lado, sentado en el otro diván largo. Jael veía su espalda, encorvado, mudo. Y su coach, justo a la entrada, de donde no se había movido, aun sosteniendo las chaquetas deportivas.

El suspiro largo hizo a Jael bajar más la cabeza. Su coach estaba enojado. Avergonzado, seguro. Tomó su chaqueta cuando él se acercó para entregarla. En cambio, cuando fue a donde Steph, sólo la echó a un lado.

—¿Quieres explicar algo?

Jael vio que Steph se entornaba. Escupió de vuelta en el bote que el doctor le había dado para desechar lo que quedaba de sangre hasta que su herida coagulara.

—¿Disculpa?

—Co-coah...

—Fue un error de desconcentración —puntualizó su coach—. Tenías la atención en otra parte, desde los molinetes ibas retrasado.

Stephen se entornó mucho más: —*Wouh,* ¿ahora puedes leerme la mente, coach? Qué jodida suerte no haberte tenido antes para que me previnieras de mis otros errores cuando era individual.

—No seas inmaduro, Stephen. Estamos cerca de quedar fuera de la competencia gracias a...

—¿A quién? —se puso de pie—: Oh, gracias *a mí*... Sí, claro... —Jael iba a levantarse. Olive la sostuvo. Stephen las miró, apenas un momento. Sus ojos se doblegaron, luego se

fruncieron otra vez—. Esto es tu culpa, coach. ¡Tu jodida culpa!

—¿Mi culpa? Yo no hice caer a mi compañera conmigo...

Stephen se acercó, dispuesto contra él.

Jael se levantó con rapidez.

—¡Dejen de pelear! —los dos se detuvieron. Su voz se hundió—. Somos un equipo, ¿ya lo olvidaron?

Los ojos de ambos se alejaron. Su coach resopló, Jael lo vio salir hacia el pasillo. Stephen regresó a su lugar, de espaldas otra vez. Su maestra Olive le dio otra palmadita en la espalda cuando ella volvió a sentarse. Jael podía sentir su tristeza y su intento por motivarla. Pensó en sí misma, su cuerpo echado al suelo, en la pista.

Ay, Dios mío, ¿por qué...? Habían ganado su primera competencia. Habían sanado diferencias. Eran más unidos. ¿O sólo era su idea?

Apretó los ojos, deseando no oir más el ruido de los espectadores. Los bitores de victoria hacían más hondo el oh de su caída.

Su coach regresó, sin que supiera cuánto había pasado. Su expresión adusta le recordó a los días sin recibir un solo saludo.

—Quedamos en la decimosexta posición... —susurró.

Oficialmente habían quedado fuera de pasar al Programa Libre.

Nadie pudo decir nada más.

◆◆◆

Los hermanos O'Neill ganaron la competencia. Jael vio su participación por repetición. Su Danza corta era una selección de la música de Sherlock Holmes de Hans Zimmer. Si había sido una buena rutina durante la práctica, en competencia fue perfecta. Fresca, divertida, y con una técnica irrevocable. Lo mejor era la secuencia de pasos de estilo folclor celta: la sangre irlandesa de Gracie y Collin resplandecía en sus atuendos de verde y ocre, dignos del tema.

Eran maravillosos, y eso dolía más. Su programa largo con una canción de Coldplay los llevó finalmente a un prodigioso primer lugar.

El Comité de patinaje hizo llegar las invitaciones para el banquete de clausura, el domingo en la noche. Sabían que no asistirían. Su siguiente competencia sería la semana entrante, en Las Vegas. Debían tomar un avión para llegar a tiempo y cubrir el itinerario de práctica, el seminario inicial y otros asuntos de logística.

Gracie y Collin vinieron a despedirlos en el lobby del hotel, junto a su coach Stephan Jodorowski, la mañana del domingo. Ninguno presumió su primer lugar; Jael los felicitó.

—No se desanimen, chica trébol... —Gracie la abrazó—. Las competencias son raras, una vez nosotros nos caímos haciendo los *twicels*... Hice que Collie se enredara conmigo —echó una risita.

—Y no han visto nuestras prácticas. Diles que entrenamos con una masa de almohadas por todo lo que te caes, Grace...

La muchacha subió y bajó la cabeza, agitando sus bucles.

—Fue idea del entrenador. Gastar en almohadas es más barato que en tablillas por romperme algo —otra risita.

Jael trató de seguir su buen ánimo. Oyó que su coach se despedía del entrenador de Grace y Collin. Era un hombre de unos 40 y tantos, de cabello castaño y bien parecido.

—Son buenos, chicos... Sólo que a veces no es el día. Cuando quieran, sería un placer entrenar juntos. Podríamos ayudarles a mejorar sus posiciones y su resistencia, si sus

entrenadores lo aprueban.

Su coach asintió. —Sería un honor. Suerte en sus siguientes competencias.

—Lo mismo para ustedes.

Jael se despidió de ellos, recibiendo otro abrazo de parte de Grace. “Te enviaré fotos de mis cuyos”. Habían intercambiado números y redes sociales. Olive también les deseó buena suerte, oyendo las adulaciones de los tres por su coreografía. Igual que siempre, Olive las recibió con modestia, más triste esta vez. Stephen llegó mucho después. Jael se preguntó si ya se habría despedido de Heidi, si la verían en el *Skate America*, si Heidi la culparía de su caída como ella misma se sentía.

Partieron rumbo al aeropuerto. Serían 4 horas y 59 minutos, según el registro del boleto. Jael leyó las letras del destino. Las Vegas. Un pálpito de curiosidad tremoló en su corazón; al alzar la cara y contemplar el mutismo y los rostros pesarosos de su equipo, su minúscula emoción desapareció.

El vuelo fue muy silencioso. Cinco horas, resultaron más extenuantes que trece desde Alemania.

◆◆◆

Stephen llegó a la habitación, consciente de lo que estaba a punto de hacer. Había probado suficiente el teatro de ser bueno. La llamada de Hope fue su última palabra.

—Supongo que lo que pasó en la pista te ayudó a decidirte... —concluyó su coach.

Erwin se quedó a la espera.

La cara de Steph dijo todo antes de hablar. Los ojos de azul oscuro se endurecieron.

—No voy a darte el dinero, coach.

Erwin iba a gritar por una explicación. La manera en la que Steph había hablado lo detuvo. No se oía retador, sino... ¿abatido?

—Stephen...

—Necesito ese dinero.

Erwin echó un resoplido. —Eres un infeliz egoísta...

—No es para mí, coach.

La cordura casi se perdió. —¿Le estás dando ese dinero a tu fanática?

La cara de Stephen se desencajó, ofendido. Sacó su celular del bolsillo, repasó varias veces la pantalla con el pulgar. Antes de que Erwin le gritara que podía irse a contestar sus mensajes a otro lado, Steph se acercó, puso el Iphone en la cama, junto a él.

La fotografía de una mujer comiendo helado con un niño.

—Se llama Hope. Su hijo Peter tiene 9. Y también tiene Leucemia mieloide, desde que tiene 7. Su madre, Hope... Era la encargada de la lavandería en la casa de los Howard. Y es la única persona que siento que me importa más que mi maldita carrera. Habló conmigo hace dos días. Peter recayó en su tratamiento por... alguna de esas... porquerías médicas que no entiendo... Tuvieron que transferirlo a un hospital de Londres. Hope no puede hacerse cargo... Necesito enviarle todo lo que tengo.

Se quedó callado. Erwin atendió la imagen en el teléfono, luego a él.

—¿Esperas que lo crea?

Stephen gimió una risa. —En otras circunstancias, me importaría un carajo lo que tú creyeras, coach. Ya me estoy arriesgando mucho a contarte esto. Si llegas a decírselo a otra persona, “adiós” reputación de rico bastardo, “hola” Adam Azwhole y su estúpida *SportLife.*

—Podrías pedirle el dinero a Howard —increpó.

Una risa ácida escapó.

—Ese maldito viejo nunca me va a dar dinero para esto.

—Puedes mentirle o simplemente no decir nada.

Stephen rodó los ojos. Esto iba a costarle más que hablar de Hope.

—Howard no me dará un jodido penique hasta que le dé resultados en todo esto.

Erwin negó. —Él me aseguró que...

—Maldición, coach, ¿cómo puedes ser tan ingenuo? El día en que aceptaste ser mi coach te metiste a esta cloaca sin entender. No soy la maldita billetera que Günt te dijo, porque eso te dijo, ¿no? No hay dinero extra hasta que Howard lo apruebe. Lo dejan a mi cargo en el "palacio" de los Bookham porque no tiene que darle cuentas a nadie de si me atiende "bien" o no. Y no hay una jodida razón para que quiera darme más dinero, así sea por Hope o uno de los gastos estúpidos que siempre estoy haciendo.

—Creí que eras parte de su familia... —atacó.

—¿Familia? Sí, claro. Si un bastardo puede ser parte de una familia...

Una mueca frunció su labio amoratado.

Erwin buscó la mentira o treta. Pero esto no era suficiente excusa

—Stephen... Sea por lo que sea, debes entender que este dinero no es...

—Sí, sí, sí. Sé a dónde vas, coach. Y no pienses que no me siento como una jodida basura con esto. Pero voy a compensarla. ¿Oíste? Me encargaré de eso.

—¿Y cómo vas a compensarla? Acabas de decir que Howard no querrá darte dinero.

Stephen sonrió, orgulloso. —Ganaremos la mitad de esta temporada. El *Grand Prix*. Y después, el Campeonato Europeo u otra competencia... Con eso, ese viejo no va a poder negarse a lo que le pida. Le regresaremos a la pequeña weirdo cada céntimo. Con una buena retribución...

Erwin lo interrumpió con una risa.

—Vaya, Stephen... Tú historia comenzaba a conmoverme. ¿Cómo tienes planeado ganar el *Grand Prix* después de tu brillante actuación de este jueves?

—Tuve un maldito error de concentración, nada más...

—Al menos lo reconoces.

—*Wouh,* coach. Ten cuidado, cualquiera diría que soy el único aquí que no le está dando a *weirdo* lo que Howard le envía... Controla tu "nivel moral" por el bien de todos, no eres mejor que yo.

Pese a no oírse como un regodeo, Erwin sintió que la cabeza le hervía. La verdad lo venció.

Stephen notó la manera en la que el hielo en sus ojos se derritió, lentamente. Una expresión resignada frunció los labios de Erwin.

—Te agradezco, Steph. Has vuelto a recordarme cuál es mi verdadero trabajo. Debo sacar del vetaje a un patinador engreído. Simplemente —soltó una risa, con amargura—. Es todo. Ahora vete, si no te importa.

Al no verlo moverse, Erwin fue a recoger su maleta. Stephen pudo intervenir en su paso.

—Lo que dije es cierto, coach. Ganaremos el *Grand Prix...*

—Oh, eso sería perfecto, Stephen... Si acaso lo hacemos, quizá la UIP decida retirar tu castigo antes de lo acordado y yo podré volver a Suiza mucho más rápido. Mientras tanto, una advertencia: Haz tu trabajo. Si vuelves a causar problemas a tu equipo, considérame fuera. También a tu compañera y a Olive. Mi advertencia incluye a tu fanática. Si su presencia se convierte en un problema o daño a tus entrenamientos, puedes pedirle a Austin Howard por otro entrenador —se alejó de él, hacia la puerta—. Salimos en 10 minutos.

Stephen se quedó solo. Recuperó su Iphone de la cama, apenas miró a la foto en la pantalla. Con otra maldición, se dirigió a su recámara.

◆◆◆

Las Vegas, *Skate America* | Primera Sede del *Grand Prix*

Llegaron a Las Vegas recién comenzada la noche. El ligero cambio de temperatura los sorprendió, igual que la fiesta de luces que había en cada calle. Jael se sorprendió de lo que veía, durante el trayecto en taxi desde el aeropuerto. Por más que intentó, no pudo poner suficiente atención a todos los rótulos ni a todos los edificios. Eran tan enormes como los de Toronto, más coloridos y llamativos. La cantidad de personas no tenía comparación.

El hotel Orleans tenía la misma apariencia de luces y algarabía que otros edificios. Dos entradas principales de puertas de cristal señalaban sus dos usos principales: por un lado gente entrando con valijas hacia el hotel, por otro las personas con expresiones más emocionadas, directo al casino que tenía el complejo. Jael trató de no perderse por su curiosidad. Se alegraba de ver algo más entusiasta que todo su vuelo desde Toronto.

Su coach hizo el registro. Los carteles del Skate America relucían, con otros de bienvenida a todos los patinadores. Un servicio de maletas los dirigió hacia su habitación. “Son de los primeros que llegan... Se estima que mañana venga el resto. La gente está emocionada. Hace tiempo que no teníamos patinaje por aquí”. Parecía parlanchín y lleno de agitación como toda la ciudad. Jael aferró sus patines, siguiéndolos. Su mochila no tuvo reparación; la había desechado antes de abordar su vuelo.

El maletero les abrió la puerta, luego le entregó la tarjeta de la suite. “Bienvenidos”. Stephen fue quien pagó el extra de sus servicios. Jael se quedó con la boca abierta, una amplia habitación se abrió ante ellos con su moderna sala modular, televisión de 60’’, cocineta con desayunador y bar, comedor para seis con sillas de vinil violeta. Una enorme ventana cubría la parte delantera, dos cortinas de elegante satén cubriéndolas. Su coach había dicho que la Organización Americana de Patinaje decidió hospedar en suites a todos los equipos, principalmente si venían en grupos de 4 o más. Su suite contaba con dos recámaras amplias, con cama matrimonial y baños completos cada una.

Jael se metió a la que compartiría con Olive. Después de dejar su valija cerca del closet unido a la pared, salió de nuevo a la sala. Olive le preguntó si podía ducharse primero, Jael dijo que sí. Stephen estaba sentado en uno de los sillones modulares. Su coach había entrado a la habitación principal y cerrado la puerta. Jael trató de distraer su pesadumbre con la vista de edificios allá afuera.

—Qué increíble... —musitó.

—Uh, sí, sublime...

Se viró. Stephen ni siquiera miró a dónde ella. Sacudió la tarjeta de bienvenida que habían puesto sobre la mesita de centro.

—Ahora no sólo debo ver a *James-Howard Company* en los letreros de la pista, también aquí.

Echó la tarjeta otra vez en la mesa. Jael se acercó.

—¿Es la empresa que te patrocina? —Stephen apenas agitó la cabeza. Jael tomó la tarjeta. Trató de recordar en dónde había visto esa marca de letras cursivas—. ¿No son los que tienen varias cadenas de restaurantes?

—Restaurantes, casinos, línea de diseñadores... —bufó. Jael se sentó cerca.

—Suena genial, Steph. Nunca lo había pensado, pero ojalá alguien así pudiera patrocinarme algún día —lo decía en serio, consciente de lo difícil que sería conseguirlo. Stephen no dijo nada. Jael lo vio encogerse de hombros y mirar a la mesa. —Creo que te admiro más ahora, compañero. Tuvo que costarte mucho tiempo de patinaje atraer la atención de alguien así, ¿verdad? Eso dice lo bueno que eras y que todavía eres...

Sonrió, decidida a terminar con la mala racha de su última caída. Pero Stephen no sonrió.

—No tienes idea, *weirdo.* Lo mucho que me costó y sigue costándome...

Las cejas de Jael se doblegaron: —¿De qué hablas?

Lo vio resoplar y pegar la nuca al sillón. —Ya da igual...

Jael iba a preguntar más. Olive salió de la habitación. "Terminé".

Tomó un baño, sin admirar mucho la bonita cerámica de la bañera y el dorado de las manijas estilo renacentista. Cuando terminó, Olive estaba recargada en el diván con ornamentos colocado junto a su ventana. Le sonrió a Jael, levantando su celular.

—Mi hermano y su equipo llegarán mañana.

—¿El Señor Bariut y su equipo? ¿Vendrán al *Skate America?* —se secó su cabello. Olive asintió, una enorme sonrisa dibujada en sus labios.

Jael se alegró de verla feliz.

Veinte minutos después, fueron a la cocineta. Cenarían algo rápido con la despensa colocada por el servicio dentro de su refrigerador. Jael encontró la misma marca de letras finas de *J-H* pintadas en la vajilla y en las etiquetas de algunos insumos. Después de cereal y panecillos con café, fueron a la sala. Su coach los llamó a todos.

Jael se sorprendió al ver que la maleta de Stephen continuaba en una esquina de la sala.

—¿Por qué tus cosas siguen aquí?

—No fue mi idea, *weirdo.* Nuestro coach quiere hacerme aprender una nueva lección... ¿o cómo lo dijiste, coach?

Lo miraron. Su entrenador ocupó el taburete individual en la cabecera. Siguió atento a sus papeles:

—Tu indisciplina tiene costo, Stephen. Nuestras reglas siguen vigentes dentro o fuera de Alemania.

Stephen sonrió, dirigiéndose a Jael. —Ahí lo tienes...

La expresión de Jael se afligió.

—Coach, si es por la caída y porque no calificamos...

—No es por la caída —intervino, demasiado serio—. Stephen sabe el porqué. No hay más discusión.

Ambas se sentaron. Jael se apretó las manos, sobre el regazo. No era la primera vez que esto sucedía, pero ahora podía sentir que Olive observaba cómo todo se vendría abajo.

—Si quieres yo puedo dormir en el sillón, Steph —se le ocurrió musitar.

Stephen echó una carcajada. —¿Y dónde me enviarás, *weirdo?* ¿A tu habitación con la maestra? Qué emoción.

Sonó sardónico. Jael se movió. —¡No! Estaba tratando de... —se giró a Olive.

—Stephen... —su coach fue adusto otra vez. Stephen resopló.

—Diantres, coach. Era una jodida broma... Preferiría dormir en la azotea antes que hacerlo con ella.

—¡Steph! —Jael esta vez.

Otro befido, subiendo los ojos. —Trato de mejorar el ambiente. Ha sido un jodido funeral desde el jueves.

—Y no tenemos que recordar gracias a quién —puntualizó su entrenador—. Si ya dejaste de decir tonterías tal vez podremos concentrarnos en algo mucho más relevante que el lugar en donde vas a dormir.

Stephen sonrió, mascullando una palabrota. Ya no dijo más. Las dos chicas se concentraron en el entrenador del equipo. En lugar de hablar inmediatamente, guardó silencio unos cuantos segundos. Jael lo oyó inhalar hondo, igual que siempre que estaban cerca de pasar el límite de una discusión.

—Bien, mi antiguo entrenador solía pasar por alto las grandes fallas para concentrarse en lo que teníamos delante. Eso es lo que haremos. Traten de olvidar lo que pasó hace unos días. El *Grand Prix* es una competencia agotadora porque nos llevará dos sedes para saber si habrá un pase a la final. Será exhaustivo... —les dedicó una mirada entera, bajó la cara otra vez—. Más exhaustivo que lo que ya hicimos. Mañana no hay actividades, para ustedes —apuntó a sus patinadores—. Les aconsejó usar el día para retomar un poco de energía. La práctica será el martes, la Danza corta el miércoles...

Repitió el itinerario que ellos llevaban en sus agendas. Jael trató de poner mayor atención en las expresiones de su rostro. ¿Estaría tan cansado como se veía?

—¿Qué tan hábiles son los otros participantes esta vez, Erwin? —escuchó a Olive.

Su coach se tomó otro par de segundos. Señaló las hojas de la mesa, las fotografías en una sola cuartilla. Jael ya conocía a esos patinadores, su coach les había aconsejado ver sus rutinas en internet para inspirar sus entrenamientos.

—Bastante fuerte. Ellos en especial... —golpeteó con un dedo la fotografía superior—. Son la pareja favorita, porque es la representante local. Callia Bassi y Mario Fabrino. Son de origen greco italiano, nacionalizados por Estados Unidos desde que iniciaron su carrera, hace 8 años. Su entrenador es... Tiene bastante experiencia. Su nombre es Roger Padmos. Ganaron los Juegos de Invierno del año pasado. Plata.

Jael alcanzó a ver el temblor en sus comisuras. Quiso preguntar, el bufido de Steph la detuvo.

—¿Plata? ¿En serio...? ¿Y por eso estás tan preocupado?

Los tres lo miraron. Steph suspiró: —Sólo era una broma.

—No es el mejor momento para una broma, Steph —Jael agachó la cara, preocupada. Stephen exhaló, ronco.

—Oh, lamento que mi humor te cause molestias, weirdo...

—Ay, Steph...

—¿Cuál es el jodido problema? ¿No te enfrentabas a tipos con mejores medallas que las tuyas, coach? La competencia cree que lo jodimos todo en Canadá, van a creer que somos idiotas y les caeremos encima... ¿O qué tu última caída te hizo más pesimista?

Jael se giró a verlo, su coach iba a responder. La voz a su lado surgió.

—Cierra la boca, Alexander Bookham y presta atención a tu entrenador.

Incluso Jael se viró. Olive no se movió un centímetro, pero el rápido vistazo que le dedicó a Stephen fue muy claro. Jael lo miró de nuevo, a su gesto endurecido y el tono rojizo que casi hizo desaparecer el golpe bajo su mentón. Con todo, Steph se quedó quieto, la mandíbula apretada, y no volvió a interrumpir una sola vez.

Su coach se presionó el puente de la nariz. Otro suspiro.

—Escuchen. La experiencia de Bassi y Fabrino los hacen ganadores por simple lógica. Escuché que su rutina corta no es tan compleja como el año anterior, ninguno había hecho danza irlandesa. Sin embargo, queda claro que ellos ganarán esta sede. La otra pareja está compuesta

por dos canadienses. Sus habilidades y trayectoria son muy similares a las de Bassi y Fabrino. Podríamos augurar que el segundo lugar será para ellos.

Calló otro segundo; fue Olive quien se atrevió a hacer la pregunta.

—¿Tenemos oportunidad para el Tercer lugar?

Nadie interrumpió durante su silencio.

—Puede ser. La Danza corta es nuestro fuerte. Si terminamos con un buen puntaje, podríamos asegurar el tercer lugar para la Danza libre. Las parejas restantes tienen un grado de competencia similar al nuestro... Si ganamos el tercer lugar en esta ocasión, la siguiente sede sería más fácil.

Ninguno de sus mentores se mostró emocionado. Jael sabía que las posibilidades eran pocas. ¿Qué tal si todo volvía a salir mal? Aún no conocía qué tan global era su caída. ¿Se burlarían de ellos? Gracie y su hermano no lo habían hecho, pero, al igual que el resto de la gente, no todos los patinadores eran tan agradables. ¿Escribiría la prensa deportiva sobre ellos? Jael no lo había considerado.

Al verlos sin habla, su coach optó por acabar la reunión. —Bien... Será mejor que descansen. No olviden sus itinerarios.

Se levantó, yendo a su habitación hacia la izquierda de la sala. Y aunque trató de alcanzarlo, Jael no pudo atraer su atención.

◆◆◆

Las luces se apagaron, Steph solo oyó un “buenas noches” dirigido a él. Las puertas de ambos lados se cerraron, el ambiente enmudecido lo envolvió. Soslayó al sillón modular, maldiciéndolo mentalmente. Era más pequeño y curvo que el que tenía en Alemania, y aquí no había sábanas o frazadas extra. Qué considerado su coach al cederle completamente el baño de la sala, era el más pequeño de los tres, con regadera de tubo largo. Por primera vez, Stephen se sintió alto al ducharse.

Después de un baño caliente, regresó a la sala. Apagó la calefacción y se acomodó en su nuevo sillón. Tendría que arquear el cuerpo como una lombriz o doblar las rodillas para no quedar con los pies colgados. De nuevo, Steph se sintió más largo que su patético 1.66 cm.

Deambuló por Facebook e Instagram durante una hora. La gente ya hablaba de su estúpida caída en el *Autumn Classic*. Stephen encontró tres diferentes videos de su momento en picada, la mano que se puso en la boca para no sangrar, las lágrimas de su compañera.

Carajo... Qué ingeniosa forma de comenzar una temporada. Quedar en Decimosexto. ¿Ese número existía, en serio? Era difícil de pronunciar y sonaba aburridísimo. Pero lo llevaría en su registro oficial como figura de patinaje. Para siempre. Ni siquiera cuando era un junior debilucho cayó tan bajo.

“Debió costarte mucho, Steph...”.

Soslayó la toalla con la que se había secado el cabello. La marca de *James-Howard* estaba bordada en dorado en la esquina. No era que a Stephen le importara realmente. Pero tener que ver ese nombre a donde iba comenzaba a inquietarlo. ¿Howard estaba detrás de él? ¿O era verdad que se estaba haciendo más rico mientras él se hundía con toda su vieja reputación?

“Debió costarte mucho...”

Stephen pensó en Hope. “Lo compadezco, joven Alexander”.

¿Hasta dónde se iba a hundir antes de que alguien más dijera una cosa como esa?

Buscó el número de Hope. Sería temprano en Londres todavía. Aun así, envió un mensaje.

«¿Se trasladaron a Londres, Ho?
Envíame la dirección del Hospital... Y... ¿Te llegó el dinero?»

Dejó el teléfono sobre la mesa. Usó su brazo como almohada, mirando al techo por un rato. Oyó el aviso de un mensaje. Heidi, en una videograbación.

«Mi vuelo se retrasó por una tormenta. Saldré hasta las 10, mañana, querido Steph. Estoy tan triste. No podremos usar la mañana de tu primer día en Las Vegas...»

Su cara hizo un puchero que a Steph le pareció idiota.

Bendita tormenta.

Se reprendió por sonar tan aliviado. No iba a deshacerse de Heidi. Ni siquiera si su coach estaba muy enojado. Necesitaba a Heidi tanto como necesitaba ese dinero. Se lo repitió. Y cuanto más lo decía, más nocivo le parecía. Stephen volvió a jurarse lo mismo que se había jurado en su última temporada como individual.

Ganar el *Grand Prix*. A toda costa.

Estaba escribiendo un mensaje de vuelta cuando oyó que la puerta a la derecha se abría. Los pequeños pasos fueron a la cocineta, él no se molestó en levantar la cabeza. Alguien se sirvió agua del grifo y dejó el plafón encendido. La luz formó una silueta al otro lado, en las cortinas. El culpable se había quedado detrás de su sillón.

Stephen sonrió, sin dejar de mirar la pantalla del Iphone.

—¿Vienes a ofrecerte para quedarte aquí, *weirdo?*

—No soy Jael... —su voz le erizó el pelo de la nuca y le hizo levantarse—. Y no vengo a ofrecerme a nada.

Stephen se quedó hincado en el sillón, en guardia. Frunció las cejas, de pronto, con media sonrisa.

—¿Vienes a verme en pijama, profesora?

—No es como si tuvieras algo muy interesante para ver, Stephen —entornó los ojos, echándole una inspección aburrida. Steph no pudo regresar el favor, ella seguía en la misma ropa de día.

Stephen se mordió las mejillas. —¿Y qué te trae a mi habitación? Trataba de dormir...

—¿Dormir? ¿Con tu celular pegado a la cara?

—Le contestaba a mi fanáticas...

—No me interesan tus fanáticas.

—¿Ah, no?

Su profesora rodó los ojos. Stephen pudo ver la pequeña arruga bajo su mentón. Y encontró la oportunidad que no había aprovechado en dos semanas.

—Heidi va a llegar mañana.

La otra emitió una risa irónica.

—Qué bien, Stephen... Dale mis saludos —se puso las manos en la cintura, soltó el aire, sacudiendo la cabeza—. No sé ni para qué me molesté en venir...

Iba de regreso a la habitación. Stephen saltó el sillón, se sentó en el filo del respaldo.

—Creí que venías a decir algo, profesora.

—Creíste mal.

—¿Qué pasa? ¿Asustada por una escoria inglesa?

Ella se detuvo. Stephen resintió el mismo chillido de advertencia que casi lo convenció de salir de ese club de jazz antes de cometer esa... venganza. Su profesora se entornó, pero el reproche que había estado allí antes, se había ido. Su mirada lo atravesó, como si regresaran a

STEPS a sus prácticas personales. Esas condenadas prácticas.

—¿Qué pasó en la pista, Stephen?

—¿Qué pasó sobre qué, maestra? —bajó la cara a su Iphone.

—No eras el mismo...

—¿Qué carajo significa eso?

—"El Steph Fastidioso". Te veías confundido... Como en nuestros ensayos...

—Vaya, ¿me miras con tanta atención cuando patino, profesora?

—Siempre miro con atención a mis estudiantes... —Stephen arqueó las cejas, mordaz, concentrándose en la ventana y los edificios que centellaban colores y luz. Mudo.

Quería que entendiera y se marchara. No lo hizo. ¡¿Cuánto más iba a seguir viéndolo de esa forma?! Stephen tuvo deseos de mirarla también, y ver si seguía teniendo el típico brillo verde en sus ojos como cuando practicaban vals vienés. El Señor Perfecto le atravesó los sesos y selló su lengua al paladar.

—¿Le pasó algo a Hope? ¿O a su hijo Peter? —la oyó musitar. Otra razón para no mirarla—. Lo lamento, Steph.

—¿Lamentas qué, maestra? No te he dicho ni una jodida palabra.

La enfrentó. Ella no tenía un vaso de cerveza cerca, ni él a Heidi. Pero tenía mejores formas de regresarle el favor.

—¿Creíste que tienes una maldita idea de quién soy? Sólo por unas jodidas clases de alemán y baile estúpido. Deja de hacerte la interesada, ya no tienes por qué fingir que te importa lo que hago... Ya estoy en este equipo, alemán y todo el jodido protocolo.

—¿Y lo estás realmente, Steph? Te veo salir y entrar, como en STEPS. La diferencia es que aquí no estás solo. Tienes un equipo, todo lo que haces y la forma en la que te sientes, afecta tu desempeño, y a los demás.

Stephen bufó fuerte para interrumpirla.

—Ahórrate la basura moral, profesora. No me interesa...

—¿De verdad? ¿Y por qué fallaste la elevación y por qué te incorporaste tan rápido para levantar a Jael?

Sus ojos estaban analizándolo, como en el salón. Todo era igual de oscuro, a la espera de esa voz. Respóndele a la música. Stephen sabía quién era la música allí. Se mordió la mejilla, con fuerza para callar. Su profesora habló, lo conocía bien como para saber que ya no diría más.

—Jael me importa mucho, Steph. No... Es todo el equipo. Este es mi nuevo trabajo, aunque todavía tenga mucho que aprender, lo aprecio tanto como bailar o cantar. Da igual si actúas como el niño rico otra vez, no quiero que fallen. Sé lo buenos que son... Pero otro error así podría derrumbarlos a todos.

—Cuánto drama, profesora. ¿Y estás tan segura, por qué...?

—Ya te lo dije... Conozco a mis estudiantes. Su forma de responder a la música, es la manera que tendrán para responder a todo en su vida. Y por la forma en la que respondiste la última vez, sé que algo no está muy bien. ¿Cómo vas a responderle la próxima vez, Stephen?

No contestó. La vio regresar a su habitación. Después de que la puerta se cerró, Stephen se quedó solo, con ninguna otra voz más que la de esa pregunta taladrando en su cabeza.

◆◆◆

Erwin se dirigió a su primera actividad del día, después de un almuerzo en la cafetería del segundo piso del hotel.

Conferencia de prensa.

Olive no tuvo que ir. Solo era necesario el primer coach de cada equipo para considerarlo como asistencia. Por más que le hubiese gustado ceder su lugar, no pudo. Volvió a ponerse el saco y se acomodó la corbata. Sus dedos temblaban al ajustar el nudo. Se sintió patético, más patético...

Después de bajar en un ascensor lleno de niños y turistas, siguió su camino al salón indicado en el cronograma. Los chalecos de prensa brillaron, igual que el lente de varias cámaras. El grupo de entrevistadores aguardaba a la entrada del salón, como aves de rapiña. Erwin hizo un esfuerzo por no amainar su paso. Esperó una avalancha de preguntas, pero nadie se le acercó, incluso si los ojos de la mayoría se desorbitaron al verlo. Oyó el click de algunas cámaras pero continuó.

Buscó la silla con el respaldo que señalaría su nombre. Justo en medio de las filas. El resto de coaches de Danza se sentarían pronto, los competidores ocuparían el lugar al día siguiente para el sorteo de lugares. Primero la prensa, degollar a la victimas con preguntas insidiosas.

Cálmate...

Era absurdo temer tanto. Incluso si era la primera conferencia de prensa que tendría en la temporada. El *Grand Prix* era más dramático con sus protocolos, o así lo había dicho Günt una vez. A su viejo entrenador le aburría todo esto. Erwin no tenía idea de cómo proceder. La minúscula confianza, se había ido.

La caída de sus competidores estaba abrumándolo más de lo que esperaba. Erwin creyó que reunirlos en la noche, como lo hubiera hecho cualquier coach experimentado, funcionaría. Lo único que obtuvo fue la decepción de su coacheo. Su equipo se estaba desmoronando de nuevo y él no tenía discurso para motivarlos. De hecho, quería irse. Otra vez. Antes de que todo siguiera avanzando y no sólo tuviera que lidiar con esa mirada en su nuca, la culpa en su espalda y los cabos sueltos que se estaban enredando en sus piernas...

Cálmate.

—Bienvenidos a la primera sede rumbo a la final del *Grand Prix*, el *Skate America* 2019. Iniciamos con esta ronda de prensa.

Nicolai Volozoshar, el vicepresidente de la Unión de Patinaje. Había pasado más de medio año desde que Erwin lo vio en Berlín, para conocer a Stephen. ¿Medio año? Se sentía como un siglo. A su lado estaban otros organizadores de la competencia y de la sede local. Anunciaron la manera en la que se llevaría a cabo la ronda de preguntas. Después de que la prensa tuviera unos minutos para el Comité organizador, pasarían al frente los siete coaches de cada categoría. Individual femenil, Pares, Individual Varonil, Danza sobre hielo. Eso significaba dos horas de espera. Erwin arrojó miradas a la puerta. Podría marcharse si lo intentaba. Se topó con rostros familiares, muy familiares. Conforme avanzaban las preguntas y respuestas entendía que pronto sería su turno.

¡Cálmate!

—Por favor, cedamos tiempo para los líderes de coaching de Danza sobre hielo. Por favor, entrenadores, sean amables de tomar un lugar en el presidio.

Se esforzó por no mirar al resto de coaches que desfilaron con él hacia la parte frontal de la sala. Tomó el lugar detrás del recuadro con su nombre. Los chasquidos de cámara aumentaban, igual que las voces. Erwin se convenció de que sólo eran los susurros de charlas ocasionales y no tenían que ver con él.

Se sentó, su garganta seca. Tomó la botella frente a él. Dio un trago hondo, pensando en su caída y la última vez que vio a un reportero. Tosió, cerca de atragantarse. Los rostros se

giraron de inmediato. Se sintió como un insecto, amenazado por el alfiler que lo clavaría a una pared para siempre.

"¿Qué fue lo que hizo durante su retiro, Erwin Schmidt?"

"¿Qué lo llevó a dejar su refugio suizo?"

"¿A quién está atreviéndose a dañar esta vez?".

—Daremos inicio a la conferencia para el *Skate America* 2019. Por favor, levanten la mano si quieren preguntar...

Una mano rápida se izó.

—Soy Adam Azwhole, *SportLife* Norteamérica... Para Herr Schmidt.

La atención fue hacia él, luego de regreso a Erwin. Casi pudo verlo sonreír.

—Señor Schmidt, hemos podido ver el inicio de montaña rusa que tuvo con su equipo estas semanas... Me preguntaba, ¿cómo ha estado manejándolo?

Erwin acercó el micrófono de cuello delgado. Se aclaró la garganta.

—Con esfuerzo y temperamento. Trabajamos duro. Lo verán después... En unos días, al competir.

—¿Significa que les está dando un mejor entrenamiento al que vimos hace unos meses en Berlín?

Las cámaras seguían chasqueando. Erwin inhaló hondo.

—Estamos trabajando, igual que todos los equipos aquí presentes.

Adam Azwhole iba a hacer otra pregunta. Una entrevistadora de *Figure Skaters* ganó su lugar.

—Para Roger Padmos... ¿Cómo manejarán esta temporada? Hace unos días, se publicó una entrevista donde usted dijo que tenían cambios imprevistos en su programa, ¿qué significa?

Erwin no puso atención en toda la pregunta. Sólo en el nombre. Si se apoyaba mejor en su silla, podría ver al hombre de voz ronca, cabeza cana y marcado acento italiano que estaba respondiendo con habilidad. Sus ojos huyeron al público otra vez, buscando. Deseando no encontrar el par de ojos azules, enmarcados por el flequillo rubio y juvenil.

"¿Por qué siempre quieres que me quede a tus entrevistas, Willy?"

Su risa... *Louise.*

—¿Coach Schmidt?

Regresó a la realidad. Adam Azwhole otra vez lo veía:

—¿Entrena usted mismo a sus competidores? ¿O necesitó de un apoyo después de sus últimas complicaciones?

—Lo hago yo mismo.

—¿Y qué tan duro es...? —los labios de Erwin forjaron una línea tensa—. ¿La caída de Stephen Bookham tuvo algo que ver con extenuación o sobreentreno? ¿Algo similar al incidente que usted sufrió en su mejor etapa?

Erwin contuvo una respuesta dura entre los dientes. Los ojos de su viejo entrenador lo atraparon, más allá, a unas filas detrás de la prensa. El resto de miradas ávidas, siempre entre la lástima y la enajenación. Todos serían lectores del tipo de noticias como la que estaba ayudando a publicar ahora.

¿Cómo había pensado que podría con todo eso? De pronto, los meses tolerando a

Stephen parecían ridículos contra este instante. Sintió el sudor frío bajándole la espalda, cosquilleándole en la frente.

Leyó un encabezado, claro ante sus ojos.

«El dios del hielo cayó»

Abrió la boca, sólo una nota balbuceó.

«Y por intentar levantarse,
su equipo cae también»

Carraspeó, buscando el sonido de una palabra. Nada surgió.

El hombre al final del presídium tomó el micrófono. Roger Padmos llenó la sala con su voz gruesa.

—Estimados amigos, denle un respiro a nuestro nuevo coach... Liderar a un equipo no es sencillo y para un coach recién iniciado es muy difícil controlarse con la prensa. No se olviden que tienen otros coaches en la mesa, por favor. Brinden su atención a todos y denle al buen Wilhelm Schmidt un tiempo para sosegarse. Aunque es un veterano del patinaje, en el coaching todavía es un novato... Lo siento, una pequeña broma para aligerar la atención. Continúen.

Roger Padmos dejó el micrófono, las sonrisas surgieron allá abajo. Los otros periodistas se dirigieron hacia el resto. Preguntaron por las estrategias y los pronósticos de las demás parejas. Erwin aguardó, a la espera de ser tan invisible como había querido serlo por 7 años.

El dios del hielo, invisible, aislado en su cabaña. ¡¿Por qué no pudieron dejarlo así?!

Se escabulló en cuanto terminaron las preguntas. Deseaba a ir a su habitación. La idea de que sus patinadores estuvieran en la sala descansando le hizo cambiar de opinión, y llevó sus pies de regreso a la salida más cercana del salón. Tendría que atravesar el mismo pasillo. Para su mala suerte, los periodistas se habían repartido en grupos, en menos de lo que demoró en regresar. Encontró a su viejo entrenador como uno de los asediados. Erwin aprovechó que todos estuvieran concentrados en alguien más, y se movió entre los pequeños círculos. Oyó la voz clara de Roger Padmos dentro del último grupo, las respuestas a preguntas más personales.

—*... mi esposa, sí, tuvo que quedarse en casa... nos enteramos hace unas semanas de que está embarazada...*

Erwin salió de allí.

Rodeó el edificio, hasta el otro lado donde estaba la puerta del casino. Dejó la barra de uno de sus bar cuando vio que anochecía. Deambuló por las calles continuas, oyendo el ruido de los carros, el viento más seco de Nevada. Sin deseos de regresar al hotel, se sentó en una banca vacía, en la explanada que circundaba el estacionamiento. Sentía los parpados cansados, igual que el cuerpo. Sabía que ir a dormir no lo solucionaría. Jamás lo hacía. Incluso si había dejado su cabaña, si había estado en Köpenick otra vez, si ahora estaba en Las Vegas, él seguía siendo el mismo. La idea de ser una mejor persona tampoco había servido.

Un equipo.

Lo había intentado, Stephen lo había arruinado. Los dos.

Pero él tampoco quería un equipo. No quería todo esto que sentía otra vez. No quería confiar en que podía ser como antes. ¡Jamás sería como antes!

Se apretó la rodilla con un gruñido; su movimiento sobresaltó a las personas junto a él, se alejaron de la banca. Erwin se concentró en su rodilla. Odiaba pelear con el dolor. Odiaba pelear

contra sí mismo. Y también...

TE ESTOY OBSERVANDO.

Odiaba pensar que esa mirada clavada en su nuca no se marcharía, incluso si él había intentado enmendarlo.

¿Este es tu juego?

¿Enviarme aquí, para revivir todo?

¿Quieres asfixiarme con los cabos suelos? ¿O con los que ahora mismo estoy creando?

Su rodilla se movió con un chasquido que le hizo gemir. Tras un segundo de apretar más aún, vino el alivio. Un dolor mataba a otro. Un alivio momentáneo.

Una fachada...

Justo lo que era en este momento. Una fachada. Una sombra de lo que un día fue...

¿Qué fui? Ya no lo sabía.

"...está embarazada...".

Louise. Embarazada. De Roger Padmos.

La advertencia de un dolor peor le sobrevino, como una tormenta.

Se levantó, propuesto a regresar al refugio del bar. Al aumentar su paso, su rodilla tremoló, como toda su pierna. Igual a un clavo, el espasmo atravesó el cartílago hasta la columna. Erwin se encogió, aferrándose el hueso, tropezando hacia el pavimento. Una mano lo detuvo antes de que perdiera el equilibrio y cayera de frente.

Se sostuvo de la mano salvadora y reaccionó al fin. Miró la muñeca vendada, luego la manga de un suéter bombacho y de franjas coloridas. Recordó verla dormida en el avión y haberla ignorado justo ayer. Sus pequeños ojos de azul océano se entrecerraron, apurados.

—Ay, coach... ¿está bien?

◆◆◆

Jael dejó su recorrido por la avenida afuera del hotel. Le llamaban La Tropicana Avenue, y el maletero le había dicho que era una de las más largas e importantes de Las Vegas. "No tan chévere como La Strip, pero se le acerca". Jael no supo que quería decir con "chévere", el maletero hablaba un inglés entrecortado con español y tenía las facciones de un latino sureño. Aunque La Strip sonaba interesante por lo que él había dicho, Jael prefirió esperar a recorrerla con alguien más.

Olive había tenido que irse temprano, porque se encontraría con su hermano. La había invitado a ir con ella, pero Jael no quería irrumpir. Si se tratara de Jerry, lo querría para ella sola. Jerry. Extrañaba a su familia. Pero no quería hablar con ellos todavía. Si Mamá había visto su caída, Jael no sabía cómo se disculparía por decepcionarla.

Stephen también se marchó. No necesitó decir que estaría con Heidi. Jael no preguntó si podía ir con él. Después de un desayuno rápido, caminó por los alrededores. El complejo de El Orleans era suficientemente grande para abarcar una manzana. No sólo tenía un casino, también salones de eventos, teatros y toda clase de actividades culturales. Después de echarles un vistazo, Jael fue hacia la parte norte. Había leído en el itinerario que la Orleans Arena estaba a tres calles del hotel. De lejos, parecía más un edificio para eventos que una pista deportiva. Jael se preguntó cómo luciría por dentro, tendría que esperar a mañana.

Regresó para recorrer La Tropicana. Caminó y caminó y caminó. Se dio cuenta de que hacía calor; tuvo que quitarse su suéter de colores y amarrárselo en la cintura. Continuó su camino, mirando las curiosas plantas que muchos negocios tenían afuera, sobre la acera. Jael había leído sobre las plantas cactáceas, pero eran poco comunes en Zermatt. Se detuvo más de

una vez para agacharse y ver de cerquita los curiosos bultos, verdosos y espinados. Les tomó fotos a varios, cuando hablara a casa, Mamá se maravillaría de verlos.

Pasado el mediodía, se detuvo en un restaurante de comida rápida. El lugar tenía manteles de colores y música de guitarras y trompetas. En el menú, ofrecían comida picante y muy sazonada. Jael no recordó el nombre de ese envoltorio suave, lleno de carne, salsa y queso, pero nunca olvidaría que tenía uno de los sabores más curiosos y deliciosos que hubiera probado jamás.

Después de comer, caminó un poco más. Encontró una tienda de suvenires. Casi se puso a brincar de gusto cuando halló macetitas con retoños de las cactáceas de Nevada. Regresaría, se dijo, y compraría una o dos. Le agradeció a Dios otra vez por permitirle ahorrar dinero con sus ventas. Podría llevarles recuerdos de sus viajes a Mamá y a sus hermanos. Tal vez podría comprar algunos regalos para su equipo.

Camino de vuelta al hotel, pensando en ellos. Después de la reunión de anoche, Jael había despertado con el ánimo decaído. Había saludado a su coach en la mañana, para recibir una rápida respuesta, sin un vistazo. ¿Es que realmente lo había hecho tan mal en Canadá? ¿Jamás iba a dejar de desagradarle a su entrenador? Jael pensó que iba a pasar el día entero en el hotel, sola, echada en la cama, igual a los días en Köpenick.

La imagen de sus patines la motivó a levantarse. Verlos allí abajo, cerca de la cama, le recordó los patines de Papá. Si él supiera que se rendía al primer error, se sentiría muy decepcionado. Jael podría decepcionar a otros, pero jamás a Papá. *Levántate, liebling.* Lo hizo de inmediato. Además, no iba a perderse otra ciudad nueva por tener miedo y tristeza.

—Este es el día que ha hecho el Señor —se repitió cada vez que se sentía triste mientras caminaba.

Había regresado al hotel para darse un baño. El atardecer la atrapó, mientras terminaba de secarse y vestirse. La ventana de la sala se transformó en un paisaje citadino, el desierto más allá, y el sol anaranjado que se escondía. Era una verdadera postal que nunca creyó ver en su vida. Jael se quedó frente al cristal, orando porque su equipo pudiera verlo ahora, o en otro momento.

Por favor, Señor... Ayúdanos a ser un verdadero equipo.

Por primera vez se percató de que, aunque era por lo que había trabajado, no había orado por ello. Dedicó un tiempo para hablar y escuchar a Dios. La semana ajetreada le había impedido tomar su Biblia al menos 10 minutos y hacer una oración más comprometida. Pero hoy el bello atardecer culminó mientras ella terminaba de leer un pasaje sobre gratitud.

“Den gracias a Dios en todo... Y que sus peticiones o necesidades, sean conocidas por él con un corazón que ya está agradecido”.

¿Podía agradecerle a Dios a pesar de haberse caído en Toronto? Parecía tonto. Jael fijo su vista en el paisaje lejano. La oscuridad se había tendido en el cielo, con un fulgor de colores dorados que rodeaban las montañas. No importaba si el sol se hundía ahora, mañana saldría. Caía y se levantaba cada día.

Caer y levantarse.

Jael lo había oído y visto muchas veces, en todas esas rutinas que vio por internet o televisión. Nunca lo había experimentado de esa forma, sino hasta ese día en la pista de Toronto. No había sido una lección fácil, pero se dio cuenta de lo importante que era.

Gracias por permitirme aprenderla, Dios mío... Por favor, ayúdame a compartirla con mi equipo, en acción y palabra.

Un mensaje de Olive la detuvo de buscar algo para cenar.

“Estoy con mi hermano y su equipo.
Vamos a cenar en un restaurante afuera
del hotel (para evitar la muchedumbre).
Estamos al otro lado de la calle.
¿Quieres venir?”

Jael se acomodó la venda en su muñeca, se puso su suéter y bajó.

Atravesó el estacionamiento, hacia la avenida. El aire estaba más frío que en la tarde, pero seguía percibiéndolo tibio, sin la humedad helada de Alemania o Zermatt. Aguardó en la esquina a que las luces rojas se encendieran para que los peatones avanzaran. En cuanto cambiaron, Jael se propuso correr, sería emocionante conocer al equipo que dirigía el hermano de Olive.

Entonces, la figura de un hombre tremoló de pronto, a unos pasos. Nadie fue a ayudarle. Jael se dio prisa para sostenerlo. Reconoció su forma de caer y resistirse. Estaba sujetándolo cuando el semáforo regresó al verde; las luces de los autos apuntaron a su rostro cansado.

—Ay, coach... ¿está bien?

Era tonto preguntarle, porque tenía esas pequeñas arruguitas que le fruncían el ceño al sentir mucho dolor. Su entrenador asintió, nada contento. Se levantó, sin desdeñar del todo su apoyo.

—¿Quiere que vayamos a ver a un doctor? Si quiere puede esperar aquí —señaló la banquita a unos pasos—. Yo puedo ir y...

—*No* —Jael se contrajo ante su mirada. Su coach exhaló. Jael sintió que él se sacudía para apartarse—. Deberías descansar. No iré al hotel, puedes aprovechar que no estaré en la suite... —se calló. Agitó la cabeza, resoplando—. Como sea. Disfruta tu noche.

Se alejó de ella. Jael aguantó la quemazón en sus ojos. ¿Estaban regresando al pasado? Las bandejas completamente ignoradas, afuera de su habitación, los saludos sin respuestas.

Jael cerró los ojos y dio un paso.

—¡Otra vez está haciendo eso!

Su coach no se había alejado demasiado. Se volvió con el mismo cojeo casi imperceptible. Jael avanzó, le contestó a su rostro desconcertado.

—Usted dijo “soy muy nuevo en esto de ser coach”, ¿lo olvidó? Y también me dijo, “dime cuando esté haciendo algo mal”. Pues justo ahora está haciendo algo mal, dejando solo a su equipo, alejándose porque... porque... No sé por qué, pero lo hace. Ya tuve suficiente con los días en Berlín. Somos un equipo. Los equipos se apoyan para mejorar. Usted me ha ayudado todo este tiempo y... —hipeó.

¡Iba a llorar justo ahora! *¡Ay, no, por qué!*

¿Por qué Dios la había hecho tan sensible? Mamá tenía razón: Siempre se dejaba dominar por sus emociones.

Se restregó la cara y regresó unos cuantos pasos para arrojarse a la banca de metal. Respiró una fuerte bocanada para tragarse el hipo emocional. Soslayó a su coach cuando él vino rengueando, Jael se corrió para dejarle mejor espacio. Jael oyó su fuerte suspiro. Enojado. Las lágrimas picotearon mucho más.

—Perdóneme por haberme caído en la pista, coach... —susurró.

Su coach cortó otro suspiro, a medio paso de su nariz.

—¿Piensas que estoy molesto por lo que pasó?

Jael se limpió la nariz. —Es que creo que provoqué algo que hizo que Stephen y yo perdiéramos estabilidad, o no fui muy rápida para responder... Tal vez sí soy demasiado novata

para todo esto... Lo siento.

Se restregó otras lágrimas. Su coach movió suavemente la cabeza.

—Los errores en el patinaje son parte de competir, Jael.

—Pero usted está enojado...

—No estoy enojado...

—¿Triste?

Ay, y es por mi culpa.

Él exhaló. —Puede ser.

—¿Por culpa mía y de Stephen?

—Stephen puede ponerme de muchos modos, pero triste, no lo creo...

—¿Entonces es por mi culpa?

Su coach ladeó el rostro de inmediato. —¿Cómo puedes pensar eso?

Jael no supo responder. Se agarró un mechón de cabello, mirando al suelo, sin saber qué decir. Tras unos minutos, lo soslayó de nuevo. Aunque estaba tranquilo ahora, Jael notó la tristeza que seguía allí.

—¿Es por regresar a la pista, coach? —le habló bajito—. ¿Todo eso que me dijo sobre no saber cómo actuar después de tanto tiempo?

Jael recordaba sus palabras muy bien. Pero sólo hasta ahora lo consideraba. Había estado tan feliz de patinar, con un traje diseñado para ella, en medio de pistas tan grandes, que se había olvidado de los demás. Steph y su coach. Para ellos no era un primer encuentro, sino algo muy diferente.

¿Qué tan doloroso era regresar a una pista, en una verdadera competencia? Para ellos no sería sólo una caída fea en Toronto, pero Jael tampoco podía entender del todo qué podría significar realmente para los dos.

Se paseó los dedos por el pelo, callada. Esto sería todo, seguramente. Quizás, sería mejor regresar al hotel como él había dicho.

Un frágil lamento surgió del pecho a su lado.

—Si debo ser honesto, no sé cómo hacer este trabajo, Jael.

Jael lo miró. Su coach había dejado de parecer firme y era otra vez el hombre triste del bosque.

Vio su mano cerrándose sobre su rodilla.

—Antes lo dudaba, pero hoy estoy seguro. No soy bueno para esto... —Jael abrió la boca, él detuvo su réplica—. Sé lo que vas a decir. Y te lo agradezco. Pero esto es la verdad. Al venir aquí y ver a lo que debo enfrentar, lo confirmo. Con esto no estoy diciéndote que mañana me iré y los dejaré. Sólo contempló mi realidad y que, comparado con todos esos entrenadores que hoy vi... Soy un fraude. Yo soy el amateur.

Una risa triste se escapó de sus labios.

—Es patético admitir esto con tu propia patinadora... Especialmente porque tú has tenido que tolerar mucho de mí.

Se talló la rodilla una vez más. Jael miró al suelo, desanimada. Sintió el dolorcito en el brazo como si apenas cayera en la pista.

Caer y levantarse.

—¿Por qué comenzó a patinar, coach? —su mirada desconcertada la hizo sonreír—. Usted dijo que recordara lo que me llevó a la pista y que eso me ayudaría a olvidar mi miedo o mis nervios. Tuvo razón. ¿Sabe? Siempre imaginaba qué sentiría un patinador cuando se caía en medio de una rutina. Hasta hace unos días no entendí la valentía que debe tenerse. No importa

que usted piense lo contrario, usted se levantó cuando cayó. Lo hizo, aquí está. Y yo sé que debe haber una razón muy especial para todo esto.

¿Siempre hablaba más de lo debido? No quiso callar.

—Soy muy novata en esto, todavía... Pero, ¿por qué no intenta otra vez, coach? Puede ser un grandioso coach, más de lo que se imagina ahora. Véame a mí: Hace un año ni siquiera creí que iría más lejos del lago en Zermatt, ¡y ahora estoy en Las Vegas!

Su coach trataba de sonreír, sin ánimo.

—No soy la misma persona que comenzó a patinar, Jael. Ya no tengo las mismas razones que tuve para hacerlo, hace mucho...

—¿Y no podría tener nuevas razones ahora?

Su coach movió el hombro:

—Podría ser que mis nuevas razones no sean tan buenas como las anteriores. De cualquier forma, si esto era una "segunda oportunidad" para alguien como yo, probablemente lo arruiné... —su mejilla se tensó, ¿sentiría mucho dolor en sus rodillas? ¿Tanto había significado para él verlos caer en la pista?

—¿Sabe algo? Acabo de recordar algo que mi papá me decía. Él confiaba y veía lo mejor de las personas. Decía que los hombres tendrá oportunidades nuevas tanto como duren sus días... Y que Dios podía levantar a todos los que se lo pidieran, mucho más a los cansados que tenían pocas fuerzas para entenderlo. Mi Mamá no lo entendía, tal vez tampoco Papá. Yo a veces no entiendo todo, porque Dios es misterioso... Es curioso que se ve más "humano" justo en nuestras debilidades —soltó una risita—. Ay, otra vez me estoy enredando con mis explicaciones. Pero es lo que he estado viendo estos días, ¿sabe? Cuánto más siento que caigo más siento que él está conmigo.

La sonrisa de su coach, tremoló débilmente.

—Debe ser un privilegio poseer tu fe. Admito que en ocasiones me sería de ayuda, pero, desde hace tiempo yo no...

Se oía frágil y perdido. Jael tuvo el impulso de tocar su mano, sobre su rodilla.

—Nada se pierde para siempre... O eso me decía Papá.

Su coach no la contradijo, sus labios se arrebujaron, mirando a otro lado. Jael se sintió triste por él. Quizá debería insistir más con otras palabras. *"Mejores son dos que uno"*, se recordó.

—Lo que sea que deba enfrentar, coach: No olvide que tiene a un equipo. Sé que somos algo raros, y que Stephen puede ser muy desesperante... Pero, tengo fe en que podemos ser un gran equipo. Usted tuvo fe en entrenarnos. ¿Podría confiar en que podemos ayudarle? O... Al menos, que yo puedo ayudarle... —susurró bajito, incapaz de creer que estuviera diciendo tantas cosas.

—Gracias —palmeó una vez su mano, Jael asintió ante su mirada—. Lamento hacerte tolerar esto otra vez.

Jael negó, rebosante. —Los miembros de un equipo deben apoyarse, coach.

Su coach enarcó una ceja.

—Bueno, debo tener cuidado: Si tú sigues apoyando de esta forma al equipo, serás mejor coach que yo...

Jael soltó una risita.

—Jamás podría ser mejor coach que usted. Me asustan todos esos asuntos que usted hace con Olive, inscripciones y entrevistas... Ay, y no luciría tan elegante con ropa formal.

Aunque estaban en medio de la noche, Jael había visto lo bien que lucía su saco y

corbata, incluso si ahora estaba un tanto desfajado.

—Honestamente, odio los trajes... —susurró.

—Pero yo creo que le quedan muy bien... —calló de inmediato con la cara ardiendo. Tosió, consciente de que su coach la miraba—. ¡Ay, casi lo olvido! Olive me dijo que... ¿Ya cenó, coach? Podemos ir a... Creo que me dijo que... Al otro lado de la calle.

Se puso de pie, y caminó, consciente de que él la seguía. Oyó sus preguntas para saber a dónde iba. Jael buscó el lugar, tratando de sofocar el calor de su corazón. Leyó las letras del restaurante. Se viró, arrepentida por caminar tan aprisa cuando él estaba teniendo complicaciones para seguirle el paso.

—Lo siento... —respiró hondo, apenas había recorrido una calle y atravesado la avenida, pero sentía que le faltaba el aire. No se dio cuenta cuándo su coach dejó de verla para concentrarse en alguien más—. Le avisaré a Olive que ya llegamos... O creo que pueden decirme en que mesa están y...

Se giró de nuevo, en dirección al restaurante, tan rápido que no detectó a tiempo a quienes salían. Su cara se estrelló con algo duro. Jael pensó en una pared. ¿Estaba tan distraída? Pero la pared habló, con pena, cuando se volvió a ella.

—Oh, perdón... ¿Todo bien?

Jael pensó que se había encogido, porque ese hombre era muy grande o ella era muy enana. Se sobó la nariz, admirando su estatura y el peculiar tono de castañas rojizas en su barba y cabello.

—Sí, todo bien.

Pero en vez de mirarla, el hombre se concentró en lo que había más allá. Jael se giró. Su coach lo veía con la misma expresión de cautela. Jael no supo por qué sintió como si estuviera inmiscuyéndose en un asunto muy secreto en el que no debería meterse.

La triste y adolorida mirada de Erwin Schmidt había desaparecido para ser de nuevo el hombre en alerta, rígido y distante. Jael oyó el resoplido, como si hubiera atrapado a Stephen en una mala pasada otra vez.

Su voz en alemán habló sin nada de alegría.

—Buenas noches, Mikhail.

Los años sin retorno IV

Berlín, 2002

Erwin inició el bachillerato al mismo tiempo que su entrenamiento formal en patinaje artístico comenzaba a gestarse.

No fue difícil adaptarse a la rutina. Escuela toda la mañana, entrenamiento en tierra a media tarde, pista de hielo en la noche hasta las 9. Su días en Berna lo habían acostumbrado a la idea de que el tiempo personal no existía del todo. Aunque no le importaba. Patinar era mucho mejor a ir por ahí con los pocos conocidos que tuvo en el bachillerato. La mayoría eran chicos que pensaban en la escuela dual o la universidad, ir de intercambio o casarse para formalizar sus vidas. Erwin no compartía muchas de esas aspiraciones; el patinaje fue una manera de solucionarlo.

Lo único difícil fue adaptarse a dos cosas: a Berlín...

Y a su nuevo entrenador.

Papá había encontrado un departamento en Friedrichshain. “Viví aquí con mis padres, antes de mudarnos a Italia”. Todo era diferente, según Papá. El barrio era más amplio, la gente más variada, incluso más alegre de lo que recordaba. Para Erwin todo era completamente nuevo, muy diferente a lo que conoció en Wengen. Después de vivir varios años en Berna, Erwin estaba seguro de que no conocería una ciudad más grande.

Qué error. Berlín no sólo era enorme, imposible de abarcar y de entender. Era variadísima, tenía autos cruzando sus avenidas como peces en cardumen, sistema de metro, tren y transporte superior, cientos de calles que se convertían en callejones laberinticos si no iba con cuidado, edificios altos, ruido, museos, teatros, gente yendo a todas partes y él en medio de todos sin saber a dónde ir cómo conectar las direcciones de la escuela y su pista con el departamento que Papá había rentado para los dos.

Erwin estuvo cerca de odiar Berlín. Las primeras semanas extrañó como nunca la habitación con olor a pino de su cabaña. Quería oir el silencio y los pajaros contra su ventana, en lugar de ese bullicio que iniciaba con sólo poner un pie en las avenidas principales. Todo estaba más gris y frío también, y ninguna montaña gigante rodeaba el perímetro. Wengen estaba lejos, muy lejos.

Papá fue la solución. Los fines de semana, los dos salían a pasear por alguna de las calles que él no frecuentaba desde su infancia. “Sólo vine unas veces, por asuntos del trabajo o mi pasaporte... Esta es la primera vez que siento que vuelvo a casa”. Sonreía, con nostalgia. Erwin olvidaba un momento su desazón para oírlo. ¿Alguna vez había traído a Mamá? Se lo preguntó. Papá negó. “Tu madre jamás dejó Suiza, su único segundo hogar, fue nuestra cabaña... Y eso le bastó. A diferencia mía, su corazón ya estaba pleno y no necesitó salir para buscar en dónde llenarlo”.

Erwin entendía a medias. Recordaba a Mamá, con su hermosa trenza y sus ojos alegres. Plena por completo. ¿Le habría gustado Berlín? Lo dudaba, a él no le gustaba mucho. Sólo cuando Papá le mostró nuevos espacios, siempre con una anécdota detrás, Erwin sintió que dejaba de desagradarle el número de carros y el olor a polución o coladera del centro de Mitte.

Papá lo llevó a la zona menos urbanizada, al oeste, donde él había vivido. Deambularon por las calles en Charlottenburg, donde sus casitas más tradicionales destacaban por el tono de sus muros amarillos y sus ventanas de alfeizares blancos. Recorrieron desde Friedrichshain, el área silenciosa de Berlín, hasta Kreuzberg, variada por su barrio turco y sus edificios altos llenos de murales callejeros. Siguieron el paso del rio Seres, parando de vez en cuando por los

parquecillos con sus mercados ambulantes donde los vendedores migrantes ofrecían artesanías o comidas típicas de sus hogares.

Papá le enseñó a usar el metro y sus vías de conexión con el tranvía. Le regaló un mapa de Berlín con las líneas trazadas en cada color y muchos círculos marcados de aquí allá. “Mi meta es que conozcamos todos, sohn. En el tiempo entre tus entrenamientos y la publicidad que Brian le dé a la novela”. Cumplieron casi la mitad en el primer año. El último rastro de desagrado se acabó cuando Papá lo llevó a recorrer el Centro de Mitte, los bordes visibles del muro, los puntos donde había ocurrido algún combate entre el Ejercito Socialista y los invasores norteamericanos. Los museos, la Alexanderplatz, la larga Unter den Linden, los camellones de árboles frondosos en el verano...

Erwin comprendió por qué Papá hablaba siempre de Berlín y por qué había aceptado la idea de verlo patinar como un profesional. Con una sola charla de Igor Günt esa tarde en Berna, Papá fue franco en su gusto por mudarse. “Pero será sólo si tú quieres, hijo”. Erwin había detectado bien la emoción tras su voz paternal. También quería descubrir si acaso patinar sería algo más que un hobbie vespertino. Aceptó mudarse por honor a su padre, y con el tiempo aprendió a ver a Berlín como su propia ciudad.

En cambio, su entrenador fue un caso más complicado.

A diferencia de Herr Dahl, su nuevo coach fue menos pasivo en sus entrenamientos. Casi desde el primer día, le dejó claro a Erwin que su coacheo no era un pasatiempo y que, de hecho, odiaba perder el tiempo con patinadores poco comprometidos. “Este es un deporte de entrega, hijo. La inconscistencia es igual a desastre, y el talento es nada contra la indisciplina. Espero ser claro...”.

Lo fue, en muchos sentidos. Sus entrenamientos más intensos, el aumento de ejercicios para mejorar sus aterrizajes, sus palabras para motivarlo.

“¡Levántate! ¡¿O eso fue todo lo que tienes?!”. “¿Tan corto es tu límite? ¡Pensé que serías mejor que esto!”. “Domsonh Dahl dijo que tenía a un diamante en bruto... ¿o sólo era una piedra?”

El coach Günt volvió a notar la cuchilla suelta de su patín, en el segundo entrenamiento. La semana siguiente tenía un par nuevo de patines. Cuando le pidió probárselos, le quitó los que usaba desde que su madre y él patinaban. Erwin olvidó lo bien que se sentían estos nuevos, cuando vio que su entrenador terminaba de zafar la cuchilla floja para echar los botines viejos a un cesto de basura.

—Te estoy salvando de una lesión irreversible, hijo. Un día me lo agradecerás. Tus nuevos patines van a cuenta mía. Esta vez.

Erwin quiso decirle a Papá que ya no quería patinar en el Mitte Curling Ice Club. Pero Papá estaba escribiendo reseñas para un museo local, era feliz aquí. Erwin continuó por él.

Erwin aprendió que la conducta del coach Günt no era personal. El resto de los chicos que entrenaban con él, decían que tenía las tácticas del ejército alemán de la guerra fría. Su padre había formado parte de un pelotón que evitaba que la gente quisiera cruzar el muro hacia el interior capitalista. Otros afirmaban que esa estrategia concisa le había ayudado a generar una disciplina única, que lo había llevado a ser el mejor patinador de su generación para ganar los Olímpicos de Lillehammer. Erwin se percató de que el régimen iba parejo para todos. Y no era como si los otros le tuvieran miedo, pero Erwin nunca los vio contradecir una orden o consejo de práctica.

Se habituó también, porque, en efecto, la estrategia del coach Günt era muy eficaz. Para finales del año, Erwin estaba terminando sus exámenes de diciembre y calificado para una

competencia nacional en Enero. Papá estaría fuera en vacaciones, pero llegaría a tiempo para verlo competir en Frankfurt. Erwin iría a entrenar más horas después de que terminaran las clases, o esa era la sugerencia que el coach le había dado.

Estaba seguro de que sería el único. Los otros chicos, tan conversadores como un mimo, tenían más de dos años con Günt, sus rutinas eran prolijas y sus saltos más limpios. Erwin aún tenía que mejorar, sobre todo en los elementos coreográficos que seguían pareciendo deslizamientos torpes al tratar de unirlos a los saltos o los giros continuos.

Entró al pequeño domo, cargado de su mochila deportiva. Después del calentamiento de pantorrillas, cadera y extremidades superiores, avanzó al hielo. Como adivinó, la pista estaba sola. Aún era temprano para que otros usuarios generales llegaran. Hizo otro calentamiento de rutina y empezó con los primeros saltos. Después de media hora, alguien cruzó la portezuela.

Erwin se quedó quieto un momento, interceptándolo. Cuando ese otro lo vio asintió quedo como saludo. Erwin respondió al gesto y siguió en lo suyo. Trató de recordar su nombre. Estaba seguro de que él tampoco recordaría el suyo. Había hablado poco o nada con sus compañeros, y ese chico en especial era demasiado callado. De hecho, Erwin no recordaba haberlo visto hablar con nadie allí.

Inició la primera parte de su programa corto, con la música en sus auriculares inalámbricos. *My Way* de Frank Sinatra, con los giros camel y sentado que el coach Günt le había enseñado a ejercer sin marearse ni parar. De pronto, al ejercer la parte de su filo interno hacia un *«triple salchow»,* un golpe sordo le hizo entornar la vista. Se detuvo ante la caída a unos pasos.

No era raro caer en una práctica y no era como si Erwin no fuera el recluta del coach Günt que más caía. Pero eso había sido justo a su costado. Erwin puso en pausa su grabación, y se acercó al chico que seguía recargado en el hielo. Estiró una mano. El otro la aceptó y se levantó. Así de cerca, la diferencia entre alturas se hacía más notoria. Ese sujeto les sacaba una cabeza a todos, incluido al entrenador.

—Gracias.

Erwin asintió, modesto. —¿Estabas intentando un *«triple axel»?*

El otro resolló. —Tengo que mejorarlo mucho.

—¿Te estás preparando para eso? ¿Los nacionales? —lo vio asentir—. ¿Es tu primer campeonato?

Era raro que alguien más, aparte de él, estuviese aquí, entrenando como un novato. Erwin lo vio negar.

—El tercero.

Erwin frunció el ceño: —¿Tercero? ¿Y por qué estás entrenando tanto?

—Porque quiero ganar algo esta vez —lo dijo como si su pregunta hubiera resultado muy tonta.

Erwin no entendió en dónde había estado su error.

—Oh...

Pensó en seguir con su entrenamiento. El otro sacó el aire.

—¿El coach te dijo que entrenaras en vacaciones?

Erwin asintió. —Algo me dice que no tiene mucha confianza en que vaya a hacer las cosas bien.

Se rio. El otro arqueó las cejas, comprensivo.

—Pues bienvenido al club...

Erwin frunció las cejas. —Pensé que eras de los que ya tienen mucho en esto.

Estaba seguro de ser el único novato.

—Más bien soy de los que no avanzan muy rápido... En especial en mis saltos —chistó —. Muy grande para saltar alto y mantener la potencia, según el coach.

Erwin podía entender de eso, al menos. La Física seguía siendo su asignatura favorita.

—Pero tienes buenos *salchow* y *toes.*

—Igual que todos aquí.

Le dio un poco de razón. Incluso sus *salchow* más malos podían verse bien. Pero era un poco exagerado atribuirlo a una cuestión corporal.

—El coach Günt es un poco estricto, posiblemente.

—¿Un poco? —hizo una mueca... ¿o estaba sonriendo?

—Bien, muy estricto. Mi otro entrenador me daba más horas libres y me dejaba hacer lo que quisiera al meno cada 50 minutos. Aquí todo es...

—Rígido.

Asintieron los dos.

—¿Siempre has entrenado con él? —le preguntó Erwin después de un rato.

—Entrenaba hockey antes.

Erwin no supo cómo reaccionar. Había pasado tiempo desde su último partido de hockey por televisión, tanto o más de su última conversación con August.

—¿No es más rígido el hockey? —el otro dijo que sí—. ¿Por qué te cambiaste?

—El hockey no era muy buena idea en mi familia... —subió los hombros—. Esto tampoco lo es, pero tengo menos probabilidades de romperme algo. Los envistes para bloquear un lanzamiento de hockey son tan duros como el futbol americano.

¿Y eso era más peligroso que aterrizar mal en un salto triple? Erwin no tuvo idea.

—Al coach le vendría bien entrenar un equipo de hockey... —se atrevió a bromear.

Otra media sonrisa apareció.

—Mucha gente junta. He oído que no le gustan los grupos grandes... No le fue bien después de sus primeros años de retiro. O algo decían de eso y de sus problemas mediáticos...

Su forma de decirlo, entre el desinterés y el misterio, hizo que Erwin tuviera curiosidad. Una voz profunda los interrumpió:

—*Schmidt... Luttenberger*.

Su coach los llamó. Tras explicar que estaba haciendo allí, su compañero se apartó de ellos para continuar con su entrenamiento. Erwin se quedó bajo el escrutinio de su coach. Lo hizo practicar su combinación de *«triple salchow», «triple loop», «doble loop»*, tantas veces que Erwin sintió que las piernas se le endurecían por el pulso acelerado. Al final de la tarde, su combo estuvo perfectamente controlado.

—Tómate una hora, Erwin... Regresaremos a que mejores tus respiraciones entre los giros. Igual tú —señaló al otro patinador.

Pasaron la tarde haciendo lo que el coach le dictó. Incluso notó que su compañero dejaba de trastabillar en la recepción del *salchow.* Günt los envió a casa.

Erwin estaba por salir, pensando en qué prepararía de cenar, cuando el otro patinador lo alcanzó.

—Voy a cenar en un pub de aquí cerca... ¿Quieres venir?

A Erwin no le consternó la invitación sino el lugar. Apenas había cumplido 14 en octubre y, aunque era alto, ese chico no debía ser tan mayor tampoco.

—¿Ya tienes 18?

Negó. —Hasta noviembre... Es lo bueno de ser alto.

Parecía no darle gran importancia. Erwin se dio cuenta de que dudaba. No tenía ganas de cenar solo en el departamento y estaba hambriento. Aparte de lo que le había enseñado Papá, no había salido a conocer nada muy relevante.

Y tenía curiosidad de probar la cerveza casera berlinés.

—Espero que no nos atrapen —bromeó, caminando junto a él.

El otro sonrió, más en serio esta vez.

—Nunca lo hacen... Soy Mikhail, por cierto.

—Erwin.

Se presentaron, como si no lo hubieran hecho por medio de su entrenador, desde junio. Erwin no ponía mucha atención a esos detalles. Se dio cuenta de que su compañero tampoco.

◆◆◆

A su rutina se incorporaron las salidas con Mikhail.

Erwin se sorprendió. Para ser un tipo callado, Mikhail conocía bien la ciudad. Sabía de los lugares a los que era bueno ir y los que era mejor evitar por la masa migratoria. Sabía de los estadios de hielo a los que el coach aspiraba rentar, cuando tuviera mejor renombre como entrenador. Erwin se había enterado que un escándalo de apuestas y bebida habían dejado a su coach muy mal parado por varios años. “Apenas se está reivindicando. Le urgen ganadores por eso”, le explicó Mikha.

Así era como lo llamaba. *Mikha*. Era raro que un alemán, con una larga trayectoria de sangre germana tuviera un nombre soviético. Mikhail se lo explicó en una ocasión.

—El abuelo de mi madre se casó con una mujer rusa... Y de los abuelos de mi abuela uno se llamaba Mikhail. Mi mamá me puso el nombre por él. Mi padre lo detesta, no tengo idea de por qué la dejó ponérmelo.

—Mi papá dice que una esposa sabe cómo imponerse. Yo creo que te va bien... Ya sabes, para ser el nombre de un alemán, alto, pelirrojo y patinador. ¿Te volverás ruso? Allá siguen ensimismados con el rojo, mucho más que aquí.

Podía bromear con él. Mikhail le decía que cerrara la boca. “¿Ruso? Por favor...”

Seguía siendo el chico taciturno durante los entrenamientos y, casi todo el tiempo. Sólo si quedaban de verse solos o con otro grupo de patinadores más conglomerado, se le activaba algo que Erwin llamaba “charlador”. No era que Mikhail contara mucho tampoco, pero al menos se reía de las bromas que él y otros hacían, o compartía más comentarios sobre algún asunto de futbol, hockey o patinaje.

Y si alguien preguntaba a qué pub podía irse sin el riesgo a que descubrieran sus edades, Mikhail también lo sabía. Era su bandeja de conocimientos, en realidad. Erwin no comprendía de dónde podía obtener tanta información. Integrarse mejor a su propio grupo de entrenamiento, conocer los gustos por el futbol, las ligas y campeonatos, dio motivos para salir.

Procuraron ser cuidadosos. No estaban interesados en armar jaleos por beber demasiado. A Erwin no le parecía interesante formar parte de los grupos que salían a media noche de algún centro nocturno de Mitte, siempre rechazó las ofertas de su grupo de bachillerato. Se ocupó de no descuidar sus entrenamientos tampoco, justo ahora, debía prepararse para su primer campeonato como *junior*. Un *Grand Prix*. Mikhail y otros chicos que cumplirían 18 ese año, seguirían en la misma categoría. A Erwin le motivó tener gente conocida en la misma competencia, la idea de viajar solo no le gustaba, especialmente porque lo haría sin Papá.

Su primer campeonato nacional fue más exitoso de lo que esperó. Primer lugar, por encima de sus propios compañeros y otros patinadores. La temporada entrante, participó en el

Grand Prix con las mismas rutinas, con mejores elementos técnicos. Obtuvo 4tos y 5tos en las sedes preliminares. Papá lo felicitó como si hubiese ganado un oro olímpico.

A Erwin no le molestaba obtener posiciones fuera del podio. A veces, le parecía raro competir con tanta despreocupación. Sus compañeros, incluso Mikha, solían hablar de ello todo el tiempo. Todos competían para ganar. Erwin sólo competía porque le gustaba, porque lo regresaba a casa donde Mamá los esperaba a él y a Papá con una taza de chocolate caliente.

Mikhail le advirtió que eso no le gustaría a su entrenador. Antes de que comenzaran las prácticas para la Temporada del 2003, se lo dijo.

—Günt está molesto, amigo... Todos lo vemos. No le agrada eso de que vayas a la pista sin interesarte en ganar.

Erwin estaba cansado de explicar sus motivaciones.

—Sólo quiero divertirme…

—No conseguirás la atención ni los patrocinios que el coach quiere con "diversión".

Erwin hizo un mohín. Dos de sus otros compañeros habían obtenido las miradas de algunas franquicias alemanas. Una compañía de ropa los había contactado para dejar a Erwin como uno de sus embajadores. Él había hablado con Papá y su entrenador para desistir. No quería ganar dinero de esa forma... Aún quería ir a la universidad y trabajar por su cuenta.

—No desaproveches tu talento, Erwin —sugirió Mikha, usando la voz de su entrenador.

Erwin rodó los ojos. El experto en hacer imitaciones de Igor Günt era él. Mikhail subió los hombros.

—Sólo te lo dice un envidioso, tómalo como quieras —se burló de su cara.

Fueron a beber a Brauhaus Lemke como cada viernes. Erwin había aumentado su masa corporal lo suficiente para que nadie le echara miradas de duda. Mikhail ya podía exhibir orgullosamente su licencia de conducir, con una mayoría de edad grabada en la parte delantera.

—¿Para qué sacaste tu licencia, Mikha? Ni siquiera tienes auto...

—Le ayudo a mi padre a hacer entregas. Y un día tendré mi propio vehículo.

—¿Una bici? —se burló, vengativo. Mikhail le arrojó un gajo de naranja.

Erwin le preguntó sobre los planes del fin de semana. Después de entrenar, podían ir a correr al parque, jugar fútbol con otros chicos de la cuadra de Friedrichshain.

—¿O puedo ir a Pankow? —propuso. Jamás había visitado la zona de la casa de Mikhail.

—¿A *Pankow?* ¿Quieres decir... a "mi casa"?

Erwin subió los hombros, confundido de que él estuviera disgustado con la idea. Mikhail torció la boca, chupando otro gajo para enseguida sorber de su schnapps.

—Tal vez otro día, amigo...

No explicó por qué. Erwin acababa de percatarse de lo poco que Mikha hablaba de casa, mientras que él no dejaba de comentar lo que hacía Papá, su trabajo, la publicidad en otros países de sus novelas, las ideas que él le daba para elegir la música de sus rutinas. No insistió.

Erwin participó con mayor seriedad en la siguiente competencia. Mikha había pasado al grupo senior por lo que sus sedes fueron distintas. Eso no le acobardó tanto como pensó. Logró un 2do lugar en su primer *Skate America* como *junior.* Su coach estuvo mucho más complacido. Regresó a Alemania, feliz y con ganas de compartir el triunfo con Mikhail. Se sorprendió cuando él le dijo que fueran a otro pub menos transitado. En vez de celebrar sus respectivas competencias y su próximo cumpleaños número 16, Mikhail tuvo el ánimo decaído.

—Quedé en sexto —no despegó el mentón de la barra. Rodó el vaso, cerca de su cara—. Sexto. De seis... Qué fiasco.

Erwin trató de animarlo. Ocultó su 2do Lugar y cambió de tema hacia la música.

Compartían algunos gustos de folk, electrónico, incluso rock. Sin notarlo, los dos tarros comunes se volvieron cuatro, cinco, seis... Erwin paró cuando ya no sintió la lengua. Mikhail había bebido mucho más que él, estaba balbuceando sobre sus padres y lo desesperante que era ir a casa después de cada entrenamiento.

—Si fuera más listo, haría lo que ellos quieren... Pero soy demasiado... ¿cuál es la palabra? —carraspeó—: Rebelde.

Se rio, azotado contra la mesa alta. Erwin sintió apuro. ¿Se vería igual que él? No tenía forma de saberlo. El miedo de hablarle a Papá lo inundó. Jamás le había dicho que venía a pubs a consumir algo más que alitas y pizza. Buscó la cara de Mikhail, agitándolo por la espalda.

—¡Mikha!

Dormido. Erwin no quería entrar en pánico. Pero tuvo que hablarle a Papá. En cuanto dijo en dónde estaban, Papá entendió.

—*Voy para allá.*

Los recogió en el auto. Se había comprado un Beat gris después del primer año de llegar a Berlín. Entre los dos subieron a Mikha al asiento trasero, Erwin fue adelante. Conocía a Papá enojado y serio, pero ese silencio fue nuevo. Erwin no fue capaz de mirarlo.

Lo dejaron dormido en el sillón. Papá preparó café, llevó dos tazas al comedor. Erwin sentía que más líquido le haría vomitar.

—No repliques, Sohn...

Lo bebió, soportando el peso de su mirada al otro lado de la mesa. Papá se giró a la sala. Mikhail no cabía del todo en el sillón y estaba roncando.

—¿Es el mismo chico de tu grupo de entrenamiento? —Erwin dijo que sí—. ¿Mikhail?

Erwin asintió de nuevo, la boca sellada. Le había hablado de Mikhail, Papá lo había visto competir también. Después de examinarlo por varios minutos, Papá se subió los lentes a la nariz.

—¿Tienes cabeza para hablar, Wilhelm?

Erwin se encogió. Le habría gustado decir que no, pero el café le había despejado la mente. Papá notaría si mentía.

—Perdóname, papá.

—¿Por qué pides perdón exactamente, Sohn? —aguardó. Erwin hundió la cara—. ¿Por ir a un bar a beber sin autoridad legal? ¿Por embriagarte fuera de casa? ¿Por traer contigo a un amigo en peor estado que el tuyo?

—No estaba tan mal hace un...

—¿Cuántas veces ha sucedido?

Papá no necesitaba subir la voz. Bastaba su mirada decepcionada. Erwin tuvo que decirlo.

—Desde hace un par de años, papá...

Papá guardó silencio, analizando su respuesta: —¿Así de grandes eran tus deseos de beber?

—No era por beber...

Papá esperó. Erwin bebió otra vez, el café le raspaba la garganta.

—Sólo quería tener amigos.

—Un verdadero amigo no te llevará por caminos que te causen problemas, Erwin...

—No es cómo piensas, papá... No fue culpa de Mikhail. O no completamente. Ambos tuvimos la culpa. Y esta es la primera vez que sucede algo así. De todos los chicos del grupo del coach, es el más disciplinado, su forma de hablar es muy diferente también. Si lo compararas con algunos chicos de mi clase...

Algunos iban a clubes nocturnos a conocer chicas y no precisamente para entablar amistad. Erwin había escuchado sus conversaciones para presumir lo que hacían. Mikhail solo quería comer, beber y conversar. Como si no pudiera hacerlo en otro lado.

Papá lo observó por otro largo minuto. Asintió, pensativo.

—Te creo, Sohn. Tienes la mirada de tu madre cuando necesitas que alguien te crea... —le sonrió, triste—. Sólo debes entender, hijo. Los riesgos más sutiles pueden terminar muy mal. Elohim nos da oportunidades y siempre le pido por ti para que estés bien, pero no por eso vamos por ahí abusando de sus cuidados. Eres mi único hijo, quiero lo mejor para ti, con el menor dolor posible, menor de lo que yo tuve. ¿Entiendes?

Erwin bajó débilmente la cara. —¿Cuánto es mi castigo?

—Dos meses sin mesada, internet, ni biblioteca... No puedo quitarte el patinaje porque sigues en competencia, pero veré qué puedo acordar con Günt. Oh... Y también, la próxima vez que quieras ir a beber, te obligaré a llevarme. Estoy convencido de que ni tú ni tu amigo podrían superar el conocimiento de un berlinés en sus casi 60 años.

Su risa le hizo reír también. Prometió que así sería y aceptó el correctivo.

—No vas a obligarme a romper mi amistad con Mikhail, ¿verdad?

Eso le asustaba más que quedarse sin dinero por 60 días.

—No. Pero hablaré con él...

—Papá...

—No. Ya está decidido, Will. Así será. Ve a la cama ahora. Te espera un correctivo "divino" mañana al amanecer.

Una migraña terrible, sensación de vacío en el estómago y fuego en la garganta. Erwin pasó el día entero doblegándose en la cama, bebiendo agua mineral para sentir que todo en su cabeza punzaba y giraba. A una hora que no supo, Mikhail abrió su puerta, con café y desayuno de waffles, rosti y tocino picante en una charola. Erwin comió, tratando de no vomitar. Mikhail no ingirió nada del plato.

—Yo desayuné hace una hora... Con tu papá.

Erwin arrugó las cejas, le encandilaba la luz que entraba por la ventana:

—Lo siento, Mikha... Ojalá que no haya sido... un *largo* sermón.

Quería usar "entrometido", pero temía poner un término así en su Papá. En cambio, Mikhail negó, apoyándose hacia atrás sobre su cama. Tenía ojeras y mal aspecto, aunque no tan malo como el suyo.

—Para nada. Comparado con lo que hubieran hecho mis padres si me hubieras dejado allí, fue muy amable. Incluso le llamó a mi madre para decirle que me quedé con ustedes —rebujó sus labios—. Te debo una.

Erwin negó. También tenía la culpa por sobrepasarse. Mikha lo miró otra vez: —No sabía que tu papá es cristiano. Nunca lo mencionaste.

—No es "cristiano" como tal... —hizo una mueca.

—Sonaba como uno. Yo también lo soy.

—¿Cristiano?

No supo por qué sonó como si fuera algo raro o impronunciable.

Mikhail tampoco se veía cómodo con eso:

—Mis padres van a la iglesia y todo eso. Yo también voy, siempre me lo piden.

¿Por eso no quería salir con él los domingos? Erwin entendió ahora.

—Mi papá no va tanto a la iglesia. Y habla muy poco sobre eso...

Trató de disimular su ansiedad al mencionarlo.

Su Papá oraba como lo había hecho su madre, a veces asistía a una pequeña iglesia de la zona, leía una Biblia en inglés que se había comprado en algún momento que Erwin no sabía. Pero, era diferente a Mamá también... Nunca iba a su habitación para que ambos hablaran con Dios ni hacía mucha mención sobre eso. Erwin lo prefería así.

Mikhail se veía meditabundo en lo que acababa de decir.

—A mí me sonó como un cristiano... Uno serio. Me dijo que Dios veía en mí más de lo que yo podía entender. Su forma de reprenderme por lo que hicimos me hizo sentir raro. Motivado, creo...

—¿Motivado a qué?

Mikha encogió los hombros. —No sé. Pero me hizo sentir diferente... Observado —susurró, Erwin pudo escucharlo bien. No le agradó sentirse justo de esa forma.

Tras un momento, Mikha se enderezó.

—Estaba pensando... Tal vez no es tan malo que tu papá no sea un "cristiano como tal". Que te hable poco de Dios o no te hostigue mucho... —resopló, subiendo los ojos—. La verdad, mis padres hablan de ese tema todo el día. Tu papá es perfecto. Me invitó a desayunar con ustedes los sábados...

Incluso a Erwin le sorprendió esa noticia. Pero la última afirmación de Mikhail disipó todo temor. Su Papá era perfecto, sin duda.

Con el paso de los meses y las siguientes sedes del *Grand Prix*, después de varios desayunos, barbacoas e incluso de visitarlo en la iglesia a la que Papá iba, Mikhail se atrevió a compartir con ellos una idea.

Cuando estaban terminando el desayuno de un sábado de noviembre, Mikhail aprovechó.

—Encontré un departamento en Köpenick. Tiene espacio suficiente para dos personas... Pensaba rentarlo con otros chicos del entrenamiento, pero te dejé en el primer lugar de mi lista —miró a Erwin.

Su Papá analizó la idea.

—¿Köpenick? Está un poco lejos.

—No mucho, Herr Schmidt. Son 45 minutos en tren, pueden ser menos en carretera.

—¿Ya te vas a comprar la bici? —Erwin se burló.

Mikhail rodó los ojos, socarrón.

—Ahorré algo de dinero trabajando en la Ferretería de mi familia... Puedo hacerme cargo de la renta unos 4 meses. Espero que para entonces seamos mejores patinando y tengamos buenos patrocinios.

Sonrió, como si esa idea fuera fantasiosa. Pero no lo era.

Erwin miró a Papá. Habían hablado ya sobre la posibilidad de tener un departamento propio. La idea de compartir algo con Mikhail podría beneficiarlos para cuando viniera el periodo para la nueva publicidad de su libro, traducido ahora al francés y el holandés, además de las ediciones más sofisticadas que llegarían pronto.

Papá mejoró el rastro de angustia en su cara. Asintió, mirándolo.

—Tendrás que dar muchos saltos, Sohn.

Papá le ayudaría para la renta, pero Erwin entendía el reto indirecto en sus palabras.

◆◆◆

Erwin ganó su última final de *Grand Prix* como *junior*.

Obtuvo su medalla en Estocolmo y tuvo varios días para celebrarlo con Papá y otros compañeros. Mikhail también fue, su propio campeonato había mejorado. No había llegado al

podio, pero sí a la final de su propio *Grand Prix* en Marsella. Con el dinero del premio, Erwin pudo ayudarle a Mikha a pagar la renta del nuevo departamento.

Köpenick no estaba mal. De hecho, a Erwin le fascinó. El complejo de departamentos residenciales estaba construido muy cerca de la reserva que llevaba el mismo nombre. Tenían un río en la periferia, un lago de varios metros cúbicos que se congelaba perfectamente en invierno, y mucho campo despejado sin edificios ni autos. Era como volver a Wengen, o al menos a una parte.

Su departamento tenía dos habitaciones, sala, cocina y un baño compartido. Estaba amueblada al estilo moderno, con tonos grises, blancos y negros. Erwin extrañaba aún el rechinido del piso de madera, pero era mejor a lo que ya había tenido. Ni siquiera tardó en acostumbrarse al trayecto en tren o tranvía. El paisaje de casas veraniegas, castillo antiguo cruzando el puente, campos y carretera, era una vista excelente que mejoraría en verano.

Su entrenador lo citó después de las celebraciones decembrinas. Se veía serio, más serio que de costumbre. Erwin pensó en qué había hecho mal esta vez, el coach Günt incluso había citado a su papá. Les pidió que se sentaran frente a su escritorio, en su oficina rentada dentro de las instalaciones del Mitte Curling Ice Club. Después de servir café, se sentó también.

—Terminaste muy bien tu tiempo de *Grand Prix* como un patinador novel, hijo... A estas alturas no me cabe duda de que lo que dijo Domsonh es verdad: Eres un diamante. Y tienes talento por montones. Su hijo llegará mucho más lejos, Herr Schmidt —enarcó la ceja espesa hacia su padre.

—Estoy seguro, Herr Günt. Le agradezco las consideraciones.

—Ha sido un placer... —unió las manos, mirándolos con atención.

Erwin aguardó. Si no lo habían llamado para reprenderlo, entonces, ¿qué?

—Erwin... Hace unos meses, cuando empezó la competencia, hablé con ambos para decirles que esta temporada era relevante. En menos de dos meses se celebraran los Juegos de Invierno del 2006. En Torino. ¿Lo recuerdas? Te dije que el equipo estaba decidido, incluidos los patinadores que van a representar Alemania.

—Lo recuerdo, señor.

Su coach le había aclarado también que era demasiado joven como para siquiera aspirar a participar.

Su Papá pareció entender algo que él no.

—¿Estás considerándolo como participante? —su coach movió la cabeza, afirmativo—. Estaba seguro de que Suiza no optaría por un patinador tan joven.

—Suiza no... Pero Alemania, sí.

Los dos se quedaron pasmados. El coach Günt le sonrió.

—Ayer recibí la llamada del Secretario de la Sede Alemana de patinaje. El gobierno alemán quiere cubrir tus gastos como competidor oficial de la nación. Y quiere que vayas como representante de Alemania a los Juegos de Invierno.

Erwin sintió los labios unidos como si tuviese pegamento. ¿Representar a Alemania? ¡En unos Juegos Olímpicos! Inhaló hondo... Él había comenzado a patinar tan sólo para honrar la memoria de su madre.

—Eso implicaría nacionalizarlo —Papá argumentó. Erwin estaba muy aturdido como para oírlos.

—Sí. Pero con un padre alemán, que además es una figura intelectual importante de nuestro tiempo. Le darán la ciudadanía sin problema. Puede llevar la recomendación de la UIP, mi firma y otras recomendaciones deportivas. Lo harían alemán en 2 horas. Además, con el

convenio Suiza-Alemania, sus garantías como ciudadano suizo permanecerán intachables.

El coach se reclinó hacia él: —Es sólo esperar a lo que tú digas, hijo...

—¿Crees que tenga posibilidades de una victoria? —su padre intervino.

—Con unos Juegos Olímpicos, a los 17 años... Es una verdadera victoria, Herr Schmidt. No prometería una posición en el podio, porque se enfrentará a patinadores *senior* con más de una década de experiencia. Lo que es seguro es que será una puerta abierta a su carrera como figura del patinaje artístico. Lo garantizo.

Su Papá lo miró, finalmente. Erwin miró a través de sus lentes, sus ojos azules, del lector asiduo que era. Había entrado al patinaje por amor a su madre, pero Papá le había dado todo también, para criarlo solo todos esos años sin ayuda, sin reprochar nada.

Un hombre alemán, que amaba a su tierra germana. Erwin quería representar todo lo que eran sus padres.

Sintió que una parte de sí mismo moría, la parte del niño explorador que deseaba ir a la universidad, estudiar Ciencia o Física, dedicarse a la vida común como todos los demás. Pero no dudó un segundo más.

—Lo voy a hacer, señor.

◆◆◆

Papá se despidió en el aeropuerto, dos semanas después. En realidad, Erwin lo despedía a él. Su padre debía partir a America para otra promoción final de su novela, una reedición con estudio histórico-geográfico que él había añadido a su obra. Debido a que su participación en los Juegos de Invierno había sido precipitada, su padre no pudo reagendar sus actividades.

—Daría la mitad de esas regalías por ir y verte competir, Sohn —se veía lleno de pena.

—Cuidado con lo que ofreces, Friedrich —Brian Weslen, su editor, lo miró con recelo divertido. Había venido a recogerlo hasta Berlín.

Papá se burló. Pero Erwin sabía que hablaba en serio. También lamentaría no tenerlo allí. Lo abrazó.

—Descuida, papá. Disfruta tu viaje. Tienes muchas conferencias que dar.

—Veré los Juegos, hijo. Te apoyaré desde lejos... Pero estaré cerca.

Lo abrazó una última vez. Erwin sintió venir un lejano recuerdo cuando su padre se quedó cerca de su frente, con los ojos cerrados.

—Padre, cuida de mi hijo... Dale tus victorias cada día... —susurró.

Erwin sintió el instinto de bajar la cara como cuando Mamá y él oraban en su recámara. Pero se limitó a otro abrazo para su padre una última vez.

—Buena suerte, Sohn.

—Adiós, papá.

Se despidió de Brian también, recibiendo los mismos buenos deseos y las promesas de verlo por televisión. Erwin vio que ambos se perdían entre el resto de pasajeros.

Regresó días después, luego de dos semanas de otro riguroso entrenamiento, perfeccionar su técnica, mejorar su resistencia. Su chaqueta de rojo y cruz blanca a la espalda ya no estaba, sino la chamarra carmesí en pecho y mangas, costados negros, franjas amarillas en los brazos. La bandera alemana bordada en el frente izquierdo, el sello del Comité olímpico en el lado contrario.

Su equipo y su entrenador fueron al avión. Erwin tomó un momento para ver a su alrededor. No hubo nada especial en su último vistazo antes de subir al avión. Porque él no era consciente del cambio llevado a cabo. La última vez que un patinador junior y llevado por el

mero hobbie se cruzara ante su reflejo, la última vez que sintiera una libertad pueril como de niño dentro de su pecho.

Erwin percibió por primera vez la presión de un patinaje profesional, donde no era él ni su deseo de recordar a su madre lo que lo llevaría a la pista. Era un representante de todo un país y personas confiando en él.

Ya nada será igual.

Se lo dijo, con valentía, incluso emoción. Por lo que sea que pudiera enfrentar.

Nada sería igual...

Y nada lo fue.

Equipo Rusia

Capítulo 4

Nuevos comienzos, nuevos tropiezos

Moscú | Septiembre, 2019

El camino en bicicleta comenzó a llenarse de otros ciclistas cuando cruzó el río Moscova. Después de otras pedaleadas, Mikha volvió a soltarse para dejar que la inercia lo llevara. Su camino de vía general se unió al de la Olympic clycling. Lo mejor de dejar el centro de entrenamiento *Ledovyy Dvorets* de Yasenevo, además de acortar el trayecto de casi una hora por uno de 45 minutos, era hacer uso de la famosa ciclovía de más de 2800 metros. Aunque aún no la había recorrido toda, Mikha había usado ya varias rutas en su camino diario al entreno.

El trayecto de asfalto iba dejando vistazos del resto del lugar, los edificios del distrito Presnensky, los más altos de Moscú, lejos y al otro lado del río; el puente largo de color rojo, los domos y canchas de futbol, baloncesto y vóleibol de otros centros deportivos. Desde que dejaron su vieja pista para trasladarse al distrito Krilastkoye, Mikhail no terminaba de descubrir que ese justamente podría ser uno de los oblast más deportivos de Moscú. Lo tonto era haber demorado tanto tiempo en decidir cambiar de lugar de entrenamiento.

De no ser porque Vidhi y Melek habían firmado con la agencia de *Ledovyy Dvorets* para hacerse embajadores de la marca, podrían continuar en el mismo lugar. Quedaba más lejos de Tagansky, su casa, pero Vidhi y Melek tenían auto. Ahora podían usar instalaciones casi tan sofisticadas como las que SportRuska quiso darles, sin riesgos por ello.

Mikhail vio el domo de *Leddovy* de Krilastkoye. Su techo llamativo con varillas formando un cono ascendente estaba desaparecido por la bruma esta mañana. Hacía frío, aunque apenas estaba iniciando el otoño. Mikha había tenido que ponerse otra chaqueta sobre su sudadera antes de dejar su casa en Park Kul'tury. Los guantes de ciclista le apretaban, pero era mejor a sentir los dedos helados. Últimamente, le dolían más de lo normal, igual que los tobillos. Culpaba a Vidhi y a su entrenamiento intenso de esta temporada. Ella los había inscrito a un campamento de verano en San Petersburgo.

"Como mi regalo de cumpleaños" había bromeado. Ni Anna ni él cumplían años en verano. El campamento había sido bueno, en las instalaciones deportivas que el Comité deportivo de la Federación rusa había abierto en el 2010 en el segundo oblast más importante de Rusia. Mikhail conoció a viejas figuras del patinaje ruso que había visto sólo por televisión. Ganaron contactos y experiencias para nuevas rutinas. Y había visto a Anna más horas de lo que podían fuera del entrenamiento; la única casa

en renta que ella había conseguido estaba a 10 minutos caminando de su nueva pista, pero muy lejos del departamento de Mikhail.

El campamento fue extenuante. Mikhail apenas tuvo una semana para descansar antes de que Vidhi les dijera que era hora de practicar para la nueva temporada, en su nueva pista. “¡Vamos por ese *Grand Prix* de una vez!”, se oía segura, alocada, como Vidhi Sharma.

Estacionó su bicicleta en el compartimento de diario. Entró a *Ledovyy* desde la sección de la pista, saludando al policía de la entrada. Tuvo que detenerse una vez para firmar las libretas de los adolescentes en la puerta. De vez en cuando, había dos o tres esperando por Anna o por él. Después selfies y agradecimientos, siguió su camino.

Terminó su precalentamiento fuera del hielo y se puso los patines. Luego de varias vueltas en medios círculos, se quitó la chaqueta superior y los guantes. Continuó moviéndose en la pista haciendo stretching general. Los plafones de la parte media estaban apagados todavía, los encenderían hasta las 9. Aún tenía la costumbre de ser el primero del equipo en llegar, incluso si ya no era necesario. Vidhi había hecho el trato con la administración para tener la pista para ellos la primera hora después de la apertura oficial.

Media hora después, Mikhail sintió los músculos más preparados para empezar con saltos. Ensayó el «triple axel» de su rutina corta. Con los consejos del campamento y el entrenamiento de Vidhi, había perfeccionado los detalles débiles que no pudo cambiar en más de 10 años. Ahora su salto era suficientemente alto y su aterrizaje no vacilaba. Dio otro par de simples y continuó con el triple, luego saltos cortos para seguir calentando.

Se percató de la presencia de Anna cuando terminó. Mikhail vio su figura, cerca de la puerta lateral para entrar. Le hizo una seña con la mano para motivarla, pero Anna se quedó en su sitio, levantó la charola con vasos de café que llevaba en las manos. Mikha comprendió.

Salió de la pista. Se quedaron recargados sobre la barra de protección de color amarillo. Anna le entregó el vaso grande con americano. El contraste de calor hizo a los dedos de Mikhail ponerse más rígidos después del largo tiempo en el frío. Disfrutó que se entibiaran cuando apretó el café entre sus manos. Bebió un par de veces, complacido: el endulzado era perfecto.

—¿Melek te dijo cuántas de azúcar ponerle a mi café? —la miró, socarrón.

Anna dejó un momento su trabajo con la bolsa de panecillos. Hizo una mueca, ofendida.

—Creo que ya te conozco suficiente para saber cuánta azúcar ponerle a tu café, Misha —Mikha no dejó de sonreír, una ceja subió. Anna suspiró—. Tal vez sí mencionó algo sobre eso. Es sumamente observador.

—Qué bueno o este café habría sido más insípido que esa tarta de manzana...

Anna crispó el ceño, con la boca abierta.

—Vidhi tiene razón; eres un alemán cruel. La próxima vez no haré nada para celebrar nuestro aniversario como compañeros. Le diré a Vidhi que lo haga por mí.

Mikha se atragantó, aguantando una risa. —¿Y yo soy el cruel? Esa es una de tus peores amenazas, Anna.

—Preferirías eso a mis horribles pasteles, al parecer.

—Entre Vidhi y eso, comeré lo que tú quieras hacerme.

—Qué bien, *Vinny.* Porque hoy planeo hacer pastel molokó solo para ti. Y te veré comer toda la pieza como dictadora de escuela de Roald Dahl.

Mikha fingió un escalofrío. Anna sonrió otra vez, amenazante. Se echaron a reír los dos. Aún estaban bebiendo café cuando Vidhi atravesó uno de los pasillos laterales, corriendo como era usual.

—¡Por el río Moscova! ¡Qué horror! ¡Tráfico imparable! ¡A las 9, en sábado! ¡Es una locura! ¡Incluso para mí! —se desamarraba la bufanda, la gabardina, luego se reacomodó el cabello—. ¡Y qué clase de clima es este! Salí, completamente segura de que estaría húmedo toda la mañana. Pero un rayo incandescente... —exclamó, tomando el café que Anna le pasó—. ¡Debieron verlo! El rayo me dio justo en la cara antes de que me metiera a esta cafetera. No, no hablo de nuestro auto, sino de esta pista. Mírenla, parece una olla, así, oscura. ¿Dónde están las luces? ¿Por qué ese torpe de Grosky no ha prendido esos focos todavía? ¡Grosky!

Se viró hacia donde estaría la oficina de sonido.

—Van a prenderlas en unos minutos, Sharma... —Mikhail la detuvo—. Cielos, cálmate.

—¿Cómo quieres que me calme, Mikaelo? Todo es un caos. Esta ciudad... Sí, es un caos. Tú te la vives bien en tu bici pero yo, yo me iba a arrancar los pelos cuando un policía quiso detenerme en la Prospekt Marshala, ¡Sólo porque iba a 100! Es una carretera, por los carros de Nix. Ni que fuera una pista infantil... —se echó aire—. Melek tiene gusto por conducir como abuelo pero yo odio ir lento.

—¿Oh, en serio? Nunca me lo hubiera imaginado —enarcó una ceja. Vidhi farfulló, iba a sorber de su café, pero se detuvo, viendo al techo otra vez.

—¡Quiero mis luces por Krishna!

—Las encenderán en unos minutos...

—Son unos flojos capitalistas... Iré ahora mismo... Si creen que vendí a mis pequeños patinadores para hacerlos entrenar a oscuras...

Mikhail sostuvo su hombro.

—Vidhi. Las encenderán en cualquier momento. Y podemos entrenar sin luz excesiva, descuida.

Su entrenadora farfulló. Tomó de su café. Sus ojos se abrieron, tranquilos. Miró a Anna, cerca de ella.

—Oh... Dulce Annya... Qué delicioso machiato con canela y café especiado... —bebió otro sorbo, reverencial—. Oh y no está tan caliente como para hacer que se me caiga la lengua a pedacitos... Creo que despediré a Melek para contratarte a ti.

Anna meneó la cabeza, sonriendo: —De hecho, Vidhi, Melek me dejó las especificaciones de cada café. Y si está más tibio es porque llegué hace 15 minutos.

Vidhi agitó la mano, más tranquila. Las luces se encendieron, haciendo el mismo ruido del interruptor gigante que las mantenía.

Vidhi se viró a la cabina. Agitó la mano.

—¡Gracias Grosky! —el administrador se asomó, haciendo lo mismo. Vidhi suspiró, hacia sus patinadores—. Ya era hora. Un poco más y me iba a poner a discutir con él con todo mi poder. Sin Melek, es como si me hubieran retirado un sello de contención —ninguno entendió—. Cosas de mitología y anime viejo... En fin, ¡escuchen! Estos días no podré ser su madre americana, ni cuidarlos mientras hacen su entrenamiento. Tendrán que cuidarse solos, yo tengo que ver por nuestra otra

chica... —resopló—. ¿Les he dicho que los franceses son desesperantes? Y no sólo por su forma de hablar, como sea... Quiero verlos entrenar. Tengo un tercer ojo, que estaré usando mientras entreno a nuestra querida Simoné... Y estaré viendo sus progresos muy a-ten-ta-men-te —entrecerró los ojos, aguda contra los dos.

Bebió otro sorbo. Sonrió, embelesada. “Muy bien, es todo, vamos, vamos, a la pista”.

La mencionada patinadora entró justo cuando ella iba al hielo. Mikha y Anna vieron a su entrenadora en acción, usando un francés curioso que pocas veces le oían.

—*Bounjour, mon chere!* ¿Lista para tus últimos entrenamientos?

Anna se viró a Mikha. —Comienzo a extrañar a Melek.

—Y eso que apenas se fue ayer...

—Ojalá que regrese el lunes como dijo, o Vidhi será una mandona.

—¿Qué no lo era ya?

La voz de Vidhi irrumpió, a la distancia: —¡Los estoy oyendo, pequeños desobedientes!

Era obvio; con sólo ellos en la pista, se oía hasta su respiración. Mikhail sonrió, con vergüenza. Comenzaron de nuevo sus ejercicios, mirando de vez en vez al entrenamiento vecino. La muchacha a la que Vidhi y Melek supervisaban desde junio era una patinadora francesa recién iniciada en la categoría senior. Simoné Sinclair, de piel oscura y cabello rizado que solía apretarse en una bola para poder entrenar. No era la primera en pedir ayuda. Otro par de categoría junior había venido desde Hungría a solicitar una coreografía para su programa largo de la temporada. Se quedaron una semana para aprender la rutina, después regresaron a su país. Otros patinadores ya estaban preguntando por servicios coreográficos o consejos técnicos. Desde sus Olímpicos, Vidhi La Loca y su socio de entreno se convirtieron en referencias destacables.

Vidhi y Melek dejaban a los nuevos patinadores hospedarse en su casa, como parte de sus servicios. Los llevaban a entrenar a la pista nueva, que resultó mucho más beneficiosa ahora que tenían más gente a su cargo. Después de las prácticas y sesiones de coaching, los dejaban libres para hacer lo que quisieran fuera de la pista. Simoné era algo así. Por raro que pareciera, Rusia no le asustaba como para estar por su cuenta. Vidhi y Melek volvían a centrar su atención en Mikha y Anna en cuanto terminaban con los otros.

Mikha tuvo que aprender lo que era compartir a sus coaches. Desde sus días en Berlín en el grupo de Igor Günt, no había tenido que hacerlo. Anna no lo resintió, estaba acostumbrada a la dinámica. Mikhail se preguntaba si Vidhi y Melek repetirían la buena mano que tuvieron con él, o si sólo había sido causa de suerte. Por la manera en la que ellos se dedicaban a los nuevos y por lo bien que seguían entrenándolos a Anna y a él a pesar del tiempo compartido, Mikhail intuía la respuesta.

Resultaba interesante oír a Sharma gritar en francés, sola, sin la prudencia de su otro coach. Melek había ido a Berlín para dejar los vestuarios de otro equipo que había solicitado su ayuda como coreógrafo. Mikhail pensó en Erwin por enésima vez. Después de visitarlo en Suiza, le había enviado un mensaje nada más, el día en que Vidhi le dijo “¿a que no sabes quién es el nuevo coach estrella de la Unión de Patinaje, Mikaelo?”. Erwin había aceptado el puesto después de todo. Mikha leyó un artículo de la EuroSport de Alemania donde lo entrevistaban a él y a sus patinadores.

Pero no había reunido suficiente coraje para llamarlo otra vez ni para hacer un viaje corto a Berlín. Le pedía a Dios por eso, cada día, recuperar el tiempo perdido y ayudar –si es que había algo en lo que pudiera ayudar–, sólo para que otra tarde y noche pasaran, sin que él hiciera nada. Pensaba en Erwin y Herr Schmidt cada vez que patinaba sintiendo el golpeteó del dije de cruz contra su pecho, pero la tensión lo afectaba al saber que la competencia estaba tan cerca y que, tarde o temprano, volvería a encontrarlo. ¿Afectaría su patinaje como en febrero? Su equipo había atribuido su quinto lugar en el Campeonato Mundial en Japón a la mera competencia o mala suerte. Pero después de haber enfrentado a Erwin, a su aspecto desaliñado y ojos perdidos, Mikha sabía la verdadera razón. Seguía diciéndoselo como freno para no llamarlo y poner de cabeza todo otra vez, tratando de concentrarse en lo que Dios le había permitido obtener y no dejarlo ir...

Sostuvo a Anna cuando la giró en su «triple twist». Vidhi había propuesto que intentarán un cuádruple en el aire al inicio del verano... Melek contuvo sus ideas. Mikhail impulsó a Anna hacia atrás, para verla patinar en reversa, con un pie levantado. En vez de continuar con el resto de la práctica, volvieron al centro para entrenar sus giros. Mikha la soslayó un momento. Aunque Vidhi y Melek le habían dado entrenamiento riguroso como a Maddy, seguía viéndose delgada, especialmente con su ropa deportiva. Todavía usaba mangas largas y medias oscuras. Se había dejado crecer el cabello para ya no peinarlo hacia atrás, en el antiguo estilo serio. Ahora tenía flequillos en la frente, las sienes y las orejas. “Para verme un poco mayor”, había dicho. Vidhi la había llevado a un lugar de estilismo.

Mikha sentía que era lo contrario, se veía más joven. Demasiado joven para un tipo enorme que usaba la barba más crecida desde enero. A Anna no parecía incomodarle verlo con más vello en la cara, así como no lo recriminaba por hacerlos perder el Campeonato del Mundo, ni por tener la mente en Erwin y lo que no había hecho en más de 7 años.

Notó que iba mal en sus giros combinados. El giro sentado de Anna tenía el ritmo de siempre, pero él se había quedado atrás en algún momento. Cuando acabaron, tras un giro lateral, Anna se viró a verlo. Vidhi fue más rápida, desde su lugar al otro lado de la pista, con Simoné le gritó.

—¡Estás desorientado como una pirinola, Mikaelo!

Mikha se disculpó. Intentaron otra vez. Se esforzó por dejar de pensar y concentrarse en el tiempo de sus revoluciones, el olorcillo a agua y brisa de Anna. Pudo terminar su serie de giros combinados, mucho mejor esta vez. Continuaron con las elevaciones, en ensayos simples, sin completar del todo las rutinas. Melek había dicho que su ropa estaría lista la siguiente semana; practicarían con detalle en cuanto la tuvieran.

Tomaron un descanso, recargados en la barra de contención, del lado del hielo todavía. Vidhi estaba concentrada en afinar los mínimos aspectos de la rutina de Simoné. La vieron hacer su combinación de *«triple salchow», «triple toe-loop»* y *«doble toe-loop»*, sin vacilar. Sus giros en biellman y camel eran concisos; su coreografía con música de la Ópera *Carmen* de Bizet, elegante y alegre.

—Es buena... —musitó Anna.

Mikhail siguió frotándose los dedos. —Lo sé... Y pensar que empezaron conmigo, directo a la categoría de pares.

Anna lo soslayó.

—¿De quién hablas?

—De Vidhi y Melek.

—Yo hablaba de Simoné Sinclair —se rio. Pero le dio la razón—. Los dos son asombrosos. Ojalá hubieran sido mis coaches desde el principio.

Mikha detectó el dejo de nostalgia. A veces, a pesar del tiempo, seguía detectando eso. Como si hubiera algo que nunca la dejaría libre por completo. Mikhail se sentía incapaz de nada, menos de preguntar. Mantener contacto con Darya Pavlova lo hacía más difícil. Mikhail subió una mano para deslizar un dedo en su cabello, ya era tan largo como para afianzarlo suavemente detrás de su oreja. Anna lo miró.

—Todo está bien, Mikhail... —su sonrisa surgió plana. Anna sostuvo su agarre, avergonzada. Parecía indecisa sobre lo que diría, pero todo cambió cuando sus ojos se concentraron mejor en su mano—. Mikhail, tus dedos... Están fríos y... Muy duros —acarició sus falanges.

—Es por el hielo. Vidhi nos tiene aquí casi todo el día.

Era cierto. Anna siguió presionando con sutileza, le frotó la mano para darle calor con las suyas. De pronto sonrió.

—Creo que voy a obligarte a usar guantes otra vez...

Mikha soltó una pequeña risa. El suave masaje se sentía bien.

—Honestamente, lo prefiero así. Tú sabes, los guantes aumentan la probabilidad de caídas a media elevación. Y me gusta más el contacto directo, piel y piel...

Se dio cuenta de lo mal que sonó. Anna lo miró, sorprendida.

—¿Piel y...?

Mikhail carraspeó: —Quiero decir que... Es mejor sin nada estorbando, para poder sentir mejor... afianzar mejor... No me refiero a que no me guste sentir, Melek nos dice que hay que sentir la música y el patinaje y... Pero en nuestro caso, acordamos que... Y es mejor porque buscamos hacer lo que agrada a Dios y no a nosotros mismos... Sólo que, en el patinaje... Sentir no... —resopló—. Cielos, no sé por qué estoy diciendo tantas...

—Ya entendí, Mikhail —su risa lo detuvo. Mikhail farfulló otra vez, apabullado por el calor. Anna terminó el masaje en su mano—. ¿Quieres que cambie el tema por algo menos vergonzoso?

—Por favor...

Anna sonrió. —Ayer me llamaron de nuevo del *On Ice Russia.*

—¿La oficina de Viktorovich otra vez?

—De hecho, fue el Señor Viktorovich personalmente...

Mikha se ladeó a verla, incrédulo. —¿Te llamó Yevgeni Plushchenko?

Anna hizo un pequeño gesto de temor.

—Él mismo. Al principio no lo creí, pero reconocí la voz... Hedda lo conocía, nos llevaron varias veces a verlo para aprender de él —subió el hombro, otra vez, perdida en el pasado.

—¿Y qué quería?

—Lo mismo de las veces anteriores. Dijo que era muy seria la propuesta para unirnos a su grupo de eventos del siguiente año. *“Sólo necesitan venir a San Petersburgo nuevamente, Annya Grekova. Será un placer recibir a nuestros medallistas*

olímpicos más recientes". Amenazó con llamarte a ti después.

Mikhail lo reflexionó. El campamento de verano les había dado la oportunidad de conocer patinadores retirados de competencia que ahora se dedicaban al patinaje de espectáculo. Una importante coreógrafa se había acercado a ambos. "Ustedes podrían ser demoledores, ¡espléndidos!". Era exagerada y enigmática, casi como Vidhi. Cuando se lo comentaron a sus coaches, los dos se sorprendieron. Sugirieron que lo consideraran, pero, al pasar los días, Anna y él perdieron interés. La oficina de eventos los llamó unas cuantas veces, el nombre de uno de los organizadores principales tampoco los convenció de cambiar sus planes. A Mikhail no le importaba mucho conocer al mejor patinador de Rusia, menos ahora que todo afán de triunfo se había ido. Anna tampoco se había dejado impresionar.

Pero la vio pensativa esta vez.

—¿Quieres que lo intentemos?

Anna levantó el hombro. —No lo sé. Lo estuve pensando desde ayer, porque me habló del espectáculo y la temática del siguiente año. Quieren hacer musicales, con ópera y orquesta en vivo. Me pareció curioso. Recordé mis días como bailarina. El show de hielo es más parecido al ballet, si lo pienso bien. Y es menos demandante, o fue lo que me dijo Yevgeni Viktorovich.

Mikhail jamás había considerado el show de patinaje como algo a lo cual dedicarse. Pero antes no tenía a Anna. Ella, en cambio, lo miró de nuevo. A Mikha le consternó su gesto demandante.

—Pero no quiero retirarme de la competencia todavía, Mikhail.

—¿Por qué no?

—Porque iniciamos hace poco... No hemos tenido una sola temporada larga, sin que yo lo arruine...

—Anna...

—Sabes que es cierto. Los dos años anteriores, en la primera etapa, lo hice mal o te detuve, a todos... Sí, sé que era necesario. Pero cuando salí de la Casa de Restauración, prometí que aprovecharía esa oportunidad. Y hacerles ganar lo que les hice perder.

Se recargó de frente a la barra, con la cabeza entre los hombros. Mikhail se acercó, posó una mano sobre las suyas.

—Anna, jamás hemos querido presionarte. Somos...

—Un equipo. Siempre me lo has dicho. Y por eso es que quiero continuar. Amo a este equipo. A cada uno... Descubrí lo maravilloso que es patinar con ustedes y así quiero seguir —bajó la mirada, abochornada por hablar tanto.

Mikhail descubrió el tono en sus mejillas. Rodeó su rostro con ambas manos y la miró.

—Pues seamos y sigamos como un equipo, Annya...

Guardó silencio para permanecer así, contemplándola, hasta que sus ojos azules respondieron sin que ella dijera nada. Anna sostuvo sus muñecas y se estiró para alcanzarlo. Antes de rozar su nariz con la suya, se detuvo. Mikhail entendía su prudencia, él mismo se obligaba a tenerla. Pero estaban en una zona segura...

Siempre que la tenía cerca, sin la vieja forma de retraerse, con el camino afirmándose sin que él interfiriera más con lo que Dios tuviera planeado... Mikha sentía que era una zona segura.

La haló para besarla al fin. Cuando Anna regresó su peso entero al hielo, y Mikha la acarició de la mejilla, ella alzó su mano para tallarle suavemente la barba.

—Pensé en algo cursi —se llenó de timidez.

—¿Qué?

—En que... Nada me gustaría más que patinar contigo... Toda mi vida.

Mikhail contuvo una exhalación y el deseo de besarla otra vez.

—Deseo lo mismo —concretó. La abrazó, orando en su corazón.

La presencia de Vidhi surgió del otro lado del muro amarillo, igual a un payaso de resorte en una caja sorpresa.

—¡Qué tiernos! ¿Hasta cuándo se van a quedar allí, par de...? ¿Cómo le dicen? ¿Borregos? ¿Palominos?

—Sharma —Mikha exhaló fuerte, conteniendo el susto—. ¿Estás loca? ¿Cuánto tiempo llevas allí?

—Mucho antes de que los dos empezaran a ponerse cursis... Annya dijo que nos ama, a cada uno. Fue tan adorable —moqueó, dramática—. Y ya que dijo que ama a todos en el equipo, yo no me haría ilusiones, Mikaelo. Cualquier día de estos podría convertirla en mi patinadora estrella. Esto de entrenar individuales me está gustando... No, no me mires así, *Mickey.* No te estoy despreciando. En fin... Madeimoselle Simone se fue a su descanso y faltan menos de 15 minutos para que esto se llene de rusos. Por mi pequeño asistente ausente... ¡Sólo 15 minutos! ¡Vayan al centro de la pista! Iré por mis patines y les daré una dosis de Vidhi Sharma. ¿Piensan que ese Campeonato de Helsinki se va a ganar solo? ¿Y todo el *Grand Prix*? ¡Vayan, vayan!

Fue detrás de ellos. Mikhail oyó a Anna reír. Extrañarían mucho a Melek para frenar a Vidhi las siguientes horas, fue la práctica más intensa de sus últimas semanas. Pero ninguno se quejó por hacer lo que amaban.

◆◆◆

Melek llegó a casa, en la madrugada. No estaba de buen humor. El avión se había demorado una hora más, debido a una inconsistencia en el sistema de salida, o algo así le explicaron en la recepción de vuelos de Berlín.

Abrió la puerta, guardando el mayor silencio para no importunar a los huéspedes, ni despertar a la Señorita Sharma. Sin encender ninguna luz, dejó su valija en el lobby inferior, se puso sus zapatillas de casa y fue a la cocina. La lámpara de pantalla persa estaba prendida y la Señorita Sharma en el comedor principal, con su bata de raso puesta.

Melek se quedó helado, dentro del umbral hacia la cocina. Se golpeó la frente con la mano.

—¿Estuvo esperándome, Señorita Vidhi?

Ella se miró la muñeca, como a un reloj.

—Una hora y media, nada más.

Melek exhaló. —Lo lamento, Señorita Sharma, mi avión se retrasó... Y mi celular...

—Muerto.

Melek hizo una mueca, derrotado. La Señorita Sharma se levantó de su silla y apuntó.

—Siéntate, Melu. Sé que tienes mucho que contarme.

—Quizás sea mejor si me voy a dormir...

—Y te daré de comer.

Melek se sentó. No quería hablar ahora, pero su estómago se quejaba. Y discutir con la Señorita Sharma no era una buena idea, menos si estaba de malas.

Lo dejaron comer un plato de thali hasta que se sintió satisfecho. La Señorita Sharma haló una silla junto a él y lo miró comer. Melek conocía sumamente bien esa expresión interrogante. Pero no quería contestar preguntas; prefirió hacerlas.

—¿Simoné terminó su entrenamiento?

—Esta mañana... Regresó a Marsella en la tarde. Va a competir en el *Autumn Classic* y en dos sedes del *Grand Prix.* Tardaremos en verla.

Eso quería decir que no coincidirían en ninguna. Melek esperaba presenciar al menos una de sus competencias en vivo. Podría ser hasta el Campeonato Europeo...

—Es bueno que haya completado su entrenamiento. Le deseo lo mejor.

—Le irá bien. La entrenamos nosotros... "En parte" —subió los ojos, apretándose la bata. Melek sabía qué quería decir.

Simoné tenía un entrenador formal desde su desarrollo como junior. Guillem Favoir. Muy bueno para el área técnica, menos experto en la consistencia y en la interpretación. Simoné había visto la participación de Mikhail y a Anna en los Juegos Olímpicos, por televisión; había suplicado a sus padres y a su coach poder conocer a los entrenadores de la pareja de El Lago de los Cisnes. Amaba la danza clásica; Melek le había construido su programa largo de *Carmen* tomando sus ideas. La señorita Sharma y Guillem Favoir habían hecho su programa corto.

Con los pocos meses con ellos, Melek notó cuán problemático era trabajar con un coach diferente a la Señorita Sharma. Guillem no se había hospedado con ellos, iba y venía de Marsella a Rusia cada semana. Aun así, había sido insoportable. Varias ocasiones, Melek tuvo que recordarle a la Señorita Sharma que no usará la palabra altisonante favorita de los franceses, justo con Guillem Favoir a unos pasos. Uno de sus miedos al ir a Berlín tan repentinamente había sido eso. Pero el coach de Simoné no se había parado en Rusia en toda la semana, concentrado en sus otros patinadores.

Había sido menos demandante coreografiar a Jenci y Sabo; aunque ellos habían estado aquí sólo una semana antes de regresar a Hungría. Trabajar con personas era complicado, Melek lo sabía. Por eso se debía ser sumamente profesional y cauto, erradicar sentimentalismos y concentrarse en el trabajo. Había tratado de hacérselo entender a Olive Gomer con su visita, pero el sabor amargo permanecía en su boca.

—¿Está tan malo el thali? —la Señorita Sharma podía leer sus pensamientos. Siempre.

Melek negó, remojando su pedazo de chapati en el plato. La Señorita Sharma lo veía, ya no era la niña curiosa, estaba aguardando.

—¿Y tu viaje, Melu? Siempre le cuentas a Vidhi Sharma lo que hiciste...

Melek masticó. —Fue un viaje placentero, Señorita Vidhi. Fui al barrio viejo.

—Como siempre.

Apretó la boca, mascando más lento. —Es el lugar donde crecí, o una parte de mí...

—¿Y debes pasarlo allí para atormentarte cada vez que regresas a Berlín?

—No me atormento, Señorita Sharma.

—No, sólo te echas en cara todo lo que no puedes hacer...

Echó un suspiro. —Es para recordarme de dónde salí.

—Por Foucault y sus teorías de culpa, Melek Bariut... Siempre que te dejo ir sólo a Berlín pasa lo mismo. Debes soltarlo. No eres, ni serás jamás, el mismo muchacho del Barrio viejo, o el que vivió en Turquía o el que vivió en Siria.

Melek se echó sobre el respaldo, mascullando.

—No, señorita Sharma. Sólo soy un sirio sin nación fija, con un permiso del gobierno ruso para ir a la calle sin que me encierren por tener la apariencia de un migrante sin papeles... Y un sirio que lee las noticias cada día para darse cuenta de que el mundo sigue igual. O peor. Mucho peor...

—¿Sigues leyendo el periódico internacional? Y no me digas, también te auto flagelas escribiendo en ese diario cada día —estaba enojada. Melek entendía; le había prometido dejar de lado las noticias diarias, en cualquier medio. Especialmente si eran sobre su país.

Esta mañana había leído el encabezado de un diario berlinés. Alemania cerraría sus puertas a nuevos migrantes de medio oriente a partir de diciembre. Después de mucho tiempo, Melek volvía a preguntarse si estaba haciendo bien al ocupar su tiempo en cosas como un deporte que enriquecía a la misma gente centroeuropea que los rechazaba, mientras que todo en su país empeoraba.

Soltó el pedazo de pan que le quedaba.

—Quizás Alá me castigó con el accidente en mi cervical para que entendiera de una vez que debo hacer algo por mi país...

La Señorita Sharma resopló: —¿Ahora vas a creer en Alá?

—Alá, Yahvé, Visnú... Podemos llamarle “la vida” si quiere... Debe haber algo que pueda hacer...

—Lo hay, y es hacer bien tu trabajo por tus personas: Tus patinadores, tu gente. Si haces muy grande tu círculo, no podrás alcanzarlo, Melek. Entiéndelo.

No lo entendía. Menos ahora que su hermana seguía creciendo y volviéndose la mujer independiente y vulnerable que le recordaba a su madre. Su madre... Melek quería que Olive se pareciera a cualquiera menos a su madre. Inhaló hondo. No quería pelear con la Señorita Sharma, sobre todo después de un plato de thali y curri come éste. Se quedó prendido de la imagen del plato casi vacío.

—¿Y cómo está mi pequeña Olive? No pensarás que no me doy cuenta que estás evitando hablarme de ella, ¿o sí, Melu?

Melek se acomodó en la silla.

—Parece que está bien.

—¿Y su equipo? ¿Renunció a su trabajo en el salón de STEPS?

Melek dijo que sí: —Los acompañará a las competencias. Dejó a Madame Magüira y al Señor Rosko a cargo del club mientras no estamos ninguno de los dos.

—Prudente —estaba satisfecha. Melek no quiso decirle que él no se sentía cómodo con eso. Le había agradado la idea de que Olive colaborara en un equipo de patinaje, pero ¿a qué costo? Todavía no lo sabía.

—¿Y cómo está manejando todo el ex veterano “soy el mejor patinador de Igor Günt y la UIP me ama más que a todos”?

La Señorita Vidhi no tenía problema en ocultar su desdén por Erwin Schmidt. Melek no la culpaba; sus pocos encuentros en la Clínica de Santa Bárbara, tiempo atrás, no les dejaron buena impresión.

—Es muy bueno en lo que hace. Aunque me di cuenta de que tiene dificultad para integrarlos. Sus patinadores no son consistentes como pareja. Uno de ellos en especial —frunció los labios, el mal sabor de boca regresó.

—¿El duendecín vetado por la UIP? Oh, y tantas ganas que tenía de que lo entrenaramos...

Melek resopló. Gracias a todos los dioses y cielos en los que no creían por no tener que lidiar con un sujeto así.

—El estilo de Olive es muy claro en ellos... —no notó que susurraba.

—¿Su estilo?

Asintió, mecánico. —Tengo el presentimiento de que está dejándoles sobrepasar la línea de lo profesional. No sólo toman su técnica de baile, la tratan como a una igual... Pero es tan ingenua que está dispuesta a dejar que la menoscaben por ser una buena persona...

La Señorita Sharma le hizo girar de la silla.

—¿Qué estás diciendo, Melek? ¿Alguien está tratando de herir a nuestra Olive?

La cautela ardía en sus ojos. Melek sentía algo peor quemándolo. Pero no podía estar seguro. Su hermana no le había explicado nada la noche del sábado, cuando ese patinador engreído llegó al club, a media presentación. Ella actuó con entereza para continuar con el espectáculo. Él le gritó al día siguiente que no quería verla rebajarse otra vez ante nadie, mucho menos ante un inglés que tenía mala fama. Un británico, precisamente. Pensó en su madre otra vez; la hizo desaparecer...

Su hermana se había tragado las lágrimas, mientras él la reñía. Melek le dio un ultimátum. “Si escucho algo más sobre esto, lo consideraré ingratitud por todo lo que he hecho por ti, Olive”. Sabía que había sonado demasiado duro. No quería disculparse. Olive dijo que haría su trabajo como él quería.

—¿Todavía estás enojado por su cabello? —la Señorita Sharma lo acusó con la mirada. Melek tuvo otra razón para molestarse.

—Es un color horrible.

—Por David Bowie y sus colorantes, Melek...

—Ya sé, Señorita Vidhi. Ya sé. Un día tendrá que crecer y ser una mujer independiente. Nadie lo quiere más que yo. Que sea libre, dueña de sí misma... Que deje de recordarme a...

Frenó su lengua. La señorita Sharma suspiró.

—A la vieja Gomer.

Melek se estregó la cara: —Olive es tan parecida a ella. Esperaba que sólo fueran en su aspecto físico. Pero también puede parecerse en otros. Sus debilidades... Si es así, está perdida.

Había luchado por un futuro diferente para ella. Pero quizás la teoría de que la sangre era una carga más fuerte que la voluntad, era cierta. Quizás Olive estaba destinada a ser como su madre. Incluso si ella no la había conocido como Melek tuvo que hacerlo.

La Señorita Sharma dejó su lugar y rodeó su silla. Melek sintió sus dedos masajeándole las sienes. ¿Se había acabado el interrogatorio? No era como si le aliviara. Una migraña aguda era lo que sentía.

—Ve a darte un baño, Melu. Le enviaré un mensaje a nuestros tortolos para postergar el entrenamiento hasta el martes.

—¿Tortolos? ¿Anna y Misha? Ah, pero... El campeonato es en menos de 10 días, Señorita Sharma... Y aún debo ir por los trajes en Akzel Loop para ambos.

—Ail-Zahyr Melek Bariut.

Ya no pudo replicar. Las manos de la Señorita Sharma lo dejaron y él caminó rumbo a la alcoba, mientras ella recogía los restos de la cena. Después de subir las escaleras y pasar el pasillo, Melek oteó el piano en el salón superior. Si le hubieran permitido elegir, habría abierto la tapa para pisar las teclas con la arritmia de una melodía de Stravinski o un Concierto de Rachmaninov. Rudo hasta sacar lo que estaba devorando su calma como polillas a la madera.

Nadie querría oír el piano a plena madrugada. Melek se resignó a tomar un baño de agua tibia. Terminado su aseo, se puso una de las pijamas de lino del armario. El olor de incienso y sales relajantes le invadió lentamente la nariz. Al salir del cuarto de ropa, las lámparas de cabecera eran las únicas dando luz en la recámara. Sabía que el incensario estaría sobre la repisa que habían colocado a los lados de la puerta. Melek vislumbró el halo aromático que lo llenó por completo al llegar a la cama.

La Señorita Vidhi estaba en medio, sin la bata japonesa que llevaba en la cocina. Melek pudo ver sus hombros descubiertos con el vestido de raso tipo camisón. Olvidó por un momento su mal humor para contemplar su rostro de cejas negras, su melena castaña bajando por su espalda. Se sentó en la orilla, quitándose las pantuflas, riendo cuando ella le pasó los brazos sobre los hombros para cruzarlos sobre su pecho.

—Perdón, Señorita Sharma... Pero me perdí, ¿estamos celebrando algo?

Sólo había incienso y atenciones al final de las competencias, con triunfos o derrotas, en los cumpleaños y días esporádicos en los que ella tuviera ideas de cambiar la rutina.

—El asistente de Vidhi Sharma regresó. Ella tiene que celebrarlo.

Melek volvió a reírse, dejó que ella pusiera sus manos sobre los botones de su camisa de dormir.

—Dígale a Vidhi Sharma que su asistente llegó cansado y si se queda dormido en medio de todo, ella se puede reír o...

—¿Darle un golpe con la almohada? —lo haló hacia atrás. Melek cayó sobre el colchón, riéndose.

—Sí... Vidhi Sharma, puede darme un golpe con la almohada.

Si eso lo ayudaba a relajarse, y olvidar las cosas que acrecentaban su ansiedad.

La Señorita Vidhi se reclinó, asomándose por encima de él unos centímetros. Melek pudo atravesar los dedos entre su cabello, cortinas de café destilando. Y recordó por qué había estado tan ansioso de llegar a Rusia.

No era Rusia, ni Tagansky. No era el patinaje ni ocuparse del barrio viejo de Berlín. No era bajar del avión y llegar a un lugar concreto. Era esto.

Vidhi Sharma, reconfortándolo hasta que dormir no fue un agujero de oscuridad y olvido, sino una nube suave. La nube sobre la cual la escuchaba respirar, dormida junto a su cuerpo igual de tranquilo.

◆◆◆

El Campeonato de Helsinki fue más emocionante de lo que esperaron. Muchos competidores europeos y asiáticos, audiencia local y corta, pero un público de seguidores que ni Anna ni Mikhail imaginaron ver. La tribuna disfrutó sus programas,

tanto como sus entrenadores habían disfrutado diseñarlos.

Una combinación de swing y charlestón para el Programa corto, y la canción *Hymn for the weekend* de Coldplay con fragmentos de música tradicional india para el Programa largo. La idea había sido de Anna; después de hablarlo con Mikhail, los dos le anunciaron sus ideas de rutinas a sus coaches. “Queremos que los programas de esta temporada sean en honor a cada uno”, les explicó Anna. Vidhi aulló emocionada. Melek diseño el Programa corto con la canción *Hey, Johnny.* Vidhi estructuró con ambos la música del Largo, y con la ayuda de Melek coreografiaron 4 minutos y medio de Coldplay y melodías típicas de India. Sus dos rutinas tenían elementos suficientes para pasar al podio si todo salía bien en la arena.

Y así fue. La segunda semana de Octubre, ganaron su primer campeonato de la temporada. Anna estaba pletórica; era su primer oro con Mikhail. Al ver su sonrisa mientras recibían su medalla, confirmó lo que había dicho. Sólo era el comienzo, quería hacer esto toda su vida, todo lo que no había aprovechado ni disfrutado al competir sola, quería hacerlo ahora. Nada ni nadie se lo impediría, al fin.

Se quedaron en Helsinki un día más, después de que el campeonato terminó oficialmente. Recorrieron con Vidhi y Melek las calles de una ciudad tranquila, los edificios arquitectónicos importantes como el Museo Nacional y el Parlamento, su iglesia luterana de fachada neoclásica pero con cúpulas redondas de color azul igual al mar que limitaba a la ciudad. Para Anna fue como visitarla por primera vez, le pareció que la medalla dorada que recibieron poseía un mejor brillo que la sortija de compromiso que Erik le entregó justo en la misma ciudad.

Regresaron a Moscú antes de que se convencieran de quedarse otro día para ver el famoso Parque Nacional de Nuuksio. Aún debían prepararse para su siguiente competencia, sería en menos de una semana. Entrenaban por la mañana, Vidhi no quería sobrecargarlos con demasiadas prácticas con otra competición tan cerca. “Ya revisé la lista de parejas del *Skate America*... Vamos a ganar otra vez”. Estaba confiada. Anna se sentía igual.

En la tarde, Mikhail venía a su departamento a comer. Si no estaban muy cansados, Anna le pedía que fueran hasta Park Kul’tury para ver a *Dosto.* Mikhail continuaba haciendo el comentario de que ella iba a su departamento sólo para ver a su perro.

—Deja que él se quede conmigo y ya no vas a dudar de mí... —se reía.

—Buen intento, Anna. Pero *Dosto* se quedará en mi casa, junto a mí.

Los fines de semana salían a conocer otro parque de su nueva zona, para hacer su rutina de cardio o para llevar a *Dosto* a pasear. Incluso si Mikhail se veía disgustado de que su única opción de vivienda fuera ese departamento tan alejado, Anna sabía que Mikhail disfrutaba más de los parques amplios del distrito. La primera vez que estuvieron en la ciclovía olímpica, lo vio enmudecer por el asombro. Siempre decía que le compraría una bicicleta el siguiente verano para recorrer el sendero de punta a punta, juntos. “Y con *Dosto*”, agregaba ella para ver cómo ponía su cara de tipo serio.

A Anna también le disgustaba vivir lejos. Su departamento en Krilastkoye tenía proporciones similares a su casa en Sokolniki. La diferencia era que estaba en el tercer piso de un edificio grueso de departamentos, y que tenía mejor apariencia. Mikhail le había ayudado a mudarse, después de pasar varios meses buscando casa y de vivir permanentemente en la Casa-Palacio con Vidhi y Melek. Esta opción en Krilastkoye fue

la más cercana a cualquier punto del Centro de Moscú. Su nueva ubicación resultó muy beneficiosa en el momento en el que tuvieron un nuevo lugar de entrenamiento, justo en este distrito. Anna podía llegar caminando, en menos de 10 minutos.

Pero, aunque el distrito era amplio y con buena vista hacia el río Moscova, Anna tenía que lidiar con la misma sensación de soledad cada vez que Mikhail y ella terminaban el entreno y él se marchaba de vuelta a Park Kul'tury. Quedarse sola ya no era igual de tranquilizador como lo había sido en Sokolniki. Anna se apegaba a lo que aprendió durante meses cuando dependía de una dosis para sentirse bien: En vez de hundirse en pensamientos, se mantenía ocupada merodeando los nuevos alrededores, manteniendo el contacto con sus amigos de la Casa de Restauración que ya habían sido dados de alta. La doctora Zavieva le enviaba mensajes de vez en cuando, motivándola a no permanecer quieta mucho tiempo si es que estaba sola.

Había momentos más difíciles que otros, en los que era lidiar con la antigua ansiedad. En periodos así, Anna sólo tenía una alternativa: recordar con mayor fe aquel encuentro en la bahía fría. Su último sueño allí, viendo el nuevo amanecer. Esos días en coma. ¿Un sueño nada más? Las palabras del hombre en la arena fluían como cada vez que ella abría el libro blanco que Mikhail le había regalado.

«Yo estoy contigo
hasta el fin de los tiempos».

"Jamás me fui...".

Por alguna razón, al escucharlo, la ansiedad se adormecía y en su lugar venía la extraña pero profunda calma, desde dentro hacia afuera. Como la bonanza del mar después de la tormenta. Anna ganaba otro día de resistencia, otro día donde la presión y la marca de sus cadenas se debilitaba.

Jamás se lo contaba a Mikhail. No conseguía las palabras para explicarle lo que había vivido cuando estuvo en el hospital. Ellos dijeron que fueron 3 días, a Anna le parecía que fueron años y que alguien la había sacado de su prisión en un parpadeo. ¿Cómo iba a decirle a Mikhail que el hombre al que llamaba "El Maestro" se le había aparecido en una extraña y poco realista visión...? ¿O realidad alterna? Anna sabía que fue real. No sólo un sueño o una alucinación de su mente en estado obnubilado por pastillas como lo trató de explicar un doctor.

Cuánto más pensaba en las razones que la llevaron hasta ese hospital, luego a una clínica, cuanto más pensaba en lo que había hecho, en cuánto la afligía sentir que nunca quedaría limpia, volvía a recordar la playa húmeda, las palabras en la arena, la ola borrando cada pecado cuando el hombre del Amor la llamó para lavarla por entero. Había sido tan fácil que Anna no podía aceptarlo.

¿Fácil? Los últimos meses prestaba mayor atención a sus lecturas, con Mikhail o a solas. El precio para sacarla de esa bahía mortecina no había sido fácil. Había costado una vida. La vida del hombre que la acarició con sus ojos para decirle que podía irse y ser libre. Por amor. Anna lo había expresado con pinturas durante su tiempo internada. Desde que dejó la Casa de Restauración, no había vuelto a pintar. Tenía el patinaje, tenía a Mikhail, tenía la forma de agradecer que el hombre de la playa llamado el Cristo le diera otra oportunidad.

Y quería usarla, tratar de dejar el pasado atrás.

Si tan sólo Masha lo hubiera sabido...

Cuánto le dolía pensar en él, en el dolor que jamás expresó, en sus últimos días. También quería vivir por su hermano.

Después del Campeonato de Helsinki, Mikhail y ella tuvieron más horas para compartir. Terminando el entrenamiento, almorzaban en la cafetería de *Ledovyy.* Después iban a su departamento.

Sentados en su sala de sillones diferentes, Mikhail y ella veían documentales, turnándose cada tarde para elegir el tema. Mikhail se quedaba en la orilla del sillón frontal, sin la menor señal de acercarse a ella. Anna se mantenía en su propia esquina, atendiendo la televisión en vez de su presencia cercana. Sabía que Mikhail era tan consciente de su cercanía como ella de la suya. Pero, tal como dijo, tenían un trato.

Mikhail se quedó dormido en el sillón una tarde. Anna apretó el control remoto para bajar el volumen. Observó su cuerpo relajado, su nuca apoyada en el cojín que ponía sobre el respaldo para no torcerse el cuello. No era la primera vez que lo pillaba durmiendo, pero Anna disfrutaba siempre de la escena. Descubrió el cojín extra que Mikhail había interpuesto, justo a su costado; una barrera para sí mismo. Anna se rio. Posiblemente Mikhail creería que él era el único soportando la ansiedad de acercarse más. Pero Anna también tenía momentos duros de abstinencia, a veces más duros que los deseos por una dosis. Reconocer esa clase de pensamientos provocaba recelo contra sí misma. Sólo Mikhail y esa voz tranquila detenían su caída a otro abismo de remordimientos.

“Ya no vuelvas más a este lugar”.

Los errores y los daños. Anna juraba que jamás los volvería a cometer. Aunque su cuerpo quemara por un fuego que ella misma había encendido por ser tan tonta, cuando no había otro medio para sobrevivir en el Solovieva Team. Anna no quería atizarlo, ni pensar más en ellos...

Mikhail cocinó la cena. Un risotto de carne y gambas, acompañado de ensalada. Anna había comprado una tartaleta de frambuesas en una tienda cercana; después de su último postre y de casi incendiar la cocina, había decidido no volver a intentar ninguna receta.

Le ayudó a poner la mesa, admirando los platillos.

—Sigues mejorando —lo comprobó cada cena de la semana.

Mikhail hizo un gesto de modestia.

—Apenas he tenido tiempo para practicar.

Anna no se lo creyó. Cuando se sentaron, Mikhail sostuvo su mano para agradecer la cena.

En cuanto dio su primer bocado de risotto, Anna volvió a verlo.

—Vidhi tiene razón, Mikhail: Tienes que poner un restaurante.

—Vidhi tiene ideas locas.

—Esta no es una...

Lo vio encogerse. —No lo sé. Puede que lo diga para poder quedarse con la administración del “supuesto” restaurante.

Anna tomó otro bocado.

—Con las ideas de negocios de Vidhi y Melek, no sólo te abrirían un restaurante, Mikhail... Son capaces de poner una franquicia.

—Un alemán cocinando comida italiana, supervisado por una pareja indio-árabe.

Se oye muy inclusivo.

—Olvidas a tu clienta predilecta: Una rusa del Lejano Oriente que no se siente muy feliz con su país.

Él negó, dejando su vaso de jugo de uva.

—No “clienta predilecta”, Anna. Tú serías mi Subchef.

Anna soltó una carcajada. —Prefiero ser tu embajadora de publicidad. Hay menos riesgo de que queme algo...

Él la siguió con una risa. Tras un momento, añadió.

—Pensé que querías que patináramos. Los negocios llevan tiempo...

—Podríamos abrirlo cuando nos retiremos, por completo. Quizás a los... ¿50? Hasta entonces tendremos fuerzas para patinar.

Lo había dicho como broma, aunque en el fondo así lo quería. Mikhail sonrió.

—En ese caso, ya no me falta mucho.

Anna farfulló. —Muy buena broma, Mikhail. No somos tan viejos ni tenemos lesiones de gran importancia. A menos que me escondas secretos...

Lo dijo como una broma. Pero no lo vio sonreír, ni negarlo. Mikhail se quedó pensativo, en su respaldo. Anna lo vio abrir los labios para decir algo... El sonido de su celular lo interrumpió. Mikhail se limpió las manos y respondió.

Anna oyó el saludo y ese nombre.

—Aló, Darya...

Sintió una punzada. Cuando los ojos de Mikhail fueron a ella, Anna entendió su intención. Le respondió negando fuerte con la cabeza y se puso de pie para poner agua para el té. Notó bien su decepción; Mikhail se levantó también y fue a la sala.

Anna los oyó hablar, minutos y minutos. ¿Qué era tan importante que ella seguía llamando? Siempre interrumpiendo. Nunca se lo preguntaba a Mikhail y si él trataba de compartir algo de su charla, Anna pasaba a otro tema.

Había recogido los trastos sucios y puesto té y postre en la mesa cuando Mikhail regresó. Anna siguió con su trabajo de servir el agua caliente, sin preguntar nada. Sintió la mirada de Mikhail otra vez. Se sentó, muda, frente a él nuevamente.

—¿Quieres miel para el té?

Él asintió, viéndola aún. Anna le alargó su taza con infusión de matcha lista.

—Era tu madre otra vez, Anna...

Anna continuó preparándose su propio taza.

—Me preguntó por ti. Otra vez.

Se oía molesto. Podía entenderlo. En Magadán provocaban esa clase de sentimientos.

—Dile que deje de llamarte si está tornándose tan fastidiosa, Mikhail.

Sus ojos verdes se fruncieron. —Ella me llama por ti, Anna. Quiere saber cómo estás.

Anna sonrió, irónica. El gesto serio al otro lado la detuvo de reir. Anna tomó aire, despacio. Habían evadido este molesto tema antes, podría hacerlo de nuevo.

—Sólo dile que te deje tranquilo. O no le contestes más. Puedo hacer el intento de llamarle una vez para pedirle que deje de molestarte, si quieres...

—Creo que no estás entendiendo, Anna. Deberías hablar con ella. Tarde o temprano. Hay cosas que ella quiere decirte. Cosas que necesitas saber...

—¿Te está contando su vida, Mikhail? —no frenó el desdén de su voz—.

¿Quiere victimizarse porque no la he llamado? Esa es una nueva faceta.

—Es tu madre...

—Sólo es una mujer en Magadán que nos dejó solos a Makzim y a mí cuando más la necesitábamos.

Mikhail se talló la sien, echando aire con fuerza.

—Si hablaras con ella... Podrías intentarlo...

—No tengo nada que decirle, Mikhail.

—¿Y si tuvieras algo que escuchar? ¿Te cerrarías a eso? Podrías aprender algo... Practicar tu amor y humildad para ella...

Anna se sintió herida. ¿Amor y humildad por la mujer que le había ocultado la muerte de Masha? Apretó la mandíbula, conteniendo sus palabras. ¿Quién era Mikhail para reñirla por esto? No lo veía hablar con Therese Luttenberger desde que dejaron Berlín.

Suspiró.

—No quiero discutir contigo, Mikhail. Menos si es por ella. Por favor... Mañana iremos a Las Vegas y tendremos que competir. ¿No podemos olvidarnos de esto? Por lo menos durante la temporada. O al menos esta sede. ¿Quieres, *Vinny?*

Aguardó a que él la mirara. Su apodo y su voz suplicante ayudaron. Mikhail sonrió, triste. Apretó sus dedos cuando ella le ofreció su mano. Anna se aferró a su calidez, tratando de evadir el pesar en su mirada. Bebieron el té y terminaron su porción de tartaleta. Antes de que el reloj marcara las 9 pm, Mikhail le dijo que debía marcharse. Serían más de 30 minutos en bici, en un trayecto menos concurrido. Se despidieron en la puerta principal.

—Puedo llegar mañana al aeropuerto. Así no tendrán que hacer más camino Vidhi y ustedes.

—¿Estás segura?

Anna asintió. Lo vio dudar, resignado al final. La besó en la mejilla. Anna se quedó cerca, aguardando el beso suave en los labios que los reconciliara por completo. Mikhail sostuvo su rostro, pensativo. Finalmente, posó los labios sobre su frente.

—Nos vemos mañana.

Fue amable y tierno. Pero Anna pudo distinguirlo: La caricia con sus ojos no apareció.

◆◆◆

Las Vegas | *Skate America*, Sede del *Grand Prix* 2019

—Mi esposo está en el hospital. Su cirrosis avanzó más rápido de lo que los doctores pensaron. Se quedará hospitalizado...

Cirrosis.

La palabra se grabó en sus pensamientos como un sello. Igual que la voz quebradiza de Darya Pavlova al confesarlo.

Mikhail ya había hablado suficiente con la madre de Anna para entender cosas que Anna nunca habría contado por su cuenta. Quizás, eran cosas que ni siquiera ella conocía... En más de una de sus llamadas semanales, Darya Pavlova hablaba sobre su marido y su gusto por beber. Mikhail podía comprender por qué Darya lo llamaba o muy tarde o muy temprano. Quizá eran las horas en las que su esposo estaba fuera por trabajo o demasiado bebido para oír que ella hablaba con un desconocido.

Darya siempre preguntaba por Anna. Mikhail estaba seguro de que ella era la razón para llamar. Él era tan sólo el medio para saber de su paradero y de su estado. No se daba cuenta de que cuanto más preguntaba por su hija, más información de su hogar compartía.

Mikhail seguía pensando. Cirrosis.

¿Era una enfermedad definitiva? Las probabilidades eran altas. Mikhail no estaba seguro de con cuánto tiempo contaban. Tenía que motivar a Anna a buscar a su madre lo más pronto posible.

Se acercó a ella, el segundo día, después de la práctica para el Programa Corto en Las Vegas. La sonrisa de Anna se congeló cuando él mencionó la frase “estaba pensando en tu madre...”. Anna se cerró, como ese pequeño coral que él había percibido desde el inicio.

—Ahora no, Mikhail...

—Anna...

—¡Quiero ganar este *Grand Prix!* ¡No me des distracciones!

Se ocultó en la habitación que ella y Vidhi compartían en la suite del hotel The Orleans. No hablaría. Ya había sido un muro en el pasado, podría serlo de nuevo. Mikhail se llenó de pánico. No quería arruinar su competencia otra vez por no saber compartimentar sus asuntos personales.

Señor... ¿Qué se supone que haga?

Salió a caminar para despejarse. Sus coaches estarían ocupados parte de la mañana en asuntos de prensa, según lo que les informó Melek. Deambuló por los pasillos de tiendas y suvenires del hotel. El sonido de las máquinas de apuestas atrajo su atención al pasar frente a una de las antesalas al casino. Mikhail anduvo varios metros adentro, oyendo el ruido intermitente, el colorido de números, cintas y tómbolas. El letrero del bar casi lo atrajo. Valodia y esos años sacudieron sus pies para sacarlo de allí.

Estaba yendo de vuelta al área del hotel cuando encontró el cuerpo trajeado y medio desgarbado de un hombre que empujaba las puertas de cristal. Mikhail reconoció la altura y el cabello de rubio castaño. Fue tras él, incrédulo. Había olvidado leer el boletín de la UIP para saber los nombres de los competidores y coaches de cada sede del *Grand Prix.* Y Vidhi no le había dicho nada.

Perdió por un momento su rastro. Mikha estiró el cuello para buscar entre el pasillo. La misma figura estaba por atravesar la salida del lobby hacia la avenida principal. Mikhail corrió, empujó la puerta de vidrio, lo encontró de nuevo, caminando hacia el estacionamiento.

—¡Er...win!

Había comenzado fuerte, para ahogar su llamado.

¿Qué iba a decirle? Su visita en Suiza había terminado mal, muy mal. Y si Anna no quería distraerse por su vida familiar, Mikha tampoco podía permitirse la presión de otra conversación que remordiera su consciencia. Erwin no querría hablar con él, además. Si no contestaba mensajes ni llamadas, otra conversación en persona sólo podría tener un final.

Mikha vio su cuerpo, perdiéndose en otra calle. Las luces estallaban en tonos más febriles ahora que el sol estaba poniéndose. Mikhail perdió de vista a su viejo amigo, tal como lo había perdido de vista durante años. Volvió a su suite, con pasos

lentos, acariciando la cruz sobre su remera de mangas cortas. Si Herr Schmidt lo viera, lo reprendería por abandonar a su hijo. Él ya se reprendía por ser tan cobarde y tan inútil en cumplir las tareas que Dios le daba.

Abrió la puerta con su llave. Vidhi era la única dentro.

—¡Por todas las nudistas de este lugar, ¿en dónde estabas, Mikhail?! Estuve llamándote... Vamos, vamos, ve a arreglarte. ¿Qué hiciste con tu celular?

Lo empujó, hacia su recámara.

—Lo puse en silencio, Sharma. Quería descansar y es lo que haré.

Estaba a punto de cerrarle la puerta antes de dejarla entrar. Vidhi atravesó la mano.

—¿Descansar? ¡Descansar! ¿En Las Vegas? ¿No sabes que esta ciudad no descansa? ¡Ve a ponerte una camisa o algo, alemán gigante! Iremos a caminar por ahí, luego comeremos en un restaurant italiano —esbozó una sonrisa.

—No tengo ánimo de cena italiana, Vidhi.

—Y yo quisiera hospedarme en un hotel que ofreciera fundas de algodón y no de lana... No se puede tener todo. No rezongues más. Ya reservamos, Melek y yo. Su hermana menor nos va a acompañar. Y quiero darle un susto enorme cuando te vea, así, todo gigante como eres.

Mikha bufó. —No, gracias, entrenadora.

—¡Anna ya está lista! ¡Preciosa y acicalada como el cisne que es!

Se detuvo. No por imaginarla preciosa y acicalada, sino por tener la oportunidad de arreglar las cosas. Y quizás convencerla de hablar con su madre.

Se dio un baño rápido y se puso otros pantalones y otra chaqueta encima. Los demás estaban en el lobby. Anna tenía los mismos jeans azules combinados con una blusa de chifón rojo sin mangas que Mikha había visto antes. Sus ojos expresaron disculpa cuando llegó a ellos. Antes de que pudiera decirle nada, Vidhi lo haló con firmeza.

—Aquí lo tienes, Liv, te dije que era un poste: Mikhail, Olive. Olive, Mikhail.

Mikha atendió el saludo de la muchacha pequeña. No supo si Vidhi había acertado y hoy era un troll de película épica. O si sólo era que la hermana de Melek era demasiado corta. Melek nunca le había parecido bajo de tamaño y a excepción del apellido, Mikhail no les encontró algo que los vinculara. La expresión serena de la hermana de Melek no lo inspeccionó como Vidhi quería. Era discreta, al menos.

—Señorita Sharma, ¿dejaría de presentar a otros por sus cualidades físicas?

Vidhi sujetó de nuevo a Mikhail, ignorando a Melek.

—Debo presumir a mis pequeños. Así les enseño a ver sus defectos como oportunidades para destacar.

—¿Defectos? Gracias, entrenadora.

Vidhi sonrió, pestañeando con inocencia. —Sabes que te adoro, *Mickey.* ¿Nos vamos ya?

Mikhail no tenía particular interés por conocer Las Vegas. Tampoco tenían tiempo como para ir más allá de la mitad de La Tropicana Street y meterse hacia la famosa Strip, mucho menos a los hoteles y casinos que Vidhi seguía enumerando. Ni aún con la hermana menor de Melek se limitaba en su creatividad. Aunque la chica se veía acostumbrada, casi agradecida de estar allí.

Mikha no pudo hablar con Anna. Vidhi los interrumpía para que miraran alguna

cosa, o simplemente para moverse más rápido con ellos hacia un punto diferente. Mikha se percató de lo que hacía: Distraerlos, positivamente. ¿Acaso había notado que ninguno se habló durante el vuelo ni la práctica? Mikha siempre olvidaba cuán observadora podía ser Vidhi.

Los llevaron a cenar a un restaurante, al otro lado de la calle que separaba al The Orleans de otros grandes comercios. Los rótulos para darles la bienvenida a los patinadores destacaban desde la fachada. Vidhi no escatimó en presumir quiénes eran y qué venían a hacer. La anfitriona les dio una mesa grande, en medio de un gran patio, cerca de una fuente decorada al estilo renacentista. Pidieron sus menús. Mikhail no encontró el tipo de lasaña que buscaba. Se lo comentó a Anna; Vidhi alcanzó a escucharlo.

—Si tuviéramos nuestro restorán, esto no pasaría —lo apuntó con su carpeta de comidas, con una mirada calculadora.

—Preferiría concentrarme en patinar, entrenadora...

Anna entendió su indirecta; Mikha pudo distinguir su sonrisa. Pidieron entremeses antes de decidirse por algo más complejo. Vidhi aprovechó el tiempo para comentar lo que ella y Melek habían visto esta mañana en la sala de prensa. “No hay tanta competencia esta vez”; significaba mayores oportunidades de ganar la sede.

Vidhi dejó el tema de su participación; se viró hacia la hermana de Melek.

—¿Por qué no fuiste a la conferencia, Liv? Quería verte allí para presumirle a todos que conocía a la coreógrafa del equipo de Erwin Schmidt.

La chica subió sus hombros delgados.

—El Coach Erwin dijo que no era necesaria, que él podía manejarlo.

Erwin. Mikhail recordó su cuerpo desaliñado en la cabaña de Herr Schmidt. Y saliendo del casino antes que él.

—¿Manejarlo? —Vidhi chistó—. El pobre hombre se estaba ahogando... Era como un atún sin agua —abrió y cerró la boca, fingiendo ser uno—. Siempre he dicho que los hombres no pueden manejar a la prensa. O son muy secos o muy informativos. Las mujeres sabemos darle equilibro. La próxima vez, exígele que te deje ir.

—No soy tan buena hablando, señorita Vidhi. Me gusta más ayudar con los tempos y los pasos.

—Lo que haces muy bien, Liv. De no ser por ti, estaría hundido... Muy hundido. Con la cara que tenía hoy, yo diría que entre los otros entrenadores de Danza y la preciosa SportLife, ya lo tienen frito. Se fue tan rápido, ¿también lo viste, Melek? Ni Alibabá desapareció tan rápido con los botines del sultán, sólo que él se fue sin un céntimo... Pobre alemán... Cuando estábamos detrás de Misha-bobo consideramos tenerlo en nuestro equipo también. Pero era tan *triunfador* que no encajaba. Hoy me dieron ganas de adoptarlo para nosotros, se veía tan fracasado el pobre —se burló.

Melek la reprendió. —Señorita Sharma... No se olvidé que gracias a él, Olive cuenta con empleo y la oportunidad de formar parte del patinaje artístico.

—Lo sé, lo sé... Y no te sientas mal, Liv. No tiene que ver con lo que les pasó en el *Autumn Classic.* Sólo es cosa de Erwin Schmidt. Ya le darán alas nuevas para volar... Ay, por toda la arena de Nevada, soné a guionista de película de Hollywood.

Dejaron el tema sin que Mikha pudiese reunir el valor de preguntar. Quiso dejarse llevar por otras conversaciones más casuales, pero su chaqueta le hizo sudar. El calor de Las Vegas era insoportable, incluso en la noche. Mikha sintió la cabeza

embotada, los oídos cerrados por la presión. Pudo distinguir que Vidhi le hacía una pregunta, pero aunque veía sus labios moverse y sus ojos clavados en él, no la comprendió. Un agudo silbido le paralizó lo tímpanos por varios segundos.

Se disculpó antes de dejar su silla y salir de allí. El aire de los autos en la avenida le refrescó la cara. Por un segundo, Mikha creyó que el ruido de las llantas y pitidos se difuminaba. Aguzó su vista, tratando de percibir un sonido y no el mero olor de asfalto caliente.

Anna lo alcanzó. Mikha tardó en comprender su voz preocupada.

—¿Estás bien?

Asintió, tomando aire. Sus oídos estuvieron abiertos y sus ojos despejados después de 5 minutos. Anna seguía mirándolo con atención, una mano sobre su brazo. Mikha se disculpó por preocuparla.

—Yo también lo siento —respondió ella—. Por lo que dije esta mañana, mi forma de comportarme...

Mikha le restó importancia.

—Yo soy el que no aprende a ceder a lo que otros deciden...

—¿Por qué lo dices?

Tomó otra inhalación, viendo hacia el este de la calle. Los negocios menos lúcidos, oscuros en comparación con la algarabía de color en el resto de la ciudad.

—Tal vez no debí insistir...

Recordó esa mañana en Suiza, el olor de la cabañita de Herr Schmidt, sin Herr Schmidt nunca más. El aspecto desolado de su amigo. Irreconocible. ¿Había hecho mal al motivarlo a empezar de nuevo? Si ahora Vidhi y el mundo sólo veían a un hombre acabado.

“Si no puedo ser yo... No vale la pena”.

Mikhail no había considerado las palabras de Erwin hasta que Vidhi lo mencionó. “Se veía tan fracasado el pobre”.

¿Cuánto más que patinaje llegó a perder su viejo amigo? Mikhail no lo sabía. Era patético y cruel de admitir. Toda la desconsideración que tuvo no sólo en febrero, al meterse a su cabaña en Suiza, sino los últimos años. Demasiados años.

Anna sostuvo su mirada.

—Mikhail...

—Siento como si un error actual me hiciera ver otros que hace años no había visto —sus ojos se encogieron con pesar—. No es una sensación muy agradable.

—Lo sé... También me ha sucedido —lo acarició del brazo, adolecida también.

Si ella dijo más, Mikha no pudo oír el resto. Algo firme lo empujó desde la espalda. No era la primera vez que la gente iba distraída y lo impactaba, como a un digno poste invisible. Y siempre tenía que ser él quien se disculpaba para evitar conflictos.

—Oh, perdón... ¿Todo bien?

En vez de mirar a la altura común, tuvo que reclinar más la cara. Oyó una voz curiosa, de nariz a medio apretón, de parte de la... ¿niña? ¿Muchacha bajita?

—Sí, todo bien —ella siguió oprimiendo para enseguida mirarlo y abrir sus ojos como dos canicas.

¿De verdad era tan aterrador como Vidhi decía?

Mikhail quería disculparse, ahora por su altura de fenómeno.

El olor de cabaña abandonada y cerveza lo hizo ver más allá, para reconocer de nuevo a la figura desgarbada, la cara sin barba, la misma expresión indiferente. Si creyó que algo había mejorado después de Suiza, entendió la realidad.

—Buenas noches, Mikhail.

Si hubiera saludado a un extraño en la calle, Erwin habría sonado más cordial.

Tal vez, era lo que merecía. Mikha hizo un esfuerzo por volver a sonreír como el muchacho de Berlín, fingir que no sentía nudos en la garganta...

—Qué hay, Erwin.

...y entender que nada había mejorado.

Equipo Alemania

Capítulo 5

Aprender tras la derrota

Heidi lo haló para acomodarse mejor a su costado mientras caminaban. Steph sintió que su brazo se metía debajo del suyo. Como siempre, iba a decirle que se alejara un condenado metro, al menos. La gente pasaba a ambos lados de la calle y ya estaban demasiado apretados como para juntarse más. O seguro era lo que Heidi quería. Stephen resopló.

—¿Ya te aburriste, Stephen?

¿Aburrirse? Estaba cansado. *Jodidamente cansado.* Dos competencias, en menos de 10 días. Y en dos días tendrían otra aquí en Las Vegas. Quería dormir, quería estirar las piernas en la cama de su compañera suiza ahora que era su día libre. Nadie estaría en la suite. Stephen quería aprovecharlo y...

Inhaló hondo, otra vez. ¿Acaso era un vejestorio? Ni en su año de *quads* se cansó tanto. Sí, había tenido *aquellas* dificultades que lo sacaron de varias competencias, y los asuntos de cardio que nadie conocía, pero no era como para sentirse tan agotado y no querer caminar. O el problema era Heidi. Seguro que era ella. Aunque no había alcanzado a hospedarse en el mismo hotel, sino en otro a tres manzanas, lo había ido a buscar desde temprano. “Vamos a pasear, querido Steph. Para decirles a tus fanáticos que estás en Las Vegas... ¡Y yo estoy contigo!”. Tanto parloteo y sus movimientos en sandalias de plataforma, sus pestañas largas que lo miraban desde muy encima y sus dedos metiéndose y saliéndose entre los suyos a cada 30 segundos. Al menos no había mencionado nada sobre su estúpida caída en el *Autumn Classic.*

Stephen le sonrió, o trató de mejorar el gesto harto que seguro traía en la cara.

—Vamos a tomar algo.

Heidi dijo que sí y enseguida comenzó otra horda de parloteos sobre lo enorme que era la ciudad, las ganas que tenía de ir a La Strip y recorrerla de punta a punta, tomada de su mano. Ir a un casino famoso, al show de fuentes, al parque de diversiones; con él. Tomarle fotos. Besarlo en alguna cabina de la famosa rueda de la fortuna del hotel The LINQ. Stephen se bebió un agua mineral y una pastilla, sentado en la mesa alta que les dieron en un bar. Dejó de escucharla para escribirle un mensaje a Hope; no había hablado con ella desde que le aviso del dinero recién enviado. *Ese dinero...*

—¿Estás escuchando, querido Steph?

Tuvo su cara a pocos centímetros. Stephen pudo oler el licor del batido que le quedó en los labios. Se alejó, guardó el celular.

—Me distraje. ¿Qué decías?

Heidi hizo un pucherito, desconsolada.

—¿Estoy aburriéndote, querido Stephen? Puedo cambiar de tema o hablar de lo que tú quieras. Sobre patinaje...

—No —la cortó. Se apretó el entrecejo. Intentó mejorar su cara—. Otro cosa, mejor. ¿Hay gente nueva en el club?

—Bastantes. Tuvimos 150 nuevas suscripciones a la página web este fin de semana. Y muchos comentarios en redes sociales con tu última participación. De tu compañera y tuya —echó una risita—. Soy un poco tonta, se me olvida muy seguido que ya no eres individual...

La mirada de Steph se oscureció. Se recargó contra la mesa, mirando a otro lado. Heidi notó que había dicho algo que no debía.

—Me encanta que patines danza, Steph. Te ves tan guapo, tan varonil...

¿Bailando? *¿Es una jodida broma...?*

—Pero me gustabas más cuando patinabas solo —se mordió el labio, sonriéndole. Stephen no supo si reírse o sentirse perturbado.

Bebió otro trago y dejo el vaso sobre la mesa.

—Qué bien, Heidi. Al menos tú te acuerdas de *mí* patinando solo...

Él ya no estaba tan seguro si podría hacer otro *quad* en su vida. O si podría hacer algo mejor a esa negligente participación en Canadá. Heidi sujetó su mano. Stephen pensó en ese puente en Berlín, durante la noche. Y de la cara de su compañera Suiza pasó a "la gran decepción" que le causó a su maestra de danza.

Sacó la mano de la suya.

—Voy por una cerveza...

Heidi le preguntó si podía traerle otra bebida; Steph olvidó qué le pidió en menos de 2 segundos. En vez de ir hacia el centro del salón donde estaba la barra, fue a la izquierda. Un pasillo lo metió a los sanitarios de hombres. Steph se arrojó agua a la cara dos veces, se recargó en el lavabo largo, mirándose al espejo. No se veía tan mal como se sentía. *Jodido*. Desde anoche, después de que su maestra se metió a la sala para decirle tonterías.

—Es el jodido cansancio, idiota... —apretó los dientes a su reflejo—. Sólo tienes que hacer lo que tienes qué hacer. Deja de lloriquear por esa mujer.

Se secó la cara con una toalla de papel, se acomodó la chaqueta y el cabello. Miró su reflejo una última vez, imitando otra sonrisa. Parecía un idiota lleno de dinero con una novia tonta. El tipo de patinador predilecto de su último grupo. Uno atravesó su mente. Braun y sus saltos. Braun y su club de fans. Braun y su novia modelo. Braun y su expresión estúpida.

Tantas chaquetas norteamericanas en el hotel estaban mareándolo con malos recuerdos.

Abrió la puerta con un empujón. Una cara sorprendida apareció, y pasó del asombro a esa sonrisa burlona que Stephen casi olvidaba.

—¿Stephen? —las postulas de acné en la frente seguían allí—. Oh mi Dios... Sí, eres tú.

Melvin.

¿Con todas las máquinas de apuestas allá afuera, cuántas posibilidades había para que él y ese sujeto se encontraran en el mismo baño? *Mierd...*

—Santo Dios, Steph —Melvin se le acercó—. ¿Qué te pasó? Estás, no... No me digas... ¡Creciste!

Los dos sujetos atrás de él se rieron. Uno de ellos terminó de pasar al baño, el otro se quedó. Stephen recordaba sus caras, no sus nombres. Iba a pasar, Melvin se atravesó.

—Oye, oye... ¿A dónde vas? Hace un año... ¡Dos años que no te veo! Ay, Dios, dos años. Ya no me acordaba de lo pequeño que eres —simuló medirlo con la mano—. Te ves bien, carajo. Si Erik te viera. Se pondría tan sentimental. Si hubiera esperado un año más antes de retirarse...

—Muévete.

No necesitaba levantar la voz. Pero Melvin no se apartó. ¿Por qué iba a hacerlo? Nunca

lo hacía, no si el viejo de Günt no estaba para separarlos. Melvin le sonrió, con esa mueca estúpida que hacía cuando su entrenador no estaba observando.

—Me enteré, Steph: Eres una bailarina ahora. O, debería decir, ¿un pingüino bailarín? —otra carcajada—. ¿Qué tal *Happy Feet?* El pingüino gordo y torpe. Te queda, ¿no crees? Por los viejos chistes... —siguió riéndose incluso cuando Steph lo empujó para pasar—. ¡Oye, ven, vamos a tomar algo, nosotros no tenemos práctica hasta dentro de media hora!

Stephen escuchó su maldita risa hasta afuera del pasillo. Heidi no comprendió la razón de su rostro enrojecido ni por qué la sujetó de la mano para sacarla de aquí.

—Pero querido Stephen... Yo aún quería ver otro lado de Las Vegas...

Steph se entornó, brusco.

—¡Ve a disfrutarlo sola, con un demonio!

Soltó su mano con un movimiento y siguió su camino. No la escuchó seguirlo. Stephen se metió a la suite, había anochecido. Sintió el agujero en su estómago, caminando en círculos en la sala. No había comido, el desayuno había sido raquítico para no pasar más tiempo con su equipo. El hueco en el vientre se le llenó de fuego pensando en la cara de Melvin. De pronto, todo lo que había querido olvidar para tratar de ser un patinador bien portado, se terminó.

Se arrojó al sillón, frotándose la cara. De pronto se sintió muy frio, como si no estuviera en un desastroso estado caluroso.

Como si regresara a la pista de Nueva York por primera vez, y estuviera solo ante los patinadores experimentados de Igor Günt, el grupo de Los Mayores con la carne fresca lista. Y él... Sin ninguna defensa.

◆◆◆

Jael esperó a que alguien dijera algo. Pero ese hombre altísimo y su coach se habían quedado callados. Jael no supo qué hacer. Por la manera como se habían saludado, intuyó que se conocían. Pero el tono en sus voces no delataba un encuentro muy armonioso.

Abrió la boca un poquito, la cerró de inmediato. Se rascó el brazo, incomoda. El hombre alto bajó un momento sus ojos, se veía triste. De pronto, sus ojos la pillaron. Jael apartó la cara hacia el interior del restaurante. Vislumbró la figurita de Olive, justo en su dirección.

—¡Entonces si eras tú! —su maestra terminó por acercarse—. Te vi desde nuestra mesa. No estaba segura de que fueras tú... Pero tu suéter me atrajo. Pensé que no querías venir.

Jael negó.

—Ay, no... Es que... —miró a su coach un momento. Se había apartado, el hombre alto también—. Me encontré con el coach —le dijo bajito—. Y me tardé un poco más en estar lista. Lo siento.

Olive le dijo que apenas comenzarían la cena: —¿Tienes hambre?

Jael asintió, tratando de no perder a los hombres a unos pasos. Aunque estaban cerca, no pudo oír nada de las palabras que dijeron. Su coach parecía más enojado cuando la miró.

—Vas a quedarte, supongo... —se oía tan gélido como la pista. Jael dijo que sí, angustiada por su nuevo mal humor.

El hombre alto volvió a hablar en alemán.

—Puedes quedarte si quieres, Erwin...

—No —ni siquiera lo miró. Jael tuvo un escalofrío con los ojos de su coach sobre ella—. No regresen tarde. Mañana es la práctica. Buenas noches.

Era claro que sólo lo deseó para Olive y para ella. Se fue, antes de que Jael pudiera decirle nada. Su paso cojeaba otra vez pero trataba de aparentarlo como siempre que estaban en

Mitte. Jael se sintió casi adolorida cuando lo vio cruzar la calle y marcharse al hotel. Olive tocó su espalda. Tenía preguntas en su gesto preocupado, pero no emitió ninguna.

—Ven... —la dirigió al interior. Jael oyó un suspiro a sus espaldas; no pudo virarse ni ver nada más del hombre alto que se quedó afuera.

El restaurante era bonito. Tenía el estilo de arquitectura ostentosa de edificios antiguos, con columnas largas, llenas de ornamentos. También había hiedras enredándose en las paredes exteriores donde estaba una terraza. Había otras plantas de sombra, helechos y guirnaldas; aunque afuera estaba cálido, allí se sentía fresco. Contrastaba mucho con el ambiente desértico de Las Vegas.

Jael vio una bonita fuente en el interior del gran patio, alrededor habían acomodado mesas redondas para seis personas. Olive la dirigió a una. Jael reconoció al señor Melek; él se levantó al verlas. Estrechó su mano.

—Es un placer verte.

—Lo mismo digo, señor Bariut.

Todavía pensaba en el gesto solitario de su coach cuando una carcajada intervino.

—"Señor Bariut" —la mujer se puso de pie. Su silla estaba entre los dos—. Eres todo un "Señor casado o algo así", Melu. Veamos, veamos... Pero, ¿qué es esta cosita pequeña? Parece la última parte de una Matrioska. Sí, sí, una Matrioska pequeñita y redonda.

Jael tuvo esos grandes y castaños ojos muy cerca. Pudo ver el brillo de curiosidad e inspección, pensó en las plantas de Mamá. ¿Así se sentirían cuando ella se les acercaba para olerlas? Tragó hondo, sin saber qué decir.

Olive señaló a la mujer con una sonrisa.

—Jael, ella es la Señorita Vidhi Sharma... Es coach de patinaje.

La aludida subió la mano para estirarla.

—Coach, coreógrafa, administradora, propagandista, antisistema, vieja "hazlo-todo", conspiradora contra el gobierno contemporáneo y lectora de novelas cursis cuando no me ven... ¿Y tú eres?

Abrió la boca. —Ja-el...

—Jael Jazmín Keller, sí. Olive nos habló de ti. Y yo indagué un poco más. Por Bilbo Bolsón, en serio eres pequeña. ¿No crees, Melek?

El señor Bariut negó, subiendo los ojos.

—Señorita Sharma, ¿no le dije que no remarcara las cualidades físicas de las personas?

El gracioso gesto de Vidhi Sharma estuvo cerca de hacerla reir, pero Jael reparó en algo. Todos estaban hablando su idioma.

—¿Usted habla alemán?

Los ojos brillaron con astucia.

—*Ja, fraülein* —enfatizó—. No es mi idioma favorito pero, es mejor que el ruso... O el inglés.

—O el francés —puntualizó el señor Bariut.

—Increíble —Jael se sentó, anonadada.

Cuando los dos se distrajeron para pedir su orden, Jael se entornó a Olive. Preguntó cuántos idiomas dominaban su hermano y esa mujer. Olive dijo que ya no lo sabía. Parecía en serio.

—¿Y desde cuándo son entrenadores?

Olive imitó su tono bajito. —Más de 10 años.

—Tréboles saltarines... Súper.

Fue su turno de pedir. Jael miró bien el menú, especialmente los precios. Hizo cálculos mentales para convertir los euros que le quedarían al costo en dólares. No quería gastar demasiado todavía. La mesera enarcó la ceja. Jael olvidó el postre tiramisú para concentrarse en la pasta con boloñesa más barata. Dijo su pedido y entregaron las cartas.

Sintió que la mujer llamada Vidhi la miraba cuando la mesera se marchó. Jael sonrió, tímida. Era una mujer de rostro ovalado, nariz y cejas arqueadas, negras como su cabello. Jael no había visto a alguien así nunca. Era exótica y curiosa. Y bonita. Jael se preguntó algo que, sabía, no podría preguntar.

La mesera trajo sus bebidas. Jael bebió de su soda con saborizante en almíbar. Habló con Olive de lo que había hecho en el día y los lugares que había visto. Siguió viendo al señor Bariut y a Vidhi Sharma, de vez en vez, muy discreta. Era difícil dejar de hacerlo.

Jael tomó un momento para agradecer su cena; aprovechó para pedirle a Dios que cuidara a Steph y a su coach, y a toda su familia. La mujer echó miradas a todos lados antes de dar una cucharada a su sopa Minestrone.

—¿Y dónde está ese alemán gigante?

Jael detuvo sus movimientos, mirándolos con atención.

—Me envió un mensaje, Señorita Sharma: Tuvieron que irse. Se llevó a Anna.

No se veía feliz, tampoco la señora Sharma... ¿O Vidhi? Jael no sabía cuál era el apellido en su curioso nombre.

Ella soltó un resoplido. —Son unos tórtolos. Parecen adolescentes... Peor: Unos niños perdidos. Wendy y Peter Pan en la Tierra de Nunca Jamás... Y Nunca Jamás volverán a patinar si siguen con esas cursilerías.

—Señorita Sharma, no exagere, por favor...

Jael no comprendió nada. Volvió a inclinarse hacia Olive; le preguntó.

—Son los patinadores de la señorita Sharma y de mi hermano. No sé por qué, tuvieron que irse —subió los hombros, comió de su ensalada. Jael comprendió por qué había dos sillas solas del otro lado.

De pronto, el señor Bariut alzó la cara. Las había oído.

—¿Le dijiste que soy tu hermano, Olive Gomer?

Jael pudo ver cómo su profesora Olive se encogía. Quiso disculparse. La señora Sharma echó una risa antes que ella hablara.

—Por Abraham y Sara, Melek... Es obvio que son hermanos. ¿Por qué le pediste que lo escondiera?

—Trataba de ser profesional —endureció los labios. Otra risa. La señora Sharma miró a Jael.

—Te contaré algo, ya que eres amiga de Olive... ¿O debo decir “patinadora” para ser más profesional, Melu? —lo soslayó, burlona. Jael aguantó una risita—. La primera vez que Melek y yo nos presentamos en una competencia dijimos que éramos parientes. Era la única forma de tranquilizar a la UIP de que no éramos unos locos que entraban a sus barcas para robar sus arcas. Se lo creyeron los muy tontos... —suspiró una risotada—. Unos 4 años, creo... Hasta ese Mundial, ¿recuerdas, Melek?

El señor Bariut tenía la cara debajo de la mano.

—No siga señorita Sharma...

—Yo no sabía nada de eso —Olive se acercó, era la primera vez que Jael la veía tan feliz —. ¿Cómo se enteraron, señorita Vidhi?

—*Sharma* —el señor Melek. Pero la señora Sharma no dejó de sonreír.

—Un día Olive sabrá esto y más, Melek... Y estamos con una suiza-irlandesa, más confiable que las navajas y los relojes de su país, ¿verdad? —le guiñó el ojo. Jael sí se rio esta vez—. Bueno, pues era un Campeonato Mundial, apenas habíamos ganado nuestro primer Programa Largo... Éramos tan jóvenes... Y estábamos tan emocionados. ¡Por la vieja Rusia! No pude evitarlo.

—¿Evitar qué? —Jael y Olive preguntaron al mismo tiempo.

La vieron tomar una cucharada de sopa y rascar el plato para prolongar la espera.

—Eso. En pleno *Kiss and Cry*, justo cuando calificaban a nuestros chicos... Ni siquiera ellos tenían idea, y entonces, nos dieron un primer lugar y sujeté a este hombre de la camisa para darle lo que Felipe le dio a Aurora para despertarla, y no, no estoy hablando de la versión original de Perrault, afortunadamente para ti, Melu.

El señor Melek siguió atento a su plato, pero una risa escapó de sus labios.

—Por todos los cielos, Vidhi Sharma... —y dijo algo más que Jael no pudo entender. Aun así, el carmín coloreó su rostro.

Olive estaba riéndose. Incluso si el señor Melek la miró para hacerla callar, ella continuó comiendo con una sonrisa en los labios. Jael pudo notar un dejo de ambiente familiar en la forma como se trataban. Hasta la señora Vidhi, o la *Señorita* Vidhi, se veía fraterna con los dos. Más allá de su jovialidad, parecía madura, más madura que todos. Jael volvió a tener la misma duda, pero no la comentó.

A punto de terminar, la Señorita Sharma la miró de nuevo.

—¿Y cómo está ese otro gnomo de tu grupo? Creí que podríamos verlo en persona, pero Olive no quiso hablarnos mucho de él.

Jael entendió. —¿Steph? —miró a su profesora. Olive no cambió su gesto. Volvió a mirar a la otra mujer.

—No lo vi hoy. Está algo ocupado, creo...

—¿En serio? Con tan breve tamaño yo diría que acaba sus planes antes de hacerlos... —Jael no quiso reírse pero lo hizo. Recordó que era más cortita que Steph. No la acomplejaba... No mucho—. Como sea... Los veremos competir. Adoramos la Danza. Y apoyaremos a los pequeños, muy pequeños, patinadores de Olive. Con lo bien que ella baila y enseña, sabemos que harán un gran trabajo.

Jael estaba de acuerdo, a pesar de su última participación. Pero Olive negó.

—Todo lo bueno que sé de la Danza es gracias a ustedes... Y el verdadero trabajo de entrenamiento lo ha hecho Erwin.

Jael quería pedirle que se diera más crédito. Pensar en su coach le trajo la vieja angustia. ¿Estaría bien? La amenazó el miedo de que todo se disolviera, otra vez. Apretó los dedos bajo la mesa, mientras la mesera retiraba los platos. La señorita Sharma la detuvo.

—¿Alguien quiere postre? Yo sí —los dejó pedir, Jael negó cortés cuando fue su turno. La señorita Sharma fue la última—. Una orden de cannoli... Ya sé que vas a pedirme, Melek... Oh, y un tiramisú.

Cuando la orden llegó, Vidhi Sharma arrastró el plato de panecillos con canela hacia ellos, pero empujó el platito de pastel de obleas de chocolate frío. Los ojos de Jael se entrecerraron para negarse, pero ella insistió.

—A cambio de algo... —dijo, misteriosa.

—¿Qué cosa?

—Que me digas que has estado guardándote cada vez que volteas a verme con tus grandes ojos de conejo deslumbrado...

Puso las dos manos bajo su mentón, apoyada en la mesa como una niña. Jael sintió mucha vergüenza. ¿Había sido tan indiscreta al mirarla? Ahora seguía haciéndolo, de hecho. Era como una obra enigmática, como esos cuentos árabes de los que luego salieron películas de aventuras y misterios.

Jael no soportó la curiosidad.

—Sólo quería saber... Si no es molestia... ¿Qué edad tiene?

El Señor Melek la miró de lleno. Olive abrió muy grandes sus ojos.

—Yo no sé eso tampoco...

—Yo ni siquiera le he preguntado... —admitió él.

Jael supo que había sido muy descortés. —Lo siento. Suelo hacer muchas preguntas y meterme demasiado en donde no me llaman. Discúlpeme, señorita... Ay, es que... Usted se ve muy joven, pero, sus ojos son muy profundos... Como los ojos de la Reina de Saba o... Los de Shaza... Sherezda... Sherrya...

—Scheherezade. ¿Escuchaste, Melek? Soy el personaje de un libro.

Se veía orgullosa. El señor Bariut rodó los ojos, risueño.

—No lo dudo, señorita Sharma. ¿Le contestará?

Estaba a la espera, igual que Olive. Jael volvió a preguntarse si había hecho bien al cuestionar. La señorita Sharma la miró un largo segundo, analítica, como si se preguntara si debía compartir el secreto.

—Deberás prometer algo: No decirle a nadie. ¿Trato?

El señor Bariut se movió. —Oiga, eso no es justo...

—Es justo porque ella preguntó y yo le di un tiramisú a cambio de que dijera que estaba pensando...

Jael paladeó su cuchara, sonriendo. El tiramisú era delicioso; incluso si Vidhi Sharma no le revelaba nada lo seguiría siendo.

Pero ella recorrió su silla, advirtiéndoles con la mirada a Olive y al señor Bariut que se mantuvieran en sus asientos, lejos. Jael se inclinó hacia un lado, con el corazón encogido. Sería como oír un secreto de estado.

La señora Sharma le dijo unas palabras muy, muy bajo.

Jael presintió que nadie las escucharía jamás y eso le hizo reír.

La señorita Sharma y el señor Bariut pagaron la cuenta. Caminaron juntos, de vuelta al hotel. Por más que vio reproche en los ojos del Señor Bariut, la señorita Sharma no reveló nada.

Jael sintió sus miradas de vez en cuando, incluso las de Olive. Se despidieron en el elevador cuando fue el turno de ambas para salir un piso antes.

—¿Podré saberlo algún día? —Olive preguntó como si no tuviera derecho. La curiosidad parecía estar matándola.

—Sólo si prometes no decirle al Señor Bariut, esa fue *su* condición.

Olive juró que no lo diría. Jael le susurró al oído, antes de llegar a su suite. Sin nadie que las viera, pudieron sorprenderse juntas. Después comenzaron a reír.

◆◆◆

Stephen oyó sus risitas, recargado en el sillón. Una vez que vieron al tipo que veía la televisión de pantalla plana, con las luces apagadas, ellas dejaron de reír. Steph sintió ganas de arrojar un comentario ácido. El coach había llegado dos horas antes, con una cara de malos amigos. No lo saludo siquiera antes de meterse a su cuarto.

Pero ahora su compañera y su maestra de Danza llegaban pasadas la media noche,

riendo.

—Alguien se olvidó de que tenemos práctica mañana —murmuró, bastante alto para que las dos oyeran.

Lo último que les quedaba de risa se terminó.

—Voy a ducharme, Jael... —esa era su profesora, seguro. Ni una palabra para él. Un portazo leve que Steph supo para quién iba dirigido.

Esperó a que su compañera hiciera lo mismo. Ella se quedó, detrás del sillón. Stephen miró su figura iluminada por la luz de la pantalla.

—Cenamos en un restaurante italiano, a unos pasos... Con unos coaches de patinaje en pares...

Se calló un momento. ¿Qué esperaba? ¿Su felicitación? Stephen cambió de canal. Algún comercial de comida. Stephen sintió asco, volvió a pulsar el botón.

—Quería llamarte para que vinieras, Steph. Pero...

—No me digas: No querías incomodar a la maestra —la miró un momento, los ojos de ella se encogieron, arrepentida por dejarlo fuera.

Stephen befó. Apagó la televisión y usó el control de luces para encender los plafones junto a la ventana.

—Vete a dormir, *weirdo.* Mañana hay práctica y ya sabes lo que dijo el coach: Nada de joderlo todo otra vez.

—¿Y él ya llegó?

Stephen subió los hombros. —No sé. ¿Quieres ir a su puerta y tocar?

Su compañera enmudeció de nuevo, pero el distinguió su bochorno. Ya estaba jodiendo mucho las cosas hoy... Escupió aire.

—Buenas noches —se tiró al sillón, para hacerla entender. Y ella lo hizo.

—Descansa, Steph... Espero que hayas tenido un lindo día.

—Fascinante, *weirdo.* No lo terminé riendo como ustedes pero...

Se mordió las mejillas, para cerrar la boca de una vez. Su compañera detuvo un paso.

—Lo siento —sonrió, con pena—. Es que sucedió algo gracioso y... Pudimos estar con el señor Bariut y su compañera de coaching. Los dos son personas increíbles. Olive también. Nunca la vi reír tanto...

Ninguna respuesta. Los plafones de la ventana se apagaron cuando él alargó el brazo con el control hacia ellos.

—Buenas noches, Steph... —se metió rápido a su habitación.

Aunque quiso sentir un remanso de remordimiento por echarla así, no pudo. Steph pensó.

El sirio maravilla...

¿Qué otra razón para venir con risitas del estilo de Heidi?

El señor perfecto.

Carajo.

Stephen se apretó los parpados con rudeza. Qué jodido día. Qué maldita competencia. El hueco en su estómago seguía allí, exigiendo uno de eso malditos panes a los que lo habían acostumbrado. No caería. Ya estaba perdiendo suficiente reputación como para convertirse realmente en una bestia llena de grasa.

Recibió el mensaje de Heidi. Era el doceavo después de dejarla sola en la calle.

“¿Sigues molesto?
Te prometo ya no molestarte...
Tan sólo quería decirte que pude hablar
con Jennifer. El club de fans de Stephen Bookham de América podrá venir a la

competencia.
Llegarán mañana.
¿Puedo organizarte algo en la noche para mejorar tu ánimo?
Di que sí, querido Steph”

Se oía suplicante por enmendar los errores que eran de él. Stephen reconoció lo peligroso de la apuesta. Pero ya había perdido un buen día siendo prudente. Los Mayores amaban hacer esto justo en competencia. ¿No había aprendido suficiente de ellos, haciendo enojar a ese viejo de Günt por puro gusto? Él era Stephen Bookham, demasiado vetado como para no responderle a esa música que le traladaba los sesos...

Se rio de la idea. Y dijo que *sí* a todo lo que Heidi propuso.

◆◆◆

Skate America 2019
Práctica de patinaje previo a la competencia

La Orleans Arena era la más grande a la que Jael hubiera ido jamás. Estaba a sólo una calle del hotel, conectada a la sección norte por un largo y muy elegante pasillo. Por fuera, era otro gran edificio de ventanales y tres pisos, con un enorme letrero que indicaba su nombre en letras que brillaban. Era un casino por fuera, y un salón de eventos por dentro.

Su equipo y ella usaron el pasillo desde el hotel, en lugar de usar las puertas exteriores. La Orleans Arena también tenía los pisos tapizados con la misma alfombra de bonitos patrones, además de bancos largos de nylon para descansar. En cuanto atravesaron una sección restringida, las personas con atuendos de turistas se terminaron. Ahora sólo hubo personal del STAFF, uno que otro encargado de limpieza y deportistas. Patinadores. Destacaban incluso sin usar sus chaquetas nacionales; sus patines bastaban.

El nerviosismo llegó de golpe. Jael supo controlarlo. Respiró hondo, rumbo a la arena. A diferencia de la pista en Toronto, aquí no había nadie con mayas moradas como las de Grace; sería la única destacando con su suéter de franjas de colores entre un cúmulo de patinadores con atuendos de licra negra o azul. Consideró quitárselo, pero la blusa de entreno que había traído consigo no tenía mangas y a ella no le gustaba congelarse los hombros mientras patinaba.

Se pusieron los patines. Su coach los detuvo, al otro lado del muro de contención oscuro.

—Bien, el protocolo es el mismo de las competencias anteriores: Estarán un rato aquí antes de que los llamen para su práctica. Úsenlo para calentar y hacer práctica de *twicels.* Cuando los llamen, la cabina pondrá su música; contamos con 3 ensayos separados. El tiempo está más medido hoy porque habrá competencia de pares a las 2:30, no tienen prórroga de repetición, ¿oyeron?

Jael asintió, tragando hondo. Analizó mejor el rostro de su coach; ojeroso. ¿Aún tendría dolor en sus rodillas?

Su entrenador miró a Steph, apenas había levantado la mirada de su teléfono.

—Y no se distraigan.

Jael haló la manga de su compañero. Stephen los miró, guardándolo sin arrepentimiento.

—Como digas, coach. ¿Ya podemos irnos?

Su coach meneó la cabeza, igual que siempre que Stephen llegaba al grado de incorregible. Les dijo que se fueran ya. Steph lo hizo. Jael iba a seguirlo pero se detuvo. Olive había tenido que regresar a la habitación cuando ya estaban a punto de llegar a la arena; había olvidado su libreta de anotaciones y era importante tenerla. Por unos minutos, su coach estaría aquí, antes de que tuvieran que meterse de lleno a la rutina de su competencia. Jael sabía que no

tendría otra oportunidad. Haber pasado una velada tan agradable, a costa de olvidarse de su entrenador, no la había dejado tranquila.

Somos un equipo, somos un equipo...

—Coach.

Regresó los centímetros que se había alejado. Su entrenador la miraba. Ya no estaba enojado pero sus ojos cansados decían mucho.

—¿Se encuentra bien?

Se sintió avergonzada de intervenir otra vez y recordarle que lo había encontrado justo en la noche, caído en la banqueta. Su coach apartó la vista.

—Sí... Gracias por preguntar.

—Ayer, en el restaurante...

—Ve a entrenar, Jael. Tenemos poco tiempo.

Aunque no sonó rudo, no estaba contento tampoco. Jael bajó la cabeza: —Sí...

Hizo throwback rápido, mirando al hielo para tragarse el nudo en su garganta. Las dudas palpitaron. Quizá no había sido buena idea ir al restaurante con Olive, quizá Dios le había presentado la oportunidad de encontrarse con su coach para poder escucharlo. Atender a su equipo. Cuidar a su equipo. Después de su error en Canadá.

Ay, Señor, perdón...

Una ráfaga de aire movió su cabello trenzado y su suéter. Jael se dio cuenta que había estado cerca de impactarse con otro patinador. Se detuvo, avergonzada. Había interrumpido los twicels de alguna pareja.

—¡Cuánto lo siento!

Recuperó el equilibrio, igual que ellos. Sólo la mujer tornó a verla.

—No hay problema, cariño.

Jael la reconoció de inmediato. Pero así de cerca, era diferente a cualquier foto o video que su entrenador les mostró. Callia Bassi. Alta y esbelta, ropa negra de deporte, sin mangas, con guantes, y su cabello sujeto en un tocado de bola. Jael solía peinarse igual cuando entrenaban, pero nunca se vería como esa mujer. Un peinado de entrenamiento y ella lo lucía como una supermodelo. Sus peinados en rutinas oficiales lucían aún más hermosos, sus hebras del color del trigo maduro, cayendo en ondas al patinar.

Jael la vio hablarle a su compañero, un hombre alto y de pecho amplio, con piel bronceada y cabello oscuro. Con sólo dos patinadas se repusieron de la distracción para ir hacia otra ronda de *twicels.*

¡Qué twicels! Unos giros coordinados, primero de pie, luego sentados y al final alzándose, siempre con posiciones de brazos muy elegantes y fluidos. No unos giros torpes, compitiendo por destacar. *Twicels* de verdad. Mario Fabrino no necesitaba mirar de reojo a Callia, era como si estuvieran conectados sin necesidad de verse.

Jael se quedó parada, sin dejar de verlos. De ellos pasó a los otros. Parejas más jóvenes, todos con experiencia. La pareja canadiense de la que su coach habló estaba por aquí también, haciendo una secuencia de pasos que ya lucía perfecta sin la música. De pronto, la pista se volvió inmensa ante Jael. Las graderías amplias a cada lado, los plafones gigantes del techo encendidos encandilando a una única persona: ella. El resto patinaba sin inconvenientes, completamente acostumbrados a las proporciones de una pista profesional, erigida para el patinaje artístico y no para el hockey o el curling. Jael sintió que era la única aquí que no encajaba, con su suéter de tejidos y sus patines con tréboles, como la única inexperta.

“Eso eres... La única novata”.

Sus labios se apretaron, igual que sus dedos, cerca de su abdomen. Clavó los ojos en sus pies, con ganas de irse.

Stephen llegó a ella, echó escarcha al frenar.

—Con un carajo, ¿en dónde te metiste, *weirdo?* El coach dijo que hiciéramos twicels. Ya llamaron a los chinos, nos toca en 10 minutos.

Jael no se sentía animada, pero lo siguió. Intentó la secuencia de giros, distraída con las figuras a su alrededor. Se mareó y tuvo que frenar. Oyó vítores y ruido de música, todo un revoltijo. Stephen se acercó a ella cuando se encorvó para tomar aire.

—¿Ahora qué...?

—Lo lamento, es que... Me sentí un poco... —inhaló hondo. El desayuno de huevos estaba amenazándola con regresar.

Se concentró en mirar al piso y en contar sus respiraciones. Oyó otro par de patines detenerse.

—¿Está bien? —era Callia Bassi. Stephen le respondió un sí rápido que daba entender que sería mejor que se fueran.

Pero Callia Bassi y su compañero se quedaron. Jael sintió una mano en su espalda.

—¿Estás bien, cariño? Se ve pálida...

Jael agitó la cabeza, tratando de decir que estaría bien.

—Tal vez necesita agua.

Mario Fabrino se había ido y regresado en un parpadeó. Jael se preguntó qué tan lejos del muro de contención habían quedado.

—Bebe, querida —Callia acercó la botella de agua, destapada y lista para ella.

Stephen interpuso una mano.

—Ah, ni muerto voy a dejar que se beba tu estúpida agua...

—¡Steph!

—No hables, *weirdo.* No soy idiota: No existe la caridad entre patinadores.

Una risa se escuchó. Mario Fabrino tenía una voz suave, como de actor.

—Cálmate, amigo. No es una conspiración. Estamos ayudando a tu compañera. Nadie está tratando de darle drogas o algo así. Y ya pasó la semana del examen antidoping.

La risa seca de Steph lo interrumpió. —Qué bien. No voy a dejar que se tome nada de ustedes.

Jael pudo ver la vena marcada en el cuello de Mario Fabrino; otros patinadores se habían detenido a verlos. Se irguió, para callar a Steph. Callia Bassi la sujetó suavemente, miró a Steph.

—Entonces llévala a la enfermería. ¿Revisaron que no tuviera contusiones después de lo que les sucedió en el *Autumn Classic?*

¿Cómo sabía eso? ¿Acaso todos lo sabían? Jael oyó a Stephen.

—¿Así que estás burlándote?

Jael intervino:

—¡Estoy bien! Ah... Señorita. Iré a sentarme un momento.

Podía levantarse, aunque su cara quemaba de vergüenza. Se disculpó por causar problemas. Callia le pasó otra mano gentil por la espalda.

—Descuida, cariño. Ve con tus coaches. Seguro podrán aplazar su práctica. Recupérate.

Su trato era maternal. Jael recordó a Mamá. *Ay, Mamá...* Sus parpados picotearon, mientras asentía.

—Gracias, señorita.

Stephen patinó a su lado cuando fueron a la compuerta de salida. Olive estaba allí, llena

de apuro, igual que el coach. Ninguno habría podido entrar aunque hubiera querido. Sólo los patinadores y el personal organizador tenían acceso a la pista; cualquier intromisión de un entrenador significaba descalificación.

—¿Qué pasa? —Olive le ayudó a detenerse para ponerse las guardas de plástico.

—Sólo se mareó... —respondió Steph, poniéndose las suyas.

—¿Por qué? ¿Te sientes mal? —Olive la inspeccionó. Jael no pudo mirar a su coach cuando le habló.

—¿Te duele algo desde el *Autumn Classic?* ¿Lo escondiste para no preocuparnos?

¿Estaba preocupado o enojado? Jael sentía que ninguna era buena. Cerró fuerte los ojos.

—Estoy bien. Me mareé un poco... Sólo necesito sentarme...

Sollozó. Y todos la oyeron. Alguien trajo un banco plegable, Olive la ayudó a sentarse. Jael no pudo levantar la cara mientras se secaba las lágrimas. Al menos no estaba gimoteando otra vez.

Ay, Dios mío, ¿por qué...? Alzó la cara. Les sonrió a los tres.

—Ya... Lo siento. Estoy lista. Vamos al ensayo, Steph.

Ninguno dijo que sí. El ceño del coach estaba rígido. Olive le echó una mirada.

—Voy a llamar a un doctor del STAFF, Erwin.

—Gracias... Iré a hablar con el encargado de logística para que les den el último ensayo. Steph...

—Sí, me quedo aquí...

Los tres se movieron. Jael no tuvo tiempo para arrepentirse por tantos problemas. Steph la oteó de vez en cuando, tecleando en su Iphone.

—Respira, *weirdo.* O vas a hacer que me den ganas de tener mi propio ataque...

Olive regresó para llevarla a uno de los salones superiores. Una sala de paramédicos bien acondicionada. Un doctor de la organización la revisó, preguntó por su estado general. Jael le habló del incidente en la última competencia y del mareo. No había razón para conectarlos. El doctor pensó lo mismo. Diagnosticó estrés y recomendó descanso para cuando la competencia terminara. Le dio un analgésico para desinflamar sus nervios y tranquilizarla.

En vez de regresar al pasillo del personal, Olive la llevó a otra parte. Jael la siguió, bamboleándose por la altura de sus patines sobre la alfombra. Llegaron a una puerta, luego una explanada pequeña y entonces las escaleritas hacia las gradas comenzaron. Jael vio la enorme pista ante ella; desde esa posición, el área del hielo era más pequeña en comparación a todo el lugar. Olive se sentó dos filas más abajo, Jael ocupó el asiento a un lado. Eran cómodos, acolchados como los de un teatro.

—Erwin me dijo que les dejarán ensayar al final de todos. Podemos sentarnos aquí un momento —Olive le sonrió.

Una pena más grande la sacudió. Estaba haciendo que todo su equipo perdiera el tiempo. Debería estar allá abajo, practicando con Steph. Todos estaban siendo muy pacientes pero ella seguía aterida por el miedo. Papá le decía que podía orar por valor. Trató de hacerlo.

—Gracias otra vez por invitarme ayer, Olive. La señorita Sharma y tu hermano son geniales.

Tal vez si cambiaba el tema, podría olvidar cómo se sentía.

—No hay de qué. Me dio mucho gusto que los conocieras. La señorita Vidhi es como mi hermana... Ha estado conmigo en momentos muy duros. Ella y otros viejos amigos me enseñaron a ver la vida como un escenario y a ver el escenario como la vida —se rio—. Suena raro, ¿verdad?

Olive miró hacia abajo un momento. Jael vio su sonrisa, intuitiva igual que en sus clases.

—Cada vez que subo a un escenario, siento que se me acalambran los dedos. Me asusta pensar en cómo me verán las personas. En si les gustará o... —hizo un mohín.

Jael no lo pudo creer.

—Ay, pero si todo lo que haces en un escenario es fabuloso, Liv.

—No todo, pero gracias. La primera persona que me vio bailar me dijo que tener miedo es normal. No porque le temas a hacerlo mal, más bien porque no tenemos idea de cómo nos verán los demás. Podemos ver a otros y vernos a nosotros mismos en un video o una foto, pero jamás sabremos cómo nos verán los ojos de los otros. Es parte de la teoría del arte. Por eso es muy importante saber qué quieres transmitir para que los otros lo interpreten de la forma correcta.

—Nunca lo había pensado...

Su maestra le sonrió. —¿Sabes que hago yo cuando voy a ir a un escenario? Mis profesores recomendaban un tiempo de autoanálisis. “Llenarse del papel”. Los gritos y muecas y todas esas cosas que hacen los artistas antes de ir al teatro. Son muy reales... Y algo vergonzosas.

Jael se rio también. —¿Tú también las haces?

—No... O bueno, no muy seguido. Encontré otra forma, menos exagerada y más personal —Jael aguardó. Olive miró todo otra vez—. Cuando faltan pocos días para subir a un escenario, visitó el lugar en donde nos presentaremos. Por ejemplo, en los teatros donde hacíamos nuestras presentaciones de la universidad. Uno o dos días antes, iba al lugar y me paseaba por el área del anfiteatro, o las galerías, dos o tres veces me dejaron hacerlo en los palcos. Me sentaba en una de las sillas del público y miraba al escenario. Imaginaba el día de la obra y cómo nos verían a mí y a mis otros compañeros. Tomaba un tiempo para pensar en los ojos del espectador... El día de la presentación, todo estaba más claro en mi mente, porque ya sólo existía una forma de verme. La mía.

Después de callar un segundo, continuó.

—Conozco esa sensación de hacer lo que te gusta y tener mucho miedo al mismo tiempo. Tampoco significa que lo que me ocurre a mí te pasará a ti. Disculpa si estoy inmiscuyéndome demasiado... Tan solo no quiero que una actuación difícil destruya lo que tú y Stephen han hecho. Los dos han trabajado muy duro. Quisiera que todos los vieran como yo lo he hecho.

Jael se limpió la nariz. —Gracias, Liv.

No pudo evitarlo y la abrazó. Olive acarició su espalda, como respuesta.

—Te dejaré aquí un momento. Puedes ver las gradas, la pista... Puedes imaginarte ahí. Han conseguido mucho, no lo olvides. Ve todos los progresos y mira los errores por mejorar. No olvides lo que Erwin nos dijo ayer. Sus posibilidades para obtener una buena posición, yo sé que no lo dijo por simple cortesía. Pueden hacerlo. Mira desde aquí e imagínate consiguiéndolo. Esperaré afuera.

Le dio un apretoncito y se atravesó frente a ella para salir de la fila. Jael hizo lo que le dijo. La arena entera era muy bonita, más artística que deportiva. El sonido estaba dispuesto alrededor del óvalo, con bocinas superiores e inferiores, la música se escucharía muy bien desde cualquier punto y nadie perdería detalles de la rutina gracias a las pantallas gigantes que colgaban en medio. Por un momento, tuvo miedo otra vez. ¡Todos mirándola! ¡Caer!

Caer y...

Su maestra dijo que podía imaginar la forma en la que la verían. Podía ser su propia espectadora. Pero Jael cambió un poco su instrucción e imaginó a Papá. ¿Cómo la vería él? Como su margarita en primavera, o su trébol saltarín cada vez que fingía un salto en medio de la

sala.

“Tú puedes ser lo que quieras, liebling. Porque, sea lo que sea, estoy seguro de que Dios te ayudará a hacerlo de maravilla”.

Una chica de Zermatt agradecida con Dios por traerla hasta aquí.

¿Iba a desaprovechar esa bendición por tener miedo?

¡No! Lo lamento, Señor...

Mamá tenía su jardín para hablarle a Dios en su corazón, rodeada de sus flores. Jael tenía la enorme pista, con el olor del hielo y el frío en sus mejillas... Para orar en silencio, sintiendo lentamente que su corazón se calentaba de una forma en la que jamás se había sentido. Quizás éste podría ser el inicio de una nueva costumbre entre Dios y ella.

Regresaron a la pista, muchos habían terminado, otros se habían marchado. Jael no les prestó atención a los pocos que quedaban. Recordó divertirse, recordó la única perspectiva que importaba. Y patinó.

◆◆◆

Erwin aguardó al otro lado del muro de contención. Había podido convencer al director de logística de pasar a sus patinadores al último número de práctica. Claro que para eso tuvo que suplicar su consideración y usar palabras como “mis chicos son realmente esplendidos...”, “sólo es un favor...”, “cuando yo era patinador...”, “jamás podré agradecerle suficiente...”.

Había tenido que quedarse allí abajo, en el círculo de coaches, como si también fuera uno de ellos. Quince largos minutos viendo lo bien que estaban entrenando sus rivales, recordándose que jamás volvería a entrar. Antes por sus débiles piernas y ahora porque una regla se lo prohibía. Escuchó las adulaciones en grito que el grupo de chicas lanzó hacia la arena. Stephen no sólo había desobedecido su orden de alejar a su fanática, esta vez traía más. Norteamericanas, a juzgar por sus rasgos físicos y su inglés del sur de Los Ángeles. Erwin comprendía por qué Steph había decidido seguir dando vueltas en la pista, sin quejas por la falta de entreno.

Los patinadores y los miembros del STAFF siguieron dedicándole miradas, curiosos o impacientes. Steph llamaba la atención, pero sin su compañera Erwin no podía hacer mucho. Tenía que esperar a que ellas volvieran. Estaba cansado de lidiar con Stephen. Estaba cansado de todo. Y justo esta mañana el dolor en sus tendones lo despertó mejor que ninguna alarma.

Gracias al cielo... *No.* Gracias a su suerte que Olive regresó con su patinadora. Desde lejos, las vio charlar y despedirse en la portezuela de ingreso. Erwin hizo una señal de aprobación. No tenía el valor de mirarla otra vez. No tenía la menor idea de cómo dirigir a un equipo que se desmoronaba con el mínimo toque. ¿O sólo era él?

Dios... Detuvo el pensamiento. Podría maldecir, desde ayer quería hacerlo. Pero su padre jamás usó palabras rudas. *Papá...*

¿Por qué pensaba en su padre justo ahora? Erwin sólo lo traía a su cabeza en julio, cuando quería culparse o sentirse miserable. Lo cual, en su caso, era el noventa y nueve por ciento del tiempo.

Olive vino en su camino de rodear el perímetro de la pista. Erwin la había visto emprender caminatas así, en las competencias anteriores, y durante el entrenamiento.

—El doctor revisó a Jael. Dijo que no es algo grave. Estrés. Por el cansancio físico, tal vez...

—Ya veo. Gracias por apoyarla.

Ella hacia su trabajo.

—De nada. Voy a revisar los otros ángulos. Me alegra que pudieran entrenar hoy, a pesar

de todos los problemas.

Siguió su camino. Erwin no habría podido ir con ella ni aunque hubiera querido pretender el entusiasmo de los otros entrenadores. Pasó el peso de su pierna derecha a la otra. Un crujido le hizo fruncir los labios. La mayoría de los patinadores se habían ido tras terminar. Sólo quedaban los de mayor disciplina y los suyos. Erwin siguió los movimientos de sus patinadores, consciente de los errores y la inexperiencia. Sus fallos se veían más nítidos si estaban rodeados de otras parejas más experimentadas.

Probablemente, sus fallos como coach también eran más claros bajo estas circunstancias.

—Qué buenos son tus chicos...

La misma voz grave de la conferencia de prensa. En inglés, con acento del Mediterráneo.

Algo peor que reencontrarse con Mikhail anoche, era justo esta voz. Erwin se enderezó. Pretender que este hombre no existía ya de nada serviría.

—Gracias —dejó la vista al frente. Escuchó la risa dura. El sujeto se acomodó mejor junto a él.

¿Cuántas veces había tenido que verlo antes de esta competencia? Trató de recordarlo. Los años pasados, los años de gloria, los años de engaños y sueños perdidos... Cuando Louise quería dedicarse a un patinaje distinto y probar. Shows de hielo. Publicidad y televisión, la alegría de tener un mecenas millonario de Grecia. Erwin nunca se consideró tan idiota como para no entenderlo. Pero sin duda lo fue. Un idiota. Un fracasado sin futuro.

Si hubiera seguido en su cabaña se habría mantenido a salvo de volver a recordarlos a todos ellos. Pero ahora no solo recordaba, tenía que verlo, oírlo, sentir su presencia tangible a su costado...

—Por supuesto que tienen fallas importantes —el hombre de pelo entrecano, bien peinado, continuó su charla—: Leí la entrevista de la *SportLife*, decían que no vieron mucho de ellos el día que los entrevistaron porque era un día “libre”. Entre coaches eso puede entenderse de muchas maneras, si me comprendes... ¿Es arrogancia o miedo a demostrar lo poco que tienen?

Erwin no respondió: —El detalle de los tréboles en los patines es muy sensible. Los distractores de vestuario son perfectos para quitar la vista de los detalles de técnica de danza. Aunque habría sido mejor agregarlos a ambos competidores.

Erwin sonrió. —¿Usted lo cree? Intentaré recordarlo la próxima vez. Gracias por sus observaciones tan profesionales.

La misma sonrisa plana le respondió.

—Cuando lo requieras. Me complació saber que la Unión de Patinaje te había convocado como coach, después de tantos años. Estuve tentado a marcar tu número y ofrecerte cualquier apoyo; los viejos años y tu nombre lo merecen. Aunque la fama no siempre rinde frutos en el futuro, ¿verdad? Me abstuve, finalmente, porque mi esposa lo hubiera considerado un poco inapropiado.

—¿Oh, sí? Es una pena. Deberé quedarme sin el honor de sus consejos y beneficios, me temo. Sé que usted guarda el gusto de beneficiar a los demás, a veces desde muy cerca.

Se giró de nuevo, los ojos hacia un punto fijo. Un sabor amargo y espeso borboteó en su garganta.

El hombre junto a él estaba mirándolo, se dio media vuelta después de un momento. Pero entonces regresó otra vez, con un dedo sobre los labios y la barbilla gruesa, pensativo.

—¿Sabes algo, muchacho? Acabo de recordar otra de las razones por las que estaba ansioso por verte aquí. Debes haber leído mi reporte a la Unión, quizás... Mi esposa suele asesorar a mis patinadores también, ella tiene a su propio grupo de entrenamiento, por supuesto,

pero tuvo que quedarse en casa esta temporada. Nos enteramos de que espera un bebé. Estoy seguro de que vendrán las discusiones sobre el mejor nombre y esas cuestiones. Mi esposa insiste con los nombres americanos, pero yo le dije que prefiero algo más germánico. Y por complacerme, ella me dejó indagar un poco y encontrar algo. Ella mencionó que tu padre era historiador...

—Escritor de novela histórica, Señor Padmos.

—No hay mucha diferencia. Así que, como hijo de un experto de Historia, ¿consideras que a mi esposa le guste el nombre de Wilhelm? Le guarda cariño —sus ojos lo analizaron, por largo rato. Sonrió—. ¿No? Eso pensé. Con su permiso, Coach Erwin. Bienvenido a la competencia.

Alargó una mano para estrecharlo. Cuando Erwin no levantó la suya, el otro se movió para darle una palmada en el hombro. Se fue. Erwin se quedó solo, detrás del muro de contención. Su equipo había terminado, sin que él prestara atención a su ensayo. Repartió indicaciones generales. Sus patinadores tenían el resto del día libre; debían llegar temprano a la Suite para descansar. Competirían mañana a las 2:30 pm; deberían estar listos a las 12.

—¿Preguntas?

Ninguna. Sujetó su valija deportiva, despidiéndose, oyendo la vocecita de su patinadora llamándolo. Pero él siguió adelante, con su paso patético, buscando...

¿Dónde estaba la salida? ¿Dónde estaba? ¿Por qué siempre, en los peores momentos, se quedaba sin salidas?

◆◆◆

Acabaron la práctica sin demasiados inconvenientes. Jael sólo se sintió torpe en el momento de la elevación en rotación, aún le dolía sostener mucho peso de su mano derecha. El resto se sentía mejor. Incluso Steph se veía bien. Jael notó al montón de fanáticas en las gradas. Eran casi tantas como en Alemania, encabezadas por Heidi Hooligan y otra pelinegra quienes gritaban el nombre de Steph.

Steph las saludaba de vez en vez, hacía un mohín cuando se equivocaban en algo y ellas lo notaban. Les sonreía, tonto.

—Eres raro... —Jael se atrevió a decirle. Stephen la miraba con sus ojos agudos, sólo a ella. Y esa expresión amenazante le parecía menos perturbadora que las sonrisas a sus fanáticas.

Olive les hizo observaciones a su trabajo. Sólo ella. Su coach estaba demasiado concentrado en hablar con un hombre al otro extremo de la pista. Y cuando se marchó no hubo tiempo de escuchar ni decirle nada más. Jael sintió pena otra vez por sus ojos cansados y su caminar pesado. Por más que trataba de disimular, era muy claro.

Stephen se puso sus zapatos muy rápido. Jael pudo alcanzar a hablarle.

—¿Te vas a ir?

Era obvio. Steph puso mueca de que sí y que quería irse ya. Jael agachó la cara, no preguntó si podría unirse ni insistió en hacerlo quedarse.

—Es mejor así, *weirdo*. Estas fanáticas son muy distintas a las de Berlín. Pondrían a temblar a tu buen corazón.

—Temo por ti, compañero —y era en serio.

Stephen sacó una risa seca, alejándose—. Dile a la maestra y al coach que me voy con ellas. A una buena fiesta estilo Las Vegas.

—¡Pero el coach dijo que volviéramos temprano, mañana competimos!

Él ya se había ido. Cuando Olive llegó a su lado, después de recoger sus cosas del otro

lado de la arena, Jael mencionó los planes de Stephen. Por alguna razón, su maestra ponía un semblante muy serio cuando hablaba de él. Y en esta ocasión fue peor.

—Da igual... Mientras haga lo que Erwin le dice y llegue temprano —resopló, de esa forma curiosa en la que los artistas debían hacer para mejorar su papel. Jael sonrió cuando ella lo hizo—. ¿Qué te parece si vamos a comer y luego a descansar? Mi hermano y la Señorita Sharma me dieron entradas para ver la competencia de esta tarde.

—¡¿A sus patinadores?!

Olive asintió, emocionada. —Nunca los he visto actuar. Ni a mi hermano ni a la Señorita Sharma en un estadio. ¿Quieres venir?

Jael gritó que sí. Después de un almuerzo en el hotel y una siesta en su habitación, bajaron de nuevo. Esta vez entraron a la arena por la sección general. Había muchas personas. Olive y ella fueron hacia la zona media. La arena lucía muy diferente ahora que había gente en los asiento. Había música popular de fondo y mucho barullo. Jael se sintió más emocionada. Sería la primera competencia que vería no desde la pantalla de su computadora, sino en vivo. En un momento, sintió que volvía a ser la chica que admiraba al patinaje artístico, sin la presión de ejercerlo.

—¡Ahí está mi hermano y la Señorita Sharma!

Observaron la esquina donde estaba la boca de entrada para los competidores y el personal. Ellos habían entrado por allí justo esta mañana. Jael distinguió a los dos con chaquetas de la Federación Rusa. Aplaudió, como la audiencia.

—¿Cómo dijeron que se llaman sus patinadores?

—Creo que Mikhail Gutenberg y Annya... Olvidé su apellido.

La voz del presentador hizo pasar a las parejas de patinaje. Eran 7 en total, dos grupos de 4 y 3. Sería igual para ellos en la competencia de Danza de mañana. Jael trató de aprender la dinámica del *Skate America* y de disfrutar lo que veía.

Oyó música de vals, cantantes de rock, música tradicional japonesa. A diferencia de ellos, los otros patinadores podían elegir las melodías de sus programas cortos como lo quisieran, sin un estilo impuesto por el Comité. Jael sintió un poco de envidia, pero lo borró al instante. Amaba el folk irlandés.

—Ahí vienen... —Olive se recorrió hasta el filo de su butaca. Jael estiró el cuello para ver hacia la pista.

La gente aplaudió más fuerte cuando la voz presentadora anunció los nombres. Jael miró mejor a ambos a través de la pantalla. La bonita mujer llevaba un vestido rojo, barbado por capas con lentejuela, medias negras traslúcidas y una tiara con plumas circundando su cabello rubio. Su compañero tenía un traje de milicia, similar al del ejército estadounidense de la Segunda Guerra Mundial.

Jael sintió que los había visto en algún lado. Una canción familiar comenzó. Jael giró el rostro a su maestra.

—¡Es swing!

Sus sorpresas crecieron cuando hicieron ese elemento de salto y giro en el aire. Las otras parejas eran buenas, pero ésta tenía una vivacidad diferente. Jael exhaló un gritito al ver a esa muchacha volar y girar tres veces, su vestido de barbas hizo que el giro pareciera muy rápido, casi inhumano. La rutina entera era divertida y motivó a la gente a aplaudir en la parte coreográfica. Jael lamento que tuvieran un problema en su salto triple. Pero cualquiera tendría problemas con un *«triple axel»*, y seguramente era más duro para un hombre tan corpulento.

¡Un hombre súper alto! Creyó recordar al fin en dónde lo había visto.

La audiencia les aplaudió al terminar; llovieron flores, muñecos de peluche, vítores. ¿Algún día sería así para ellos? El griterío creció cuando el jurado les dio el primer lugar, con más de 13 puntos sobre los otros. Desde su asiento, Olive y Jael vieron a los dos coaches darse la mano y abrazar a sus patinadores. Jael recordó la anécdota que la Señora Sharma compartió anoche; soslayó a Olive con una sonrisa. Las dos se rieron.

Salieron junto a los otros que no se quedarían a mirar la competencia corta de patinaje femenil. Aunque Jael quería quedarse, sabía que debía guardar el máximo de energías. Comió con Olive en el hotel otra vez, luego regresaron a la habitación. Mientras ella tomaba una siesta, Jael se quedó en el ventanal de la sala, sobre uno de los sofás. Leyó otro fragmento de su Biblia mientras veía el atardecer. Recibió un mensaje de Jerry.

«¿Cómo estás, Liebling?
Llama cuanto tengas tiempo.
¿Las Vegas están cool?»

Lo imaginó diciéndolo con un tonito hiper-americano. Le escribió de vuelta, diciéndole que llamaría mañana. “Dile a Mamá y a Jossy que oren por mí, Jerry. Y por mi equipo. Para hacer un buen trabajo y para tener paz en mi corazón”. No quería otro ataque de estrés.

Olive y ella estaban viendo algo en televisión cuando su coach cruzó la puerta. Tras un saludo corto, se dirigió a su habitación. Jael continuó comiendo de su plato de cereal, soportando. No quería ponerse ansiosa. Olive puso una película en blanco y negro; Jael estaba a punto de ponerle atención cuando su coach salió. Tenía ropa holgada y el cabello húmedo. La misma cara agotada.

En cuanto vieron su tabla de notas en una mano, comprendieron. Olive apagó la televisión. Antes de que su coach se sentara, Jael lo vio echar miradas.

—¿Dónde está Stephen?

Jael pasó saliva. *Ay*... —No ha llegado, coach.

Su coach dirigió un vistazo al reloj colgado sobre la pared de la pantalla. Ya eran las 11. Jael lo vio apretarse el ceño e inspirar, áspero.

—¿Dijo en dónde estaría?

Los labios de Jael tremolaron. Su coach la miró. ¿Y si le pedía perdón por Stephen de una vez antes de que todo estallara?

—No dijo nada, Erwin. Se fue después del ensayo y ya no lo vimos. Podría volver pronto.

A Jael le impactó que Olive estuviese tan tranquila. Apretó los dedos, unos contra otros. *Que no me pregunte directamente, Señor... Por favor, por favor...*

—Ya veo —un eterno silencio—. Bien, si es así: Hagan sus maletas y estén listas para irnos.

—¿Qué?

—Por qué si no regresa antes de las 12, regresaremos a Alemania. Nadie en este equipo trabajará para tolerar las impertinencias de Stephen.

—Pero, coach...

—¿Entendido?

Su mirada quemaba, como el hielo cuando caía y se raspaba contra la plataforma gélida.

Jael hundió la cara, conteniendo el calor en sus ojos. Oyó que Olive se levantaba. No supo a dónde iba. Dos puertas se cerraban. La de su coach y la de la salida.

◆◆◆

Olive lo encontró luego de 15 minutos y una búsqueda en Instagram. Nada como una adicta a las redes sociales que documentaba los minutos de su adorado ídolo. De no ser por esa fanática pelirroja de largas piernas habría tardado demasiado o no lo habría encontrado.

Pero allí estaba, en un video en vivo, ¡en una fiesta!

Las Vegas le dan la bienvenida a nuestro Steph.
¡Únanse a la fiesta #Stephenlovers!”

La ubicación exacta.

Stephen bebiendo y cantando en un club-karaoke de música estridente.

Olive ardió de rabia mientras caminaba. La voz de la música decía “calma”.

¡¿Calma?!

El club estaba a menos de diez cuadras. Olive sintió que eran 500. Correr le quitó algo de furia; encontrarlo así, metido en medio de docenas de personas dentro de una sección privada de divanes y rondas, regresó la ira. Olive se plantó al frente, haciendo a un lado a la mesera con bikini. Stephen la reconoció, en medio de una carcajada.

—*Wouh*... Miren a quién tenemos aquí. ¿Una nueva fan?

Las chicas se rieron.

—¡Bienvenida!—gritó alguna.

Olive estaba a punto de dar media vuelta para regresar al hotel y hacer su maleta como Erwin lo dijo.

Escucha. La voz de la música. ¿A quién? Olive tomó aire muy lento.

—¿Tienes idea de la hora que es, Steph?

Alzó la voz por encima de las canciones estridentes.

Steph haló el celular más cercano.

—¿Las 11 y 36, maestra?

—Tu competencia es mañana.

—Qué buena memoria, profesora.

—Y tu coach te dijo que tenías que...

Se detuvo. ¿Por qué estaba siendo tan “correcta”? ¡Quería abofetearlo por todos los cielos! Lo observó mejor, el cuadro de un tipo sentado como si fuese un mafioso corriente. ¿Éste era el mismo inglés engreído que había llorado porque iban a quitarle su nacionalidad? ¿Era el mismo que la había invitado a salir con la cara roja? ¿Sería el mismo tipo que veía por el bienestar de una empleada y su niño enfermo?

Olive levantó su teléfono.

—Voy a llamar a Hope, Stephen. Voy a decirle la clase de cretino que eres ahora mismo.

El rostro contrario siguió sonriendo, pero Olive pudo ver que su atención se había intensificado.

—¿Crees que soy estúpido? No tienes su número...

—Existen las agendas telefónicas, Steph. Y el internet es tan útil en estos días... —se burló, porque en efecto sus ojos ya no dejaron de verla.

—Eres una pésima mentirosa, profesora. Si no vas a unirte, vete.

Olive simuló que tomaba una foto. —Hope se va a poner muy triste después de verte como realmente eres.

—No lo harías —se estaba poniendo en pie, sus seguidoras dejaron de reír y decirse tonterías.

—¿Quién es Hope? —la pelirroja dejó de grabar. Olive la miró.

—Oh, ni siquiera sabe quién es Hope. Yo en tu lugar estaría muy dolida, querida...

—¿Steph? ¿Quién es Hope?

Los dientes de Steph se apretaron: —Nadie, Heidi.

—¿Nadie, "Steph"? —Liv imitó el tono dulzón de su fan #1. Stephen brincó la mesa, de pronto, echando vasos y platos de fajitas abajo.

Olive se movió. Su estrategia era despertar al león, aunque no había tenido tiempo para pensar en qué hacer después. Corrió, nada más, oyéndolo detrás de ella. Se metió entre la gente que bailaba dentro de la enorme pista.

Stephen estuvo cerca de perderla de vista, confundido por la multitud, las luces y todo el movimiento. Tras soslayar unos segundos, descubrió el cabello magenta que salía por la puerta hacia la calle. Empujó, oyendo a las meseras que derribó en el camino. El aire fresco le pegó en la cara, igual que el efecto de los últimos mojitos. No debió beber alcohol sin haber comido.

Buscó a la izquierda, nada. Giró a la derecha y la encontró. Iba a atraparla y a quitarle ese teléfono para ir adentro y seguir bebiendo para que todos en la UIP y ese estúpido grupo de Günt lo vieran. Olive apretó bien la correa de su cartera y le atinó un golpe cuando estuvo a punto de atraparla. Los que estaban en la fila de ingreso se rieron cuando Stephen perdió el equilibrio y cayó de trasero en el suelo.

Olive se detuvo. ¿Le había dado tan duro? Se inclinó para asomarse a su cara. Steph alzó la vista de repente, se estiró adelante. Olive evitó su agarré por poco, pero perdió el equilibrio también. Cayó sobre sus sentaderas, a unos pasos. Cuando él se estiró para sujetarla, Olive estiró la pierna. Le encajó el pie en el estómago tan duro que lo hizo regresar al piso. Él se levantó otra vez y ella hizo lo mismo.

Lo escuchó gruñir, empecinado en quitarle el celular. Podrían seguir así toda la noche. Olive gimió también. ¡Si la viera Melek! Oh, no, si la viera su hermano...

—¡Basta, basta! —arrojó el teléfono a sus manos—. No tengo ningún número. Deja de gruñir, de moverte. ¡Lo dije solo para que salieras de ese lugar! Deja de actuar como un demente y como... Y como una basura. No eres una basura. No sé por qué te esmeras en parecerlo porque no lo eres. Fue suficiente con todas esas idas a Starbucks para darme cuenta. ¡Ni siquiera me gusta Starbucks! Y me molesta la clase de gramática pero tuve que enseñarte alemán por más de un mes... Pero al menos ya no eras eso que ahora quieres ser —farfulló—. ¡¿Lo ves?! ¡Eres desesperante, Stephen Bookham! Y vas a hacer que nos devuelvan a todos a Alemania.

—*Wouh, wouh*... ¿Y eso de qué rayos viene?

Su cara roja había vuelto a su tono natural y ya no tenía los ojos de un animal. Pero seguía siendo un tonto que no miraba a su alrededor. Olive se acomodó el fleco, si no mantenía las manos ocupadas lo machacaría a bofetones.

—Erwin acaba de decirnos, a Jael y a mí, que si no regresas antes de las 12, nos iremos a Alemania. Sin ti, obviamente.

Stephen bufó.

—¿Qué soy? ¿La Cenicienta? Tengo derecho a...

—¡¿Por qué nunca escuchas, Alexander Bookham?! Ayer te dije que todo lo que haces en tu vida afecta lo que haces dentro de la pista. ¿En serio no te importa ni un poco lo que Jael siente? ¿No puedes ver que ella está dando todo por este equipo?

—Yo no se lo pedí...

Olive resopló. Intentó otra vez. —¿Eres el tonto de buen corazón que me hablaba de Hope y su hijo Pete? ¿O eres este tipo maloliente que mañana nos hará perder a todos?

¿"Maloliente"?. Steph se olfateó, iba a replicar. Olive no lo dejó.

—¿Sabes, Steph? Ayer estaba muy segura de que nadie podía ser tan ingenuo como para herir a una persona como Jael. Pero si te veo hoy, ya no me quedan dudas de que todo lo que decías de Hope era una mentira.

—¿Porque es tan jodidamente difícil que una empleada le tenga afecto a un bastardo como yo? —espetó.

—Yo diría que lo difícil es intentar hacer algo por un sujeto que se esfuerza por ser la peor versión de él mismo cuando podría ser la mejor... —negó, completamente cansada, nerviosa por sus ojos quebradizos—. Si tú vieras lo que yo veo cuando los veo en la pista. Ni tú ni Jael tuvieron entrenamiento de Danza antes pero en el entrenamiento de hoy los vi fluir mejor que otros ahí. Tú no tienes el "ritmo natural" de Jael, lo desarrollaste tras los ensayos y cuando aprendiste a responderle a la música. Te jactabas de tus presentaciones por solitario, pero, honestamente, eran horrendas. No llevaban nada de ti, o no del Steph que no es un cretino, sino... El idiota inglés con tan mal gusto como para invitarme a salir.

Steph resolló una risa. —"Estilo horrendo", "cretino", "idiota con mal gusto". Qué ganas me das de regresar al hotel, profesora. Yo no soy el que engañó al otro haciéndole perder dinero y tiempo en clases de jazz, a cambio de nada. Creo que deberías ver mejor en ti misma antes de llamarme "idiota con mal gusto". Lo mismo va para el Sirio Maravilla con el que sales... Los dos oyen mala música.

En otras circunstancias, Olive se habría reído de esa revelación, tal como la noche en *The Good Times.* Pero la decepción la invadió. Se levantó sin más pelea; Stephen no luchó tampoco cuando ella le quitó el celular de la mano. Olive se sacudió el overol de pantaloncillos largos.

—Eres un mal observador, Stephen Bookham. Puedes quedarte aquí si quieres. Sólo que no te garantizo encontrarnos en el hotel si llegas en la madrugada. Y otra garantía: Si mañana estoy en Berlín, voy a buscar de verdad la dirección de Hope. Iré yo misma a decirle quién eres y después le diré a esa larguirucha de pelo rojo que su "Steeeph" perfecto invitó a una siria sin clase a salir y que él no soportó el enorme despecho de un "no". Y luego todos sabrán que la basura Steph es real. Aunque no lo sea. Tienes 20 minutos.

Regresó al hotel. No entró a la suite. Después de salir del ascensor, caminó hasta el primer descanso de sillones. Olive pegó la cabeza al muro, dando un golpecito. Aún le dolía la espalda baja por caerse y su orgullo herido inflamaba.

Pero qué tonta... *¡Qué tonta!* ¿Stephen prestaría atención a su discurso? ¿Se habría dado cuenta de que no lo dijo de dientes para afuera?

Comenzó a tararear una canción de Tony Bennet. My foolish heart. Cambió las notas suaves por palabras, muy bajas. Miró su reloj. Ya habían pasado más de 15 minutos y faltaba poco para las 12. Olive estrujó la correíta de su bolso. Ese tonto no iba a venir. Jael estaría destrozada; Erwin se pondría furioso, de peor ánimo a esos días en los que él y Melek compartían la misma sala de recuperación en la Clínica Santa Bárbara. Y su hermano se decepcionaría de ella.

Con pasos pesados, fue hacia la suite. Le diría a Jael que lo lamentaba mucho pero...

El suave tin del ascensor la detuvo. Olive se entornó, oyendo que las puertas se abrían. La música había tenido razón esta vez, como siempre.

El inglés de pacotilla apenas la miró cuando avanzó por el pasillo. Olive contuvo el aire y fue detrás de él rumbo a la suite. Repitió el mantra musical.

Escuchar y responder. Escuchar y responder...

◆◆◆

Skate America: La competencia

Su compañera suiza y él iban a pasar a la pista. Steph dejó el celular sobre la barda del perímetro, ya no tuvo tiempo de guardarlo por estar atento al siguiente mensaje de Hope. Lo último que supo de ellos fue que estaban en Londres, que Pete ya estaba hospitalizado.

La mano de su compañera estrujo sus dedos.

—Respira, *weirdo,* o te va a dar otro ataque.

Le sonrió, mordaz. Ella aflojó un poco, arrepentida.

—La pista es tan grande y hoy llegó más gente.

—Todos quieren ver el Patinaje Libre, es más divertido vernos jodernos aquí que en una preliminar.

—Me sorprendió que pasáramos el Programa Corto

—Todos pasan, *weirdo,* es un *Grand Prix*. Apenas hay competidores, ¿no lo ves?

Ella dejó de sonreír por su broma cuando los presentaron. Después de su entrada, que a él seguía pareciéndole ridícula, dieron un giro. En posición, como unos bailarines. *Happy feet.* Un pingüino gordo que mueve los pies como si tuviera brazas en las patas. Justo como su Danza corta. Ayer. La Danza Larga de hoy era menos ridícula. Steph se había puesto esa carpa roja que llamaban levita. Su peso era una buena razón para preferir el traje holgado del programa corto. En posición, a la espera de su canción, Steph leyó el rotulo de la marca de *James-Howard Company* pegado en la parte interna del muro de contención junto a otros patrocinadores.

Lo había visto otra vez, en otra toalla, cuando su compañera suiza terminaba de secarse el cabello, anoche después de su Programa Corto.

—¿Qué harías si esta estúpida empresa te pagara por patinar, *weirdo?*

No supo por qué hizo una pregunta tan tonta. Su compañera estaba mirándolo con ojos confundidos al otro lado del sillón.

—¿Quieres decir... Esta empresa? —señaló la etiqueta y echó una risita—. Ay, cómo si algo así pudiera pasarme...

Siguió con lo suyo. Stephen no estaba viendo realmente a su Iphone, aunque tenía la cara agachada sobre el celular en su regazo.

—¿Y? ¿No se te ocurre una jodida cosa?

Su compañera se trenzó el cabello. Sus coaches habían tenido que ir a una comida para importantes líderes de coaching. Su compañera no quiso salir a Las Vegas después de su práctica de Danza libre. Y él tenía un jodido castigo encima gracias a su fiesta.

—Pues... Déjame ver... Si me pagaran por patinar... Pues, creo que le daría la mayor parte a mi Mamá, me quedaría con un poquito para los gastos de siempre, y la parte restante, pero más grande que la mía, la daría como ofrenda.

—¿Ofrenda?

—Para la iglesia donde asisto. Tienen una misión, un área de ayuda para personas que migran desde Italia y otros países.

—Qué noble... —apretó el teléfono—. Un desperdicio.

Su compañera alzó los hombros, sin ataque.

—Tú preguntaste, ¿no? ¿Tú para qué lo usas?

Steph encontró en su mente la mirada que Hope tenía en sus videollamadas. Y su voz llorando por Pete. ¿Qué sentiría un hijo al oír a su madre llorar por él?

Su maestra lo llamó a prestar atención, en un recuerdo.

“¡¿Por qué nunca escuchas, Alexander Bookham?!”

Stephen se sintió como en la serie de giros en eje, vueltas y vueltas, sin toda esa gracia

que presumían de los twicels. Alguien lo llamaba y él ya no respondía.

"Vamos a ganar el Grand Prix".

Lo juró al coach para pagar su pequeño robo a su propia compañera.

Lo juró... Como si sus malditas promesas valieran nada.

Escuchó el aplauso de la audiencia. Habían terminado la Danza larga. ¿Bien ejecutada? Con un demonio... Estaba seguro. No había dejado a su séquito de fans, a medio enlace en vivo de la fiesta, para que todo se fuera al drenaje como en el *Autumn Classic.*

"Regla número 1 del patinaje con Igor Günt: No cometemos el mismo error dos veces, no en la pista".

Y no lo cometió más. Jamás fallaría en la misma elevación dos veces, no Stephen-exSubcampeón-Del-Mundo-Bookham.

Su compañera suiza lo rodeó con los brazos apenas terminó el puntaje. ¿Cuándo le iba a entrar en esa cabeza de conejo que odiaba que lo abrazaran?

—¡Estamos en segundo! ¡En segundo!

Gracias pareja canadiense por descoordinarse en sus pasos de un pie.

Eso había bastado para dejarlos a ellos en segundo. Stephen oía a sus fanáticas gritar cuando patinó hacia el podio. Se subió de un salto. La plata no sabía tan mal si se la quitaban a otros de los favoritos y si veían las muecas de esos organizadores engreídos.

"¿Acaso Stephen-Vetado-Bookham ganó una plata? ¡En una sede de *Grand Prix* en Danza!". *Sufran, idiotas.*

Disfrutó de la atención individual por un momento, antes de mirar abajo y halar el bracito para subir a su compañera a su costado.

—Ven a disfrutar de esto, *weirdo.*

Sus burdas medallas de acrílico colgaron de sus cuellos. Pero su posición final estaba grabada con filos hondos. Escuchó a su compañera reír, lavándose las lágrimas, saludando a la tribuna.

—¡Ahí está el hermano de Olive! ¡Y la señorita Sharma! —agitó frenética la mano.

Stephen giró la cabeza como si fuera un muñeco o un pájaro descoyuntado.

¿Hermano? ¿Cuál condenado hermano?

¿Es que siempre iba a tener esa suerte tan estúpida?

O él era el estúpido...

Dos personas saludaron en su dirección. El Sirio Maravilla. El Señor Perfecto. *"El hermano de Olive".*

—Dime que es una maldita broma...

Sí, idiota. La broma eres tú.

Equipo Rusia

Capítulo 6

Una dura decisión

Matterhorn, Suiza | 2006
Hace 13 años...

La cama hizo un crujidito cuando Mikhail se levantó. Había luchado contra el frío, pero ni el calentador ni la ropa térmica estaban ayudando. Al final, se dio por vencido. Bajaría a la cocineta a calentarse leche o café, o las dos cosas. Sabía que Erwin se despertaría en algún momento y entonces lo retaría a asomarse por el balcón de la cabaña rentada. Mikha quería guardar algo de calor antes de que su amigo tuviera otra idea que hiciera que se le congelara la médula.

Suiza estaba siendo más bonito de lo que esperó. Habían visitado ya diferentes sitios, desde Wengen. Incluso un viejo castillo en Thun, o así lo llamaban. Berlín también tenía sitios interesantes y muy históricos, pero casi todo era relacionado a la Guerra Fría, a la Segunda y la Primera Guerra Mundial, a la Guerra contra Rusia. Guerras, guerras, guerras. Suiza era un país pequeño pero tenía mucho para ver, diverso y cautivador. Y sus paisajes eran increíbles. Mikha sabía que aunque le diera miedo aterirse los dedos por el clima, le diría que sí a Erwin si le decía que fueran a un recorrido por todo el Alpe. Esta montaña era gigantesca. Cuando Mikha lo vio desde lejos al llegar en tren con ellos, se sintió diminuto. Y eso ya era mucho decir.

Se detuvo un momento al bajar las escaleritas. Había visto la luz encendida desde la planta alta en donde estaban las camas de Erwin y él. La cabaña que habían rentado en el Matterhorn era un cuarto grande, sin separaciones precisas. El cuarto superior era casi un ático-balcón que podía verse desde abajo. La sala, la cocineta y el comedor estaban unidos. Era más grande que la cabaña de los Schmidt pero no tan bonito. Esta apenas olía a otra cosa que no fuera termostato eléctrico y mucho hielo afuera, aunque, según Herr Schmidt, la nieve se estaba derritiendo más rápido este año.

Mikhail lo encontró a él, justamente en la cocina. Herr Schmidt levantó los ojos de su Biblia. Musitó “buenos días” con una sonrisa.

—¿Quieres café?

Lo dejó servirse a sus anchas, igual que en su cabaña. Mikha se sentó del otro lado del pequeño desayunador de barra alta. La madera era gruesa, como roble. Mikhail tomó un panecillo y lo untó de mantequilla.

—¿No podías dormir?

Mikha le contó del frío. Herr Schmidt lo comprendía.

—Estamos a más de tres mil metros sobre el nivel del mar. El aire se condensa

muy rápido y la temperatura puede subir o bajar varias veces en sólo una hora. Lo único mejor de esta área, es que el viento no baja con demasiada prontitud. Hay casitas más arriba que deben colocar piedras grandes sobre los techos y cerrar bien las ventanas. Los vientos pueden alcanzar velocidades de 150 kilómetros por hora. Estoy seguro que no suena muy alentador para el recorrido que tenemos planeado. La vista es una buena razón para arriesgarse.

Mikha sonrió, sin tanto miedo.

—Lo sé. También quiero verlo. Erwin no deja de hablar de eso.

Su amigo había estado mencionando las montañas de Zermatt desde que llegaron de Berlín. Era el más entusiasmado con hacer un recorrido.

Herr Schmidt se sirvió más café.

—Lo traje aquí, hace tiempo. Fue antes de mudarnos a Berlín. El tren es bastante rápido y tú ya viste que desde Berna es poco tiempo. Fuimos a otro hotel en la parte oeste; nos quedamos sólo un día y por eso no pudimos hacer el recorrido. Le prometí que lo traería algún día.

Mikhail envidiaba más a Erwin por la relación que tenía con su padre que por su resultado en los Olímpicos.

Torció el gesto; ya no quería pensar en los Juegos.

—Gracias por invitarme.

—No tienes nada qué agradecer, Mikhail. Te has vuelto muy cercano. De la familia. He visto a Erwin crecer desde que se conocen; me preocupé que se mudaran tan lejos, si te soy honesto, pero veo que mis preocupaciones eran infundadas. Dios los ha cuidado. Eres de bien para la vida de mi hijo.

La boca de Mikhail se estrujó, con media sonrisa desdeñosa. La última vez que había hablado con sus padres para informar qué puesto había obtenido en los Juegos de Invierno, su padre había dicho que pensara en la clase de ejemplo que estaba dándole a sus hermanos menores. No era de bien para nadie y lo sabía. Pero no contradijo a Herr Schmidt. Él también se sentía agradecido de contar con ellos. Vivir en Köpenick estaba siendo más llevadero por tener a Erwin ahí.

Herr Schmidt puso a calentar leche con natilla. Esperó a que hirviera y entonces le agregó fécula y cocoa. Sirvió dos tazas y las llevó al desayunador.

—Nada como el chocolate para contrarrestar el frío.

Tenía razón. Mikhail se bebió su taza a sorbos; no era como el que preparaban en Alemania, pero estaba bastante bien. Se quedó callado, para no interrumpir a Herr Schmidt en su lectura. Mikha pensó en Dios otra vez. Ese par de semanas había estado pensando en Dios más que en toda su vida. Siempre con el mismo incierto, con la duda de no saber quién o qué era exactamente eso de lo que todos en la iglesia hablaban. Y de pronto, en momentos como este, donde bebía chocolate con el padre de su mejor amigo, sentía que Dios debía ser algo que nadie le había contado. Tan grande como una montaña desconocida, tan cálido como una bebida tibia en medio del frío.

Se sentía ridículo. En la iglesia decían que Dios no era una experiencia sensorial. Así que todas esas ideas de sentir, saborear y oler, eran vanas, no importaba si se sentían más agradables que la prédica dura sobre la obediencia y el sometimiento. Mikhail volvió a la idea del Dios ante el cual debía inclinar la cabeza sin rechistar.

Herr Schmidt levantó el rostro, como si hubiera oído un pensamiento. Le sonrió, exhalando.

—Este pasaje siempre me parece muy intenso, incluso si se trata de una escena muy sencilla.

—¿Oh, sí? —Mikha enarcó las cejas—. ¿Por qué?

Herr Schmidt releyó el fragmento en voz baja. Mikhail ya lo había escuchado antes. La última narración del Evangelio de Juan. Jesús caminando en una playa, Pedro a un lado, Pedro aceptando su traición, Pedro siguiéndolo. Jesús en una pregunta concisa. ¿Me amas? Apacienta mis ovejas. Herr Schmidt se quitó los lentes al terminar la lectura; y lo miró.

—¿A quién crees que está dándoles el atributo de “ovejas”?

No parecía una pregunta capciosa. Mikha tenía la confianza de equivocarse. Encogió los hombros, dudoso.

—Pues a los nuevos creyentes... Creo... —eso habían dicho una vez en una clase de escuela dominical. Pero Herr Schmidt asintió, pensativo aún—. ¿Usted qué piensa?

Lo vio apretarse la mano en el mentón: —Estoy de acuerdo en que pueden ser los “nuevos creyentes”. Sin embargo, el Maestro le entrega la encomienda justo después de retarlo con esa pregunta. “¿Me amas?”. Pareciera como si el Maestro tratara de recordarle a Pedro por qué iba a hacer ese trabajo. Por amor. A Cristo y a las ovejas, desde luego. Las ovejas son más que un grupo de personas desconocidos a las cuales les repartirán el evangelio, como si fueran ayudantes de gobierno sin interés genuino en la gente.

Se quedó un momento mirando su Biblia otra vez.

—Me ha hecho pensar en mí. He escrito más de 10 novelas en mi carrera. Las primeras de ellas implicaron un intenso estudio y una ardua investigación histórica de los hechos, sumado a muchos meses de correcciones, ediciones... Pero eran simples trabajos sin corazón. Cuando Dios abrió mis ojos para verlo, entendí mucho. Obtuve el triste reconocimiento de que aunque podía demorar más de 4 años en publicar una nueva historia, quien menos estaba en mi mente al hacerlo eran mis lectores. Nunca me ocupé en pensar en si mi novela afectaría positivamente sus vidas o si les daría algo mejor en lo que pensar. Me sometía a mi deseo de escribir y nada más, dejándolos de lado, incluso a mi familia.

Tomó aire y lo expulsó lentamente.

—La última novela que escribí fue muy diferente. Tenía un primer propósito: Hablarles a otros de la luz que hay cuando dejas de mirar tu camino y dejas que Dios labre el suyo. Fue la única forma que tuve de agradecerle al Maestro por salvarme; no es la gran cosa, por supuesto —se sonrió—. Aun así, también tenía en mi mente a las personas que la leerían. Ha sido la primera vez en la que mantuve conmigo a mis lectores. Luego de la publicación, vinieron conferencias, charlas sobre la fe y cómo el Maestro nos ofrece nueva vida, una vida incalculable. La gente se ha acercado a mí como algo más que un lector, los he sentido como amigos que están atravesando momentos duros y quieren hallar la esperanza que yo encontré después de que mi esposa falleció. Mantengo el contacto con algunos de ellos para saber cómo van en ese recorrido; oramos por teléfono en ocasiones.

Asintió, como convencido. —Las ovejas no son iguales para cada uno. Para un

pastor o ministro es común clasificarlas como los feligreses de su congregación, pero podrían ser más que eso. Para otros son personas del camino, lectores, tu familia o tus hijos. Personas a las que incluso estás retado a amar.

Le sonrió, silencioso otra vez. Mikhail le devolvió el gesto.

—Jamás lo había pensado... —fue lo único que supo decir.

Había oído mucho sobre pasajes bíblicos en las mañanas recientes. Y había prestado más atención a lo que Herr Schmidt pensaba que a todo lo que oyó en su vida en la escuela dominical. El incierto desapareció otra vez, aunque no estaba seguro de saber qué sería lo que quedaba en su lugar.

Un rechinido agudo vino desde las escaleras. Erwin atravesó la sala, envuelto en una de las cobijas térmicas. Se talló los ojos, echando un largo bostezo mientras se sentaba en el banco junto a Mikhail.

Mikha vio su pelo revuelto: —Con éste, ya son 8 días que te gano a levantarte.

—En vacaciones todos pueden levantarse tarde... —se recargó hacia adelante, la cara entera oculta en la mesa—. Y yo siempre tengo que patear tu *trasero* fuera de la cama en Köpenick.

—Sohn... Tu lenguaje.

Erwin ahogó su risa contra la tarima. —Lo siento. “Tu cuerpo de princesa”, Mikhail...

Otra risa se le atragantó en la garganta cuando Mikhail lo levantó para enredarle un brazo en el cuello. Erwin luchó por incorporarse y patearlo. Herr Schmidt dejó su banco, meneando la cabeza.

—Voy a hacer el desayuno. Saldremos a reunirnos con la gente del recorrido a las 9. El primero que esté vestido será quien desayune primero...

Herr Schmidt dejó de dar instrucciones para comenzar a reír. Un estrepito de bancos y jaloneos prosiguió. Los dos ya estaban corriendo por las escaleras igual a dos adolescentes.

◆◆◆

Las Vegas | *Skate America,* Sede del *Grand Prix* 2019
En el presente...

Se mantuvo quieto, mirando a Erwin cuando le dio la espalda y se alejó. Mikha luchó con el instinto de ir tras él, echarle un brazo encima y decirle que fueran por una cerveza para arreglar los problemas. Igual a los chicos de antes.

Los chicos que ya no existían.

Oyó a lo lejos las voces de dos mujeres; al echar un vistazo al interior del restaurante, distinguió a la hermana de Melek que se alejaba. Detrás de ella, la muchacha de corta estatura que lo había hecho sentir más grande al troll de fantasía épica con el que se comparaba. ¿Acaso la chica había llegado con Erwin? Mikha creyó verlos hablarse. Tal vez...

Devolvió su vista a la avenida. La imagen de Erwin se había perdido por completo. Era claro que no quería que lo siguieran tampoco.

—*Mikhail.*

Anna.

Mikha la miró un momento, esbozó una sonrisa decaída.

—De pronto se me quitó el hambre...

Anna estudió su rostro. —Vamos a otra parte.

Mikhail lo agradeció. No tenía ánimo para Vidhi esta noche; sería la ruina de cualquier buena velada que su entrenadora hubiera preparado para los demás. Le escribió un mensaje a Melek. “No le digas a Sharma...”, puso al final. Melek sabría entender. Si Vidhi se enteraba ahora, saldría a perseguirlos para hacerlos quedarse.

Anna se quedó junto a él, en la esquina de la misma calle. Había sacado su chaqueta al perseguirlo, como si hubiera sabido desde el inicio que él querría marcharse. Mikhail se disculpó por arruinar su noche.

—Está bien, Mikhail. ¿A dónde quieres ir?

No quería seguir deambulando por la ciudad. Con lo poco que Vidhi y Melek les habían hecho recorrer, Mikha pudo intuir que sería bastante revuelta como luminosa. La idea de sentarse simplemente en la sala de la suite del Orleans, atravesó su mente. Dudó un momento, mirándola. Pero estaba demasiado cansado y deprimido como para romper sus reglas.

En cuanto llegaron, Anna fue a la habitación que compartía con Vidhi. Salió poco después, con su ropa de dormir; pantalones deportivos y camisa de franela. Mikhail fue a su recámara también. Sus cosas estaban en una de las camas individuales que tenía cada habitación. Esta podría ser una de las sedes con mejor hospedaje en la que hubieran estado; aunque Vidhi seguía quejándose de la calidad de las fundas y sábanas. Melek incluso llevaba sus propias sábanas, Mikha sabía desde hacía tiempo del problema de piel sensible que tenía.

A diferencia suya, Melek tendía bien su cama y tenía lista su maleta en una esquina. Mikha tuvo que agacharse para sacarla de debajo de la suya y remover su cosas para encontrar su ropa de dormir. Se arrepintió de no traer pantalones cortos. El aire acondicionado servía, pero afuera hacia demasiado calor. Salió con sus pantalones de cama y una playera de manga corta. La mesa estaba puesta cuando se asomó al comedor, Anna lo miró, sonriendo.

—Servicio a la habitación.

Mikha se sentó; no quiso quedarse en un restaurante pero no iba a quedarse sin cenar. Anna había pedido alguna de esas cenas del menú de servicio del hotel. Pollo, espagueti y ensalada. No era la mejor cena, pero ninguno se quejó.

Dieron gracias por la comida. Mikhail se quedó mirando la taza de café que Anna le había servido. Mikha podía recordar más de 30 aromas de café diferentes, y saber en dónde los había olido la primera vez. Pero justo en este momento, tuvo el olorcillo del café que Herr Schmidt preparaba en su cabaña. Mikha tuvo un atisbo del día en que fue a ver a Erwin en febrero. Había café; pero no era el de Herr Schmidt.

Anna estuvo mirándolo suficiente tiempo. Cuando pasaron más de 10 minutos sin que reaccionara, carraspeó, quedo. Mikha no entendió del todo su sonrisa.

—¿Ya te diste cuenta? Parece que regresamos a tu departamento en Park Kul’tury.

Mikhail pensó lo que decía. Prestó atención a su alrededor. Cena informal, pijamas, a punto de ir a dormir. Sonrió al fin.

—Es cierto.

—Sólo falta alguien...

Mikha rodó los ojos. —Te dije que lo quieres más que a mí.

Anna se rio; enredó otro tanto de espagueti en el tenedor. Suspiró después de terminarse el bocado.

—Lo extraño. A los dos. Ojalá pudiera encontrar una casa en Park Kul'tury...

—Yo podría buscar algo más cerca de ti.

—¿Hablas en serio?

Mikha cortó su último trozo de carne. —Me gusta más tu zona. Y *Dosto* ama los parques de Krilastkoye.

Anna estuvo de acuerdo.

—Podríamos comenzar a buscar después de esta competencia. Tendremos unas 3 semanas antes del *Rostelecom.*

—Buena idea...

Continuaron comiendo. Mikha sacó agua mineral de la nevera. Otro recuerdo de Erwin. Él prefería el agua fresca antes del agua gasificada. Había tenido que acostumbrarse a beberla en Berlín.

Anna hizo ruido con los trastes al lavarlos y eso lo regresó a la realidad. La observó un rato; sí, era como volver a Park Kul'tury. Mikha no podía asimilar que el tiempo pasara tan deprisa. Anna se secó las manos y se entornó; lo encontró pensativo otra vez. Mikha le sonrió, tratando de disuadir la melancolía.

Fueron a la sala a ver televisión. Además del canal de noticias y el canal deportivo, nada parecía muy interesante. Anna resopló a la quinta ronda de canales sin nada para ver.

—Te dije que fuéramos a caminar... —musitó Mikhail, socarrón. Anna lo soslayó, acusadora.

—Qué gracioso —dio otra mirada a los canales; nada. Apagó el televisor—. Tampoco me gustan Las Vegas. Son tediosas.

—¿Ya habías venido?

Anna se encogió de hombros. Sin mirarlo.

—Fue hace tiempo. Un entrenamiento... Es peor que el distrito urbano de Moscú, o eso creo.

Mikha no sabía si era verdad; jamás había ido.

—Maddy soñaba con venir —la recordó de pronto—. Siempre quiso que alguna sede fuese aquí. Quizás fue bueno que no; seguro que se habría casado por ahí.

—O tal vez se casaba contigo...

Mikhail echó una carcajada. —Lo dudo, Anna.

Maddy lo había dejado claro: Después de ese campeonato en Ottawa, nunca tuvieron posibilidades. A Mikha ya no le dolía pensar en el "podría ser". Pero imaginaba a su amiga extasiada con Las Vegas, secundando cada locura de Vidhi sin dudar. Mikha se alegraba de tener a Anna aquí.

Buscó su mano mientras se recargaba en el respaldo, mirándola. Anna se había quedado de costado, viéndolo también. Mikha sintió que sus dedos se apretaban entre los suyos. Anna bajó la mirada un segundo. La forma en la que volvió a mirarlo desde debajo de sus pestañas, hizo que a Mikhail se le paralizara el corazón. Su aroma de champú y perfume lo envolvió. La idea de estar completamente solos por tiempo indefinido parpadeó en su mente como los anuncios de los casinos allá abajo. Pero bastó para ver en qué dirección iban sus pensamientos.

Sonrió a su yo necio. Por la sonrisa de Anna, Mikha intuyó que ella también

estaba atenta a su propia consciencia.

Mikhail se levantó. —Es un buen momento para ir a dormir.

Anna se quedó allí.

—Sí... No quiero asustarte mucho, Mikaelo.

Mikha se rio. Nada le asustaba más que su propia lucha interna. El Espíritu luchando contra su yo en la carne, y él en medio... Había sido fácil cuando no estaba interesado en agradar a Dios, pero ahora, era justo una batalla. Si la perdía, Mikha sabía que no podría recuperarse.

Inhaló hondo, con la boca. Otra olfateada a Anna y se quedaría. Agradeció que ella no intentó levantarse ni detenerlo. Tras un par de inhalaciones, se sintió mejor.

—Gracias por intentar cambiar el tema... Ya sabes, después de que vi a Erwin y... —exhaló, pesaroso otra vez.

Anna sujetó su mano, un apretón nada más.

—Todo estará bien, Mikhail...

Mikha lo creía también. Pero al día siguiente, nada estuvo bien.

Vidhi los riñó por abandonarlos en el restaurante. Hizo bromas sobre sus intenciones de marcharse y todo empeoró cuando Mikhail admitió que habían regresado directamente al hotel. Mikha tuvo que soportar los comentarios sobre eso, porque Vidhi no se burlaba de la probabilidad de que hubieran hecho algo, sino de saber que no lo harían, especialmente él. Mikha siempre respetaría y apreciaría a sus entrenadores, pero no iba a explicarse cada vez que Vidhi lo cuestionara sobre su fe y su respeto a lo que Dios le demandaba.

Un mensaje de voz lo desestabilizó mucho más. Mikha escuchó a Darya Pavlova. Su voz delgadita, de ruso peculiar... El padre de Anna aún estaba en el hospital, con un diagnostico muy negativo. Mikha no podía asimilar que su enfermedad hubiese avanzado tan pronto. El cáncer era diferente a las enfermedades óseas. Su madre había decaído lentamente; pero no significaba que otros padecimientos serían igual. Mikha le envió otro audio como respuesta.

“Le prometo hablar con Anna, señora Pavlova. Gracias por sus buenos deseos. Espero de corazón ganar con ella. Oraré por su esposo y por usted. Siempre lo hago, en realidad”.

Le había hablado a la madre de Anna de su fe, varias veces. Había escuchado respuestas que jamás pensó oír de una persona así. Aunque seguía molesto por lo que el padre de Anna significaba para ella, Mikhail quería tomarse un tiempo para orar por él antes de la competencia. Sus entrenadores bajaron a la pista. Sólo había que cruzar un pasillo que conectaba al hotel y a la arena. Anna también se despidió de él.

—¿Seguro que no quieres que me quede?

Mikhail no tenía el valor para decirle que se quedaría a orar por su padre.

—Sólo será un momento.

Anna lo aceptó. Bajó con su valija deportiva y su ropa de entreno. La competencia del Patinaje corto sería en dos horas. Mikhail oró por su trabajo en la pista, por el efecto de ver a Erwin, por no decepcionar a su equipo como en el Mundial. Le habló a Dios del señor Konstatinov y su salud. “Sea lo que sea, sé que puedes curarlo, si tú quieres... Sólo dime qué hacer para que Anna pueda hablar con su madre”. Oró por Darya, por Erwin, por lo que sea que pudiese pasar esta temporada. Agradeció por el viaje y por lo que tenía ahora. Pensó en su familia... No se sentía listo

para orar por ese tema.

Prefirió usar la avenida en vez del pasillo que conectaba al hotel con la arena; ya había tenido que lidiar con varios espectadores que querían firmas además de la prensa que, a estas alturas, continuaba preguntándoles sobre Erik Braun.

Mikha caminó hacia la pista, satisfecho de ver las puertas frontales vacías. Se sintió repletó de energía como cada vez que podía tener tiempos concisos con Dios.

Pero entonces se encontró con Erwin, en la entrada.

Anna se percató de que algo estaba sucediendo.

Mikhail y ella habían tenido éxito en su Programa Corto. El vestido Gatsby de color rojo sería uno de sus favoritos. A Anna le encantaban las tiras finas y la lentejuela oscura que formaba arcos en el pecho; Melek había hecho un buen trabajo con el diseño, sustituyendo la idea de los guantes por medias transparentes de color negro. Pero lo que más le gustaba, era ver a Mikhail con el uniforme de inspiración militar. Era justo como lo había visualizado al inicio de conocerlo: serio, con el rostro de una profesión muy peligrosa. Cuando Mikhail lo tenía puesto y aceptaba hacer algún gesto gracioso Anna adoraba el contraste.

Sin embargo, esta vez, Mikhail no hizo ademanes divertidos. Anna detectó las advertencias, en medio del silencio, durante su práctica de piso antes de pasar a la pista. Presintió que algo malo estaba sucediéndole, pero no hizo preguntas. No quería distraerlo más. Se sorprendió de que pudieran seguir tan bien su programa, con el mismo énfasis divertido de sus ensayos. Mikhail tenía más experiencia en controlar su estado de ánimo para que no influyera en la pista. En cambio, cuando Anna notó el desbalance de su «triple axel», no tuvo más dudas. Le había dicho a Mikhail que cuanto más pensara en aterrizar firme, menos lo lograría. Sus últimos avances se redujeron y ella lo vio resistir con una mano para evitar una caída.

Pero ganaron el primer lugar de su patinaje corto, por encima de Alexia y Chris Knierim, los representantes nacionales. Fueron a celebrarlo con Vidhi y Melek, a otro restaurante. Una extraña construcción que simulaba ser el terraplén de una playa, dentro del Hotel Flamingo. Los meseros servían bebidas tropicales en las carcasas de cocos reales y ofrecían mariscos frescos.

Mikhail la vio desde la comisura del ojo, Anna hizo lo mismo. Los meses viviendo en la misma casa de sus entrenadores no fueron suficiente para hacerles saber que había un tipo de carne que ella odiaba más que a nada. La pobre Vidhi se sujetó la cabeza, aullando con desespero cuando lo supo al fin.

—¡Debí saberlo! ¡Debí saberlo! Soy una terrible coach-mamá-americana. ¡Que Krishna me castigue! Y Budha y todos los otros.

—Señorita Sharma...

Tuvieron que cancelar su reservación. Fueron a un Carl’s Junior de 24/7. Vidhi les compró una Caja de Feliz Sorpresa a cada uno como recompensa y un helado de vainilla a Anna por no preguntar antes sus gustos con los mariscos. Anna se sostuvo el estómago más de una vez por no poder resistir sus ganas de reir. Su cereza del pastel fue al momento de abrir sus cajas de regalo. Había una edición especial de Avengers: End Game. Ninguno había visto la película, ni alguna otra de la franquicia.

Anna sacudió su muñeco con martillo.

—Lo guardaré, Vidhi. Será mi primera y única cajita de hamburguesería.

Vidhi unió las manos, con embeleso dramático.

—Querida hija, tu mamá-americana es feliz porque te gustó tu caja de hamburguesería americana con un muñeco barbudo de película americana. No lo vayas a querer más que al barbudo junto a ti, no importa si es más rubio y guapo que él.

Melek farfulló. —Señorita Sharma, no sea cruel —apretó su muñeco, una cosa extraña que parecía más un tronco a un niño.

Anna soslayó a Mikhail. Lo vio sonreír y negar ante la broma de Vidhi, pero nada más. Tomó soda de su vaso; había estado así de callado desde la tarde. Vidhi se levantó de pronto.

—Vamos, Melu. Es hora de pararme cerca de los juegos y simular que soy una terrorista que quiere secuestrar a uno de esos niños.

Anna se echó a reír, porque Melek ya iba tras ella, seguro de que iría a hacer lo que dijo. Cuando estuvieron solos, regresó su atención a Mikhail. Se había terminado su tercera hamburguesa, silencioso. Anna lo vio estrujar el papel encerado y echarlo sobre la bandeja de comida. Aguardó, paciente.

—Te lo encontraste otra vez, ¿cierto?

Mikhail la miró. Agitó su vaso con hielo, suspirando. Anna no escuchó otra respuesta. Pero esta era la misma escena después de que Mikhail regresó de ese viaje repentino a Suiza para encontrarse a Erwin Schmidt.

—¿Qué sucedió, Mikhail?

Mikhail subió sus hombros, lento. Buscó las palabras para contar un breve pero funesto encuentro con Erwin Schmidt afuera de la pista Orleans.

—Ya no lo reconozco, Anna. Estas tres veces... Sentí... Parece que es otro. En algún momento, mi amigo desapareció —resopló, negando—. Me dijo que me podía ir al diablo. Mi mejor amigo.

Echó una risa vacilante. Anna apretó el ceño.

—¿Qué cosa?

Había pensado que todo lo que Erik decía sobre ese sujeto era falso. Mikhail se apretó la cara y se talló los ojos con el índice y el pulgar. Otro suspiro. Otra negativa. Anna no podía creerlo.

—Pensé que eran amigos...

—Lo éramos... Lo fuimos... Pero no puse suficiente atención... Yo no... No hice mi mejor esfuerzo y...

—¿”Tu mejor esfuerzo”? Mikhail, no puedes hablar en serio. Ese sujeto, no tiene derecho.

—¿Cómo lo sabes? No sabías quién era antes. No me conociste cuando... Cuando era otro tipo buscando una medalla.

Anna apretó los labios. —Te conozco, ahora. No tiene derecho a tratarte de esa manera. Has hecho mucho por él.

—No he hecho nada. Por nadie.

Anna fue quien farfulló esta vez. Si Vidhi se hubiera quedado a escuchar, estaría reprendiéndolo por dejarse llevar por un sujeto así. Anna se dijo que no podía ser cruel. Mikhail había sido paciente con ella, siempre. Se acercó para verlo de frente.

—Creo que deberías soltarlo, Mikhail. Hablo de no preocuparte más. Y si necesita ayuda, te llamará. O llamará a alguien más.

—No sabes todo lo que ha atravesado. Incluso yo tampoco tengo idea sobre eso...

—¿Y por eso tiene derecho a lastimarte? Ya sé que te dije que nadie podía hacerlo solo, pero esto es deplorable. Mira cómo estás ahora. Hoy ganamos pero eso no es garantía, tú lo sabes. Un solo error, una pequeña desconcentración, nos eliminará de la pista.

Mikha entrelazó los dedos, Anna vio su rigidez, la manera de apretar los dientes. Anna no supo qué decir. ¿Cómo puedo ayudarlo? La única forma era diciéndole que cortara todo contacto con ese sujeto. Aunque fuera un "viejo amigo", que Mikhail lo olvidara era lo mejor para el equipo. Sólo pensarlo la hizo sentir culpable.

—Hay otra cosa, Anna.

Mikhail levantó el rostro, al fin; su semblante más severo.

—Es tu madre... Y tu padre también.

Anna sintió que le daban una carga eléctrica. Enderezó la espalda, sin mirarlo.

—Ya te dije que no quiero hablar de ellos.

—Anna.

Conocía ese tono, se preparó: —No la conoces como yo, Mikhail. Y a ese hombre tampoco.

—He hablado con tu madre.

—¡Por teléfono! No es suficiente.

Mikhail se quedó mirándola, soltó el aire, agotado.

—Anna. Tu familia te necesita y lo digo muy en serio.

—¿Mi familia? —sonrió—. No son mi familia.

Lo oyó resoplar, musitándole por paciencia a Dios.

—¿Entonces seguirás así para siempre? Como si ellos no existieran...

—Ellos pretendieron que yo no existía. No me dijeron que Makzim me necesitaba. No me importa nada de lo que pueda sucederles.

Oírse hablar de esa forma le causó un escalofrío, pero la ira estaba quemándola.

—¿Y qué vas a hacer con la idea de “amar a los que te lastiman”? La Gracia es un regalo, Anna. Pero no es para crear un monopolio. Tu madre necesita a Dios también, igual que tú y yo.

—¿A Dios, Mikhail? ¡Jamás han creído en Dios!

—Podrías sorprenderte, Anna... He hablado con tu madre sobre tener fe. Su respuesta ha sido muy abierta.

Anna escupió una risa: —¿”Abierta”? ¿Y ella te dijo que era igual de abierta con Hedda y Nikolai? No sabes lo “abiertos” que pueden ser unos por un poco de dinero extra, Mikhail. Te está engañando. No caeré y no voy a dejar que te hagan caer a ti.

—Esperaba una respuesta diferente de una mujer nueva. Un pensamiento que no la lleve a ver por sí misma nada más.

Anna sintió como si le hubiese arrojado su soda a la cara. La mirada de Mikhail pesó y estuvo cerca de no soportarlo. Cedería, llamaría a esa mujer con tal de que él dejara de mirarla así. Recordó a Masha, perdido en la bahía, con esa escopeta en la mano. Solo.

Y no pudo refrenarse: —Creo que no eres el más indicado para decirme cómo debo ser con mis padres, Mikhail.

Se arrepintió en cuanto las palabras salieron. Muy tarde.

El rostro de Mikhail se puso lívido y sus ojos muy aturdidos. Anna sabía la clase de cuña que había ensartado, en un área completamente desprotegida. Y se odió como nunca por sacar ventaja de eso.

Pero odió mucho más a esa mujer, a esa casa, a todo ese pasado. Anna se decidió: si la llamaba, sería para exigirle que no volvieran a contactar a Mikhail. Jamás los perdonaría por lo que habían hecho con Masha, menos ahora que ella ponía a Mikhail en contra suya.

Mikhail se recargó en la mesa, totalmente mudo. Anna sufrió por ser la culpable de verlo así.

—Mikhail, lo lamento...

Lo dijo como un murmullo, ahogada por el remordimiento.

Él negó, apenas. —No, Anna... Tienes razón. *Yo* lo lamento...

Ninguno volvió a hablar.

Hasta que Vidhi y Melek regresaron, ninguno se miró al menos.

◆◆◆

Mikhail pasó la noche intentando dormir. Apenas lo consiguió, unas horas antes de que el resto se levantara.

Era bueno que no tendrían competencia; sólo el ensayo del Patinaje libre a las 12. Mikhail no quiso salir a desayunar, ni siquiera cuando Vidhi lo amenazó con meterse y llevarlo a la mesa incluso si estaba en ropa interior. Anna no se asomó ni llamó a su puerta.

Mikha fue al entrenamiento, temeroso de encontrarse a Erwin otra vez, por puro error. Si volvía a verlo, no podría tolerar la indiferencia e iría directo al grano de lo que sea que hubiera iniciado la fractura entre los dos. Aunque eso implicara desenterrar mucho, en plena competencia.

No encontró a Erwin de nuevo, afortunadamente.

Mikha entró al hielo, siguió la logística de ensayo junto a Anna. Su programa largo era entretenido y, según la encuesta que Vidhi hizo en sus redes sociales, era el favorito después de su programa de El lago de los cisnes. Mikhail aún tenía problemas en la parte coreográfica; los movimientos de baile indio y los *strokes* y *foot dance* en hielo resultaban más complicados que un salto triple. Ver a Anna moverse con él le ayudaba. Ella bailaba mejor y sonreía. Su primera trayectoria de *Grand Prix* viéndola sonreír así.

Se lamentó por no poder disfrutarlo como quería. Anna completó los elementos técnicos con su ayuda, dedicada y profesional. Pero en el descanso, ninguno se dirigió una sola palabra. Mikha intentó enmendarlo, más de una vez. Sin resultado; en cuanto tenía la oportunidad, venía una distracción, otro competidor llamándolos, Vidhi o Melek dando indicaciones, o su propio orgullo lastimado que le hacía cambiar de opinión.

Al final, regresaron a la suite. Mikha se quedó en la sala modular, oyendo a sus entrenadores en la cocina. Anna había ido directo a la recámara. Después de dos horas de ver la televisión sin una sola nota de atención, Mikhail escuchó que Vidhi lo llamaba.

—Vamos a salir, Mikaelo. Tenemos que darle nuestro apoyo a Olive y a sus pequeños hobbits. ¿Quieres venir? El coach Schmidt estará allí —jugó una voz grave como para imitar lo que hubiera sido Erwin.

Mikhail negó, sin sonreír.

—Diviértanse.

Vidhi se detuvo un momento, escrutándolo muy bien.

—¿Problemas de relación, Mikaelo?

Mikha arrugó el gesto. —¿Que no te ha dicho nada Anna?

Sonó infantil. Se sintió como un tonto. Vidhi agitó la mano.

—No, pero tú ya dijiste bastante... —sonrió, victoriosa. La boca de Mikha dibujó una línea oblicua—. ¿Necesitas apoyo de tu madre-americana?

—Estaré bien, entrenadora.

—Bien. Me alegra que crezcas... Por la *Torre de Pizza,* te juro que esta vez no lo dije con ironía. Si me necesitan, llámenme. Y no olvides que, lo que no me dices hoy...

—Lo sabrás con detalle mañana.

—Oow, eres tan tierno repitiendo mis frases —le dio palmaditas en la mejilla—. Ay, ay, demasiado barbudo. Nos vemos. Más vale que todo esté bien en la noche o me obligarán a actuar; no dejaré que nada nos quite el primer lugar de la sede, ni siquiera ustedes, par de... pollos descoloridos.

Se marchó. Mikhail se dejó caer en el sofá otra vez. Pasó demasiado tiempo mirando en dirección a la puerta de Anna, sin saber qué hacer. Una parte en su mente le decía que ella había tenido razón. Estaba haciendo lo mismo que hizo con Erwin a inicios del año: entrometerse. Pero, por otro lado, una suave voz le decía que debía continuar. ¿Continuar a qué? De nuevo se sentía varado en un camino, sin saber la dirección que debía tomar.

En el pasado, Mikhail hubiera hecho lo que Anna le sugirió. Ignorar a su madre. El propósito primario de contactar a Darya Pavlova la primera vez ya había terminado: Anna había completado su recuperación, estaba mejor y era feliz. El resto de la relación entre ellas dos era un asunto familiar, donde él sólo sería un tercero, ajeno a todo. Si no hubiera hablado jamás con Darya Pavlova, Mikha se habría convencido de ignorar todo.

Pero había charlado con esa mujer cada viernes, desde que Anna estuvo en la clínica. Semana a semana, para notar que no podría ignorarla tal como Dios lo había llevado a no ignorar a su propia compañera. No podía, simplemente. Algo fuerte le obligaba a seguir contestando, escuchando, orando, a veces repartiendo un consejo.

Su labor era negligente, al parecer. Si Dios quería usarlo como medio para reconectar el vínculo entre Anna y su madre, estaba haciéndolo muy mal.

“No eres el más indicado para decirme cómo debo ser con mis padres...”.

Anna tenía razón.

Había pasado años desde que habló con su padre. Y sus charlas con su madre se habían reducido a llamadas telefónicas mensuales, siempre ocupado por algo. A veces intercambiaba mensajes con Dietrich, en especial si su hermano requería dinero para la universidad. Johann ya no lo llamaba y él tampoco había intentado hacerlo.

¿Cómo podía exigirle a Anna que fuera humilde y escuchara a su madre?

Él ya no trataba de mejorar las cosas con su familia como lo había prometido. Oraba por muchos asuntos, pero su relación con ellos había desaparecido de sus conversaciones con Dios. Y ahora era una piedra de tropiezo para Anna. Un obstáculo en lugar de un vínculo.

Su última charla con Erwin era otra prueba de su fracaso.

Ya no pudo tolerar la puerta cerrada. Fue a su habitación para tomar su Biblia y salió. El Orleans tenía una terraza con restaurante y mirador libre, justo en el techo. Mikha se sorprendió de no encontrar la cantidad de personas que esperaba. Muchos estarían en los casinos o el resto de Las Vegas. Tomó una de las bancas de madera, pegadas a la orilla del edificio. Un muro de vidrio grueso detenía los pasos más allá.

Estuvo mirando el paisaje sin pensar en el tiempo. Aunque los edificios a seis manzanas lucían mucho más altos, la vista desde aquí era excelente. El calor era menos denso con la brisa a esta altura. Mikhail inhaló lento, olor de tierra, arena y plantas secas, sin contar todos los aromas del hotel y el restaurante en la terraza. Pensó en levantarse y mirar más de cerca. El vértigo se le subió a la cabeza en cuanto se acercó al cristal.

Regresó a su asiento. La revoltura por la altura fue lo único que sintió por más de 10 minutos. Cuando cesó, abrió su Biblia, repasó el apartado de sus últimas lecturas. Aunque terminó un capítulo, siguió leyendo. Terminó otro y no paró. Siguió leyendo, ansioso por encontrar la palabra que necesitaba, las instrucciones concretas. Leyó hasta que le ardieron los ojos y el aire empezó a metérsele a los oídos. Un zumbido atravesó sus tímpanos. Mikha tuvo que cerrar los ojos y quedarse así. Cuando estuvo a punto de empezar una frase para Dios, se detuvo.

No pudo orar. Estaba dudando, otra vez.

¿Señor, para qué me trajiste hasta aquí? Si no querías hacer nada con la madre de Anna, ¿para qué me dejaste conocerla? Si yo no soy el que tenía que hablar con Erwin, ¿para qué hiciste que pensara tanto en él los últimos años? Hazlo libre. Y a la familia de Anna. Quítame esta carga, ¿quieres?

Continuó en la misma postura, la cabeza agachada, la Biblia entre sus piernas. No supo cuánto demoró para que el pitido en su tímpano desapareciera. La contracción que había sentido al sostener su Biblia demasiado tiempo también se había reducido. Abrió los ojos lentamente, oyendo el silbido del aire. Había oscurecido y la luz de una lámpara cercana le ayudó a ver las hojas de papel cebolla. Su mirada sesgó una palabra y un peso en su interior lo dejó con la vista en pasaje.

Una playa, un discípulo que venía a confrontar su traición, una pregunta fulminante. «Pedro, hijo de Jonás... ¿Me amas?»

¿Estaba usurpando el primer lugar en su vida a Dios otra vez? Mikha quiso mirarse desde dentro, examinándose. No sabía qué debería encontrar. Ni qué hacer. Los consejos de Herr Schmidt se habían agotado, porque ya nada era igual a tres años atrás. Mikha se alegraba por ello, pero al mismo tiempo, se sentía solo. Tal vez ya era tiempo de encontrar una iglesia, o de llamar a casa. Pensó en Anna otra vez. Y en Erwin. No se irían de su cabeza, por más que lo intentara.

Mikhail sacó su celular del bolsillo. El regusto de un schnapps de naranja lo hizo salivar. Quizás no era el único sin beber una buena cerveza; Mikhail había estado esperando una buena razón para hacerlo.

Le escribió un mensaje a Erwin, esperanzado. Aún no tenía la respuesta a lo que debía hacer; pero había pasado por eso antes. Y Dios había estado allí, para dirigirlo.

Esa noche, durmió como un bebé y despertó temprano. Pese a sentirse renovado, prefirió aguardar en su recámara. Oró por concentración, para hacer las cosas bien por Anna y por su equipo. Por fin, Mikha reparó en que estaba en un *Skate*

America, luchando por el primer lugar. ¿Cuántas veces había ganado un oro en una sede de *Grand Prix*? Nunca. El nerviosismo de patinador le revolvió el estómago; pero era más llevadero a no tener idea de qué hacer por Darya Pavlova y por Erwin.

Después de la práctica previa, pasó a los vestidores. El atuendo de tradición hindú no era su favorito, aunque era fresco y holgado para moverse. El verde le gustaba también. Anna se encontró con él, afuera del pasillo. Comparado con su vestido rojo del programa corto, este atuendo era menos femenino. Anna lucía graciosa con pantalones aglobados y blusa arriba del ombligo. Melek había prometido tener listo un vestido corto para ella, estilo sari, si llegaban al Campeonato Europeo.

Mikha vio que Anna evadía sus ojos y no pudo evitar el sentimiento de que regresaban en el tiempo. Mikhail prefería dejar el patinaje, antes de que Anna volviera a depender de fármacos e indiferencia contra él. Cuando fue su turno de ir al hielo, Mikha se aseguró de apretar bien su mano. El rostro de Anna se entornó, perpleja. Mikhail le sonrió, pidiendo disculpas en silencio. Sus ojos azules respondieron, brillantes de congoja.

Recibieron los aplausos del público al terminar su rutina. Mikhail abrazó a Anna, agradecido. Patinar, con ella siguiéndolo le devolvió su ánimo. Esperaron en el banquillo para ver el puntaje. Mikha aguardó sin expectativas de ningún tipo. Por ello, 193.23 fue demasiado inesperado. Era su mejor puntaje como compañeros y la razón por la que Vidhi echó un alarido que casi lo dejó sordo. Si esta hubiera sido la competencia de sus Olímpicos, habrían ganado el oro.

Al menos aquí lo obtuvieron.

Mikhail abrazó a Anna otra vez, oyendo su risa. Ese sonido y la paz en su interior, eran la verdadera victoria.

Vidhi y Melek los llevaron a La Strip. No hubo prorrogas para negarse. Después de recorridos, entradas a tiendas, malls y museos, su entrenadora les hizo detenerse en el área de juegos mecánicos. Los hoteles gigantes hacían que una montaña rusa pudiera verse patética, y así era. Lo único que destacaba por encima de todo era la rueda de la fortuna en medio del patio de juego de The LINQ.

—¡Es la más grande del mundo! ¡Y ya quiero que estemos allá! —Sharma apuntó a la cabina de la cima. Se veía diminuta aunque eran cajones para 20 personas.

Mikha se atrevió a tolerar el mareo con tal de celebrar. Aun así no pudo entender cómo era que las otras personas se movían por todas partes, conscientes de que estaban elevándose en una cabina que flotaba en el aire, a más de 180 metros de altura, sin ningún temor por ello. Todos bebían de la barra libre, construida adentro, mirando por los cristales como si fuera encantador. Mikhail se quedó en una de las bancas unidas a las paredes. Se encorvó sobre sus rodillas, haciendo respiraciones continuas. La mano de Anna le apretaba la espalda, una y otra vez.

Mikha quería disculparse, no sólo por su miedo absurdo a las alturas, sino por todo. Pero si abría la boca ahora, vomitaría la cena. Lo único que pudo hacer, fue sonreírle a su rostro de alabastro que esta noche había maquillado suavemente.

—¡Annya, ven a ver esto! Deja a Mikaelo agonizar solo.

La dejó ir, observándola bien mientras ella veía lo que Vidhi le señalaba. Estaba feliz, igual que sus entrenadores. Mikhail se sintió seguro de nuevo. La contracción en su estómago lo regresó a su vértigo. Mikha se encorvó, aguantando el dolor de sien. O el aire se estaba volviendo más pesado, o este era su peor mareo.

—¿Quieres una bolsa de papel, Misha?

Oteó a Vidhi. Pero no sería mala idea una bolsa justo ahora. Un pitido en su celular interrumpió. Mikhail abrió el mensaje de voz.

“Soy Darya Pavlova, una vez más... Perdone la molestia. Tan sólo necesitaba informarle, con mucha vergüenza por interrumpir lo que estén haciendo... Mi esposo falleció esta mañana en el hospital. Haré su funeral en dos días. Gracias por todo lo que ha hecho por mi hija...”.

Mikha se quedó con el celular pegado a la mejilla. Su mareo había desaparecido.

◆◆◆

Anna lo vio hablar por teléfono y la mirada escurridiza que puso cuando él notó su atención. Mikhail sonrió, fingiendo interés a todo lo que Vidhi preparó para el equipo. Cenaron en uno de los grandes hoteles de Las Vegas; Anna estaba tan impresionada. Lo poco que miraba le recordaba a Erik y a los gustos del Solovieva Team, opulencia por todas partes.

Otros hombres peores invadieron sus pensamientos. Anna se concentró en Mikhail. En la cena, él contestaba a los comentarios y se reía en medio de las bromas que Vidhi le jugaba a los tres. Anna se convenció de que todo estaba bien.

Al llegar al hotel, Vidhi partió a su habitación. Cuando notaron que Melek no entraba y que Vidhi salía otra vez, comprendieron. O ellos estaban dándoles tiempo o querían tiempo para sí mismos. Anna sonrió, mirando hacia la puerta principal que Vidhi había cerrado a su espalda. En otro tiempo, habría deplorado el "favor"; Yelena solía sonreír de forma desagradable cada vez que se marchaba para dejarla a solas con Erik.

Ahora era distinto.

Se entornó a Mikhail. Y su alegría desapareció.

Mikhail estaba sentado en la sala, encorvado sobre sus muslos, mirando esa cruz de plata que llevaba en el pecho. Estaba triste, otra vez, triste.

—¿Mikhail?

Él tardó en responder: —Anna, necesito que vengas a sentarte, por favor...

Anna pensó en ese patinador de nueva cuenta. Si Erwin Schmidt le había hecho o dicho algo otra vez... Rodeó la sala y se sentó a su lado. Mikhail había encendido los plafones; Anna podía ver el hueso marcado de su mandíbula, incluso debajo de su barba.

—¿Qué pasa, Mikhail? ¿Es por Erwin Schmidt de nuevo?

Él negó, pasándose las manos por la cara. Tomó otro par de segundos para mirar a la mesa. Después de expulsar aire, lo dijo.

—Tu padre falleció esta mañana.

Tomó su mano y la apretó suavemente, sin dejar de mirarla.

—Tu madre me llamó. Hace unos días me dijo que habían diagnosticado cirrosis. Avanzó muy rápido. Tu madre no me explicó los detalles pero... —envolvió su mano por completo—. Lo siento, Anna.

Anna sintió que dejaba de oírlo, apenas un segundo. Parpadeó, desconcertada por... ¿Por su rostro tan apesadumbrado? ¿O por darse cuenta de que no sentía absolutamente nada?

—Oh... —musitó, y nada más.

Mikhail estaba mirándola con más atención, buscó sus ojos cuando ella agachó la cara hacia la alfombra.

—Anna...

—Estoy bien, Mikhail. Es... extraño. No esperaba esta noticia hoy. Tampoco creí que tú serías quien me lo diría cuando llegara el momento. Estoy bien. Lamento que mi madre continúe involucrándote en asuntos que no son tu responsabilidad. Hablaré a Magadán en unos días y... le pediré que ya no te llame.

Sonrió, con calma. Mikhail no mejoró su semblante, confuso, dolido.

—Anna, realmente estoy considerando que... Deberías ir a verla. Los dos.

Anna se soltó de su mano. —¿Qué?

—Está sola, justo ahora. Tu padre acaba de morir y no tiene a nadie.

Anna no pudo detener sus labios cuando sonrieron.

—¿Y que no fue lo que ella decidió cuando se casó con él?

—Anna...

—No voy a ir al funeral de mi... De ese hombre. Lo que le haya pasado no me importa, ¿cuándo vas a entenderlo?

—Tu madre está sola, Anna...

—Ese tampoco es mi problema, Mikhail.

Lo miró fijo, afilada como su voz. Mikhail frunció las cejas.

—No puedes vivir con eso toda tu vida, Anna. Lo que le pasó a Makzim, no fue tu culpa. Pero tampoco fue suya...

Anna se levantó. —Ya basta.

Mikhail fue tras sus pasos.

—Tienes que ir y hablar con ella. ¿No te das cuenta? Tienes la oportunidad de demostrar que eres mejor que todo lo que me has dicho sobre ellos —la detuvo, cerca de su habitación. Anna trató de zafar el brazo que le había sujetado, luchando consigo misma. Mikhail la entornó—. Anna, mírame. Piensa un poco en ella... Tal vez no tengo derecho a decir esto porque nos conocimos mucho después. Pero lo que he escuchado me convence: Ella lo lamenta, igual que tú. Imagina perder a tu hijo. De esa manera... Y casi te pierde a ti. Más de una vez, me ha dicho que siente que ya te perdió. Ella te ama... Te juro que si ella no me recordara el afecto de mi mamá no te estaría diciendo esto. Y está sola, enterrando a la única persona que estaba dándole sustento. No puedes abandonarla. Dios nos hace mejores pero es en medio de esta clase de cosas que podemos verlo.

Anna no pudo mirarlo. Incluso si él seguía sujetando sus mejillas.

—Anna, hazlo por Makzim... ¿Qué habría querido él?

—¡Vivir! ¡Habría querido vivir! Pero está muerto. Por culpa de ellos. ¡Y por culpa mía! —un sollozo escapó, Anna se odió—. Ya basta, puedes decir lo que quieras. Y puedes pensar lo peor de mí. Pero no voy a ir hasta Magadán para acompañar a una mujer que jamás vino por nosotros a Moscú. Ella me dejó. *Sola.* Me dejó sola con ese equipo horrible y... No lo haré, Mikhail. No lo haré...

Siguió repitiéndolo, más y más bajo, tratando de convencerse. Mikhail bajó las manos, con un suspiro.

Anna pensó que la discusión había acabado. No fue así.

—Entonces *yo* voy a ir, Anna.

—¿A Magadán? —estuvo a punto de gritar, porque al ver la convicción en sus ojos entendió que era cierto. Iría—. Mikhail, no tienes idea de lo que dices. Son casi dos días de camino desde Moscú. No hay avión hasta cierto punto... Y, tal vez ya no hay paso en el área abierta.

—No me importa —se dirigió a su recámara, Anna lo persiguió. Mikhail subió su valija a la cama, comenzó a empacar, el gesto rígido.

—Mikhail, no hagas esto. Tenemos otra competencia...

—En tres semanas, Anna. Estaré en Moscú antes que eso.

Anna detuvo su brazo antes de que metiera algo más.

—Vidhi dijo que... —su mirada dura la hizo callar. Anna sintió arena y sal en los ojos—. Mikhail, no vale la pena. Ella no es más que una...

—Es tu madre, Anna. Eso es. Es la madre de la mujer que un día será mi esposa... No voy a abandonarla. No importa si su propia hija se olvidó del Perdón y la Gracia que compartimos. Un día lo recordará...

Se soltó de ella para arrojar otro par de cosas a la maleta. Anna se dejó caer en la esquina de la cama, de espaldas a él. Se cubrió la cara, negada a llorar. Pero cuanto más lo escuchaba empacar, más oprimida se sentía. Odiaba ser vulnerable por sus malas decisiones, pero ya no podía evadirlo como antes. Incluso si Mikhail cambiaba de opinión ahora, esa voz dentro de ella diría que estaba actuando mal... Que debía hacer lo que Mikhail decía. ¡¿Por qué debería?!

Sollozó, áspera, contra sus puños. Mikhail cerró la presilla con rapidez, y la miró, respirando hondo. Anna se enjugó las lágrimas al oír sus pasos. Mikhail se arrodilló frente a su cuerpo encorvado. Sus ojos se llenaron de compasión y amor por ella.

—Sé que he sido un terrible ejemplo, Anna. Yo también me siento confrontado... Hoy más que nunca. Ya perdí mucho por darle toda mi atención a mis propios asuntos o a mi resentimiento. Debería arreglar todo con mi familia antes de darte sermones. Pero no hay tiempo; sólo por esta vez, te pido que cedas.

¿“Sólo por esta vez”? *¡Es mentira!* ¡Anna siempre había cedido! Por más que tratara de evitarlo y aferrarse a sí misma, a Masha, a su pasado y al miedo... Cedía. Derrotada por Mikhail y por ese Otro que no dejaba de halar de ella para llenar con su Amor lo que un día había estado drenado y estéril.

Intentó buscar otra excusa...

Los ojos de Mikhail la acariciaron, suavemente, y ella sintió que se rendía.

Pero, incluso así, Anna no dejó de aferrarse al viejo rencor. Sabía que iba a necesitarlo.

Asintió, despacio. Suficiente para que él entendiera. Mikhail besó su mano y le quitó lo que quedaba de llanto en sus mejillas. Después fue hasta su recámara; Anna lo vio regresar con su valija para comenzar a empacar sus cosas también.

◆◆◆

El único vuelo sin escalas a Moscú saldría el sábado, a las 9 pm. Deberían esperar 13 horas, o tomar cualquier vuelo para hacer más de 20 entre escalas. Mikhail se ofuscó de buscar. Esa era su única opción.

Le llamó a Darya Pavlova para informarle que irían para allá. Con amabilidad, la madre de Anna dijo que no tenían que molestarse con un viaje tan extenuante. En cambio, Mikhail percibió la necesidad oculta en su voz. Cuando insistió por segunda

vez, ella lo aceptó. Le dijo que rutas tomar, el transporte directo desde la capital hasta un Oblast siberiano, la opción de seguir en ferri si el Rio Ojotsk aún no estaba congelado, o ir sobre camión de nieve si lo estaba. Una avioneta en cierto punto, una corrida de trineos...

Sonaba tan complejo como Anna le había dicho. Pero Mikha no se retractó. Darya Pavlova dijo que el cuerpo de su esposo estaría en proceso forense, luego lo sepultaría en el cementerio local. Era probable que no llegaran a tiempo para el funeral. Mikha dudó esta vez, ¿de qué servía el largo viaje si no estarían en lo más fundamental del duelo?

Herr Schmidt no abandonaba su mente desde que se fue a dormir en la madrugada, leyendo el salmo que llevaba en su dije de cruz.

*“Me guiará por sendas de justicia...”. M*ikha sentía que el mensaje no encajaba, que eso no le decía nada. Repasó el salmo entero en su cabeza por casi toda la mañana.

El Señor es mi Pastor...

Imaginó la escena bucólica, el pastor sabio mirando su rebaño, tratando con esmero y amor a sus ovejas. La escena que leyó días antes se filtró en su mente. La playa de Galilea, el discípulo en medio de la confrontación de su traición. Sin tener relación aparente entre los dos pasajes, Mikhail se dio cuenta de algo.

“Apacienta a mis ovejas...”.

Mikhail no creyó que lo hubiera comprendido del todo, pero la pequeña duda se había extinguido. Iría a Magadán, así estuviera al extremo de la Rusia siberiana, aunque no llegaran a tiempo al funeral del padre de Anna. Debía ir. Y Anna lo acompañaría.

Les explicó a Vidhi y a Melek en la mañana, después de comprar los boletos de avión por internet. Contrario a su expectativa, Vidhi no armó revuelo ni una trifulca por su repentina retirada. Se concentró en Anna, meditabunda.

—Bien, si no hay nada qué hacer... Queríamos llevarlos a Berlín antes del *Rostelecom.* Pensamos que ya era hora de que conocieran el club... —comentó.

Anna dobló los labios, molesta.

—Lo siento.

—No tendrías por qué. Las prioridades son prioridades —afirmó Melek—. Lamentamos tu pérdida.

La expresión de Anna se endureció, mordaz.

—No fue una pérdida para mí...

Se mantuvo callada, el resto del día. Vidhi y Melek se despidieron de ambos, por si acaso se marchaban antes de que ellos regresaran de su salida. Habían prometido ver la competencia libre de Danza. Mikhail lamentó no tener tiempo para apoyar a Erwin y a su equipo.

Un mensaje llegó a su celular y entonces lo lamentó mucho más.

Erwin respondía, finalmente. Quería verlo, a las 8, para beber y charlar. Mikhail tenía la oportunidad que quería para enmendar las cosas con su amigo. Jamás se sintió en medio de un dilema peor. Salió a la terraza superior por segunda vez. No reparó siquiera en que se acercó hasta el barandal de vidrio para mirar a la lejanía. Quería orar, pero de nuevo le faltaban palabras.

¿Cómo era posible estar en un *Skate America,* con un oro, y estar pensando en

algo tan dispar del patinaje? Maddy lo reprendería. Le había enviado un mensaje de voz para felicitarlos a ambos. Mikha había olvidado sus palabras debido al mensaje de Darya Pavlova.

Apoyó los antebrazos sobre el barandal, cansado.

Señor... ¿Regresaremos a tiempo para participar en la siguiente competencia?

Le pareció tonto preguntar. Ahora le parecía tonto ocupar todos sus pensamientos en su patinaje. Su panorama se había extendido, aunque aún desconociera las implicaciones que eso conllevaría.

Observó el paisaje de montañas más allá de los edificios. Montañas secas y escarpadas. Mikhail pensó en el pasto de los Alpes recibiendo a la primavera.

“En lugares de delicados pastos, me hará descansar...”

Apacentar ovejas. No las suyas, sino las del verdadero Pastor. Si era así, entonces, tenía que dejar de dudar.

El único hijo de Herr Schmidt podría entenderlo. Mikhail confió: tendrían otra oportunidad para hablar y arreglar las cosas*, ¿verdad?* No era posible que todo se hubiera perdido entre ellos. Los buenos recuerdos y esa cruz en su pecho lo demostraban. Mikha bajó con su maleta, al ascensor. Le dijo a Anna que continuara, la vería en el lobby. Primero, debía despedirse de su amigo y acordar otro momento para verse.

Pero cuando Erwin abrió la puerta de su suite, Mikha entendió que no todo iba en la dirección que él quería, ni siquiera si era en pro de seguir una voluntad mayor a la suya. Porque ayudar a Anna y a su madre, justo ahora, podría implicar renunciar a su amigo para siempre.

Equipo Alemania

Capítulo 7

Un desastrozo final

Las Vegas | *Skate America* 2019

Jael levantó su medalla para verla por enésima vez. Era mucho más grande que la ganada en Hamburgo, pero más liviana también. Su lugar estaba grabado en plata.

Jael Jazmin Keller: Second Place
• SILVER MEDALIST •

¡No lo podía creer! *Señor, ¿es un sueño?* Cuando era niña y otra vez soñaba con el patinaje, Jael solía usar los promontorios de piedra que había cerca del Lago negro en Zermatt. Después de hacer una rutina frente a los niños del parquecito, se subía a uno de ellos. Su podio personal. Los niños la aplaudían y ella se reía. Sólo un tonto sueño...

El aplauso de la gente la sacudió. Jael recibió el apretón de manos de Callia Bassi y de su compañero. La pareja canadiense del tercer lugar asentía también. Ninguno de ellos estaba conmovido hasta las lágrimas. Estaban felices, sí, pero, nada más. Los dos de Canadá lucían serios, de hecho. Estaban disgustados por el tercer lugar. Sus rutinas fueron sublimes, con hermosos elementos técnicos y una gran coreografía. Jael había amado el baile de *Riverdance* de Callia Bassi y su compañero, pero su Danza libre con música de *El Gladiador* la hizo estremecer. Ambas parejas eran increíbles, ¿cómo era posible que alguien como ella estuviera en el mismo estrado que estos campeones?

Jael los siguió a todos cuando comenzaron a rodear la pista. ¡La pista enorme de Las Vegas! Las personas del público la saludaban, sacaban sus celulares o cámaras fotográficas, alguien le pidió una foto. ¿A ella? Pero si era sólo una novata. Todo era un sueño, un sueño muy hermoso.

Salió de la pista y recibió otro abrazo de Olive. También se veía mucho más emocionada que en el Campeonato de Hamburgo. Jael sintió que las lágrimas de alegría nunca se detendrían. Quería hablarle a Mamá, ¿la habría visto? ¿Y Papá? Jael se agachó para ponerse las guardas de sus patines, acarició el trébol sobre su talón.

¿Me viste, Papá? Querido Dios, ¿podrías decirle que pudimos ganar plata, después de caernos en Toronto?

Moqueó, limpiándose la nariz. Un encargado de STAFF vino hacia ellos.

—Su conferencia empieza en 10 minutos. Por favor, estén listos...

—¿Co-conferencia?

—Para los ganadores. Es la misma cosa aburrida de siempre —Stephen resopló. Jael lo había visto más serio en el podio.

La felicidad se transformó en nerviosismo. El encargado de STAFF dijo que todo se transmitía en vivo desde Facebook. Jael no quería hacer el ridículo con una mala presentación. Pero tenían que ir y hablarle al mundo ahora que habían ganado segundo lugar en su primera sede del *Grand Prix.*

—¿Están listos?

Su coach apareció. Jael no había tenido tiempo de hablarle después de que el jurado los declarara ganadores. Jael pudo sonreírle al fin.

—Lo hicimos, coach —había sido posible gracias a él y a Olive por enseñarles.

Pero su coach le sonrió de la misma forma que usaba con la prensa.

—Así es, Jael, lo hicieron —los había felicitado ya, por su medalla. No lo haría otra vez. Jael no comprendía su falta de entusiasmo.

El encargado de logística regresó para dirigirlos hacia el salón de conferencias. Las dos parejas ganadoras ya iban en camino, la muchedumbre en la arena seguía haciendo ruido, pronto comenzaría la competencia individual femenil. Stephen se había adelantado, Jael lo miró desde lejos. Al menos Olive estaba con ella.

Cuando pasaron a la mesa de presidio con los otros ganadores, Jael enfocó su atención hacia el fondo del salón. El rostro cansado de su coach. ¿Por qué no estaba feliz? Jael sintió que regresaban a la pista del Mitte Ice, con su coach de expresión distante mientras ella patinaba y él la supervisaba en las gradas.

Un presentador mencionó los nombres de cada uno, felicitándolos. “Pasaremos a las preguntas”. Jael tuvo que regresar su atención a las sillas. Eran muchos periodistas esta vez. Y todos estaban mirando directo a ellos. Jael miró a Stephen; se había desabrochado la levita de su traje, y estaba recargado en la silla con gesto fastidiado.

Una mano se levantó antes que todas. Jael reconoció a ese hombre de anteojos y chaleco.

—Soy Adam Azwhole de *SportLife America*. Felicitaciones a todos. Voy a ir directo a Stephen Bookham. Steph, ¿cómo te sientes justo ahora? ¿Qué depara para tu carrera ser el primer vetado del Comité que gana plata en su primera competencia oficial?

Las miradas se abrieron, a la espera; las cámaras apuntaron. Jael oyó que Stephen resoplaba.

—Te dije, *weirdo...* La misma jodida cosa de siempre.

Se estiró hacia el micrófono y comenzó su respuesta. Cuando alguien más hizo otra pregunta, ahora para ambos, Stephen se ofreció a contestar otra vez. Jael no se quejó. Tenía las palabras y los gritos de emoción apretando su garganta. Y tenía miedo de que la cara allá atrás se llenara de más frustración. Hasta no saber qué pasaba, Jael quiso callar.

Los periodistas aceptaron las respuestas de su compañero. Todos se enfocaron en Stephen o en los otros patinadores. El periodista de la *SportLife* levantó la mano una vez más, mirándola directamente.

—Tengo una pregunta para Jael Keller... Hola, ¿te acuerdas de tu amigo Azwhole? —sonrió, Jael asintió, comprometida a ser cortés—. Ya escuchamos y ya vimos lo que han hecho estas últimas semanas, Jael. Mi revista tiene la opinión de que te convertiste en una especie de oblación para dos de los patinadores más importantes que hemos tenido los últimos años. ¿Qué piensas al respecto?

La sala estaba callada otra vez. Jael frunció el ceño. No tenía idea de por qué estaba diciendo eso. Stephen sujetó el micrófono.

—¿Se supone que debemos entender tu jodida forma de hablar, Azwhole?

Unos cuantos se rieron. El periodista miró a Jael, riendo también.

—Quiero decir “salvavidas”. Te enviaremos un diccionario edición especial de gramática inglesa, Stephen —otro par de risas. Jael se sintió incómoda—. ¿Qué respondes, Jael? Antes quiero aclarar que, no es opinión de mi revista nada más, sino de muchos comentarios en las redes.

Jael apretó los labios. ¿Ser un salvavidas? ¿Por qué ese hombre era tan raro con sus preguntas?

—Hace un año nunca pensé que conocería a un patinador profesional... —miró a lo lejos otra vez, luego a su maestra. Dedicó otra mirada a ambos lados de la mesa—. Y hoy tengo esta medalla, y estoy sentada con estas personas... No soy un salvavidas. No sé por qué lo dicen. Pero creo que no deberían hacerlo. Los patinadores que he conocido hasta ahora son personas gentiles y muy profesionales. Jamás han sido crueles. No entiendo por qué otros lo son ni por qué tratan de insinuar cosas que podrían herir a mi equipo...

Lo miró directamente. La sonrisa del periodista no hizo más que crecer.

—Sí, pero, tienes que admitir que de no ser porque aceptaste este puesto, Stephen seguiría a la espera del veredicto del Comité. Y hay otros asuntos que...

Jael se enderezó: —Soy muy feliz y afortunada de estar aquí. No me importa cómo o por qué...

—¿Eso quiere decir que estás aquí por voluntad propia y no por algún incentivo financiero o similar?

Su forma de decirlo hizo a Jael apretar con rudeza su medalla.

—Mi incentivo es patinar como mi papá y mamá querían; por favor, deje ya de fastidiar a mi equipo como lo hizo la última vez en Berlín.

Calló y respiró hondo, sin quitarle los ojos de encima. ¿Había subido la voz o sólo lo imaginaba? Las miradas de todos estaban sobre ella, entre curiosidad y desapruebo. Jael tragó hondo. *Ay, otra vez mi gran boca...*

—Lo siento... Ay, es que... Es mi primera conferencia de prensa.

Agachó la cara, haciéndose un nudo con los dedos; las risas compasivas aminoraron la tensión. El presentador dijo que quedaban dos minutos para más preguntas, enfatizó que *SportLife* había agotado su número de cuestionamientos. Otro par de risas aligeró la fuerza que su broma tuvo. A pesar de todo, Jael tuvo la mirada de ese hombre sobre ella hasta que el tiempo terminó. Después de la foto de las tres parejas ganadoras, Jael escuchó otras palabras de felicitación de Callia Bassi y Mario Fabrino.

La hermosa melena de trigo bronceado de Callia parecía hecha para modelaje en lugar del patinaje.

—Tendremos una reunión de despedida en el hotel en donde estamos hospedados, linda. Tu compañero y tú pueden asistir...

—Eso si no temen que vayamos a drogarlos —intervino Mario mirando a Steph.

Jael se rio, avergonzada. —Gracias. Emmh... Le preguntaremos a nuestro coach cuáles son los planes.

—También es para entrenadores. Dile que puede venir —Callia se acomodó su chaqueta de equipo—. El Comité nos permitió invitar al personal de patinaje ya que no hay banquete de clausura en estas sedes. Sería un placer tenerlos allí.

Dijeron el horario, el lugar específico y otros detalles. Los vio alejarse hacia la pareja de Canadá. Por su forma de hablarse, quizás serían amigos. Soslayó a Steph, sabía que estaba escuchando aunque tuviera cara de indiferencia. Steph continuó sobre el estrado donde tenían la mesa de presidio. Con sólo mirar un poco hacia abajo, Jael entendió por qué. También quería que

ese periodista se marchara.

—¿Crees que debemos ir a la fiesta de la Señorita Callia y su compañero?

—¿Que ya te están dando miedo los patinadores? Acabas de decir que son la gran maravilla...

Jael hizo un mohín. —Yo creí que podría salvarme de gastar dinero en un vestido...

Tendría que abstenerse de los suvenires para Mamá y sus hermanos. Escuchó que Stephen se burlaba.

—¿No te basta con 2 mil de premio, *weirdo?*

—¿Premio?

Lo miró. Stephen entornó los ojos. —Son 8 mil, en teoría, *weirdo.* Siguiendo la lógica son 2 mil para cada uno. A no ser que el coach quiera dividirlos diferente. Revisa tu cuenta en una o dos horas. El coach es rápido para hacer transacciones... —arrugó la nariz, mirando a otro lado—. Como sea, ya puedes ir a celebrar con tus amigos bailarines.

Bajó por fin. Jael se sintió aliviada de que el periodista se hubiera marchado.

—¿Entonces tú no irás?

—Ya tuve suficiente de patinaje de danza. Y ya que mañana tengo que ir a Nueva York y ya que no puedo despegarme de mi club de fans... —subió los hombros.

—¿A Nueva York? ¿No regresarás con nosotros a Berlín? ¿Por qué?

Stephen levantó su maleta deportiva. —Trabajo, weirdo. Sólo el maldito trabajo con mi patrocinador.

Jael iba a preguntar. La vocecilla aguda de Heidi Hooligan atravesó la sala. La muchacha pelirroja lo llamó repetidas veces con la mano, desde la puerta. Nadie fuera del patinaje podía entrar a esta sala.

—Lamento lo que ese hombre dijo, Steph —pudo decírselo antes que se marchara. Agachó la cabeza. Otra vez no había defendido a su equipo.

Pero Stephen jadeó otra risa. —Ya te dije que escribe basura, *weirdo.* Y sabe muy bien dónde buscar la de cada uno. Demasiado bien, como siempre.

Jael no entendió por qué apartó la vista mientras se mordía las mejillas.

—Felicidades por nuestro segundo lugar, Steph —dijo bajito, acariciando su medalla otra vez.

Steph la miró apenas. Iba a decir algo, quizás, pero se fue sin responder nada.

Olive vino a buscarla de inmediato.

—La señorita Sharma está esperándonos afuera. Dice que quiere que vayamos a comer para celebrar. Después podemos ir a dar un pequeño recorrido... Ya no tenemos presión hasta dentro de tres semanas.

Jael volvió a sentirse emocionada. Podría estar con Olive y con sus conocidos; quizá iría a la fiesta de Callia Bassi y Mario Fabrino. Quizá podría hablar con su coach.

La Señorita Sharma abrazaba con el ímpetu de una anaconda. Jael tuvo que respirar fuerte cuando la soltó pero se rio, abochornada, ante el cúmulo de exclamaciones que la Señorita Sharma hizo sobre su patinaje con Steph. Ella y el Señor Bariut los llevaron a un restaurante local, sin dejarla ir a cambiarse. “¡Quiero presumir que estoy junto a una patinadora de verdad!”. Conforme más la conocía, más divertida y curiosa le parecía.

Jael le habló de la fiesta con los patinadores; pero la Señorita Sharma y el Señor Bariut regresarían a Rusia al otro día y querían volver al hotel para tener listo todo, sus planes habían cambiado de pronto debido a un incidente con sus patinadores. No dieron muchos detalles. Pero Jael se alegró mucho más por comer con ellos. Después de una divertida convivencia, los dos se

despidieron de ellas en el ascensor.

Jael caminó con su maestra a su habitación. —Espero volver a verlos pronto.

El hermano de Olive les había dicho que no coincidirían en otras sedes del *Grand Prix* a menos que ganaran un lugar para la final que se llevaría a cabo en Italia. Jael estaba feliz con su resultado de esta sede; no quería imponerle presión a su equipo ni a ella.

Entraron a la suite. La esperanza de Jael por encontrar a su entrenador se extinguió cuando la estancia reinó de silencio. Fue a su recámara. Le dijo a Olive que se daría un baño y que iría a dormir.

—Pensé que querías ir a la reunión de los patinadores norteamericanos.

Jael se sorprendió de que lo recordara. —¿Tú quieres ir?

Olive pareció considerarlo. —Vi que tú quieres ir, ¿o me equivoco?

Jael no pudo decir que sí de inmediato. Le asustaba estar entre muchos patinadores a los que había visto hacer rutinas maravillosas. Ni siquiera tener esa medalla en el cuello le daba confianza. Pero tampoco quería negarse; sentía curiosidad por conocer de cerquita a las mismas personas que le causaban tantas impresiones.

—No tengo nada que ponerme —admitió. Olive reaccionó.

—Oh, sobre eso... Lo olvidé. Erwin me entregó esto antes de irse, después de su entrevista allá abajo —Jael aguardó, consternada. Olive sacó un sobre amarillo de su bolso—. Podrías usar esto. Me dijo que era lo mismo que me dio a mí. Alegué que tenía que darles más a ustedes, son los que hacen el trabajo práctico... Pero él insistió.

Jael sujetó el sobre, parpadeando. —¿Pero qué es?

—El dinero del premio. Por el segundo lugar. Esto es un concurso, después de todo.

Jael no podía asimilarlo. Miró el sobre entre sus dos manos. Jamás había pensado que una competencia de patinaje tuviera una retribución monetaria. Nadie hablaba de eso, todos se concentraban en dar lo mejor en el hielo y así tal vez ganar un pedestal. Su mirada se encogió, decepcionada. Eso era de lo que hablaba ese periodista. Ganar dinero, fama, olvidarse de lo mejor del patinaje.

—¿Jael? —su maestra la miró. Jael inhaló hondo.

No tenía derecho a pedir más de lo que ya recibía.

Apretó el sobre cerca de su pecho, agradecida. Olive le preguntó si quería buscar un bonito atuendo.

—La señorita Sharma me dijo que hay una tienda de rebajas muy cerca. Podemos ir. También buscaré algo.

Jael jamás había ido de compras con alguien que no fuera Mamá; sus amigas de la escuela y de la iglesia a veces estaban demasiado ocupadas o sus horarios no congeniaban con los de ella. Salir a buscar ropa con Olive le pareció más interesante que ir a una fiesta de patinaje.

—¡Vamos!

Parecía que la alegría de su día no tendría fin. O fue lo que ella creyó...

◆◆◆

***Horas antes...* | Práctica de Danza**

Erwin trató de acelerar el paso. Evadió el pasillo que conectaba a la Orleans Arena con el hotel; tenía demasiada gente, periodistas en especial. Caminó hacia la puerta frontal y se metió a los pasillos por donde entraría el público para verlos competir. Un tirón en la rodilla le hizo aminorar el paso. Estaba rengueando otra vez.

Por fin, pudo atravesar la recepción, más vacía para su suerte, y fue directo a salida. El aire templado de Las Vegas le pegó en la cara cuando empujó la puerta de cristal. Otro tendón se le paralizó y ya no pudo continuar. Erwin soportó el dolor, apretando la mandíbula. Respiró hondo, recordando a su patinadora llamarlo fuerte para despedirse.

Debió haberse quedado, debió prestar atención a la práctica de sus patinadores y actuar como un coach. Pero en vez de hacer su trabajo, se había quedado a escuchar al entrenador de la mejor pareja en Danza sobre hielo de toda la temporada; para oírlo hablar de su esposa. *Su esposa*. Si hubiera sido un poco más joven, sin el dolor que ahora tenía, se preguntó si habría cerrado su conversación de otra manera. Pero había huido.

—¿Erwin?

¿Cómo no había notado que alguien estaba justo allí? Y para su estatura, Erwin tendría que haberlo visto antes.

Se enderezó. Le dedicó un vistazo desinteresado a su atuendo:

—Mikhail.

Ropa deportiva, chaqueta con los colores de la Federación Rusa, una mochila cruzada. Mikhail nunca usó valija de correa como él y los otros con Günt. Pero ahora tenía ropa de calidad y el aspecto que delataba a un deportista en su mejor momento.

—Voy a mi práctica directa —Mikhail apuntó detrás de la espalda de Erwin—. Mi competencia es a las 6.

Erwin ya lo sabía. Había tenido que leer el itinerario completo del certamen. Asintió, indiferente, y siguió su camino.

—Buena suerte.

No pudo ser tan rápido como quería. Mikhail se movió también.

—Erwin. Ayer te marchaste tan rápido del restaurante que no tuve tiempo de...

Erwin se detuvo, no se entornó por completo.

—Estaba ocupado y...

Calló. No iba a decir que estaba cansado y disgustado por tener que encontrarse a tanta gente a la que no quería ver. Él incluido.

Mikhail asintió, callado.

—Si eso es todo...

—No. También quería... Disculparme por la última vez. Eso de ir a tu casa, sin avisarte. No fue una gran idea, posiblemente.

Erwin subió las cejas.

—Me habría arreglado un poco. Afeitarme, tal vez...

Mikhail sonrió. —Sí, no te queda la barba. Te va mejor este estilo.

Apuntó a su rostro limpio. Erwin tenía cuidado de afeitarse especialmente ahora que la temporada había comenzado. A veces era tedioso y lo hacía extrañar más estar en casa, sin nadie a quien tuviera que agradar por protocolo.

Frunció el ceño, con media sonrisa.

—Y me lo dice el que parece leñador de montaña.

Mikhail echó una carcajada. Se rascó la barba. Erwin sabía que exageraba; él mismo había tenido una más tupida antes de febrero.

—Fue una apuesta entre Melek, Vidhi y yo. Querían ver a quién podía crecerle más rápido. Vidhi apostó todo a Melek, me pregunto por qué... —resopló, riendo—. Después de que perdí, Melek se afeitó. Dice que le disgusta tener que cuidarse demasiado el rostro. A mí me da igual... Gasto menos en espuma y rastrillo.

Erwin recordaba a los entrenadores de Mikhail. Los había saludado en la conferencia y el almuerzo. Uno de ellos, Melek Bariut, seguía siendo el tipo reservado de la Clínica Santa Bárbara que ahora los apoyaba a través de Olive. La otra era la misma mujer extraña que había perturbado a Mikhail y a él tiempo atrás. Cuando todo era mucho mejor.

Chistó, haciéndole creer que era por su anécdota. La sonrisa de Mikhail volvió a llenarse de la misma nostalgia que Erwin vio anoche, afuera de ese restaurante.

—Me alegra que hayas aceptado el trabajo, Erwin... En serio...

La complicidad se terminó. Erwin detectó el maligno encuentro de la lástima o la vieja amistad que ya no existía.

—Me pagan por esto, Mikhail. No estoy haciéndolo porque haya querido... Tenía deudas, quería pagarlas.

Estaba siendo rudo, pero justo eso quería. Al menos una persona de su círculo entendería que odiaba estar aquí. Y ya que Mikhail lo había sacado de su cabaña en un día frío, era lo justo.

Mikhail lo miró un momento, Erwin notó otra disculpa. Sería mejor irse. Mikhail adelantó otro paso cuando entendió sus intenciones.

—Deberíamos reunirnos, tal vez mañana...

—Estoy ocupado, ¿no escuchaste? Ya no es como antes, cuando competíamos y podíamos ir a perder el tiempo por ahí. Tengo responsabilidades, antes, durante y después de cada competencia. Tú puedes ir a divertirte con tus coaches o con quien sea...

Huyó de su mirada compasiva. De pronto, su vista atrapó el fulgorcillo sobre su pecho. Una cruz plateada. La voz de su padre resonó en su cabeza, lánguida en el tiempo.

“¿Podrías averiguar la dirección de Mikhail en Rusia, Sohn? Quisiera enviarle un regalo por su cumpleaños...”

Mikhail lo vio sonreír con amargura, hacia la nada.

—Podríamos vernos después de la competencia. ¿Cuándo regresan a Berlín?

—El domingo en la mañana...

—Nosotros también. Podemos vernos el sábado... Tengo mucho qué contarte y, estoy seguro de que tú también. Ha pasado mucho y quisiera recuperar el tiempo.

Erwin lo interrumpió, con una risa seca.

—“Recuperar el tiempo”. Sí, seguro que podemos recuperar el tiempo. Diez años, en una noche, bebiendo, contándonos lo emocionante que ha sido vivir. ¿Qué voy a contarte, Mikhail? ¿Quieres la parte en la que mi padre se moría de cáncer? ¿Quieres la parte donde me quedé paralizado por una doble lesión en las rodillas y la columna? O mejor la parte donde me quedé en una silla de ruedas, solo, en mi casa... —le sonrió—. Ah, perdóname. ¿Esperabas anécdotas felices? ¿Algo similar a tus días de victorias?

Se había entornado por completo a él. Pero donde esperó encontrar una expresión disgustada, sólo quedó la misma mirada compasiva. Y el arrepentimiento.

—Me enteré de lo que hizo Louise, Erwin... Apenas pude creerlo...

Erwin sintió hielo en las piernas. Mikhail lo miró otra vez.

—¿Tú cómo te enteraste que ella...?

Las cejas de Erwin se crisparon. Apretó los dientes:

—¿Por qué asumes que "me enteré”, Mikhail?

¿Era tan patética su historia? ¿Es que todos lo habían sabido mientras él había estado aguardando por una llamada? ¿Acaso todos habían notado las señales de sus errores antes que él?

Erwin sintió la garganta cerrada, algo doloroso en los parpados.

Mikhail dobló las cejas con pesar. —Lo lamento, amigo...

Si le hubiera clavado la navaja del patín, directo al pecho, le habría dolido menos. Erwin ya no se contuvo.

—¿Lo lamentas? *¿Tú?* Vete al diablo, Mikhail.

Se volvió y caminó, qué importaba si cojeaba y él lo veía, qué importa si perdía lo último de su orgullo. En realidad, ya no le quedaba nada.

◆◆◆

Sus patinadores obtuvieron la tercera posición en su Danza corta, unido al favor del público. Erwin apenas pudo alegrarse. Los coaches a los que no evadía lo felicitaban, daban sugerencias, hablaban de academias y clubs a los que podrían unirse. Erwin escuchaba, asentía, lejos de allí. Veía la satisfacción del equipo a su cargo, cada uno a su manera. ¿Por qué no podía compartirla?

Stephen había regresado la última noche a tiempo para competir. Erwin lamentó que lo hiciera. Los siguientes días trató de reencontrar las razones por las que decidió formar parte de todo esto. Nada en la monotonía de su cabeza mejoraba. Si regresaban al hotel, Austin Howard esperaría por una llamada o anunciaría que el dinero de su próximo "pago" estaría cerca.

La hipotecaria de su cabaña lo había contactado también. Tan sólo 3 pagos más y la deuda se habría terminado para dejarlo en estado de cuenta corriente. Tres pagos más. Una voz le dictaba quedarse y continuar igual que siempre, diciéndose que la negativa de Stephen por devolverle el dinero lo estaba beneficiando, que todo era para regresar a Wengen. En momentos así, Erwin volvía a sentir algo peor a la mera monotonía...

Y la sensación de una mirada clavada en su nuca lo acompañaba el resto de la tarde.

Trató de distraerse con su alrededor. Durante su carrera, ninguna de sus competencias fue en Las Vegas y él jamás tuvo curiosidad de venir por su cuenta. Y con justa razón. Las luces y el ruido incesante de una sola calle lo habían obligado a regresar al hotel. La Danza Libre sería al día siguiente, sus patinadores habían entrenado, eran libres otra vez. Erwin había sido conciso en su amenaza a Stephen; pero algo le indicó que no trataría de romper las reglas de nuevo. Erwin rogó porque lo intentara...

Se quedó en uno de los restaurantes del Orleans, el más alejado del casino principal. Erwin seguía oyendo el ruido de las máquinas de juego y las monedas tintineando. Todo allí era ruido y movimiento. Alguien pidió a un camarero que subiera el volumen de las televisiones. Erwin puso atención a la pantalla de 70'' más cercana. La gente que no iba a ver la competencia a la arena, se reunía para mirarla por televisión. Si se lo hubieran dicho antes, Erwin no habría creído que las personas al sur de Estados Unidos tenían gusto por el patinaje artístico.

Miró el Patinaje Libre de parejas. Ya había pedido su cena, no podría cancelar. Presintió que la última ronda de parejas tendría el único nombre que conocía y así fue. Erwin se apresuró a comer, podría terminar antes de que viniera el turno de Mikhail. Un dejó de culpa le amargó el sabor de su filete al pensar en él.

—Erwin...

Estuvo cerca de soltar sus cubiertos, decepcionado. Los encuentros inesperados nunca acabarían mientras siguiera aquí. Levantó la cara, con una sonrisa de molde.

—Señor —asintió. El viejo Günt hizo un ademán con la mano, sosteniendo su vaso de licor.

—Te vi desde la barra. Pensé que esperabas a alguien y dije "voy a dejar al muchacho en paz". Pero veo que estás solo, ¿verdad?

Erwin asintió, recordando más su cordialidad.

—Sí, señor. Estoy solo.

Muy solo...

Günt subió su vaso.

—Qué bien, hijo, la soledad es buena. Te garantizo que vas a comenzar a extrañarla después de esta temporada. Los entrenadores no sabemos mucho del descanso y la soledad. Yo bajé por un brandy para retomar fuerzas, pero no tengo más de una hora. Terminamos con la competencia de los chicos hace un rato. Sólo un bronce.

Estrujó los labios.

—Felicidades, señor.

Günt no agradeció, se veía molesto por eso.

—Hemos tenido mejores sedes. Los inicios siempre son austeros para los de categoría individual. Tenemos 12 patinadores en el grupo, divididos en diferentes competencias. No hay descanso cuando tienes a tantos. Mañana siguen las mujeres... Más disciplinadas, pero exageradamente conversadoras y frívolas. Si no tuviera un grupo de coaching administrándolas por mí, habría renunciado —otro trago a su vaso, Erwin lo oyó jadear por el ardor del licor—. Da igual. Aunque estemos llenos de patinadores, la mayoría cobran más vigor hasta después de sus campeonatos nacionales. El año pasado sólo ganamos plata en la final del *Grand Prix.* Después de esta semana puedo ver que no llegaremos muy lejos este año. Secreto de coacheo, por supuesto —resopló tras otro trago hondo.

—Espero que mejore, señor.

Günt le sonrió, tras su vaso de cristal.

—Es parte de competir, hijo. Ya lo has probado antes... Tampoco soy un idiota sin consideración: Mi mejor pieza está en otro equipo, patinando danza. Tendré que esperar...

Se rio, con esa risa gruesa y corta que recordaba. Erwin no pudo sonreír, resistió las ganas de decirle que podía llevarse a "su mejor" pieza cuando quisiera. El sonido de una ovación hizo que ambos miraran a la televisión. Algunas personas en las mesas habían dejado de comer para alzar la vista también. Erwin vio a Mikhail en su camino hacia el centro de la pista. Su compañera era una mujer delgada, rubia y de expresión fina. Ambos vestían atuendos de color verde y pedrería, tela holgada y vaporosa; Erwin pensó en una de esas películas sobre cultura árabe que exageraban los atuendos tradicionales.

No dijeron nada durante su rutina. La música no era una gran elección, pero era mejor a lo poco que había mirado en los programas de los otros competidores. Erwin vio venir los típicos saltos combinados, reconociendo el significado de esa forma de prepararse. Un *«triple loop»*, bien ejecutado, quizá no tan coordinado. La chica era mejor que Mikhail para saltar; aun así, Erwin se sorprendió de verlo ejercer un salto complejo sin gran vacilación.

Descubrió que jamás había visto a Mikhail competir en pares.

Y jamás lo había visto competir tan bien.

Sin contar los errores de coordinación, sus elementos técnicos parecían buenos y muy complejos. Pero Erwin no recordaría las elevaciones, ni los saltos lanzados o los molinetes. La parte coreográfica estuvo llena de tambores e instrumentos de cuerda fina, igual a un performance de danza árabe o india (a esas alturas, Erwin ya no lo sabía), ejecutada con giros y pasos en el hielo. La rutina terminó, con los patinadores en medio de la pista, en la misma posición de dedos entrecruzados y una rodilla arriba, justo como habían comenzado.

La cámara siguió grabando sus rostros y capturó sus sonrisas, el pequeño choque de manos, el beso en la cabeza que Mikhail le dio a su compañera.

Igor Günt se movió al fin, bebiendo lo último de su vaso. Negó, con una sonrisa plana.

—Jamás creí que lo diría. Vidhi La Loca tiene buena mano. Sigo pensando que

habríamos abierto un gran camino para él como lo hicimos contigo. Jamás lo sabremos —dejó el vaso sobre su mesa y señaló a su plato—. Te quité suficiente tiempo, hijo. Come antes de que se enfríe. Te deseo suerte mañana. Escuché que el Comité tiene expectativas sobre ustedes. Y para alguien que tiene a Stephen bajo su cargo, eso es muy esperanzador, créeme.

Se marchó, riendo en seco. Erwin ignoró el comentario un momento, regresando su atención a la pantalla. Mikhail y su compañera acababan de ganar el primer lugar. Sin levantarse del *Kiss and Cry* y aceptar la ovación, Erwin vio que Mikhail se quedaba allí, con las manos unidas, cerca de la cara. Gratitud y no auto-gloria. Un abrazo para sus entrenadores, más expresivos que ellos. Y un beso suave en la mejilla de su compañera.

Erwin regresó a su habitación. El día siguiente, la participación de sus competidores fue la mejor en todo su tiempo juntos. Había coordinación, interpretación y cuidado en toda su rutina. Y aunque no podría haberlos comparado con ninguna de las parejas favoritas, Erwin sabía que tenían oportunidad. Un tercer lugar no sería tan oprobioso y podría ayudarle a sentir menos presión por la atención que la prensa y todo el Comité estaba dirigiéndoles.

Ganaron segundo lugar.

Había sorpresa en el público y disgusto por los fanáticos de Liliana Bermon y Armand Moir; Canadá pensaba que obtendría una plata, quizás un oro, en su primera competencia rumbo al *Grand Prix.* Si hubieran tenido cuidado en sus pasos de un pie para no resbalar... Perder una plata debido a un tropiezo y quedar debajo de unos recién iniciados podría causar mucha vergüenza; Erwin lo había visto, siempre del lado de lo “principiantes” de los que nadie espera nada. Igual que ahora.

Presenció el entusiasmo de su equipo: la emoción de Olive; las lágrimas de alegría de su competidora; la petulancia de Stephen. Y siguió preguntándose por qué. ¿Por qué no sentía nada? Sonrió, aceptó felicitaciones y siguió la ceremonia de medallas con la vista. Pero seguía perdido, con ese deseó agujerando como una cuña dentro de él.

Regresa a tu cabaña... Regresa de una vez...

La idea del equipo bueno, lleno de gente que desea apoyarse, no existía. En gran parte por su culpa. La oportunidad de ser algo mejor estaba perdida. Y el deseo de llevar adelante a dos jóvenes, especialmente a una que venía del mismo lugar que su madre, se difuminaba ante sus ojos al verlos allí, recibiendo sus medallas.

Recordó a Mikhail. La satisfacción en su rostro al terminar la rutina. Esa había sido una sonrisa verdadera, de convicción propia, mucho más exacta que su rostro al ver que les dieron el primer lugar de toda la sede. Mikhail patinaba de una forma que Erwin nunca había visto. Y ganaba público y reconocimiento sin aspirar a ello. Sus patinadores tenían una medalla de plata, después de una dolorosa derrota y otro pequeño triunfo en Hamburgo. Debería sentirse orgulloso, satisfecho como Mikha.

Erwin quiso aferrarse al pasado, el que no tenía que ver con lo que ahora tenía por presente. Sus primeras competencias, sus momentos entrañables en el hielo. ¿Se había visto así alguna vez? ¿Habría sido un adolescente que gana en parte por su agilidad y en parte por su suerte? ¿Se había sentido dichoso en lugar de miserable al ver el hielo y entender lo que tenía hoy?

Si él no lo recordaba del todo, alguien más podría. Mikhail le había enviado un mensaje justo ayer. Otra disculpa y otra oportunidad.

«¿Quieres sacarme de
mi abstinencia de alcohol?
Sólo una cerveza...»

Si se trataba de un intento por presumir su victoria, era una invitación extraña. ¿Abstinencia? Eso resultaba aún más extraño. Erwin pensó en una broma, la anuló de inmediato. No quería bromear con Mikhail ni pretender que aún tenían algo que ver más allá del viejo entrenamiento. En cambio, la imagen de alegría humilde al terminar su competencia persistía. Si pudiera preguntarle si recordaba cómo se veía él al competir en el pasado...

Escribió un mensaje.

«A las 8.
En el bar de abajo»

Se arrepintió en cuanto lo envió.

Retornó su atención a la premiación. La nula emoción se vio comprometida en la conferencia de prensa para los ganadores. Adam Azwhole y sus preguntas. Adam Azwhole y su deseo de vender una exclusiva aunque pudiera arruinar la carrera de otros. Erwin se quedó muy atrás, seguro de que hoy sería el día. Después del triunfo, las sonrisas y la emoción, hoy terminaría. Su competidora se enteraría. Alguien hablaría por simple curiosidad del dinero de *James-Howard Company;* Erwin había visto el logo de la empresa en casi todos las paredes del muro de contención, en los recursos del hotel, incluso en uno de los carteles verticales que habían colocado frente al edificio de la arena.

Y alguien como Adam Azwhole no demoraría en averiguarlo.

Esperó, seguro del destino. Se sentía aliviado, si lo peor que sucedía era otro escándalo en su vida sin carrera, no era tan malo. Perder al patinaje, a su padre y a Lou ya había sido un buen entrenamiento. Sólo perdería dinero, reputación, un equipo y la última persona que confiaba en él.

—¡Deje ya de fastidiar a mi equipo como lo hizo la última vez!

Erwin lo supo, entonces. Deshacerse de su responsabilidad no sería tan sencillo. No si alguien superior al dios del hielo cuidaba a una niña de Zermatt. La conferencia acabó, sin ninguna sospecha y con la dulce sonrisa de su patinadora dirigida a él. Este era su destino. Bien...

Alguien mencionó una fiesta en el hotel donde Callia Bassi y Mario Fabrino se hospedaban. Alguien lo invitó también y oyó que extendían la idea al resto de patinadores y personal. Erwin se negó, argumentó cansancio, lo cual era más verídico que muchas de las cosas que hacía últimamente. Intentó recordar lo que era ser un patinador despreocupado después de una victoria en competencia: Sus patinadores tenían derecho a divertirse.

El dinero de su premio estaría en una cuenta dentro de los próximos días. Pero en su mente estaba el atuendo sencillo de blusa de cuadros y jeans de mezclilla de aquella fiesta irlandesa. Tomó dinero de un cajero automático dentro del casino del piso inferior, pidió un sobre en la recepción. Olive lo aceptó, sin hacer preguntas del porqué sólo uno de ellos recibiría dinero antes que los demás.

Subió a la suite. Se quitó el sacó antes de dejarse caer en la cama, la espalda contra la pared. El dolor en sus rodillas se había reducido esta mañana, pero siempre podía llegar cuando menos lo esperaba. Se quedó en la cama, tratando de estirar la pierna y evitar el calambre que precedía cosas peores. Echó una mirada al reloj sobre la pantalla plana en la esquina de la habitación. 5:30 pm. Alargó el brazo para sacar del bolsillo interior del saco su celular.

Mikhail no había escrito respuesta a su mensaje; pero la marca de “Leído” estaba allí. Erwin frunció el labio. Podría escribir de nuevo y decirle que había cambiado de opinión. O simplemente no ir. Pensó en las excusas políticamente correctas que podría poner para no parecer

un desagradecido. Los alemanes odiaban cancelaciones repentinas. Aunque eso no había evitado muchas decepciones entre ellos.

Pidió servicio a la habitación mientras pensaba en una evasiva. Una mucama le llevó una bandeja con mejillones en salsa y ensalada gourmet. Era como regresar a Wengen y cocinarse mala comida él mismo. Erwin extrañó el rösti bien frito, los panecillos recién horneados y el postre al final de cada plato; uno diferente cada día. Sería bueno que pronto regresarían a Köpenick.

Deshizo el pensamiento. Apretó el teléfono, mirando la pantalla. Tenía que escribirle a Mikhail que no iría. El cursor titiló, en el espacio para escribir, aguardando. Aún no tenía una excusa correcta. No tenía por qué darla. Ya no eran amigos y él estaba muy ocupado.

Oyó ruido en la sala, las voces femeninas. Se quedó callado, dispuesto a desaparecer. Una vocecita sobresalió; luego la puerta cerrándose y el silencio regresó. Erwin entendió que estaba solo de nuevo. Era noche en Las Vegas y él estaba solo. A sus 31 años, era un ermitaño que prefería estar solo a volver a lidiar con Roger Padmos, o con su antiguo entrenador, con su exmejor amigo, o con el vacío que tenía dentro desde que todo acabó en ese hospital.

¿Acaso Louise no lo llamó así, muchas veces, por teléfono? *"Eres un patinador ermitaño que prefiere entrenar solo a salir conmigo"*.

Lo habían llamado así, en diversas situaciones, y sólo cuando ella lo decía no había sonado demasiado mal. Él se había reído, pero ahora...

Tal vez no era tan malo ver a Mikhail. Si no podía sentirse mejor, podía beber hasta quedarse dormido. Mikhail sería una buena ayuda para eso. Erwin sonrió al recordarlos a los dos, no habían sido tantas ocasiones ni tantos bares, pero decían y hacían cosas absurdas que les sirvieron de bromas para los siguientes días. Mikha hablaba sin parar después de la cuarta cerveza; Erwin se había enterado de mucho gracias a eso.

Por ejemplo, su destino. El destino de ambos. Marcado. El final de sus carreras predicho. Y el de Mikha estuvo determinado mucho antes que el suyo. Aquella noche cuando Erwin lo supo por primera vez, no lo había creído; lo confirmó años después. Erwin comprendió ahora por qué había estado tan asustado y aliviado el día en que encontró a Mikhail en la cocina de su cabaña, tan repentinamente.

Porque sólo Mikhail, mejor que nadie, podía entender lo que estaba pasando con él y su retiro. Sólo él conocía la sensación de hacer su patinaje con un cronometro puesto en reversa. Y probablemente ya no quedaba mucho tiempo tampoco para Mikhail.

Dejó el celular sobre el taburete junto a la cama. Terminó la mitad de la cena y caminó, brincando sobre el pie izquierdo, hacia su maleta. La pierna se la había adormecido después del tiempo de alargarla en el colchón. Era mejor a sentir el hueso partido a la mitad. Se dio un baño de agua caliente seguido del chorro frío; se vistió con ropa común. Tenía el cuerpo más relajado cuando se sentó en uno de los divanes dentro de su recámara. Recorrió un tramo de las cortinas y miró hacia la noche que no podía consumir a la ciudad.

Las luces de Las Vegas en el día no se comparaban a la noche. Con tan sólo ver afuera, Erwin imaginaba el bullicio, incluso sentía que podía escucharlo. Dormir tenía que ser imposible dentro de las calles principales. Erwin sintió nuevos deseos de dejar todo y regresar a Wengen.

El tintineo de la campana lo desconcertó. No podía ser nadie de su equipo, cada miembro contaba con una llave. Otro llamado insistió. Erwin se asomó por la mirilla; la confusión creció. Faltaba más de media hora para las 8.

Abrió la puerta. Mikhail tenía otra expresión de culpa en la cara, ningún atuendo para salir con un viejo amigo, pero su maleta recargada a un costado. Erwin entendió en un segundo.

Mikhail apretó los labios, apesadumbrado.

—Quería decirte que vi tu mensaje... Estaba, no sabía cómo decirlo y... Por eso no te respondí. Te dije que quería hablar y todavía quiero... es sólo que... —suspiró, el emblemático patinador que ganaba oro no estaba, sólo este sujeto que daba disculpas en lugar de ir al punto.

Erwin no intentó ser amable.

—Con un mensaje para cancelar hubiera sido suficiente, Mikhail. No tenías por qué ser tan cortés y venir hasta aquí.

Lo vio fruncir el ceño, contener algo. Mikhail suspiró.

—Sé que va a parecer que trato de evadirte o ignorarte de nuevo, pero... No estaría marchándome ahora si no fuera importante. Mi novia me necesita, es algo repentino...

—¿Novia?

Un asentimiento, débil. —Te dije que tenía cosas que contarte... —Erwin no hizo ningún comentario—. Podría ir a Berlín después de que arregle esto, Erwin. O puedo verte en otra competencia, no importa si no estamos inscritos como competidores, iré y...

La fuerte negativa lo calló. Erwin sonrió, meneando la cabeza.

—Dejémoslo así, Mikhail. No tenía deseos de verte, siendo sincero. Ya me cansé de los protocolos... Buena suerte desde hoy.

—Erwin...

Estaba a punto de volver a entrar y cerrar la puerta. Pero se detuvo, dando un paso de regreso.

—Me alegra que seas un "buen compañero" esta vez, Mikhail. Tu compañera o novia conocerá un lado tuyo que ni aún yo pude ver. Siete años y el funeral de mi padre sin ti probaron quién eres y quién soy yo.

—Erwin si me escuchas...

La puerta silenció su voz con un fuerte golpe. Erwin regresó a su recámara, convencido de que nunca debió salir.

Se quedó dormido con las luces encendidas. Un fuerte sonido lo sacó de lleno de algún mal sueño. Aterido, Erwin levantó la cabeza de la almohada. Recordaba a Mikhail en la puerta y a él cerrándola en su cara. No se arrepentía. El celular hizo otro sonido. Erwin se apretó las cejas, se echó en la cama otra vez mientras contestaba.

—Erwin Schmidt...

—¡Coach! Gracias a Dios... Ay, perdóneme por interrumpirlo... Pasó, pasó algo malo... Stephen... Ay, Stephen...

Erwin se levantó de la cama, tomó su chaqueta y fue hacia la salida.

—Tranquila. Voy para allá. Trata de calmarte y dime qué ocurrió...

¿Qué había provocado Stephen esta vez?

◆◆◆

Horas antes...

Steph las vio en el centro comercial del complejo del MGM Grand.

Su club de fans americanas se estaba divirtiendo de lo grande, mirando tiendas, parando cada vez que encontraban algo que pudiera entretenerlas horas. Se suponía que irían a celebrar su triunfo, y lo hicieron. Una comida en una hamburguesería.

Una hamburguesería.

Jennifer-apellido-poco-importante le informó felizmente que ella eligió el lugar. "Porque sirven comida vegetariana". Ensaladas. Eso era todo. Pero Steph no iba a gritarle a la jefa de su

club de fans de América que era una tonta por elegir el peor lugar de todas Las Vegas para celebrar su victoria. De no ser por estas chicas accesibles, no habría tenido una gran fiesta justo el miércoles, y muchos comentarios, y muchos mensajes del equipo del viejo de Günt.

"¿El Pingüino-Vetado todavía tiene plata y fanáticas como para hacer una fiesta mejor que las de nosotros y ni siquiera nos invitó a pasarlo bien?". Stephen aún se burlaba de su envidia. Bailarín o individual, sus fans lo amaban, era un Bookham, tenía más plata que ninguno...

Acomódate eso en donde mejor quieras, Melvin.

Pero no estaba animado para otra celebración. Había disfrutado pararse en el podio y darle la mano a un subsecretario de alguna sede. Quien sea que fuera ese sujeto, iría a decirles a otros tontos de la UIP que Stephen Bookham había ganado plata en su competencia de Danza. Sólo la primera... Y eso que apenas estaban comenzando.

Stephen apostaba a que le quitarían el estúpido vetaje antes de lo previsto.

Sus ganas de regodearse por ello se terminaron. Todo gracias a su parlanchina compañera, mucho más sentimental que él por su lugar.

"Ahí está el hermano de Olive".

¿Cómo rayos no lo vio antes? Los aspectos extraños que hacían al Señor Perfecto algo familiar. Qué gran idiota.

Jódete, Zinven. ¡Jódete, Stephen idiota!

No iba a enmendar el error. No había necesidad de hacerlo. Novio o hermano, su profesora de danza era un blanco que ya no le importaba. Tenía muchas cosas dignas de arruinar su día como para pensar en otra mujer.

Hasta que las vio, poco antes de las 6, perdidas entre otro mar de gente. Stephen sabía que la importante fiesta de los patinadores griegos no sería sino hasta las 8 y en otra sección de La Strip. Por eso supo que serían ellas; habría reconocido ese pelo magenta en cualquier parte. Las siguió con la vista, parado junto al barandal de la segunda planta. Las dos desaparecieron al entrar a una tienda, una marca de ropa mediocre.

Sus fanáticas se reían por alguna tontería. Stephen separó los ojos de la tienda allá abajo para mirarlas.

—Heidi —le dijo algo en alemán. Los ojos de Heidi se abrieron como dos huevos y luego su cabeza se agitó.

—Chicas, chicas... Stephen y yo las veremos en el The LINQ como acordamos. Tenemos que hacer algo. Las veremos después.

Repartió otras excusas; Stephen no escuchó. Sus dos objetivos habían dejado la tienda para ir a las escaleras automáticas más allá. No dieron vuelta hacia el pasillo en donde ellos estaban, Steph las vio desaparecer otra vez. Apuró a Heidi. Las chicas americanas eran más persistentes que las alemanas, pero al menos hablaban inglés. Los despidieron a los dos, con sus miradas ansiosas, como diciendo "esperamos verlos en la noche sin excusas".

En cuanto se fueron, Heidi vino como si le hubiera prometido un castillo.

—Listo, querido Steph. ¿Para qué querías que nos quedáramos solos?

Suspiró, llena de amor por él. Stephen se sintió muy sucio. Daba igual. Le sonrió: —Caminemos.

Hizo un hueco en su brazo a propósito; Heidi lo tomó, encantada. Hoy no tenía la altura de un farol inglés. Se había quitado esos zapatos de plataforma para ir con un par de tenis, Steph casi podía rozar su hombro con el suyo. Heidi se apretó a él para hacerlo. Le habló sobre cuánto le gustaba este glamuroso centro comercial. Stephen asentía, sin dejar de echar miradas a los

lados. El peinado de coleta rosada apareció tras los aparadores de una tienda.

Heidi no se opuso cuando los llevó para allá. Stephen no pensó en esconderse y mirar desde lejos. Las atrapó, mientras miraban algún estantucho de vidrio.

—Vaya, vaya... La pequeña *weirdo* y la coreógrafa aquí. ¿No deberías estar descansando, weirdo? O preparándote para la gran fiesta de los griegos.

Su compañera entornó los ojos:

—Son italianos, Steph... ¿Ustedes qué hacen aquí?

Heidi se adelantó. —Estábamos celebrando el triunfo de Stephen. Organizamos una fiesta...

—¿"El triunfo de Stephen"?

Su maestra de danza. El rastro de enojo. Stephen agitó la mano para quitarse la de Heidi.

—Quiere decir *nuestro* triunfo. Aunque lo único que hizo *weirdo* fue arrodillarse sobre mis muslos en la elevación.

Su compañera suiza apretó más los ojos.

—No te respondo como debería porque quiero conseguir un vestido lo antes posible. Vamos, Liv. Con su permiso...

Un vestido. Eso era. Sí, ella no tenía nada qué ponerse...

Stephen no quitó los ojos de ninguna.

—¿Aquí, *weirdo?* ¿En esta tienda mediocre y...?

—¡Steph! *¡Sshh!* Queríamos ir a otra, que no fuera muy cara. Pero estaba cerrada. Justo hoy.

—Qué pena —se rio. Su compañera hizo un puchero, su maestra fingió que miraba a otra parte. Steph frunció los labios. Soslayó a su compañera, fatuo—: ¿Quieres ir a una tienda de primera sin gastarte tus pocos peniques, *weirdo?*

Su compañera lo miró con desconfianza. —¿Existe eso?

—Para tu buena suerte, sí, *weirdo*. Existe. Y tiene una sucursal en esta jodida plaza también. ¿Vamos? Heidi también quiere un vestido, ¿verdad, Heidi?

Los ojos de Heidi brillaron. —Lo que tú quieras, Steph.

Alguien soltó una risa ácida. Stephen supo exactamente quién. Pero las dos lo siguieron, hacia la tercera planta. Steph sintió el estómago revuelto cuando cruzaron las puertas de cristal con rótulos de *J-H* en los aparadores interiores. Se suponía que nunca entraba a las sucursales si no era por obligación de ese viejo ávaro de Howard.

Contuvo una maldición. Escuchó las expresiones de asombro de su compañera suiza y su fanática.

—Es más grande que la sucursal de Frankfort —exclamó Heidi, moviéndose hacia la sección de noche.

—Yo jamás había ido a una de estas tiendas. Las veía en la televisión, pero sólo hay una en Lausana, creo... Jamás he entrado a una. Son muy grandes. No creo que me alcance con lo que tengo para comprar algo.

Stephen farfulló.

—¿No te dije que no vas a gastar un penique? Te lo darán envuelto en papel de regalo si se los pido yo. Vete a mirar vestidos, *weirdo.*

Ella se marchó, seguida de su maestra. Stephen aguardó por una oportunidad que jamás llegó. Heidi se les unió en su búsqueda en menos de un minuto. Tratar de acercarse a una de ellas sería una tarea condenadamente difícil. Stephen estuvo detrás, hasta que pasó media hora y se hartó de perseguirlas. Después de una hora, Heidi tenía seis arreglos diferentes, zapatos y

accesorios; su compañera suiza seguía mirando las etiquetas y negando para sí misma. Su maestra no había elegido nada por concentrarse en ayudarle a ella a escoger algo.

Stephen demoraba unos 40 minutos en elegir su ropa para salir, pero esto era estúpido. Se levantó del escabel de espera y fue hacia ellas. Su compañera estaba diciéndole a su maestra por qué no elegiría esta nueva opción.

—Es que no puedo usar algo tan costoso, no es...

—Con un carajo, *weirdo*... A este paso vas a elegir un vestido para el banquete del Campeonato Europeo de febrero. Gírate ahora —miró, arriba y abajo. Negó. Llamó a una encargada y pidió el vestido de un maniquí—. Talla mediana para esta suiza que come mucho pan.

Su compañera estuvo cerca de darle un golpe, Stephen usó su mano alzada para dejarle unos zapatos y un cinturón que irían a juego con el tono turquesa del vestido. La encargada vino con una bolsa de guardarropa. Stephen apuntó.

—Es para ella. Que no salga hasta que se lo pruebe todo.

—¡Eres un mandón, Stephen-leprechaun! ¿Por qué ahora eres un gurú de la ropa? ¡No es justo!

—¡Ahora! —señaló los vestidores. Su compañera siguió a la encargada, Heidi fue tras ellas.

Eso lo dejó con una sola persona.

Por fin...

Aguardó un segundo, concentrándose. Se pasó las manos por el pelo; estaba demasiado largo, tenía que cortarlo, pero logró ponerlo en su lugar. Cuando miró a su costado, ya no la encontró. La vio al otro lado, en una nueva estantería. Steph avanzó unos pasos, se detuvo. *¿Para qué rayos insistes, idiota?* Después de que ella arruinara su fiesta estilo Las Vegas y lo obligara a regresar al hotel, no le había dirigido una palabra más. Hoy, tras ganar, apenas le dijo un “bien hecho” que habría sonado igual a una persona dándole una palmada a un perro. Sus fans eran más efusivas. Aunque sus fans no tenían la mala suerte de conocerlo bien.

Cuando menos lo esperó, estuvo junto a ella. Echó un vistazo hacia el probador; ninguna señal de Heidi o la pequeña weirdo.

—No te vi elegir nada, profesora.

Su maestra ocultó un respingo. Devolvió a la repisa la cartera de satín que estuvo mirando.

—No voy a comprar nada de esta tienda.

—Dije que no tienen que gastar un...

—Y tampoco quiero *tu* dinero o el dinero que usas.

Se alejó a otra sección. El estómago de Stephen ardió.

¡El maldito estómago!

—Por cierto, no me quedó ninguna marca en el abdomen después de que me patearas la otra noche.

Su profesora le sonrió.

—Qué bien, Steph, aunque no lamento haber sido muy dura. Porque eso y más te merecías. Y, *por cierto*, más te vale no usar todo esto para burlarte de Jael más tarde o en otro momento. No voy a permitir que lo hagas.

—No me estoy burlando. Trato de comprarle un maldito vestido...

—Mientras te pavoneas de ti mismo y haces comentarios horribles de Jael frente a tu fanática.

Steph arrugó el labio: —Ah, lamento que mi humor siga sin ajustarse al de todos los alemanes.

—El humor no es el problema, Stephen. Es la intención de no ser justo con Jael —Steph iba a protestar, pero ella no lo dejó—. Siempre la tratas como si tuvieras derecho a hacerle bromas, a costa de lo que pueda sentir por eso. ¿Cómo esperas que otros la respeten como tu compañera si tú no lo haces? Pero olvídalo, parece que siempre pierdo mi tiempo tratando de explicártelo...

Steph pudo detenerla, antes de que huyera a otro escaparate.

—*Wouh*, alto ahí, profesora. ¿Como que pierdes tu tiempo? Estás haciendo que me confunda. ¿No fuiste tú quien dijo que no soy una basura? ¿O era sólo un maldito discurso para convencer al tonto Steph de ir al hotel? ¿Soy la escoria inglesa o el tipo que tiene que preocuparse por su compañera? Explícame, no te contengas con la clase.

La vio retroceder un paso, Stephen dio otro. Pero ella no doblegó la mirada. Steph recordó la noche en el club; justo *esa* mirada. Pero recordó algo más también.

—No te creas la única que conoce a mi compañera sólo porque le ayudaste a vender panes. Ah, sí, ya me enteré del secreto. Gracias por nunca decírmelo.

—¿Y era muy difícil preguntar? ¿O mirar con atención lo que ella hace? Si no te diste cuenta antes es la prueba de que no haces otra cosa que pensar en ti, Stephen. Todo el tiempo, todos tenemos que recordarte que existen otras personas a tu alrededor, pero siempre estás metido en ti, en tus estúpidas reuniones de mujeres fáciles o en lo que opina la crítica sobre lo que haces o no... —se detuvo y respiró—. Y sí, tal vez fui muy dura en mi club, también. Pero igual lo merecías. Tal vez no todo el vaso de cerveza, pero... Fuiste un idiota. Más idiota de lo usual.

Stephen la fulminó con los ojos, ella no retrocedió esta vez. Hope llegó a su cabeza. ¿Por qué siempre Hope?

Crujió la mandíbula, conteniéndose.

—Si me hubieras dicho que él es tu hermano no habría sido un idiota...

Su maestra resopló. Stephen se sintió mucho más estúpido. Era una cuestión obvia y él no lo había visto. *Imbécil.*

—¡Zinven me dijo que ustedes eran algo! Algo raro, algo diferente que... Que no eran hermanos. Que tú solo salías con sirios y... carajo... es *tu* culpa también.

Su maestra rodó los ojos, cansada:

—Y otra vez, Stephen: ¿Era muy difícil preguntar?

Eso habría sido suficiente para dejarlo callado. Pero no a Stephen. Ignoró la sugerencia de aceptar su error y disculparse.

—También es tu culpa por decirme que aprendiera jazz y esas tonterías.

—¿Yo te hice aprender jazz?

—¡Pues no me inscribí a clases porque tuviera ganas de perder mi dinero y mi tiempo!

—Jamás te dije que aprendieras jazz, Stephen Bookham.

Stephen se rio, seco:

—“Llévame a bailar jazz, Steph. A bailar jazz”. Oh, pero, “yo no sé bailar jazz, maestra”. “Ah, qué lástima por ti...” ¿Lástima? Yo no le doy lástima a nadie. Si sólo me hubieras dicho que no ibas a salir conmigo porque era un maldito inglés que te causa asco, eso hubiera sido todo el jodido asunto. “Me gustan los sirios, Steph”. La misma patraña que le pusiste a Zinven. Eres embustera, igual o peor que yo. La diferencia, es que yo lo reconozco. ¿En qué te convierte eso, profesora?

Su maestra estaba atónita. Tras un segundo de contemplarlo, suspiró con la cabeza abajo. Steph se dio cuenta, no había arreglado nada. Estaba más cabreado que antes. Y ella también.

—Qué triste, Steph. Siempre consigues hacerme sentir peor que la última vez. ¿Te divierte burlarte, decirme todas estas cosas?

—Estoy tratando de arreglar las cosas, profesora —gruñó, evadiendo la culpa. Su maestra se quitó el agua de los ojos.

—No haces un buen trabajo, Steph. Un simple "lo siento, actué como un tonto" habría sido suficiente.

—Te voy a decepcionar, maestra, porque yo jamás me disculpo con nadie.

Lo dijo sin pensar. Stephen la vio apretar el ceño. Pensó que obtendría otra bofetada que le haría punzar la cara mucho peor que su caída en Canadá. Tras un largo segundo, ella rodeó el estante para ir afuera del pasillo.

—¿A dónde vas? —Steph se apresuró a seguirla.

De pronto, ella se giró deprisa. Stephen retrocedió al verla apuntarlo con el índice, muy, muy enojada.

—Ya que eres tan bueno y mejor que yo, *querido Steph,* quédate con tu compañera y llévala a la fiesta. Yo voy a ir a caminar y a buscar una buena razón para no renunciar a este equipo gracias a ti —Steph quiso replicar—. ¡Quédate con Jael!

Su grito sonó a sollozo y eso lo detuvo. Stephen siguió con la vista su figura de pantalones al tobillo y blusa de rayas, la vio cruzar el camino de maniquíes y repisas, hasta salir de la tienda. Tuvo el impulso de ir afuera y buscar el número de Hope.

Pero se quedó allí, como le ordenaron.

◆◆◆

Jael se miró al espejo. Después de asistirla, la empleada de la tienda le sugirió terminar el arreglo completo con uno de los maquillistas que tenían en su departamento de belleza. Jael dijo que no; ya era difícil vestir algo tan costo. La encargada insistió. "El jovencito allá afuera dijo que se hará cargo". Jael trató de convencerla, pero ella la llevó al salón de maquillaje.

Le había gustado el vestido; tenía un escote halter y una cola larga, estilo asimétrico. La tela era algo dura, pero el color era bonito. Azul turquesa, con un cinturón plateado y zapatillas altas. Jael tuvo que buscar algo más bajito. Los tacos de más de 5 centímetros eran terroríficos. La dependienta le llevó todo, el maquillista le dejó lista, con sombras, delineador y lápiz labial, y un peinado de media cola con moldeado.

Jael vio a Heidi en otro de los compartimentos, atendida por otro estilista. Su vestido era negro, falda corta ceñida a los muslos y escote de corazón. Su cabello zanahoria estaba planchado luego de una hora, llevaba arracadas en las orejas y gargantilla dorada. El atuendo finalizaba con unos zapatos de taco altísimo que a Jael le causaron dolor con sólo verlos. Jael buscó a Olive en alguno de los otros espejos. No la encontró.

Salió, sintiéndose como un paquete envuelto con demasiado papel y cinta adhesiva. Le costó caminar hacia el área de probadores otra vez hasta que pudo acostumbrarse. Stephen estaba en los silloncitos, con otro traje de saco gris y pantalones azules. Dejó de mirar a su Iphone.

—*Wouh*, ¿eres tú, *weirdo?*

—No es divertido, Steph. Me duelen los pies.

—¿A ti? ¿La que baila folk irlandés?

Jael resolló bajito. Heidi también se acercó, comenzó a hablar de su propio vestido y de lo mucho que le gustaba. Dijo que el de Jael era lindo también. Después se concentró en adular a

Steph. Todos tenían la ropa de esta tienda costosa.

—Esto es muy caro.

—Y ya quedó pagado, ¿no lo dije? —gruñó.

—¿Y qué es exactamente lo que haces para esta compañía? —miró a todos lados, era más grande cuanto más la veía.

—Si vas a la sección deportiva o al catálogo de nuevos diseños te enterarás. Vámonos.

Jael no se movió, apretó la bolsa de celofán en la que la dependencia envolvió su ropa.

—¿Dónde está Olive?

Steph no la miró, guardó la tarjeta de crédito en su cartera.

—Dijo que tenía que irse.

—¿Qué? ¿Cómo que irse?

—Algo importante. ¿Cómo quieres que lo sepa?

Jael sintió que se le caía el corazón.

—¿Qué le dijiste, Steph?

—Diantres, *weirdo.* ¿Me consideras capaz de decirle algo a nuestra querida maestra de danza?

Heidi Hooligan apretó su brazo.

—Desde luego que no, dulce Steph. Tú eres adorable.

Jael suspiró. —Ay, Steph, Steph...

Fue tonto dejar a su maestra. Tan tonto como no atender las señales de que algo no estaba bien entre ellos dos. Así como en su coach. Jael se sintió muy triste. Abandonaba a su equipo por un vestido. *Lo lamento, Señor...*

—Dijo que te vería en la fiesta, *weirdo.* Hasta entonces, tendrás que soportar a tu tonto amigo de Danza en hielo.

No le creyó una palabra. Pero eso último despegó sus pies del suelo.

—¿En serio ya te consideras “mi amigo”?

Stephen respondió con una sonrisa socarrona. Rentaron un auto para llegar al hotel Bellagio. Jael olvidó que Heidi Hooligan estaba acariciando de forma extraña a Steph en cuanto vio la calle llena de luces y sonidos. Letreros y letreros, muchedumbres de gente como si fueran mini festivales. Casinos, hoteles, teatros. Olive le había dicho que quería conocer el Hotel Miracle, se decía que tenía uno de los mejores auditorios para danza de Estados Unidos.

¿Dónde estaba su maestra? Miró a Steph, recelosa. Estaba demasiado concentrado en su teléfono, y Heidi demasiado concentrada en él.

El auto se detuvo, frente a una explanada grande, en lugar de meterse por el camino para coches y dejarlos frente a la puerta del hotel. El chofer se explicó: “Van a querer mirar las fuentes de cerca”. Al bajar e ir camino adentro, Jael comprendió. Se quedó perpleja ante los chorros de agua que subían y bajaban al ritmo de una canción desconocida. Las figuras se movían, como ondas que desaparecían. Jael quiso quedarse toda la presentación, Stephen la obligó a moverse.

El hotel Bellagio era como un cuento de hadas, estilo romanticismo italiano. Desde fuera ya parecía una enorme mansión. Un amable recepcionista llamó a una camarera para que los dirigiera al salón de eventos que Callia Bassi había indicado en la tarde. Jael sintió cosquillas en el estómago, tratando de distinguir algo de su reflejo en el aluminio del ascensor. Había visto a una bonita chica de cabello negro y bien maquillada en la tienda de *James-Howard Company.* Pero Heidi Hooligan también lucía muy bien, más llamativa por su ropa corta y cabello exuberante. Stephen se veía aburrido. Pero así era Stephen.

Jael trató de apaciguarse. Era la emoción por tan largo día; la rareza de verse en un vestido así por primera vez. ¿Se vería bonita? Mamá habría dicho que sí. Aunque Mamá la veía bonita con su pijama. A Jael nunca le había preocupado una pregunta como esa; a diferencia de las chicas de la escuela. Quería saltar en el hielo y patinar sin detenerse. Y cuando iba a la iglesia, nadie decía nada sobre verse bien o preocuparse por la apariencia física.

Por favor, Dios mío, sólo ayúdame a pasar una bonita noche con estos nuevos amigos. También dale al coach una bonita noche. Y cuida de Olive.

Las puertas se abrieron, la camarera los dejó salir. El ascensor apuntaba directamente al salón de eventos. Un salón gigantesco, con luces tenues, alfombra de patrones y ventanales enormes. A pesar de la oscuridad, Jael pudo ver los candelabros de cristal colgados del techo, las mesas de entremeses, la barra al fondo y las mesas frontales. Un espacio abierto como pista de baile tenía luces que parpadeaban con un DJ al otro lado. Una canción estridente le cerró los oídos.

Una manó la haló, Jael apenas pudo oír a Callia Bassi en todo ese ruido.

—¡Qué dulce que vinieron! —la besó en ambas mejillas—. No se detengan y pasen a beber algo. Luces preciosa, linda. *Bella ragazza.*

Jael sintió calor en las mejillas. El vestido largo de Callia Bassi estilizaba su figura de maravilla, con sus hombros descubiertos y su cabello suelto. Era una mujer bien formada, hermosa y completa en todo sentido. Jael caminó como le dijeron. Stephen se había ido a una mesa llena de desconocidos con Heidi pegada a su lado. Jael prefirió ir a la barra de entremeses. Recordó lo que Steph dijo sobre su apariencia. A veces ya no sabía cuánto era broma y cuánto seguía siendo el viejo Steph. Se movió a lo largo de la mesa, oliendo el chocolate de una fuente y las fresas en una bandeja.

Vio a una chica de su estatura, delgadita en un conjunto rojo. Sus ojos alargados miraban con indecisión a los bocadillos. Jael sonrió.

—Yo también soy mala para decidir cuándo se trata de postres. Puedes probar las fresas. Saben muy bien si les pones un poco de queso y chocolate. Sé que suena raro pero el contraste sabe muy bien. En donde yo vivo tenemos...

La mirada aguda la contuvo de decir más. La muchacha escaneó su rostro completo.

—Los patinadores individuales no comemos tantas calorías. ¿Queso con chocolate? Suena asqueroso.

Se fue de allí. Jael había apretado la lengua contra los dientes para no responder nada. ¿Asqueroso? Pero a ella le encantaba; igual que a Jossy. Trató con una fresa. El peso de una mirada le hizo volver el rostro. La misma muchacha de rasgos orientales, viendo en su dirección mientras se hablaba con otras chicas. Jael pudo ver sus sonrisas.

Dejó la fresa en su lugar y fue a otra parte. Había un lugar disponible en la barra de bebidas. Pero sentarse allí no debía verse muy bien para una muchachita de pueblo. De hecho, las únicas mujeres allí, tenían las piernas tan largas que podían alcanzar el piso aún sobre los bancos altos. Sus vestidos eran cortos, sus hombros más anchos, y sus rostros más maduros. Jael se preguntó si eran patinadoras, coaches, coreógrafas u algo más.

No conocía a nadie, siguió caminando. Rodeó el círculo de baile, con ganas de cubrirse los oídos. La música estaba a un nivel de ser molesta; sin el ritmo o la melodía que Olive les enseñaba. Jael alzó la cabeza, buscándola. Esperaba que llegara pronto. El lado oeste del salón tenía otra mesa de bocadillos, salados o condimentados. Encontró un irish fudge entre ellos. Pensó en Gracie O’Neill con una sonrisa. Habría sido bonito tenerla aquí o ir a otra fiesta irlandesa con ellos.

Jael echó una mirada discreta a su entorno, nadie la miraba. Tomó una porción. Delicioso queso fundido con salmón. Jael levantó otro cuadrito. Si no podía hablar con nadie, degustaría canapés. Había muchos y de diferentes estilos. Luego de probar con algunos, regresó a la sección de postrecitos. Se aseguró de que nadie la viera al caminar por la parte trasera, donde ya no había anfitriones esperando a más invitados. Se hizo de un platito de cartón y escogió los más interesantes. Uno de chocolate con fresas, otro de frutos secos, uno más de mantequilla y crema irlandesa...

Se detuvo, a punto de tenerlo lleno. ¿Qué estaba haciendo? Parecía una niña. Todos iban a bailar o a la barra de bebidas, pero ella, con todo y su vestido de gala, se dedicaba a comer golosinas. Las otras mujeres eran exuberantes, o si eran pequeñas como ella, tenían un perfil maduro. Callia Bassi le había llamado "Bella ragazza". Había atinado en el *ragazza* nada más.

—Oh, mi Dios, ¿te vas a comer todo eso?

Jael se viró, protectora con sus panecillos. El muchacho alto le sonrió a su plato. Su rostro cubierto de acné se ladeó, divertido.

—Es una broma, preciosa. Oye, oye, ve aquí. Has estado paseando por todo el salón con ese bonito vestido azul y me preguntaba si querías bailar...

Sujetó apenas su espalda, Jael no supo cómo se dejó llevar.

—No sé bailar.

El muchacho se rio.

—Oh, Dios mío. Eres mala mentirosa, ¿lo sabías? Yo sé que eres patinadora de danza. Todos aquí lo saben.

—¿Como que "lo saben"?

—Bueno, digamos que yo soy incluso tu admirador... —enarcó la ceja. Jael no aceptó bailar de cualquier forma.

—Prefiero descansar un poco.

—Excelente idea. ¿Te llevo a una mesa?

Cambiaron la dirección. Jael lo siguió, sin pensar mucho. Cualquier mesa podría estar bien; la mayoría estarían casi vacías debido a que todos habían ido a llenar la pista de baile. Excepto esa. El muchacho le cedió una silla, sorprendiéndola. No había muchos muchachos con perfil de "caballeros" en Zermatt. Pero en cuanto estuvo sentada, Jael presintió que no era buena idea. La patinadora de bonitos ojos orientales estaba a una de las sillas, con las mismas chicas. Jael dirigió una mirada bajita a los demás: otros chicos jóvenes, indiferentes o metidos en sus propias conversaciones.

El mismo muchacho se sentó junto a ella. Gritó por encima de la música.

—Amigos, acabo de conocer a... ¿Cómo te llamas, cielo?

—Jael Keller.

—¡Jael Keller! ¿Recuerdan que ya la vimos patinar con *nuestro* Steph?

Alguno negó, burlón. Jael apretó el plato de bocadillos sobre su regazo.

—¿Conocen... a Stephen?

Sonaba como si fuera justo así.

El muchacho asintió, abriendo mucho los ojos.

—Oh, sí, claro, ya te dije, linda; los admiramos. Y hablando de eso. Estamos muy curiosos sobre ti, Jael. ¿De dónde vienes?

—Zermatt —bajó la voz—. Es un lugar en Suiza.

—¡Suiza! Qué emblemático. La gran ciudad de la UIP y de la ONU, ¿eh? Nosotros somos norteamericanos. Excepto Lisa, ella es de Corea... Pero entrena aquí desde hace unos 5

años, ¿eh, Lis? Es casi una neoyorkina. Tenemos otros, asiáticos, pero están en sus mesas. ¿Y tú cómo empezaste a patinar, Jael? Cuéntanos, se ve que tienes una historia muy interesante.

Todos en la mesa pusieron los ojos sobre ella. Jael buscó a Steph, pero no pudo encontrarlo. Tragó quedo.

—Comencé en Zermatt. En un lago, cerca de mi casa.

—¡Un lago! Admirable... No siempre se conoce a los patinadores de condición humilde. ¿Y luego?

Jael agachó la cabeza. —Y luego seguí patinando.

—¿En tu lago?

—Algunos días podía subir a la pista del Matterhorn. Pero no siempre...

—¿Era muy costosa? —el muchacho hizo una mueca, dramático.

—Sí, creo que sí. Y me gustaba más el lago.

—Un gusto muy campirano. Dicen que las chicas de región son excelentes amigas... —las risas de los otros la congelaron.

—¿A-amigas?

—Oh, sí... Tu entrenador es un patinador muy famoso, ¿sabías? Quizás no lo conocías antes. Estuvo entrenando en el grupo de muchos de nosotros. No debe ser fácil pagarle a un coach con una trayectoria así.

Jael hundió la cara.

—No... No le pago nada. Él me eligió.

Alguien soltó una risotada. Jael respingó. El muchacho a su lado trató de detener su propia risa, callándolos.

—Cierren la boca, idiotas. Ella está hablando de que él la eligió porque Erwin Schmidt, el mejor patinador de su generación, vio que una pueblerina de Zermatt debía ser buena para patinar... Y para muchas otras cosas.

Otro par de risas. Él la vio de nuevo.

—No todo se paga con dinero, ¿verdad? Y para las recién iniciadas, no deben existir muchas formas de costear a un buen coach. Es parte de la vida sin talento.

Jael sintió que estrujaban su corazón. Una mano se recargó en su hombro y le hizo levantar la cabeza. Stephen.

—*Wouh, weirdo*. Te dejo sola un momento y te encuentro congeniando con la basura.

Jael sintió el apretón en su hombro, entendió. Intentó levantarse. El otro muchacho se puso de pie antes.

—¡Steph! Qué gusto. Ven a sentarte. Estábamos hablando con tu compañera. Es encantadora. No tanto como esa pelirroja allá atrás, pero puede servir para un rato de diversión. ¿Qué dices? ¿Te traemos una bebida?

Jael se dio cuenta de la manera en la que Stephen le devolvió la mirada, la forma en la que paseó sus ojos fríos sobre ellos. Stephen presionó su hombro otra vez.

—Vámonos, *weirdo.*

Iba a obedecer. La mano del muchacho alto se atravesó. Hizo a Jael detenerse cuando sujetó a Stephen del brazo.

—¿Por qué la prisa, Steph? Apenas nos estábamos conociendo. Entre más la veo más me hace pensar en ti. Enana, sin talento ni categoría, con pura suerte. Lo que me recuerda: Te vimos competir. Pingüinos en el hielo. Sin un solo quad. ¿Qué se siente haber ganado Plata gracias a que nadie hace saltos en sus danzas?

Stephen le devolvió la sonrisa.

—No está tan mal, Melvin-idiota. ¿Qué se siente no ganar nada incluso sin que yo esté compitiendo? También vi tu rutina... Jodidamente aburrida. Creo que tú no sirves ni para un rato, ni para patinar, ni para nada.

—Oh, mírenlo, se le está poniendo roja la cara igual a cuando se enojaba en el club. Si te pongo a bailar tu *ritmo corto* ahora te verías como un duende de verdad, Steph... ¿Por qué no regresas al equipo? Nos hace falta la espalda de un gnomo para lavar la pista.

Su risa tropezó cuando Steph lo empujó.

—Se llama *Danza Corta*, Melvin. No necesito tener tu tamaño para saber que puedo aplastar tu cara de pústulas en la alfombra, cierra ya tu maldita boca o vas a hacer que me veten por algo peor esta vez.

Los otros en la mesa se levantaron, Stephen no retrocedió. Jael se dio cuenta de que otros alrededor comenzaban a mirarlos. El tal Melvin tenía muy abiertos los ojos, como si hubiese esperado todo excepto *esa* reacción. De pronto, se sacudió la camisa, riendo.

Jael sujetó a Stephen de la muñeca.

—Ya vámonos, Steph...

Cuanto antes sería mucho mejor. Jael apretó en su otra mano el platito de cartón, apenas notaba que aún lo tenía.

El sujeto detrás dio un paso, tembloroso, para armarse de valor.

—Tu compañera come como una ballena, Steph. Y con ese vestido, yo diría que se ve como una. Son tan jodidamente cool los dos, maldición. Una pareja de raros. Al menos ya no tienes que preocuparte por superar la gravedad por tu peso, ya no tienes que hacer ningún salto. Y con esa cara que tiene, hace que tú te veas bien. Dos pingüinos en el hielo. ¿O focas? ¿Qué tal mejor un par de ballenatos? Los dos, juntos, varados en el hielo, un par de fracasados que se creen bailarines, con su coach el "fracasado sin futuro".

Se oía orgulloso por componer su frase. Jael se detuvo, con una palabra en su boca para contestar. La mesa llena de mirones, todos conscientes del cuadro, sin prestar verdadero interés. ¿Por qué nadie de los otros alegaba por esos insultos?

De pronto, Jael se sintió desdichada por venir.

Stephen deslizó el brazo para zafarse de su agarre. Jael lo escuchó resoplar, una risa de fastidio.

—Qué aburrida fiesta, ¿no, *weirdo?* ¿Quieres que la ponga mejor?

Jael negó, con un mal presentimiento. Fue tarde.

Stephen ya se había girado, con la velocidad de un salto. Jael lo vio asir otra vez el cuello del otro sujeto. La camisa zarandeada, el golpe directo a la cara, el cuerpo cayendo a la mesa. Trastos esparcidos, adornos. Alaridos y confusión.

Stephen bramó una frase concisa, un golpe tras otro.

Cuando los otros de su mesa no fueron suficiente para detenerlos, dos más se acercaron. Tras forcejeos, sacaron a Stephen de en medio y lo halaron para liberar al sujeto que permanecía en el suelo. Stephen apuntó un dedo, luchando por quitarse a los otros.

—*¡No te vuelvas a meter con mi equipo, ¿oíste?!*

Cúmulos de maldiciones que Jael no quiso recordar. Barullo de críticas, miradas desaprobatorias, la música extinta.

Alguien llamó a la policía. La fiesta se interrumpió antes de las 12.

Su coach llegó a las 12:18; Olive vino diez minutos después.

Había terminado el *Skate America*. Y ahora comenzaban los verdaderos problemas.

Equipo Rusia

Capítulo 8

Magadán...

Moscú, 2019

Primero arribaron a Moscú. Con solo dos días de haber llegado del *Skate America*, volvieron a salir de la ciudad.

Mikhail tuvo que esperar a que Vidhi y Melek regresaran para así dejar a *Dosto* a su cuidado. Luka, su ayudante ideal había cambiado los planes sin aviso previo: iniciaría la secundaria en una escuela privada, sus deberes aumentarían, y por lo tanto, ya no podía cuidar de su perro. La despedida le dolía al adolescente tanto como a ellos. Pero que doliera no ayudaba a solucionar su problema. Mikhail intentó buscar otras opciones de cuidadores, pero a ningún le convencía la idea de quedarse con un perro de ese tamaño por dos semanas.

Al final, sus coaches fueron la solución. Eso también cambiaría sus planes de quedarse unos días en Berlín, pero no se quejaron. Mikha tuvo tiempo de trazar una ruta. Darya Pavlova le había hablado de carreteras, transporte foráneo, cruces en ferry usando un rio, usar la famosa Carretera de los Huesos para evitar rodeos. Sonaba tan confuso que Mikhail llegó a preguntarse si Darya Pavlova habría salido alguna vez de Magadan.

Después de consultar una agencia de viajes, se dio cuenta de que no sería embrolloso, aunque sí caro. Más caro de lo que previó. El agente de viajes fue conciso, tenían dos opciones: Ir en un viaje de más de 10 mil kilómetros entre autobuses y autos en renta, o usar un avión de la única aerolínea que realizaba vuelos por Siberia. El viaje en carretera duraba seis días, “si acaso no hay contratiempos, nevadas, derrumbes, una vez hubo un asalto masivo...”. Costaba 10 mil rublos en ida y venida. En cambio, el viaje en vuelo tardaría a lo sumo 2 días y medio, debido a las escalas. Costaba 50 mil rublos... Tan sólo de ida.

A eso debería sumar el coste de los hoteles para su espera entre trasbordos, la comida, el lugar donde se hospedarían en Magadán... Mikhail tuvo que tomar de sus ahorros y una parte de la partida mensual que guardaba para su hermano Dietrich. Tendría que reponerla antes de que acabara el mes.

Anna percibió su desesperación.

—Podemos tomar dinero del premio...

Mikhail reaccionó. Ni siquiera recordaba que habían ganado oro. La miró bien, dejando en espera al agente de viajes al teléfono. Le sorprendía una propuesta de su parte, precisamente para eso. Anna arqueó las cejas, acariciando a Dosto todavía.

—O podemos simplemente olvidarlo, Mikhail, y no malgastar el dinero así...

Mikhail no la dejó retractarse. Tenían 10 mil dolores a su disposición. Con eso podrían asegurar los vuelos hacia Magadán.

¡Gracias, Señor!

—Yo pagaré los vuelos de regreso —le dijo a Anna, sonriendo por su frustración antes de volver a su llamada con el agente de viajes.

Salieron 4 días antes del final de Octubre. Vidhi y Melek los llevaron al aeropuerto. Dosto se recostó sobre ambos en el asiento trasero como si tuviera idea de otra partida. Anna se aferró a él, con un gesto de súplica. Mikha negó, firme y ella salió del auto, quitándole su valija de viajes para entrar en zancadas duras a la sala de espera. Ni siquiera les dijo “adiós” a sus coaches. Mikha se disculpó, los dos les desearon buen viaje. “Y queremos detalles, Mikaelo”.

Mikha suspiró, entrando al aeropuerto, dirigiéndole otra oración a Dios para lo que estaba a punto de venir.

◆◆◆

Su primer transbordo fue en Tolmachevo. O eso decía su boleto. Mikhail sabía que nunca había escuchado ese nombre, ni aún en sus competencias nacionales más remotas. Quizás a Maddy le habría sonado familiar. Anna no dijo nada sobre eso... Ni sobre otra cosa.

Los vuelos de la aerolínea solían ser nocturnos, con el propósito de llegar durante la mañana. Fueron 5 horas, en un espacio igual de diminuto que el de un compartimiento de autobús infantil. Mikha se estiró en los asientos de espera en Tolmachevo, mirando a sus alrededores. No parecía tan diferente a los aeropuertos de Moscú, a excepción de su tamaño y capacidad. Su taxi llegó 20 minutos después de que Mikha fuera a solicitarlo a la cabina de transportes. Los llevó a la hostelería en donde se quedarían hasta el siguiente vuelo.

Intentó hablar con Anna, pero ella se mantuvo lejos, en la cama individual separada de la suya por un buró. Trató al día siguiente, mientras esperaban en el aeropuerto otra vez. Anna respondió a sus preguntas con monosílabos, siempre mirando lejos. Mikha optó por dejarla tranquila.

Su trasbordo fue cerca de las 9 pm, después de casi 15 horas de esperar. El vuelo duró sólo 3. El nuevo lugar resultó más desconocido que el anterior. La azafata anunció que habían llegado a Irkutsk y que les deseaba un buen tiempo. Mikhail agradeció salir de ese avión; aunque había sido menos duradero, la cabina entera había sido más pequeña. Su escala sería de 20 horas está vez. El hotel fue mucho mejor, más espacioso, con alfombras y cortinas marrones y azules alusivas a una de las catedrales ortodoxas del lugar. Mikha leyó un volante, después de ducharse, sentado en la esquina de una de las camas. Compartió su lectura en voz alta.

—Aquí dice que esta es una de las ciudades más pobladas de Siberia y uno de los centros económicos más importantes de Rusia... Me siento como un tonto. Estuve metido demasiado tiempo en Moscú y reduje todo el país a esa ciudad nada más. Tiene fotos bonitas, sería interesante venir otra vez, con más tiempo.

Levantó la cabeza. Anna seguía apoyada en la pared de su propia cama, con el rostro agachado, atenta a un libro que había traído consigo. Su pierna se balanceó, colgada del colchón. Mikhail soltó el folleto.

—¿Vas a mantenerte así todo el viaje, Anna?

—¿Cómo “así”, Mikhail?

—Sin dirigirme una palabra...

Anna levantó el rostro. Lo enfrentó, con sus ojos fríos.

—¿Qué quieres que te diga, Mikhail? ¿Qué estoy muy emocionada por ir a Magadán? ¿Qué me encantan las ciudades que tenemos que recorrer en nuestro camino hacia allá?

—Tú ofreciste el dinero del premio para venir... Pensé que eso quería decir algo.

Anna subió los ojos:

—Creí que habías entendido que era una broma, Mikhail. No quería venir. Todavía *no* quiero.

Mikhail se levantó, echando aire por la boca.

—No puedes huir de esto para siempre, Anna. El lugar en donde naciste no va a desaparecer sólo porque dejes de pensar en él. Tampoco tus padres y lo que dejaste allá.

Las manos de Anna se apretaron en las páginas del libro. Lucía a punto de arrojar una fuerte palabra de sus labios. De pronto, su rostro volvió a relajarse y su espalda regresó a apoyarse en la pared.

—Jamás lo vas a entender, Mikhail.

Era una afirmación, con sentencia. Mikhail sintió como si hubiese cerrado el volumen en sus manos para arrojárselo a la cara. Pensó en Erwin. Su amigo tampoco se sentía comprendido. Y en parte era cierto.

Del dolor, vino el resentimiento.

—Entonces, explícame, Anna.

La vio levantar la mirada otra vez, desdeñosa. Mikhail apretó el ceño.

—Siempre evitas hablar de tu infancia. Vamos, háblame ahora. Convénceme de que regresemos a Moscú.

La alerta porque se tranquilizara palpitó en su cabeza. Mikha tomó aire, buscando calma. Pero Anna sólo incrementó su reto.

—¿No fue suficiente con que supieras de Makzim? ¿Y sobre lo que hizo?

—Tu madre también amaba a tu hermano...

Anna sacudió la cabeza, con una sonrisa.

—No sabes lo que dices, Mikhail. Y ya no quiero hablar de esto.

Iba a regresar su atención a su libro. Mikhail se sentía demasiado frustrado como para permitirlo. Recorrió el espacio para sentarse frente a ella; le quitó el libro de las manos.

—Jamás he cuestionado tus silencios, Anna. Dios me hizo aprender la lección hace un año. Incluso me quedé callado el día en que me dijiste que habías vendido el BMW del premio. No te hice una sola pregunta y sé que lo recuerdas —notó su asentimiento, su forma de bajar la cara para huir de sus ojos otra vez. Sujetó su mano para llamar su atención—. Procuro ir a tu paso cuando se trata de que te abras un poco. Pero no me trates como a un intruso si estoy intentando acercarme a ti y a lo que te pasa. Lo hago porque me importas, y eso incluye a tu familia.

—No hay razón para que quieras involucrarte en esto. A mí no me importa nada en Magadán. Si haces esto por mí, entonces regresemos a Moscú. Tenemos una vida, yo tengo una vida. El resto, ya no me importa.

Mikhail quiso decir algo que pudiera sacudirla de su egoísmo. Se concentró en

sus ojos, el brillo de una ansiedad sumamente familiar. En un instante, su mente desenmarañó los recuerdos de sus primeros días patinando juntos. Mikha sintió la amenaza; estuvo cerca de aceptar su deseo y regresar.

—Ella es tu madre, Anna. ¿Cómo puedes decir que no te importa, así tan solo?

Lo dijo con dolor, como si se lo dijera a sí mismo. *Ellos son tu familia... Él es tu mejor amigo... Él es tu mentor...* Y ninguno le había importado por años.

Anna pudo soltarse de su mano. Se recorrió en la cama para bajar por el otro lado. Mikhail oyó el golpe rudo que asestó la puerta del baño.

Se quedó quieto, orando en silencio. *"Señor, ¿debemos regresar?".* Ninguna respuesta. Tres horas después, cuando Anna dormía, él seguía mirando hacia la ventana. Darya Pavlova lo llamó poco antes de que sonara la alarma para su último vuelo.

—Tengo la casa lista para recibirlos, por si acaso vienen... No hay necesidad de un hotel mientras estén aquí...

Mikhail lo agradeció. Le informó en dónde estaban.

—Saldremos en unas horas. Llegaremos a las 9.

—¿De verdad?

¿Por qué parecía tan sorprendida? Mikhail comprendió. Ella no creyó que realmente irían. Su emoción por verlos lo conmovió. Aunque Anna no le habló más durante el siguiente viaje, Mikha ya no cambiaría de parecer.

◆◆◆

Llegaron a Magadán con 15 minutos de retraso.

Su avión arribó, con dificultades por los vientos, pero sano y salvo. Tuvieron que tomar un transporte terrestre que terminara de acercarlos a la ciudad. Durante dos horas en carretera, el paisaje se redujo a planicies y montañas, a veces escarpadas, a veces resecas o con débiles rastros de lo que quedaba del verano. Curiosamente, el pequeño autobús resultó un poco más cómodo para Mikhail. Sus asientos estuvieron en la parte trasera; la lámina del autobús a su espalda y el espacio sin asientos delanteros, era más reconfortante.

A pesar de todo, el cansancio y el mutismo de Anna volvieron a aterirlo tanto como el frío. Mikha se dio cuenta de lo rápido que estaba disminuyendo la temperatura. Había tenido que ponerse otra sudadera debajo de su chaqueta. Muchos en el transporte llevaban suéteres de doble forro con gorros de piel abajo. Anna aún llevaba su pulóver de cuello alto, girada a la ventanilla. Más de dos horas después, Mikha creyó distinguir los rastros de edificios a lo lejos. Cuando el chofer los hizo ascender por otra pendiente, el cuadro lució más claro.

A plena luz del mediodía, la ciudad lucía sumamente blanca, como si todo haya abajo estuviese construido de coral. Conforme se acercaron, Mikhail percibió otras tonalidades. Estaban demasiado lejos para suponer si eran casas o edificios públicos. Ninguno aparentaba un gran tamaño. Las mismas cadenas de montañas circundaban la parte oeste desde su campo de visión, y más allá del cúmulo de construcciones, se abría un espacio gris que –Mikha supuso– era el mar

Le dio un pequeño codazo a Anna. Ella seguía prendida del panorama a otro lado, donde solo había tierra y bosque.

—¿Cómo me dijiste que se llamaba? —Mikha señaló la extensión de agua.

Anna puso atención un segundo. Sus labios se apretaron.

—Es el mar de Ojotsk.

Se viró de nuevo al horizonte contrario, más muda que antes.

Luego de 30 minutos, la ciudad había terminado de acercarse. El autobús viró en otra intersección y atravesó una calle más transitada. Antes de llegar a la estación, el chofer detuvo la marcha en una sección previa. Algunos bajaron con sus valijas, para esperar otro autobús. Mikhail miró a Anna otra vez, interrogante.

—Irán a la ciudad al lado: Koshzavod —mencionó con frialdad.

Mikha ya no quiso esforzarse; se preguntó si ella tendría recuerdos o sólo la clase de memorias que llegaban recién se reencontraba con un paisaje familiar. Bajó en la estación, deseando llegar a la casa de Darya Pavlova. Le pidió a Anna que solicitara un taxi mientras el pedía sus valijas al maletero en el autobús. Le dio el papel en el que escribió la dirección que Darya le había dado. Anna lo ignoró.

—Conozco bien en *dónde* vivíamos, Mikhail.

Se alejó. Mikha dejó pasar el tono de mala actitud; pero estaba volviéndose cada vez más difícil. Dios, ayúdame...

Esperó a que regresara, junto a una sección de revistas para viajeros. La estación de autobuses era tan pequeña como el autobús en dónde vinieron. Algunos se giraban a verlo cuando se cruzaban en su camino. Mikha recordó el metro en Moscú donde siempre lo hacían sentir muy consciente de su estatura. Al pasar 20 minutos sin rastros de Anna, estuvo cerca de desesperarse. Dudaba que los taxis demoraran tanto en esta ciudad tan pequeña.

Se aventuró afuera. Anna estaba en la acera del estacionamiento, sentada en un señalamiento amarillo, con los codos sobre las rodillas y la cara detenida por sus manos. En cuanto reparó en él, se levantó. Apartó la vista. “Todavía no consigo uno, Mikhail”.

Mikha no lo creía. Pudo conseguir la atención de un taxista en menos de 15 segundos. Dudó que fuera sólo por tener el tamaño de un troll de película. Cuando el auto de tono blanco y dorsos amarillos se estacionó, la miró con acusación. Anna evitó sus ojos otra vez. Mikha echó las valijas al maletero y se metió al asiento trasero con ella. Le dio la dirección al chofer. Conforme avanzaban entre calles, Mikha percibió las miradas curiosas en el espejo retrovisor. Le tomó un momento percatarse de que no iban dirigidas sólo hacia él.

Soslayó a Anna. Aunque su mirada seguía hacia la ventanilla, estaba rígida, casi pétrea. Los tonos blancos de la ciudad la hacían ver pálida y a su cabello rubio demasiado cenizo. Mikhail vio sus dedos apretados sobre el regazo, sus dientes rígidos dentro de sus mejillas. Anna tenía marcas azules en sus ojos, pero no eran de agotamiento como las suyas. Mientras él trataba de ver algo llamativo en la nueva ciudad, Anna lo hacía con angustia.

Mikhail quiso llamarla o tomar su mano igual a los días en los que una crisis asediaba y él sólo podía permanecer allí, apaciguando sus respiraciones con las suyas, orando porque la paz llegara pronto. Pero mirándola así, consciente de que era su culpa, no pudo más que quedarse quieto.

Señor, ¿qué estoy haciendo?

Amar a Anna no le daba derecho a poner en riesgo su tranquilidad. Si ella aún fuese la chica de Sokolniki que dependía de fármacos, orillarla a esto habría sido

reprobable y muy arriesgado. ¿Por qué estaba rompiendo las reglas que en el pasado jamás habría cuestionado?

“Porque ya no son los mismos...”.

El pensamiento pasó tan rápido por su mente como los edificios pasaban a través de la ventanilla. Mikha trató de asimilarlo.

Volvió su rostro a su propio cristal, pero no pudo pensar en otra cosa que las últimas llamadas de Darya Pavlova y un cepillo de metal en el tocador de Anna. Le había preguntado una vez por qué lo conservaba. Anna se había quedado atenta al cepillo, para soltarlo como si no fuese de valor.

—A Masha le gustaba peinarme con él.

¿Con el cepillo de su madre? ¿La misma madre que los había abandonado a su suerte según las palabras de Anna? Mikhail le había dado vueltas al pensamiento hasta que perdió relevancia... Hasta hoy. Había visto a Anna llorar por su hermano. Había oído la voz angustiada de Darya Pavlova muchas veces por saber que, probablemente, Anna jamás volvería a casa tal como su hijo mayor. Y había visto a Anna peinarse con un cepillo conservado a pesar del tiempo y las heridas.

Tampoco tenía que significar algo.

Mikha continuaba usando objetos que su padre le había dado antes de dejar Berlín. Sus herramientas, por ejemplo. Eran artículos útiles de los que no podía prescindir, aunque eso no implicaba guardar ningún afecto por ellos. En realidad, Mikhail había considerado la idea de adquirir nuevos sets de herramientas. La falta de tiempo y dinero lo habían impedido.

Sentía un enredo en su cabeza. Y conforme más trataba de entenderlo, más enmarañado lo dejaba. *Señor... Te agradezco por hacernos llegar con bien. Estamos cansados. En todo sentido. Y comienzo a temer que todo esto fue un impulso mío. Dame fuerzas para este primer encuentro. Dame valor, Maestro.* Lo que no tuve con Erwin, ayúdame a tenerlo aquí. Te lo suplico.

Abrió la ventana para recibir un poco de aire. A pesar de sentirse demasiado fresco, le hizo bien. Se sentía ligeramente mejor cuando el taxista los sacó del cúmulo de edificios, para adentrarse en otras calles con espacios más abiertos. Los departamentos complejos fueron reemplazados por casas individuales. Mikhail se dio cuenta de que estaban acercándose a la bahía. Las casas se volvieron más sencillas, el camino dejó de sentirse plano y de pronto oyeron el raspón de grava y tierra debajo de las llantas. El chofer los detuvo delante de una pila de escombros, sin aventurarse más adentro de la calle.

Anna fue quien le habló: —Pero, todavía no llegamos...

—Lo lamento —el chofer señaló el lugar—: Hasta aquí pueden llegar los autos, señorita. Faltan sólo unos metros para llegar a la dirección señalada. Pueden hacerlos más fácil caminando. Si no, sacaré esto con grúa.

Mikha la escuchó suspirar. Los dos bajaron y él pagó. Con sus valijas al hombro, vieron al taxi dar vuelta en U para volver al centro de la ciudad. Mikhail se giró otra vez, Anna había avanzado unos pasos hacia el interior de la calle terrosa. Cuando sintió su atención sobre ella, levantó el mentón con seguridad. Clavó sus ojos al frente.

—Por aquí...

Mikhail la siguió, atento. Anna los hizo doblar a la izquierda cuando una calle de tierra cruzó la de ellos. A su izquierda quedaron casitas construidas de cartón-yeso y

láminas de aluminio. Incluso si tenían diferentes extensiones y tonos de pintura, eran muy parecidas. Los techos en caída eran de asbesto, cubiertas todas las tejas con lonas impermeables. Algunas tenían chimeneas, patios cercados por rejas maltrechas, otras tenían enormes contenedores afuera del cercado. Mientras caminaban, Mikhail escuchó el paso de sus pies sobre la tierra; le pareció muy suave, quizás arena y grava. A su derecha, después de una ligera cuesta salpicada de otras casitas o contendores, la playa se abría paso hacia un mar opaco. Se veía mucho más gris a poca distancia.

Mikha detectó el aroma del agua, el pescado muerto hacía días y la arena húmeda. El cúmulo de olores le revolvió el estómago. Apenas habían comido algo en el aeropuerto de Magadán antes de subir al autobús. No sentía hambre, sólo el puño contra su abdomen. Se detuvo en seco cuando vio que Anna frenaba, frente a una casa. De pronto, su expresión sufrió un impacto, mirando el lugar como si enfrentara a una montaña.

Mikhail observó también. Un patio grande, lleno de objetos y chatarra; un contenedor afuera, junto a las escaleras en el porche, construidas con pedazos de adobe; un cercado sin terminar. La casa entera era una estructura del mismo material del resto de casas, pintada con un rojo que los años habían desvencijado; ventanas de cortinas cerradas, una punta de chimenea en el tejado.

Mikhail imaginó el interior y tuvo una sola escena dentro de su mente:

Una casita de madera, con tapices despegados y vigas viejas, un jardín descuidado, un fuerte olor a moho, el atisbo del aroma de óxido...

La casa de Sokolniki.

Le pareció que Anna retrocedía, que sus ojos se llenaban de aflicción. En cuanto lo miró, ella se recuperó. Mikha la escuchó soltar el aire y tomar otra bocanada.

—Ya llegamos.

Lo dijo sin el menor sentimiento. Ella se dirigió hacia las escaleritas que subían hacia la cerca.

Mikha inhaló hondo atravesando el interior del cuadro. *Por favor, Señor...*

Antes de terminar su oración, la puerta de la casa se abrió.

◆◆◆

Anna dejó que Mikhail se adelantara. No fue intencional. Sus piernas habían dejado de moverse al ver que la puerta de esa casa se abría, que alguien surgía desde adentro. Un viejo, muy viejo recuerdo de la misma puerta y esa misma persona la paralizó.

¿Era un sueño? ¿Todo estaba ocurriendo en su mente por no haber tomado su dosis del día?

Había pasado años, día tras día, deseando regresar. Primero por el deseo de confirmar que Masha realmente se había ido y después porque su casa en Magadán, con la bahía fría y desolada como páramo, era una mejor vida a todo lo que tuvo que vivir después de que él se fue. Tantas llamadas a casa, tantos mensajes a través de Hedda y Nikolai. “Lo sentimos, Annya... Tus papás dicen que no puedes regresar, ellos quieren que sigas patinando. Lo dicen por tu bien. Ve a entrenar, querida...”.

Cuánto deseó venir o morir...

Con los años, la añoranza por el regreso se transformó en rencor, luego en odio,

luego en nada...

Si pensaba en Magadán era sólo en sus sueños, cuando Masha aparecía caminando como un fantasma en los peñascos de la Montaña Corona. Anna soñaba con el mar helado y la arena con olor a hierro. La nieve manchada de rojo y el fondo de la pequeña ciudad que había sido su hogar por seis años. Era todo. La casa, las calles, el sol encima de su cabeza, la gente... Se habían disipado con el paso de los años. Como si no hubiesen existido nunca y sólo fueran una ilusión, un sueño dentro de otro sueño.

¿Por qué Mikhail la había traído aquí?

El jamás podría comprenderlo. No importaba si decía que quería hacerlo, que era por su bien, porque Dios le estaba dando una oportunidad...

¿Una oportunidad de qué? ¿De regresar a una tierra a la que ya no quería volver? La misma de donde ese Hombre en la playa la había sacado. *"No regreses más a este lugar",* le había dicho.

Entonces, ¿para qué...?

Contuvo sus ganas de correr. De hecho, había tenido que contenerse a sí misma demasiadas veces durante el viaje, como retener sus deseos de espetarle a Mikhail palabras que los habrían regresado a Moscú y que habrían terminado sus tratos como patinadores y como todo lo que eran. Mikhail veía trípticos de viajes y los paisajes, mientras ella se estaba muriendo por dentro, pensando en que tal vez así había sido el último viaje de Masha a casa. Mirando, pensando, planeando...

¿Habría visto él esas montañas? ¿Habría cruzado él aquel camino? ¿Habría sentido este frío? ¿Habría visto el mismo paisaje que ella veía, antes de llegar al lugar donde acabaría con todo?

Mikhail veía con sus ojos de esmero, igual que siempre. Anna tenía miedo de darse cuenta de que jamás iba a poseer su perspectiva. No era como él, y probablemente nunca lo sería.

El miedo le circuló por el cuerpo, de la cabeza hasta la punta de los dedos, a punto de paralizarla. Pero en cuanto atravesó el resto del patio y vio a la persona en la entrada, Anna se sostuvo de lo único que la había mantenido viva antes de que Mikhail llegara a su camino. Su vieja amiga. La *Anne* que había vivido por sus propias fuerzas. La *Anne* dura que resistía, a base de odio e indiferencia.

De pronto, oyó una vocecita nueva. Una que le decía que podía confiar en alguien más fuerte y fiable que esa *Anne* endurecida.

Ten fe... Le dijo. ¿El Hombre de la Playa? Anna quiso, intentó creer...

Pero lo único que pudo ver y oír fue a esa mujer que venía a recibirlos.

Y Anna se aferró más fuerte, a la vieja amiga de su antigua vida.

La *Anne* que no era más una niña inocente ni débil...

◆◆◆

Mikhail saludó a Darya Pavlova, deteniendo su oleada de pensamientos y primeras impresiones. No era la mujer del todo menuda que se había imaginado, pero sin duda tampoco era una de proporciones robustas. Era mucho más baja que Anna, y más delgada también. Sus ojos, en cambio... Si no contara con surcos alrededor de sus parpados, habrían sido idénticos. El mismo tono, la misma forma arqueada de sus cejas, incluso la misma expresión de tristeza. Su cabello estaba cubierto de canas; lo

llevaba corto, casi hasta el mentón, delgado y quebradizo. El parecido entre ambas aumentó.

Darya Pavlova bajó las escaleritas para recibirlos fuera del pórtico. Se limpió las manos en su mandil floreado cuando Mikhail estiró la suya. Apretó suavemente, una mano fría y muy enflaquecida.

—Bienvenido. Qué bueno que llegaron...

—Se lo agradezco, Señora Grekova. Me alegra conocerla, al fin.

La vio bajar la cabeza, apretar sus dos manos frente a su mandil. Mikhail se preguntó si su falta de contacto visual se debía a su tamaño. Sabía que podía lucir intimidante la primera vez.

—Todavía estoy arreglando un poco la casa —dijo otra vez, cabizbaja—. Lamento si hay desorden.

—Está bien. Le agradecemos que pueda recibirnos aquí.

Otro asentimiento débil, disuadiendo su gratitud. Darya Pavlova se apretó las manos. Mikhail no sabía si debía preguntar por lo ocurrido con su esposo o simplemente darle palabras de condolencia. Reparó en la mirada que de pronto subió a él. Darya Pavlova, lo analizó, con timidez.

—Eres más alto que en las fotografías o que en los videos.

Mikhail no contuvo su sonrisa: —Sí, me lo dicen a menudo.

Por primera vez, ella sonrió. Un poco.

—También luces más joven de lo que pensé. Y hablas muy bien ruso...

Mikha ensanchó su sonrisa. Continuamente Darya Pavlova mencionaba ese aspecto de él. Se alegró de que lucir joven pudiera quitar la formalidad con la que ella solía hablarle por teléfono. Quería agradecer por su cumplido; entonces, reparó en Anna y que su enorme tamaño estaba interponiéndose entre ambas. Se hizo a un lado, llamándola. No había visto en qué momento se quedó atrás. Los ojos de Darya Pavlova cobraron un brillo nuevo al encontrarla. Mikha la vio cubrirse los labios, acercarse con pasos de incrédulo.

—No puedo creerlo... Mírate, Annya... Eres... tan hermosa...

Anna se quedó como un tronco cuando su madre levantó las manos para tocarla. Darya contempló a su hija como si se tratara de una preciosa escultura.

—Creciste tanto. Eras una niña cuando te fuiste.

La expresión de Anna se ensombreció. Alejó la cara.

—Cuando *nos* fuimos. Sí, éramos muy niños. La gente crece, aunque el tiempo aquí esté varado con todos ustedes.

La madre de Anna bajó las manos, sin alejar su gentileza, como si ella no hubiese dicho nada. La miró con ojos llenos de lágrimas.

—Gracias por venir otra vez.

—No fue idea mía, puedo asegurártelo.

—Anna... —Mikha se acercó. Ni siquiera su mirada obligó a Anna a mejorar su semblante.

Darya Pavlova levantó una de sus manos para indicar que estaba bien. No dejó de mirarla con devoción. Antes de que el agua en sus ojos escapara, reparó en algo:

—Qué tonta soy. Seguramente tienen hambre y están cansados. Pasen ya... —intentó ayudar a Anna con su valija. Ella tiró de su hombro para moverse. Darya se quedó quieta, le sonrió a Mikhail—. Adelante.

Mikhail dejó a Anna pasar primero; le hizo un gesto de advertencia, ella lo ignoró. Suplicó por más paciencia y sabiduría antes de cruzar el umbral que le rozó la coronilla.

La sala estaba unida al recibidor. No era más que un cuarto con 3 sillones de tapiz tejido, alfombra y mesa. Una televisión de caja estaba al otro lado, pegada a la esquina sobre un mueble con puertas cerradas. Mikha echó un vistazo general; su nariz fue muy aguda. Alcanzó a ver los deshilachos de los sillones, las botellas apiladas entre la sala y otro umbral abierto a la izquierda. Pero su nariz olió moho, maderas, pescado y alcohol. El piso rechinó cuando dio otro paso. Se detuvo, temeroso de ser demasiado pesado para una casita tan frágil.

Anna se había quedado a unos pasos, su mano apretando la correa sobre su hombro. Aunque no movía el rostro, Mikha descubrió sus ojos paseándose por los alrededores. No era el vistazo de la curiosidad, sino del recelo.

Darya Pavlova les dijo que podían dejar sus bolsas sobre uno de los sillones. Se movió hacia la basura de botellas.

—Siéntense, por favor. Serviré la comida... Recogeré esto. Los atenderé pronto.

Se dedicó a recoger y limpiar. Mikhail la vio hacer el mismo recorrido varias veces, llevando puños de basura entre los brazos hacia el patio trasero. Oteó a Anna; continuaba inmóvil, de pie en el mismo punto. Después de ver tres veces a Darya Pavlova agacharse y correr, Mikha ya no lo soportó. Ella desistió a su ayuda, solo al principio. Entre los dos terminarían más rápido. Mikhail olió tabaco y basura de comida dentro del puñado que llevaba. No era exactamente lo que imaginó de su primer encuentro con la madre de su novia, pero siguió el impulsó que estaba moviéndolo.

En su camino hacia el patio, atravesó un pasillo con puertas a ambos costados. Sólo una estaba entreabierta. Mikhail pudo ver una cama y cortinas, oliendo más aromas entre sus pasos. El patio trasero estaba mucho más desordenado que el de la parte delantera. Darya Pavlova le indicó sobre cuál de los muchos montones de escombros podría dejar los que llevaban. Mikhail tuvo que caminar con cuidado para no romper pedazos de vidrio o resbalarse con algo.

Echó un último vistazo antes de regresar. La mayoría de los rusos con patios en sus hogares, solían apartar espacios para hortalizas o tenían juegos o parrillas para un fin de semana. Pero en éste, no solo había basura, también herramientas desperdigadas y artículos de pesca amontonados junto a la estructura de una bodega. A juzgar por sus puertas oxidadas, Mikha intuyó cuán vieja podría ser.

No era el patio para una familia con dos niños, sin duda...

Cuando regresó, Anna estaba en el mismo punto, su valija todavía en la espalda. Darya le agradeció a Mikhail por su ayuda.

—Les serviré comida. Pueden sentarse en el comedor.

Señaló la mesa cuadrada, dentro de la cocina. Parecía tener la misma edad que toda la casa. Mikhail regresó su atención a Anna cuando no la vio moverse. Le hizo un gesto con el mentón. Anna soltó una exhalación. Mikha percibió su duda otra vez al cederle una silla. Anna se deslizó, con la espalda recta, sin rozarse con el respaldo.

Mikhail se sentó junto a ella. Siguió los movimientos de Darya Pavlova con la vista. No quería ser descortés y preguntarle si podía ayudar de nuevo. En casa siempre se decía que era malo intervenir en las atenciones de los anfitriones. Mikhail aguardó, ansioso. El mutismo de Anna estaba poniéndolo más nervioso que sus ataques

directos.

De pronto, detectó el olor a desperdicios en sus palmas.

—¿Puedo lavarme las manos en su baño, señora Grekova?

Ella le dijo que sí. Mikhail no supo a dónde debía dirigirse. Anna movió la cabeza, sin una mirada.

—Es la primera puerta a la izquierda.

Mikhail fue tan rápido como pudo. Regresó, seguro de que el baño en la casa en Sokolniki fue mucho más grande que este. Darya Pavlova seguía moviendo un guiso en una vieja estufa O'keefe. Mikhail había visto una en un bazar berlinés, muchos años atrás. Le sorprendió que alguien tuviese una, y que la madre de Anna supiera usarla tan bien. Esa estufa debía ser la razón de que la casa se sintiera cálida a pesar del frío afuera.

El aroma de pescado hervido inundó el lugar. No era la mejor combinación de esencias, pero a Mikha se le contrajo el estómago de hambre. Aduló el aroma. Darya Pavlova sirvió.

—Los vecinos han estado trayendo guisados y postres toda la semana... Han sido muy amables desde el funeral.

Mikhail apretó los labios.

—Lo lamento, Señora Grekova. Su hubiéramos llegado antes...

Ella negó, sentándose después de poner un plato para ella también.

—No tienes que disculparte. Es un viaje largo. Muy largo... —miró al otro lado, a donde Anna.

Aún recta, con las manos bajo la mesa, Anna dirigió una mirada desdeñosa a la comida, luego a su madre.

—No me gusta el pescado.

Mikhail lo había olvidado. Trató de persuadirla a comer. Darya Pavlova frunció las cejas, adolorida.

—Pero antes te gustaba mucho.

El filo en la mirada de Anna aumentó. —Ya te lo dije: Las personas crecen y cambian.

Su madre bajó la cara. Mikhail se levantó.

—Te traeré algo de afuera. Vi un supermercado a unas calles...

—No tengo hambre, Mikhail.

Lo dejó quieto. Mikha le dirigió una mirada seria. —No has comido desde el aeropuerto.

—¿Y? No tengo hambre —alejó el plato antes de ponerse de pie—. Sólo come tu guiso de pescado, Mikhail.

Fue a la sala. Mikha luchó con el enojo de verla apartarse sin más y el deseo de ir por ella para obligarla a sentarse con ellos. Se sentó en su silla, tomando aire. Cuando levantó la vista, Darya Pavlova lo miró también. Se hizo hacia adelante, con una sonrisa plana entre los labios que trataba de invitarlo a comer. Mikhail quiso disculparse. Sólo pudo orar y comer en silencio.

◆◆◆

Darya Pavlova sirvió té al terminar. Recogió sus trastos sucios y lo dejó servirse una rebanada del pastel de frutos secos que una vecina había traído ayer.

Mikhail aún no sabía qué decir. Había hablado por teléfono con esta mujer, durante meses, pero ahora no sabía cómo empezar una conversación sin sonar banal. O sin arruinar más lo sucedido. Darya Pavlova se sentó, igual de silenciosa. Era como volver a tener a Anna como compañera por primera vez. Era como volver a ser el mismo tipo que necesitaba de alguien más que abriera el dialogo por él.

Apretó la taza de té entre sus dedos. Bebió un sorbo. Hierbabuena. Era el aroma más agradable en su nariz desde hacía días. Anna seguía prefiriendo beber té, a pesar de que podía tomar café ahora. Mikhail se levantó.

—Le diré a Anna que sirvió té. Le gusta mucho.

Se dirigió a la sala. Vio la cabeza de Anna sobresalir del extremo de un sillón, sentada en el piso. Mikha pronunció su nombre, pero calló al asomarse por entero. Reconocía su forma de cerrar los ojos para descansar la vista y cuando se había quedado dormida. Justo lo que vio. Suspiró, acuclillándose.

Darya Pavlova salió a la sala cuando él estaba levantando a Anna en sus brazos. —¿Se durmió?

Mikhail asintió. —Fue un viaje largo. No la vi dormir mucho...

Dejó que Darya Pavlova se acercara. Miró a su hija con la misma admiración que tuvo al verla afuera. Una mano temblorosa se levantó para tocar el rostro dormido. Mikhail pensó en su madre, las noches de su infancia, cuando ella aún podía mover sus dos manos para darles caricias a la hora de dormir. Maddy había acurrucado a su pequeño Kostia de la misma manera en la que ahora la madre de Anna la tocaba a ella.

De pronto, Darya Pavlova detuvo sus dedos y tragó hondo. Retiró la mano como si hubiese tocado algo prohibido.

Mikhail creyó que podría depositar a Anna en el sillón más largo, pero ella le hizo un ademán con la mano.

—Por favor, déjala en la habitación. Nuestros sillones son muy viejos, perdieron el relleno desde hace años...

La siguió por el mismo corredor. Se metieron a la única puerta que Mikha había visto entreabierta. Era tan austera como el resto de la casa. Darya señaló la cama:

—Pueden quedarse aquí, los dos. Yo dormiré en la sala...

—Pero dijo que los sillones eran inadecuados.

Darya Pavlova agitó fuerte la cabeza. —Para mí están bien. Pero ella es mi hija. Y no he tenido invitados en 30 años. ¿Cómo voy a dejar que mi hija y su novio duerman en un sillón?

Mikhail no se sintió cómodo ante la idea; no quiso contradecirla. Le impresionó que Darya no tuviese objeciones por dejar a su hija en la misma habitación con un tipo con el cual sólo había charlado por teléfono. Magadan ya no parecía tan distante del mundo. Mikha tendría que pensar en una forma de dormir allí y evitar malos entendidos.

Regresó con ella a la sala, después de ir por sus tazas de té. En efecto, las tablas de los sillones se alcanzaban a percibir en diversas secciones. Mikhail tuvo cuidado de no apoyar demasiado peso en las frágiles estructuras. Bebió de su infusión con el mismo dilema de conversación. La madre de Anna examinó su cara.

—Tú también te ves cansado. Deberías... Dormir un poco.

Mikha quería aceptar la iniciativa. Pero negó, con fingida firmeza.

—Me siento un poco acalambrado. Estoy bien.

Darya Pavlova asintió, sin decir algo más. Mikhail trató de observarla sin parecer fisgón. Buscó los indicios del cansancio también, algo sobre la verdadera razón por la que viajaron hasta aquí. Pero Darya Pavlova no mencionó a su esposo, ni evidenció una muestra del duelo recién iniciado. Ni un solo comentario sobre la actitud de Anna y su efecto...

—Vi su competencia —mencionó de pronto.

Mikha tuvo que despabilarse. —¿Oh, sí?

—Estuvieron maravillosos. Siempre lo son... Yo no conozco mucho de clase y todas esas cosas, pero siempre que veo a mi hija patinar, siento como si viera arte. Una vecina me daba las páginas del diario donde aparecía. Guardé los recortes, en una caja... —su expresión se cubrió de bochorno—. Una vez te dije que me confundió verla cambiar de patinaje. Sus entrenadores me dijeron que ella regresaría. Pero prefirió seguir patinando contigo. Estoy agradecida por su decisión... Es una preciosa bailarina del hielo. Voy a la Biblioteca siempre que puedo para volver a ver su patinaje de El lago de los cisnes. Es mi favorito, después de su otra pieza de ballet. Tuve que dejar de ir un tiempo, cuando mi esposo empezó a enfermar... Lo volveré a hacer, pronto, espero.

Lucía realmente convencida por eso. Mikhail no reprochó que todas las adulaciones fuesen para Anna. Él se sentía igual de complacido al ver a Anna patinar.

—Para mí, es un placer estar en la misma pista de hielo con su hija, Señora Grekova. Concuerdo con usted... Hay arte en su patinaje —la vio asentir, complacida. ¿Debería ir más allá de ese dialogo? Tomó otro sorbo de té—. Espero que su esposo se haya sentido tan satisfecho como usted con lo que hacemos.

Notó cuando sus hombros se tensaron. Mikhail había hablado con Darya Pavlova sobre diversos temas relacionados a Anna, aunque jamás sobre su padre. Hasta esa mención de su enfermedad terminal, jamás había oído de él.

—¿Mi hija te habló sobre su padre? ¿O sólo sobre...? ¿Sobre nuestro otro hijo?

Su voz se contrajo, igual que su mirada. Mikhail temió ser invasivo.

—Sólo un poco, señora Grekova.

La sonrisa de Darya apareció como respuesta, trémula, con la cabeza hacia su taza de té.

—Eres dulce al mentir con eso. No le ofrecimos la mejor vida... A ninguno de los dos. Me conformo al verla feliz, en otro lado. Al menos uno de ellos pudo hacerlo. Es una dicha...

—Usted también podría ser feliz, Señora Grekova. Si hay algo que podamos hacer por usted. Su bienestar también nos preocupa.

Enfatizó la pluralidad de sus palabras, anhelando por que un día pudiese ser verdad. Darya Pavlova le dirigió una mirada agradecida, cubierta de resignación.

—Eres muy amable, de verdad. Pero conozco a mi hija... Tú la escuchaste hace un momento. Y yo la he escuchado por muchos años. Si no estaba ocupada por sus prácticas, sus entrenadores la tenían en otra parte. Con el tiempo, supe que la niña que se fue de aquí con mi hijo nunca iba a regresar. También cuando nos anunciaron su retiro y que ella volvería, lo supe. Mi esposo la esperaba, yo estaba segura de que no regresaría. También supe el por qué y no la juzgué, nunca lo haré. Sé por qué me odia tanto ahora, pero no lo reprocho. Lo merezco, cada palabra y todo su desprecio...

Mikha negó: —Señora Grekova... Anna no la odia. La conozco, la he conocido, quiero decir. No soy tan cercano como un padre puede serlo... Aun así, he aprendido a

conocerla en los últimos años. Es testaruda y puede llegar a ser muy necia. Pero también es una patinadora dedicada, como usted lo dijo. En tres años la vi moverse de un patinaje de frustración a uno de entrega y corazón. Es amable cuando toma confianza, sabe sentir cariño por otros más pequeños a los que las personas suelen ignorar —pensó en Dosto; nadie podía amar a su perro más de lo que Anna lo hacía—. No sé qué hay más allá de lo que ella y usted me han dicho sobre su hermano. Pero sé que Dios puede cubrir faltas y brechas, sin importar qué tan grandes son. Él me permitió conocer a Anna y ver más allá de lo que ella misma trató de mostrar la primera vez. Me ayudó a ver mis propias faltas y a buscar a Dios para enmendarlas. No se dé por vencida con su hija, por favor.

Le sonrió, temblando. ¿Era sólo el frío o el apuro de decir algo que no fuese un mero discurso? Decir palabras como esas era más sencillo por teléfono, sin tener la vista de otro puesta sobre él. Si tan sólo no se oyera tan débil. Jamás tendría la fuerza de un sermón de Johann, ni la calidez de Herr Schmidt.

Darya Pavlova sonrió, débil: —Qué gusto siento de que un joven como tú hable tan bien de mi hija. Ella está en buenas manos...

Regresó su atención al té, sin darle pauta para responder. Mikha se sintió mucho más frustrado. Darya Pavlova estaba repitiendo lo mismo que Mikhail ya había escuchado en algunas charlas telefónicas. Si él mencionaba a Dios, ella no replicaba; en cambio, su respuesta era nula también: Siempre con distancia, pensar que él era esas “buenas manos” donde Anna debía estar.

Mikhail se sintió como un inepto. Exhaló hondo, derrotado. Terminó su té, agradeciéndolo. Darya Pavlova le preguntó si quería ir a dormir ahora. ¿Otra forma de dar por terminada la conversación? Mikhail temió por que la madre de Anna tampoco tuviera interés en solucionar algo con su hija. ¿Y si todo era realmente una idea suya? Una idea vana.

Se puso de pie, aceptando su propuesta de descanso; ya estaba muy exhausto como para tratar de pensar en algo.

Entonces, un objeto apareció dentro de sus pensamientos, como un rayo impactándolo. Se entornó suavemente, hablándole antes de que ella pasara a la cocina.

—Anna conserva su cepillo.

Darya Pavlova se detuvo. Frunció sus cejas canas, sin comprender.

—Me refiero a un cepillo pequeño, de plata... Es de este tamaño, más o menos. Con su nombre gravado en la parte trasera. Me imaginé que debió pertenecerle a usted.

La expresión de la madre de Anna se desdibujó entre el incierto y la incredulidad.

—No creo que sea posible...

—La he visto peinarse con él muchas veces. Estoy seguro de que sigue haciéndolo. Con su permiso. Iré a descansar un poco...

Oyó su voz que le deseaba descanso. Mikha habría querido indagar más sobre las razones que la llevaban a dudar de su información. El agotamiento lo convenció de ir por las valijas a la sala y marcharse hacia la habitación.

Entrecerró la puerta, lo suficiente para que cualquiera pudiera echar un vistazo sin arrancarles del todo su privacidad. La cama matrimonial fue una contundente

invitación de buscar un espacio junto al cuerpo de Anna y dormir. Un poco de razonamiento espiritual pudo sobresalir, para que reconsiderara.

Apacienta a mis ovejas...

Mikha suspiró. *"¿No ves lo mal que estoy haciéndolo, Señor?".* Resultaba irónico no dejar de pensar en eso. Mikha abrió su valija y extendió sus cambios de ropa sobre la alfombra, del lado donde había dejado a Anna dormida. Buscó la frazada que ella echaba en su propia maleta en cada viaje. La colocó como "colchón" final. Se quitó su chaqueta para cubrirse con ella otra vez.

Tres segundos después de cerrar los ojos, escuchó el timbre de un mensaje. Mikha miró la pantalla de su teléfono. Vidhi. En un mensaje de voz, que debía tener gritos y regaños por no llamarlos desde que los despidieron en el aeropuerto de Moscú. Regresó el celular a la alfombra, suspirando.

Dormiría una o dos horas. Después les daría noticias a sus coaches, les preguntaría la mejor fecha para regresar al entreno, lidiaría con la persistencia de Vidhi por saber más. Volvería a orar y a tomar un tiempo para escuchar a Dios a través de su Biblia. Trataría de enmendar algo de su mal trabajo, buscaría la forma de hacer efectivos todos los discursos que les dictaba a Anna y a su madre... Aunque no estuviera seguro de si una vida así podría ser posible.

Dobló el brazo para usarlo de almohada y cerró los parpados de nuevo, lleno de pensamientos...

Aviones, autobús, caminos de nieve y arena, olor a pescado, moho y óxido ferroso...

El rostro de Anna; otro más longevo. La misma silueta, la misma oveja saltando la verja para ir al otro lado del redil...

El sueño lo alcanzó en medio de su huida, cada vez más lejana, cada vez más y más difusa. Una nube de inconsciencia lo envolvió. Y él se sumió dentro.

No despertó en toda la tarde, ni en la larga noche de Magadán.

Capítulo 9

...aquella bahía fría,

Anna despertó en medio de un espasmo.

Sus ojos se abrieron y ella estuvo segura de que vería las vigas de madera vieja sobre su cabeza, las telarañas entre los recovecos y el silencio de su casa en Sokolniki.

Lo que encontró, la confundió.

Había silencio, sí. Y la pintura amarillenta en ese techo alto estaba descascarándose. Pero no era su casa en Sokolniki, ni el nuevo departamento en Krylatskoye. Intentó levantarse; el hormigueo en sus brazos la detuvo. Apretó las manos en la frazada que alguien había puesto sobre ella. Tela áspera. Un tacto familiar.

Anna oyó la risa en su cabeza, la frase de Makzim en medio de un juego.

"Ya te encontré, Annya". Sus pasos más cercanos, su mano levantando la manta en donde se había ocultado. La risa de una niña cuando su hermano le hizo cosquillas...

Otro espasmo la agitó.

Se incorporó, sacándose la manta con desespero. Dio bocanadas hondas hasta sentir que su calma regresaba. Sus ojos se fijaron en la frazada que empujó a la esquina de la cama. Las líneas azules estaban despintadas, pero era la misma. Anna pudo rememorar lo que era sentirla de nuevo sobre su cabeza y oír las tablas rechinando bajo los pies de Masha, buscándola.

Estrujó los parpados, negando. Ya no recordaba a Makzim. Eso le había ayudado a recuperarse en la Casa de Restauración con mayor facilidad. Pero ahora oía su risa y sentía que las manos le sudaban.

Un rechinido la agitó. Anna buscó, en medio de esa habitación. Sabía en qué lugar estaba, eso no le trajo paz. Se estiró hacia el lado más cercano de la cama. Aún en la oscuridad pudo ver a Mikhail, echado en el suelo. Su cuerpo se movió dormido, haciendo otro chasquido en las maderas debajo. Anna lo vio removerse hasta quedar bocarriba, sin la protección de su chaqueta.

Anna suspiró, abatida. Había suficiente espacio en esta cama para dos, incluso si uno tenía el tamaño de Mikhail. Anna podía darse una idea de las razones por las que había preferido el suelo. Volvió a observar a su alrededor, buscando. No había nadie más. Salvo la respiración adormilada de Mikhail, no escuchó ningún sonido.

Le pareció raro. Tanto silencio, tanta calma. En *esta* casa. Ningún grito, ninguna palabra ofensiva, sin el sonido de la televisión de la sala, las botellas golpeteándose cuando otra más les caía encima. El alarido de un recuerdo la cimbró por dentro.

“¡Saca a esa basura americana de aquí, Makzim!”

Recordó las páginas de un cómic. Masha leyendo, Masha llorando en otra habitación. Sus labios reventados y una marca azul debajo de la boca durante varios días.

El silencio la envolvió otra vez.

Ahora el sonido de su propia respiración la asustó.

Anna decidió concentrarse en Mikhail. Un fuerte anhelo por acurrucarse a su lado la convenció de bajar los pies de la cama. El cosquilleo de la alfombra en sus pies, la retrajo. Un temor la paralizó. ¿Y si bajar de la cama molestaba al hombre que roncaba en la sala, el hombre ebrio que se quedaba dormido con la televisión encendida y una botella de vodka pendiendo en la mano? Anna se ovilló, pegando la frente a sus rodillas.

Está muerto, Anna. Él ya está muerto. Vinieron por eso...

Siguió diciéndoselo hasta creerlo, hasta entender que era tonto temer. Incluso si él siguiera allí, justo afuera de ese cuarto, no había cabida para el miedo. Ya no era la niña que se ocultaba debajo de la cama cuando Masha se lo decía. Era una adulta, la mujer que patinaba, que se había quedado con Hedda y Nikolai para eliminar lo último que quedaba de la niña de Magadán. La que ingirió pastillas para morir, que intentó lanzarse de un rascacielos de Moscú, que había requerido los servicios de clínicas abortivas y se involucró en asuntos por el *Solovieva Team* que le repugnaba recordar.

Apretó sus rodillas, respirando por conteos.

Eso quedó atrás... Él te dijo que ya no regreses más a esa “playa”, Anna.

Se levantó, disuadiendo todas las percepciones en sus pies y en su cuerpo. Haló la almohada y la puso debajo de la nuca de Mikhail, cuidadosa para no despertarlo. Anna lo miró, acomodando el dije de cruz sobre su pecho. Aún estaba molesta con él por traerla aquí; pero se dejó llevar por su nueva obsesión de verlo dormir.

Anna volvió a cuestionarse cómo era posible que hubiesen terminado así. Juntos. Su vida era desastrosa, Anna habría podido arruinar la suya, si acaso no hubieran contado con la ayuda apropiada.

“Pero aún podrías arruinar su vida, Anne”.

Reconoció el tono que habría usado Nikolai, pero percibió algo mucho más turbio detrás. El vello de su nuca se erizó. Cuán cierta podría ser su afirmación. Aun podría causar mucho mal...

No, ya deja de pensar.

Arropó a Mikhail con su chaqueta, se levantó para caminar, inhalando y exhalando. Cuanto más miraba su cuerpo tendido en el suelo, más se asustaba de las cosas que causaba para terminar afectándolo.

Ahora lo había orillado a llevarlos hasta el otro extremo de Rusia... Estaba envolviéndolo con sus problemas por segunda vez.

“Pero no todo es tu culpa, ¿verdad, Anne? Tú eres una víctima también”.

Sí, lo era. Tendría que haber frenado todo esto desde el primer momento en el que Mikhail le dijo que su madre llamaba por teléfono. Tendría que haber dejado claro para esa mujer que ya no tenía nada que ver con ellos. Habían asolado su vida llevándose a Masha, pero ya no les daría poder.

Se calzó las botas, volvió a ponerse el suéter. ¿Qué hora era? Por la oscuridad

afuera, podía intuir que apenas pasaba la medianoche. Gritarle a esa mujer de madrugada no le preocupaba. Debió haberlo hecho antes. Caminó con pasos sigilosos hacia la salida. El pasillo en penumbras la hizo retroceder. Se reprendió por su cobardía. Salió de allí, tanteando el piso mientras se adaptaba a la falta de luz.

Le pareció oír el chasquido del fuego. Al dar otro par de pasos, encontró el fulgor rojizo que escapaba de la estufa en el cuarto de cocina. La chimenea también estaba encendida. Anna percibió el mismo olor de hollín y leña reusada.

"Papá se fue, Annya. Mamá dijo que podemos calentarnos junto a la chimenea".

Masha otra vez.

Anna se detuvo, detrás del sillón largo. Las llamas eran raquíticas pero le ayudaron a ver las sombras del bulto envuelto con una frazada. Anna se quedó muy quieta, mirando el subir y bajar de su respiración. El silbido de un pecho enfermo se oyó debajo. Anna luchó con sus ganas de tirar de la cobija y zarandearla del cuello.

¡No puedes dormir! ¡No puedes dormir sabiendo lo que Masha hizo!

Retrocedió, luchando más fuerte contra sí misma, buscando la voz pacífica que Mikhail seguía.

"No regreses más a este lugar".

Dejar todo atrás. Incluido el rencor...

El llamado le aconsejó regresar a la habitación y recostarse junto a Mikhail. Él la recibiría, con su acostumbrada nobleza. Podrían hablar, orar, buscar calma...

Sus pies se detuvieron, antes de meterse a la habitación. Anna vio en dirección contraria: la puerta al final del pasillo, cerca de la entrada del patio. El pasado la envolvió de nuevo. Imaginó más luz y sus pasitos tenues para llegar hasta allí.

Sin saber cómo, estaba ya frente al cuarto cerrado, mirando la hoja de madera como si pudiese hablarle. Acarició la superficie y dejó la mano recargada en la aldaba. Cuando la giró, la puerta chasqueó como si tuviese meses sin hacerlo. El chirrido de esas bisagras le aceleró el corazón, igual que el vaho frío que vino desde dentro.

Anna soltó la puerta. La hoja continuó, hasta abrirse por sí sola y golpearse suavemente a la pared. Anna oyó el impacto tenue, varios objetos cayendo al suelo. No supo qué hacer hasta que una pelota rodó cerca de su pie. Se encorvó para tomarla en una mano. Se sentía tan helada como el picaporte, pero igual de suave que la última vez. Los entretejidos rojos estaban desprendidos y el cuero blanco despintado. Anna leyó las letras pintadas con marcador indeleble.

Макс

«Max».

"Mi amigo Yerik tiene un perro, Annya. Le lanzamos la pelota después de la escuela. Sólo un rato, antes de que tenga que regresar para ayudarle a papá con el trabajo... Le voy a decir un día que venga a la bahía para que lo veas".

Anna acarició el nombre una vez más. Jamás había conocido a Yerik ni a su perro. ¿Sería igual a *Dosto*? Quizás a Masha le habría gustado el perro de Mikhail tanto como a ella. Acercó la pelota a su pecho. Nunca pensó que volvería a abrir la puerta de su primera habitación. ¿Aún tendría los colguijes que Makzim había puesto en el techo, encima del escritorio pegado a una esquina? ¿Aún estarían sus calcetines con agujeros debajo de la cama que compartían? ¿Podría escuchar la lata llena de guijarros de mar

que ambos recogían y contarlos otra vez?

Deslizó la mano sobre la pared, recordando de memoria el espacio donde estaría el interruptor. Sintió la viscosidad de una humedad que no recordaba y batalló con otros objetos nuevos en la pared. Pero lo encontró, al fin. Aguantando la respiración, con el corazón en un hito, Anna encendió la luz.

Lo que vio, la dejó quieta.

Trató de reconstruir en su mente lo que había sido de esa habitación compartida. Pero el desorden de objetos nubló todo recuerdo.

Anna buscó el lugar en donde había estado la cama; sólo halló pilas de basura: Los restos del bote de motor que solía estar en el patio trasero, pedazos de esculturas, una serie de fotografías publicitarias del movimiento bolchevique, los desperdicios de botellas y latas. Anna caminó una serie de pasos, atónita. Alcanzó a distinguir los restos de la ropa que algún día usó, los zapatitos de alguna niña perdidos entre los escombros.

¿Dónde estaba la presencia de su hermano? Igual a un gigante que crecía, todo lo que quedaba de él estaba siendo aplastado por los pies del hombre que bebía cerveza y los golpeaba. Todos sus escombros lapidaban a su hermano.

Anna se entornó. Las repisas con ropa y libros de Masha ya no estaban. En su lugar, la pared tenía artículos de pesca, demasiado rotos como para volver a usarse. Sólo su armario permanecía como último recuerdo: en la esquina, echado de lado, con las puertas hacia abajo. Un sobreviviente. Otro cúmulo de los mismos desperdicios estaba encima, aplastándolo. Anna encontró más varas de pesca, latas de cerveza...

Y una escopeta.

Eso la paralizó.

Anna clavó sus ojos en ella, como si pudiera detonar en cualquier momento, como si al fin pudiera oír el mismo rugido que había detonado en todas sus pesadillas.

“Quiso dispararse con la escopeta de tu padre... Pero se resbaló del risco y cayó al mar...”

Sintió la mandíbula rígida y los hombros temblorosos. Su asombro se volvió un nudo que ardía...

Y como un disparo, estalló.

Anna recogió la escopeta y la lanzó por la puerta. Se estrelló tan fuerte en la pared del corredor que la madera se rompió antes de rebotar y terminar entrando de nuevo a la habitación.

Pero el estruendo no la detuvo.

Arrojó las varas de pescar, revolvió la pila de latas antes de afianzar puños y lanzarlos también. Una botella se estrelló contra la pared del cuarto cuando no alcanzó a pasar por la puerta. Anna tomó uno de los carteles enmarcados: el rostro deslavado del mejor representante de la época soviética se rasgó cuando ella lo partió contra el muro.

En algún momento, Mikhail se asomó por la puerta. Esquivó por poco otra botella.

Anna se concentró en la persona que venía detrás de él.

Su madre retrocedió cuando la vio venir con la escopeta rota en una mano. Sus pasos en reversa terminaron cuando la pared del pasillo la acorraló. Anna se adelantó a tiempo, antes de que Mikhail pudiera detenerla. Lanzó el arma a la pared, justo a un

costado de esa mujer. Su madre se encogió, con un jadeo.

Anna le gritó un insulto: —¡¿Convertiste su habitación en una pocilga comunista?! ¡Y te atreviste a conservar esto! ¡Eres una basura!

Mikhail la sostuvo de un brazo. —Anna.

Anna tiró otra vez. Su madre tenía los ojos abiertos como si algo monstruoso la hubiera despertado del sillón y ahora la sacudiera. Anna escupió otra serie de improperios.

—Tú lo mataste. Tú y ese hombre con el que vivías. ¡Lo mataron! ¡Lo mataron y con él a mí también! —Mikhail la aferró con sus brazos para comenzar a halarla. Anna siguió gritándole hasta sentir que se le rompía la garganta—. ¡Espero que tú también te mueras! Será la única razón por la que volveré. ¡Voy a venir a escupir en la tumba de los dos! ¡Maldita basura rusa! ¡Lo mataste!

—¡Anna!

La empujó. ¿Cómo habían llegado hasta el patio delantero? Anna intentó regresar. Mikhail la asió desde la cintura y la echó adelante otra vez. Le gritó con tanta rudeza que Anna se apabulló.

—*¡Anna!*

Despertó del trance al fin.

Mikhail la enfrentó con una expresión dura. Sólo la había mirado así una vez: el día que descubrió los papeles de su historial clínico en su mesa.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Anna jadeó, buscando aire. Miró hacia la casa.

—Lo que debí haber hecho hace mucho tiempo.

Intentó regresar, Mikhail la empujó otra vez. Anna luchó hasta que se dio cuenta de que era inútil. Mikhail la soltó, alejándola más de la puerta.

—¡Ya basta, Anna! ¿No ves la hora? Harás que los vecinos de tu madre salgan a ver lo que pasa.

Anna jadeó una risa. Y gritó, con toda intención.

—¿Qué vecinos? ¿Los peces? ¡A nadie le importa lo que pasa en este lugar! A mí no me importaba hasta que vi eso. ¡Ella guardaba la escopeta con la que él se...! —se detuvo, hundiendo un sollozo. Gruñó—. Voy a entrar, tengo que decirle... Masha también la odiaba y quiero que lo sepa. ¡Él te odiaba! —miró hacia la ventana—. ¡Por eso se mató! ¡Odiaba este lugar y a todos ustedes! ¡A todos!

Gritó a su alrededor, a todo Magadán. Sería capaz de gritar lo mismo en cada esquina y plaza de esta ciudad congelada en honor a Makzim.

Se quedó de espaldas a la casa, mirando de frente a la oscuridad, consciente de que entre la penumbra estaría el mar. El mar donde se había hundido su hermano. Hundido sin esperanza.

Dios, ¿por qué le permitiste venir aquí otra vez? ¿Por qué no impediste su viaje y lo dejaste conmigo? ¿Por qué...?

Agachó la cara, sintiendo el calor de sus lágrimas. Apretó fuerte los ojos para contenerlas. No pudo. Se limpió fuerte, entornándose apenas. Mikhail continuaba allí, firme como un roble. De pronto, Anna se sintió avergonzada. Huyó de su mirada compasiva. Escuchó su suspiro.

—Iré a ver cómo está tu madre. Quédate aquí y toma un poco aire.

Anna intentó seguirlo. —Pero no he terminado con...

—¡Dije que te quedes! No entres hasta que te hayas tranquilizado.

Anna se paralizó como si le hubiese dado una bofetada. Se dio la vuelta, con nuevas lágrimas de ira. Sollozó furiosa, con Mikhail, con ella, con esa mujer que estaba recibiendo atenciones que nunca podría merecerse.

Se sentó en la tierra, húmeda por la brisa nocturna. Se apretó los ojos con la base de sus palmas, reprimiendo otra serie de gritos. Suplicó despertar en Moscú, incluso la mansión de Hedda sería mejor...

¿Mejor? Se quejó por ser tan tonta. Apoyó la frente en las rodillas, resoplando. Su aliento y su llanto le calentaron el pecho, pero su espalda estaba cada vez más fría debido al rocío nocturno. Si Masha estuviera aquí, si hubiera visto que había salido al patio otra vez, en medio de la noche...

"Annya. Entra para calentarte en la chimenea..."

Apretó tierra y nieve entre sus dedos. Su respiración se había vuelto desigual de nuevo, tres veces en una sola noche. Anna alzó la vista al cielo, enfrentando los colores desteñidos de la madrugada.

¿Cómo iba a tranquilizarse si cada esquina en esta casa le recordaba a Masha?

Se puso de pie, jadeando por el pulso de su corazón más acelerado.

Sin pastillas, sólo había una forma de aplacarlo...

Terminó de cruzar el espacio hacia afuera del patio.

Halando con rudeza la portezuela, Anna salió de allí.

◆◆◆

Mikhail aguardó un momento antes de ir a la recámara donde Darya Pavlova se había quedado.

Tenía que tranquilizarse.

Había estado sumido en un sueño muy hondo cuando escuchó el impacto. Otro golpe más fuerte lo convenció de que la casa de Darya Pavlova se estaba viniendo abajo. Pero entonces buscó a Anna en la cama y no la encontró. En su lugar, estuvo otro estruendo y su voz desgarrándose entre lanzamientos.

Mikhail pensó que estaba sufriendo un ataque. Uno muy malo. La culpa y el pánico estuvieron cerca de dominarlo, hasta que descubrió que Anna tenía el gesto dominado por la ira, que el tiro de objetos estaba en perfecto control. Mikhail trató de intervenir; si Anna no estaba en medio de una crisis eso no quería decir que estuviera fuera de peligro de dejarse dominar por una.

La madre de Anna fue quien estuvo en verdadero peligro.

Mikhail nunca había escuchado a Anna decir maldiciones. Fue como si se hubiera transformado en otra persona. Una que habría estado dispuesta a matar a golpes a su propia madre si él no hubiese estado allí. Mikhail se obligó a ser más hostil para detenerla. Anna gritó y peleó. Mikhail tuvo que empujarla más de una vez y apretarla con rudeza. Mucha rudeza.

Ahora que la había dejado allá afuera, y podía respirar, se daba cuenta. También estaba enfebrecido. Justo unas horas antes, había escuchado hablar a la madre de Anna sobre su hija con verdadero amor. Anna le había gritado insultos y sentencias. Por supuesto que su actitud lo airaba. Porque todo estaba siendo un verdadero desastre y él lo había provocado.

Señor...

Respiró muy hondo. Entrecerró sus dedos. Si Anna no se hubiese girado para llorar, él la habría golpeado para hacerla entrar en razón. Había estado tan cerca de ceder a su ira, reconocerlo le asustó.

Señor, si estás allí... Te necesito. Todos. Por favor...

Escuchó el sonido de cacharros en la habitación.

Se acercó. Los mismos objetos seguían en el suelo del corredor. Mikha vio el agujero en la pared, la escopeta a unos pasos. Se asomó por la puerta. Un caos peor que el del patio trasero de Darya Pavlova se había metido a este pequeño cuarto. Mikha no supo si Anna lo había provocado o si sería anterior a su llegada. Por el aroma a polilla y la humedad en las paredes, lo supo.

Darya Pavlova arrojó otro cúmulo de basura sobre una pila recién hecha, cerca de la puerta.

Mikhail tuvo cuidado de no pisarlo cuando entró. Intentó decirle algo, pero calló. Por minutos sólo pudo mirar su pequeño cuerpo que se agachaba y levantaba, recogiendo pedazos o separándolos.

De pronto, Darya Pavlova notó su presencia. Se incorporó, con su rostro avergonzado.

—Mi esposo era un hombre muy desordenado. Le pedí su permiso para limpiar esta habitación, pero él trajo cosas de una sala del museo que clausuraron hace unos años... Tenía fascinación por la Rusia de sus padres. La misma que lo hizo a él y a otros ir a la guerra en vano para enloquecer.

Lanzó un busto de hierro a un extremo provocando un ruido pesado al caer. Mikhail casi temió por la madera vieja de la casa.

Darya Pavlova continuó con su trabajo, desocupando un perímetro de apenas unos metros. Se acuclilló para cepillar el espacio recién limpiado. El polvo voló, pero no le importó. Mikhail comenzó a impacientarse. ¿Era el único en asumir la gravedad de lo que acababa de ocurrir? Darya se levantó para ir hacia otro punto invadido de desperdicios. Echó nueva basura hacia la puerta. Aunque no tenía la mitad de la rudeza con la que Anna había estrellado cosas a la pared, Mikha distinguió el mismo deseo.

Limpiar el desorden. Desocupar un espacio importante.

Anna había dicho que esta recámara era especial. Sólo eso explicaría por qué estuvo tan alterada. Y la escopeta en el pasillo, también.

Mikhail tosió, soportando el polvo.

—Lamento las palabras de su hija, Señora Grekova.

El cepillito dejó de restallarse en la alfombra, apenas un segundo. Darya Pavlova prosiguió con cepilladas más suaves. Mikhail la vio doblar sus hombros enflaquecidos.

—No es culpa tuya. ¿Por qué te sientes mal? Eres un buen joven.

Detuvo su cepillo, echándose sobre sus rodillas para contemplar el suelo. Mikhail supo que esa alfombra no tendría reparación. Los ojos de Darya Pavlova se fruncieron con mucha tristeza.

—Me han gritado antes. La gente... —se limpió los ojos—. La gente dijo mucho después de que encontraron el cuerpo de mi hijo. ¿Qué clase de madre puedo ser si mi hijo hizo eso con su vida...? No entendían. Mi Masha y mi Anoshka eran lo único que yo tenía. Mi esposo iba a trabajar, pasaba meses en el mar y días borracho. Yo sólo tenía

esta casa y a mis hijos. Los amaba, son mi sangre y mi carne, parte de mí... Aún los amo.

Mikhail se arrodilló frente a ella. —Lo sé, Señora Grekova.

Podía verlo en su rostro turbado por el dolor. Podía olerlo ahora mismo en las lágrimas pegadas a sus mejillas pálidas.

La madre de Anna apretó el cepillo.

—Antes me habían gritado que sería mejor que muriera. Yo lo he creído muchas veces... Pero hace un rato, fue diferente. Es la primera vez que mi hija me dirige tantas palabras juntas. Vas a pensar que soy muy ridícula porque, por una parte, siento mucho dolor y por otra, me siento muy feliz. Creí que moriría sin verla una última vez, pero soy dichosa. Te agradezco que la trajeras contigo.

Mikhail no pudo soportar su mirada. Quería pedirle disculpas por haber llevado a Anna a su casa, pero ella se lo agradecía. Ella habría agradecido que Anna le causara más mal, porque estaba convencida de merecerlo. Preferiría el odio de Anna a su indiferencia.

Darya se lavó las lágrimas, pretendió atención a su cepillo.

—Lo único que llevaré con más dolor que la muerte de mi hijo Max es haber provocado tanto mal en Anna. Ojalá pudiera enmendarlo. Pero si lo hiciera, no cargaría con la culpa como debo hacerlo...

Mikha quiso decirle que no debía cargar con ninguna culpa, que Anna tampoco debía llevar ese dolor en sí misma para hacerlo resurgir en su contra siempre que pudiera. Dios ofrecía alivio ante las cargas, sin importar cuán pesadas y antiguas fuesen. Pero las palabras estaban atascadas en su garganta. Se sentían tan insuficientes en momentos como éste. Tan salidas de la realidad dolorosa que rodeaba a esta familia...

Apacienta a mis ovejas...

“¿Cómo, Señor? Yo no soy el padre de Erwin... Ni un cristiano de iglesia, ni un buen ejemplo... Y justo ahora ellas necesitan a un pastor verdadero”.

Anna estaba afuera tremolando por el frío. Su madre estaba justo a un paso, tremolando por el dolor.

Y él siempre había sido un fracaso con las palabras.

Apacienta a mis ovejas.

“¡¿Cómo?!”.

Su vista se dirigió a la mujer que seguía empecinada en recoger escombros. Las palabras fueron suaves y apacibles como un pasto verde.

Con lo que tienes.

Mikhail tardó un segundo en entender, dudando que tuviera sentido. Cuando Darya Pavlova se dispuso a desbaratar otro montón de basura, él se levantó para tomar en sus brazos los restos de la silla que ella estaba a punto de llevarse.

—¿A dónde quiere que lo lleve?

Darya intentó convencerlo de que llamara a Anna y ambos fueran a dormir. Mikhail también quería ir por ella, pero no quiso negarse a lo que estaba dirigiendo sus pies justo ahora. La madre de Anna aceptó su apoyo, agachando su cabeza, avergonzada.

Mikhail obedeció sus órdenes de mover y desplazar. Lo que ella había arrojado cerca de la puerta, él lo llevó al patio trasero. Darya Pavlova le dio permiso de encender

las lámparas del pasillo y la luz del farol que iluminaba su yarda de escombros. Mikhail temió porque alguien llamara a la policía por irrumpir el sueño de los vecinos. Pero aunque había luces en los pórticos de las casas cercanas, nadie vino a decirles que dejaran de hacer ruido en medio de la noche.

Hicieron montones con los objetos que aún podrían reusarse, según lo que Darya le indicó. Mikhail había pensado que su dilema por desechar artículos sería más complicado. Algunos tenían apego a las cosas como otros sentían apego por sus sueños. Pero Darya Pavlova no tuvo problema en decirle que llevara a afuera más de la mitad de baratijas.

Sólo hubo un objeto por el que no fue capaz de decidir. Mikha la vio apartar la vista cuando levantó la escopeta del suelo para preguntarle qué hacer.

—Ponla afuera, también... —Darya agitó la mano, yendo a otro extremo del cuarto.

Mikhail obedeció. Dudó que fuese buena idea arrojar un objeto tan peligroso a un punto donde cualquiera pudiera tomarlo. Caminó hasta el otro lado del patio, en donde la bodega estaba construida. Mikhail recargó la escopeta contra la pared y la ocultó debajo de las varas de pesca y las herramientas de construcción. Más tarde, le diría en donde la había ocultado. En comparación al peso de una mujer en un levantamiento, un arma de alto calibre era muy ligera. Mikhail nunca había sostenido una escopeta; esperó no tener que hacerlo de nuevo.

Los minutos transcurrieron con su tarea de limpieza. Después de tener el piso completamente libre, Mikhail ayudó a levantar el único mueble sobreviviente. Darya Pavlova le pidió que dejara el armario en esa misma esquina. Cuando se acercó a verlo, encontró una puerta desprendida. Mikhail la oyó lamentarlo.

—Era el armario donde mis hijos se ocultaban para jugar.

Mikhail también lo examinó. —Las bisagras se rompieron. Puedo repararlo si quiere.

Ella abrió los ojos, como si no pudiera permitirse algo así. Mikhail recordó a Anna, negándose a que reparara su lavabo.

—Sólo necesitaré otras bisagras y otros tornillos.

—Creo que mi esposo tenía algunas herramientas en la bodega.

Salió de la habitación. Mikhail oyó las pisadas que rompían basura a su paso. Pensó en ir a la parte frontal y ver cómo estaba Anna. ¿Se habría metido a la sala o a la recámara para dormir? A punto de ir a comprobarlo, Darya Pavlova regresó.

—¿Sirve esto? —sus palmas se alargaron con los materiales.

Mikha comenzó a arreglar la puerta. Había encontrado un destornillador entre las pilas de basura. Las bisagras nuevas eran un poco más grandes que las originales, pero pudo empatar los agujeros de la madera sin dificultad. Probó la puerta un par de veces. Un agudo rechinido pareció decir “gracias”.

—Tal vez necesite una mano de barniz. Pero en general, se ve bastante bien.

La madre de Anna contempló el mueble, dichosa. Se prometió comprar pintura en unos días.

—Eres un joven talentoso. Te lo agradezco.

Mikhail agradeció su cumplido. Al menos podía reparar un mueble. Continuó apoyando a Darya Pavlova en su limpieza con la alfombra. El polvo le picó la nariz hasta que lo hartó de estornudos. Darya dejó de cepillar, argumentando que seguiría

después. Mikha agradeció la consideración.

Los dos tomaron un momento para ver su trabajo. No lucía como un cuarto donde se pudiera dormir sin temor a contraer una infección, pero se veía mejor que dos horas atrás. Así de límpio, parecía muy amplio. Mikhail vio que los ojos de la madre de Anna se crispaban, dolidos. Quizás habían pasado años desde la última vez que contempló esa habitación tan libre. Mikha la había visto hacer una pila especial de ropa y zapatos. Se preguntó si sería su intención restaurarlos; parecía imposible dado el daño y la suciedad en la tela.

El rostro de Darya lo miró, con remordimiento.

—Ya te quité demasiado descanso, Mikhail. ¿Quieres ir dormir?

Mikha sintió que sus músculos gritaban ¡sí!. En cambio, su cabeza negó.

—Me gustaría un café. No he tomado desde que dejamos Moscú.

—Te prepararé uno ahora mismo. Oh, y sobre mi hija... ¿sabes si fue a dormir?

Mikha dijo que era probable. —Iré a verla al cuarto.

Darya agachó la cabeza, lidiando con su tristeza. Salió de la habitación, prometiendo que su café estaría listo en poco tiempo.

Mikhail le agradeció, saliendo detrás de ella. Sólo tenía que dar unos cuantos pasos para llegar a la habitación, al otro lado del corredor. Abrió la puerta, cuidadoso para no despertar a Anna. La cama vacía lo sorprendió. Fue a la sala, viendo desde una esquina del ojo a Darya Pavlova trabajar en la estufa.

Anna tampoco estaba allí. Mikhail no pudo creer ese grado de necedad. ¿Se quedaría allá fuera, congelándose, con tal de no enfrentarse a su madre?

Al abrir la puerta de la entrada, el cielo de la madrugada se abrió ante sus ojos.

Pero Anna tampoco estaba en el patio delantero, en el lugar donde Mikhail le había gritado que se quedara.

◆◆◆

La esperó afuera hasta que el amanecer culminó. El roció matutino le había mojado el pelo casi por entero y un sopor espeso, que jamás había sentido, endureció su barba en el área superior la boca. Cuando empezó a sentir dolor en sus nudillos, Mikhail se convenció de regresar adentro.

Darya Pavlova estaba en el pórtico, mirando hacia la calle también.

—¿Ella estará bien?

Mikhail no supo qué responder. Anna se había alterado demasiado; pero él se había concentrado en su propia ira y la había dejado sola. Eso nunca terminaba bien. Consideró ir a buscarla. Miró su reloj en la muñeca. Apenas eran las seis.

—Voy a esperar 20 minutos. Si para entonces no ha vuelto, saldré a buscarla.

Eso pareció calmarla. Al menos, un poco. Darya Pavlova le sirvió su taza de café. Mikhail aguardó en la cocina, pegado a la ventana que apuntaba a la entrada frontal. Intentó calmar su consciencia, diciéndose que Anna estaría bien: ella conocía la zona, había vivido allí.

Hasta los siete.

Él había vivido en Berlín hasta después de los 20, y a veces Moscú tomaba más espacio en su memoria. ¿Cuánto más para una persona que quería olvidar su ciudad natal? Mikha apretó su taza. El calor le sentaba bien en sus dedos, pero le hacía sentir ansioso también.

—Va a estar bien...

El susurro de Darya le hizo mirar atrás. Ella continuaba en su silla, dentro del pequeño comedor, mirando hacia el interior de su té, segura de lo que decía.

—Ella se fue enojada —continuó—, después de gritarme. Su doctora me dijo una vez que el enojo es mejor que la calma para casos como el suyo. Mi hijo Makzim me dio un beso y un abrazo el día que se fue a pescar solo. Lo vi tan tranquilo que no me pregunté por qué llevaba esa escopeta. Estuvo hablando con mi esposo en la mañana por algo que lo hizo enojar mucho. Mi hijo no le respondió ni se negó a lo que mi esposo le pidió. Asintió obediente, igual que yo lo hago... Aceptando sus órdenes. Y esa tarde preparó sus cosas para ir a pescar en hielo. Me besó en la mejilla y me dijo que regresaría. “Volveré en la tarde, mamá. Traeré algo para la cena”. No sé cómo no pude darme cuenta...

Hundió la cara, sus dedos delgados rodearon aún más su taza.

—Pero Annya me gritó. Se descargó... Se ha convertido en una mujer fuerte. Me alivia tanto. Si odiarme le ayuda, vale más la pena que lo haga.

Mikhail lamentó oírla hablar así. Seguramente, Anna pensaba igual al respecto.

—El odio puede consumir más de lo que puede fortalecernos. He aprendido que confiar en alguien más fuerte te brindará fuerzas cuando las necesites. Pero que sean fuerzas que impulsen, sin consumirnos.

Darya Pavlova lo miró, sus ojos tristes le recordaban mucho más a Anna que cualquier otra característica.

—Mi hija debió encontrar algo así en ti. Por eso pudo salir adelante.

Mikhail negó, doblando los labios.

—Mis fuerzas también tienen un límite, señora Grekova. En todo sentido, soy débil, tal vez mucho más que Anna en algunos aspectos —cerró y abrió la mano, mirándose la palma. Suspiró—. Pero Dios es una roca inconmovible. Sin importar cuántas veces necesitemos de su ayuda, él permanece. Lo merezcamos o no; lo entendamos o no. Él nos ayuda, y nos levanta. Es quien me hace levantarme cada vez que no quiero seguir más. Sé que a Anna también, aunque de un modo particular. Dios puede hacer eso con el que ya no pueda más con la carga que lleva. Sólo hay que ir y tener fe.

Darya Pavlova se quedó mirándolo hasta inclinar sus ojos llenos de duda hacia la mesa. De pronto, se puso de pie, para llevar el jarro de leche a su refrigerador. Mikhail alcanzó a ver las repisas casi vacías, antes de que ella cerrara y fuera de nuevo a su silla. Darya Pavlova dio otro sorbo de té, mirando al suelo, pensativa. Mikhail sabía que no iba a obtener respuesta a su discurso. En vez de sentirse inútil y miserable con ello, oró para que Dios se hiciera cargo. Oteó a la ventana de nuevo. No había rastros de Anna en ningún lado. Mikha dejó su taza semivacía en la mesa. “Iré a buscarla...”. Estaba caminando afuera cuando su celular cimbró su bolsillo.

Sharma.

—¡Por fin te dignas a contestar, Misha-irresponsable!

—Vidhi...

—¡No quiero oír excusas! Prometiste mantenerme al tanto... ¿Cómo voy a saber si necesitan que llame a la armada rusa para buscarlos si tú no me llamas?

Mikhail suspiró, saliendo al porche. Pudo oír a Melek muy al fondo. *“Señorita Sharma...”.*

Vidhi resopló. —*¿Cómo está todo, Mikhail? Dame detalles. O juro por el buen "Sta-Leen" que soy capaz de ir allá si no me explicas las cosas...*

Mikhail no lo dudaba. Le dio un resumen breve de los vuelos, los trasbordos y la vista general de la ciudad.

—*¿Cómo reaccionó Anna a lo de su padre?*

—No hemos ido al cementerio todavía. La verdad, no sé si iremos...

—*¿Y qué hay de su madre? ¿Cómo lo está tomando Anna?*

Mikha miró al frente, hacia las calles más soleadas que se negaban a subir de los mismos 12 grados. Anna no estaba en ningún lado de la calle frontal.

—¿Podemos hablar de esto luego?

Vidhi resopló un jadeo, exagerado y angustioso.

—*Con eso ya dijiste mucho, Mikaelo. Más te vale no arruinarlo, ¿oíste, alemán gigante?*

Mikhail no sintió que fuese una broma.

Apretó las cejas: —¿Disculpa?

—*Ya lo oíste. Annya y tú podrán tener a sus madres berlinesas o raro-siberianas. Pero yo soy su "mamá americana". Puedo ver cuándo mis pequeños bebés patinadores están cerca de meter la pata. Y tú, Misha-bobo, te has hecho un historial...*

Mikhail apenas podía creer que Vidhi pudiera regañarlo, por cosas que él trataba de arreglar... ¡por teléfono!

—Tengo que colgar.

Vidhi exclamó una risita. —*Otra respuesta entre dientes, Mikaelo. Pero descuida, me repondré de noticias en cuanto vuelvan. Y eso me recuerda... Les quedan 5 días, ¿oíste? Lo que sea que estén haciendo, háganlo pronto. Tenemos que entrenar.*

—Sharma. Estamos hablando de la muerte del padre de Anna. ¿No crees que hay más prioridades en nuestra lista sin contar al patinaje?

—*Tienes que ser muy ciego para no percatarte de que a Anna le importa una caracola vacía lo que pasó con su padre. Muy ciego... O muy tonto.*

Mikhail no pudo contener un resoplido. Vidhi pudo escucharlo bastante bien porque se rio.

—*No tarden, Misha-bobo. Saluda a Annya de mi parte... Oh, también Melek dice "hola". Incluido el precioso y peludo Dosto. ¿Te dije que sacamos a uno de nuestros huéspedes para dejarlo a él con un cuarto? Nos debes 15 días de renta, te los descontaré de tu paga mensual.*

Mikhail le dijo que no le daban paga mensual y que si Dosto dormía en un cuarto completo, sería por decisión suya nada más.

—Y porque lo consienten demasiado —concluyó. Vidhi farfulló.

—*Sin duda, entre Anna y tú, el papel de "padre cruel" está bajo tu cargo.*

Mikha estaba a punto de replicar a eso. Al menos había dejado de reprenderlo.

La figura de Anna surgió ante su vista, subiendo las escaleras de adobe hacia el patio.

—Te llamaré luego, Sharma.

Guardó el teléfono en su chaqueta y fue hacia Anna. La encontró a mitad del patio. Tenía la ropa humedecida, el cabello esponjado por mojarse y secarse sin una toalla. Mikhail la sostuvo del brazo; estaba temblando.

—Por Dios, Anna, ¿en dónde estabas...?

Cuando ella alzó la cara hacia él, Mikhail dejó de hablar. Anna se abrazó aún más, frunciendo sus cejas con reproche.

—Fui a caminar, Mikhail. Una hora caminando para tratar de disminuir la taquicardia. Cuando me di cuenta, ya estaba del otro lado de la bahía. ¡¿Sabes lo que significa?! ¡No he tenido que dar caminatas así desde hace un año!

Su voz se oía ronca, pero aun así gritó. Mikhail se disculpó por dejarla sola. Anna lo rodeó para pasar; se volvió a verlo.

—Si tengo que regresar a la Clínica de Restauración después de esto será culpa *tuya*, Mikhail —comprimió un sollozo dentro de sus labios.

Mikhail comprendió cuánto estaba costándole no dejarse llevar por ese llanto conocido. Anna respiró varias veces antes de alzar la cabeza y verlo, ya no tenía reproche, sino súplica.

—Quiero volver a Moscú. Quiero hacer lo que se supone que hacemos. Quiero ir al *Grand Prix*, y ganar el *Grand Prix* contigo... Voy a irme sola si es necesario. Pero ya no quiero estar aquí, por favor.

Inclinó la cara, metiéndola entre las manos. Mikhail vio sus hombros trepidar. Aunque sentía la necesidad de rodearla con sus brazos, no lo hizo. No podía simplemente meterla dentro de su pecho, como si no fuera el culpable de verla llorar ahora.

—Nos iremos, Anna... —ella alzó sus ojos. Hinchados y rojizos—. Nos iremos mañana.

—¿Mañana? —lo dijo como si “mañana” fuese a llegar en 100 mil años.

—Tu madre no tiene despensa. Déjame ir a comprarle un poco y descansar mis piernas antes de otro viaje de 3 días. Te doy mi palabra: partiremos, mañana, para alcanzar el primer vuelo a Moscú.

Anna no se vio del todo convencida. Habría salido ahora mismo al aeropuerto si pudiera. Pero, asintió, resignada. Mikhail se atrevió a tocar su hombro empapado una vez más.

—Estás temblando... Vamos adentro para calentarte. Tu madre encendió la chimenea.

La expresión de Anna se resquebrajó, apenas un instante. Pero se entornó para irse, sin esperarlo ni decir más. Mikhail la dejó adelantarse, consciente de que Darya Pavlova estaba detrás de la puerta. Su nariz aún podía percibir el matiz de la casa envejecida y maltratada, junto al tenue olorcillo de óxido oculto en alguna parte.

Mikhail miró hacia el frente, a la cuesta salpicada de bodegones y hierbas secas. Más allá, la playa se veía quieta. El mar gris de Magadán también olía a hierro, como si los barcos y el puerto que alcanzaban a verse en la costa sur tuvieran más preeminencia que toda el agua salada, el viento o el hielo.

Se percató de lo burdo de su viaje. Casi 80 horas entre vuelos, trasbordos y autobuses para obtener tan sólo una compensación: descubrir de dónde provenía el olor de Anna.

Y para darse cuenta de cuán triste era entenderlo al fin.

◆◆◆

Anna salió a comprar suministros con Mikhail. No tenía interés en gastar otro rublo en favor de esta casa, pero no quería quedarse allí, a solas, con esa mujer.

Mikhail le pidió su compañía excusándose con la idea de que ella conocería mejor la zona. Anna no recordaba gran cosa de las calles de Magadán, pero sabía leer un croquis de internet. Buscó el supermercado más grande en la ciudad. Estaba justo al borde contrario de la playa. Mikhail pagó un taxi.

Durante el camino, Anna iba a reprochar que continuara gastando tiempo y dinero. Se calló, convencida de que ese no era asunto suyo, que Mikhail podía gastar su dinero como mejor le pareciera. Ya había usado el dinero que ambos habían ganado en el premio, era tarde para recriminarlo. En realidad, era su culpa por no convencerlo de desistir de todo esto.

Y ya estaba cansada de pelear. Otra discusión y tendría que ir a la farmacia para comprar pastillas para dormir.

La posibilidad de regresar a sus citas con la doctora Zavieva crecía con cada minuto aquí. Anna inhaló hondo, mirando a las calles de edificios de Magadán. Mikhail la miraba con apuro, pero ella no le dijo si era una señal de alarma o aún no.

El taxi paró en una avenida larga del centro. Si la comparaba con una de las avenidas menos concurridas de Moscú, ésta sería aún mucho más patética. Mikhail pagó, ambos caminaron hacia el supermercado. Anna le preguntó si podía quedarse afuera, en una de las aceras del estacionamiento. Tras un momento de duda, él aceptó.

—No voy a tardar. Espérame aquí —enfatizó. Anna distinguió su preocupación. Asintió, mucho más enojada y se sentó.

Era como retroceder en el tiempo. Otra vez, Mikhail tenía que decirle que hacer y apresurarse para no dejarla sola. Aferrarse a la vieja Anna que resistía por su cuenta había regresado también sus abismos.

O tal vez tú nunca dejarás de ser esa Anne...

Otra vez esa voz. Anna había dejado de oírla después de caminar una hora a lo largo de la playa. Pero estaba regresando.

Negó al pensamiento, metiéndose aún más dentro de la chaqueta de Mikhail. Se había cambiado su ropa húmeda, pero su único suéter estaría empapado hasta que encontraran un lugar más soleado para secarlo. La casa de Magadán no tenían secadora y Magadán no tendría verdadero sol hasta el próximo mayo. Al menos la chaqueta de Mikhail podía cubrirle las rodillas, si se replegaba lo suficiente, resolviendo su problema con el frío exterior.

Sólo el exterior.

Respiró bocanadas concisas, apretándose ahí dentro. Soslayó la calle contraria, sin gran atención. De pronto, la figurita de una niña se quedó en una esquina. Anna siguió sus movimientos con la vista, su inclinación al suelo para amarrarse una cinta del zapato, sus manitas deslizándose en su vestido azul para acomodarse el tul debajo. Corrió a una mano que se extendió. La niña balanceó su brazo cuando el muchacho alto la sostuvo, caminando entre la gente. Los bucles rubios de la niña bailotearon mientras daba brinquitos, antes de perderlos de vista.

Anna se levantó deprisa, preguntándose si la escena era real o si solo estaba dentro de su cabeza. Lo mejor sería ir a buscar a Mikhail. Se acercó a las puertas de doble hoja del supermercado y empujó. Una mujer se detuvo antes de pasar.

—¿Annya?

Anna frenó, convencida de que recordaba esa voz. Sin importar cuánto intentó, no pudo reconocer la cara que se quedó ante ella. La mujer se recorrió a un lado para

dejar libre el paso hacia las puertas.

Su rostro redondeado, de cabello castaño y ojos claros sonrió.

—No te acuerdas de mí.

Anna dijo que no. Miró hacia las puertas, buscando a Mikhail a través del cristal.

—Soy Alenka. Alenka Seergeva. Estuvimos juntas en el salón de la maestra Irina Ilipsky. En el museo regional... ¿Ya te acordaste?

Anna estaba asintiendo, insegura todavía. Reconoció cada nombre y referencia. Pero el rostro seguía siendo desconocido. Por varios segundos estuvo reconfigurando caras y voces en su memoria. A parte del patinaje y del *Solovieva Team* ya no quedaba mucho.

—Lo siento, es que yo...

No supo cómo excusarse.

La otra hizo un movimiento con la mano, restándole importancia.

—No te preocupes. Ha pasado mucho. Muchísimo, ¿verdad? —sonreía de forma muy sincera—. ¿Cuántos? ¿Unos 15 años? Muchos cambios, tantas cosas... Jamás creí verte de nuevo. Este lugar ha cambiado mucho. Incluso el frío, hay inviernos menos duros si tenemos suerte. Y cerraron algunas salas del Museo Regional. Con la nueva administración ya no querían dejar la imagen comunista y todo eso... Tuvimos a un artista plástico que renovó las salas y puso algunas esculturas por ahí. Mucho mejor que esa de *La Máscara de la Tristeza*, cada vez que iba a la playa con mis hijos, ellos se escondían detrás de mí al verla. El artista nuevo dejó mejores cosas. Fue una buena noticia, considerando que este lugar es popular por sus historias tristes.

Dobló los labios. Anna pretendió que esa afirmación no tenía relación con ella, ni con Masha.

La mujer la miró otra vez. Sus ojos castaños sonrieron.

—Te ves bien. Algo diferente... Tampoco te habría reconocido si no te hubiera visto hace poco en una noticia del diario. Es raro haber conocido a una patinadora que ahora es famosa. La maestra Ilipsky siempre presumía que ella había entrenado a una de las figuras deportivas más importantes de Rusia. Ella fue de las más felices el día que tu mamá vino a decir que tu hermano y tú se habían marchado de Magadán. “Será una bailarina de cartelera”, les decía a todos. Un día supo que te habías convertido en patinadora, no lo resintió tanto. “Sigue haciendo ballet aunque cambiara las ballerinas por dos cuchillas”. Les hablaba a sus nuevas estudiantes de ti, incluso después de lo de... Bueno, de lo que pasó después de que tu hermano regresó.

Agachó los ojos. Anna miró a otro lado, conteniendo su dolor. Esperaba que eso fuera todo y esta persona se marchara para ir a buscar a Mikhail.

—¿Qué te trajo a Magadán?

Anna soltó el aire. —Mi padre murió.

Lo dijo tan rápido y tan seco que Alenka Seergeva parpadeó, confundida.

—¿Hablas en serio? —Anna subió los hombros, asintiendo—. Lo siento mucho, Anna. Tu mamá y tú deben estar... Seguro es duro, después de todo lo que les ha pasado. Se habló mucho tiempo de tu hermano. Fue una de las noticias más tristes que hemos tenido por aquí.

Anna se movió, incómoda. Apretó los dientes.

—Sí... La gente de este lugar no tiene mucho de qué hablar. Por eso

aprovechan lo que pueden para entretenerse.

Alenka Seergeva dobló los labios, apenada. Anna resopló. ¿Por qué Mikhail estaba tardando tanto?

—Lo lamento, Anna, no quise ser grosera. Tu hermano me agradaba. La última vez que lo vi, habían pasado años también, pero me reconoció al instante. Era un muchacho tan amable, todos los que lo conocimos... Todos lamentamos mucho lo que le pasó. La gente llenó con flores las costas de la Montaña Corona donde lo encontraron. Fueron varias semanas. Pero quizás ya lo sabías...

Anna no lo sabía. Su única comunicación con Magadán había sido a través de Hedda y Nikolai. Una comunicación esporádica, sin detalles.

Sintió un nudo en el pecho y los ojos muy calientes. Alenka notó su dolor. Se aclaró la voz, mirando el reloj en su muñeca.

—Ay, por la Trinidad, qué tarde es. Se supone que vengo al trabajo. Estoy en una tienda de joyería aquí adentro. Me dio gusto verte, Anna. Si vas a pasar un tiempo aquí, búscame, si quieres. Sería bueno charlar un poco del pasado con una vieja compañera de clase de ballet.

—¿Sigues practicando? —preguntó, por mero protocolo.

Alenka sonrió, como si eso fuese una locura.

—No, claro que no. Lo dejé como a los 12. Les estaba costando mucho a mis papás y yo me estaba volviendo loca con tantos entrenamientos. Pero llevo a mi hija Seneka a clases de ballet básico los lunes y miércoles, en el salón de ballet del Museo Regional. Lo ampliaron y lo dejaron muy bonito.

—¿Todavía da clases la maestra Ilipsky?

Alenka negó. —Falleció. Hace dos años. Dio clases hasta que su artrosis se lo impidió por completo. Muchos de sus alumnos son profesores ahora. Son buenos, aunque nunca serán como ella. Deberías ir a ver, si tienes tiempo... Hasta podrías dar una clase.

Anna rodó los ojos.

—Ya no entreno ballet oficialmente. Lo cambié “por cuchillas”.

Alenka sonrió. —Qué bueno que lo hiciste. Aquí entendemos más de hielo que de *puntié.* Nos vemos. Y, otra vez, lamento lo de tu padre. Ojalá que todo sea mejor desde ahora.

Anna asintió, formal. La dejó pasar al interior del supermercado. En vez de ir hacia adentro también, Anna regresó hacia la explanada del pequeño estacionamiento. Miró la misma avenida y el mismo cuadro de edificios de negocios. El cielo tenía las mismas nubes y la gente la misma monotonía.

Un recuerdo le asaltó, de nuevo en forma de una niña con vestido y una mano grande sosteniendo la suya.

A su miedo por el pasado, vino la curiosidad.

Después de años con miedo a hacerlo, Anna tuvo deseos de recordar...

◆◆◆

Mikhail salió del supermercado, con una bolsa de tela llena de despensa.

Había tenido que comprar una dentro del lugar y así no tener que llevar demasiadas bolsas de papel.

Tardó un poco más de lo que pensó. Aunque el supermercado era amplio, no

era mucho más grande que los mercados locales que había en Moscú. Mikhail no vio muchas marcas conocidas y tuvo que preguntar más de una vez si eso que leía en japonés o en cirílico era lo que necesitaba o si sólo lo estaba confundiendo. Cuando pasó a la sección de carnes su idea de llevar befes y pollo desapareció. Sólo había pescado y mariscos. Los únicos trozos de carne roja estaban congelados en una sección que se veía tan descuidada como antihigiénica. Mikhail le preguntó a una dependienta.

—Si quiere pollo o carne va a tener que ir al otro de la ciudad, señor, donde hay algunas granjas.

Mikha se conformó con pescado. Puso verduras y latas de conservas en su carrito, lácteos, cereales y guisantes. Se preguntó si a Darya Pavlova le gustaría la sopa borsh tanto como a Anna. Mikhail cargó con más betabeles y cebollas.

Encontró una sorpresa dentro de los refrigeradores de leche: Natillas de yogurt griego. Fue la única marca familiar en todo el local. Mikhail no sabía si a la madre de Anna le gustaba, pero quizá a Anna le pondría de mejor humor comer su yogurt favorito.

Pagó en la única caja abierta, usando su tarjeta con ahorros.

Cuando salió, Anna continuaba ahí, metida en su chaqueta. Parecía una capa medieval sobre su cuerpo más pequeño. Mikhail dejó el carrito de metal y se llevó la bolsa de tela al hombro.

—Terminé. Podemos irnos...

La vio asentir, callada. Pero ella no se movió. Mikhail estudió su semblante, buscando señales nuevas de deterioro emocional.

Anna apartó la vista mucho más.

—¿Podemos dar un pequeño recorrido?

Lo decía como si fuera una pésima idea. Mikhail se preguntó a qué venía algo así. Pero aceptó.

—¿A dónde quieres ir?

—A ningún lado en especial... Sólo caminar...

Mikhail dudó otra vez. Se sentía cansado como para andar por ahí antes de emprender otro largo viaje de regreso al centro de Rusia.

Apacienta...

Comprendió.

Movió la mano para cederle la dirección del recorrido. Anna comenzó a caminar, sin mucha atención en lo que dejaban detrás. Pasaron varias manzanas, sin doblar a ninguna calle. Los autos en Magadán se movían sin la prisa a la que Mikhail estaba acostumbrado en Moscú. En cambio, las personas lucían igual de enfocadas en sus asuntos, sin sonreír ni reparar en los demás.

Una calle muy ancha comenzó ante sus ojos, la sección vehicular más amplia de toda la ciudad: Una avenida larga que descendía lento y luego volvía a ascender hacia el límite marítimo, formando una cuneta que albergaba edificios en el centro.

Después de observarla un momento, Anna dobló a la derecha para entrar en ella. Mikhail la siguió. Las cúpulas doradas de una iglesia se asomaron por encima de algunos edificios; Mikhail la había visto cuando entraron en taxi la primera vez. Otros monumentos se abrían entre las calles, como cuchillas o pequeñas rotondas, como placetas de descanso para los transeúntes o lugares de juego para niños.

Vista desde nuevos puntos, la ciudad dejaba de ser el mar opaco que olía a hierro. Percibió más de un aroma y mucho más que sólo el sonido de agua y viento. Había mucha vida, incluso si el sol era escaso.

Más de una vez, Mikhail vio a Anna detenerse, para entonces observar. Un punto, un edificio o las letras del nombre de una calle. Su rostro se albergaba de emociones que ella disuadía con nuevos pasos.

Mikha empezó a sospechar qué estaba ocurriendo.

Luego de minutos sin rumbo, Anna los detuvo en una esquina, de vista hacia un edificio de dos plantas y extensión de una manzana. Sus ojos azules se entrecerraron, mirando hacia la escuela de escalinatas largas.

—Aquí estudiábamos...

Musitó débil, como si hubiese sido un pensamiento que escapó de sus labios

Mikhail comprendió la mirada de nostalgia. No tuvo tiempo para hacer preguntas. Regresaron a las secciones concurridas de la ciudad. Anna se detuvo de nuevo, junto a una construcción de estilo formal, molduras clásicas y pintura amarilla. Las letras en cirílico y alfabeto latino decían que estaba ante el Museo Regional de Magadanskaya. Anna subió la escalera hacia la entrada, Mikhail fue tras ella.

El costo era de apenas 35 rublos. A pesar de eso, el lugar estaba solo. Después de la recepción, la sección de introducción comenzaba, con muros grises y molduras blancas. Olía a pisos y pintura frescos; los carteles de información se veían nuevos también. Mikhail se detuvo a leer el índice de salas. Había varias exposiciones permanentes dedicadas a diversos periodos de la historia de Kolimak, también para el arte local del ejército. Un cartel anunciaba un teatro nuevo y un salón de danza clásica recién reconstruido.

Cuando ya no la encontró a su lado, Mikhail buscó Anna. La encontró en otro pasillo, caminando sin detenerse una sola vez.

Subieron las escaleras a la planta alta, pasaron las secciones del Periodo Soviético de Magadán y la Era Glaciar. Anna dobló a otro pasillo, sin leer rótulos ni indicaciones, como si supiera exactamente a donde ir. Un murmullo lejano se unió al eco de sus pasos. Mikhail aguzó su oído: era un piano. Tras subir otras escaleritas, la melodía se volvió más concisa al igual que las voces dando las mismas instrucciones. Mikhail pensó que sería francés. *Petê, Plié, Relevé*. Melek las había repetido varias veces cuando ensayaron su programa de El lago de los cines.

Caminaron por otro largo corredor. De pronto, el muro de cemento a su izquierda pasó a ser un vidrio, justo a la mitad del pasillo. Varias personas de las que estaban sentadas afuera, se viraron a verlos cuando llegaron. En menos de un segundo, regresaron su atención hacia el salón.

Anna permaneció quieta, pegada al cristal. Observó a las niñas de tutús de raso blanco que se levantaban en sus puntas al paso que marcaba el piano o su instructor. Pasaron los minutos sin que hiciera más que mirar.

Entonces, sus labios tremolaron y ella los mordió para ocultarlo. Mikhail olió el atisbo de una lágrima.

—¿Aquí practicabas? —susurró, seguro de la respuesta.

La vio asentir.

—Era más pequeño antes. Sin esto —señaló el vidrio—. El piso es nuevo también y los espejos de allá atrás. Creo que todo es nuevo, incluso el profesor...

Excepto el piano. Es el mismo... con su pata vieja y su “sonidito de música de caricaturas” —se sonrió, melancólica—. Así era como Masha lo llamaba. Se quedaba allí para esperarme —apuntó a la esquina derecha—. Si me tenía que quedar más tiempo para mejorar un movimiento, él faltaba a sus cursos de verano para llevarme a casa más rápido y no hacer enojar a nuestro padre.

Mikhail alzó la mano para limpiarle una lágrima.

—¿También usabas vestido blanco?

Anna negó. —Era azul. Era el traje de un disfraz que Masha encontró en un bazar. Mis ballerinas fueron un préstamo de mi profesora. Sólo hasta que llegamos a Moscú tuve un traje y unos zapatos de verdad. Masha me los compró... No sé cómo consiguió el dinero necesario para todo eso. Creo que jamás lo sabré.

Otra lágrima siguió a la anterior. Mikhail volvió a apartarla con cuidado. Rodeó su mejilla para entornarla a él. Anna lo miró un segundo, pero se apartó.

—Estoy bien, Mikhail. Ya podemos irnos.

Mikhail no reprochó su evasiva. Ella seguiría enfadada mientras continuaran aquí.

Por primera vez, la urgencia por marcharse se sintió más personal.

◆◆◆

Salieron del museo.

Mikha le cedió la dirección por segunda vez. Anna le preguntó si quería su chaqueta de vuelta o si necesitaba ayuda con lo que estaba cargando. Mikhail respondió que no para ambas preguntas: el frío estaba aumentando y él debía hacerse cargo de sus deberes.

Anna no los redirigió a la avenida principal por donde habían bajado. Continuó recto, atravesando la enorme intersección, y siguió por otras calles. Los edificios volvieron a empequeñecerse y la gente a disminuir. En algún momento, ascendieron hacia el extremo norte, en donde estaba la carretera que llevaba hacia los límites de la ciudad. Al llegar a la autopista, descendieron una vez más. Siguieron el camino de peatones, serpenteando en las curvas de la carretera, con montañas pegadas a su derecha como un muro. Pronto, una vista del mar se abrió del lado contrario, sin los edificios que lentamente iban dejando atrás.

A pesar de tener una buena vista de la ciudad entera, Mikhail no pudo negar que ya estaba llegando al límite de su cansancio. Se dijo que era la falta de sueño y buen alimento, aunque el zumbido en su oído estaba persistiendo. Tenue, como un mosquito, pero constante.

—¿Quieres que pida un taxi?

Rogó porque dijera que sí. Anna no se detuvo.

—Sólo quiero ir a un último lugar.

Mikhail suspiró. Le pidió a Dios por fuerzas.

Por favor, Señor... Yo fui quien la trajo aquí. Ayúdame a resistir.

La brisa se volvía uno o dos grados más cálida conforme se acercaban al borde del mar. Desde su punto, la playa comenzaba a quedar más abajo, y la ciudad más atrás. Cuando la autopista inició otro descenso, Mikhail vio las costas bordeando las tierras más abajo, directas a una zona de bodegas, muelles y puertos. Magadán era una ciudad famosa por su pesca, a pesar de que sus barcos debían permanecer

varados por casi 6 meses.

Diez minutos después de un camino descendente, la playa se acercó más a sus pasos y la carretera estuvo al nivel del mar después de otros 5 minutos. Encontraron un mirador con espacios para autos, vacío por completo. Y más allá, un promontorio extrañó surgió ante sus ojos. Mikhail creyó ver un animal; al estar cerca confirmó que era un mamut. Una escultura hecha de chatarra, de un tamaño muy convincente, con pedazos de roca como base.

Anna los detuvo justo allí.

Mikhail leyó las letras de la lápida frente al coloso de metal.

«Vremya: El tiempo se detiene»

Había escuchado que Magadán había sido tierra de mamuts y otros animales extintos en la Edad Glaciar. El museo regional albergaba fósiles reales y la imagen del mamut circulaba en muchos carteles de la ciudad. Una escultura así era llamativa, por su tamaño y sus aspecto con pedazos de engranes y tuercas en donde debería tener pelo y piel.

Anna acarició la estructura con una mano, sonriendo al fin. Incluso si alargaba el brazo hacia arriba, no podría llegar a la mitad de su barriga. Deslizó los dedos sobre la superficie metálica desde sus patas redondas hasta su cabeza.

—Esto tampoco estaba cuando nos fuimos. Alguien me dijo que un artista vino a restaurar el museo y a poner monumentos nuevos. Creo que habría lamentado más haberme ido de aquí si este grandote hubiera existido cuando era niña...

Mikhail sonrió. —Es bonito. Y alto... Me hace sentir bajo para variar.

La sonrisa de Anna se iluminó. Acarició los colmillos hechos de tuercas, pintadas con esmalte de color marfil; la curva más baja de su trompa le quedaba a la altura del pecho, luego iba hacia arriba otra vez como si los saludara.

—A mi hermano le habría fascinado. Le gustaban mucho los animales... —respiró hondo, conteniendo un suspiro—. Solíamos subirnos a las otras estatuas que hay en el centro de la ciudad. Las de Vladimir Visotsky eran nuestras favoritas.

—¿El cantante de folk ruso?

Anna asintió, con un remanso de diversión.

—Siempre que le erigen una estatua, le esculpen una guitarra junto a él. Ayudaba a que los niños se subieran más rápido sobre su cabeza.

Mikhail soltó una risa. —En Berlín es ilegal dañar los monumentos públicos.

—En Magadán también, pero nada es muy ilegal en medio de Siberia y menos cuando tienes 5 o 12. Y cuando creces, eso se queda contigo... Mi hermano tenía gusto por los riesgos. Es la primera vez que lo pienso. Ya no tiene sentido que lo considere pero... Creo que si fue capaz de arriesgarse para sacarnos de aquí fue porque tenía un espíritu valiente. No comprendo por qué al final, todo terminó así...

Su mirada se perdió en la distancia, en la lejanía del mar y peñascos del otro lado de la encalladura.

Mikhail se acercó, apremiado por la misma culpa. Pronunció su nombre, dócil. Cuando ella se entornó a verlo, no pudo encubrir sus emociones. Mikhail notó que sus ojos se quebraban.

—Todo me recuerda a él, Mikhail. Yo pensé que ya no me quedaba ningún

recuerdo sobre esos días... Llegué a convencerme de que esto ya no existía. Pero sigue aquí, hablando y diciéndome que jamás se ha ido, que no puede descansar. O soy yo la que no quiere dejarlo descansar. No lo sé...

Mikhail puso una mano en su espalda.

—Hemos hablado sobre soltar lo que causa dolor, ¿recuerdas? Dejarle tus cargas a Dios... Venir hasta aquí puede ser parte de eso. Ver a tu madre también.

Los labios de Anna se tensaron.

—Lo que intentas hacer es noble, Mikhail... Pero debes... Quisiera que entendieras. Aunque tu intención es buena, hay cosas que ya no pueden arreglarse.

—Nada es imposible para Dios, Anna...

Sostuvo sus mejillas para evitar que se alejara.

—¿Dios va a traer de vuelta a mi hermano, Mikhail?

No estaba retándolo, pero fue suficiente para desarmarlo. Mikhail suspiró, comprendiendo de nuevo que sus palabras no funcionaban. No quería enojarse del mismo modo que en la madrugada.

Estuvo a punto de soltarla, pero Anna puso sus manos sobre las suyas.

—No es culpa tuya, Mikhail. Nada de *esto* es tu culpa... Pero así como Dios no va a traer a Masha de regreso, yo no puedo amar a mis padres. Ellos estuvieron con él y no lo detuvieron. Jamás podré perdonarlos. Prefirieron dejarme patinar para ganar un premio en vez de llamarme y decirme la verdad. Habría podido despedirme, estar en su funeral, pero no me dejaron. No importa lo que tú hagas, nunca voy a perdonarlos. Nunca voy a ser la hija que quieres para ella. ¿Lo entiendes? No es sólo porque no quiera... *No puedo hacerlo.*

Mikhail la tenía tan cerca que pudo ver las lágrimas apresadas en su mirada. Era igual a Darya Pavlova, en más sentidos de los que ninguna imaginaba. ¿Cómo explicarle que su madre también lamentaba lo que había ocurrido, que era capaz de soportar su odio porque sentía que lo merecía? ¿Qué palabras darle a Anna para que pudiera entender el dolor que su madre llevaba sin hacerle sentir oprimida por intentar comprender?

Mikhail no sabía cómo explicar lo que estaba tratando de hacer sin que eso los llevase a otra discusión. Estaba exhausto, frustrado y enojado consigo.

Lo siento, Señor... Ya no puedo hacerlo... Ya no...

Apretó suavemente las mejillas de Anna.

—Perdóname por intentar hacer algo que te lastimó, Annya. Y por lo que hice esta mañana...

Agachó la cabeza, con los hombros decaídos.

Anna lo abrazó, tan cálidamente que le hizo olvidar el frío.

Con la mejilla en su hombro, ella musitó:

—Vamos a casa, Mikhail.

Él dijo que sí.

—Y vamos a entrenar para el *Rostelecom* —propuso ella de nuevo.

Mikhail la besó en el cabello.

—Vamos a ganar o Vidhi nos matará —susurró sobre su cabeza.

Anna se rio como respuesta.

◆◆◆

Anna se levantó a mitad de la noche, de nuevo, con un presentimiento.

Se asomó por el borde de la cama hacia el suelo. Mikhail y ella habían acomodado mantas y sábanas sobre la alfombra desgastada. Él había hablado con su madre para pedirle permiso. También habían hablado sobre algo más durante la cena. Su madre agradeció más de una vez su gesto con los víveres. Anna los oyó desde la habitación. Ninguno la recriminó por no despedirse como era debido; partirían en la mañana, temprano.

Volvió a recostarse, luego de asegurarse de que Mikhail continuaba dormido y bien acomodado sobre el piso. Anna haló sobre ella la manta que llevaba a sus viajes. Era más delgada, pero era mejor opción que sentir otra vez el tacto áspero de la otra cobija. Intentó conciliar el sueño, pensando en que mañana estarían en un vuelo rumbo a Moscú.

Todo volvería a la normalidad y todo esto se olvidaría, como había sido olvidado por años.

Escuchó un ruido, afuera del pasillo. Se alzó sobre un codo, mirando hacia la puerta. Mikhail había insistido en dejarla ligeramente entornada para evitar malos entendidos. Anna observó hacia la rendija. La poca luz del farol del patio podía iluminar la recámara, pero no alcanzaba esa apertura oscura. Anna oyó el rechinido de las duelas, más y más cerca.

“Es papá otra vez, escóndete...”

El susurro mental le erizó la piel. Anna se metió debajo de la manta, respirando fuerte. Recordándolo.

“*¿Va a pegarle a mamá, Masha?*”. Su propia voz, debajo de la cama, junto al cuerpo tibio de su hermano.

“Sshh... Mamá dijo que no hagamos ruido hasta que deje de gritar”.

El golpe sordo, los gritos de un hombre ebrio y el llanto de su madre.

Anna se ovilló dentro de su manto protector, aguardando por otro sonido afuera de la habitación.

¡Por favor, Dios, ya sácame de aquí!

Su espera la dejó dormida.

Despertó otra vez, ante otro crujido fuerte en la madera. Sus ojos fueron directamente hacia la puerta. Abierta por completo. El viento sopló afuera y las paredes chirriaron como dolidas. El techo de tejas se estremeció, igual que las ventanas. Anna vio que las cortinas se agitaban, una brisa helada se coló entre las rendijas de los vidrios; la puerta se cerró de golpe.

Mikhail también se despertó. La vio dejar la cama.

—¿Anna?

Anna se acercó a la ventana y echó una mirada al patio minado de basura y objetos viejos. Pequeños montecitos espolvoreados como galletas con azúcar glaseada; solo que en vez de dulce la nieve caía más y más. El viento hizo otro soplo, moviendo la nieve en remolinos. Anna recordó la Danza de Copos de Nieve de Tchaikovski, sin un atisbo de alegría.

Mikhail se puso a su lado.

—Está nevando... —musitó, tranquilo, como si fuese otro día de nieve en Moscú.

Sólo Anna empezaba a entender el mensaje...

La ventisca creció en poder y se trasformó en nevada.

La nevada aumentó el número de vendavales y se trasformó en tormenta.

La tormenta no cesó... por más de seis horas.

Anna seguía allí, junto a la ventana de la habitación, dando miradas afuera, deseando que fuera un sueño. Había amanecido, pero el cielo anubarrado no dejó de esparcir su lluvia de copos. La nieve se amontonó hasta cubrir por completo a los montículos del patio, hasta formar un piso plano y parejo, a más de 2 metros por encima del monte de basura más alto.

Y la nieve seguía cayendo.

Escuchó a Mikhail en la sala, sus voces con esa mujer, su llamada telefónica. En vez de abordar un taxi como lo había planeado, seguían aquí. Mikhail regresó a la habitación para ocupar la esquina de la cama. Anna lo oyó resoplar. Se entornó y miró su rostro abatido; no necesitaba preguntar. Aun así, Mikhail se lo dijo.

—No hay taxis disponibles. Dicen que la carretera está llena de nieve y que no tienen lo necesario para limpiarla mientras siga la tormenta.

Sus ojos se encontraron.

Anna no contuvo el reproche:

—No llegaremos a tiempo para el *Rostelecom*, Mikhail.

—Podría detenerse en cualquier momento, Anna. Sé más optimista...

Anna bufó con una risa seca, mirando hacia la ventana. Los ojos le ardieron de impotencia.

La nieve esparcida estaba dando su mensaje. Anna tembló con un escalofrío.

Había tenido suerte de escapar años atrás.

Pero ahora, tal como a Masha, esta vez Magadán, la tierra que asesinó a su hermano, no los dejaría ir.

Equipo Alemania

Capítulo 10

La calma antes de la tormenta

Las Vegas, *Skate America* 2019

Jael se cubrió las piernas con su suéter. Hacía frío. Y con su vestido asimétrico se sentía mucho más. O quizás era la única.

Echó una mirada al frente, al otro lado del pasillo alfombrado. Stephen aún tenía la cabeza levantada, a pesar de que su nariz había dejado de sangrar. Heidi Hooligan había tenido que sentarse junto a ella y Olive, en la fila de asientos de descanso que el Orleans tenía en todos sus corredores. Aunque Heidi intentó acercarse y ayudarlo a limpiarse la nariz, la presencia del policía al final del corredor la mantuvo a ella y a las demás en sus asientos.

Jael la soslayó. Su cabello moldeado había perdido forma; en su lugar quedaba un desastre de marañas rojas. Tenía los ojos abrumados y los labios resecos. ¿Esa era la primera vez que Heidi veía a Steph como algo diferente al súper patinador de su club de fans? Jael la comprendía. También estaba asustada, incluso si había visto a Stephen en facetas parecidas y a pesar de que ya habían pasado casi 2 horas desde que todo ocurrió. En cambio, no podía sacar de su mente a Stephen golpeando a ese sujeto y el griterío del salón donde Callia Bassi y Mario Fabrino habían hecho su fiesta... Después la policía entrando, llamando al silencio y al miedo de todos al darse cuenta a qué nivel había llegado todo.

Gracias a Dios no habían arrestado oficialmente a Stephen. Su coach había llegado justo cuando iba a llevárselo en un carro patrulla junto con el otro sujeto. Un encargado del Comité de la Unión de Patinaje había llegado también, después de que el entrenador de Callia y Mario les diera más tiempo. Jael supo que ambos hombres debían ser importantes si tenían la capacidad de detener un arresto. Al final, el jefe de la Policía del condado aceptó regresar al Orleans y arreglar el asunto, de forma discreta, en una de las salas de reuniones del hotel.

Jael miró las dos puertas grandes por donde su coach y el resto de hombres se habían metido. Llevaban allí más de una hora. Sintió otro escalofrío en sus brazos descubiertos. Se quitó el suéter de las piernas y volvió a ponérselo. Olive la miró, preocupada.

—¿Quieres que vaya por otra chaqueta a la habitación?

Jael negó, diciendo que estaría bien. Ya se sentía muy mal como para seguir dando problemas. Stephen dirigió la vista a ellas.

—Te daría mi saco, *weirdo*, pero... —alzó las muñecas, esposadas. Jael inspeccionó otra vez su aspecto.

Aparte de sangre seca en la nariz y la mejilla roja, tenía marcas de zapatos en la ropa. Al menos estaba mejor que el otro sujeto. Jael recordaba su cara hinchada, sus alaridos para que alguien le quitara a Stephen de encima. Habían tenido que llevarlo a una sala de enfermería, esposado. Jael miró las manos de Steph. Sus nudillos parecían fresas reventadas, despellejados y

muy rojos. A Jael la apabulló verlo atacar con tanta ira a ese patinador, ¿y si todo hubiera terminado igual en la pelea entre su coach y Steph? Dio gracias a Dios de que Steph hubiera desistido, al final.

Tragó hondo. Stephen la pilló mirándolo cuando levantó la vista. Jael apartó su atención a otro lado: el final del pasillo quedaba a 5 o 6 metros de distancia. Las mismas cabezas curiosas se asomaron, detenidas por otro policía. Jael reconoció a los periodistas que estuvieron en la conferencia de prensa justo en la tarde. Un chaleco raído de la *SportLife* sobresalió.

Stephen también lo notó: —¿Por qué no pasas para una exclusiva, Adam?

El periodista sonrió, pegado a la esquina entre el muro y el guardia.

—Lo haría, Steph. Pero estás muy custodiado. Tal vez ya deban dejarte así, como una protección a la sociedad.

Se rio, tomando otra foto. Jael se pegó al muro, tratando de ocultarse. Volvió a sentir miedo, pensando en su rostro dentro de un artículo que anunciaba problemas. ¿Por qué no detuvo a Stephen? Todo había sido su culpa... Los ojos le escocieron.

Stephen apartó la cara a otro lado, mascullando palabrotas. Pero seguía sin verse arrepentido o preocupado por lo que estaba pasando.

—Idiota... Maldito imbécil... Hijo de...

Jael quiso taparse los oídos. Notó a Heidi, apretando sus dedos con manicura contra su vestido corto. Olive susurró algo a Stephen que Jael no alcanzó a escuchar. Stephen apretó la boca y no volvió a abrirla.

Jael pensó en llamar a Mamá. Le haría mucho bien escuchar su voz ahora. O la de Jerry o Jossy. Sabía que no podía. Intentó orar... *Dios mío, ¿por qué...?* No podía decir mucho. Se miró las manos. Sus uñas no eran tan bonitas como las de Heidi, pero le había gustado el color de pintura que le habían puesto en la sucursal de *James-Howard Company*. Azul tornasol, a juego con su vestido. Excepto por la nueva mancha en él...

Su vestido se había llenado de chocolate y betún durante la pelea. Su plato lleno de bocadillos dulces cayó justo en el área donde terminaba la cintura para comenzar los pliegues de la falda. Jael observó la mancha oscura, pensando en las palabras de ese sujeto.

“Parece una ballena...”.

Se quitó el suéter una vez más para cubrirse el regazo.

Las puertas se abrieron, media hora después. Los cuatro levantaron la cabeza, siguiendo los movimientos de las personas que se quedaron a medio pasillo. Jael vio a su coach, sus asentimientos serios, el apretón de manos al mismo hombre de la UIP.

—El correctivo se concretará en dos semanas... —fue todo, antes de dirigirle una sonrisa a Steph y marcharse.

El jefe de la policía también se adelantó; con un asentimiento de su barbilla, el guardia más cercano se movió. Le quitó las esposas a Stephen; después, ambos se marcharon sin ninguna otra palabra. Sólo quedó el entrenador del otro sujeto. Los vieron dirigirse otras palabras en voz baja, la palma en el hombro a su coach. A diferencia del miembro de la UIP, este hombre grueso se detuvo cerca de Stephen. Escaneó su aspecto, sonriendo con lástima.

—No es fácil dejar las viejas andadas, ¿verdad, hijo?

Stephen le regresó la mirada, sin levantarse. Sonrió cordial.

—Con todo respeto, Günt: Púdrete.

—*Steph* —su coach lo llamó. Steph no se detuvo. Afiló su mirada, sin dejar de ver al otro.

—Tus patinadores son una porquería, "Coach-Günt". Y tú eres peor por saberlo y no

hacer nada. Así que, sí: Púdrete, entrenador mediocre.

—¡Stephen!

Jael se encogió, como si el grito hubiese sido para ella. Nadie dijo nada por un largo segundo. Oyó a Heidi Hooligan gemir, nerviosa. Casi sintió el deseo de tomarla de la mano para tranquilizarse mutuamente. El viejo entrenador de Steph soltó una risa seca, saliendo de allí. Incluso después de varios segundos de su partida, nadie en el pasillo volvió a pronunciar una palabra. Jael soslayó a su entrenador. Se apretaba el puente de la nariz, luego inhaló hondo y alzó la cara.

—Stephen despide a tu compañía para que podamos hablar...

No se oyó más fuerte que un susurro, pero era contundente. Steph dirigió una mirada a Heidi.

—Ya lo oíste, cariño. Papá quiere tiempo para regañarme.

Su coach exhaló áspero, dando vuelta para caminar un poco por el pasillo. Jael le tomó la mano a Heidi esta vez, consciente de que la pobre no tenía la culpa de todo eso. "Adiós, Heidi", le musitó amable. Heidi despegó sus ojos de Stephen y se levantó de su silla sin emitir un solo sonido. Jael casi la envidió por poder marcharse.

Su entrenador regresó los pasos que se había alejado, se quedó en medio de las dos filas de asientos. Salvo ellos, no había nadie más en ese ni los otros corredores. El piso de salones era mucho más silencioso porque no había nadie atrás de las puertas, ni un solo ruidito de huéspedes. Jael se preguntó qué hora podría ser y si tendrían problemas de discutir aquí. *Por favor, Señor, que no griten... que no peleen...*

Oyó a Stephen farfullar. —¿Hasta cuándo vas a seguir con esa cara, coach?

Jael quiso reprenderlo. Su coach movió la cabeza, como si se hablara a sí mismo.

—Estoy tratando de encontrar las palabras que puedan funcionar contigo, Steph. Algo para que puedas entender que nuevamente estuvimos muy cerca de quedarnos fuera de la competencia gracias a tu constante deseo de meterte en problemas.

Stephen echó un bufido.

—¿Te maltrataron mucho allí adentro, coach? ¿Qué te dijeron para ponerte tan asustado? —se echó atrás—. Ni siquiera tengo una jodida idea de por qué metieron la cara en esto. No estaba en una fiesta de la UIP. ¡Qué carajo tienen que ver ellos conmigo ahora!

Jael se recorrió hacia adelante. —Steph, baja la voz...

Steph no apartó la vista del coach. Su entrenador apretó el ceño:

—Era la UIP, "metida en esto", o la policía de Las Vegas, Stephen... Agradece que estabas en una fiesta privada, porque si hubiera sido un club de la zona, estarías ahora en una cárcel provisoria por perturbar la paz. De no ser por Roger Padmos... y su influencia, así sería. Puedes contar con ello.

Stephen se pasó la mano por la cara, restregándose la barbilla inflamada. —Oh, no sabes lo agradecido que me siento, coach... Muy, muy agradecido...

Jael vio a su coach resoplar otra vez. Olive lo miró también.

—¿Cuál es el correctivo?

Ella también había escuchado a ese hombre de la UIP. Jael prestó más atención, especialmente por la expresión amarga de su entrenador.

—Iban a expulsarte, Steph —lo miró, acusador—. Y junto a ti, a todos nosotros. Sin embargo, ya que no fuiste la única figura de patinaje involucrada en el altercado, Günt y yo pudimos llegar a un acuerdo para satisfacer a la Policía y a la Unión de Patinaje... —se detuvo un momento, pesaroso—. Van a quitarnos el premio de esta sede para restaurar los daños y también

como multa por las reglas transgredidas.

Jael se estremeció. —¿Eso significa que será como si no hubiéramos ganado el Segundo lugar?

Ay, no...

Pero su coach negó.

—El título quedará intacto. Pero el premio físico... —agitó la cabeza.

Stephen bufó de nuevo, puesto de pie.

—Qué bien. Pueden quedarse con sus 8 mil dólares y acomodárselos en donde mejor les queden.

—¿Sigues sin entender que esto es culpa tuya? —su coach lo atravesó con el gesto. Stephen alzó la cara.

—*Woouh*, coach, siempre me están diciendo que vea por mi equipo, que sea un buen "compañero" y toda esa basura, pero cuando lo hago vienen a joderme con que soy un busca-problemas. ¡Decídete de una maldita vez! Pasaste horas hablando allá adentro con esa porquería refinada, armaste conjeturas y acordaste castigos sin tener una maldita y estúpida idea de qué pasó en la fiesta. ¿Por qué no haces tu trabajo y apoyas a tu equipo igual a todas esas tonterías que siempre están diciéndome sobre cuidar de mi compañera? O la próxima vez que *weirdo* vaya a tu oficina a llorarte porque la basura del patinaje le dijo algo, no vengas a joder, ¿oíste?

Olive le ordenó que bajara la voz. Jael se concentró en su coach y en Steph, pensando en la fiesta. Por primera vez en esta angustiosa noche, su coach la miró. Jael sintió su rápido escrutinio. Tuvo miedo de nuevo y vergüenza por saber que estaba viéndola con el peinado desecho y su atuendo desaliñado. ¡Por qué no había sido antes de todo esto, cuando apenas estaban saliendo de la tienda!

—¿Alguien te hizo algo en la fiesta?

Sólo muchas preguntas despectivas sobre las razones que lo hicieron elegirme...

—¿O dijeron algo para lastimarte?

Que luzco como una ballena y una chica campirana...

Y que estoy aquí porque usted tenía malas intenciones...

Jamás iba a poder confesar eso. Sabía que Stephen no había escuchado mucho de lo que ellos dijeron. Posiblemente él se habría burlado; el viejo Stephen lo habría hecho. Jael repartió una mirada hacia ambos. Steph había tratado de limpiarse la sangre bajo su nariz, pero aún tenía rastros secos en los labios. Y el golpe le dejaría una marca morada por varios días. Jael recordó las risas y las palabras. Todo ese barullo, todo ese desvelo y toda la discusión que ahora tenían, sólo por ella. No sólo era tonto, sino malvado. Debió soportar más o levantarse de esa mesa cuando sintió que todo iba mal. Era su responsabilidad... ¿Para qué decir algo más si sólo podría empeorarlo?

Negó, mirando a su coach.

—No fue nada importante, coach. Lamento todos estos problemas.

Stephen soltó una carcajada. Jael tuvo que bajar la cara, oyéndolo.

—¡Sí, coach! Ahí lo tienes: ¡Fue culpa de Stephen! ¡Fue su culpa por meterse en problemas que no son suyos!

—¡Stephen, baja la voz! —su maestra.

Jael no pudo levantar la cara. Stephen se alejó, entre risotadas y maldiciones, sin esperar aunque su coach se lo ordenó. "¡Todo fue culpa de Stephen El Idiota!", su voz siguió oyéndose aunque dejó el pasillo rumbo al ascensor.

Jael apretó sus manos sobre su regazo, se mordió los labios para no llorar. *No... Todo es*

mi culpa...

◆◆◆

Adelantaron su vuelo para regresar a Berlín.

Jael tuvo lista su maleta después de desayunar con Olive. Su maestra había bajado al lobby para despedirse de su hermano y la Señora Sharma. Aunque le dijo que podía venir con ella, Jael se negó. Estaba muy avergonzada. Prefirió esperar en su habitación. Trató de distraerse con su celular, pero no quería encontrar notas sobre la fiesta de Callia Bassi y Mario Fabrino. Intentó con su Biblia, pensó en Mamá... Aún no la llamaba. No podía hacerlo todavía.

Oyó ruido en la salita. Muy temprano en la mañana, Stephen había ido a desayunar con sus fanáticas. Jael se asomó por la puerta y lo encontró cuando regresó. Ahora estaba ocupado, metiendo las últimas cosas a su valija. Por su cara molesta y sus audífonos con música muy alta, Jael intuyó que seguía enojado, con ella. Se atrevió a salir de la recámara; Steph había anunciado que no regresaría con ellos a Berlín. Él iría a Nueva York a realizar un trabajo con su patrocinio. Si quería disculparse con él, tenía que hacerlo ahora.

Se quedó cerca, del otro lado de la sala modular. Incapaz de hablar. Stephen siguió en lo suyo, aunque pasó varias veces frente a ella, sin dirigirle una mirada. Jael no reunió el valor para pedirle que se quitara sus audífonos de orejera para que escuchara. Stephen reunió ropa limpia y se metió al baño; Jael escuchó el agua corriendo. Se sentó en el sillón lateral, con las rodillas replegadas, mirando los audífonos sobre la mesa de centro.

Media hora después, Stephen salió de la ducha. Con la piel recién lavada, su mejilla se veía más enrojecida. Jael regresó la barbilla a sus rodillas, se rodeó fuerte las piernas, mirándose los dedos de los pies. Quería decir gracias y lo lamento al mismo tiempo.

—Te pagaré el vestido, Steph... —susurró—. O puedo devolvértelo, sólo tengo que quitarle una mancha...

Silencio. Stephen guardó su valija de artículos de higiene. Se sentó y comenzó a secarse el cabello. Jael miró su rostro inflamado.

—Cuando regrese a Berlín, haré ungüento de árnica y manzanilla para tenerlo listo el día que vuelvas... Te ayudará con... —se apuntó su propia mejilla, tratando de sonreír. Stephen no cambió su mirada penetrante.

Jael se encogió, abrazándose más fuerte sus rodillas.

—Lamento lo que causé anoche, Steph... Y lo que dije cuando el coach nos regañó. Ya no quería provocar más problemas...

Le echó una miradita de reojo, Stephen negó, sonriendo.

—Salvaste tu pellejo, *weirdo*. Eso hiciste. No te angusties, yo habría hecho lo mismo. Y eso sí que es raro porque te consideraba en una posición diferente a la mía. Pero tarde o temprano, todos somos iguales...

—Es que no lo entiendes... Ayer estaba bien. No era para tanto. No valía la pena. Cometimos un error, los dos. Tú por lo que ellos dijeron y yo por no poder detenerte. Pero ahora siento que afectamos a todos y que fue sólo por culpa mía... Y... —moqueó, sin dejarse vencer por el llanto—. No valía la pena que trataras de defenderme.

Stephen farfulló. —Sí, *weirdo*. Nada de lo que *yo* puedo considerar que vale la pena tiene sentido para los demás... ¿Para qué arrojarme contra un estúpido patinador si lo único que hizo fue decir la misma mierda que me decía a mí? ¿Sólo porque ahora estaba arrojándosela a alguien de mi equipo? “Pero qué imbécil eres, Stephen. Gracias por arruinarnos a todos igual que siempre”. Pero tienes razón... Y todas esas cursilerías tuyas de “mejor a dos de tres” y esas

idioteces, ¿qué carajo importan ya? Cada persona en este jodido equipo tiene sus problemas. Tú estás aquí porque deseas ser una gran patinadora; yo quiero salir de mi estúpido vetaje y regresar a ser un individual; y el coach... Al diablo con el coach y sus asuntos. Ya me jodí bastante por mi cuenta como para ahora joderme por otros... Dejemos las cosas claras otra vez y que cada quien aquí se joda con sus problemas solo, porque tratar de ayudar no sirve, ¿entiendes?

Jael no pudo hablar por la presión en su garganta; el líquido caliente le paralizó los ojos. La puerta de la entrada se abrió. Era su coach. Jael se quedó en su sitio, muy quieta, cuando su entrenador llamó a Stephen.

Acordaron cuándo debía regresar y los entrenamientos que tendría que hacer por su cuenta en los horarios libres de su trabajo. Su coach le dio una hoja de itinerarios.

—Incluí flexiones de castigo por todo esto, Stephen.

—Uy, coach, cuánto me afliges...

Su coach le ordenó que se callara. Después de un momento, Jael sintió su mirada.

—Es hora de ir al aeropuerto. Olive me pidió que bajemos su maleta.

Jael se levantó y se puso los zapatos para ir rumbo a su habitación. Su maleta era una valija de ruedas un poco estorbosa, la de Olive era una valija de mano. Su coach la esperó en el recibidor para ayudarle. En cuanto le entregó la valija de su maestra, se marchó. Jael dio un paso a la puerta, dudosa. Regresó su mirada atrás. Stephen estaba en la sala, con los audífonos puestos otra vez. Se quedaría hasta que llegara la hora de su vuelo, más tarde.

Jael había sentido que su equipo se fracturaba antes, pero no supo por qué, justo ahora, no parecía una idea... Sino un hecho. Y era su culpa.

—Lo siento... —susurró. Y dejó atrás la habitación, el pasillo, el hotel, y el *Skate America.*

Su mejor competencia, se había convertido en uno de sus peores recuerdos.

◆◆◆

Melvin dejó la enfermería a las 11 de la noche. Tres puntadas arriba de la ceja, el labio superior reventado, un pómulo mallugado y el tabique desacomodado. Si ese mono salvaje lo hubiera pateado como intentó, quizás tendría algo roto debajo del cuello.

Enano depreciable... Pingüino asqueroso... Inglés de porquería... Anoréxico patético...

Inventó uno y mil apodos más mientras tuvo que esperar, esposado como un maldito migrante descubierto por los federales. La cara le punzaba aunque le habían aplicado vaselina y un desinflamante, y seguía pasando coágulos desde su nariz a su garganta. Se aseguró de dejar ese recuerdo asqueroso en su cabeza para la venganza. Cuando volviera a ver a ese enano de porquería, no iba a estar solo... Y los buenos tiempos del inglés recién llegado al grupo de Igor Günt regresarían, al menos la tarde que lo tuvieran para ellos.

Günt vino antes de las 2 am para llevárselo a su habitación. No estaba nada contento. Le dijo cuánto costaría la multa y la vergüenza social. Adiós entretenimiento y prórrogas de entrenamiento. Melvin estuvo muy cerca de decirle de quién había sido la idea de todo esto pero pudo callarse. ¿Qué iba a entender este entrenador si se la pasaba adorando a los reclutas asiáticos que aún no aceptaban formar parte de su grupo? Primero Braun, luego Steph, ahora los saltadores de *«cuádruples lutz»* y «*cuádruples loop»*. Günt seguía buscando a su saltador de *quad axel*... Melvin y todos los demás sabían que eso no iba a ocurrir pronto, pero tenían que conformarse con las migajas de atención.

Pero frente a la amenaza que eran los patinadores orientales, sólo quedaba una estrategia. Sobrevivir como mejor pudieran. Y si la Unión de Patinaje iba a seguir lamiéndole los patines a

Japón y a los rusos, Melvin tenía que buscar otro lugar para hacer realidad sus aspiraciones.

No pudo asistir a la Gala de patinaje; sus compañeros ya se habían reído lo suficiente de su cara de hamburguesa como para pedir más. Melvin permaneció en su cuarto, pensando en el granuja de Stephen y en cuánto disfrutaría verlo con el par de golpes que también pudo darle. Un mensaje llegó a su celular. Melvin había estado esperándolo.

«Baja para cerrar el asunto...»

Bajó al casino del hotel. Buscó entre las otras cabezas en el bar. Lo identificó por su pelo sin lavar y el chaleco desaliñado. Melvin se sentó en una de las sillas de su mesa alta, pidió un trago. Enfrentó esa otra cara. Una risa estúpida se le escapó a ese sujeto al ver su aspecto.

Melvin gruñó: —Cállate, idiota... Y dame lo que me debes.

El otro intentó contenerse. Se limpió la boca, metiendo una mano a su maletín de segunda.

Deslizó un sobre grande en la mesa. Melvin sabía que no contenía documentos sino algo mejor.

—Buen trabajo, "Melvinsito".

Melvin echó una maldición, bebiendo.

—Esta tontería me costó una multa y el sermón fastidioso de mi entrenador.

—Y una atractiva cara, no lo olvides.

Escupió otra carcajada, golpeando la mesa. Respiró hondo. —Te ganaste más en ese sobre. Úsalo para pagar la multa y para lo que sea que hagan ustedes para pasarla bien.

—Un artículo es lo que quiero. Un artículo solo sobre mí y mi patinaje.

El otro asintió, acomodándose los lentes. —Y te lo voy a dar. Calma, tienes que confiar en mí. ¿Cuándo te he defraudado o a cualquiera que confía en mi ojo periodístico?

Melvin no dijo nada, apartó la cara. Le echó una mirada indiferente al sobre. Se veía grueso, muy grueso.

—¿Para qué tanta publicidad a un patinador? Está jodido. Desde hace dos años. Y todos lo siguen como si todavía tuviera algo importante en su carrera...

Un suspiro. El otro tipo comenzó a limpiar la lente de de su cámara.

—Oh, Melvin, Melvin... ¿Cómo te lo explico? La gente ama el espectáculo. No importa de donde venga. Estrellas de cine, políticos escandalosos, deportistas desequilibrados. Todos quieren alguien a quien amar y alguien a quien odiar. Y si Stephen es uno de ellos, ¿qué puedo hacer más que darle a la gente lo que quiere? Cuando la UIP lo envió a un equipo tan peculiar, fue como si prepararan todo para hacerme rico. Sin olvidar que la *SportLife* tiene mejores ventas y ustedes tienen más oportunidades para crecer. Ya sabes, si no son buenos patinando como lo dicta la UIP, pueden venir con nosotros y ayudarnos a hacer exclusivas así. Como ésta: "Patinador con fama de loco busca dañar a excompañero en una fiesta". Y cuando la gente lea el nombre de la exclusiva, ¡boom! Ventas, retuits, memes en Facebook, todos alabando a mi revista y a su corresponsal estrella.

Arqueó las cejas, echando más líquido limpiador en su lente. Melvin haló el sobre, lo dobló y lo echó a su bolsillo. Estaba levantándose cuando el otro volvió a hablarle.

—Por cierto, sólo por curiosidad, ¿qué fue lo que le dijiste para convencerlo de que se arrojara contra ti?

—¿Eso qué demonios importa?

Adam encogió los hombros. —Interés de periodista. Me importan los mínimos detalles.

Melvin arrugó el labio, sintiendo el tirón de las puntadas.

—Usé lo que me dijiste. Vi que no iba a caer con las viejas bromas... Y me burlé de su compañera. Es una idiota igual a él. Pueblerinos con suerte que se creen patinadores.

—¿Y Steph te hizo esto sólo porque le dijiste algo a su compañera?

—¿Eres sordo o simplemente idiota? Ya te lo dije: Estuvo gritando como un salvaje que no me metiera con su gente mientras me daba en la cara. Es un maldito loco.

Adam se rio. —Sí. Sí que lo es... Gracias por tus servicios para la prensa, Melvin. Tendré listo tu artículo para la *SportLife*.

—Y no olvides borrar mi nombre de la nota de la fiesta.

—Quedará borrado, pierde cuidado. La confidencialidad lo es todo para mí.

—Sí, claro... —trataba de sonar rudo, a pesar de su cara mallugada.

Adam lo vio irse. Se quedó en su silla, bebiendo la cerveza más barata que encontró en el menú. Sacó su portátil para escribir nuevas notas sintiendo que la sonrisa en su cara crecía.

Acababa de invertir 5 mil grandes para una exclusiva. Pero en cuanto terminara de publicarla, la cifra se triplicaría.

Y si llegaba al fondo de lo que acababa de confirmar en este *Skate America*, no sólo tendría dinero y contratos por montón: Habría descubierto la historia más polémica dentro del patinaje desde que una competidora le rompió las piernas a otra para poder destacar. Tenía los indicios, a dos patinadores recién retornados al hielo, junto a una competidora amateur demasiado desconocida como para ser tan importante en un equipo de profesionales. Tan importante como para sacar de sus casillas a Stephen Bookham y hacer sudar la gota gorda a su exclusiva favorita, Erwin Schmidt. ¿Qué relación existía realmente entre estos 3 deportistas? ¿Y por los ojos habilidosos de Adam vislumbraban malas intenciones y secretos oscuros en todo esto?

Una historia por descubrir, abriendo su apetito de exclusivas polémicas. Con un gusto casi pernicioso, Adam empezó a escribir.

◆◆◆

Berlín | Octubre, 2019

Erwin abrió la puerta del departamento. Se hizo a un lado para que su competidora pudiera pasar. Ya había anochecido en Alemania, pero después de un vuelo y transbordos de casi 20 horas, parecía como si Las Vegas hubiesen quedado a años de distancia. Erwin se sorprendió de sufrir la misma sensación de sus viajes cuando aún era un patinador activo; a pesar del tiempo, ciertas cosas nunca cambiaban.

Su competidora se detuvo entre el umbral que separaba el corredor del resto de la sala; su habitación quedaba justo detrás de ella. Erwin reconoció el cansancio en sus ojos. Y lo extenuante y tedioso que había sido la última jornada vino a aplastarlo también.

—Ve a dormir. Descansa... —la había visto intentarlo en el avión, sin éxito.

—¿Y usted qué hará? —quizá era raro enviarla a dormir cuando apenas eran las 4 en Köpenick—. ¿También irá a descansar?

—Tengo que hacer algunas cosas. Reportes para los itinerarios, planeaciones... Pude descansar un poco en el avión.

Era mentira. Su competidora permaneció quieta. Erwin también reconoció esa nueva expresión. Había estado en su rostro desde que Stephen armó todo su alboroto. Erwin no había hablado con ella acerca de eso; porque, aunque ella hubiese afirmado que todo había sido un incidente empeorado por Stephen, la forma en la que se enredaba los dedos delataba algo

diferente. Notó el mismo movimiento de sus manos, nerviosas, buscando palabras. Su trabajo como coach debería reconocer ese tipo de problemas y solucionarlos. Pero ella tenía tanto cansancio en su semblante como él en sus rodillas. Y no era un coach de verdad tampoco.

—Ve a descansar, Jael... —aumentó el timbre de voz para que fuera un consejo y una pequeña orden.

Su competidora movió la cabeza, con las manos caídas a cada lado.

—Está bien...

Dio media vuelta hacia su habitación. Erwin vio la puerta que se cerraba.

Fue a su recámara también. Maleta, portatrajes y valija de deportes, echados sobre la cama. Sus piernas cosquillearon, suplicantes de que se tumbara como otro objeto. Sabía que no podía. Abrió su maleta, sacó la carpeta de piel. Había dejado su computadora en el escritorio para evitar peso extra en su maleta. Erwin encendió la pantalla y recomenzó las gráficas de itinerarios. Con Stephen fuera por dos semanas, tendrían que postergar el entrenamiento. No había posibilidades para plantear mejoras en los programas; deberían ir al *Skate Championship Japan* con lo que ya tenían.

¿Y qué tenían? Tres competencias continuas. Un oro en un campeonato menor. Un rotundo fracaso en el *Autumn Classic* de Canada. Y una plata inesperada en el *Skate America.* Una caída, una Danza Corta mejor planteada que la Danza Libre, pero de mucho menor calibre si la comparaba con la de otros competidores. Un competidor que seguía causando problemas en cada oportunidad, una competidora que tenía actitud para destacar. La amenaza inmanente de la prensa conforme se acercaban a competencias mayores. La mirada de Austin Howard que se afilaba por más resultados. Discusiones contra los medios y el Comité debido a su falta de liderazgo.

Su última reunión en el hotel de Las Vegas había consumido más fuerzas de las necesarias. Si se lo hubiesen preguntado, habría preferido quedarse dormido desde que Mikhail fue a decirle que tenía algo mejor que hacer que tener una conversación con él. Habría colgado el teléfono cuando lo despertaron esa tarde, pero su competidora se escuchaba demasiado alterada. Y en efecto, todo era alteración. El piso del hotel estaba lleno de mirones y celulares con cámaras encendidas, policías y gente discutiendo. Erwin había encontrado a su competidora en una de las sillas del salón. En otras circunstancias habría reparado que esa noche no llevaba un suéter de colores sino un vestido de gala. Stephen se hizo de toda la atención, como siempre...

Una sesión prolongada con un jefe de policía, Nikolai Volozoshar, secretario de la Unión de Patinaje, su viejo ex entrenador y... Roger Padmos. Erwin no podía convencerse de que estuviera pasándole eso precisamente a él, que después de tratar de evadir a esa persona en particular, tuviera que sentarse en la misma mesa por más de una hora para oírlos decir lo mal que estaba dirigiendo a su equipo.

“No podíamos esperar otra cosa si el entrenador posee un historial de sobreentreno. Una conducta muy antideportiva... Ni siquiera contigo llegó a tanto, Igor”.

Erwin no había podido reír ni defenderse, porque la vergüenza lo consumía. Qué importaba si Stephen había sido vetado por el mal coacheo de su viejo entrenador, ahora todo era peor porque él no podía mantenerlo fuera de problemas. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Encadenarlo a una silla para que no saliera de su rango de atención? Erwin había visto a la prensa fuera del salón de reuniones. De nuevo los encabezados. “El Fracasado sin Futuro dirige a nuevo equipo hacia el fracaso”. Él mismo podría escribir algunos títulos...

Pero no le importaba lo que la prensa pensara. Lo que tenía entre sus manos era este equipo que no se consolidaba a pesar de los esfuerzos. ¿Cuáles esfuerzos? ¿Los suyos? Cuánto

más pensaba en lo que él aportaba a su grupo más entendía que realmente no ofrecía nada. Sus programas de entrenamiento llevaban un máximo de entrega técnica y un mínimo de entrega personal.

Meditar en todo eso tampoco tenía valor.

Sólo debía esforzarse lo suficiente para sacarlos a flote esta mitad de temporada. Si seguía haciéndolo tan mal como los medios y otros colegas decían, entonces Austin Howard buscaría a otro entrenador. No habría necesidad de renunciar. Esa sería su esperanza.

Escribió un correo electrónico a *James-Howard Company*. Había dado aviso a Austin Howard del último incidente de Stephen a través de un mensaje de voz. Resumió los hechos y las resoluciones, adjuntando sus horarios disponibles para realizar una video-llamada. Regresó a las revisiones de sus elementos técnicos y de entreno. Gracias al problema provocado por su competidor, Erwin debería ir a una semana de audiencias a partir del lunes. Günt le había explicado que no era más que el protocolo para evitar crisis de conducta posteriores. Él había tenido que asistir también... Por el mismo patinador.

Su viejo coach le recomendó tener lista una copia de las Normas y Regulaciones de la Unión de Patinaje. *"Te darán términos, artículos, las reglas que Steph infraccionó... Es mejor que vayas preparado para que no se aprovechen de tu ignorancia"*. Eso era lo último que Erwin necesitaba.

Se durmió pasada la media noche, con la alarma puesta a las 6. Despertó a las 12:30, con dolor de cabeza y tendones. Afortunadamente era sábado. Enojado, se metió a la ducha y se preparó café. El silencio le sorprendió. Estar en el departamento de Köpenick, con luz de día, le trajo una sensación familiar, extraña por tanta calma: sin las discusiones matinales de sus competidores por elegir un desayuno. Erwin se preguntó si su competidora se habría marchado. Quizás había considerado buscar otro lado para vivir, tal como él les había dado apertura antes de iniciar la temporada.

Pensarlo trajo nuevas dudas. Debido a que deberían entregar el premio monetario como multa, sería como si nunca lo hubiesen tenido. Excepto una persona. Erwin estaba seguro de que ella aún tendría su parte del dinero. No tenía valor para pedirle a su patinadora un sobre con dinero que era suyo, luego de todo lo que Stephen y él ya habían tomado. Pedírselo era mezquino. Pero no hacerlo, sería sospechoso. ¿Y cómo iba a pedírselo después de verla en un vestido de gala? Erwin sabía que lo había gastado, en lo que precisamente él había intuido que necesitaría.

Soltó aire, recargado en el desayunador. Qué ingeniosa venganza divina... Su experiencia con pasos mal dados estaba creciendo a niveles sorprendentes.

Después del desayuno, salió en el auto. *James-Howard Co.*, había transferido nuevos cheques antes de que llegaran a Berlín. Erwin cobró en un banco de la zona. Compró suministros para dos semanas y fue hasta Mitte para reservar la pista para los días posteriores del regreso de Stephen. Antes de regresar al departamento, deambuló por varias calles. Fingió que no se daba cuenta al doblar una avenida transitada y meterse a otra de menor afluencia. Los edificios altos del centro desaparecieron para dejar paso a complejos de departamentos más tradicionales, con sus aceras largas, sus faroles y pequeños rótulos con los nombres de las calles. Erwin esperaba que después de ir a una competencia, el regreso a "casa" pudiera dotarlo de la vieja sensación de hogar. Pero Friedrichshain se sentía tan fría como cada uno de los días en los que se estacionaba frente a este departamento, consciente de que la persona allá adentro no era su padre.

Regresó a Köpenick, hambriento. Alargó una mano al asiento del copiloto, buscando entre las bolsas de papel. Estaba seguro de que una de las dependientas dejó dentro la bolsita de

Gummibären. Erwin sacó un puñado y se los echó a la boca sin perder el control del volante. Se recordó con Mikhail, apostando gomitas con forma de oso, para ver quién lograba más filos internos o combinaciones. *Ridículo.* El mal recuerdo le amargó la boca.

Llegó a casa, cargado y cansado. No pudo echar al cesto de basura la bolsa de dulces porque tenía las manos ocupadas. Dejó todo en el desayunador y se apresuró para hacer una cena de verdad. Sus deseos de cocinar eran nulos. Y había olvidado comprar comida congelada que pudiera meter al horno nada más. No se detendría a pensar en algo elaborado. Comenzó con los ingredientes que le parecieron más sencillos.

Un chasquido en una puerta capturó su atención. Cerró la llave de agua, agudizando su atención. Los pasos tenues vinieron desde el pasillo. Su competidora asomó la cabeza, con pijama y el rostro perdido.

—¿Coach? ¿Qué hora es? ¿Y Steph? —dio miradas a su alrededor. Erwin la vio parpadear varias veces, hasta que abrió sus ojos, despierta—. ¡Me quedé dormida! ¡Ay, tréboles gigantes! ¿Por qué no me despertó? Qué vergüenza, lo siento.

Erwin se secó las manos. Sonrió. —Estabas cansada...

—Sí pero... Ay, si mamá supiera... —se aferró el rostro. Su mirada atrapó algo en la mesa —. Oh, *¡Gummibären!*

Tomó una golosina y las masticó con una sonrisa. Erwin casi se alegró por no haberlas echado al cesto de basura. Su competidora enfrentó sus ojos. Su expresión alegre se intimidó.

—Lo siento, coach... Me gustan mucho los dulces...

—A mí igual —admitió demasiado pronto. Su competidora miró sus cosas en la estufa.

—¿Puedo ayudar a hacer la cena?

Erwin dijo que sí, otra vez deprisa. Su competidora se adueñó del espacio en un minuto, entre cortes y movimientos a las sartenes. Cuando vio que no era necesario, usó el tiempo para meter el resto de víveres al refrigerador o a las alacenas. Partió a su habitación para cambiarse la media ortopédica y ponerse las sandalias de descanso. Al regresar, la mesa estaba puesta. Se disculpó por la demora y por dejarla a cargo.

—Se suponía que era mi trabajo.

Pero ella negó. —Extrañaba cocinar. Hice sólo *brötchen* con *kloßë* para no tardar —se disculpó.

—Es mejor a lo que yo tenía pensado a hacer.

Ayudó a llevar el plato a la mesa. Cuando se sentaron, Erwin la vio inclinar el rostro y cerrar los ojos. Tuvo que apartar su atención a otro lado. Sin embargo, el recuerdo de su padre fue muy conciso. Su patinadora le deseó buen provecho. Erwin intentó disfrutar la cena sin pensar demasiado en todo lo que sentía al degustar comida elaborada por una persona que le recordaba la verdad de lo que hacía. Y la verdad de lo que era.

—¿Voy a entrenar estos días, coach?

La pregunta puso sus pies en la Tierra.

—No, en realidad, Jael... Estaré ocupado en algunas cosas del Comité. Cortesía de Stephen —ocultó la acidez en su sonrisa, no del todo—. Puedes usar este tiempo para descansar. Fueron tres semanas muy duras y prefiero que recuperes energía para la siguiente parte de la temporada.

—Oh... Entiendo... —la vio mover su cuchara en el plato—. ¿Y no hay nada que pueda hacer para ayudarle? Si es algo que tiene que ver con Steph y con el equipo, puedo ayudar...

—Solo ocúpate de descansar. Cuando Stephen regrese, me encargaré de cobrar este tiempo perdido. No es tu responsabilidad...

Ella apretó la boca, como si no estuviese de acuerdo con eso. Erwin reconsideró su falta de interés en ese incidente. Stephen lo había acusado de armar conjeturas sin averiguar. Podría ser cierto. Tenía la pregunta en sus dientes. El miedo a involucrarse lo contuvo. Carraspeó.

—Hablando de Stephen... Me habló de sus planes sobre buscar otro departamento en algún momento. Quizás tú también has pensado en eso...

Dejó la propuesta abierta. Su patinadora lo miró, apurada.

—Preferiría, si a usted no le importa... Preferiría quedarme aquí... Hasta conseguir un poco más de dinero o...

Erwin se arrepintió de hacer una pregunta cuya respuesta era obvia. Desde luego que no tendría dinero. Erwin sintió nauseas. Tragó.

Su patinadora soltó la cuchara y metió las manos a la mesa.

—Y sobre el dinero del premio, coach... Puedo dárselo... Sé que el castigo para Stephen fue...

Erwin ya no pudo observar su rostro cabizbajo. Se levantó, con sus trastos sucios, hacia el lavaplatos.

—Déjalo así. Será algo que Stephen también tendrá que pagar.

—Pero, coach. No sería justo.

Se levantó también. Erwin se giró.

—¿Justo?

Lo justo sería entregarle cada euro robado o empezar con los que había cobrado del banco esa misma mañana. Pero Erwin no sabía dar explicaciones, no sabía cómo retornar de los errores cometidos. Desde hacía 10 años, no lo sabía.

Su competidora agachó la cabeza.

—Lamento hacerlo enojar todo el tiempo, coach...

Erwin se apoyó en el mueble detrás. Se apretó la cara, exigiéndose inteligencia. Vislumbró el resto del guisado de coles y carne en la sartén.

—La cena estaba deliciosa.

Era un escape insuficiente, pero no se esforzó por mejorarlo. Después de limpiar la cocina, su patinadora se despidió. Erwin regresó a su habitación.

Se concentró en hacer su trabajo.

Su patinadora le avisó que iría al club de Olive en Mitte. “Me pidió ayuda con la decoración de su terraza. Me gustaría usar el tiempo apoyándola”. No dijo si era un trabajo o una asesoría amistosa. Erwin no quiso preguntar. Pensó en dejar algo de su dinero en la mesa cada día, antes de marcharse. ¿Sería tan confuso como cuando no tuvo cuidado de dejarle su cartera? Erwin sólo había tenido la confianza de entregar su billetera a una sola persona y ahora estaba casada con un entrenador adinerado. Incluso a él le confundía ser tan descuidado con sus decisiones. Le costaban más y más a cada día.

Dividió el dinero de *James-Howard Co.* Transfirió a Stephen su parte correspondiente y guardó la suya en su propia cuenta. El tercer cheque se quedó intacto, sin una sola división. Si Stephen quería discutir al respecto, Erwin tenía 2 semanas para prepararse. Si no iban a darle el dinero a su dueña, ya no lo usarían. Nada lo haría cambiar su decisión esta vez.

Salió temprano hacia las oficinas de la Sede Alemana de la UIP. Durante las noches, Erwin se llenaba de los códigos y artículos del reglamento oficial. Por primera vez en su carrera, estaba leyéndolo todo. Günt le había explicado que el reglamento solía sufrir modificaciones a cada temporada, que había normas tan confusas que no valía la pena discutirlas. Erwin se enteró de regulaciones generales que le sorprendieron. Una de ellas fue la de acción disciplinaria. Por

más que quiso hallar sentido, no había ninguna regla occisa que avalara la forma de vetaje que le habían impuesto a Stephen. Se preguntó si Igor Günt lo habría visto, si estaba al tanto de que este vetaje no era realmente legal ni coherente, y si tendrían tiempo de revertirlo a estas alturas.

Erwin estaba convencido que no tenía ni tiempo ni deseos de luchar por Stephen...

No era tan ingenuo como para pedir explicaciones. Se limitó a asistir a cada audiencia de dos horas y a las charlas de asesoría de Katia Kepler. La administración alemana fue mucho más compasiva con él que la junta en Las Vegas. Katia Kepler incluso le pidió disculpas por haber avalado que les retiraran su premio físico. “Intenté abogar, pero el Comité es muy obstinado. Le aseguro que se recuperarán en el campeonato de Japón”. Erwin lo dudaba. La racha de suerte no se repetía dos veces en una temporada.

La tarde se iba entre comidas en solitario y entrenamiento personal en el gimnasio del Mitte Ice. Con la cercanía del invierno, Erwin reconocía la amenaza de un periodo de dolores. Si no se preparaba para fortalecer sus músculos, le faltarían las fuerzas para actividades nimias. En su cabaña, ya había tenido que quedarse en cama largos días por no poder levantarse.

Su competidora llegaba a Köpenick antes que él. En más de una ocasión, la cena ya estaba lista. Erwin se disculpaba y le pedía apertura para hacerse cargo la noche siguiente. Pero ella siempre estaba a tiempo, con un corito que tarareaba mientras amasaba o cortaba. Erwin la vio una mañana del sábado afuera en el patio, atendiendo a sus plantas. La risa lo sacó de su habitación, convencido de que estaba charlando con alguien. Al asomar la cara por la puerta, se percató de que estaba sola, con una maceta de cerámica horneada sobre las dos manos.

—¡Ya tiene retoñitos! —giró el rostro para verlo, consciente de que él estaba allí—. Creo que van a nacer en dos o tres semanas. ¡Por fin voy a saber de qué color son! Prometo buscarte una maceta nueva muy pronto. Vas a tener más espacio, y... y... Y también a las otras. Les compraré tierra nueva y piedritas de filtro. ¡Se verán muy lindas!

Erwin había olvidado la última vez en la que vio a una persona hablarle a una flor. ¿Lo había visto alguna vez? Lo reconsideró. Nunca. Pero aquí estaba ella, hablándole a una planta con la cortesía que usaba para hablar a las personas. No importaba cómo fuera su exterior, ni su interior.

Su madre había sido así...

A Erwin no le agradó comparar a alguien con su madre. Ella era una memoria que se mantenía libre de su presente. Y así tenía que permanecer.

Se mantuvo lejos los días siguientes. Su trabajo era ser un coach; llevar a flote a su equipo; esperar al momento en el que podría liberarse de ese empleo. Su vida era Wengen, regresar a su cabaña y olvidar que había una mirada clavada en su nuca. Retomó su ritmo con audiencias, entreno y planeación. Si no estaba fuera del departamento, se enclaustraba otra vez en su habitación. Nadie insistió esta vez. Ni bandejas en una silla afuera de su puerta, ni demasiados llamados. Los saludos amables y la sonrisa de su competidora no desaparecieron, en cambio. Erwin podía sobrevivir al protocolo. Ya lo estaba viviendo cada día en las oficinas de la Sede Alemana.

Pero al salir de su recámara una de sus últimas noches de audiencia, Erwin encontró el curioso objeto sobre el desayunador. La casa entera estaba sola: su competidora había aumentado las horas de sus salidas, estaba más concentrada en su tarea de ayudar a Olive con su nueva terraza.

Erwin contempló el panque por largos segundos, convencido de que no podía repetirse la historia. El olor del pan recién horneado en la mañana le invadió en un respiro, junto al de la crema de mantequilla, chocolate y... ¿Frambuesa? Tenía una coronando la punta. Una vela de

cabillo nuevo estaba encajada cuidadosamente en el medio, sostenida por dos gomitas con forma de osito.

Miró el letrerito construido con fondant. Debía ser un error. Se dirigió a la pizarra donde colocaban el itinerario de deberes y entrenamiento. Buscó en el calendario del mes. No, no era una equivocación. Y por eso confirmó que este postre había superado sus atenciones anteriores, y que él estaba condenado a acumular más deudas para el tiempo de la verdad.

Su competidora había dejado una cajilla de fósforos a un costado. Las letras de la dedicatoria comestible brillaron con la pequeña flama. Erwin las leyó de nuevo, con una sonrisa de derrota.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien lo felicitó por su cumpleaños.

◆◆◆

Jael se metió a su cuarto después de cenar con su coach.

Otra vez lo había hecho enojar. ¿Tenía algo en sus palabras para que los otros la tomaran de la forma equivocada?

¿Cómo podía hacerles entender que lo único que quería era que ya no discutieran? ¡Que todos se llevaran bien! Eran un equipo, pasaban tiempo juntos como una familia, no sólo por competir, sino...

Ay... Suspiró, sentada en su cama. Se le había ocurrido dejar abierta la puerta corrediza de su balconcito y ahora tenía frío. La última plática con Steph y su coach eran así. Demasiado frías.

Señor, ¿nunca vamos a ser un verdadero equipo? Unidos como Gracie O'Neill y su hermano, o como la Señorita Callia y Mario Fabrino. Unidos de verdad.

Sintió un impulso por levantarse. Ya había dormido mucho, aunque todavía se sentía cansadísima. Le dolían los músculos, más de lo normal, y a pesar de que acababa de cenar, sentía un hoyo en el estómago. Esperaba que fuera hambre y no mucha tristeza. Fraüdelin Helga siempre le decía a Mamá que cuando uno está muy triste la barriga es la primera en resentirlo. ¿Era por eso que a veces tenía más hambre de lo común?

"Y come como una ballena".

Apretó los ojos, sacudiendo fuerte la cabeza. Ella misma le dijo a Steph que no valía la pena tanto embrollo por eso. No iba a pensar más en esa fiesta. Se decidió a desempacar. Sacó la ropa sucia que tendría que lavar en esos días; luego acomodó su habitación. Aún le hacía falta color, incluso si ya había dejado algunos detalles de portarretratos y flores. Revisó la dalia de Mamá. Estaba bien, un poco decaída. Jael fue a buscar agua y la sacó un momento a la terraza. Qué bueno que Mamá le había enseñado a drenar la tierra para que el agua pudiera permanecer más tiempo en la maceta y darles de beber a sus flores incluso si ella salía por muchos días.

Terminó de desempacar, al final sus patines. Había sido difícil hacerlos caber con el resto de cosas en su maleta. Tendría que comprarse una valija deportiva pronto. Esperaba que pudieran ser baratas; si tenía que entregar el dinero del premio eso la dejaría solo con las ganancias de sus panecillos. Pero también debería pagarle el vestido a Steph, comprar nuevos aditamentos para su patinaje, buscar un departamento para no importunar al coach...

Se dejó caer en la cama, con un gemidito. Nunca se hubiera imaginado que existían cosas más difíciles que hacer realidad su sueño por patinar. ¡Qué semanas tan maravillosas acababa de pasar! Del miedo a las enormes pistas y la multitud, a sentirse dichosa de estar allí, pensando que Papá la vería. ¿Por qué no podía agradecerlo y dejar de pensar en lo mal que se sentía en este

instante?

Pensó en hablar con Mamá. Había visto sus llamadas registradas en su buzón ¿Sería bueno llamarla ahora? Jael estaba segura que en cuanto escuchara su voz se pondría a sollozar. Negó, para sí misma. Tenía que madurar y aprender a soportar los problemas por sí sola. Prefirió ver el video que Jossy le había enviado por privado en Instagram.

La imagen de su hermanito cubrió la pantalla, su cara muy, muy cerca. Jael se rio, casi podía contarle las pequeñas pecas que solo él había heredado de Papá. Jossy le dio un saludo fuertísimo.

"¡Mira a quién tengo aquí, hermana!" Apuntó la imagen a la sala.

Ay, mi casa... Los cojines de organza que Mamá había hecho. El piso y las paredes de madera gruesa. Las alfombras de tejidos de la cultura alpina donde vivían. Las lámparas que Papá le había colocado a Mamá para que dieran buena luz sin dañar las paredes. Era un cuadro que Jael extrañaba. Las personas en la sala saludaron cuando Jossy llevó la cámara hacia ellos. Jael reconoció a Frau Helena, a sus compañeras del trabajo, a Fraülein Helga, los amigos de Jossy y otros vecinos de la calle.

"¡Acabamos de verte competir, Jael!", Jossy se oía como fondo. Algunos comenzaron a aplaudir o a subir sus tazas de café o vasos de soda. *"¡Estuviste increíble, hermana! ¡Increíble! ¡Yo voy a ser patinador cuando crezca!".*

Mamá le quitó el teléfono en algún momento para apartarse a un lugar menos ruidoso. Jael frenó la risa que Jossy le causó al sentir los ojos de Mamá sobre ella. Fue como si realmente la viera. Jael pudo notar el brillo de sus bonitos ojos castaños. Mamá habló bajito pero pud*o oírla bien.*

"Buen trabajo, hija. Te veías preciosa. Te felicito. Estoy... Muy orgullosa y Papá también". El video se terminó, con la imagen de Mamá paralizada. Jael se quedó viéndola, mucho, mucho tiempo. No habían dicho cuál de sus programas habían visto. Pero no importaba. Abrazó el celular contra su pecho.

Esto era suficiente.

Gracias, Señor... Gracias, Mamá. Jossy, Jerry... Amigos de Zermatt...

Después de secarse las lágrimas, volvió a inclinarse hacia su maleta. Tenía dos medallas ahí dentro. Jael las llevó al buró de ropa junto a su cama. Sin clavos en las paredes, usó las manijas redondas de los cajones. Primero la de lámina dorada del Campeonato de Hamburgo, luego la más grande de material transparente que decía Plata en letras metálicas. Los patines de Papá descansaban en la base de su cama, muy cerca. Jael decidió que, si Dios le permitía ganar otra medalla, la colgaría de ellos.

◆◆◆

Se esmeró por no reducir su ánimo en los siguientes días.

En el viaje en avión, su maestra Olive le había preguntado si quería pasar las próximas semanas ayudándola a decorar la terraza de su club. Jael quería hacerlo, sería una buena forma de aprovechar el tiempo libre concedido por su coach. Se despertó temprano cada mañana para leer su Biblia y preparar café. Sabía que su entrenador tendría que salir temprano; Jael no quería importunarlo. Dejaba la cafetera encendida y panecillos que horneó la noche anterior, para entonces meterse a su recámara y seguir leyendo. Cuando lo escuchaba salir, también se preparaba.

Corría en el mismo sendero. Era bueno volver a oler el bosque, incluso si hacía tanto frío. Pero Jael disfrutó del cambio de paisaje. Las hojas haciéndose oscuritas, luego cafés, y después

doradas. Jael corría y corría, saludando a los otros corredores que ya la reconocían tanto como a su entrenador.

Después de su desayuno se reunía con Olive. Los primeros dos días estuvo con ella, mirando los rincones de la terraza que quería remodelar. Jael le ayudó a ella y a los empleados del club a mover el mobiliario viejo, también a pegar algunos tapices. Conoció a los jazzistas que tocaban cada noche y también a los meseros; personas amables, con una peculiar pasión por la música, todos cercanos a Olive.

Entre las dos determinaron los cambios que se verían bien. Olive quería una terraza sin sombrillas individuales; Jael mencionó una pérgola con pabellón. A Olive le pareció buena idea. Hicieron otras observaciones y fueron juntas a comprar lo necesario. Olive envió a hacer la pérgola con uno de sus conocidos en el club. Así, mientras ellas se ocupaban de otros adornos y aditamentos, la pérgola estaría lista cuando afinaran los últimos detalles de la terraza.

Fueron a la misma zona donde Olive le había recomendado comprar ropa y zapatos. No sólo vendían artículos personales, las calles interminables tenían negocios con toda clase de objetos. Jael estaba aprendiendo que era una de las zonas de intercambio cultural más grandes de la ciudad; Kreuzberg, se llamaba. La gente era tan variada como los mercados que ponían en casas, tiendas de lona o parques. A veces tenían que separarse para ampliar su rango de búsqueda. Por más que caminó, Jael nunca acabó por entrar a todos los locales.

Compraron tela para los pabellones, seleccionaron sillas y mesas en una mueblería de bajo costo. Como querían continuar con el estilo de club de jazz y teatro de los interiores, se aseguraron de que la nueva selección tuviera los tonos oscuros y de madera gruesa. La variedad de colores provendría de las flores, la misión por la cual ella fue contratada.

Se asesoró con Mamá. ¿Qué tipo de flores serían más adecuadas para un lugar que recibiría directamente todo tipo de clima? Mamá respondió a sus dudas sin demora. *"Hortensias, liebling. Madreselvas, azaleas, bojes, asteras, helechos, gerberas... Y una de mis favoritas: Margaritas"*. Jael anotó todo en una lista. Pasó varios días eligiendo aquellas que no sólo tuvieran tallos en flor, sino también capullos frescos. Pidió tierra, abono y artículos para decorar las macetas que compró. Olive le había dado apertura de comprar lo que necesitara con la partida que le dio para flores. Jael trató de adquirir lo necesario, reduciendo los costos todo lo posible.

La segunda semana libre estuvieron trabajando. Jael no tuvo tiempo para pensar si su entrenador saldría de su recámara para charlar, aunque los dos estuvieran en el departamento a partir de las 8 de la noche. Oraba por él y por Steph, pero se concentraba en su trabajo. Sólo pensó un poco más en su coach el día de brujas. A Jael le parecía curioso que un hombre como él cumpliera años justo el día que otros usaban para vestirse de monstruos y apariciones. Desde que ella leyó en su ficha de patinador cuál era su fecha de cumpleaños, sentía que las celebraciones no tenían conexión. Al menos le ayudaba a recordarlo con facilidad.

El día fijado, Jael le anunció a su maestra que llegaría más tarde al club. Cocinó un pastelito y lo dejó muy detrás del horno para que su coach no lo viera. En la noche, cuando llegó después de cenar en casa de Olive y no encontró a nadie en la cocina, Jael sacó el pastelito del horno. Seguía esponjoso, con olor a naranja. Segura de que él estaba en su recámara, tuvo tiempo de decorarlo con crema y algunas de las *Gummibären* que quedaban en la bolsa que él había traído. Jamás se le hubiera ocurrido que a un hombre como su coach le pudieran gustar las golosinas. Tal vez por eso tuvo valor de dejarlo en la mesa y regresar a su cuarto con la confianza de que él no la rechazaría.

No escuchó ninguna palabra de su parte al respecto, pero su pastelito había desaparecido a la mañana siguiente. Jael no tuvo quejas por no recibir gratitud.

Siguió atenta en su trabajo con Olive. Jael le sugirió poner una línea de luces en forma de red en una de las paredes del pabellón y otra más en el muro que circundaba todo el techo. También sembró una guía de Madreselvas amarillas en el muro principal. Ella misma clavó los pestillos de donde podrían afianzarse al crecer. En unos meses sería una pared de hojas y florecitas que despidieran aroma cada noche. Puso arbustitos de Bojes en las esquinas de la terraza y cerca de los travesaños de la pérgola. Usó líneas de astilbes para circundar todos los muros de la terraza, excepto la sección con luces. Se veían como espigas de algodones rosados, Olive las llamó un "pedacito del campo".

Después de coser juntas algunos diseños para los pabellones, se percataron: no funcionarían para los días de lluvia o nieve. Olive llamó a su hermano para preguntarle si era posible aumentar un poco su presupuesto. Mandó hacer un techo con caída de agua, estilo tejado. Jael pudo poner enredaderas de Madreselva en los postes. Como era un techo construido a base de un andamio, podrían desplazarlo cada vez que necesitarán sombra en otra sección de la terraza o para modificaciones futuras.

Tras una larga semana de mover, acomodar, sembrar y decorar, estaban cerca de terminar. Los últimos detalles fueron la mueblería y el equipo de sonido en puntos discretos, con buena acústica. Olive quería que incluso afuera las personas pudieran escuchar la música que se tocaba adentro. "Creo que, con el tiempo, podríamos poner un bar aquí arriba también". Se veía entusiasmada con los nuevos detalles que incorporaban. Jael pasó muchas horas a su lado; comían juntas en su casa –sólo requerían del metro para llegar–, y tomaban café o té del club cuando estaban muy cansadas para continuar. Olive tomaba fotografías constantemente. "Para mostrárselas a mi hermano y a la Señorita Sharma". Poco antes de terminar, ellos les enviaron un mensaje. Olive lo leyó para Jael:

—La Señorita Sharma pregunta si podríamos agregar lirios de los valles —le mostró la foto que habían anexado.

Jael le preguntó a Mamá. No era una flor particularmente resistente para el clima de Alemania. *"Tendrán que darle muchos cuidados... Pero es una bella elección"*. Mamá sabía de flores y sus significados, más que cualquiera. Encontrar lirios del valle fue difícil. Jael tuvo que hacer una búsqueda en internet e ir a una florería especializada del centro de Mitte. El encargado consiguió varios manojos en maceta y semillas para nuevos retoños. Le garantizó que florecerían si seguía sus instrucciones. Jael plantó los lirios ya maduros en los espacios que había entre las macetas de las astilbes. Si el resto florecía, le dijo a Olive que podrían usarlos como decoración para el centro de las mesas. A Olive le encantó la idea.

Cuando todo su trabajo estuvo terminado, Jael se percató de algo peculiar: Con los colores de las diferentes flores, la mueblería y el estilo de la terraza, los lirios del valle completaban un cuadro conciso. La terraza tenía todos los colores que su maestra solía llevar en sí misma. Amarillos de jazz en las Madreselvas, purpuras y rosados de su cabello teñido en las astilbes, verdes que recordaban a sus bonitos ojos color jade en cada boje y tallo de las flores. Sólo hacía falta un elemento que pareciera danzar con el viento. Las campanitas blancas de los lirios había sido la respuesta. La señora Sharma era muy observadora, quizá ella sabía de flores tanto como Mamá y de su relación con las personas.

Olive planeó una noche especial para inaugurar la terraza. Hubo música en vivo y un performance hecho por las mismas chicas que habían ayudado a Olive en su presentación de *Lalaland*. Jael le avisó al coach que llegaría tarde esa noche, también a Mamá y a Jerry. Pensó en invitar a su entrenador; pero él dijo que estaría ocupado. Aun así, Jael disfrutó mucho de la fiesta. Todavía no sabía bailar jazz, pero lo intentó. Tuvo más de un error, tratando de seguir el

tempo. El jazz era más tumultuoso que la danza irlandesa. A Jael le encantó; un maestro de STEPS le dijo que podría ir a sus clases cuando quisiera. “Me gustaría ver si eres mejor que tu compañero”. Jael no supo qué querría decir y tuvo tanto por bailar que no pudo preguntar.

Olive la dejó ir antes de que se hiciera muy tarde. La abrazó, antes de que subiera al taxi. Le pasó una bolsa de papel decorado.

—Postres del club y algo para Erwin. Hay otra cosa más para ti, no quiero que la devuelvas... ¡Muchas gracias por todo!

Jael le dijo que no era nada. Ver a los comensales anonadados por el piso decorado, las luces y las flores había sido la corona de su noche.

Llegó a Köpenick antes de las 10. Las luces estaban apagadas y no quiso encenderlas para no molestar a su coach si acaso estaba dormido. Fue a su habitación, se quitó su ropa para ponerse la pijama. Durante sus compras, Olive la había ayudado a elegir un conjunto de falda amplia de color rojo, blusa blanca y fajilla ancha. Había dicho que lo necesitaría para alguna fiesta de jazz y así fue. Jael colgó todo en ganchos y los metió al guardarropa. Abrió la bolsa que su maestra le había dado. Postres de chocolate y vainilla, un queso fundido que podría recalentar mañana para el coach si él quería. Jael los metió a la nevera, luego regresó a su cuarto.

Alcanzó a sentir algo en la bolsa de papel. Jael sacó el sobre decorado. Tenía una tarjeta de agradecimiento. Al abrirla, una docena de billetes resbalaron. Jael leyó la letra de Olive, mientras se encorvaba para levantarlos.

“Hiciste un trabajo estupendo.
De parte de todos en The Good Times”.

Jael se sentó en el suelo. Contó con un rápido vistazo los euros. Pensó en devolvérselos a Olive mañana mismo. No los merecía...

El obrero es digno de su trabajo.

Papá solía decirlo cuando Mamá y él hacían las cuentas cada fin de semana. Mamá siempre se preocupaba porque fuera insuficiente. Papá le decía que Dios proveería de lo necesario, así tuviera que hacer llover pan del cielo. “¿A Dios le gusta alimentar holgazanes, Jeremhya? ¿Cuál es *mi* merito si siempre nos lloverá pan del cielo?”. Papá se reía y la abrazaba. Escondida atrás de la mesa del desayunador, Jael podía ver que le daba un besito en la mejilla. “Haces tu trabajo, mujer... Pero el Señor también nos recompensa por nuestra fe. El obrero es digno de su trabajo”.

Jael apretó fuerte los labios y el dinero. Se durmió, con su corazón pletórico de fe y gratitud.

◆◆◆

Erwin se levantó a buena hora para hacer el desayuno. Sus asuntos con la UIP habían culminado, con un certificado de aprobación para él y su equipo. Erwin esperaba que fuera suficiente para recuperar la confianza del Comité en ellos.

Se asomó al pasillo, en dirección a la puerta más cercana al recibidor. Estaba convencido de que no se había abierto, que la persona quien llegó a las 10 de la noche en un taxi, seguía ahí dentro. ¿Eso era de su incumbencia? Se obligó a regresar a la cocina. No, no era de su incumbencia.

Ya había hecho demasiado al conducir a la ferretería de la avenida, para buscar en la sección de viveros y traer eso...

No-es-de-tu-incumbencia. Repitió en su cabeza. El hecho de que ella no hubiese comentado nada sobre el nuevo "polizón" en el patio demostraba que, en efecto, no era un asunto en el que tuviera que involucrarse. Debería ir allá y sacarlo del patio, echarlo al auto y botarlo en la carretera.

Luego lo multarían por dejar desperdicios en vías públicas.

¿Acaso era un niño? Estaba comportándose como si fuera un chico de Wengen que no sabe cómo tratar con una persona del género opuesto. Aquello no era más que un objeto, comprado sin mucha atención, como compensación porque alguien había tenido en cuenta su fecha de cumpleaños.

Un objeto que, seguramente, debió resultar de muy mal gusto si su destinataria no había pronunciado palabra. De hecho, el artefacto seguía en el mismo punto donde lo dejó desde la tarde que lo compró. El octavo día del mes. Hoy era once. Seguramente había sido un acto de mal gusto. ¿Por qué iba a ofrecerle nada más que su coacheo? ¿Y por qué no habría de hacerlo?

Una lista de razones negativas se desenrolló en su cabeza. ¿Había sido tan ingenuo como para ignorarlas todas?

Se apretó el tabique, negando varias veces.

—¿Coach?

Pudo resistir el respingo y cualquier grito de sorpresa. Miró a un costado, haciendo acopio de sus fuerzas. No había ropa formal, sólo la misma pijama de la que Stephen se había burlado en una entrevista. Su competidora parpadeó, confundida.

—Lo siento, ¿lo asusté? Debí anunciarme, como en las películas... —se rio. Erwin asintió, formal. Dijo "buenos días."

—¿Quieres...? Hice el desayuno, por si tienes hambre. O probablemente tengas planes con Olive hoy, también...

La oyó negar, sus pasos a la isleta de mármol blanco.

—No. Terminamos ya. Nos hubiera gustado que viera lo que hicimos... Olive organizó una bonita fiesta, fue divertido...

Erwin escuchó detalles minuciosos. Sirvió dos porciones de omelette; su competidora le ayudó a servir café, hizo un espacio en su anécdota para preguntarle por su agenda del día.

—¿No irá a las oficinas de la UIP otra vez? —Erwin dijo que no. Su competidora movió los ojos, pensativa—. ¿Entrenaremos?

—Todavía no, Jael. Stephen llegará hasta mañana. Insisto en que es bueno que descanses...

—Pero siento que ya descansé mucho.

—Dijiste que estuviste trabajando con Olive... Y hacías cardio general, ¿verdad?

Ella asintió. —Pero no es lo mismo. Extraño el hielo...

Movió un dedo sobre la mesa, sus labios se arrebujaron. Era casi un puchero. Erwin carraspeó, pensando en eso que había en el patio y en eso que había en su escritorio. Se recordó que no debería dejarse llevar por una rutina matutina que no merecía.

Su patinadora terminó de comer. Lavó los trastos a cambio de que él hubiese cocinado. Erwin fue a la sala, con una carpeta llena de formularios que la UIP le había entregado. Cinco minutos más tarde, su patinadora estaba allí, echando miradas hacia él y a la pantalla. Erwin consideró el hecho de que quisiera mirar una película y él fuera un polizón estorboso. Estaba a punto de ir a su recámara cuando ella se movió.

—¡Tréboles gigantes! No he podido revisar mis flores. Les dejé agua pero... ¡Ahora vengo!

Se perdió en el pasillo. Sus pasos y la puerta abriéndose lo mantuvieron en el sillón. Bien, aquí iban. Sólo era un objeto. Y nada...

—*¡Conejos de la Comarca! ¡Coach!*

No tuvo que ir. Ella regresó corriendo, bamboleándose debido al peso de la maceta honda que levantaba a duras penas en sus manos. La puso con cuidado, entre los dos.

—Había una maceta gigante en el patio, coach...

—Ah, sí...

—¡Y es muy pesada!

—Sí, eso creo...

—¡¿Cómo llegó allí?!

—Porque yo la compré...

Se quedó muda. Muda y perpleja.

Erwin se quitó los lentes de lectura y terminó: —Hace unos días.

Los ojos de su competidora se mantuvieron abiertos, luego pensativos. Erwin vio su rostro bajar y subir, con indecisión.

—¿Va a plantar una Pata de Elefante, coach?

Erwin no tuvo idea de si eso era sarcasmo o si acaso existía una planta con tal nombre.

—La compré para ti, Jael.

Sus ojos crecieron mucho más. Erwin se dedicó a limpiar sus anteojos con una franelilla, deseoso de ignorar su propia vergüenza.

—¿Por qué hizo algo así, coach?

La miró bien. ¿Se veía incómoda, enrojecida de las mejillas por esa razón? Erwin suspiró.

—Te pido disculpas. Posiblemente fui demasiado lejos. No era mi intención ofuscarte. Sólo quería agradecer tu gesto con el postre. No había celebrado mi cumpleaños en mucho tiempo y... Si me dejé llevar, descuida, la sacaré de aquí...

Se levantó. Antes de poder asegurar ese bólido de cerámica, ella se había encorvado para sujetarlo. Negó, tozuda.

—Me la quedo, me la quedo. No se la lleve, por favor... —abrazó el contorno, tenía que usar los dos brazos—. No tenía que agradecerme, coach. Pensé que no iba a gustarle. Pero me dio mucho gusto cuando me di cuenta de que usted lo había aceptado.

Erwin entendió la indirecta. Había dejado muchas bandejas intactas, afuera de su habitación.

—Fue amable de tu parte... ¿Le preguntaste a alguna persona sobre la fecha?

—Cualquiera que busque en internet puede leer su ficha de figura de patinaje —le sonrió —. Como no sabía su sabor favorito, hice algo muy general. Con ositos de goma. Pudo tener un sabor muy raro...

Erwin se sentó de nuevo. —Fue un toque interesante.

Le cedió espacio cuando ella se levantó del suelo para buscar un lugar en el sillón.

—Podría hacer otro, coach. Y esta vez será de algo que a usted realmente le guste. Sólo tiene que decirme su sabor favorito.

Erwin simuló meditarlo. —Pensaré en algo.

—Y podría pedirle a Olive que organicemos una fiesta, pedirle a otros que vengan y...

La detuvo, con un gesto de desaprobación. —Temo que no me gustan mucho las fiestas, Jael. Prefiero las actividades con menos personas.

Sonaba igual a un cavernícola. Suspiró. Su competidora no lo recriminó.

—¿Pero todavía tendría permiso de hacer el pastel?

Sonrió, suplicante. Erwin refrenó la risa entre sus dientes.

—Si tú quieres, sí...

Ella dio unas palmaditas y de pronto, sus ojos refulgieron con una idea.

—¿Le gustaría ver una película, coach?

Esta fue una súplica más concisa que la de hacerle un pastel. Erwin paladeó el no y las excusas que podrían sacarlo de la sala. Ya había agradecido, el dios de su padre podía borrar una deuda de su lista de crímenes.

Sin embargo, ¿qué clase de deuda volvería a recaudar si aceptaba fingir cortesía una vez más con tal de apagar el remordimiento en su consciencia? Una inocente tarde mirando el televisor para sentir que era otra vez una persona sin lesiones, con futuro, sin temores. O una inocente tarde mirando películas para hundirse en los mismos juicios.

Sólo levántate, agradece y discúlpate, regresa a tu cuarto...

—Claro. ¿Qué quieres ver?

La ilusión se apoderó de la mirada de azul océano.

—Tengo una lista nueva. ¿Recuerda que dejamos algunas pendientes la última vez? ¡Iré a cambiarme muy rápido y regreso! ¡Ay! —casi tropezó contra la maceta—. Lo siento. La recorreré un poquito. ¡Vuelvo en un segundo!

Se esfumó y cerró su habitación. Erwin tuvo dos minutos para reconsiderarlo. Ella regresó antes de que quisiera hacerlo. Le cedió el control remoto a su patinadora, oyendo sus recomendaciones o las preguntas para que él dijera una sugerencia. Escucharla atropellar sus propias palabras le hizo sonreír. ¿A quién le importaba lo que él quisiera de una simple película? A una persona, al parecer.

Jael presionó finalmente uno de los títulos. Estaba acomodándose en su lugar cuando un chasquido de llaves abrió la puerta con rudeza. Los dos escucharon que la hoja se azotaba contra la pared. Jael puso PAUSA antes de que comenzaran los créditos de inicio.

—¿Steph?

Su coach también se había levantado. Stephen soltó su valija en el pasillo. Entonces, se dio cuenta que los dos estaban aquí. Su cara pálida adoptó un tono rojizo que provocó que su moretón se pusiera más amarillo. Los miró a los dos, los ojos fruncidos de ira.

—Qué bien. Parece que este es mi día. Están aquí. Los dos. Qué bien, qué bien, qué bien. Lo que tengo que decir es para los dos... Siéntate, *weirdo*... Primero voy con el coach.

Jael sintió un tirón en su interior. ¿Por qué llegaba tan molesto? Iba decir algo; su coach se atravesó, cauteloso. Tal vez presintiendo el peligro mucho mejor que ella.

—Pensábamos que estarías aquí hasta mañana, Steph.

Stephen escupió una risotada. Se movió por la sala, con vueltas, igual a un animal a punto de saltarle encima a quien tenía en frente.

—Es la virtud de tener una mina de dinero, coach. La maldita virtud de ser rico a costa de todo. Un asiento de último momento desde Nueva York no es problema para gente como yo. Y hablando de dinero, vamos a hablar de dinero ahora mismo. Es de lo único que estuve escuchando estos días con Howard. Dinero, dinero, dinero. Puede comprar todo, ¿eh? Un avión exprés en primera clase, un equipo de patinaje, ¡hasta puede comprar a la jodida UIP y vetarme ilegalmente si quiere!

Jael intentó dar un paso para verlo mejor. *"Tranquilo, Steph..."*, susurró, buscando calma también. Su coach se movió de nuevo, para cerrar el espacio y de nuevo quedar en medio.

Aunque no subió el volumen de su voz, sonaba más alerta.

—¿Por qué no tratas de explicarme un poco mejor, Steph? Aunque no lo creas, no entiendo de qué estás hablando.

Steph se detuvo, su pecho y sus hombros subían y bajaban con respiraciones fuertes. Fulminó a cada uno con sus ojos de topacio oscuro. Ardían.

—Dime, ¿sucedió algo en tu viaje? —Erwin intentó otra vez.

Por fin, la expresión de Stephen reaccionó. Como si hubiera pensado todo lo que quería decir durante su vuelo de regreso, sacó cada palabra sin prisa. La ira calentó cada palabra, a fuego lento.

—Me arruinaron, coach. Todos ya lo sabían. Es una jodida broma que me haya enterado así, en esa estúpida ciudad americana. Ese entrenador de porquería, Günt, ese viejo avaro de Howard, los del Comité... Me metieron a esta... a esta basura por dinero. Cinco años sin patinar, tres como una bailarina... Aprovecharon mi único error en esa final de *Grand Prix* para quitarme todo. Mi patinaje, mi categoría, mi nacionalidad... —su cuerpo tembló—. Y solo faltas tú para completarlo, Erwin. No me voy a tragar eso de que llegaste de pronto, recomendado por el mismo entrenador que me vendió. Vas a decirme ahora si tienes algo que ver en toda esta trampa. Juro que si descubro que tú lo sabías voy a arruinarte también. ¡No más sueños de patinaje para ninguno! Ni para mí, ni para ustedes. Así que bien, coach, si fuera tú, pensaría bien lo que voy a decir... Porque si no, voy a hacer que ella se entere de todo. Lo que somos, *lo que hacemos,* justo ahora, ¡frente a ti se lo voy a decir!

Jael sintió que un escalofrío la recorría. *¿Qué está pasando?*

Las imágenes de la fiesta en Las Vegas corroyeron su calma. Ese pobre sujeto, gritando por ayuda. La última mirada que Stephen le dio estaba cargada de advertencia. Jael miró a su coach, segura de que él tampoco entendería nada.

—¿Coach?

Pero al ver sus ojos, no encontró desconcierto ni duda en ellos. Sólo la preparación. Como si algo muy malo fuera a suceder. Algo que él conocía bien, que esperara a que llegara, así como Stephen llegó hoy inesperadamente, tarde o temprano.

Algo que finalmente iba a ocurrir, para arruinar al equipo de una vez por todas.

Equipo Rusia

Capítulo 11

...y la verdad de su tierra baldía

Magadán, 2019

Siguió mirando las volutas de nieve, el viento agitándolas. Anna sintió la misma agitación en su interior.

—Te dije que teníamos que irnos.

Susurró, sin apartar la vista de la ventana. Mikhail pudo escucharla bien.

—Yo no traje la nieve, Anna.

Anna quiso gritarle. Se mordió el labio, cerrando los ojos.

—Será mejor que le llames a Vidhi, Mikhail. Es mejor que sepan cuanto antes que no iremos al *Rostelecom...*

—¿Cómo sabes que no iremos?

Anna se levantó: —¿Acaso no ves la tormenta?

—Puede detenerse en cualquier momento, ya te lo dije. Aún nos queda una semana antes de que inicie la competencia.

Mikhail la contempló, sentada en la esquina de la cama, sin moverse. No había levantado la voz ni un poco, pero Anna detectó el timbre de advertencia. Lo atravesó con sus ojos fríos.

—Lo que pasó en esta casa y con mi familia no es asunto tuyo, Mikhail. Pero esto sí es tu culpa. Y ahora voy a perderme una competencia gracias a tu insistencia de...

—¿“Perderte”? También es *mi* competencia, Anna. Me importa tanto como a ti.

Camino hacia ella. Anna no retrocedió.

—¿De verdad? Pues si te hubiera importado realmente, me habrías escuchado cuando te dije que nos quedáramos en Moscú.

—Anna, lo hice por ti. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Esta es tu familia, no puedes desprenderte de tu familia tan sólo así. Es parte de ti y...

—¡Ya basta, Mikhail! ¡Deja de decir lo mismo!

Caminó hacia la ventana de nuevo. Mikhail sujetó su brazo y la giró con rapidez.

—Estoy hablando contigo, Anna. No vuelvas a darme la espalda.

Fue la frase más tenue de todas pero fue capaz de dejar a Anna muy quieta. Mikhail percibió la cautela en su mirada y el agarre fuerte con el que la tenía sujeta. Un fuego de ira le llenó el pecho. Una advertencia. Una voz le dictó que era mejor salir de allí. La soltó y dejó la habitación, contando sus respiraciones.

Cuando salió al pasillo un fuerte portazo cimbró la casa, detrás de su espalda. Mikhail se volvió, ardiendo otra vez mientras miraba la puerta cerrada. Estuvo cerca de

ceder al impulso de golpear la puerta.

El agujero más allá atrapó su vista. La imagen de la escopeta que Anna arrojó, las lágrimas en su ojos...

Trató de concentrarse. *Señor, Señor...*

Fue a la sala a sentarse. Con la cara entre las manos, inhaló y exhaló. ¿Qué estaba pasándole? Estaba furioso. ¿Con Anna? No. ¿Con Dios? Podría ser...

¿Para qué me dejaste venir, Señor? Hablamos de esto. No escuché ninguna negativa. Entonces, ¿por qué?

Pudo ver la brisa gélida, más allá de las cortinas de la sala. Ya había visto muchas nevadas antes, pero esta era diferente. La peor parte de la tormenta había durado unas horas, pero había rodeado con nieve a la casa igual a que si hubiera caído una avalancha. Los copos blancos seguían cayendo, entre soplos mucho más suaves. No parecía que fueran a parar pronto.

Mikhail resolló de nuevo, contra sus palmas.

El olorcillo de una infusión caliente vino a su nariz. Mikhail entornó ligeramente el cuerpo; Darya Pavlova estaba en el umbral de la cocina; le pasó una taza de té. Con otro suspiro, Mikha la sujetó.

—Gracias —la vio sentarse, en el otro sillón.

—Es mejor calentarse. No tengo mucha leña, no esperaba la nevada... Lo mejor es mantenerse en calor sin usar mucho la chimenea, por el momento.

Mikhail asintió, dirigiendo un vistazo a la chimenea; estaba casi moribunda. Por varios minutos, ninguno habló. Mikha percibió los ojos angustiados de Darya Pavlova, bebiendo entre sorbos.

—Este Oblast es muy impredecible. El año pasado no nevó sino hasta mitad de Diciembre. Las tormentas en noviembre no son tan poco probables... Aunque esta vez, fue muy repentina —una mirada culposa más concisa—. Lamento que arruine sus planes. Annya debe pensar que es a propósito...

—Usted no convocó a la nieve, señora Grekova. No es culpa de nadie.

No lo creyó por completo. Las palabras de Anna lo carcomían. Era su culpa. Y ahora se perderían el Rostelecom y todo el *Grand Prix*. Ya les había hecho gastar el dinero de su sede americana, ya había usado más para otros gastos, y Anna estaba enojada, y él también.

Suspiró. La madre de Anna puso una mano sobre su antebrazo. Fría y muy tenue. Apenas un segundo, antes de apartarla.

—Les serviré el desayuno.

Darya puso la mesa para los tres. Sirvió un guisado de coles y verduras en tres cuencos, dos platos con panecillos rellenos de pescado. Mikhail llamó a Anna detrás de la puerta. Ella gritó muy fuerte que no tenía hambre. Mikhail pensó en derribar la puerta, gritarle que era una necia y finalmente en halarla a la mesa. Pensar así lo atormentó. Comió en silencio, ahogándose en sus ideas.

Después de que Darya Pavlova retirara los platos, la nieve siguió cayendo. Mikha le dio miradas a la ventana, suplicante. No había nada qué hacer. A menos que fuera Elías y se sentara a orar tres veces, el clima no cambiaría. Pensó en regresar a su habitación, al menos podría dormir y estar más descansado si acaso la nieve paraba. Permanecería en el cuarto con Anna, expuestos a otra disputa... Cambió de idea. Buscó su Biblia en su valija y regresó a la sala a leerla.

Oyó que Darya Pavlova se movía en la cocina, haciendo sus deberes como en cualquier otro día. En Alemania, la costumbre en un día de nieve era mantenerse quieto, bebiendo chocolate caliente y tartaletas. Su rutina en Moscú no había sido tan diferente, sólo que había cambiado el chocolate por cervezas cuando tenía a Maddy, luego a café o té con Anna. En cambio, Darya Pavlova hacia sus actividades, sin reparar en el frío que estaba aumentando o en el silencio que estaba invadiéndolos.

Mikhail no podía concebir una vida así, día tras día, año tras año. Si él hubiese sido el hermano de Anna, se habría marchado también. Y si el padre de ambos había sido como Anna lo había descrito, tampoco habría regresado. El hermano de Anna debió tener una muy buena razón para querer hacerlo. Aun así, Anna se había mantenido lejos... ¿Para qué la había traído aquí? ¿Por decisión propia, por el patinaje...?

Se ordenó dejar de pensar. Abrió su Biblia. Por más que leyó, los versos de los salmos no relajaron su mente. Mikhail leía palabras, pero no llegaban a concretarse en hechos dentro de su alma. Tenía que hablar con Anna y pedirle disculpas por su discusión. ¿Por qué siempre que peleaban tenía que ser él quien pidiera perdón primero? Era injusto, era cruel y...

Suficiente. Cerró la Biblia, furibundo. No volvería a hacer caso a ninguna voz que le dijera que debía involucrarse. De ahora en adelante, retrocedería al mismo punto en el que sólo se ocupaba de sus propios asuntos. Patinaje, proyectos, quizás Anna, con un límite cuando se tratase de ella. Buscar su beneficio, evitar cualquier dificultad...

Sonaba tan ridículo como imposible. Mikhail ya había aprendido, que arriesgarse por otros era la única forma en la que podía ver más allá de una medalla. Y en la que podía obtener un premio mucho más valioso. Dios se había arriesgado con él y con todos; brindar menos que ese nivel de amor, no era posible.

¿Eso quería decir que tenía derecho a involucrarse así en la vida de Anna y Darya Pavlova? ¿O en la de Erwin? ¿En la de cualquier otra persona? Mikhail conocía la respuesta. Todo era más fácil cuando patinaba y ya...

Otra vez los mismos pensamientos, dando círculos en su cabeza.

Darya Pavlova se metió a la sala a revisar la chimenea. Mikha la vio mover los leños y echar otro a la boquilla. Las flamas apenas crecieron un poco; el vendaval afuera no amainó. Mikhail pensó en decirle que echara más varas de madera al fuego, comenzaba a sentir frío en los dedos y en la cara. Calló al ver la cantidad de leños en la repisa lateral de la chimenea. No eran muchos.

Darya Pavlova se entornó, agachada aún. Notó a Mikha mirándola y bajó la vista.

—Hace frío. Mi esposo rara vez procuró buena leña... Decía que le daba malos recuerdos.

Mikhail hubiera querido preguntar por qué. Alguien llamó a la puerta de la verja frontal. Una fuerte voz masculina sonó al otro lado de la casa.

—*¡Darya!*

La madre de Anna se levantó, miró por las cortinas. Luego corrió a la puerta y abrió. Mikhail se levantó cuando un hombre de baja estatura atravesó el umbral, se quitó la nieve de los hombros y de sus gruesas botas. Estaba hablando con Darya Pavlova cuando reparó en su presencia.

—Oh, no sabía que estabas con alguien...

Miró a Mikhail de arriba abajo. Sus cejas pobladas se fruncieron, consternado. Por su tamaño robusto resultaba curioso de ver, especialmente con tanta ropa térmica cubriéndolo.

—Es novio de mi hija.

—¿Tu hija está aquí?

Anna se había asomado desde la habitación. Mikhail la encontró quieta, en el pasillo. Se concentró en el recién llegado. Extendió una mano.

—Soy Mikhail Luttenberger.

—¡Y es alemán! —sacó una carcajada, pero lo saludó, conciso.

—Valijk Ptrovich. Soy vecino de los Grekov desde que... Desde hace mucho —sonrió, formal. Mikhail trató de no distraerse con su sombrero. Con esa ushanka de piel, parecía que un zorro negro se le había enredado en la cabeza.

Anna terminó de acercarse. El hombre abrió los ojos al encontrarla.

—*¡Ioilki-Palki!* ¿De verdad eres la *pequeña* Annya? ¡Por la Trinidad, Darya! Tu hija creció mucho. Y qué parecida está a ti... Si no te tuviera aquí al lado, pensaría que te volviste joven. Qué gusto verte otra vez, Annya. Eras un pececito cuando te fuiste, mira cómo te has puesto. ¿Por qué no me dijiste que venía tu hija, Darya?

La madre de Anna se encogió, nerviosa y tímida, acomodándose el delantal.

—Fue repentino. Vinieron por...

No terminó la frase. Valijk Ptrovich asintió, consenciente. —Comprendo. Es dulce de tu parte, Annya.

Anna no sonrió cuando él lo hizo. Se cruzó de brazos, dentro de la chaqueta de Mikhail. Su expresión era tan gélida como el viento allá afuera. Valijk Ptrovich soltó una exclamación, sin ofenderse por su expresión.

—Tu hija se parece mucho a ti, Darya... Pero veo que heredó los ojos de tu esposo.

La mirada de Anna ardió. Preparó una palabrota; Mikhail puso una mano sobre su hombro, mirándola en silencio.

La madre de Anna intervino. —¿Qué puedo hacer por ti, Valijk? ¿Le agradeciste a tu esposa por su pastel *molokó?*

—Sí, claro. Hizo más, por si quieren un poco... —se acomodó el gorro—. Sé que estás pasando por mucho y que lo último que quieres es que te molesten... Traje la camioneta. Mi hijo Dimitri y yo vamos a ir con otros hombres a la parte oeste. Hay leña en la reserva, y suministros. Con esta tormenta, vamos a terminar muy rápido con todo lo que tenemos en casa. Creímos que es mejor si vamos ahora por más, tú sabes que nunca es seguro si la tormenta va a terminar en un día o en quince.

—¡Quince! —Anna abrió la boca, mirando a Mikhail.

Mikha trató de no entrar en otro nuevo estado de pánico. El señor Ptrovich no supo qué decir ante la expresión de Anna. Se acomodó la visera de su gorro otra vez, mirando a Darya.

—Pasaba a preguntarte si quieres que te traigamos un poco. Sin Konstantin, ya es más difícil hacerte de tus propios suministros...

Darya asintió. —Se los agradezco. Te daré dinero.

—Déjalo. Gastaste mucho en el funeral y en todo eso. Sólo quería avisarte, para que no te angustiaras... Volveremos en unas horas.

Se despidió de los 3. Apunto de salir, se detuvo, echándole otra mirada a

Mikhail. Regresó los pasos que había dado.

—No quiero sonar grosero, Darya pero... Nos vendría bien tener más ayuda. Por si hay mucha nieve en el camino o por si nos atascamos.

La madre de Anna enrojeció, abochornada.

—Oh, no, Valijk. Él es mi invitado. No puede ir, esta no es su responsabilidad.

Le dedicó un vistazo de vergüenza, luego bajó los ojos. Pero Mikhail asintió, comprensivo en un segundo.

—Está bien, puedo ir. Es mejor que quedarme sin hacer nada...

El señor Ptrovich sonrió, complacido con su respuesta. Anna trató de detenerlo. Mikhail la tranquilizó.

—Me servirá para saber si hay forma de ir al aeropuerto, Anna.

—Entonces voy contigo...

—No. Hace frío. Quédate aquí.

Notó su deseo por replicar. Anna le devolvió su chaqueta, con la mandíbula rigida. Cuando Mikha trató de acariciarle la mejilla, Anna se apartó. Mikhail no lo resintió. Se despidió de ambas.

Salió a la intemperie y siguió al Señor Ptrovich.

◆◆◆

Anna lo vio subir a la camioneta para nieve con ese hombre.

Se abrazó a sí misma, echándose al sillón más cercano a la chimenea. Sólo le había quedado su blusa de mangas largas para resistir el frío hasta que Mikhail regresara. O podría ir por su frazada y envolverse como Masha y ella habían hecho cuando niños.

Alejó la idea, molesta.

Aquella mujer se quedó junto a la ventana.

—Espero que no nieve mucho... —comentó, como si fuesen cercanas. Como si a ella le interesaran sus comentarios.

Anna concentró más su atención en el fuego. Escuchó que ella iba al sillón del otro lado y se sentaba. Anna pensó en seguir en silencio. Pero su presencia no se iba. Estaba allí como la de ese otro hombre que bebía en aquel sillón frente al televisor.

—No debiste dejar que ese sujeto se lo llevara —masculló, luego de un rato.

—Él se ofreció a ir.

—Porque tú no hiciste nada para evitarlo.

No hubo una respuesta inmediata. Anna quería decir más, herir más. Se concentró en las llamas.

—Es un buen muchacho —oyó a unos pasos—. Qué bueno que lo hayas encontrado.

Anna odió que sonara así. Arrojó, tajante:

—Yo no lo encontré.

Ella no lo había buscado. No había sido como con otros, cuando Nikolai le enseñaba cómo atraerlos... Había sido diferente. Había sido obra de alguien más o eso concluía cada vez que lo pensaba. De haber sido por ella, habría sido un final muy distinto. Mikhail jamás la hubiese mirado de no ser porque Vidhi y su equipo interrumpieron su deseo de retirarse. Aún seguía sin merecer que la mirara. Mikhail tendría que haber puesto su atención en una mujer diferente, más allegada a la forma

en la que él creía en Dios, más similar en sus decisiones. Más integra.

Pensar así la atormentaba.

—¿Cómo se conocieron?

Anna apretó las cejas. —Eso no es asunto tuyo.

Vio el efecto de sus palabras. Su madre cerró los labios y agachó la cara. Anna quiso sentirse orgullosa, pero no pudo. Siguió mirando el fuego que se consumía.

—No creo que haya sido tan malo como yo conocí a tu padre... —continuó ella, baja, como si a Anna le interesara—. Aunque yo no tuve opción. Eran otros tiempos y debíamos casarnos si se quería asegurar un futuro...

—¿Así que te casaste con ese sujeto porque no tuviste "opción"?

Se burló, concentrada en las llamas.

—En parte... Lo quise, al principio. Después las cosas cambiaron y él cambió mucho también... Era un hombre muy perturbado.

¿Era lástima lo que detectaba en su voz? Anna la odió.

—Era un ebrio y un abusador. Lo único que recuerdo de este lugar es lo que él hacía con nosotros. No trates de defenderlo.

—No estoy defendiéndolo. Es tan sólo lo que vi. Viví suficiente con bajo su yugo. Yo presencié el cambio que sufrió un hombre atormentado como él. Como muchos aquí.

Anna respiró hondo. —Si estás hablando de Masha no sabes lo que dices...

—No hablaba de Makzim, hija. Sino de otros. Tu padre sólo fue uno de los muchos. Eran niños que nacieron en el encierro... Magadan: La Tierra de los Gulags. Tu padre hizo mucho para salir de esa vida, pero la prisión vivía en su mente. La prisión nació con él. Y a partir de ahí, sólo empeoró...

—Para gritarnos, para golpearnos, para hacer que Masha y yo tuviéramos que huir de este lugar. Tuvimos que vivir en una pocilga por meses, tratando de conseguir dinero, gracias a ese “hombre perturbado”. ¡Deja ya de defenderlo! Es por él que Masha está muerto. ¡Y también por ti!

Se había levantado, con los puños apretados para gritarle. El cuerpo encogido de su madre la detuvo de arrojarle otra oleada de palabras. Masha y ella se habían ovillado así tantas veces. Y esta mujer había tenido que hacerlo por muchos años más.

Anna volvió a sentarse, presionando las rodillas una contra otra para resistir el impulso de escapar. Durante casi una hora, sólo oyó el crepitar de las llamas. Soslayó los movimientos al otro lado, pero no miró. Ni a sus lágrimas, ni a sus suspiros, ni a nada. Así lo habría querido su hermano.

“Firme, como una digna hermana”.

Sin más llanto silencioso, su madre se levantó después de un largo tiempo.

—¿Te gustaría un poco de té, Annya? O tengo listo el desayuno si...

—No.

—Esta vez no tiene pescado. Podrías...

—Dije que “no” —la fulminó. Su madre guardó silencio y regresó a su asiento, lento.

Anna regresó su atención al fuego. Se miró los dedos. Temblando. ¿Por qué le ofrecía té como si fuese otro día de vivir juntas? ¿Por qué pretendía que nada de su pasado existía? Acababa de gritarle, ¿por qué insistía?

La mujer allá atrás se removió. Anna oyó su voz débil, orgullosa.

—Los vi patinar, Annya... Me parecieron asombrosos, los dos. Siempre te he visto. En la Biblioteca hay un cine con películas tuyas.

—Se llama internet.

—Es cierto. Internet. Las encargadas me ayudaban a ver tus programas. Los miré todos, sin demasiada diferencia horaria de cada competencia. Fui una vez en medio de una tormenta como esta para no perderme el resultado. Tus programas son hermosos, iguales a ti.

¿Hermosos? *"Vacíos..." Iguales a mí.* Sus días de patinaje individual; una muñeca sin vida. Suspiró, atorándose las palabras en el paladar. Ya no era esa Anna, ahora amaba el patinaje, ahora tenía propósito...

—Tu padre también vio algunos.

Anna ya no pudo ocultar una sonrisa. —¿Estaban tan preocupados de no perder su inversión en mí?

—Yo jamás toqué dinero de tu patinaje.

—¿De verdad piensas que voy a creer eso? Siempre eras tú quien llamaba a Hedda o a Nikolai. Lo único que querías saber era si había resultado ganadora en algún campeonato. Les pedí que te llamaran para hablar contigo. "Tu madre no puede hablarte todo el tiempo, Anna. Espera a que ella nos llame". Sólo llamabas al final de cada competencia.

Ella estaba negando, llena de dolor.

—Intenté muchas veces, pero nunca pude...

Anna se levantó: —No me importa —su madre cerró la boca, la abrió para intentar decir más. Anna se lo impidió—. Dejó de importarme, desde hace mucho. Así que ahórrate las palabras de dolor. Jamás olvidaré lo que hicieron y jamás voy a olvidar lo que vi en la habitación de Masha ayer. Lo que te suceda a ti o a este lugar, nunca volverá a importarme.

Caminó a la recamara, convencida de que ella lloraba otra vez. Anna cerró la puerta, con tanta fuerza, que pudo silenciar la tormenta del exterior.

Sólo la exterior.

La tormenta en su interior apenas tomaba fuerza.

◆◆◆

Mikhail caminó, con cuidado, para no hundirse en la nieve. Siguió las pisadas de Valijk Ptrovich. El robusto hombre de Magadán parecía completamente acostumbrado a tener que andar por un camino de nieve recién caída. Mikhail trastabilló más de una vez, temiendo dar un mal paso que lo dejara sepultado hasta la cintura.

El patio frontal de Darya Pavlova estaba atiborrado de nieve hasta cubrir el último escalón del porche. Mikhail ya no encontró en ningún lado los otros fragmentos de basura, ni los pedazos de bodegones o chatarra. Blanco por todos lados, blanco en el cielo, blanco en sus brazos cada vez más escarchados.

Por fin, el señor Ptrovich y él llegaron al camión para nieve que estaba afuera de la cerca. En realidad, ya no había cerca; sólo las salientes de madera que de vez en cuando se alcanzaban a ver debajo de sus pies. Mikhail estaba sorprendido. Valijk Ptrovich le abrió la puerta del camión, Mikha se trepó, recordando las máquinas de construcción que su padre usó para remodelar un supermercado una vez. Había subido a muchas cuando niño... Pero de eso ya habían pasado muchos años.

Mikhail se sacudió la nieve, dentro del compartimento. Encontró a otra persona en el lado del conductor. El señor Ptrovich cerró la puerta.

—Arranca, Dima. Él es mi hijo Dimitri. Dimitri, él es Mikhail...

—Luttenberger —le dio la mano al muchacho. A juzgar por su barba y su aspecto, debía ser de su edad, quizás. Tenía las mismas ropas contra nieve y el gorro tipo ushanka que su padre.

Mikhail se sentía patético con su chaqueta citadina.

Dimitri Ptrovich puso la camioneta en marcha. Las ruedas planas chasquearon como manijas sin aceite y el motor rugió como león enojado por despertarlo en medio del frío. Pero comenzaron a avanzar, suavemente, sin ninguna de las dificultades que habrían tenido a pie o en otro transporte.

—Veremos a más hombres en la intersección —el señor Ptrovich se quitó los guantes—. Hay otros 12 o 15 de este lado de la bahía. La mitad tienen auto para nieve. Dima, ten cuidado con los otros autos.

El muchacho no necesitaba instrucciones. Mikhail lo vio maniobrar con facilidad, moviéndose recto en lo que quedaba de las calles. Las casitas de lámina y cemento-madera se veían achaparradas debajo de la nieve. Mikhail vio los cofres y techos de autos, apareciendo aquí y allá. El hijo del señor Ptrovich los esquivó para no aplastar a ninguno por error.

Mikhail dio un silbido.—Parece una película.

Una película post-apocalíptica. Un mundo sepultado bajo la nieve.

El señor Ptrovich hizo una mueca: —Ya es la costumbre por aquí. ¿De dónde eres? ¿Vives en Rusia o en Alemania?

—En Moscú.

—¿Con Anna Grekova?

Mikhail sintió que estaba en un interrogatorio.

—Ella vive en Moscú también. Pero en otro distrito.

El señor Ptrovich no pareció creerle mucho. El muchacho del volante los miró.

—¿Quién es Anna?

—La hija de Darya, Dimitri.

—¿La hija de la señora Darya? ¿Está aquí? ¿Por qué?

—¿Y tú por qué crees tonto? Vino para darle “el adiós” a su padre... ¿Verdad?

Observó a Mikhail; él no vio razones para corregirlo; asintió.

Valijk Ptrovich resolló.

—Qué bueno que vino. Darya necesita más gente por aquí. Konstantin era lo único que tenía.

—¿Usted estuvo en su funeral?

Mikha prestó más atención. No había querido preguntarle mucho a Darya Pavlova, pero tenía deseos de saber.

—En su funeral, en el entierro, en unas consultas... Llevamos a Konstantin al hospital del norte varias veces. Antes de que lo internaran —otro suspiro—. Qué hombre. No digo que se le vaya a extrañar mucho, pero si es todo lo que se tiene, tal vez hasta Darya lo extrañe un poco. Esa mujer... Lo ha pasado más mal a cada año.

—¿Conoce bien a los Grekov?

Valijk Ptrovich no contestó de inmediato. Observó atentamente a Mikhail.

—¿Desde cuándo eres novio de su hija?

—Más de un año...

—¿Y también haces lo mismo que ella? ¿El patinaje y esas cosas?

—La verdad es que así la conocí. Patinamos juntos. Categoría de pares.

El señor Ptrovich hizo cara de no saber de qué hablaba. En cambio, su gesto se volvió cauteloso.

—¿Y qué planes tienes con ella? ¿Eres de esos jóvenes de ciudad que van de aquí para allá con las chicas? ¿O a dónde vas con ella?

Mikhail enarcó una ceja. ¿Ir de “aquí para allá” con las chicas? Una parte de él quiso reírse a carcajadas de eso. Su lado serio le recomendó callarse. Le regresó el gesto austero al hombre a su lado.

—Mi plan es casarme con ella. En un año o dos, tal vez...

El señor Ptrovich no redujo su escrutinio. Su hijo se burló. “Papá, no seas imprudente...”. Tras otro segundo de análisis, el hombre retiró la mirada.

—Te ves seguro de lo que dices... No lo tomes personal, muchacho. No pensaría en contarle a cualquiera de la vida de uno de mis conocidos más antiguos. Conozco a los Grekov desde antes de que Konstantin se casara. Él y yo fuimos de los primeros en venir a trabajar como pescadores, a este lado de la bahía. Todos se concentran en la costa este, con los puertos grandes que trajeron los chinos y los japoneses. Nosotros queríamos hacer algo más local. Pescar, vender nuestro propio alimento y no trabajar para extranjeros.

Se quitó el gorro. Su cabeza tenía un ojo de calvicie en el centro, el resto del pelo eran canas gruesas. El señor Ptrovich se acomodó mejor en su lugar. Mikhail presintió que faltaba mucho camino antes de que pudieran bajar de allí. Ya era tarde para escapar de un viaje así, en una cabina tan pequeña. Se las arregló para poder ladearse sin estorbarle al conductor, tratando de bajar la cabeza para no rozarla con el techo una y otra vez.

—No te voy a decir que Konstantin y yo éramos amigos —continuó el señor Ptrovich—. Creo que Konstantin no era la clase de hombre que está lleno de amistades. Apenas nos hablábamos cuando pescábamos. Era callado, pero cuánto gritaba cuando bebía. En sus mejores años fue muy corpulento y era de los más altos de la bahía. Le decían «El Pigargo» por la forma como miraba a muchos. Tenía unos ojos muy penetrantes, azul hielo. Le duraron hasta su último día. Nunca vi que Darya lo mirara de frente, la puedo entender... Las personas lo veían con cierto respeto, o yo diría que miedo. Quizá por la historia que se rondaba sobre su infancia, aunque todos pueden tener una historia en este oblast.

—¿Siempre bebió?

Mikhail quería saber desde cuándo Darya Pavlova había tenido que cuidar a un esposo enfermo de cirrosis. Y cuánto había durado eso para Anna y su hermano.

Valijk Ptrovich lo consideró. —No... Creo que no. Tomábamos, cerveza, mucho vodka, los días de producción. La parte más pesada de la pesca no es irte al mar por días sino regresar y venderlo. Si no se termina con la producción en menos de una semana, todo el trabajo se pudre y se pierden horas de trabajo. Konstantin tomaba igual a muchos de los otros pescadores. Sólo para resistir los días de desvelo, nada más... Su gusto por beber creció después. Cuando se casó, si lo pienso bien...

Sonrió, recordando:

—Una vez, después de otra venta grande, dijo que se iría un tiempo. Regresó

después de unos meses, con una mujer hermosa de cabello rubio. Los otros pescadores y yo la veíamos cuando pasábamos para ir al muelle. Eran una pareja peculiar. Físicamente, se parecían mucho, pero Darya era muy pequeña y callada. Si la saludábamos, nos respondía mirando al piso y se metía a su casa. Le preguntábamos a Konstantin de dónde la había sacado. Nunca nos dijo. Pero ella lo seguía siempre. Konstantin la trataba del mismo modo que a los rivales de nuestra pesca. Muy rudo, gritando, ordenando. Podíamos oír sus gritos hasta afuera en el patio cuando hacíamos el conteo del pescado en sus contenedores. Pensábamos que ella no iba a resistir, que lo dejaría... Luego nació su primer hijo.

—Makzim.

El señor Ptrovich asintió, con los labios de lado.

—Ya debes saber lo que hizo. Una tristeza, entre muchas tristezas... Un tiempo, pensé que la vida con hijos iba a asentar a Konstantin. Me asentó a mí. Y a otros hombres. Le ayudó, por muy poco. Menos gritos, o eso vi... Luego todo se arruinó para peor. Rusia siguió en guerra con el Continente. Enviaron tropas a Afganistán por varios años. Eran finales de los 80. Konstantin fue uno de los reclutados... La milicia tuvo que llenarlo de puros malos recuerdos porque el hombre que regresó era otro. No era que Konstantin fuera un ángel, pero ese que volvió no era otra cosa que un demonio. Que la Trinidad me perdone por hablar mal de un hombre muerto.

Unió las manos, como en oración. Mikhail tuvo tiempo para ver sus propios dedos, unidos sobre su regazo. Tardó en hacer otra pregunta; no sabía si quería conocer la siguiente parte de la historia con tantos detalles.

—¿Lastimaba a su familia? —se atrevió al fin. El señor Ptrovich dudó en contestar. Se quedó viendo hacia la ventanilla.

—Todos lastimamos a nuestra familia, de una u otra forma. A Konstantin lo empeoraba la bebida... —se quedó callado un segundo, después resopló, derrotado—. Tuvimos que llevar a Darya al hospital algunas veces. Ella nunca lo denunció. Luego notábamos las marcas del niño... Y él era igual a ella: Nos decía que había tenido accidentes. Mi esposa pensó en llamar a la policía un día en que Max salió a recibirnos, tenía una marca azul en todo el ojo. No lo hicimos solo porque él aseguró que había sido un accidente en la pesca. Konstantin lo llevaba con él cuando no había demasiado trabajo. El niño era hábil con las manos, pero no era suficiente para Konstantin... Nunca supe si llegó a tocar a la niña. Makzim y ella se fueron a tiempo, supongo...

Se mantuvo en silencio un momento. Miró a Mikhail de nuevo, a su semblante pensativo.

—No sabías mucho de esto, ¿o sí, muchacho?

Mikha negó. —Anna no es muy abierta con algunos detalles de su infancia...

—Dudo que ella recuerde mucho. Era muy niña cuando se fueron. O sólo trata de dejar el pasado enterrado.

Mikhail podía entenderlo. Hoy más que nunca. ¿Por qué Darya Pavlova nunca buscó la forma de escapar? ¿Por qué orillar a sus propios hijos a huir por su cuenta? Quería preguntarle. Quería saber su opinión acerca de ver a su esposo golpeando a sus hijos. La recordó llorando en la habitación mientras restregaba el piso. ¿Y si su hogar lleno de escombros sólo era el reflejo de sí misma?

Un lugar inhabitable. Un corazón derrumbado.

—¿Sabe algo sobre la muerte de su hijo Makzim?

Valijk Ptrovich arqueó las cejas.

—No más de lo que concluyeron las autoridades. Fue repentino, como las tormentas de nieve. Y como nadie esperaba algo así, nos pesó a muchos. Un día despertamos con la noticia de que Darya no hallaba a su hijo Max. Nadie sabía siquiera que él estaba de nuevo en Magadán. Darya vino a diferentes casas a decirnos que él había desaparecido. Pensaron que se había vuelto loca, todos sabíamos la historia de que él y Annoshka se habían ido, sin avisarle a nadie. Trataron de explicarle a Darya todo eso, pero ella persistió. Dijo que su hijo Max había vuelto. No dijo por qué, ni cómo se fue otra vez. No voy a olvidar el día que la policía vino a decirles que lo habían encontrado en los peñascos de la Montaña Corona. Darya se sentó en sus escaleras, oímos sus sollozos por toda la calle. Konstantin salió a fumar un cigarrillo después de que los policías se fueron. Fue tenebroso verlo con tanta calma mientras Darya se partía de llanto.

Mikhail soltó aire, lento. Sintió seca la garganta cuando tragó.

—¿Qué pasó después?

—Tuvieron al chico en el hospital, unos 12 días. Konstantin les avisó a los vecinos. Se quedó en casa, todos sabíamos que era Darya la que estaría con el muchacho. Dijeron que a los doctores les sorprendió que resistiera tantos días sin caer en un coma más hondo. Aguantó, aguantó... Hasta que ya no hubo nada qué hacer. Yo traje a Darya desde el hospital hasta su casa. Su expresión era horrible... Ya nunca más fue la Darya hermosa que Konstantin trajo a Magadán. Aunque ya no quedaba mucho desde antes. Y nunca volvió a hablarnos de su otra hija. Más bien, creo que nunca volvió a hablar gran cosa... Hasta hace una semana en el funeral, nunca la vi charlar con otra persona.

Mikhail asintió, mecánico. El señor Ptrovich sacudió su sombrero de lo que quedaba de nieve.

—La gente hablaba mucho de lo que hizo el muchacho, también de Darya y de Konstantin. A él no le importaba lo que otros dijeran. Darya ya no quiso salir mucho de casa. Mi esposa la invitaba a comer o a la misa del domingo. Konstantin odiaba la iglesia, Darya es más neutral. Muchos aquí no creen en Dios, no los culpo. Yo a veces tengo mis dudas —se burló—. La gente no puede creer en algo bueno después de lo que pasó el siglo pasado. La carretera que nos saca de Magadán es un ejemplo. Dicen que aún se pueden ver los huesos de los prisioneros que la construyeron. A Konstantin le molestaba pasar por allí. A muchos les molesta, de hecho.

Mikhail vio la aflicción en sus ojos agotados por los años.

—También provengo de un país con una historia oscura... —admitió, condescendiente.

Pero estaba seguro de que nunca llegaría a saber lo que el Señor Ptrovich sentía realmente. Conocer la historia sombría de tu nación y haber sido parte de ella, eran cosas diferentes. Pero Mikha no recordaba a ningún alemán de la edad del señor Ptrovich que tuviese un gesto así al hablar de la Alemania democrática de Hitler. El señor Ptrovich se veía más viejo al recordarlo.

Dimitri detuvo el auto en una calle.

—Ahí están, papá.

Vieron hacia afuera. Mikha reconoció la avenida principal por donde Anna y él habían caminado ayer, en el cruce con la autopista que lo sacaría de la ciudad. La zona

estaba más despejada de nieve que otras calles, pero los autos y las aceras estaban sepultadas en diferentes secciones. Un grupo de personas se asomó desde una esquina. Valijk Ptrovich les hizo una seña con la mano. En un parpadear, estaban trepándose a la caja de la camioneta. Mikhail oyó el sonido de palas, botas y otras herramientas.

Dimitri volvió a echar a andar el carro. Otras camionetas se unieron a ellos, tras unos minutos; formaron una fila taciturna dentro de la carretera. Las voces en susurros de los nuevos pasajeros llegaron hasta ellos. El señor Ptrovich les habló a través de la ventanilla interior. Un aire más frío se coló cuando abrió, la camioneta no tenía calefacción.

Mikhail se frotó las manos, mirando al exterior. Era difícil creer que el paisaje hubiera cambiado tanto en menos de un día. Tal como su percepción de las cosas. Se preguntó si le habría pedido a Anna que viajaran hasta aquí si hubiera conocido la información de Valijk Ptrovich. Porque, a pesar de sus conversaciones con Darya Pavlova, Mikhail se dio cuenta de que no había conocido lo suficiente a la familia Grekov.

Dejaron la zona de edificios para meterse más profundo a la carretera. Mikhail vio los árboles cubiertos de blanco y más nieve alfombrando el piso. De pronto, un tronco caído les cortó el paso. El muchacho a su lado detuvo el camión una vez más. Debido a que eran los primeros de la fila de autos, tendrían que hacerse cargo. El señor Ptrovich tocó la ventanilla. Todos bajaron, herramientas en mano. Otro grupo de la camioneta más cercana los acompañó. Después de saludos rápidos, comenzaron su trabajo.

Tardaron media hora en desenterrar el abedul derrumbado; la nieve lo había convertido en una barda blanca de la que sobresalían ramas. Alguien le prestó guantes de construcción a Mikhail. Se dedicó a quitar nieve con otros hombres, ayudó a sujetar el tronco con cadenas para que otro auto lo halara. Algunos aplaudieron cuando el obstáculo rodó al otro lado del camino.

Continuaron, rumbo a la reserva de suministros de la que el señor Ptrovich había hablado. Otro derrumbe los frenó, varios kilómetros adentro. Una veintena de hombres trabajó esta vez.

Mikhail observó sus rostros mientras sacaba nieve del camino. Apenas los conocía, pero había algo llamativo. ¿Sus gorros y hombros escarchados de nieve? ¿Sus caras enrojecidas por el frío? ¿O la carga de la rutina en sus ojos? Mikhail percibió con más fuerza el frío que estaba endureciéndole dedos y cara. Siempre había disuadido el poder del frío en la pista, por el calor que le llenaba el pecho cuando patinaba. Tener a Maddy, luego a Anna, a todo su equipo, había sido su mejor apoyo para conseguirlo. Era un frío soportable.

Pero había otra clase de fríos en los que nunca había pensado. Haciendo otra pala de nieve, Mikhail pensó en lo que había más abajo, y más debajo de todo. Una carretera de huesos de hombres que murieron sepultados por el frío del clima y la gelidez en el alma de otros.

Mikha conocía historias, de parte de los libros, documentales o de las mismas personas. Pero la gente a su alrededor... Esta gente... Para ellos no era una historia. Ellos vivían aquí. Igual que Anna y su hermano, viviendo bajo el techo de un matrimonio dirigido por el miedo.

Mikhail dejó la pala un momento, mirando con más atención.

En el pasado, él había olvidado a Dios para concentrarse en sus ansias de triunfo. No había tenido otra razón más que su egoísmo. En cambio, había otros, para quienes seguir un camino de fe no sólo era tonto, sino imposible. ¿Qué camino de esperanza podrían seguir en un lugar donde la nieve sumía todo sin aviso?

¿Señor, cómo pueden estas personas creer en Ti?

¿Qué clase de palabras, qué clase de métodos podrían convencerlos? Ni el mismo Saulo de Tarso podría ser misionero en una tierra tan yerma.

¿Cómo puede Anna creer en ti? ¿Cómo puede verte como un Padre amoroso si su propio padre hizo tantas cosas con ellos? ¿Y la señora Grekova? ¿Cómo puedes desenterrar esos escombros y toda esa nieve de sus vidas?

Miró al cielo: gris. Miró a los lados del camino, blanco y seco.

Miró a sus pies, pensando en el dije tibio que había sobre su pecho.

Y sólo hubo silencio.

◆◆◆

Anna se quedó dormida, después de una hora de enfurruñarse viendo a la ventana. Despertó, sobresaltada, segura de que estaba sintiendo un espasmo en el vientre. No había posibilidades de que fuera así. La última vez que sintió una torcedura como esa en sus entrañas, había sido en Sokolniki, tan fuerte que su lavabo se rompió. Pero no quedaba nada de esa sangre y ese dolor, ni evidencias sobre otro de sus crímenes...

No pudo volver a dormir. Sentada en la orilla de la cama, observó la ventana. Aún estaba nevando. El cielo se había oscurecido. ¿Cuánto tiempo había pasado? Anna miró el reloj de su celular. Las 4:35 pm. ¿Había pasado más de 5 horas dormida otra vez? La pantalla le mostró mensajes y llamadas. Vidhi y Melek...El famoso Viktorovich Pluschenko. Anna no podía hablar con ninguno. En realidad, ya no sabía si volvería a patinar.

Apartó el pensamiento. No podía simplemente rendirse. Regresarían a Moscú, al patinaje... Aunque Mikhail los haría perder una competencia muy importante, tendrían tiempo para más. Aunque estuviera tan molesta con él otra vez... Aunque volviera a sentir la misma apatía por la vida.

Se dejó caer de espaldas en la cama. Se presionó los ojos con la base de las manos. P*or favor, que la nieve se termine...* Suplicó y suplicó, hasta que se cansó de repetirlo. Alzó el cuello y miró a la ventana: Afuera seguía lloviendo copos, sin descanso.

Anna jadeó, echándose de lado para no llorar.

Otra punzada en el vientre. Anna lo reconoció esta vez. Tenía hambre. No había comido gran cosa ayer, y tampoco quiso desayunar. Ahora que lo había notado, su estómago gruñiría hasta que ella hiciera caso.

Se levantó y abrió la puerta, sólo un poco. Había escuchado demasiado silencio allá afuera. Mikhail no estaba, Anna podía reconocer sus pasos. ¿Y esa mujer? Se asomó un poco más. El pasillo tranquilo, el resto igual. Anna se obligó a salir. La cocina estaba sola, igual que la sala. Después de echar otro vistazo, lo confirmó. Ella era la única en la casa.

¿A dónde habría ido esa mujer? No importaba.

Anna se sintió pequeña de repente, como si esa vieja casa creciera para hacerla

ver como una niña otra vez. Huyó a la cocina, concentrándose en su hambre. Abrió la nevera, ese mismo armatoste que había estado aquí desde antes que ella. Anna sabía que el patio tenía mejor termostato que este cacharro. Buscó entre los víveres que Mikhail había comprado. Tomó los betabeles, los puerros y las cebollas. Podría hacer una sopa y regresar a la habitación a comer.

Las verduras estaban hirviendo y ella aprovechó para enjuagar los utensilios. Abrió la llave de agua y esperó: el mismo grifo, el mismo borboteo antes de que el chorro surgiera entre escupitajos. Anna observó el líquido entre sus dedos, sintiendo otros dedos más grandes lavando los suyos.

"Lávate bien, Anny... No quieres tierra en tu comida".

Pensó en Masha... Pero en esa memoria, él estaría en la escuela.

Antes de descubrir el ballet y dedicarle su amor exclusivo a su hermano, sus días enteros eran para alguien más.

"¿La tierra es mala, mami?".

Recordó la manera de mirar hacia arriba, desde su altura pequeña, pegada al lavatrastos mientras se lavaba. Contemplarla a ella, alta, sujetándola con fuerza de la cintura para que pudiera alcanzar el chorro de agua. Su barbilla y sus pómulos blancos. Su rostro hermoso. Y su sonrisa de ojos azules.

"Sí, Anny, la tierra es mala".

"Pero los betabeles tienen tierra, mami".

"Y por eso los lavamos bien... ¿O quieres tierra en esta pancita?".

Un apretoncito en su barriga. Sus risas en la cocina.

El cuchillo se zafó de sus manos. Anna se agitó ante el golpe del metal contra la tarja. Antes de sujetarlo de nuevo, oyó un pasó detrás.

—¿Estás cocinando?

Anna se entornó, con un jadeo. Resopló fuerte, mirándola. ¿De dónde había salido? Anna se volvió al fregador, sin una palabra. La vio acercarse.

—Huele bien —esa mujer le sonrió. Anna siguió lavando

—Sólo es sopa *borsch.*

—¿No dejó de gustarte? Qué bueno. Es muy saludable... Siempre me pedías que te hiciera. ¿Te acuerdas?

Anna mintió y dijo que no. Dejó la tabla de picar en el secador.

Otro paso se acercó.

—No tenías que lavar todo. Yo guardé tu plato de esta mañana, por si quisieras...

—No, gracias. Comeré esto —apuntó a la olla.

Cortó un trozo del pan de caja que Mikhail había comprado, le ayudaría a resistir el hambre mientras la sopa terminaba de hervir. Al sentirla más cerca, Anna se puso tensa. Con una mano, deslizó el pan y el cuchillo sobre la repisa de cocina en dirección a esa mujer. No estaba ofreciéndole, sólo no quería darle una excusa para que se acercara más a ella.

Su madre tomó un pedazo también: —Gracias por lo que trajeron ayer.

—Fue Mikhail. No yo.

—De todos modos, gracias.

Anna subió los hombros, mirando a otro lado. Percibió su mirada agradecida, la expresión de nostalgia.

—Hoy hay más comida que lo que ha habido en muchos años —abrió el refrigerador—. Él no olvidó nada, trajeron de todo. Verduras, carne, panes... Muchos panes. ¿Comen todo ese pan en Moscú?

—Mikhail lo hace. Es una costumbre alemana que tiene... Dice que en Berlín, muchos hornean su propio pan.

—Se oye muy cálido... Como de hogar.

Anna volvió a encogerse de hombros. Todo lo que Mikhail hacía era cálido y hogareño. Excepto sacudirla y gritarle hoy. Pero eso era culpa de esta casa y no de él. Anna trató de no pensar en eso.

—Hay una cosa muy curiosa en todo lo que trajo... —le habló ella otra vez—. Me preguntaba si podrías decirme cómo se come o se cocina...

La vio buscar en la nevera. Anna terminó con su postura desdeñosa en cuanto descubrió los frascos de yogurt en sus manos. Su madre la miró, expectante. Anna suspiró, tornando los ojos.

—Tan sólo es yogurt griego.

La mirada de ella se desconcertó. —¿Griego?

—No es “griego”, literalmente. Sólo es la idea. Así lo llaman. Hay mucho en Moscú y en la parte este del país. Creo que Mikhail lo compró para mí. Él sabe que me gusta.

Se los quitó de las manos y los dejó en la mesa, en un lugar donde pudiera verlos bien. No pensaba compartir algo que Mikhail había comprado para ella.

Su madre movió la cabeza, asintiendo.

—Comprendo... Es un joven detallista. No sabía que te gustaban las cosas dulces. Porque su sabor debe ser dulce, ¿verdad?. Nunca escuché que me pidieras por algo así, Annya.

Anna exhaló con aspereza. ¿Cuándo iba a dejar de llamarla con tanta familiaridad?

—¿Y cómo iba a pedírtelo? Aquí nunca tuvimos cosas dulces. Todo lo dulce era malo en esta casa. Lo dulce, las cosas con color, la comida caliente...

—Yo siempre tuve comida caliente para ustedes.

—Y se enfriaba por tener que esperar a que él se durmiera o se marchara. Masha y yo no supimos qué era disfrutar de una comida hasta que nos fuimos de aquí. Aun así, tardamos más de un año en poder comprar un postre... Nos aterraba hacerlo enojar, incluso si ya no vivíamos con él ni contigo. Pero después de un año, aprendimos: Ya no teníamos miedo. Éramos felices, por fin... Incluso sin tener dinero. Éramos felices, sin ustedes.

Inclinó la cara, mirándose los zapatos. Pensó en sus ballerinas. Sus primeras ballerinas de verdad...

En sus pies ya no había espacio para unas zapatillas de ballet. Aquellas ballerinas blancas que Masha le había comprado...

En donde sea que estuvieran, jamás volverían a quedarle.

Escuchó otro paso acortando la distancia. Su madre bajó la voz.

—Ese era mi deseo, Annya. Quería que fueran felices.

Anna suspiró, fastidiada.

—¿Ah, sí? ¿Y por eso dejabas que ese hombre golpeara a Masha? ¿O a ti? ¿Esa era tu forma de hacernos felices? Te escuché defenderlo hace un rato. Al mismo

sujeto que nos hacía miserables y tú no se lo impedías. Tú no querías que fuéramos felices. Nunca nos amaste. Huimos de aquí por culpa tuya...

Algo en su pecho se oprimió. Debería callar, pero no pudo.

Y su madre tampoco:

—Fui yo quien le dijo que se marcharan, hija.

Anna iba a replicar, pero cerró la boca. Trató de asimilarlo, sin poder hacerlo. Crispó las cejas, mirándola. Su madre evitó verla a los ojos cuando siguió hablando.

—Masha me dijo que una bailarina de San Petersburgo te vio en el museo, que te quería llevar con ella y su grupo para enseñarte... Que te haría famosa, lejos de aquí. Y pensé... "Al fin, Anoshka y Masha serán libres". Yo ya no podía hacer nada por mí, pero ustedes... Ustedes podían irse. El día que se fueron, le di dinero y bienes para empeño. Mis padres me dieron una dote de artículos de plata para sostenerme como casada. No tuvieron un buen uso hasta que se los llevaron con ustedes. Un alhajero, dos peinetas, un collar y un cepillo. Le dije a Max que lo vendiera poco a poco, cuando lo necesitara. Y los dejé ir...

Respiró, calculando sus palabras. Entonces, la miró a los ojos. Anna no pudo evadir la verdad en su mirada.

—He pagado mucho por mis errores, Annya... Mi único deseo era que tú y él fueran felices, lejos de todo esto. Fallé con él... Lo perdí. Pero tú eres una mujer preciosa ahora, te convertiste en alguien diferente. Mucho mejor que yo. Mucho mejor a todo lo que yo he tenido...

Sus ojos se nublaron de lágrimas.

Anna se doblegó por su última frase.

—¿Tú crees que yo fui una mujer feliz?

Su madre asintió, lavándose una lágrima. Anna no la dejó hablar.

—No me dejaste despedirme de él. No me dejaste venir para decirle "adiós" a mi hermano... ¿Y crees que fui feliz?

—No quería que regresaras y que Konstantin te obligara a quedarte como lo hizo con él...

Anna cerró los ojos, batallando con el llanto.

—¡Jamás fuiste por mí! Me dejaste en Moscú. ¡Sola! Me abandonaste. No sólo es por Masha... También es por mí.

Su madre negó:

—Tus entrenadores me dijeron que cuidarían de ti. Makzim me dijo que él confiaba en ellos. Era mucho mejor que vivir aquí...

Anna se cubrió los ojos con la mano. Reprimió un sollozo.

—No sabes... No sabes lo que dices... —apretó los labios.

A esas alturas, ella tampoco lo sabía. Si era mejor haber regresado para terminar como Masha, en lugar de haber vivido en Moscú pretendiendo que patinaba. Pretendiendo que estaba viva aunque se sintiera muerta por completo. ¿Konstantin Grekov, su padre, hubiera sido igual a Nikolai Soloviev? Anna se lo preguntó hoy más que nunca.

Su madre vino hacia ella. Anna tenía los labios apretados, deteniendo la ola del pasado. Podría decirlo todo y confesar la verdad de esa "vida feliz". La haría sentir tan miserable si lo hacía. Y revelaría lo que en realidad había sido, para demostrar que ella no era mejor que su madre.

Resistió cada palabra, ahogándose con ellas para no permitirse llevar por una crisis. No tuvo fuerzas para apartarse de la mano que acarició su mejilla. Su madre la miró con devoción.

—Mi más grande anhelo era que tú estuvieras bien. Te veía patinar, con esos hermosos vestidos... Era suficiente. Nunca te convertirías en una persona igual a mí... Te hiciste fuerte y bonita. Qué importa si no estabas conmigo... Así, el sacrificio de Max tendría valor.

Su voz se quebró. Anna la vio contraerse, resistiendo el llanto como lo hacía ella.

Su corazón se estremeció, aterrado. —¿Cuál... sacrificio?

Hedda había llamado la muerte de Masha “un gran pecado”, por demasiadas veces, que Anna supo que ésta, no había sido una palabra al azar.

Su madre se sentó, apoyándose como si de pronto le hubieran quitado todas las fuerzas. Su rostro pálido negó. Anna dio un paso, mirándola con la barbilla alzada.

—¿De qué sacrificio hablas?

Usó un tono de amenaza. Si acaso se negaba a hablar...

Un susurro en su interior le brindó calma.

Anna tembló al verla llorar. En vez de exigir, suplicó.

—Dime de qué sacrificio hablas... *mamma.*

¿Esto era la razón por lo que no podía liberarse del recuerdo de Masha? ¿Por esto no podía dejarlo ir?

Un deseo, un miedo antiguo, la hizo temblar. Anna quería correr, ocultarse en la habitación, pero sus pies se quedaron en donde estaban.

Su madre levantó la cara, como si su frase la hubiera despertado. Su llanto corrió libre hasta gotear de su mandíbula.

—Si te lo digo, vas a odiarme mucho más, Anny...

Anna sintió que golpeaban sus rodillas y se tambaleaba. La estufa se quedó en su espalda cuando se dejó caer al suelo.

Y mientras su sopa hervía, su madre le confesó la verdad. La razón por la cual Masha había regresado solo a Magadan.

◆◆◆

Mikhail terminó con el último saco de madera que quedaba. Entre él y otro hombre, acomodaron la pila en la camioneta del señor Ptrovich. Con eso era suficiente. Los carros estaban cargados con suministros para repartir a la ciudad. La camioneta de Valijk Ptrovich estaba destinada para una sección, en el lado sur de la bahía.

Antes de marcharse, la administración de la reserva les ofreció café a todos. Encendieron calderas en uno de los patios cubiertos y los dejaron rodearlas mientras bebían o comían aperitivos caseros. Alguien abrió una botella de vodka, otros ofrecieron cigarrillos. Mikhail aceptó el vaso transparente, por necesidad. Quería algo más fuerte que un café para calentarse el pecho. En cuanto dio el primer sorbo, recordó a Konstantin Grekov, ebrio, llegando a su hogar, imponiendo miedo a sus hijos. Prefirió cederle su vaso a otro y beber triple café.

Aprovechó el tiempo para preguntarles a los guardabosques si sabían por cuánto tiempo estaría cerrada la carretera. Fue la misma respuesta que en la cabina de taxis. Tenían que esperar a que terminara la tormenta. El centro meteorológico decía

que podía ser pronto o que el frente frío de Alaska podría venir hasta ellos y prolongar aún más el mal clima.

—Pero si tiene prisa por salir de Magadán, la costa ya debe estar congelada en la superficie. Puede cruzar en moto hasta otro oblast y encontrar un avión ahí.

¿Atravesar una playa congelada con Anna? No era una idea considerable.

Regresó a su lugar en la hoguera. De no ser por la tela térmica de su chaqueta, estaría empapado por dentro. Durante las más de 2 horas de trabajo, había tenido que lidiar con la nieve cientos de veces, hasta que se cansó y la dejó caer sobre él. El cabello y la barba no habían corrido con tanta suerte. Dimitri Ptrovich le había prestado el gorro beanie que traía debajo de su ushanka. A Mikha se le habrían caído las orejas de no haberlo tenido.

Estaba calentándose cuando Dimitri lo vio. Interrumpió su conversación con otro muchacho para verlo.

—Está helado, ¿no? ¿Diferente al Continente?

Mikhail hizo una mueca. —Algo. ¿No has ido a Moscú?

El otro se rio. —No salimos mucho de aquí. El frío nos templó. ¿La hija de la Señora Grekova no te avisó que necesitabas otro tipo de ropa?

El muchacho oteó a su chaqueta húmeda. Mikhail negó, haciendo un hueco entre sus manos para llenarse de sopor.

—Si me lo dijo, no le presté suficiente atención.

Sorbió más café. Consideró la idea de mezclarlo con un vaso de vodka. Dudo que el sabor pudiera agradarle.

Antes de averiguarlo, el muchacho junto a Dimitri se acercó. Su expresión había cambiado.

—¿“La hija de la Señora Grekova”?

Dimitri se ladeó para abrirle espacio en la conversación.

—Sí. Él está hospedándose con la Señora Darya. Su hija también vino... Se llama Mikhail... Su apellido es algo raro que ya se me olvidó. Mikhail, él es Yerik Smirnov. También conoce a los Grekov.

Mikhail le dio la mano. —¿En serio?

—No tanto... —subió el hombro, su cabello castaño sobresalía de su gorro azul, ligeramente empapado como el suyo—. Makzim y yo éramos compañeros de clase. Jugábamos con mi perro. Hacíamos la tarea en mi casa. Cambió mucho cuando empezó a llevar a su hermana al ballet.

—Sé que ambos eran muy unidos...

—Como dos conchas de la misma almeja. Max no iba a ningún lado sin ella. Mis padres dicen que su madre los ayudó a irse para que su hija fuera bailarina y que Max se fue con ella para cuidarla. Yo digo que fue al revés... Él ya tenía planes de irse mucho antes, y con esa excusa, pudo llevarse a su hermana.

Mikhail se sacudió de pronto. —¿Darya les ayudó a irse? Creí que huyeron de su casa.

—Huyeron, sí. Del señor Konstantin... Max me dijo que su madre le había dado algo para tener dinero durante el viaje. No sé por qué regresó.

Sus labios se doblaron. Mikhail detectó algo.

—¿No lo sabes o no estás de acuerdo con que volviera?

Yerik lo reconsideró. Su semblante decayó.

—Todos dicen que vino a matarse. Y tiene sentido, con un papá como ese...

Metió las manos en sus bolsillos.

—¿Y qué piensas tú?

Yerik se tomó un momento para responder. Contempló el fuego.

—Yo estuve con él muchos años. Decían que estaba siempre deprimido. Yo no estoy muy de acuerdo. No era un tipo sonriente pero estaba bien. Y no encuentro mucha lógica en que haya abandonado a su hermana en el centro de Rusia, ¿no lo crees? Max la adoraba. Se habría muerto antes de hacer algo que la perjudicara. Pasó días agonizando... Como si no quisiera morirse. ¿Cuál es la razón en todo eso? El crío que jugaba con mi perro y conmigo nunca se hubiera suicidado.

Lo fulminó, sus ojos entrecerrados. Mikhail pudo ver lágrimas.

Dimitri intervino, por fin.

—Tranquilo, Yerik. No le des tantas vueltas. A todos nos dolió, pero ya pasó...

Yerik se encogió, sacudió la cabeza, excusándose.

—Él preguntó...

Mikhail consideró que sería mejor dejar el tema.

—Gracias por contarme —le dio otro apretón de mano.

—No hay de qué... Su hermana, Anna... ¿Es la patinadora que sale en los periódicos?

—Sí, es ella.

Yerik sonrió. —Al menos Max sería feliz con eso.

Regresaron a la ciudad en menos tiempo. Sin árboles en el camino, no hubo interrupciones. Mikhail bajó de la camioneta dos sacos de leña y una lata de combustible. El señor Ptrovich y los otros irían a repartir el resto de suministros a las otras casas. Aunque él se ofreció a ayudar, ellos lo dejaron quedarse frente a la casa de Darya Pavlova.

Se quitó el gorro para regresárselo a Dimitri.

—Quédatelo: Recuerdo de Magadan.

Mikhail se despidió, con una sonrisa.

Caminó con cuidado a la entrada del patio, percibiendo el tono blanco y límpido de la nieve y los detalles de los objetos que estaban debajo. Los copos blancos habían dejado de nublarle la vista. Mikhail se detuvo, alzó la cabeza.

Había dejado de nevar, al fin.

Soltó un momento los sacos para dedicar su atención al cielo oscuro. Había anochecido mientras regresaban.

—Gracias por parar la nieve —susurró, regresando al camino.

Oró porque Anna estuviera feliz con la noticia. Sus posibilidades de llegar al *Rostelecom* habían aumentado. Era bueno no haber llamado a Vidhi ni a Melek para decirles.

Sus alegres pensamientos se interrumpieron, de golpe.

Mikha se detuvo, frente a la puerta. Estaba abierta. No entornada, ni a medio cerrar, sino por completo abierta. Ninguna luz encendida.

Mikhail tuvo un mal presentimiento.

Dejó los sacos junto a la entrada. El piso de madera rechinó bajo sus pies. Mikhail trató de ver en medio de la estancia oscura.

—¿Anna?

Se metió a la sala, luego a la cocina. Oscuridad, quietud y silencio.

Mikhail escuchó su propia respiración mientras buscaba en las habitaciones.

—¿Señora Grekova?

Regresó a la cocina. ¿Qué era ese olor? Hierro... Escombros... Un guiso.

Sopa borsch.

Mikha tocó la olla. Tibia. Los trastos desperdigados, un plato roto en el suelo, un cuchillo sobre la mesa. Alguien había derribado la silla de la esquina. Mikhail la recogió.

Aspiró hondo, intentando hallar el olor de Anna...

El hierro oxidado socavó cada partícula.

—¡Anna!

Se percató del sonido desesperado de su propia voz. Y salió a la calle, llamándolas.

Señor, no... ¿Qué pasa? ¿Qué...? ¿En dónde...?

—¡Anna!

Konstantin Grekov ya no existía. Mikhail apenas había comprendido el peligro que había representado para su propia familia durante años.

Pero a pesar de todo, la horrible idea no lo abandonó...

Que aún sin su padre, Anna y su madre eran muy vulnerables.

Que aún eran ovejas, igual que muchos...

Capaces de desaparecer si no las encontraba cuanto antes, en esta ciudad cubierta de nieve, albergada de pasados grises que podían sepultar a todos en cualquier momento.

Y la culpa, esta vez, no sería del pasado histórico de Magadán, ni tampoco de Konstantin Grekov.

La culpa, esta vez, sería solo suya.

Gritó de nuevo sus nombres.

—¡Anna! ¡Señora Grekova!

Pero nadie dentro de esa bahía fría respondió.

Un Plan Mayor

Segunda Parte
Sueños Rotos

Final del
Volumen 1

Continúa en el
Volumen 2

(Proximamente)

Agradecimientos

Si hubiera sabido lo mucho que costaría publicar un libro, mucho más que escribirlo, probablemente me hubiera abstenido de hacer realidad este sueño. Así que me alegra no haberme enterado, en aquel 2018 cuando estaba escribiendo los primeros bocetos de *Vivir de Sueños*, acerca de la realidad tras el proceso de la publicación editorial. Porque así, a pesar del costo, de los días de no querer continuar, de pensar que es un trabajo que supera mis fuerzas, el ver las recompensas que en cambio se han obtenido; así, en fin, aquellos "inconvenientes" no han parecido tan pesados.

Gracias a *Un Plan Mayor* he podido hacer grandes amigos del medio lector, booktubers y bookstragrammers que aman leer pero aman mucho más discernir lo que leen a raíz del mejor libro de todos: La Biblia. Gracias a esta novela, he podido iniciar también otros proyectos, mejorar los que ya se tenían y reflexionar sobre cuánto importa vivir un día a la vez así como esos días donde me decía "al menos escribe la página de hoy" y eso me ayudaba a no dejar la novela. Gracias a los personajes de *Un Plan Mayor* he podido pasar muy buenos momentos con mi hermana Cary RH, quien por cierto se voló la barda con esta nueva portada para inaugurar el regreso del Equipo Alemania y el Equipo Rusia. Gracias, finalmente, a la escritura de esta historia, he podido entender mucho mejor en qué consiste ser una seguidora de Jesús quien nos ha traido a formar parte de un plan que es mayor a cualquier expectativa religiosa, filosófica, espiritual o de cualquier índole. Le agradezco a Él por haber puesto la idea de escribir y por ser Él quien sostiene esta aventura escritural; algo me dice que en sus planes esto será mucho mayor a un simple libro. En honor a Él, que así sea.

¡Gracias queridos lectores por arriesgarse a descubrir qué nos depara ese plan, a través del Equipo Alemania y el Equipo Rusia!

Es un honor estar de vuelta.

~Elizabeth RH.

Sobre la autora

Elizabeth RH



Nació en México, hace 3 décadas. Se graduó en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara.

Un Plan Mayor es su primera novela. Se trata de una trilogía por entregas, cuya primera parte *Vivir de Sueños* ya está disponible para su lectura impresa y digital. Actualmente, Elizabeth RH continúa escribiendo y trabajando en la publicación de la segunda parte, *Sueños Rotos*, y próximamente en la tercera y última.

También colabora en otros proyectos relacionados con difundir una vida de mayordomía y cuidado ambiental con su hermana Cary RH, en un proyecto actual llamado Ver-De Corazón cuya misión es exhortar a otros cristianos a entender que el interés por la naturaleza no es solo un llamado para «unos» sino una responsabilidad para todos los que se hacen llamar hijos de Dios. Elizabeth RH vive en la ciudad de Guadalajara, México, con su hermana mayor y sus amados animales de compañía.

Puedes buscar más de ella y leerla en su blog en:
elizabethrh.com.mx

También puedes conocer más detalles de la novela Un Plan Mayor en su cuenta de INSTAGRAM.

Y ver videos de la autora, con reseñas, datos de la novela y muchas cosas interesantes en su CANAL DE YOUTUBE.

¡Arma tu QUINIELA! Equipo Alemania

Itinerario de Competencias
Temporada 2019-2020

Escribe las fechas y posiciones de medalla mientras avanzas con la lectura junto al...

Equipo Alemania

Campeonato de Hamburgo
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

***Autumn Classic Skating Canada* 2019**
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

***Skate America,* Sede del *Grand Prix* 2019**
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

***NHK Japan Figure Skating,* Sede del *Grand Prix* 2019**
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

***Grand Prix Final,* Milan (Si califican)**
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

Campeonato Nacional de Alemania
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

Campeonato Europeo Sede Austria 2020 (Si califican)
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

¡Arma tu QUINIELA! Equipo Rusia

Itinerario de Competencias
Temporada 2019-2020

Escribe las fechas y posiciones de medalla
mientras avanzas con la lectura junto al...

Equipo Rusia

Campeonato de Helsinki
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

***Skate America*, Sede del *Grand Prix* 2019**
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

***Rostelecom Cup Russia*, Sede del *Grand Prix* 2019**
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

***Grand Prix Final*, Milan (Si califican)**
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

Campeonato Nacional de Rusia
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

Campeonato Europeo Sede Austria 2020 (Si califican)
Fecha: Ciudad:
Mi quiniela: Posición final:

¿En cuántos acertaste?
¡Escribe tus respuestas en tu instagram y etíqueta a @unplanmayor.novela!

Promoción Boxset

Ahora toda la emoción de
Vivir de Sueños, los 5 volúmenes juntos
en una caja de colección muy especial



¿Ya tienes el tuyo?

Qué incluye...

*Los 5 vols que integran *Vivir de Sueños.*
*5 separadores coleccionables
*8 Postales pintadas a mano por la ilustradora Cary RH
*Un set de sorpresas coleccionable alusivo a los personajes de la novela
*Una caja de diseño limitado, única para guardar tus vols juntos.
*Autografiado y dedicado con mucho cariño por la autora Elizabeth RH.


Vivir Sueños
ELIZABETH RH
Vivir Sueños
ELIZABETH RH
Vivir Sueños
ELIZABETH RH
Vivir Sueños
ELIZABETH RH


Vivir Sueños
ELIZABETH RH


Vivir Sueños
ELIZABETH RH


Vivir Sueños
ELIZABETH RH
Vivir Sueños
ELIZABETH RH



¿Quieres el tuyo?
¡Aprovecha la promoción!

PEDIR EN EXCLUSIVA


Una caja llena de sueños y aventuras
8 personajes inspirados en patinaje y situaciones reales
Ficción Cristiana
Novela Juvenil
Romance, Amistad
Patinaje, Fe y Sueños
1 2 3 4 5
Los 5 vols que completan la primera parte
ELIZABETH RH
Precioso diseño en cada lado del Boxset, inspirado en la novela
Vivir de Sueños
amazonkindle
www.elizabethrh.com.mx